

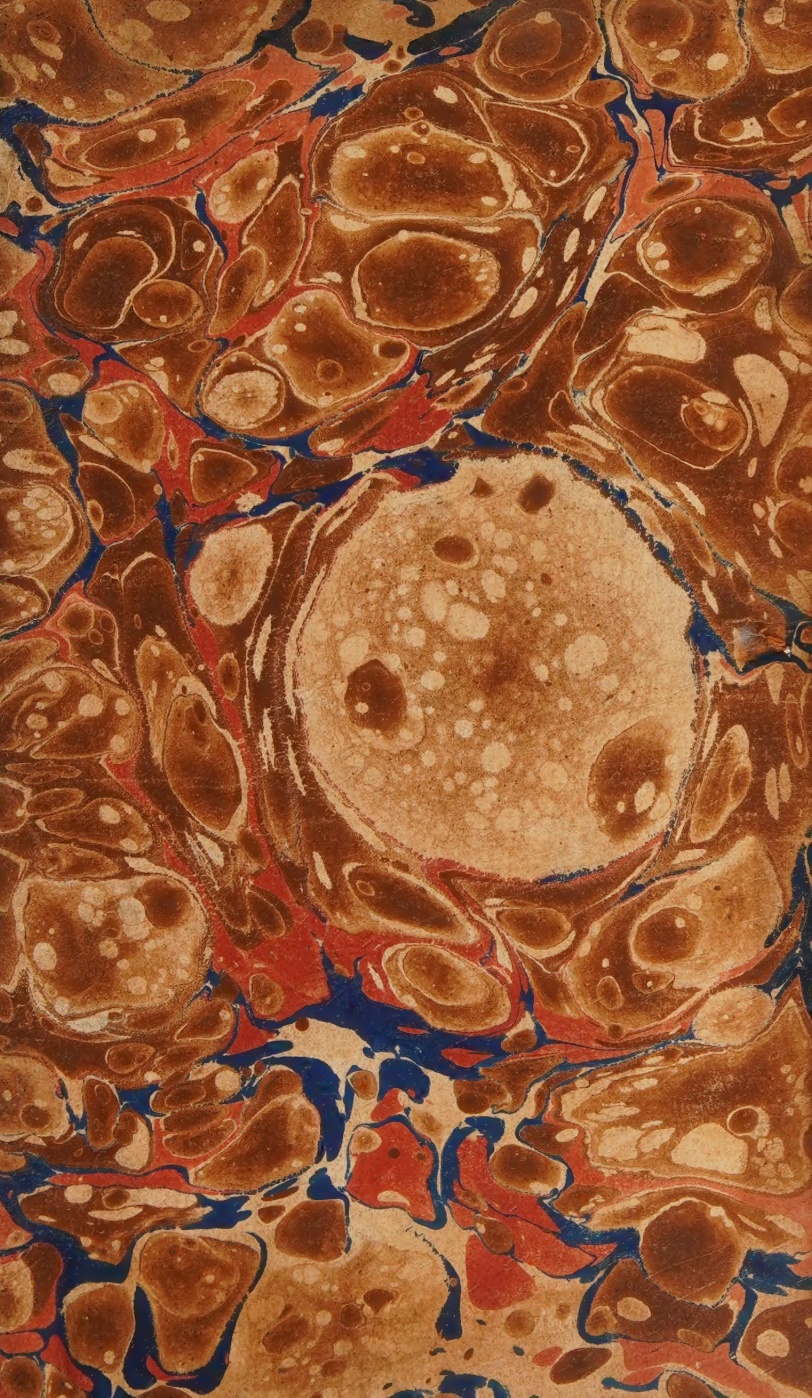


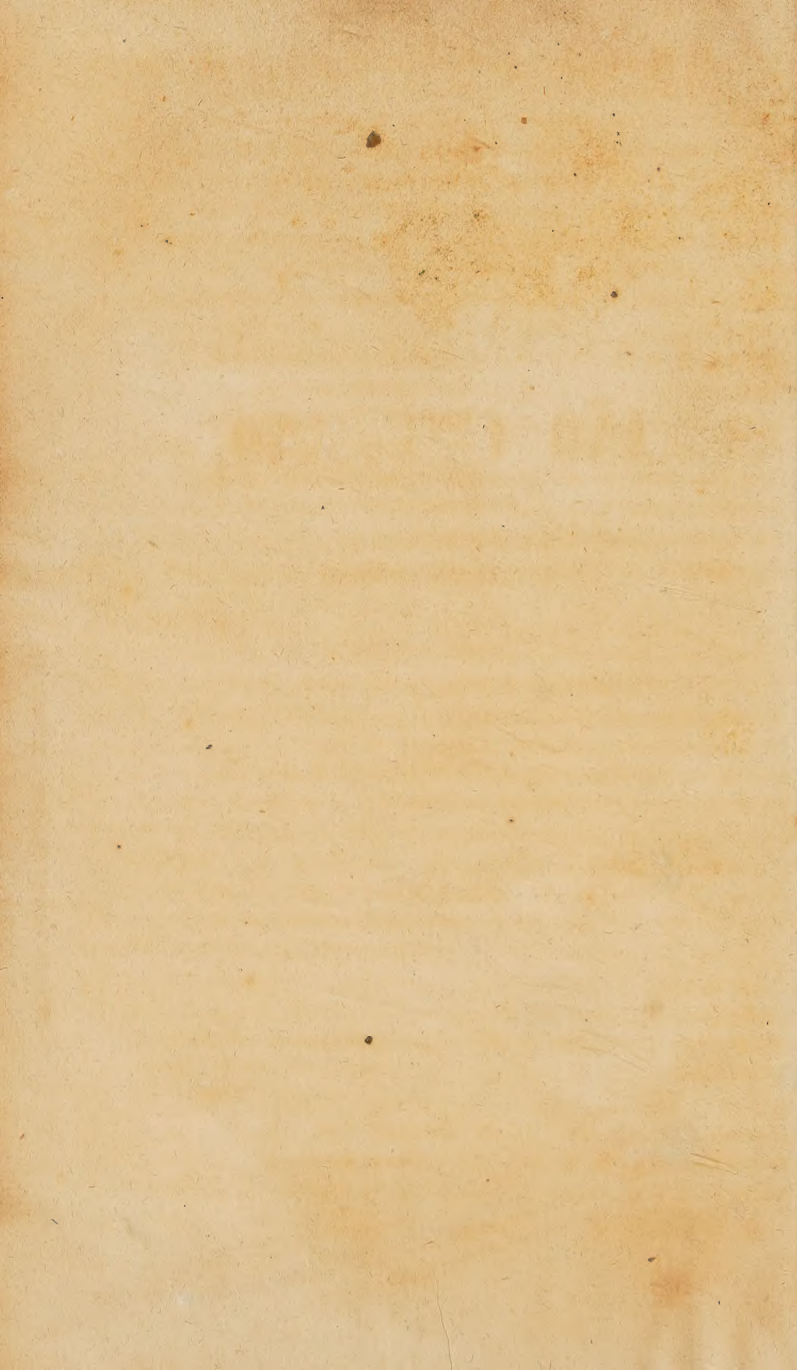
ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
BENITÆ.

No.

242
8





ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

JULIO.

*Varios Prelados de España han concedido 4260 dias de indulgencia á
todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.*

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO;

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,

de la Compañía de Jesús,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

por el P. José Francisco de Isla,

de la misma Compañía.

DICIONADO CON LAS VIDAS DE LOS SANTOS Y FESTIVIDADES QUE CELEBRA
LA IGLESIA DE ESPAÑA, Y QUE ESCRIBIERON

LOS PP. Fr. PEDRO CENTENO Y Fr. JUAN DE ROJAS,

DE LA ÓRDEN DE SAN AGUSTIN.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION,

AUMENTADA CON EL **MARTIROLOGIO ROMANO** ÍNTEGRO, LOS SANTOS
NUEVAMENTE APROBADOS,
HIMNOS Y SECUENCIAS QUE CANTA LA IGLESIA, ETC., ETC.

JULIO.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA,

IMPRENTA DE D. PABLO RIERA.

Enero de 1854.

Digitized by the Internet Archive
in 2025

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

JULIO.

DIA PRIMERO.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE SAN JUAN BAUTISTA.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN AARON, primer sacerdote del orden Levítico, en el monte Hor. (*Véase su historia en las de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES JULIO Y AARON, en Inglaterra, que padecieron después de san Albano en la persecucion de Diocleciano: en cuyo tiempo otros muchos Santos tambien padecieron allí diversos y cruelísimos tormentos, con que consumaron el martirio, y pasaron á los gozos de la celestial Jerusalem.

EL MARTIRIO DE SAN RUMOLDO, hijo del rey de Escocia y obispo de Dublin, en Malinas. (*Este Santo habiendo renunciado ya desde muy jóven las pompas del mundo, hizo un viaje á Roma á fin de recibir mision del primer Pastor de la Iglesia para llevar la luz de la fe á diferentes regiones de Europa. En consecuencia fue ordenado obispo regionario, esto es, sin determinada silla, y convirtió innumerables infieles en los alrededores de Malinas, de Lierra y Anvers. Murió mártir de su celo á manos de dos hijos de Belial, á uno de los cuales habia reprendido el Santo por un adulterio, en el año de 775*).

LOS SANTOS MÁRTIRES CASTO Y SECUNDINO, obispos, en Sinuesa. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN MARTIN, obispo, discípulo de los Apóstoles, en Viena del Delfinado. Fue consagrado obispo por san Pedro, y enviado á las Galias, y fijando su residencia en Viena, fue el apóstol y fundador de aquella Iglesia.

SAN GALO, obispo, en Clermont de Auvernia. (*Véase su vida en las de hoy*).

LA DICHOSA MUERTE DE SAN DOMICIANO, abad, en el territorio de Leon de Francia, el primero que hizo en aquel país vida eremítica; y habiendo atraído muchos á que sirviesen á Dios en la soledad, esclarecido en grandes virtudes y milagros, en santa vejez pasó á la compañía de los Santos.

SAN TEODORICO, presbítero y discípulo de san Remigio, obispo; en el territorio de Rheims.

SAN EPARCHIO, abad, en Angulema.

5412

SAN SIMEON, confesor, llamado el *Simple*, en Emesa; el cual se fingió de mente por amor de Jesucristo; pero Dios manifestó su profunda sabiduría por medio de grandes milagros. (*Véase su vida en las de hoy*).

LA DICHOSA MUERTE DE SAN TEOBALDO, ermitaño, en Vicenza, descendiente de los condes de Campaña; al cual canonizó el papa Alejandro III por su gran santidad y milagros.

SAN CASTO Y SECUNDINO, MÁRTIRES.

Los admirables prodigios que para confusion del gentilismo se dignó obrar el Todopoderoso por medio de san Casto y Secundino en tiempo que el impío Diocleciano suscitó contra la Iglesia una de las mas sangrientas persecuciones que padecieron los fieles, hicieron célebre la memoria de estos dos ilustres Mártires de Jesucristo en todo el orbe cristiano, cuyas actas refiere la iglesia de Gaeta en los siguientes términos:

Quejáronse agriamente los sacerdotes gentiles al emperador Diocleciano sobre la disminucion del culto y sacrificios de los dioses romanos, nacida de la multitud de idólatras que se convertian á Jesucristo en virtud de la predicacion de Casto y Secundino, convencidos de los muchos milagros con que confirmaban su doctrina evangélica. Aquel Príncipe, adicto á las supersticiones paganas, no oyó con indiferencia semejante delacion, que en su concepto era la mayor criminalidad que podian cometer sus súbditos. Al momento dió orden al presidente de Campania, llamado Curbo, hombre bárbaro y cruel, y muy celoso del culto de sus ídolos, para que castigase severamente á Casto y Secundino. Buscóles sin dilacion este tirano, y habidos en su presencia, comenzó en tono airado á reprender sus procedimientos contra las leyes del imperio, previniéndolos, ó que sacrificasen á los dioses romanos, ó que se dispusiesen á morir á fuerza de exquisitos tormentos.

Los Santos oyeron con tranquilidad de ánimo la agria reprension del Presidente; pero despreciando con valentía de espíritu sus amenazas, le respondieron: que siendo siervos del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra, no podian adorar á los falsos dioses, representados en vanas estatuas. Irritado el tirano con tan generosa respuesta, mandó ponerles en una dura prision, con orden de que no se les diese cosa alguna de comer ni beber; pero el cielo les surtió abundantemente por ministerio de un Ángel. Pasados algunos dias les hizo comparecer á su tribunal, y pareciéndole que para rendir á unos hombres de aquel carácter seria medio mas poderoso la urba-

nidad que el rigor, principió á reconvenirles, que extrañaba mucho de su nobleza, que hiciesen mérito para ser castigados públicamente; añadiéndoles por último, que en el caso de resistirse á sacrificar á los dioses romanos, les mandaria arrojar á los leones. Ejecutólo así, no habiendo condescendido los Mártires á su pretension; pero olvidándose las fieras de su condicion, se postraron á los piés de los Santos, lamiéndoles en ademan de veneracion, cuyo prodigio contribuyó no poco á la conversion de muchos paganos.

Los ministros volvieron á la prision á Casto y Secundino, los cuales suplicaron al Señor se dignase tener de ellos misericordia, y confortarles para el combate con los enemigos de la fe. Concluida esta oracion descendió sobre ellos una brillante luz, y de ella se oyó una voz que les decia: *La paz sea con vosotros, esforzados militares; no temais las asechanzas del demonio, ni los tormentos del inicuo juez, ni de sus ministros; pelead fuertemente, que yo estoy con vosotros, hasta introducirlos en la eterna mansion, donde permaneceréis sin fin con nuestros hermanos.* Una multitud de creyentes en Jesucristo concurrió al calabozo á visitarles, de lo que mas irritado el Presidente, haciéndoles comparecer tercera vez á su presencia, insistió con tenacidad en el empeño de que sacrificasen á sus dioses, amenazándoles que mandaria quemarles vivos en caso de resistirse.

Teman, respondieron los Santos, *á tu poder aquellos que temen ocurrir en la ira de tus dioses; pero nosotros, en el nombre del nuestro no tememos á tí, ni al fuego temporal, pues tenemos á un buen Salvador de nuestras almas, que puede hacer que las llamas nos sirvan de refrigerio.* Viendo el tirano el ningun aprecio que los Santos hacian de su conminacion, mandó encender una hoguera, y arrojarles á ella amarrados; pero bendiciendo á Dios los ilustres Confesores en medio del incendio, un Ángel del Señor lo apagó maravillosamente. Admirado el tirano de tan repentino prodigio, y de que ni á un solo caballo hubiese ofendido el fuego, quiso atribuir la maravilla á las malas artes de que eran notados los Cristianos por los gentiles en casos semejantes. Pero Casto y Secundino le hicieron ver, que estos milagros los obraba el verdadero Dios en favor de sus siervos para confusion de los enemigos de la verdad.

Mas y mas enfurecido el tirano con los discursos de los Santos, les quiso aterrar con que dispondria que sus ministros les quebrantasen los dientes á golpes de piedra, y que mandaria cortarles las lenguas, para que de este modo no pudiesen predicar á Jesucristo; lo que puso en ejecucion visto el desprecio que manifestaron los Santos á tan

terrible castigo. Vuelto á la prision, se presentaron al siguiente dia en el tribunal tan sanos, como si jamás hubieran padecido la mas minima incision. *Decidme*, les preguntó el Presidente, nuevamente admirado, *¿quién es vuestro Dios, en el que teneis tanta confianza, que os burlais de los nuestros sin temor de los tormentos? Nuestro Dios*, respondieron los Santos, *es el verdadero y omnipotente, que por su virtud crió el cielo, la tierra, el mar, y todas las criaturas, por quien subsistimos, del que tú estás separado*. Burlado el tirano á presencia de todos, no teniendo con que satisfacer á una tan justa como racional reconvencion, mandó azotarles cruelmente; pero haciendo los ilustres Confesores oracion al Señor para que se dignase obrar uno de sus acostumbrados prodigios, capaces de manifestar que era el verdadero Dios, quedó el tirano ciego de repente.

En semejante conflicto recurrió este á sus dioses, fundando el mérito de sus súplicas en el celoso ardimiento con que se interesaba en su culto; pero fueron en vano sus clamores, y la repeticion de sacrificios que mandó hacer en el templo de Apolo. Apeló á Casto y Secundino, quienes olvidándose de sus injurias, como verdaderos discípulos de Cristo, le restituyeron la vista, con el fin de que creyese que era solo verdadero el Dios de los Cristianos. Quiso el ingrato atribuir el prodigio á sus falsas deidades; pero los ilustres Mártires le dieron á conocer, que las estatuas mudas y sordas, hechuras de los hombres, eran incapaces de conferir divinidad á sus obras, como ni tampoco poder, ni virtud alguna para semejantes maravillas.

Desvelábase el tirano buscando arbitrios para rendir á los esforzados soldados de Jesucristo, y entre sus cavilaciones se le ocurrió proponerles: ¿que si sacrificarian á sus dioses en el caso que hiciesen una milagrosa curacion? Los Santos aceptaron el partido para demostrar con este motivo el ningun poder de los falsos dioses; y lisonjeándose el tirano haber conseguido su intento, mandó que llevasen á un hidrópico al templo de Apolo, y que los sacerdotes gentiles hiciesen sacrificio á fin que sanase el enfermo; pero fue tan al contrario, que al presentarse los Santos cayó en tierra la fingida deidad, sucediendo lo mismo luego que colocaron el simulacro segunda vez en su trono, de quien burlándose los ilustres Mártires, sanaron perfectamente al hidrópico en el nombre de Jesucristo.

Temeroso el tirano de alguna sedicion en el pueblo, declarado en favor de los Santos á vista de las repetidas maravillas que obraba Dios por medio de sus siervos, delegó la causa en su vicario, con particular orden de que los obligase á sacrificar á fuerza de exquisitos

tormentos. Aceptó el vicario la comision, y en su cumplimiento, como no produjese efecto la primera diligencia de perversion, mandó ponerles en un cepo de presos, atormentarlos allí hasta que negasen al verdadero Dios, y creyesen por tales á los ídolos. Pero orando los Santos, se levantó de repente tal tormenta, que huyeron los verdugos, y bajando del cielo un Ángel del Señor los puso en libertad.

Convencido el vicario á vista de aquel prodigio, y de los que tenia ya oídos, que de nada aprovechaba el poder de sus dioses para rendir á los ilustres Confesores de Jesucristo, en quienes visiblemente se dejaba conocer que obraba una virtud superior, les confesó ingenuamente, que á no temer la ira del Emperador, y la de su Presidente, creeria en el Dios de los Cristianos, autor de tan estupendas maravillas. Hiciéronle ver los Santos cuánto perjudicaban estos respetos humanos á su eterna salvacion; y convencido, les ofreció convertirse, siempre que sanasen á un hijo que tenia paralítico. Para que conozcas, le dijeron los Santos, cuánta es la virtud de Nuestro Señor Jesucristo, vé á tu casa, y dí al enfermo: *En el nombre del Dios que predicán Casto y Secundino, levántate sano.* Hízolo así el vicario, y al momento recuperó la salud apetecida el paralítico, por cuyo milagro se convirtió este con toda su familia, y otros muchos gentiles.

Supo el presidente Curbo el inesperado suceso con su vicario, y mandó conducirle á su presencia preso con los Santos, á quienes amenazó de nuevo con que ordenaria apedrearles, si dilataban por mas tiempo sacrificar á los dioses romanos. Casto y Secundino con igual valor que en las ocasiones precedentes despreciaron aquel castigo, y puesto en ejecucion por los ministros gentiles, fueron cubiertos de piedras en un campo donde fueron llevados á este efecto; pero al siguiente dia se presentaron al tirano sin lesion alguna, para que conociese por aquel prodigio, ya que no por los anteriores, el poder del verdadero Dios, á quien adoraban los Cristianos. Irritado mas Curbo con la nueva maravilla, mandó derretir plomo en una caldera, y echar en ella á los ilustres Confesores de Jesucristo; pero extinguido el incendio, salieron de aquel suplicio mas puros que el oro del crisol. Creyeron en Jesucristo innumerables paganos á vista de tantos y tan repetidos portentos, por los que convencidos que solo era verdadero el Dios que predicaban Casto y Secundino, amenazaron al tirano con la muerte, si no desistia de atormentarles.

Temeroso el Presidente de alguna sedicion del pueblo, ordenó volver á la cárcel á los Santos, y dió parte de todo lo ocurrido al Emperador, quien, sintiendo los progresos de Casto y Secundino con men-

gua conocida del poder de sus dioses, envió una tropa de soldados á fin de que auxiliasen á las intenciones de su Presidente, que alentado con el refuerzo, insistió como nunca en que los Mártires sacrificasen, para lo cual dispuso que fuesen conducidos al templo de Apolo; pero habiendo hecho oracion antes de llegar á él, pidiendo á Dios que le arruinase con todos sus simulacros para mayor confusion de los gentiles, se verificó así con efecto, quedando sepultado en las ruinas el tirano, con los demás que contribuyeron á la muerte de los ilustres Confesores. Fue aquel día de un grande luto para los paganos, que resentidos de las desgracias que ocurrieron, se vengaron con decapitar á los Santos; los cuales lograron por este medio la apetecida corona del martirio en el 1.º de julio por los años 306. Recogidos sus cuerpos por los fieles, fueron sepultados en Sinuesa, ciudad de Campania, que fue el lugar de su glorioso combate, segun señala el Martirologio romano, bien que otros dicen lo fue Sesa en el arzobispado de Capua, entre esta ciudad y la de Gaeta, á donde se trasladaron sus reliquias, y se conservan en grande veneracion, acreditando Dios cada dia con repetidos prodigios la poderosa intercesion de sus fidelísimos siervos.

SAN SIMEON, EL SIMPLE.

Para confundir la vana sabiduría del mundo dispuso la divina Providencia enviarle de tiempo en tiempo algunos siervos de Dios, tan dedicados á representarse insensatos al presumido concepto de los hijos de este siglo, como estos hacen estudio de ostentarse discretos á los ojos de los mundanos. Uno de estos fue el Santo cuya vida vamos á escribir.

Llamóse Simeon, y se le añadió el epíteto, ó por mejor decir, el apodo de *Salo*, voz que significa el *Simple*; y fue su nacimiento en Edesa, ciudad de Mesopotamia, en aquella parte de la Siria que se dilata al otro lado del Eufrates. Ignóranse los sucesos de su niñez, y solamente se sabe que fue de familia distinguida en el país, tanto por su opulencia como por su inviolable adhesion á la religion católica en aquellos desgraciados tiempos en que las herejías despedazaban y asolaban la combatida Iglesia del Oriente. Aprendió con igual facilidad que perfeccion tanto la lengua como las ciencias de los griegos, prueba no dudosa de la excelencia de su ingenio, así como lo fue de la inocencia de sus costumbres el ardiente deseo que tuvo de sacrificarse á Dios desde su misma niñez.

A los veinte años escasos de su edad era el ejemplo y la admira-

cion de Edesa por su sabiduría y por su virtud. Sintióse movido á visitar los Santos Lugares de Jerusalem, á cuya ciudad concurrían todos los años así los edesanos como los demás pueblos de la comarca, singularmente el día de la Exaltacion de la santa Cruz, cuya fiesta se celebraba con grande solemnidad. Juntóse con un amigo suyo, llamado Juan, para emprender juntos este devoto viaje. A vista de aquellos preciosos instrumentos de nuestra eterna dicha, y de los sagrados lugares donde se obraron los grandes misterios de nuestra redencion, se renovaron en el corazon de Simeon todos los fervorosos afectos de la mas tierna piedad; y á estos virtuosos impulsos de la Gracia se siguió inmediatamente el tedio y el disgusto á todas las cosas del mundo. Acabada la fiesta, y habiendo cumplido nuestros peregrinos con su religiosa devocion, tomaron la vuelta de su tierra por el valle de Jericó, donde descubrieron gran número de monasterios fundados á las riberas del Jordan. Suspendiéronse á vista de un espectáculo de tanta edificacion; comenzaron á hablar de lo dichosos que eran aquellos hombres ángeles que los habitaban; las reflexiones excitaron los movimientos, y tras estos naturalmente se les encendieron los deseos de imitarlos.

¡Felices hombres, decían, los que pueblan estos desiertos distantes del tumulto, exentos de los vaivenes, y á cubierto de las inconstancias tan comunes en el siglo! ¡Qué santa será su vida, qué dulce, qué tranquila su preciosa muerte! No hay en el mundo hombres mas afortunados. *¡Con qué gusto, dijo nuestro Santo, iría yo á visitar á estos ángeles humanos! Con mayor, replicó Juan, los imitaria yo. Pues ramos á verlos, añadió Simeon, que acaso nos concederá el cielo esa gracia.* Tomada esta resolucion, despidieron los criados con los caballos, y desviándose del camino real, siguieron una estrecha senda que guiaba á los monasterios.

El primero que encontraron fue el de San Gerásimo, cuyo abad era san Nikon. Hallaron á la puerta un venerable anciano que los recibió con tanto agrado, con tanto amor y con tanta alegría, como si ya los estuviesen esperando por revelacion divina. Observaron el profundo silencio que reinaba en el monasterio, el grato y cariñoso recibimiento que les hizo el Abad, la modestia, y no sé qué aire de santidad que resplandecía en todos los monjes, su humildad, su mortificacion, y en medio de tanta austeridad una dulzura y una celestial alegría. Todo los admiró, todo los enamoró, y desde el mismo dia tomaron la resolucion de no volver mas á Edesa, y dejarlo todo por amor de Jesucristo.

Creciendo por instantes su fervor, se declararon con el Abad, repitiéndole tan vivas las instancias para que los admitiese en el número de los religiosos, que al fin les cortaron el cabello, y se les dió el hábito de monjes. Fue tanto el fervor con que emprendieron su noviciado, y tan rápidos los progresos que en breve tiempo hicieron en el camino de la perfeccion por su fiel correspondencia á la gracia, que á pocos dias los proponian por modelos.

Sin embargo de ser tan austera la vida que se profesaba en aquel célebre monasterio, todavía le pareció á Simeon demasiadamente suave; llevábale la inclinacion á mayor retiro, y explicándose con su fiel amigo, le dijo que se sentia interiormente movido á ir á acabar sus dias en alguna soledad mas retirada y mas áspera. *Pronto estoy á seguirte*, le respondió Juan; *mas para no proceder con ligereza, y para conocer si es de buen espíritu este impulso, seria yo de parecer que lo consultásemos con nuestro santo abad, y una vez que él lo apruebe, aseguramos el acierto. Vengo en ello*, replicó Simeon, *vamos á declararle nuestro intento, y nos conformaremos ciegamente con su resolucion.* Era el santo abad un hombre dotado de gran discrecion de espíritus, y desde luego comprendió que lo que se le proponia no nacia de illusion ni de ligereza, pareciéndole tan clara la legítima vocacion de Dios, que no debia oponerse á ella; y así, abrazándolos tiernamente, y dándoles su bendicion, les dijo: *Id, hijos míos, en buen hora, y seguid al Espíritu Santo que os conduce al desierto, procurando ser fieles á gracia tan singular.*

Con este seguro pasaporte partieron alegres los dos solitarios, y tomaron su camino hácia el mar Muerto, en cuyas márgenes, después de haber caminado algunos dias, hallaron una celdilla abandonada por haber muerto poco tiempo antes el anacoreta que la ocupaba; y pareciéndoles ser aquella la estancia con que les brindaba la divina Providencia, hicieron alto en ella, rindiendo mil gracias al Señor por habérsela preparado.

Toda su ocupacion se reducía á ejercicios de oracion y de penitencia; aquella era de todas horas, y el sueño que tomaban recostados sobre unas piedras apenas la interrumpia. No era posible vida mas penitente; el ayuno era continuo, y el poco alimento que tomaban nueva y no poco rigurosa penitencia. En fin, á su vida, en todo parecida á la de los primeros fundadores del estado *monacal*, solamente le faltaba la prueba de la tentacion. Preparósela el infierno abundantemente con todo género de ellas; la memoria de lo que habian dejado, la absoluta falta de todo, el tedio, el disgusto y las mas

vergonzosas tentaciones los hubieran sin duda derribado, á no haberlos sostenido la divina gracia. Traian continuamente á la memoria el objeto de su primera resolucion, el ejemplo de tantos Santos, y el fruto que perderian de tantos trabajos padecidos; pero su principal recurso era la oracion: animábanse recíprocamente en sus santas conversaciones; aumentaban las penitencias, y al paso de ellas crecia su confianza en el Señor, en cuyos medios, y con el auxilio del cielo, consiguieron en fin una completa victoria.

Cási diez y nueve años habia que nuestros dos solitarios vivian en aquel espantoso desierto, entregados totalmente á los ejercicios de la mas dura penitencia, cuando de repente le asaltó á Simeon un vivísimo pensamiento de abandonar la soledad, y de irse á meter en medio del mismo mundo, para combatirle cara á cara con un género de armas verdaderamente poco usadas hasta entonces. Era su idea fingirse loco, y humillarse voluntariamente á los ojos de los hombres con afectadas demostraciones de una locura aparente, para confundir, decia él, con esta humillacion la vana sabiduría de los hijos del siglo, y atacar el orgullo humano en sus últimos atrincheramientos. Comunicó este plan á su amado compañero, que sobresaltado al oir resolucion tan extraordinaria, no omitió razon alguna para desviarle de ella; pero nuestro Santo se mantuvo inflexible en su meditado intento. *Es cierto*, decia Simeon, *que es oscura y que no deja de ser penitente la vida que aqui hacemos; pero mi amor propio se acomoda en esta quietud, y hasta el orgullo, como que no deja de fomentarse con la misma penitencia. A mí nadie me ejercita; ¿y quién saldrá por fiador de que al cabo llegaré á domar este enemigo casero?* Juan por el contrario, le hacia presente cuanto juzgaba debia representarle contra un proyecto tan extraño como resbaladizo; el tierno amor que profesaba á tan caro compañero le sugeria mil razones tan sólidas como eficaces para disuadirle aquella idea; los peligros á que se exponia, los lazos del enemigo comun, y la facilidad de descaminarse por una senda tan desconocida como poco trillada; pero la inspiracion era tan fuerte, y la voz de Dios al corazon se percibia tan clara, que no le fue posible hacer mella en Simeon. Separáronse, en fin, los dos tiernos amigos, deshaciéndose en dulces lágrimas, pero con recíproca palabra de volverse á ver antes de morir. Nuestro Santo partió segunda vez á visitar los Santos Lugares de Jerusalem, donde renovó su resolucion con la memoria de los abatimientos y humillaciones que padeció el Señor en aquella ciudad, queriendo tambien ser reputado por loco en la

Siria, donde pasó el resto de su preciosa vida.

Desde aquel punto el único objeto de su santa ambicion fue todo aquello que le podia hacer despreciable á los ojos de los hombres. Dió principio á su representacion mezclándose con los muchachos y con los niños, jugando con ellos en las calles y plazas públicas. Afectaba mil extravagancias en medio del populacho: metíase en los corrillos, y trataba conversaciones tan ridículas como impertinentes; fingia unos movimientos, un aire, una conducta y unos modales tan risibles, tan bajos y tan opuestos á toda buena razon, que unos le tenian por tonto, otros por loco, y los mas eran de parecer que tenia de uno y de otro por iguales partes.

No hay hombre tan ambicioso de aplausos, como nuestro Santo lo fue de abatimientos y desprecios. Hecho la risa del pueblo y el juguete de los muchachos, todo su gusto era verse harto de oprobios, y cuando á esto se añadian los palos, que no era pocas veces, entonces brincaba de contento y se reia. Esta insensibilidad teníaase por prueba concluyente de su locura, y lo era de su heroica virtud.

No era su único fin hacerse despreciable á los ojos de los hombres; pretendia tambien ganar almas á Dios por medio de cien industrias. Algunas veces quedaban todos admirados oyendo entre sus extravagancias muchas verdades importantes que hacian impresion, y algunos se aprovechaban de ellas. De manera, que aquella aparente locura, en suma, era un velo con que cubria las gracias que le hacia Dios, y un artificio variado, por una parte para ocultar, y por otra para asegurar el éxito de muchas buenas obras. Algunas veces buscaba las mujeres perdidas, les daba el dinero que recogia, las divertia con sus graciosos desvarios, y todo era por hallar ocasion para reprenderles su vida desordenada; medios irregulares y extraordinarios, que en otros serian perniciosos, y á Simeon le salieron tan bien, que el imaginado loco hizo cuerdos á muchos, sacando del infeliz estado de la culpa á muchas personas de todas clases y edades, y retirando del vicio á no pocos jóvenes disolutos, y á no pocas mujeres perdidas; pero de nada se guardaba tanto Simeon como de que llegasen á conocer lo que verdaderamente era.

Cuando se encontraba en la calle con algunos energúmenos, conociendo que el Señor los queria librar de aquel trabajo por su intercesion, mezclábase entre ellos. remedaba sus gestos, contorsiones y movimientos: si ellos gritaban, él gritaba mas que todos; y por este

que á ninguno se le ofreciese que por sus méritos les concedia el cielo aquella gracia.

A la sombra de este diluvio de abatimientos ocultaba tambien sus rígidas penitencias. Su ayuno era riguroso con exceso; por lo comun se le pasaban tres dias naturales sin comer ni beber, y algunas veces toda la semana. Entrábase en los figones públicos; sentábase á la mesa con los hombres mas perdidos; teníalos divertidos con sus graciosos dichos y extravagancias, sin que advirtiesen que no comia borrado; encajábales á vuelta de eso unas verdades y unos desengaños que les pasaban el alma, pero sin conceder jamás la menor indulgencia á sus sentidos. En medio de una vida al parecer tan disipada, nunca se dispensó en sus mortificaciones ordinarias, ni perdió un punto de su recogimiento interior. Dormia no mas que dos ó tres horas por la noche, sin mas cama que unos manojos de sarmientos, pasando lo restante en oracion, acompañada siempre de copiosas lágrimas. Muchas veces le veian como extático, fijos los ojos en el cielo, encendido el rostro á violencias del fuego divino que interiormente le abrasaba; pero tenia tal arte para disfrazar estas exterioridades, que todas se atribuian á efecto natural de su locura.

Comunicóle Dios muchos dones sobrenaturales, y entre otros el de profecía, con el que pronosticaba las cosas futuras; pero siempre rebozándolas de manera que no despertase la curiosidad, ni causase admiracion. Entró un dia en cierto edificio público sostenido de muchas columnas, llevaba un látigo en la mano, y comenzó á dar grandes azotes á algunas de ellas, diciéndoles al mismo tiempo: *Teneos firmes, que presto os harán bailar*. Así pronosticó un violento terremoto que sucedió pocos dias después, y se notó que cayeron en tierra todas las demás columnas menos las que el Santo azotó.

Con un aire semejante profetizó el estrago que la peste hizo en Emesa, diciendo á muchos niños de la escuela que se dispusiesen para hacer un viaje largo; y fueron puntualmente los mismos á quienes el contagio echó en la sepultura. Curó repentinamente á no pocos enfermos solo con hacer de loco á vista de ellos. En fin, su mayor estudio era disfrazar todo lo bueno que hacia, y salió tan eminente en este arte divino, que como observa con discrecion el autor de su vida, aquel mismo Señor, que acostumbra hacer milagros para manifestar á sus Santos, parece que cada dia hacia muchos mas para oscurecer á este. Sin embargo, algunos siervos de Dios mas iluminados no dejaban de descubrir su heroica virtud por entre los celajes

de su profunda simulacion. Finalmente negó á tanto la insaciable hambre de verse humillado, que habiéndole acusado una mujer de mala vida, imputándole ser padre del fruto que tenia en sus entrañas, no solo sufrió el Santo esta confusion sin alegar una sola palabra en su defensa, sino que se portó de un modo extraño, haciendo creer á los incautos que la acusacion nada habia tenido de calumnia. Pero volvió el Señor por su inocencia, atormentando á la infeliz mujer con tan crueles dolores en su parto, que jamás pudo dar á luz la criatura hasta que públicamente se desdijo, declarando quién era su verdadero padre.

Advertido Simeon por revelacion divina de su cercana muerte, quiso cumplir la palabra que habia dado á su antiguo y fiel amigo de que le volveria á ver antes de morir, y partió al punto á su primera soledad. Quedó agradablemente sorprendido su amado compañero cuando le vió en su presencia; abrazáronse tiernamente, y las dulces lágrimas de entrambos fueron intérpretes fieles de su recíproco gozo. *Vesme aquí*, dijo Simeon, *que por la gracia de mi Señor Jesucristo he acabado mi carrera, hallándome ya al fin de ella; vengo á cumplir mi palabra, y á darte el último abrazo.* A estas palabras volvió á renovar el llanto; pero le interrumpió la relacion que hizo Simeon de las grandes misericordias que Dios habia obrado con él, y de todas sus no menos raras que ejemplares aventuras. Admiró el bienaventurado Juan los extraordinarios caminos de la divina Providencia; bendijo mil veces al Señor, y después de recomendarse los dos recíprocamente en sus oraciones, se volvió Simeon á Emesa, donde hizo reservada confianza de toda su vida al huésped que le tenia en su casa, que era un diácono de aquella iglesia, hombre caritativo y piadoso, que ya habia sospechado se ocultaba algo de extraordinario en la conducta de Simeon. Exigióle un inviolable secreto por toda su vida, y le suplicó le permitiese retirarse algun tiempo á cierto rincon muy escondido de la misma casa.

Pasados dos dias sin que el Santo pareciese, el diácono quiso saber si estaba malo; pero hallóle ya difunto, y cubierto con los sarmientos que le servian de cama. Ya todos estaban desengañados de lo que verdaderamente era Simeon, manifestada visiblemente su heroica santidad, por lo que fue su muerte acompañada de la pública veneracion, y el Señor acreditó sus merecimientos con muchas maravillas. El santo cuerpo fue elevado del cementerio donde le habian dado sepultura; y publicando cada uno lo raro y prodigioso que habia observado en aquel siervo de Dios encubierto, fácilmente se re-

conociéron los primorosos rasgos de una sabiduría cristiana, escondidos con el velo de una simpleza aparente. La Iglesia universal consagró su memoria con el honor del sagrado culto que le decretó; y no parece posible suba á mas elevado punto el amor y la ansia de los abatimientos, que el que admira nuestra veneracion y nuestra confusion en este singular Santo.

SAN AARON, PROFETA.

Aaron, que se interpreta *el que enseña*, fue de la tribu de Leví, hijo de Amram y de Jocabed, y nació en Egipto el año 1574 antes de Jesucristo. Fue asimismo hermano mayor de Moisés, y casado con Isabel hija de Aminadab, y hermana de Naaron, de la cual tuvo cuatro hijos. Era muy elocuente, por lo cual se lo dió Dios á Moisés, que era impedido de la lengua, para que hablase por él al pueblo lo que de parte de Dios le era mandado que le dijese; y lo mismo fue con Faraon al tiempo que se procuraba la salida de los hebreos de Egipto, y las primeras tres señales que se hicieron delante del rey fueron hechas por manos de Aaron.

Estando después los hebreos en el desierto, y Moisés en el monte Sínai, á donde por mandado de Dios habia subido á recibir la ley escrita en dos piedras para notificársela al pueblo, como se tardase cuarenta dias, los hebreos impacientes y deseosos de tener Dios que viesen, y fuese palpable, y no escondido é invisible, pidieron se lo diese Aaron y Hur, á los cuales habia Moisés encargado el gobierno del pueblo en su ausencia. Y porque Hur les resistió valerosamente, hechos todos á una, le echaron tantas salivas sobre sí, que le ahogaron. Viendo esto Aaron, y temiendo lo mismo, pensó librarse de aquella importuna demanda con industria, y fue que le diesen joyas de oro y plata para hacerlo, pareciéndole que por haberlas de pedir á sus mujeres, ellas defendiendo sus joyas levantarían pleito con ellos, que se dilatara hasta que Moisés volviera, y no fue así, antes de buena gana dieron las mujeres sus joyas para hacer el ídolo.

Recibido el metal por Aaron, fabricó de ello un becerro que adoraron los hebreos; y por ello le reprendió Moisés ásperamente habiendo bajado del monte, diciéndole: «¿Qué te hizo este pueblo que «has permitido tal?» Aaron dió su disculpa de que lo hizo temiendo al pueblo, lo cual para con Dios no le excusó, pues lo que hizo fue pecado, y estaba obligado á dejarse matar antes que dar favor á cosa tan mala y perniciosa.

Moisés hizo polvos el becerro, y se lo dió á beber á los culpados, y

no contento con esto, mandó á los levitas que de tropel juntándose muchos de ellos fuesen por los reales matando á los que viesan fuera de sus tabernáculos. Y puesto que no habian de morir todos sino algunos, de esta manera murieron los mas culpados; y llegó el número á cerca de treinta y tres mil personas.

Pasado esto, habiendo Aaron tenido dolor de su pecado, por mandado de Dios á él y á cuatro hijos suyos llamados Nadab, Abiú, Eleázaro é Itamar, después de bien purificados y limpios los ungió Moisés en sacerdotes, para el ministerio del tabernáculo y sacrificios que en él se ofrecian, de los cuales fue Aaron nombrado cabeza y principal, á quien solo, y no mas de una vez en el año, era licito entrar en el Sancta Sanctorum, que era el aposento último y mas secreto del templo, donde estaba el arca del Testamento. Y como Aaron usando su oficio por mandado de Moisés, para satisfacer por su pecado y los del pueblo pusiese cierto sacrificio y víctima sobre el altar diputado para esto, bajó fuego del cielo que lo abrasó, y este fuego se conservó en el templo, como advierte san Ambrosio, cebándose siempre los levitas hasta que el pueblo fue llevado cautivo á Babilonia.

Sucedió que el mismo dia Nadab y Abiú, hijos de Aaron, sacerdotes consagrados, poniendo en sus incensarios de otro fuego, y no del que mandaba Dios, fueron abrasados por fuego que bajó del cielo.

Levantaron motin contra Moisés y Aaron algunos del pueblo, en número de doscientos y cincuenta, siendo los principales Coré, de la tribu de Leví, y Datan y Abiron, de la tribu de Ruben. Decian estos que ni Moisés habia de ser su capitan, ni Aaron su sacerdote sumo, que otros lo merecian mejor; por lo cual los principales fueron castigados de Dios, tragándose los vivos la tierra con sus mujeres é hijos, y todo lo que les era propio de sus haciendas: á los doscientos y cuarenta que eran de su bando abrasó fuego del cielo.

Otro dia, después de acaecido esto, los demás hebreos estaban muy quejosos de Moisés y Aaron, sintiendo mucho que aquellos hubiesen sido muertos por ocasion suya, y llegó la cosa á tal punto, que á los dos hermanos para huir su cólera y enojo les fue forzoso retirarse al tabernáculo y templo, de donde salió fuego que abrasó catorce mil y setecientas personas. Y fueran mas los muertos, sino que salió Aaron con el incensario en la mano, haciendo sacrificio á Dios, donde andaba el fuego mas vivo, y cesó la plaga. Y porque ni con esto tenia fin la murmuracion del pueblo acerca del sacerdocio de Aaron,

mandó Moisés poner en el tabernáculo trece varas secas, y en cada una de las doce el nombre de una tribu, y el de la persona mas principal de ella, y en la última el de Aaron; y otro día la vara donde estaba el nombre de Aaron fue vista que habia brotado hojas y fruto, y tenia almendras, por donde se vió claramente ser voluntad de Dios, que fuese Aaron sumo sacerdote, y después de él los de su linaje. Esta vara se guardó dentro del arca del Testamento con las tablas de la ley y un vaso del maná.

Habiendo estado el pueblo hebreo en el desierto cuarenta años, determinado de Dios que ni Aaron ni Moisés entrasen en la tierra prometida, por la culpa que cometieron cuando les mandó que hiriesen la piedra para que diese de sí agua, y el pueblo bebiese y se recrease, y porque no salió al primer golpe dudaron de que saldria, y les pareció que Dios les habia burlado, aunque salió luego hiriendo la segunda vez, por esta culpa merecieron el castigo dicho. Mandó Dios á Moisés que subiese al monte Hor, y llevase consigo á Aaron y á Eleázaro su hijo, y allí desnudase de los vestidos sacerdotales á Aaron, y vistiese de ellos á Eleázaro ¹: lo cual hecho, estando en lo alto del

¹ Consistían las vestiduras del sumo sacerdote en unos paños menores ceñidos por medio del cuerpo y cortos hasta la rodilla. Luego vestía una túnica de lino muy blanco y muy fino que llegaba hasta los pies. Sobre esta túnica tenía otra algo mas corta de color violado, que era abierta por los lados, por el pecho y por las espaldas, y estas aberturas se tomaban con una toca delgada á manera de cinta, que iba prendiendo el un cabo con el otro por sus ojales. Las mangas venían juntas al brazo. El remate estaba labrado maravillosamente con muchas flores de oro, de púrpura y de grana; entre las cuales estaban entretejidas piedras de mucho precio. Colgaban de este remate setenta y dos campanillas de fino oro, y otras tantas granadas del mismo metal, entrepuestas las unas con las otras, de suerte que entre granada y granada habia una campanilla, y entre campanilla y campanilla habia una granada. Era otro atavío el *ephod* ó superhumeral, que era de hechura de un escapulario de religioso, corto hasta la cintura, y tejido de oro bordado de color de púrpura, de jacinto y de escarlata, prendido con dos broches de oro en que estaban encajadas dos piedras de esmeralda, segun los Setenta, aunque Josefo dice que eran sardónicas: (*la esmeralda es verde, y la sardonica blanca*). Eran de tanta grandeza, que en ellas se veían esculpidos los nombres de las doce tribus de Israel, seis en cada una, segun el orden en que nacieron los hijos de Jacob. De estas dos piedras como de argollas colgaban dos cadenas de oro, de las cuales estaba pendiente el racional, que era un cuadro hecho á la manera del vacío que en el pecho dejaba el *ephod*, del tamaño de un palmo, y encajabase en él. Era este racional tejido de oro y de otros ricos materiales, en el cual estaban doce piedras preciosas, puestas de tres en tres con igual distancia una de otra, y en ellas esculpidos los nombres de los mismos doce Patriarcas. También estaban en él dos nombres en hebreo que decían *Purim* y *Tumim*, que es lo mismo que juicio y verdad. Y tan esencial se consideraba este ornamento, que sin él no podia el pontífice entrar en el tabernáculo, consultar al Señor, recibir sus oráculos, ni ofrecerle las oraciones y sacrificios de la nacion. En la cabeza usaba como los demás sacerdotes una tiara de finísimo lino, distinguiéndose en tener una lámina de oro á manera de media luna, las puntas en alto, y en ella estaba escrito: *La san-*

monte murió Aaron, y allí fue sepultado, y el pueblo le lloró treinta días.

Dícese en el libro de los Números, que murió Aaron en el día primero del quinto mes del año cuadragésimo de la salida de Egipto, y el quinto mes comenzando de marzo es julio: era de edad de ciento y veinte años, tuvo el sumo sacerdocio treinta y siete. Otras cosas tocantes á Aaron aquí se pasan en silencio, porque se dirán en la vida de Moisés su hermano, día 4 de setiembre.

El nombre de Aaron se halla en diversos libros de la Escritura, como en el Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, Josué, en el primero de los Reyes, Paralipómenos, Esdras, en los Salmos, Eclesiastés, Micheas, Machabeos, en los Hechos de los Apóstoles y en la carta de san Pablo á los Hebreos.

SAN SIMON, LABRADOR.

En este día en la iglesia parroquial de San Georgio del lugar de Acuelo, se celebra la memoria de san Simon, labrador, de quien no nos constan sus actas, porque la injuria de los tiempos robó á la posteridad las importantes noticias de los ilustres hechos de este y otros muchos héroes que han florecido en España; solo sabemos por relacion del M. Egidio Gonzalez de Ávila, cronista real en el teatro de la Iglesia de Castilla, que el cuerpo de san Simon, natural de Cabredo, se conserva en grande veneracion en la capilla mayor de la expresada iglesia parroquial, donde se celebra su fiesta con asistencia de las nueve villas circunvecinas, á quien tenian por patrono los labradores, de cuya poderosa intercesion para con Dios se valen en la escasez de lluvias, por la que se han visto y se ven cada día maravillosos efectos.

SAN GALO, OBISPO.

San Galo, tenido y llamado primer obispo de Clermont en Auvernia, nació por los años de 489, y su padre Jorge era de las primeras casas de aquella provincia, y su madre Leocadia descendiente de la familia de Vettio Epagato, célebre romano que padeció martirio en Leon por la fe de Jesucristo. Ambos tomaron con empeño la buena educacion de su hijo, y se propusieron luego que llegase á la

edad es del Señor; lámina que caia á la frente del pontifice, atada á la tiara con una cinta de color de jacinto que se anudaba por detrás de la cabeza. Muchos misterios estaban encerrados en lo que se ha dicho de los vestidos pontificales, como notan los sagrados Doctores.

edad competente casarle con una hija de un senador respetable. El Santo, que habia tomado la determinacion de consagrarse á Dios, se retiró secretamente de la casa de su padre al monasterio de Cournon cerca de la ciudad de Auvernia; y suplicó con el mayor ahinco que le admitiesen entre sus monjes; y obtenido poco después el consentimiento de sus padres, renunció con alegría las vanidades del mundo, y abrazó la pobreza religiosa. Allí su virtud eminente le distinguió de un modo muy particular, y le recomendó á Quintiano, obispo de Auvernia, para promoverle á los órdenes sacros.

Muerto el Obispo en el año de 527 fue elegido san Galo para sucederle; y con este nuevo carácter se hicieron mas brillantes su humildad, su caridad y su celo, con especialidad su paciencia en soportar las injurias. Herido una vez de un golpe que le dió en la cabeza un hombre salvaje y brutal, no mostró la mocion mas leve de ira ni resentimiento, antes bien con una mansedumbre invencible desarmó la rabia del atrevido. En otra ocasion habiendo Evodio, que de senador se hizo presbítero, olvidado de tal modo su obligacion y estado, que llegó á tratar á su obispo con los mayores insultos, este se levantó de su asiento sin responderle una palabra, y se fué á visitar las iglesias de la ciudad. Tan conmovido quedó Evodio con esta accion, que en medio de la calle se arrojó á los piés del Santo, y le pidió perdon; y desde entonces vivieron ambos ligados con una estrecha amistad. San Galo fue favorecido del don de hacer milagros, y murió por los años de 553; y en este dia se hace mencion de él en el Martirologio romano.

Tambien se honra entre los Santos en Clermont en 1.º de noviembre á otro san Galo, llamado el segundo, que fue obispo de aquella silla en el año de 650.

La Misa es en honor de los santos mártires Casto y Secundino, y la Oracion es la que sigue:

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Casti et Secundini natalitia colere: da nobis in aeterna beatitudine de eorum societate gaudere. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que nos haces el favor de que celebremos la fiesta de tus santos mártires Casto y Secundino; concédenos que logremos la dicha de gozar en su compañía de la vida eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VII de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Charissimi: Mundemus nos ab omni inquinamento carnis et spiritus,

Carísimos: Teniendo, pues, estas promesas, purifiquémonos de toda

perficientes sanctificationem in timore Dei. Capite nos. Neminem laesimus, neminem corrupimus, neminem circumvenimus. Non ad condemnationem vestram dico, praediximus enim quod in cordibus nostris estis ad commoriendum, et ad convivendum. Multa enim fiducia est apud vos, multa mihi gloriatio pro vobis, repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.

mancha de la carne y del espíritu, perfeccionando nuestra santificación en el temor de Dios. Atended lo que os digo: á nadie hemos lesionado, pervertido, ni engañado. No hablo esto para vuestra condenación; pues os teníamos predicho que estais en nuestro corazón hasta morir y vivir. Tengo grande confianza de vosotros, y nuevo motivo de gloriarme por vosotros: estoy lleno de consolación y de excesivo gozo en toda nuestra tribulación.

REFLEXIONES.

Limpiémonos de toda mancha de la carne y del espíritu. El verdadero cristiano nunca se cansa de purificar su corazón. ¿Sabemos bien con qué ojos mira Dios aquellas reliquias del pecado, que voluntariamente dejamos en el nuestro con pretexto de que son ligeras? ¿Sabemos bien á dónde nos pueden llevar? Poca cosa es una ligera vanidad, cierta complacencia secreta en un grande rey, al mostrar á unos extranjeros todas las riquezas de su tesoro: en medio de eso, en castigo de esa ligera vanidad se le privará de todas esas riquezas. Un solo cabello fuera de su lugar no prueba grande negligencia en una esposa por otra parte bien adornada de virtudes; sin embargo, aquel leve descuido ofende los ojos y el corazón del esposo. Una rendija casi imperceptible en un navío no anuncia mucho mal; con todo eso, si no se remedia con tiempo, será causa de un lastimoso naufragio. Es no conocer bien lo que valen los bienes que nos están prometidos, no aplicar el mayor cuidado á evitar los menores peligros de perderlos. El temor de los secretos juicios del Señor debe estar clavado en nuestro corazón todo el tiempo de la vida; él es el principio de la sabiduría, él acompaña y él conserva la santidad. Huyamos cien leguas de todos aquellos que pretenden arrancarnos este santo temor, con pretexto de mas perfecta virtud, de mas pura perfección. El temor puramente servil es cierto que agravia á un dueño que quiere ser servido por amor. Es injurioso á un Dios que prefiere siempre el título de Padre á todos los demás. Es indigno de una alma que tiene tan dulce y tan continuada experiencia de las piedades de su Dios. Aquel Señor que nació en un establo, y murió por nosotros en una cruz, ¿merecerá por ventura ser mas temido que amado?

Capite nos, dice el Apóstol: tenednos en vuestro corazón. Por lo mismo que la Religión tiene tanto dominio en nuestras almas, por lo

mismo importa mucho que sus ministros traten á las gentes de manera que se conozca pretenden ganarles el corazon, pero ganársele únicamente para su eterna salvacion. El pastor desinteresado y benéfico tiene derecho al amor de su rebaño, y no en vano le pretende. ¿Quién se persuadirá que un pastor tiene dentro de su corazon las ovejas que están á su cuidado, si solo aspira á una vida mas acomodada y mas divertida, para librarse de los vínculos que le ligan á ellas? Vivir y morir con su rebaño es la obligacion de un buen pastor; pero vivir del rebaño sin vivir con él, es el verdadero carácter de un pastor mercenario.

Estoy lleno de consuelo, reboso de gozo en medio de todas mis tribulaciones. Esto es lo que el ciego mundano no puede comprender. El estoico soberbio no se quiere persuadir que la paz del alma, la alegría y aun el exceso de ella puedan nacer en el seno de la miseria y de la afliccion. Pero san Pablo lo prueba, san Pablo lo verifica en sí mismo, sin que por eso sea esta gracia reservada á solo él. Siendo dichoso fruto de la paciéncia cristiana, le experimentan tambien todos los que padecen con espíritu verdaderamente cristiano. Este fruto es de todos tiempos, y se da en todo terreno. Nace hasta en los mas lóbregos calabozos, en los mas vergonzosos cadalsos, en las adversidades mas amargas; al mismo tiempo que los mas brillantes honores y las diversiones mas exquisitas solo producen hiel y amargura en el corazon.

El Evangelio es del capitulo XI de san Mateo.

In illo tempore respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine coeli et terrae, quia abscondisti haec à sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenientis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

En aquel tiempo respondiendo Jesús, dijo: Yo te confieso ó *alabo*, Padre, Señor del cielo y la tierra; porque ocultaste estos hechos á los sabios y prudentes *del siglo*, y los revelaste á los humildes. Así lo venero, Padre, porque fue de tu agrado. *Sabed*, que todas las cosas me son entregadas por mi Padre: y ninguno conoce al Hijo sino el Padre; ni al Padre otro que el Hijo, y á quien quisiere este revelarlo. Venid á mí todos los que trabajais, y estais oprimidos, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis descanso para vuestras almas. Pues mi yugo es suave, y mi carga ligera.

MEDITACION.

De la oracion vocal.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no hay acto de religion mas comun ni mas ordinario que la oracion vocal; pero acaso tampoco hay otro, por el cual no sea Dios comunmente menos honrado y adorado. Es cierto que en todas partes resuenan las alabanzas del Señor; en todas se oyen los votos que se le ofrecen; pero el alma y el corazon ¿van siempre de acuerdo con los labios? Bien se puede decir, que á la verdad se reza mucho, pero se ora poco. Aunque no consultemos mas que al buen juicio, á la razon natural, y al concepto que se forma de este santo ejercicio, ¿quién podrá ver á sangre fria la ninguna atencion, las distracciones, la tibieza, y aun la indecencia con que se cumple con él? Verdaderamente se puede preguntar ¿si cuando se reza, como tan comunmente se hace, pretendemos irritar á Dios, aun mas que honrarle? Es la oracion vocal una conversacion con Dios, en que introducida, por decirlo así, y admitida el alma en el santuario, expone al Señor sus necesidades, le representa sus trabajos, le descubre sus tentaciones y miserias: penetrada de los mas íntimos afectos de amor, de respeto y de reconocimiento, procura honrarle, ya con el mas profundo rendimiento á sus órdenes, ya con su confianza, con sus votos y sus ruegos. ¿Y un acto tan perfecto de religion se deberá reducir á una pura y mera exterioridad? ¿Será hacer oracion á Dios, distraerse voluntariamente, volver la atencion con plena advertencia á otra parte, al mismo tiempo que se está tratando con él? Por poco que se oiga á la fe y á la razon, ¿podemos menos de reputar por una infinita dicha la honra y la libertad de hablar con Dios todo el tiempo que quisiéremos, sin miedo de que nadie nos interrumpa, sino nosotros mismos, y con la confianza de que siempre serémos bien oídos, como nosotros nos oigamos? Ya no es menester subir al monte, ni caminar á Jerusalem para adorar á Dios en espíritu y en verdad. No nos cuesta ya tanto la oracion; pues el verdadero culto, por decirlo así, depende de nuestra disposicion. Dios puede ser adorado en todas partes, como en todas se le adore en espíritu y en verdad. Pronto siempre á oir nuestras necesidades, solo pide que se las expongamos; y una de las condiciones mas esenciales para ser oídos, es la firme, la indubitable seguridad de que lo serémos. *Credite quia accipietis, et venient vobis.* Ni el tropel, ni la concurrencia nos estorban la entrada con Jesucristo. Por

grande que sea el concurso de los suplicantes, cada uno logra audiencia particular siempre que quiere, y se puede detener en ella todo el tiempo que gustare. ¿Será posible, mi Dios, que no nos aprovechemos de un medio tan necesario, tan eficaz y tan fácil?

PUNTO SEGUNDO.—Considera cuál es la verdadera razon por la cual siéndonos tan familiar la oracion, y estando Dios tan pronto para oir, como para despachar nuestras súplicas, consigamos tan raras veces lo que pedimos. Es porque oramos mal, y tanto, que muchas veces ni aun advertimos que estamos orando. Pues á la verdad, ¿qué hombre habria de tan poca religion, que se atreviese á hablar á Dios con tan poco respeto, y con tan poca atencion, si reflexionase á que estaba hablando con Dios? La oracion no solo es prueba de nuestra confianza, eslo tambien de nuestra fe. Buen Dios, ¿en cuál otro acto de religion tenemos mayor interés? Entre tantas borrascas, el abrigo mas inmediato y mas seguro es la oracion: no puede forzarnos el enemigo en esta trinchera. La oracion desbarata sus fuerzas, y desvanece sus artificios. No es posible orar bien, y no vencer. Muy desgraciado es aquel á quien de nada sirve un socorro tan poderoso. Pero ¡creemos de buena fe, que haciendo oracion á Dios como tan comunmente se hace, pueda servirnos de grande auxilio la oracion! ¿Cuántos oran sin orar todos los dias? Dios no escucha, ni aun entiende sino las oraciones del corazon. Muchas oraciones vocales sin atencion y sin afecto son poco significativas para aquel Señor que no hace aprecio del culto puramente exterior. El Salvador solo atiende á la fe y á la devocion interior de aquella pobre mujer enferma, que toca la fimbria de su vestido. *Os está oprimiendo un tropel de gente*, le dicen sus discípulos, *y preguntais ¿quién os ha tocado?* Todo aquel tumulto no le hace impresion. Es menester que el corazon hable, y que la fe obre, si queremos que nos oiga Dios. Los clamores del ciego de Jericó, si no son mas que clamores, son poco eficaces: es preciso que él mismo declare á Jesucristo lo que desea: la atencion del ánimo, y el afecto del corazon, son como el alma de la oracion. Pues no nos admiremos ya si somos tan poco oidos. La oracion muerta nada obra. ¡Cosa extraña! La misma costumbre de orar es causa de que muchas veces no se sepa lo que se hace cuando se ora. La distraccion ó la ninguna aplicacion envilece y profana este santo ejercicio. Cuando oramos á Dios, ¿consideramos que es Dios á quien oramos?

Señor, enseñadme Vos mismo á orar. Confieso que hasta ahora no

han merecido ser oídas mis oraciones, por la poca devocion, atencion y respeto con que las he rezado. Espero, Señor, que á lo menos me otorgaréis la que ahora os hago, y es que me perdoneis mis irreverencias, y me enseñeis á orar bien en adelante.

JACULATORIAS. — De aquí adelante, Señor, rezaré y cantaré vuestras alabanzas con el alma y con el corazon. (*I Cor. xiv*).

Señor, enséñanos á orar. (*Luc. xi*).

PROPÓSITOS.

1 No siempre se gana mas con las muchas oraciones vocales: pero ¿creemos buenamente que la precipitacion con que se rezan las dará mayor valor? Todos se imponen á sí mismos cierta obligacion, ó cierta ley de no omitir sus devociones; ¿cuándo se impondrán tambien otra ley de no profanarlas? Duelete verdaderamente de haber cumplido hasta aquí tus devociones con tan poca religion, y haz un firme propósito de desempeñar en adelante este acto con tierna devocion y con verdadero respeto. Dos cosas deben concurrir para orar bien: la devocion interior, y el respeto exterior. Procura que todas tus oraciones vayan animadas de una fe viva, de una entera confianza, de atencion actual, y de afectuosa devocion. Para esto te has de recoger algunos momentos antes de la oracion. Levanta el corazon á Dios, purifica la intencion, une tu oracion con la que Cristo, estando en el mundo, hizo á su eterno Padre, y nunca reces con irreverente precipitacion, la cual hace que la oracion vocal mas parezca seca y ociosa lectura, que verdadera oracion.

2 A la religiosa disposicion del ánimo y del corazon debe corresponder tambien la situacion y compostura exterior del cuerpo. Guárdate mucho de hacer oracion á Dios con postura indecente, ó menos respetuosa, en la que no tendrias atrevimiento para hablar á un príncipe, ni aun con un hombre de bien. Por eso nunca debieras rezar paseándote, pues ciertamente es tener bien poco respeto á Dios el hablarle de esta suerte. El pretexto de pasearse para no distraerse es verdaderamente frívolo. La oracion se debe hacer ordinariamente de rodillas, ó en pié, ó modestamente sentado, si lo pide la flaqueza del cuerpo, ó la necesidad. Nunca reces sino que sea en tu oratorio, en tu cuarto, ó á lo menos en algun sitio decente, cuando no lo puedas hacer en la iglesia. Es mucha indecencia rezar en la cocina, ó á la chimenea, ó entre la bulla de la gente, que no te deja atender á lo que haces. Si algun acto pide decencia, gravedad

y compostura es el de rezar y hacer oracion á Dios. Es un acto de religion, es un culto que rendimos á Dios, es una súplica que le presentamos: claro está que debe ser siempre humilde, respetuosa, religiosa y devota. Nunca te olvides de accion tan piadosa y tan importante. Muchos tendrán bien que llorar en la hora de la muerte, por haber orado tan mal. Considera ahora la atencion, la devocion y el respeto con que se debe cumplir el rezo de obligacion, cual es el oficio divino, el cual, en los obligados á él, es acto de religion y obligacion de justicia.

DIA II.

MARTIROLOGIO.

LA VISITACION DE LA BEATISIMA VIRGEN MARIA Á SANTA ISABEL. (*Véase su historia en las de hoy*).

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES PROCESO Y MARTINIANO, en Roma en la via Aurelia; los cuales fueron bautizados por el apóstol san Pedro, estando en la cárcel Mamertina, y en tiempo de Neron después de sufrir que les deshiciesen la boca á golpes, que los atormentasen en el potro, que los azotasen con nervios y con manojos de varas, que los echasen en el fuego, y que los descarnasen con escorpiones, por último consiguieron la corona del martirio siendo degollados. (*Las actas de estos santos Mártires nos dicen que fueron carceleros de la prision Mamertina, mientras estuvieron en ella los apóstoles san Pedro y san Pablo. San Gregorio el Magno predicó su homilia 32 en la festividad de estos Santos en la iglesia en que yacen sus cuerpos; donde, dice aquel Papa, los enfermos recobraban su salud, los poseidos de espiritus malignos quedaban libres de ellos, y los que habian renegado de la Religion eran atormentados de los demonios. Habiendo venido á decadencia su antigua iglesia en la via Aureliana, el papa Pascual I trasladó sus reliquias en el monte Vaticano; como nos informia Anastasio*).

EL MARTIRIO DE TRES SANTOS SOLDADOS, tambien en Roma, los cuales se convirtieron á Jesucristo en el martirio del apóstol san Pablo, y merecieron ser participantes con él de la gloria celestial.

LOS SANTOS MÁRTIRES ARISTON, CRESCENCIANO, EUTIQUIANO, URBANO, VIDAL, JUSTO, FELICISIMO, FÉLIX, MARCIA Y SINFOROSA, en el mismo dia: todos los cuales alcanzaron la palma del martirio en la Campania en lo recio de la persecucion de Diocleciano.

SAN SWITHUNO, en Winchester en Inglaterra: cuya santidad resplandecio por el don de hacer milagros.

SAN OTON, obispo, en Bamberg, el que predicó el Evangelio á los de Pomeriana, y los convirtió á la fe. (*Fue natural de Suavia en Alemania y de noble familia. Habiendo abrazado el estado eclesiástico, fue nombrado por el emperador Enrique IV para acompañar á su hermana Judit cuando casó con Boleslao III, duque de Polonia. Después de la muerte de esta Princesa volvió á Alemania, y fue nombrado canciller del Emperador, y el año 1103 consagrado obispo de Bamberg. Trabajó asiduamente en extinguir el cisma*

que afligia entonces á la Iglesia, y asistió á la dieta de Ratisbona en el año 1104, en donde explayó su elocuencia y su celo por la paz. Sucediendo á su padre en el imperio Enrique V en el de 1106, continuó fomentando el cisma, aunque sin dejar de dispensar á Oton la misma confianza que su antecesor, quien gozaba el crédito mas alto con todos los Papas. Cuando Boleslao IV, duque de Polonia, conquistó parte de la Pomerania, suplicó á san Oton que fuese á instruir en la fe á los idólatras de aquel pais. Uratislao II, duque de la Pomerania superior, recibió de san Oton el bautismo con la mayor parte de su pueblo en el año de 1124. Murió este Santo en su diócesis de Bamberg en el dia 30 de junio del año 1139, y fue canonizado por Clemente III en 1189. La rica urna en que se conservan sus reliquias se guarda en Hannover en el tesoro del Elector).

LA DICHOSA MUERTE DE SANTA MONEGUNDA, mujer devota, en Tours. (Fue natural de Chartres, y casada con un marido ilustre. Tuvo dos hijas que fueron el objeto de su felicidad; y cuando el Señor se las quitó, se abandonó á un dolor excesivo, en cuya pena comenzó á conocer lo desordenado de su amor, y que solo Dios era el único digno de ser amado. Determinada á despedirse del mundo, con licencia de su marido erigió una celda ó retiro en Chartres, en la cual se encerró para servir á Dios con austeridad y continuas oraciones, no llevando consigo mas bienes que una estera para el suelo, ni tomando mas alimento que un poco de pan y agua. Pasóse después á Tours, donde continuó el mismo modo de vida en una estancia que edificó cerca de San Martin. Juntándosela algunas mujeres devotas, su morada se convirtió en un monasterio. Murió en el año de 570).

LA VISITACION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Celebra la Iglesia esta fiesta el dia 2 de julio en memoria de la visita que la santísima Vírgen hizo á su prima santa Isabel.

Al mismo tiempo que el Ángel anunció á María la encarnacion del Hijo de Dios, le dió parte del preñado de su prima santa Isabel, que aunque estéril y de edad muy avanzada, tenia en su vientre seis meses habia un hijo milagroso, destinado á ser precursor del verdadero Mesías. Llenó de gozo á la Vírgen esta noticia, y considerando la fortuna de aquella dichosa mujer, escogida de Dios para madre del precursor de su santísimo Hijo, la obligacion que tenia de ir cuanto antes á darla el parabien de aquella dicha, los vivos deseos que sentia de servirla, y dándola el Señor un claro conocimiento de las maravillas que queria obrar por ella en aquella misteriosa visita, partió sin dilacion á hacerla en aquel mismo dia; porque, como dice san Ambrosio, la caridad no sufre tardanzas ni dilaciones. El camino era dilatado y penoso; y habia de viajar desde Nazaret á Hebron, ciudad sacerdotal, situada en la parte meridional de Judá, sobre unas escarpadas montañas, á diez ó doce leguas de Jerusalem, y á treinta y ocho ó cuarenta de Nazaret. No era viaje fácil á una doncella tan

tierna como la santísima Virgen ; pero el celo y la caridad le allanaron las dificultades, sin acobardarla las fatigas del camino, porque toda su ansia era seguir la divina inspiracion, y publicar las grandezas del Señor, como dice el mismo san Ambrosio.

Llegando á Hebron, se encaminó á la casa de Zacarías, á cuya puerta encontró á su prima que salia á recibirla. Abrazóla tiernamente, saludóla, y apenas despegó los labios, cuando el niño de seis meses, que estaba en las entrañas de Isabel, se halló de repente iluminado con una luz celestial ; conoció perfectamente la majestad y la grandeza de los huéspedes que le hacian tanta honra, y desde la oscura prision del materno albergue, ya que no podia hablar, adoró á Jesús y á María como pudo, dando dentro de él un prodigioso salto, en señal, dice san Pedro Crisólogo de su respeto y de su gozo. Notó Isabel tan alegre movimiento, y comunicándosele en el mismo instante á la madre la luz sobrenatural que alumbraba al hijo, conoció el incomprensible misterio de la encarnacion del Verbo, de manera que llena su alma del Espíritu Santo, no cabiéndole el gozo en las estrechas márgenes del pecho, comenzó á exclamar en alta voz : « Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu «vientre. ¿ De dónde á mí tanta dicha, que venga á visitarme la Ma- «dre de mi Dios y mi Señor? Favor que no soy capaz de agradecer «dignamente, dejándome tan llena de asombro como de confusion. El «mismo niño que tengo en mis entrañas ha conocido cuánto vale tu «celestial presencia, saltando de alegría dentro de ellas luego que lle- «garon á mis oidos las primeras palabras de tu dulce salutacion. Di- «chosa mil veces tú, querida prima mia, que con noble sencillez, y «sin dar lugar á la menor duda, creiste humildemente cuanto el An- «gel te anunció de parte de Dios. Sí por cierto ; porque el Todopo- «deroso, que comenzó en tí cosas tan grandiosas y tan altas, las aca- «bará y las perfeccionará, como tú lo has esperado. Él te empeñó su «palabra, pues él te la cumplirá.»

La respuesta de la Virgen fue humilde y modesta. Ocultando cuanto podia ceder en su alabanza, rindió al Señor la gloria de todo, y solo trató de lo obligada que estaba á su beneficencia. Animada del Espíritu Santo, de que estaba llena, prorumpió entonces en aquel divino cántico, el primero del nuevo Testamento, que él solo hace infinitas ventajas á todos los del antiguo ; y tanto por el espíritu de devocion que respira en cada sílaba, como por la noble elevacion de los pensamientos, y por la majestuosa soberanía del estilo, es el mas precioso monumento de la profunda humildad de María, el acto mas

auténtico de su perfecto reconocimiento, y el modelo mas excelente para dar gracias al cielo, que nos ha dejado el mismo que le inspiró.

«Engrandece, alma mía, al Señor, dijo la Virgen, obrador de tantas maravillas, y sea á solo él toda la gloria. No puedo pensar en ellas sin sentir todo mi corazon preocupado de alegría en aquel Señor que adoro como mi Dios, que venero como mi Salvador, y que amo como mi Hijo. Dignóse poner los ojos en mi humildad, y elevó su vil esclava á la dignidad de madre suya. Bien sé que por esto me admirarán todas las naciones, y ensalzarán perpetuamente mi dicha en los siglos venideros; pero si es que se halla en mí alguna cosa grande y elevada, á él solo se le debe toda la gloria, él fue quien me engrandeció, y á él debo todo cuanto soy. Nada soy por mí misma; él es el autor de las maravillas que todas las naciones admirarán y publicarán de mi persona, las que ni aun yo misma puedo bastantemente engrandecer. Confesarán las mismas naciones que el Todopoderoso hizo en mí cosas grandiosas, y que no es menos poderosa su omnipotente mano que santo su agradable nombre. En mil ocasiones experimentaron nuestros padres los excesos de su misericordia. ¿Qué prodigios no hizo por defender á los que temian? Desplegó toda la fuerza de su brazo, combatió por ellos, desconcertó los designios de sus enemigos, derribó del trono á los soberbios monarcas que los amenazaban con su total ruina; y como el Señor se complace en abatir á los que se engrienen, y en elevar á los que se humillan, después de haber abatido el orgullo de los tiranos, ensalzó á los humildes, y llenó de hartura á los pobres, mientras los ricos privados de sus riquezas perecian de hambre. Faraon sumergido, Saul reprobado, humillado Roboan, Holofernes abatido, Aman desgraciado, y Nabucodonosor que presumia de deidad confundido con los brutos, mientras los mas viles siervos de Dios se veian exaltados; todo esto acredita cuánto ama el Señor á los humildes.

«Y aunque es así que todos los verdaderos israelitas, todos los fieles siervos suyos recibieron de su mano gracias extraordinarias en todas las edades del mundo; pero en este tiempo muy particularmente la misericordia de Dios ha hecho resplandecer su bondad en su favor. Viene á salvarlos, quiere vivir entre ellos, y morir por ellos, no habiendo echado en olvido la promesa que hizo á Abraham y á los de su linaje, de derramar en sus hijos los tesoros de sus misericordias. Acaba el Señor de dar un Salvador á Israel, y un

« Rey á la casa de David ; el Mesías tan esperado, el fin de la Ley y «el objeto de todas las profecías. Por su venida suspiraron los Santos, los Patriarcas y los Profetas, y él fue el blanco de todas sus ardientes ansias. »

De esta manera con un portentoso rayo de luz sobrenatural descubrió, digámoslo así, de una sola ojeada la santísima Virgen todas las antiguas promesas y profecías, con el pleno cumplimiento de todas ellas, mil veces mas iluminada y mas privilegiada ella sola que todos los Profetas juntos. Conocióse bien, dice san Ambrosio, en aquella admirable conversacion de María y de Isabel que ambas profetizaban con un mismo espíritu duplicado, uno el que inspiraba á las madres, y otro el que llenaba á los hijos : *Duplici miraculo prophetant Matres spiritu parvulorum.*

Cerca de tres meses se detuvo la santísima Virgen en casa de su prima. Y es fácil discurrir, dicen los santos Padres, qué dichosa sería aquella mansion para toda la casa de Zacarías, cuántas gracias y cuántas bendiciones la merecería. Sabemos que por haber estado el arca del Testamento hospedada por espacio de un mes en casa de Obededon, Dios liberalmente le bendijo á él y á todo cuanto le pertenecía ; pues ¿ qué bendiciones no derramaria sobre la dichosa familia de Isabel los tres meses que tuvo á María por huésped en su casa ? Aquella pureza que conservó san Juan toda la vida, efecto fue, dice san Ambrosio, de la unción y de la gracia que ocasionó á su alma la presencia de la santísima Virgen. Dice el mismo Santo, que esperó hasta el parto de su prima para asistir al nacimiento de aquel por quien principalmente habia hecho la visita ; y después que vió por sus ojos todas las maravillas obradas en aquel portentoso nacimiento, se restituyó á Nazaret, donde se mantuvo los seis meses que la restaban del preñado.

Esta visita de la Señora á santa Isabel comprende grandes misterios, y fue tan gloriosa para María, que la Iglesia quiso renovar todos los años su memoria con fiesta particular. Y á la verdad, esta fue la primera vez en que la Virgen fue públicamente reconocida por Madre de Dios, y reverenciada como tal. Por la voz de María santificó Cristo á Juan, y con razon se dice que este fue el primer milagro que obró Dios por medio de la santísima Virgen. Ninguna cosa acredita mas el poder que el Salvador concedió á su bendita Madre, dicen san Bernardo y san Bernardino, que la economía que observó en la distribucion de sus primeras gracias. ¿ Quiere santificar á su Precursor aun antes que naciese ? pues ha de ser por medio de Ma-

ría. ¿Resuelve manifestarse al mundo por el primer milagro que obró, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná? pues aguarda á que María se lo pida; dándonos á entender, dicen los Padres, que así como se nos dió á sí mismo por medio de María, así quiere tambien que recibamos por su medio todas las demás gracias y beneficios. (*Bernard. serm. in vig. Nativ. Domin.*): *Nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariae manus non transiret.*

Considerando san Ambrosio esta célebre visita tan señalada con misterios, profecías y prodigios, sale como fuera de sí de admiracion. Oye Isabel, dice este Padre, la primera voz de María, y Juan siente al mismo tiempo la gracia de Jesucristo. Publican las dos Madres hácia fuera las maravillas de la gracia, y experimenta Juan hácia adentro sus operaciones. Llena Cristo á Juan de la gracia aneja al ministerio de precursor, y Juan anticipa las funciones de este ministerio con prodigio duplicado; en fin, animadas María é Isabel con el espíritu de sus hijos, traban una conversacion en que alternativamente enlazaron una cadena de oráculos y de profecías.

La presencia de Jesús, dice san Agustin, hace saltar á Juan en el vientre de su madre; llénase Isabel del espíritu de Dios á vista de María; el gozo, la humildad y el reconocimiento de la santísima Virgen resplandecen divinamente en aquel admirable cántico con que respondió á las bendiciones de Isabel; y una y otra, prosigue san Ambrosio, pronuncian tantos oráculos como palabras.

¡Oh cuántos misterios, cuántas lecciones se encierran en esta santa visita! ella nos enseña los motivos y el modo de hacer las nuestras, como tambien el de recibir las que el Señor nos hace interiormente. En ella se encuentra la mas señalada prueba del poder que tiene María con Dios, y un argumento del mayor consuelo para alentar la confianza que debemos tener en María. Las resplandecientes virtudes de atencion y de caridad que ejercitó en esta visita deben servirnos de instruccion; y las maravillas que obró el Todopoderoso por medio de su santísima Madre deben encender nuestra tierna devocion con esta divina Señora, conociendo la mucha razon con que la Iglesia la invoca sin cesar como vida, dulzura y esperanza nuestra después de Jesucristo.

Es cierto que desde el nacimiento de la Iglesia fue este divino misterio objeto dulce de la veneracion de los fieles; pero su fiesta no se instituyó hasta el tiempo de Urbano VI, confirmandola y publicándola su sucesor Bonifacio IX el año de 1389, para extinguir el funesto cisma que despedazaba la Iglesia con dolor y llanto general

de todos los buenos. En la bula de Bonifacio se da á entender que su predecesor habia pensado hacer ayuno de precepto la vigilia de la Visitacion y de la Natividad de la Virgen, como ya lo era la de su Asuncion, mandando que tambien se celebrase con octava. El concilio de Basilea renovó la institucion de esta fiesta con el mismo fin de pedir á Dios la paz de la Iglesia, y en Italia y Francia se declaró por fiesta de precepto. Pero la religion de san Francisco la celebraba ya mucho tiempo antes, desde el año de 1263; se asegura que en la Iglesia de Oriente era ya por entonces muy antigua. Los ingleses solo conservaron su nombre en su calendario después del cisma, pero toda la Iglesia católica la celebra con grande solemnidad.

Habiendo fundado san Francisco de Sales una nueva Orden de religiosas, tan célebre el dia de hoy en la universal Iglesia, extendida felizmente por todo el universo con tanto ejemplo como admiracion de los pueblos, quiso que se llamasen las monjas de la Visitacion; porque siendo como la basa y el fin de su instituto la imitacion de las virtudes que la Virgen ejercitó en aquella misteriosa visita, le pareció conveniente que este augusto título fuese tambien como su distintivo y su carácter.

SAN LONGINOS.

En el convento de religiosos Franciscos observantes de la Salceda, sito en la provincia de la Alcarria, se celebra en este dia la memoria de san Longinos, cuyas reliquias extraidas de los cementerios de Roma, y transferidas á España, se colocaron en el expresado monasterio por su fundador el Ilmo. Sr. D. Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Granada. De este ilustre Mártir de Jesucristo solo nos dicen los escritores de sus actas, que fue ciudadano de Roma, profesor de la milicia en tiempo del emperador Claudio Neron. uno de los tres soldados destinados para la custodia del apóstol san Pablo, cuando estuvo preso en aquella capital; y habiéndose convertido á Jesucristo con sus dos compañeros Acesto y Mexisto en vista de los estupendos prodigios que obró el Apóstol de las gentes, después que fue este decapitado, los tres ilustres Confesores padecieron martirio por orden de Neron en el dia 2 de julio del año 68.

La Misa es del misterio del dia, y la Oracion la siguiente:

*Famulis tuis, quaesumus, Domine, Suplicámoste, Señor, concedas á
coelestis gratiae munus impertire; ut tus siervos el don de tu divina gracia,*

quibus beatae Virginis partus extitit salutis exordium, visitationis ejus votiva solemnitas pacis tribuat incrementum: Per Dominum nostrum Jesum Christum....

para que ya que recibieron el principio de su salvacion en el parto de la Virgen, reciban tambien el aumento de la paz en la fiesta de su Visitacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo II del libro de los Cantares.

Ecce iste venit saliens in montibus, transiliens colles: similis est dilectus meus capreae, hinculocue cervorum. En ipse stat post parietem nostrum respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos. En dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni. Jam enim hiems transiit: imber abiit, et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis advenit: vox turturis audita est in terra nostra: ficus protulit grossos suos: vineae florentes dederunt odorem suum. Surge, amica mea, speciosa mea, et veni: columba mea in foraminibus petrae; in caverna maceariae, ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis, et facies tua decora.

Hé aquí que este viene saltando por los montes, y pasando los collados: mi amado es semejante á un cabritillo y á un cervato. Hélo aquí que está detrás de nuestra pared mirando por las ventanitas, y acechando por las celosías. Hé aquí que mi amado me habla: Levántate, date prisa, amiga mia, paloma quia y hermosa mia, y ven. Porque ya pasó el invierno, y desapareció la lluvia. Las flores se dejaron ver sobre nuestra tierra, llegó ya el tiempo de podar: la voz de la tórtola se oyó por nuestras campiñas, la higuera ha producido sus higos, las viñas florecientes dieron su olor. Levántate, amiga mia, hermosa mia, y ven. Mi paloma en las hendiduras de la piedra, en la caverna de los escombros, hazme ver tu rostro: suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce, y hermoso tu semblante.

REFLEXIONES.

Describe el Espíritu Santo en las palabras de la Epístola las amorosas ansias de Dios por el alma fiel, á quien ama como á su querida esposa, y los castos ardores del alma santa por Jesucristo, con quien se regala como con su adorado Esposo. Viene á ella este amoroso Dios con tanta apresuracion, que mas parece volar que correr. Nada le detiene; ni nuestra bajeza, ni nuestra nada, ni nuestras ingratitudes. No se puede explicar mas su celeridad, que diciendo viene brincando como un cabritillo, y saltando de montaña en montaña como un ciervo. Así se explica el Espíritu Santo cuando quiere hacernos comprender la viveza y la impaciencia de su amor. En hallando Dios una alma tan pura que solo suspira por él, parece que él tampoco suspira mas que por entregarse y por comunicarse todo á ella. Entiende el alma santa perfectamente su voz, y conoce su venida. Antes de la Encarnacion del Verbo parece que el amado Esposo

de las almas, respecto de nosotros, estaba como escondido tras de un espeso velo; oíamos su voz, escuchábamos sus profecías, admirábamos sus prodigios, pero solamente le veíamos como entre sombras en las figuras del Testamento antiguo; mas después de la Encarnación le vimos con nuestros ojos, le oímos con nuestros oídos, le palpamos con nuestras manos, como se explica san Juan; y el día de hoy le tenemos realmente en el augusto Sacramento del altar, donde mil veces al día se nos deja ver para nuestro consuelo y para nuestra santificación. Es verdad que todavía está como incógnito, y se asoma como por entre celosías, porque en esta vida no le podemos gozar perfectamente; todavía le ocultan las sombras, todavía le esconden las especies, y solamente le vemos como á medias, y hasta la otra vida no le veremos cara á cara. Con todo eso se da á conocer bien sensiblemente al alma santa; óyele, escúchale bien distintamente, viene de día, acude de noche, y á todas horas la visita. ¡Dichosa el alma á quien el celestial Esposo halla en vela! ¡Feliz la esposa casta que le sale á recibir con la lámpara encendida! Retirada del bullicio del mundo, recogida en una profunda quietud, tranquila en un perfecto silencio, siente que viene su amado y dice: Ya se acerca mi adorado Esposo, ya suena su voz en mis oídos, ya percibo claramente sus palabras: levántate, amiga mía; date prisa, esposa mía. No gusta Dios de siervos perezosos; las almas delicadas, tibias y flojas no llegan á merecer la augusta cualidad de esposas suyas. No sufre tardanzas ni dilaciones la gracia del Espíritu Santo; quiere el Señor que nos demos prisa á obedecerle y agradarle. Vírgenes eran las vírgenes necias; no dice el Salvador que hubiesen cometido culpa alguna grave; esperando estaban á su celestial Esposo; todo su delito fue no haber proveído á tiempo sus lámparas, teniéndolas encendidas; haberse descuidado un poco, y haber acudido ya tarde. ¡Cuántos mueren con ánimo de convertirse! ¡cuántas almas queridas del Señor andan toda la vida arrastrando por no haberse dado un poco de prisa! ¡Á cuántos edificios derriba una borrasca repentina por no haberse cubierto algunos días antes! ¡Válgame Dios, y qué estragos no causa la pereza espiritual!

El Evangelio es del capítulo 1 de san Lucas.

In illo tempore: Exurgens Maria, abiit in montana cum festinatione in civitatem Juda. Et intravit in domum Zachariae, et exultavit Elisabeth. Et factum est ut audivit salutationem

En aquel tiempo: Levantándose María, fué con prisa á la montaña á una ciudad de Judá; y entró en casa de Zacharías, y saludó á Isabel. Y sucedió que luego que Isabel oyó la salutación

Mariae Elisabeth, exultavit infans in utero ejus; et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth: et exclamavit voce magna, et dixit: Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui. Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me? Ecce enim ut facta est vox salutationis tuae in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo: et beata quae credidisti, quoniam perficientur ea, quae dicta sunt tibi à Domino. Et ait Maria: Magnificat anima mea Dominum: et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

de María, saltó el niño en su vientre: é Isabel fue llena del Espíritu Santo; y exclamó en voz alta, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mi esto que la Madre de mi Señor venga á mi casa? Porque mira: apenas la voz de tu salutación llegó á mis oídos, brincó de gozo dentro de mi vientre el niño: y dichosa tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que te fueron dichas por el Señor. Y María dijo: Mi alma ensalza al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

MEDITACION.

Sobre el misterio del día.

PUNTO PRIMERO.—Considera qué llena está de misterios esta celestial visita. Apenas se ve María constituida en la dignidad de madre de Dios, cuando parte á santificar á Juan y á toda la casa de Zacarías. No bien abre la boca para saludar á Isabel, cuando Isabel se siente llena del Espíritu Santo, y el niño que tenia en sus entrañas colmado de gracias y favores. Quiere el Salvador que su Madre sea el instrumento de la primera santificacion que obró viniendo al mundo. Tomó entonces María posesion, digámoslo así, del oficio de mediana que después habia de ejercer con tanta gloria suya como provecho nuestro. Jesucristo, dice san Bernardo, quiso enseñarnos con esta misteriosa visita lo mucho que su Madre habia de contribuir á nuestra salvacion, así por la parte que la habia de tocar en la obra de la redencion, como por el poder que ya manifestaba para solicitar y conseguir mil gracias celestiales en favor de cuantos recurriesen á ella. Procuremos, dice este Padre, ir á Jesús por María, puesto que por María vino á nosotros Jesús. (*Serm. 4 de Advent.*): *Studeamus nos ad ipsum per eam ascendere, qui per ipsam ad nos descendit.*

Como tenia resuelto el Salvador no hacer el primer milagro sino á ruegos y por intercesion de su Madre, así tambien determinó no santificar á su Precursor sino por la presencia y por el órgano de esta divina Señora. Apenas encarnó el Dios de las misericordias, cuando á todos nos declaró, dijo san Bernardo, que tenia constituida á su

Madre en la superintendencia general, explicome de esta manera, de la distribucion de las gracias. Decid, escribia á los canónigos de Leon, que María halló para sí y para nosotros la fuente de la gracia; decid que es la mediadora de la salvacion, y la restauradora de los siglos: tendréis mucha razon para decirlo, porque así nos lo canta á todos la Iglesia: *Hæc mihi de illa cantat Ecclesia*: oráculo que debo escuchar; guia infalible que debo seguir: *Quod ab illa accepi, securus teneo*. Es María para nosotros puro manantial de vida; es nuestro consuelo en este destierro; es nuestra esperanza en tantos peligros: *vita, dulcedo, et spes nostra*. No hay mayor consuelo que saber podemos seguramente invocar á María en nuestras necesidades, con la confianza de hallar en ella una protectora tan poderosa como benigna, porque siempre es reina y madre de misericordia. Esto significa aquella prontitud, aquella acelerada diligencia con que dice el Evangelio que partió á visitar á santa Isabel, y á colmar de bendiciones su dichosa casa luego que se vió madre del Salvador del mundo. ¡Cuánta confianza debemos todos tener en esta misericordiosa Madre de los escogidos! Y ¡qué mayor señal de reprobacion, que no tener confianza ni devocion á la santísima Virgen! Siendo la salvacion nuestro grande y nuestro único negocio, ¿qué disculpa podemos tener para no valernós de todos los medios que nos presenta la Iglesia para asegurarle? Pues ahora: sabemos que María es la coadjutora de Dios en el cumplimiento de esta salvacion; esta Señora dió principio á ella con su consentimiento á la embajada del Ángel, y así tambien ella la ha de consumir y completar con su cooperacion. Consideremos ahora cuánto nos importa solicitarla, instarla, importunarla para que se interese en nuestro favor con súplicas, con ruegos, con oraciones, y con profesarla una tierna y constante devocion.

PUNTO SEGUNDO. — Considera las eminentes virtudes que ejerció la Virgen en aquella caritativa visita. Con qué prontitud obedeció los movimientos, los impulsos del Espíritu Santo luego que se sintió animada de ellos. Instruida de los designios de Dios en orden al santo Precursor, no deliberó ni un momento; nada la detiene, nada la acobarda, ni la delicadeza de su temperamento, ni las penalidades del camino, ni lo dilatado del viaje. Conoce la Virgen que le manda Dios hacer esta visita; parte, corre, vuela á obedecerle. ¡Oh, y cuánta verdad es que la gracia del Espíritu Santo no sufre tardanzas ni dilaciones! Pero ¡qué prodigio de humildad en la modestísima María! Constituida ya Reina soberana del universo por la augusta cualidad

de Madre del mismo Dios, tenia derecho á exigir rendimientos y adoraciones, no solo de Isabel, sino de todos los hombres y de todos los Ángeles; pero ella se adelanta, ella la previene. Sorpréndese Isabel al verse tan honrada de María; sorpréndese María al ver tan sorprendida á Isabel, y solo trata de publicar las misericordias del Señor para con su humilde sierva; solo se ocupa en tributarle obsequios que á su humildad se representan precisas obligaciones. ¡Cuántas virtudes brillaron en aquellas santas conversaciones! Todo el asunto de ellas fue la grandeza de Dios, los excesos de sus misericordias, las maravillas de la gracia. Pero ¿cuáles fueron sus efectos? Juan santificado en el vientre de su madre, Isabel llena del Espíritu Santo, Zacarías colmado de celestiales bendiciones, toda la familia favorecida del cielo. Nunca son menos provechosas las visitas de la santísima Virgen; todo es santidad, todo es dicha en quien favorece esta Señora. Pero ¿son siempre tan útiles aquellas visitas de atencion y de buena crianza que se usan en el mundo? ¿Son siempre tan santas? ¿Corresponde siempre el fruto á los motivos? Pasan en visitas la mayor parte de la vida los nobles, los caballeros, las señoras de conveniencias, y generalmente cási toda la gente ociosa de los pueblos. Considérese bien cuáles suelen ser los motivos, cuál es el mérito y el asunto de las conversaciones. ¿Son verdaderamente cristianas todas esas visitas? pocas hay que no tengan por motivo alguna pasion; sin la murmuracion parece que la conversacion no tiene alma. ¡Oh, y cuánto tiempo se pierde ordinariamente en las visitas! Y ¡qué pocas hay en que no se pierda mas que el tiempo! ¡Cuántos peligros de la salvacion se tropiezan en ellas! ¡Cuántos lazos se arman á la inocencia! Asi las visitas divertidas como las ociosas son el gran teatro donde hace fortuna el espíritu del mundo; allí se debilita la fe, allí se apaga la devocion, allí es donde la mas refinada, la mas engañosa mundanidad hace ostentacion de sus falsas brillantesces, y juega la gran máquina de todos sus artificios. ¡Mi Dios, y qué materia tan fecunda de amargos arrepentimientos darán á la pobre alma en la hora de la muerte esas desdichadas visitas! Si la atencion, si la obligacion, si la caridad nos pusieren en precision de hacerlas, sea la regla y el modelo la que hizo la Virgen á su prima santa Isabel. Es muy precioso el tiempo para perderle y malograrle en visitas inútiles.

¡Oh Señor, y cuántos motivos tengo en la hora presente para arrepentirme de las que he hecho hasta aquí! No, no es lo único que he perdido el tiempo, aquella alhaja tan preciosa como corta; pero

en vuestra divina gracia, y en la intercesion de la santísima Virgen, confío que en adelante no me darán motivo de arrepentimiento.

JACULATORIAS. — Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. (*Luc. I*).

Dígnate, ó Virgen santa, de volver á mí tus amorosos ojos, y sueñe tu dulce voz en mis oídos. (*Cant. II*).

PROPÓSITOS.

1 Son el día de hoy las visitas en el mundo un cultivado comercio de la ociosidad, en que con muchos cumplimientos, y con grande aparato de realidad y buena fe, recíprocamente se engañan los unos á los otros. Por lo comun, apenas hay tiempo mas mal empleado, menos que sea con motivo de caridad ó de precisa obligacion; pocas visitas hay que no sean perniciosas, y así resuélvete á no hacer mas que las necesarias. No todas las condena la Religion; haylas cristianas, haylas lícitas y honestas; pero nunca lo son cuando hay peligro de pecado. Conviene que su motivo sea siempre ó la caridad, ó la atencion, ó la buena crianza. El tiempo que se gasta en ellas nunca debe perjudicar ni á los negocios de la familia ó del empleo, ni mucho menos al de la salvacion. Los ociosos pasan en visitas toda la vida; ¡qué tiempo tan vacío en la hora de la muerte! Es señal de conciencia poco tranquila y de corazon inquieto el no acertar á estarte solo en tu casa. Abstenete de toda visita no necesaria, á que no te precise alguno de los motivos arriba insinuados, y en todas las que hicieres observa las reglas siguientes:

2 Primera: Que sean raras. Toda frecuencia indica algun apego peligroso, y cuando menos mucha ociosidad. Segunda: Que sean breves. Fuera de perderse el tiempo, es inseparable el enfado y la importunidad de toda visita larga; por lo comun ningunos las hacen mas molestas que los hombres pesados y taciturnos; paréceles que cuanto mas te cansen te hacen mas merced. Tercera: Que siempre haya un buen motivo para hacerlas, y nunca sean por mera curiosidad. Mas vale sufrir cada uno en su casa el tedio de la soledad, que irse á las ajenas á enfadar á otros. Cuarta: Si son de obligacion, hazlas con exactitud; si de cortesanía, con circunspeccion; y si de caridad, con la mayor diligencia. Quinta: Es la conversacion el alma de las visitas; pero si está viciada el alma, si la conversacion es, ó de lances poco decorosos, y tal vez denigrativos de las personas, ó de cuentecillos que llevan dentro de sí cierto secreto veneno, ó de mo-

das, ó de galas, ó de un mueble suntuoso, ó de partidas de diversion, dirigidas á inspirar y á fomentar el espíritu del mundo, ¿habrán muy cristianas las visitas todas estas conversaciones? Pon el mayor cuidado en no tocar en ellas materia alguna de que después te hayas de arrepentir. Sexta: Procura imitar en todas tus visitas las virtudes que ejercitó la Virgen en la de santa Isabel. Nunca hacerlas sin justa causa; trabar en ellas conversaciones cristianas, y estar en todas con mucha circunspección, respeto y compostura. Las visitas que se hagan con estas circunstancias siempre serán provechosas. Séptima: Advierte bien, que aunque las visitas se hagan con el mas justo motivo, todavía pueden no carecer de peligro; es muy sutil el enemigo de nuestra salvacion, y la pasion mas peligrosa de todas se disfraza con todo género de mascarillas. Por mas especioso que sea el pretexto de las visitas, siendo un poco frecuentes con personas de diferente sexo, las mismas visitas son tentaciones.

DIA III.

MARTIROLOGIO.

SAN TRIFON Y OTROS DOCE MÁRTIRES, en Alejandria. (*Los doce compañeros mártires fueron MENELAO, CIRION, EULOGIO, PORPHOREO, APRICO, CUSTO, JULIANO, ERADIO, ORESTE, CIRILO, EMERION Y JULIO. Aunque los escritores convienen que Alejandria fue la palestra del glorioso combate de estos ilustres Mártires de Jesucristo, excepto Gelasino que señala su pasion en tiempo del emperador Aureliano, los demás no nos dicen el nombre del tirano, ni géneros de tormentos que padecieron*).

SAN EULOGIO Y COMPAÑEROS, mártires, en Constantinopla.

SAN JACINTO, camarero del emperador Trajano, en Cesarea de Capadocia: el cual acusado de que era cristiano, fue atormentado de varias maneras, y por último le hicieron morir de hambre en una cárcel.

LOS MÁRTIRES SAN IRENEO, diácono, y SANTA MUSTIOLA, matrona, en Chiusi en Toscana; los cuales pasando por diversos y muy atroces tormentos, merecieron la corona del martirio en tiempo del emperador Aureliano. (*Véase su historia en las de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES MARCOS Y MUCIANO, en el mismo dia, que fueron degollados por Jesucristo; un muchacho de poca edad que les exhortaba á grandes voces á que no sacrificasen á los ídolos, fue azotado cruelmente; y como en medio del tormento confesase con mas fervor á Jesucristo, lo mataron junto con otro llamado Pablo, que tambien exhortaba á los Mártires.

SAN ANATOLIO, obispo, en Laodicea de Siria; el cual escribió varias obras celebradas no solo de los hombres de piedad, sino tambien de los filósofos.

SAN HELIODORO, obispo, en Altino, esclarecido por su doctrina y santidad. (*Véase su historia en las de hoy*).

SAN DATHO, obispo y confesor, en Ravena.

LA TRASLACION DE SANTO TOMÁS, apóstol, desde la India, á Edesa en Mesopotamia: cuyas reliquias fueron después trasladadas á Ortona.

SAN HELIODORO, OBISPO.

Fue natural de Dalmacia, y contemporáneo de san Gerónimo, con quien ligó estrecha amistad; y se cree que ambos fueron de un mismo lugar, esto es, de Stridon, ciudad de Iliria en los confines de la Dalmacia y de la Panonia, que después fue destruida por los godos, y nació hácia el principio del cuarto siglo. Ignóranse los sucesos de sus primeros años, y solamente se sabe que sus padres eran muy acomodados, y que tuvieron gran cuidado de darle una cristiana educacion. Viniendo á Italia san Gerónimo, le siguió Heliodoro, no solo con el fin de perfeccionarse en el estudio de las letras humanas y divinas, sino principalmente con el intento de instruirse en aquel género de vida que le pareciese mas proporcionado para hacerse santo. Al principio tuvo pensamiento de peregrinar por todas las provincias del Oriente para aprender de aquellos grandes maestros de la vida espiritual el arte de arribar á la perfeccion; pero conociendo bien los fondos de san Gerónimo, le pareció que le bastaba para esto el magisterio de tan santo y sabio director; por lo que noticioso de que habia vuelto de las Gaulas, partió á buscarle á Aquileya, y entregado enteramente á la disciplina de tan hábil como experimentado maestro, en breve tiempo hizo admirables progresos en los caminos del Señor.

Apenas gustó Heliodoro los dulces consuelos de la vida interior, cuando le causó tedio y fastidio la tumultuosa y bulliciosa del mundo, siendo desde entonces la soledad el objeto de todas sus ansias y suspiros: con todo eso no se pudo resolver á separarse de su amado director; pero desde luego entabló cierto género de vida monacal, y sin encerrarse en ningun monasterio, privadamente practicaba en su casa todos los ejercicios de la vida ascética y solitaria, sin dejarse ver apenas de persona, y empleado dia y noche en la oracion y en el estudio de la sagrada Escritura.

Pero habiendo san Gerónimo determinado hacer un viaje al Oriente en compañía de Inocente y del presbítero Evagrio, quiso tambien Heliodoro acompañarlos. No era precisamente su fin hacerse mas sabio conversando con los grandes hombres que entonces florecian, sino santificarse mas y mas visitando tantos milagrosos varones como á la sazón llenaban el mundo de portentosos ejemplos. Corrieron juntos la Tracia, la Bitinia, el Ponto, la Galacia, y en fin llegaron á Siria.

Entraron en Antioquía, donde conocieron al famoso heresiarca Apolinar, cuya herejía aun no estaba públicamente descubierta, por el gran cuidado que ponía en disimular sus errores con el velo de una virtud aparente, y á favor de una falaz y artificiosa elocuencia. Concurría frecuentemente Heliodoro á oírle la explicacion de la sagrada Escritura; pero tardó poco en percibir el veneno que el nuevo doctor derramaba con tanta sutileza. Hizosele muy sospechosa la novedad de sus opiniones, y esto bastó para mirarlas con horror.

San Gerónimo, después que hizo alguna mansion en Antioquía, se retiró á un desierto de la provincia de Chalcidia, hácia los confines de la Siria y de la Arabia. Siguióle san Heliodoro, satisfaciendo á un mismo tiempo su invariable inclinacion á la soledad, y su tierna passion á su santo director. Quedóse Evagrio en Antioquía; y como era hombre de conveniencias, tomó de su cuenta proveerlos de todo lo necesario para su manutencion.

Hacia Heliodoro maravillosos progresos en la ciencia de los Santos, no menos con las lecciones que con los ejemplos de tan experimentado maestro, cuando renovándose de repente en su corazon la tierna memoria de la dulce patria, y el amor á sus parientes, le excitó unos vivísimos deseos de volverse á Dalmacia. Por mas que san Gerónimo le representó el lazo que le armaba el tentador, venció finalmente el amor á la patria, y se partió para ella, dando palabra á su director de que volvería á buscarle. Pareciéndole á Gerónimo muy larga la estancia que hacia entre sus parientes, le causó alguna inquietud, temiendo que así estos, como los grandes bienes que podia heredar de sus padres, le hiciesen flaquear en la vocacion, y volverse á engolfar en los peligros del mundo. Con este temor, desde su destierro de Chalcidia le escribió la carta siguiente llena de ternura, no menos que de vivos y cristianos desengaños:

«Bien sabes, amado Heliodoro mio, lo oprimido que quedó mi corazon cuando te ví apartar de mí. Fueme tu ausencia extremadamente dolorosa; no cesaron mis ojos de llorar desde que te separaste de mi presencia; y el mismo papel en que te escribo puede dar testimonio de que todavía no se ha agotado el manantial. Permite que te busque con mis cartas, ya que no te pude detener con mi persona.» Y pasando de repente por una parte á las mas cariñosas, y por otra á las mas vivas reprensiones, añade:

«Pero ¿á qué fin usaré contigo de súplicas, ni de halagos? Un corazon tan dolorosamente herido como el mio no debe manejar otras armas que la cólera para la venganza. ¿Qué haces, pues, en la ca-

«sa de tu padre, delicado y tímido Heliodoro? Ya se oye el ruido de las trompetas, ¿y tú no tienes valor para marchar al combate? ¿A dónde se fué aquel santo ardor de tus primeros alientos? ¿Te has olvidado por ventura de quién es el capitán en cuyos estandartes te alistaste?» Aquí es donde san Gerónimo acuerda á su querido Heliodoro aquella máxima, igualmente generosa que cristiana, tantas veces repetida:

«Aunque tu madre, tendidos y desgredados los cabellos, bañados en lágrimas los ojos, emplease todo el artificio de la ternura mas halagüeña y tentadora; aunque te pusiese á la vista aquellos mismos pechos que te dieron leche, con el fin de detenerte; aunque tu padre se postrase al umbral de la puerta para cerrártela, no debieras acobardarte; debieras pasar por encima de él, pisar y atropellar á tu padre por amor de Jesucristo. Seria entonces piadosa la misma crueldad; seria blandura cristiana la insensibilidad y la dureza. Corre, vuela á las banderas de Cristo, á las cuales diste el nombre.

«Considera que si todavía haces pretension á la herencia del siglo, es preciso renunciés el derecho que tienes á ser coheredero de Cristo en el reino de la gloria. Un verdadero siervo de Cristo, dice en otra parte, ni desea poseer, ni efectivamente posee otra cosa que al mismo Jesucristo. Si deseas ser perfecto, amado Heliodoro, ¿para qué vuelves todavía los ojos hácia la caduca y perecedera sucesion de tu padre? Pero si ya no lo deseas, ¿cómo tuviste aliento para engañar al Señor, por decirlo así, prometiéndole no poner jamás tu corazón en otra cosa que en él? Y no te canses en alegarme razones para excusar tu inconstancia, porque todas son muy frívolas; no hay lazos que no pueda romper el amor de Dios, ó temor del infierno, cuando se quiere eficazmente.»

El fin de la carta contiene el elogio de la vida solitaria, y es un poderoso estímulo á Heliodoro para que vuelva á gustar de su dulzura:

«¡Ó desierto, exclama el santo Doctor, ó desierto! tú solo produces aquellas flores que exhalan tan grato olor al gusto de Jesucristo. ¡Ó encantadora soledad, en que nace la cantera de donde se sacan las piedras para edificar la ciudad santa de Sion! ¡Ó dulcísimo retiro, en el cual no se desdeña Dios de tratar familiarmente con el hombre! ¿Qué haces en el mundo, amado hermano mio, tú que eres mas noble que el mundo mismo? ¿Hasta cuándo te has de detener voluntariamente cautivo en esa tumultuaria y bulliciosa mansion de las poblaciones? ¡Ó Heliodoro, tú temes la pobreza, y

«ves aquí que Jesucristo dice que son bienaventurados los pobres!»
«Espántate el trabajo; pero dime, ¿se consigue la corona sin pelea?»
«Te ponen miedo los ayunos y las penitencias; mas ¿por qué no consideras que todo lo suaviza la fe? No, amado Heliodoro mio, no hay
«que esperar alegrarse en este mundo, y reinar en el otro con Cristo.»

No pudieron menos de hacer impresion en un corazon tan bien dispuesto unas instancias tan vivas como apretadas. Ignoramos absolutamente los estorbos que impidieron á nuestro Santo el volverse á la soledad de Siria; solamente sabemos, que por mas que el mundo le tentó, valiéndose de todos sus artificios para engañarle, jamás desmintió su primera resolucion. La estancia en su país no alteró su inclinacion al retiro, viviendo entre sus parientes como pudiera en la ermita, ó en la gruta de Chalcidia; y luego que pudo dejar su patria, se despidió de ella, para no volverla á ver jamás. Desconfiando de poder juntarse otra vez con su director, resolvió hacer segundo viaje á Italia; y teniendo presentes los grandes ejemplos de virtud que habia observado en muchos santos eclesiásticos de los que componian la clerecía de Aquileya, determinó encaminarse á esta ciudad. Apenas llegó, cuando se dió á conocer por su virtud, por su sabiduría y por su mérito, haciéndose digno de ser luego admitido en la misma clerecía; en cuyo venerable cuerpo, no obstante componerse de eclesiásticos tan ejemplares, se distinguió muy en breve por su doctrina y por sus raras virtudes. A vista de su vida retirada, humilde y penitente, se levantó con la veneracion universal, siendo generalmente aclamado por hombre santo; y vacando por entonces la silla episcopal de Altino, sufragánea de la metrópoli de Aquileya, no se halló en todo el clero sugeto mas digno de ocuparla que Heliodoro. Costó mucho vencer su repugnancia á tan alta dignidad, sin que la eleccion del pueblo y del clero bastase á persuadirle era benemérito de ella, atemorizándole las terribles obligaciones del cargo episcopal; pero al fin, después de larga resistencia, le fue preciso ceder, y rendirse á la voluntad de Dios tan sensiblemente declarada.

La dignidad dió nuevo lustre á su virtud; y doblando los ayunos y las penitencias, en poco tiempo se mereció por su celo y por su doctrina el concepto general de uno de los prelados mas santos de aquel siglo. Hizo eterna guerra á los enemigos de la fe, manteniéndose inseparablemente unido á la doctrina de la Iglesia. Opúsose con vigor á los dogmas de los Apolinaristas y de los Arrianos, asistiendo en el Concilio de Aquileya, que con este fin se celebró el año de 381. Habíase convocado á solicitud de san Ambrosio, que fue como el al-

ma del concilio; y conociendo con esta ocasion al obispo de Altino, descubrió sus grandes fondos, y estrechó con él una fina amistad.

Concluido el Concilio, nuestro Santo se dedicó enteramente á conducir á sus ovejas por el camino seguro de la salvacion, apacentándolas con el pasto de la palabra de Dios. No hubo pastor mas aplicado á proveer las necesidades de su rebaño, y á preservarle de todo lo que le podia perjudicar. A los que habian movido sus exhortaciones, los acababan de convertir sus ejemplos. Hacíase todo á todos para ganarlos á todos. Hízose dueño de los corazones por su caridad, por su humildad y por su mansedumbre; y ya se sabia que sus rentas no eran para él, sino para los pobres.

Nunca se olvidó san Gerónimo de su amado discipulo, y en una de sus Epístolas da testimonio de que Heliodoro conservaba en el obispado la misma austeridad y la misma exactitud de la vida monástica, siendo á la verdad muy dificultoso encontrar obispo mas ejemplar ni mas perfecto. No se sabe precisamente el tiempo de su santa muerte; solo es cierto que fue preciosa en los ojos del Señor, puesto que la Iglesia consagró su memoria, fijando su fiesta el dia 3 de julio, y es muy probable que sucedió hácia el fin del cuarto siglo.

SAN IRENEO Y SANTA MUSTIOLA, MÁRTIRES.

En tiempo del emperador Aureliano era Turcio vicario en la ciudad de Chiusi, en la Toscana ó Etruria, que es en la Italia el Estado del gran duque de Toscana. En esta ciudad, pues, padecieron martirio los gloriosos san Ireneo, diácono, y santa Mustiola, vírgen. Sucedió así: Que habiendo el dicho vicario Turcio martirizado en la ciudad de Sutria, en la misma Toscana, al glorioso san Félix, á 23 de junio, y habiendo el glorioso san Ireneo sepultado su santo cuerpo junto á los muros de la misma ciudad, la piadosa obra llegó á noticia del cruel Vicario; por lo que lo mandó prender, y rodeado de cadenas lo hizo venir, siguiendo su carroza hasta la ciudad de Chiusi, donde lo puso en la cárcel con otros muchos cristianos presos, á los cuales Mustiola, doncella y señora rica, y tan noble que era prima hermana del príncipe Claudio, visitaba y regalaba con cuanto podia.

Dieron cuenta á Turcio de la gran caridad que Mustiola usaba con los cristianos presos; por lo que la mandó prender, sin reparar en su gran nobleza. Entonces hizo degollar á todos los cristianos que tenia presos, dejando solo con la vida á Ireneo; al cual mandó que á vista de Mustiola lo colgasen en el ecúleo ó potro, y lo despedaza-

sen con uñas de acero, y pusiesen fuego debajo, hasta que sin quitarle del tormento perdiese la vida: lo cual hicieron los crueles verdugos sin piedad alguna. Luego que acabó Ireneo esta vida mortal, y se fué á gozar de la eterna é inmortal con la corona y palma del martirio, mandó el impío Vicario que á Mustiola, pues no queria sacrificar á los dioses, la azotasen con planchas de plomo, hasta quitarle la vida; lo cual tambien fue ejecutado, así como mandado, y la bendita Virgen fué á gozar de su Esposo y reinar con él para siempre; cuyos dos sagrados cuerpos Marcos, varon cristiano y religioso, enterró cerca de los muros de la misma ciudad de Chiusi, donde hoy tienen un suntuoso templo, y hacen continuos milagros, con que es Dios en ellos glorioso, como siempre en sus Santos. Fue su glorioso martirio á 3 de julio, dia en que se celebra su fiesta, por los años del Señor de 275.

La Misa es en honor de san Heliodoro, y la Oracion la siguiente:

Exaudi, quaesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Heliodori, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari ejus intercedentibus meritis ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, oigas benigno las oraciones que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Heliodoro, y que nos libres de todos nuestros pecados, por la intercesion y méritos de aquel que te sirvió tan dignamente. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capitulo XIII del apóstol san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Mementote praepositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei: quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem. Jesus Christus heri, et hodie: ipse, et in saecula. Doctrinis variis, et peregrinis nolite abduci. Optimum est enim gratia stabilire cor, non escis, quae non profuerunt ambulantis in eis. Habemus altare, de quo edere non habent potestatem, qui tabernaculo deserviuntur. Quorum enim animalium infertur sanguis pro peccato in Sancta per Pontificem, horum corpora cremantur extra castra. Propter quod et Jesus, ut sanctificaret per suum sanguinem populum, extra portam passus est. Exeamus igitur ad eum extra castra, improprium ejus

Hermanos: Acordaos de vuestros prelados, los cuales os anunciaron la palabra de Dios; dé los que habeis de imitar la fe, poniendo los ojos en el fin de su vida. Jesucristo ayer, y hoy: y el mismo es por los siglos. No os dejeis llevar de doctrinas varias y peregrinas. Porque es cosa excelente confortar el corazon por medio de la gracia, no por medio de aquellas comidas, que nada aprovecharon á los que practicaron su observancia. Tenemos un altar del cual no tienen derecho á participar los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre es llevada por el pontífice al Sancta sanctorum por el pecado, son quemados fuera de poblado. Por lo cual tambien Jesús, para santificar el pue-

portantes. Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus. Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo: id est, fructum laborum confitentium nomini ejus. Beneficentiae autem, et communionis nolite oblivisci: talibus enim hostiis promeretur Deus. Obedite praepositis vestris et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri.

blo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, á él, fuera de poblado, llevando su improprio. Porque aquí no tenemos ciudad estable, sino que buscamos la futura. Ofrezcamos, pues, siempre por él á Dios hostia de alabanza, esto es, el fruto de los labios que confiesan su nombre. Y no queráis olvidaros de la beneficencia, ni de la comunión de caridad, por cuanto con semejantes víctimas se gana á Dios. Obedeced á vuestros prelados, y estad sujetos á ellos, porque ellos velan, como quienes han de dar cuenta de vuestras almas.

REFLEXIONES.

Traed á la memoria los que os anunciaron la palabra de Dios, y haciendo reflexion al fin que se propusieron en su conducta y en su vida, imitad su fe. Nosotros, gracias al Señor, seguimos su fe; pero ¿imitamos sus virtudes? No puede haber mayor desproporcion entre las costumbres de aquellos héroes cristianos y las nuestras, entre nuestra conducta y la suya. Todos tenemos la misma fe, los mismos principios, las mismas verdades, la misma Religion, la misma doctrina; pero la vida es muy diferente. Aquellos ilustres prelados, tan respetados por sus brillantes virtudes como por su eminente santidad, son el objeto de nuestra veneracion; ¿cuándo serán el modelo de nuestra vida? La Religion nunca envejece; conservará la Iglesia todo su vigor hasta el fin de los siglos; no se han debilitado las máximas de Jesucristo. Pues ¿cómo se puede creer este Evangelio, cómo se puede seguir esta Religion, y vivir como si no se creyese? Traigamos a la memoria aquellas grandes almas, cuyas costumbres fueron el mayor panegirico de la Religion, y cuya vida fue la mas concluyente prueba de su fe; no ignoramos cuán preciosa fue su muerte á los ojos del Señor; ¿pensamos que será la nuestra igualmente preciosa á sus divinos ojos? Imitemos su fe; pero imitemos tambien su virtud y su inocencia: de esa manera nunca nos dará en rostro la ridiculez, y aun la impiedad de una contradiccion tan monstruosa. Creer las verdades mas terribles de nuestra Religion, y seguir únicamente las detestables máximas del mundo, es monstruosa quimera. Empleos brillantes, pretensiones empeñadas, frutos naturales de la ambicion y de la avaricia, amor á los placeres, proyectos aéreos, for-

tunas lustrosas, conveniencias opulentas; estos son los grandes resortes que dan impulso á la mayor parte de las acciones de la vida; es decir, esto es lo que nos desvía de nuestro último fin, lo que se sorbe nuestros deseos, lo que estraga nuestra salud, y lo que nos ocupa toda la vida. Todo nos parece importante, todo indispensable cuando se trata de nuestros intereses, de nuestras conveniencias, de satisfacer nuestras pasiones; pero ¿nos acaloramos tanto cuando se trata de los deberes de la Religion, de agradar á Dios, ó desagradarle? ¿Cosa extraña! se anda con infinito miramiento, se practican mil atenciones con el mundo por hacer fortuna; á solo Dios parece que se le reputa por nada. Sabemos bien cuál fue el paradero de la conducta de los Santos; pues pensemos cuál será el paradero de la nuestra. ¿Creemos que los Santos serian santos si hubiesen vivido como nosotros vivimos? con todo eso tenemos continuamente á la vista estos grandes modelos de perfeccion, pero nos contentamos con admirarlos y con venerarlos; eso de esforzarnos á su imitacion, no se trate. Ninguno leerá estas reflexiones que no convenga en lo que digo; pero ¿cuántos se aprovecharán de ellas? ¿Serán muchos? Parece que las máximas mas cristianas, que las mas santas leyes están derogadas por el desuso, ó por la costumbre contraria; pero ¿quién ignora que ni la relajacion, ni el abuso, prescriben jamás contra la Religion?

El Evangelio es del capítulo XI de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nemo lucernam accendit, et in abscondito ponit, neque sub modio: sed super candelabrum, ut qui ingrediuntur, lumen videant. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit: si autem nequam fuerit, etiam corpus tuum tenebrosum erit. Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebrae sint. Si ergo corpus tuum totum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum, erit lucidum totum, et sicut lucerna fulgoris illuminabit te.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Ninguno enciende una antorcha, y la pone en un escondrijo, ni debajo de un medio celemin, sino sobre el candelero; para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si fuese perverso, tambien tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en tí, sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te iluminará como una antorcha resplandeciente.

MEDITACION.

De las ilusiones en punto de moral.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay cosa mas perniciosa que las ilusiones en punto de moral, y con todo tampoco la hay mas comun, ni mas fácil. Parece que en esta materia todo conspira á engañarnos: el corazon naturalmente de acuerdo con el amor propio; el espíritu pronto siempre, y siempre ingenioso en dar gusto á los sentidos y al corazon; los ejemplos de los imperfectos continuamente en gran número; las pasiones, que todas se coligan para sacudir el yugo del moral del Evangelio; los sentidos, enemigos declarados de la verdadera virtud; la misma razon natural, que muchas veces camina de inteligencia con el amor propio; todo concurre á engañarnos, y los lazos son tanto mas peligrosos, cuanto mas ocultos y mas multiplicados. Es cierto que una grosera relajacion nos ofende; pero se forma un sistema de moral que nos alucina, en la apariencia rígido. aunque en la realidad se acomoda á la concupiscencia y lisonjea á los sentidos. Este sistema siempre es obra del amor propio; sacrifica sin misericordia ciertas pasiones que tienen menos parentesco con nuestra natural inclinacion; pero á la pasion dominante siempre la perdona, siempre la respeta. El genio sombrío, tétrico y melancólico canoniza el espíritu de severidad y de retiro, sin poder tolerar los genios abiertos, apacibles y sociables; chócale una prudente y moderada alegría, mientras él se está alimentando de murmuraciones y de malignidad: el natural inquieto y áspero acaso será mortificado; pero no puede vivir sin pecar y sin morder. Un corazon blando, dulce y amoroso puede ser liberal y limosnero; pero huye de todo lo que le ata, y como él satisfaga su pasion, adopta sin dificultad todas las demás virtudes. La envidia, la avaricia y la ambicion tienen tambien su moral: el exterior siempre especioso, y siempre á la mano un honesto pretexto que disimula, pero no purga el veneno. De aquí nacen aquellas aversiones, aquellas secretas antipatías, aquella venganza disimulada, aquellas faltas de caridad, que dejan el campo libre á la pasion. Todas estas especies de moral son falsas, todas son engañosas; convienen todas en reformar el género humano, gritan á cual mas contra la licencia de las costumbres del siglo; claman todas á la reforma, á la reforma; pero mientras tanto dejan vivir en una grosera relajacion á esos imaginarios reformadores, severísimos con los otros, á quienes nada perdonan; pero indul-

gentísimos consigo mismos, á quienes se lo perdonan todo. ¡Que ilusión, Dios de mi vida! pero ¡qué comun es esta ilusión! En ciertos puntos de la ley exactísimos, hasta ser escrupulosos; pero ¿qué no se permiten en otros mucho mas importantes? No se dispensarán por todo el mundo en ciertas devociones voluntarias; pero sin el menor remordimiento abandonarán las obligaciones mas esenciales de su estado; ayunarán indefectiblemente ciertos dias por pura devoción; pero despedazarán desapiadadamente la reputación del prójimo en cuantas ocasiones se ofrezcan. Estarán muchas horas en la iglesia con edificación y con ejemplo; pero gastarán el resto del día en el juego, en el paseo, en las visitas peligrosas y en conversaciones poco cristianas: hablarán de Dios con acierto y aun con gusto; pero al mismo tiempo se harán insufribles á toda la familia. ¡Señor, qué mezcla tan monstruosa! Cada uno de estos devotos de perspectiva tiene su moral; pero ¿será acaso el moral de Jesucristo?

PUNTO SEGUNDO. — Considera qué perniciosas son todas estas ilusiones. Ellas guían todas á unos espantosos despeñaderos, sin que ninguno se persuada jamás que va descaminado. ¿Quién es el que desconfía de su moral? Fácilmente lo podemos conocer por la terquedad con que cada uno sigue su camino. ¿Hemos conocido muchos de los que cayeron en estas ilusiones, que se hubiesen desengañado de ellas? Los mayores pecadores se convierten; pero á estos ni aun les pasa por la imaginación que tienen necesidad de convertirse. Es la ilusión una especie de ceguera, y el que está ciego no ve el precipicio. Es un veneno que se derrama en el corazón, y desde el corazón siempre se comunica á la razón. Lo poco bueno que se hace en este estado, ofusca la vista para que no perciba lo mucho malo que los demás nos ven hacer. Por tanto, este género de ilusiones casi siempre viene á parar en el empedernimiento. Vivese tranquilamente en el error, y muérese en el mismo. ¡Qué desgracia mas digna de temerse! pero ¡qué desgracia menos temida! *El que te perderá*, dice el Salvador, *juzgará que hace un gran servicio á Dios*: este es el defecto de la ilusión en materia de costumbres y en punto de moral; *practicarán esto contigo*, añade el mismo Salvador, *porque no conocen á mi Padre, ni á Mí*. ¿Por qué medio conseguirán su descamino? Todo veneno que hace el tiro á la cabeza, quita de repente la vida. Cuando las ilusiones son voluntarias, no hay que esperar enmienda de ellas; de la tranquilidad se pasa al sueño, del sueño á la modorra y al letargo. Esto vemos con dolor en todos los herejes; su terque-

dad y su obstinacion en los errores nacen ordinariamente de la ilusion.

¿Cuántas personas que hacen profesion de virtud viven llenas de faltas muy groseras? ¿cuántas hay que viven tranquilamente en pecado, al abrigo de una falsa conciencia? Todo es fruto de las ilusiones en punto de moral. Hay algunos de esos imaginarios devotos, que por un vil interés tienen á un infeliz deudor meses enteros en la cárcel, dejándole perecer con toda su familia. ¿Compondrás esta dureza y esta inhumanidad con el cristianismo? No hay cosa mas contraria á él; pero se compone muy bien con la pasion dominante, que tiene la mayor parte en este pernicioso plan de moral. No hay turbacion, no hay remordimiento que pueda penetrar á la conciencia; en punto de costumbres, en apoderándose una vez la ilusion de la razon y del alma, apenas queda esperanza de salvacion.

¡Oh Señor, y cuánto tengo de qué acusarme acerca de ilusiones voluntarias! No hay moral indulgente, lisonjero y laxo que no haya seguido hasta aquí. ¿Qué sistema de conciencia es el que me he formado yo? ¿De cuántos pecados no me reconozco reo? Y ¡qué gran favor me haceis, Dios mio, descubriéndome hoy mis ilusiones y mis descaminos! Acabad, Señor, mi conversion por vuestra infinita misericordia, y no siga yo en adelante otro moral que el de vuestra ley y vuestro Evangelio, pues no hay otro para la salvacion.

JACULATORIAS.—Dirígeme, Señor, por el camino verdadero de tu doctrina, y enséñame á no seguir otro. (*Psalm. xxiv*).

Instrúyeme en la segura senda de tus divinos mandamientos, y dame gracia para que perpetuamente ande en busca de ella. (*Psalmus cxviii*).

PROPÓSITOS.

1 No hay mas que un Dios y una religion verdadera; con que tampoco puede haber mas que una moral verdadera. La única regla de nuestras costumbres es el Evangelio; cualquiera otra es obra de nuestra invencion, de nuestro corazon, y de nuestro amor propio: por lo que no es de admirar que sea torcida y descaminada. Por las ilusiones, en materia de moral, dijo determinadamente el Sabio, *que hay caminos que al hombre le parecen derechos, y su fin es muerte y perdicion*. Tales son los sistemas de conciencia que cada uno hace á su antojo; tales esos planes de moral que favorecen el genio, la inclinacion y la pasion dominante. Examina cuidadosamente cuáles son tus ideas, tus máximas en este punto, cuál es tu conducta. No

te perdones ciertos defectos, ciertos pecados, ciertas licencias en materia de costumbres con pretexto de que eres exacto, de que eres rígido, y acaso severo en otras. Haz en buen hora limosna, que es edificacion; pero paga tus deudas, que es obligacion; no detengas la soldada á tus criados, ni el salario á los oficiales. No apures con demasiado rigor á tus deudores. ¿Estás en la iglesia con devocion y con modestia? bueno es eso; pero no seas en casa colérico, mal sufrido, impertinente y enfadoso, etc. Aquí tienes un dilatado campo para examinarte; conforma tu moral con la de Jesucristo.

2 Levantas el grito contra la licencia y contra la disolucion de las costumbres del siglo. Alabo tu celo; pero examínate bien, y mira si se mezcla en él una buena parte de aversion, de odio, de envidia y de murmuracion. En la moral de Jesucristo no hay inconsecuencias ni contradicciones: nota cuidadosamente si descubres algunas en la tuya: no te fies de tu juicio; mira que es demasiada la correspondencia que tiene con el amor propio para que no se te haga un poco sospechosa. Consulta tus cosas con un director sabio, prudente y despegado, que no tenga interés en lisonjarte, ni en contemplarte; exponle con sinceridad todas tus máximas, tus opiniones y tu conducta, sin poner los ojos en otros principios que en los del Evangelio. Sea este la única regla de tus costumbres, y nunca conozcas otra moral que la que enseñó Jesucristo.

DIA IV.

MARTIROLOGIO.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS PROFETAS OSEAS Y AGGEO. (*Véase su historia en las de hoy*).

EL MARTIRIO DE SAN JUCUNDIANO, mártir, en África; el cual fue sumergido en el mar por la fe de Jesucristo.

SAN LAUREANO, obispo de Sevilla y mártir, en territorio de Bourges en Francia: su cabeza fue después trasladada á Sevilla en España. (*Véase su vida en las de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES INOCENCIO Y SEBASTIAN, CON OTROS TREINTA, en Sirmio.

SAN NAMFANION, mártir, y SUS COMPAÑEROS, en Madaura en África, á los cuales animó él al combate, y condujo á la corona del martirio. (*Este Santo durante su martirio obró varios prodigios, y fue tal la admiracion que causó con su valor é intrepidez, que en las iglesias del África se le llamaba el protomártir africano. San Agustín habla de él con especial elogio en su carta 44 ad Maximum Madaurensem*).

SAN TEODORO, obispo, en Cirene en Libia; al cual el presidente Digniano en

la persecucion de Diocleciano mandó azotar con cordeles emplomados, y cortar la lengua; y finalmente murió en paz confesor de Jesucristo.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS FAVIANO II, obispo de Antioquía, y SAN ELIAS, obispo de Jerusalen, en el mismo dia; á los cuales por defender el concilio de Calcedonia desterró el emperador Anastasio, y victoriosos volaron al Señor.

SAN ULGARICO, obispo, en Augsburgo, ilustre por su admirable abstinencia, liberalidad, vigilancia, y don de milagros. (*Véase su vida en las de hoy*).

SANTA ISABEL, viuda, reina de Portugal, en Lisboa; cuya festividad por decreto del papa Inocencio XII se celebra el dia 8 de julio. (*Véase su vida en dicho dia*).

LA TRASLACION DE SAN MARTIN, obispo y confesor, en Tours, y la dedicacion de la iglesia de su nombre consagrada tal dia como hoy, en el cual habia sido tambien consagrado obispo algunos años antes.

SAN LAUREANO, ARZOBISPO DE SEVILLA.

Entre los obispos célebres que han florecido en la Iglesia por su eminente virtud, y por su celo apostólico en la defensa de la fe católica contra la herejía arriana, es digno de memoria eterna san Laureano, arzobispo de Sevilla. Nació este héroe, verdaderamente grande, en la Panonia inferior, parte del reino de Hungría. Aunque su casa era una de las mas distinguidas del país, tenia la desgracia de estar envuelta entre los crasos errores del gentilismo, en el que sus padres procuraron educar al niño; pero las primeras luces de la razon que en él se despertaron, dieron á entender fácilmente que corria por especial cuenta de Dios la direccion de su espíritu, dejándose ver sensiblemente los influjos de la gracia en el infante, que solo tuvo de niño la inocencia. Un pariente suyo católico, que contemplaba repetidas veces las celestiales prendas con que Dios habia dotado al jóven, prevenido con aquellas interiores luces y sobrenaturales inspiraciones conducentes á los nobles designios para los que le eligió la divina Providencia, quiso darle á gustar los altos dictámenes de la religion cristiana; y en él halló una fiel correspondencia á sus saludables exhortaciones, y un asenso total á la doctrina del Evangelio. Deseoso de abrazar la profesion de la verdad, dejó á su patria, padres y parientes cerca de los veinte años, y se partió á Milan acompañado de su deudo, con el objeto de instruirse en la fe, mediante aquellos que florecia en aquella gran metrópoli, ilustrada por insignes maestros, á esfuerzos del infatigable celo de los prelados de la misma iglesia.

Hallábase á la sazón obispo de Milan san Eustorgio II, varon de grande mérito, á quien se presentó Laureano, é informándole del motivo de su venida, tomó á su cargo el instruirle en las infalibles ver-

dades de nuestra santa fe ; y admirado el catequista de la capacidad, del entendimiento del catecúmeno, de la superior luz de su inteligencia, de su amable condicion , y sobre todo de la interior fábrica que en él iba labrando el Omnipotente, le administró el sacramento del Bautismo, y reengendró en la vida sobrenatural aquel hombre nuevo, que en el arreglo de su conducta apenas tuvo que desnudarse del antiguo.

Agradecido Laureano á este beneficio se consagró al servicio de Dios enteramente, pidiendo al Señor de continuo que no permitiese en su alma sombra alguna que afease la divina semejanza estampada en ella. Arreglado á esta idea, se entregó á la oracion, y no omitió mortificaciones, ni ejercicios de piedad que pudieran contribuir á la perfeccion que deseaba. Aplicóse al estudio de las ciencias, y como se hallaba dotado de un perspicaz y profundo entendimiento, hizo en ellas maravillosos progresos. Incorporado en el clero de aquella metropolitana iglesia, y persuadido san Eustorgio de la utilidad que le resultaria en un ministro de tales prendas, le ordenó de diácono á los veinte y cinco años ; en cuyo ministerio se dejó ver nuestro Santo con edificacion comun, rígido en la abstinencia, frecuente en los ayunos, observante de las santas vigiliass, continuo en la oracion, liberal en las limosnas, solícito en cuidar de los pobres, modesto en la conversacion, pacífico en sus movimientos, singular en la hospitalidad, esclarecido en todo estudio de la milicia espiritual, y celosísimo defensor de la fe católica contra los herejes arrianos, que con sacrilega impiedad procuraban manchar el mas sacrosanto dogma de nuestra santa Religion.

Cuando Laureano vivia en Milan respetado, y aun venerado de todos por la inocencia de su vida, y demás brillantes prendas, dispuso Dios que pasase á España. Los escritores de sus actas no nos dicen el motivo de este viaje, aunque algunos opinan que fue el de huir de Totila, rey de los ostrogodos en Italia, arriano de profesion ; bien que otros discurren distintas probables conjeturas ; en cuya incertidumbre parece que nos debemos inclinar á que esta transmutacion la ordenó la divina Providencia para que se cumpliesen los altos designios que tenia sobre su persona. Dirigióse á Sevilla en tiempo que regia aquella cátedra Masixo, segun unos escriben ; bien que otros con atencion á la época opinan que era Salustio, varon esclarecido en ciencia y santidad. No tardó Laureano en darse á conocer en aquella capital por la inocencia de su vida, por sus laudables costumbres, y por su celo verdaderamente apostólico ; por

cuyos relevantes méritos fue promovido á la dignidad de arcediano de la misma iglesia, segun testifican varios autores; dignidad condecorada en aquellos siglos con la jurisdiccion amplia, y otras prerrogativas que son notorias en la disciplina eclesiástica. Colocado en aquel alto empleo, la singular prudencia, la suavidad del trato, y la celestial doctrina de Laureano, y no menos su puntual asistencia á todas las obligaciones de su cargo, fue el objeto de la admiracion, y aun de la veneracion pública.

Ocurrió la muerte del arzobispo de Sevilla por los años 520, segun el mas arreglado cálculo; y como los obispos sufragáneos (que por establecimiento de los antiguos cánones debian concurrir á la metrópoli, donde examinados los votos del clero é inclinaciones de los ciudadanos, eligiesen por metropolitano el mas digno entre los presbíteros, ó diáconos de la misma iglesia) no se pudieron juntar á la eleccion á causa de los maliciosos ardides de que se valieron los herejes arrianos para impedirlo; permaneció vacante aquella cátedra cerca de dos años hasta el de 522, en el que congregados, reconocidas las cualidades de aquellos que podian ocupar la silla arzobispal, fue preferido por universal consentimiento Laureano por la heroicidad de sus virtudes, por el conocido acierto que manifestó en su empleo, y con especialidad por su infatigable celo por la religion católica; precisa circunstancia en aquellas criticas circunstancias en que los herejes arrianos hacian las mas fuertes tentativas para que prevaleciese su impiedad.

Apenas se colocó en el eminente candelero de la iglesia de Sevilla la brillante luz de nuestro Santo, cuando acreditó con pruebas prácticas el acierto de su justificada eleccion. Su desvelo sobre el rebaño cometido por Dios á su cuidado, con menos dificultad se considera, que pueden las voces explicarle. No satisfecho su corazon con surtir á su grey con los saludables pastos de celestial doctrina, y atender como padre caritativo á toda clase de necesidades; perseguia los vicios con una entereza inflexible, al paso que con una dulce suavidad excitaba á practicar las virtudes; debiéndose á su celo siempre activo la magnificencia del culto divino, y la reforma de las costumbres, dirigidas á este fin sus frecuentes predicaciones, sus sabias exhortaciones, sus consejos y sus apostólicas fatigas.

Penetrado del mas vivo dolor su corazon al ver tan arraigada en los ánimos de los godos la herejía de Arrio aplicó todo su esfuerzo en extinguir esta peste, que hacia muchos años inficionaba la nacion con su veneno. Con su celestial doctrina y la realidad de sus ejem-

plos, confirmada la verdad de aquella con frecuentes milagros, logró que convenciesese la admiracion, lo que no convencia la razon cristiana; aunque muchos cerrando los ojos á tanta luz, permanecian tanto mas culpables en su engaño quanto la obstinacion era mas voluntaria. Diez y siete años consumió este ejemplarísimo pastor en el perpetuo ejercicio de su apostólico celo, sin dar apenas lugar á la intermision indispensable que exige el natural descanso; por lo que ponderando el cardenal Baronio su mérito, dijo: que en el ardor de la fe y libertad de predicarla excedió Laureano á todos los católicos de su siglo.

A una virtud tan sobresaliente no podia faltar la prueba de la tribulacion, que acrisolase mas y mas sus merecimientos. Murió Alarico, rey de España, en el año 507, en la batalla con Clodoveo de Francia, y recayó la corona en su hijo Amalarico en la menor edad, por lo que su abuelo Teodorico, que reinaba en Italia, tomó á su cargo los oficios de tutor, y dió á conocer los de monarca en los dominios de España. Nombró por ayo de Amalarico, y sustituyó por sí en la administracion del reino á Theudes, Theuda, Theudo ó Theudio, con cuyos nombres le llaman los escritores, varon sagaz, que valiéndose de medios injustos, llegó por fin á ocupar el trono en el año 531. En los principios de su reinado, mas atento á los intereses de su ambicion que á su secta, los herejes arrianos lo experimentaron poco ó nada favorable, y así ofreció una paz á la Iglesia, capaz de que pudiesen los Católicos ejercer libremente sus funciones. Pero apenas se aseguró en el solio, el orgullo de los Arrianos halló permission en su pecho, ó en su disimulo, en términos que se introdujo en Sevilla y en todo su arzobispado tal iniquidad, que en breve creció en una terrible tempestad. Era el ánimo de los herejes dar fin á la vida del santo Pastor, á quien miraban como á enemigo el mas temible; y en efecto inclinado Theudes á esto mismo, en fuerza de la calumnia que levantaron los sectarios contra la inocente conducta de Laureano, cuyo ardiente celo por la defensa de la fe católica ofendia el ánimo de un príncipe profesor de la impiedad, se excitó contra él una sedicion furiosa, que amenazaba consecuencias funesísimas.

En esta situacion lamentable, estando Laureano un domingo antes de romper el alba entre sueño y vigilia, se le apareció un hermoso jóven (que se cree fuese un Ángel), adornado con vestiduras blancas, y llamándole tres veces por su nombre en tono suave, le dijo: *Levántate, y retírate de esta plebe maligna, que no merecia gozar*

de tu presencia, ni ser defendida con tus ruegos : no dilates la fuga ; acelera el paso, que yo he de guiarte. Y sabe que en tu ausencia esta ciudad quedará reducida á suma desventura : la afligirá la hambre, la infestará la peste, y por espacio de siete años le negará Dios el beneficio de las lluvias ; hasta que honrada con tus reliquias, su misericordia la visite, y convierta á penitencia los ánimos de sus moradores.

A continuacion de tan funesto aviso, pasó Laureano al templo, celebró el santo sacrificio de la misa, y en un sermon que hizo al pueblo con su acostumbrado celo hasta la hora de tercia, deshecho en lágrimas le manifestó los terribles castigos que amenazaban á Sevilla. Concluido este acto, el triste Pastor corrió por las calles de la ciudad con el báculo en la mano predicando penitencia, como otro Jonás á los de Nínive, valiéndose de las armas de nuevo llanto y nuevos suspiros para vencer á los corazones rebeldes, y moverles á arrepentimiento de sus culpas. Despidióse del pueblo con estos tristes síntomas, salió de Sevilla ya puesto el sol, acompañado del mismo jóven que le ordenó la fuga, y dirigió su rumbo para Roma. Fue su camino un itinerario de prodigios, memorable entre otros la vista que dió á un ciego, y la resurreccion de un difunto, los que llevaron la fama de su santidad por todas partes.

Llegó Laureano á la capital del orbe cristiano cuando ocupaba la cátedra de san Pedro Vigilio, único de éste nombre, quien informado de su venida, y del motivo, le trató con el honor correspondiente á su dignidad, y con el amor de que era digna su persona. Sirvió de mucho consuelo al Papa un varon de virtud tan conocida, en tiempo que combatian su angustiado corazon por una parte las invasiones de los godos en Italia, y por otra las inquietudes de la Iglesia en el Oriente ; acrecentando sus temores no menos la fácil condicion de Justiniano, que la presuntuosa audacia de Teodora Augusta ; cuyos designios se convirtieron de favorables en contrarios al sumo Pontífice, desde que sus rectísimos fines impidieron los medios injustos de que se valió la Emperatriz. Quiso Vigilio, para dar á nuestro Santo pruebas de su estimacion, que celebrase de pontifical en la basilica de San Pedro, bien fuese en la festividad de su cátedra en Roma, o en otra distinta sobre que se controvierte. Hizolo Laureano, obediente á las insinuaciones del Vicario de Jesucristo, y reparando al salir del templo, acompañado de muchos obispos y otras personas del clero y de la primera nobleza, en la puerta del Vaticano á un pobre anciano baldado de piés y manos, que encendido en viva fe le pedia que le sanase ; no menos movido de compasion que de confusion al

oir que le creia con tanta virtud, que pudiese dispensarle aquel beneficio; como su corazon era no menos magnífico que caritativo, antepuso á los respetos de su humildad la causa del doliente.

Quiso el Santo usar del arbitrio de que toda la comitiva volviese á entrar en la basílica á orar para que el Príncipe de los Apóstoles se dignase repetir con aquel enfermo igual prodigio que el que ejecutó en vida con otro de su clase en la puerta del templo de Jerusalem, á fin de atribuirle a san Pedro la gloria de aquella accion: pero Dios no quiso pasar por este disimulo, pues dando á la virtud de su siervo el crédito de que se excusaba, apenas dijo al tullido, *haz que los que te traen te pongan ante los umbrales de san Pedro, que por sus méritos conseguirás la salud*, la consiguió perfectamente; causando este milagro los mismos efectos en los concurrentes, que causaria en nosotros al ver semejante maravilla.

Persuadióle Vigilio que se detuviese en Roma, conociendo los ventajosos frutos que resultarian á aquella viña con tan admirable obreiro: condescendió el Santo á la orden del Vicario de Jesucristo, aunque no nos consta el tiempo fijo de su residencia en aquella capital, y estando en oracion en cierta ocasion, comunicando con Dios sus afectos por este medio, se le apareció el mismo jóven, perpetuo y fiel compañero, y le habló en los términos siguientes: *Ea Laureano, ten buen ánimo, pues se acerca el glorioso fin de tus fatigas, el logro de tus deseos, y el premio de tus méritos. Camina á Francia, donde es voluntad del Altísimo que en Tours visites el cuerpo del gran confesor san Martin; haz allí oracion, prepárate para el martirio, y parte luego á recibir la palma al territorio de Bourges, en cuyos espaciosos desiertos está el lugar ó aldea llamada Vaton: su campo es el teatro que destina Dios á la mayor de tus victorias, y superior de tus triunfos. Por todas partes te buscan ministros del Rey, y es voluntad de Dios darles permission en aquel sitio para la consumacion de su delito por la de tu mérito. A Sevilla será llevada tu cabeza, donde consagrado templo al Altísimo en honor tuyo, será colocada y venerada: así tendrá la profecía cumplimiento: aplacará Dios sus enojos, mirará aquella ciudad con clemencia, y la favorecerá con lluvias y frutos. Pórtate, Laureano, como varon fuerte, que es muy grande el premio que te espera.*

Recibió Laureano con inexplicable gozo tan alegre nueva, como término de sus fatigas, y serenidad de sus congojas, mirando ya cerca la gloria de testificar la fe con la sangre de sus venas, y de que se aproximaba la felicidad de Sevilla, mediante á que Dios se dignaba moverla á penitencia, pues su misericordia trataba del remedio.

Encendido su corazon en semejantes afectos, y no menos impelido de ellos, salió de Roma para Francia, y aunque los escritores pasan en silencio los acontecimientos de este viaje, parece creible que se derramaria por todas partes el buen olor de su virtud; de modo, que los agresores que le buscaban por varias provincias pudieran entender su arribo á aquel reino. Llegó á Tours, y habiendo visitado el sepulcro de san Martin, é implorando en aquel santuario la divina asistencia, nuevamente encendido en vivísimos deseos de lograr cuanto antes la dicha que deseaba, partió al territorio de Bourges, antiquísima metrópoli de Aquitania, hoy capital del Berri, de la que dista siete leguas hácia el Occidente el lugar de Vastino ó Vatan. corta poblacion entonces, en cuyos desiertos se le habia revelado que conseguiria la corona del martirio: en efecto, apenas caminó media legua de este lugar, cuando acometido de los que habian de emplear en su inocente vida su inhumana crueldad, separaron con un terrible golpe la cabeza de sus hombros, consiguiendo por este medio la corona apetecida en el 4 de julio por los años 446.

Luego que los homicidas ejecutaron el atentado, les invadió un repentino terror que los puso en precipitada fuga; pero poniéndose en pié el venerable cadáver, llevando en las manos su cabeza, siguiéndolos, les dijo: *Esperad, tomad esta cabeza; llevadla á Sevilla, y entregadla al que os envió por ella.* Absortos los agresores con tan estupenda maravilla, convirtiendo en reverencia el horror, y en viva la su perfidia, postrados ante el Santo recibieron la preciosa alhaja para cumplir la orden de su Rey, y enterraron á su cuerpo en una cueva. hasta donde habia caminado siguiéndoles.

Algunos autores escriben que fue Totila el rey que dió la orden á los ministros para que llevasen á Sevilla la cabeza del Santo, suponiéndole rey de España; pero no habiendo habido en el reino soberano de este nombre, se cree con gravísimo fundamento, atendiendo á la época del suceso, que fue Theodes, á la sazón reinante en España, que despachó por todas las provincias pesquisidores de Laureano, á fin de que le diesen muerte. Bien que pudo valerse de Totila, rey de Italia, sabiendo que en ella moraba Laureano, para que auxiliase sus intenciones; lo que me parece pudo dar motivo á semejante equivocacion de atribuir á Totila el execrable hecho.

Partieron los agresores con la cabeza del inclito Mártir, y al entrar por los dominios de España, se comenzó á experimentar la beneficencia del cielo, saciando universalmente con lluvias abundantísimas la escasez que tantos años padecia la tierra. Supo Theodes

este y otros prodigios, que se dignó el Señor obrar por la intercesion de su fiel siervo, y arrepentido de su delito, salió á recibir á pié descalzo el precioso tesoro, depuestas las insignias reales, vestido de cilicio, y rociada de ceniza la cabeza, queriendo le acompañasen á aquel acto de reverencia muchos obispos, sacerdotes y próceres del reino. Recibió Sevilla la preciosa reliquia de su santo Obispo con universal aplauso, cesaron todas sus plagas, purificáronse los aires, fecundáronse los campos, y los habitantes del país volvieron á ver los benignos influjos de aquel apreciable clima.

No quiso Dios que solo España gozase las reliquias del insigne Mártir. A los tres dias de su muerte, estando en oracion el obispo de Arles en el sepulcro de san Cesario, que algunos dicen fue san Eusebio, y otros con mas fundamento que san Aureliano, le avisó un Ángel para que pasase al territorio de Bourges, y diese sepultura al cuerpo de Laureano, que hallaria cerca de la villa del Vatan en una cueva de aquel desierto, manifestándole todo el suceso. Partió sin dilacion el prelado de Arles al indicado sitio, y habiendo encontrado el cadáver, ejecutó su funeral, y trató después edificar sobre su cuerpo una capilla en honor del Príncipe de los Apóstoles, cuyo título se transmutó con el tiempo en el de san Laureano, á virtud de los muchos prodigios que el Señor se dignó obrar por su intercesion, y aun se erigió después en parroquia. No fue tolerable á los vecinos de Vatan que el santuario donde se veneraban las reliquias del Santo estuviese retirado del pueblo, defraudando la distancia su culto, y mayor consuelo á los naturales; y movidos de este celo, le erigieron templo en la misma villa, al que trasladaron su venerable cuerpo, habido en grande veneracion, hasta que los hugonotes invadieron el territorio de Bourges, robaron y destruyeron los templos, ultrajaron las santas imágenes, profanaron los sepulcros, y redujeron á ceniza las reliquias que se veneraban en ellos; entre cuyos insultos tambien fue materia del enorme sacrilegio el cuerpo de san Laureano; pues no contentos los impíos violadores con arruinar su templo, y robar sus alhajas, le entregaron á las llamas; pero habiendo dispuesto la divina Providencia que se librase del incendio un hueso, que se dice ser del brazo, hallado con universal consuelo de los vecinos de Vatan, le colocaron en lugar decente, hasta que en el año 1100 reedificando el templo destruido en forma mas augusta que la antigua, le depositaron en él, donde en el 4 de julio, dia de su martirio, se celebra su festividad solemnísimamente.

La cabeza del Santo no hay duda que se conservó en Sevilla en

grande veneracion y aprecio hasta la irrupcion de los árabes, de cuyas bárbaras manos la preservó el Señor, como lo declaró el sínodo diocesano de aquella metrópoli, celebrado en el año 1604 por estas palabras: La cual cabeza tenemos entre las reliquias de nuestra santa Iglesia, donde se ha continuado su culto con toda magnificencia, dignándose Dios obrar repetidos prodigios por la intercesion de su siervo.

SAN ULRICO, OBISPO DE AUGSBURGO.

Ulrico, ó Uldarico, pues tambien se le nombra así, fue de una de las casas mas antiguas y mas ilustres de Suavia, y nació el año 863, siendo su padre el conde Ulcaldo, y su madre Tierberga, hija de Aucardo, uno de los primeros duques de Alemania la alta.

Por la enferma y delicada complexion de Ulrico se creyó al principio que no podría vivir; pero el Señor, que le tenia destinado para ser uno de los mas santos prelados de su siglo, contra toda esperanza le concedió una salud que se tuvo por milagrosa. La vivacidad, el despejo, la noble ingenuidad, el agrado, y el claro ingenio que descubrió desde luego, estimularon mas á sus padres para darle una educacion digna de su ilustre nacimiento. Parecióles que en ninguna parte la podría lograr, ni mas cristiana, ni mas caballerosa, que en el célebre monasterio de San Galo, famoso entonces por lo mucho que florecian en él no menos las virtudes que las ciencias.

Enviáronle allá á los siete años de su edad, y muy en breve se distinguió el niño Ulrico por los progresos que hizo en las letras humanas, y en la importante ciencia de la salvacion. Enamorados los monjes de su bello natural, de su inclinacion á la virtud, y de su aplicacion al estudio, le amaban todos tiernamente, deseosísimos de adquirir aquel rico tesoro para el monasterio. A lo mismo se inclinaba tambien el niño Ulrico, pues aunque el mundo le brindaba con tan grandes esperanzas, nunca halló atractivo, ni en las grandezas, ni en las brillanteces del mundo. Conociendo bien sus injusticias y sus peligros, estaba muy ajeno de resolverse á servirle; ni á un corazon tan grande como el suyo le podia llenar otro que solo Dios. Agradábale la vida monástica, y naturalmente era de su gusto la soledad: pero queria que la vocacion y la eleccion viniesen únicamente del mismo Señor. Para conocer su voluntad hizo muchas penitencias y fervorosas oraciones, queriendo además de esto consultar el punto con una santa solitaria, no distante del monasterio de San Galo. llamada Guiborata, no menos célebre por su eminente santidad que

por los extraordinarios favores con que el cielo la regalaba. Habíala ya visitado algunas veces el Condesito en los días de recreacion que se concedian á los seminaristas. Fué, pues, Ulrico á buscar á la santa virgen, indeterminado sobre el estado que habia de abrazar; y la suplicó encomendase á Dios aquel negocio para que le diese á entender su divina voluntad. Ella se impuso tres días de ayuno y de oracion, al cabo de los cuales le dijo, que aunque era muy perfecta la vida religiosa, Dios le llamaba al estado eclesiástico. No hubo menester mas para tomar su partido, no obstante lo mucho que le costaba arrancarse de una casa llena de tan grandes ejemplos, y no habiendo tampoco monje que no sintiese vivamente la pérdida que hacian. Fue recíproco el dolor; pero descubierta una vez la voluntad del Señor, no titubeó nuestro Santo ni un solo momento, y restituyéndose á casa de sus padres, les declaró su última resolucion, como tambien sus deseos de no perder tiempo, y de habilitarse desde luego á servir con utilidad á la santa Iglesia. Gozoso el Conde su padre de ver en su hijo tan virtuosas disposiciones, se le entregó á Alberon, obispo de Augsburgo, quien descubriendo luego las grandes prendas y los raros talentos de Ulrico, no perdonó medio alguno para formar en él un eclesiástico perfecto; y aunque á la sazón no contaba mas que diez y seis años, le hizo luego camarero; pero viéndole crecer cada dia en juicio, capacidad y prudencia, le proveyó en el primer canonicato que vacó en su iglesia.

Comprendió desde luego nuestro nuevo canónigo todas las obligaciones de su estado, y resolvió darles todo el lleno. Desde aquel punto fue todo su empleo el estudio y la oracion, partiendo sus rentas con los pobres, á quienes muchas veces distribuia aquello mismo que se reservaba para su preciso sustento. Movidó de su natural piedad, determinó hacer un viaje á Roma para beber en la fuente del espíritu apostólico. Fue recibido del Papa con muestras de grande amor y estimacion, informado ya de antemano de su mérito y de su eminente virtud. Tratóle Su Santidad, y creció tanto la estimacion y el concepto, que noticioso de la muerte de Alberon, determinó conferirle el obispado de Augsburgo.

Sobresaltóse el Santo cuando oyó de boca del Papa semejante proposicion, y se excusó eficazmente, alegando su insuficiencia y su corta edad. Al volver de Augsburgo halló que ya se habia hecho la eleccion en Hildin, y libre del susto, solo pensó en el retiro, y en santificarse cada dia mas y mas, volviendo á entablar dentro de su casa los mismos ejercicios que habia practicado en el monasterio de

San Galo; pero le duró poco esta quietud. Muerto Hildin el año de 924, fue electo Ulrico por obispo de Augsburgo, á pesar de toda su repugnancia. Eran los tiempos muy calamitosos; los húngaros y los esclavones hacian frecuentes irrupciones en el país, y lo assolaban todo, tanto que poco tiempo antes habian entrado en la misma ciudad de Augsburgo, y puesto fuego á la catedral.

El primer cuidado del nuevo Obispo fue edificar de pronto una pequeña iglesia para juntar el pueblo, que estaba muy necesitado de instruccion, de consuelo y de socorro en aquellas públicas calamidades. Todo lo encontró en Ulrico; su caridad, su celo, y sus profusas limosnas desterraron hasta de la memoria las pasadas necesidades, y todos las consideraban suficientemente reparadas con la posesion de tal pastor.

Persuadido el Santo á que se debia todo a su pueblo, tomó ocasion de las presentes circunstancias para conseguir se le dispensase en una costumbre introducida entonces en Alemania, de que los obispos residiesen casi siempre en la corte. Él logró se le permitiese mantenerse en Augsburgo, para atender al restablecimiento de la disciplina, y se conoció muy presto lo mucho que puede hacer en una diócesis dilatada un prelado santo. A vista del cuidado con que incesantemente velaba sobre su rebaño, del celo con que distribuia el pan de la divina palabra, de su caridad y de sus ejemplos, mudó de semblante todo el país. No era conocido por otro nombre que por el del Santo, y su vida acreditaba visiblemente que lo era, siendo la reparticion de ella la siguiente:

A las tres de la mañana regularmente asistia al coro con los canónigos para rezar maitines y laudes del oficio divino; después rezaba el salterio con las letanias y preces que se siguen á ellas; hácia el amanecer cantaba las vigiliass del oficio de difuntos; esto es, maitines y laudes, á que ningun dia faltaba, como ni á la prima, que cantaba con los demás. Quedábase en oracion en la iglesia mientras se hacia la procesion por afuera; acabada esta, cantaba la misa mayor, y hacia su ofrenda con los demás; rezaba después terciá con los canónigos, y mientras estos iban al cabildo, segun costumbre, continuaba la oracion, y visitaba los altares. Preparábase después para decir misa, la que celebraba todos los dias con tanta devocion, que la pegaba á todos los asistentes; concluida la misa y las gracias, rezaba nona y visperas los dias de ayuno en el coro, y desde allí ordinariamente se iba derecho al hospital, donde lavaba los piés á doce pobres, y daba limosna á cada uno de ellos.

El resto del día le dedicaba á las necesidades de su pueblo. Asistia á los moribundos, consolaba á los alligidos, componia las diferencias, y hacia bien á todos, dando todos mil bendiciones á Dios por haberles concedido tal obispo. Al declinar la tarde se restituia á su palacio donde tomaba una sobria comida, durante la cual siempre se le leia algun libro espiritual. Cada día comia en su mesa cierto número de pobres, y acabada la comida asistia á completas. Daba después sus órdenes para el gobierno de la familia, y se retiraba á su cuarto, donde gastaba gran parte de la noche en la oracion y en el estudio, concediendo al sueño muy poco tiempo.

Acompañaba esta vida tan ejemplar y tan arreglada con grandes penitencias. En ningun tiempo del año comia carne, aunque se servia en su mesa, así para los pobres, como para otros convidados. Su cama era una poca de paja con dos mantas, sin cosa de lienzo. Arreglada su familia para edificacion de los demás, se dedicó á arreglar al clero, trabajando con infatigable aplicacion en reformar las costumbres de todo el obispado. Visitábale regularmente todos los años, y cada año celebraba dos sínodos. Costóle poco trabajo la reforma general, facilitándosela un celo tan puro y tan ardiente, sostenido de una vida tan ejemplar y tan santa; ni la licencia de las costumbres podia resistir á la vigilancia de un pastor tan poderoso en obras como en palabras. Proveyó de excelentes curas las parroquias, obligando á renunciarlas, ó á enmendarse, á los viciosos, ó á los ignorantes; con cuyas providencias floreció en Augsburgo y en todo el obispado tanto la pureza de la fe como la de las costumbres.

Habiendo reconocido por las excursiones de los bárbaros lo mucho que los sustos, las inquietudes y los sobresaltos perjudicaban á los ejercicios de religion y devocion, pensó en la seguridad de sus ovejas, y no solo cercó de murallas la ciudad de Augsburgo, sino que levantó algunas fortalezas en la campaña, á donde se pudiesen refugiar las gentes del país; pero no bastaron estas precauciones para que las tropas de Arnolfo, conde palatino, no sorprendiesen y saqueasen la ciudad en ausencia del santo Obispo, que habia pasado á la corte del Emperador Oton para mover su ánimo á que ajustase la paz. Concediósele el Emperador á la Alemania después que Arnolfo fue muerto delante de Ratisbona, habiendo perdonado á su hijo Liutolfo a ruegos de nuestro Santo; pero apenas comenzaba á sosegar y á consolar á su pueblo, cuando un prodigioso ejército de húngaros se echó sobre la superior Germania, inundando todo el país. Fue sitiada la ciudad de Augsburgo; mas las oraciones de su santo Obispo pudieron mas que

los esfuerzos de los sitiadores. Intimó oraciones y procesiones públicas para aplacar la cólera del cielo, y para merecer su proteccion contra los enemigos de la Religion y del Estado, las que fueron tan eficaces, que disponiéndose los bárbaros para un segundo asalto á tiempo que Ulrico estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, de repente se apoderó de ellos tal terror, que levantaron el sitio, se pusieron precipitadamente en fuga, y matándose los unos á los otros, perecieron casi todos; siendo dictámen general que se debió á las oraciones del santo Pastor una victoria tan inesperada.

Restituida la tranquilidad, Ulrico se dedicó á reparar los daños que habian hecho los bárbaros, y á reedificar la iglesia de Santa Afra, célebre patrona de Augsburgo, cuyas santas reliquias tuvo el consuelo de hallar debajo de sus ruinas. Por su devocion hizo segundo viaje á Roma, de donde trajo las de san Abondo, con que enriqueció la iglesia que acababa de levantar, y en aquella curia se mereció por su eminente virtud los extraordinarios honores que le tributó el clero romano, y aun el mismo Papa. En Ravena fue recibido con veneracion del emperador Oton, y en las frecuentes conversaciones que tuvo con la Emperatriz imprimió en su alma aquellas grandes máximas de perfeccion, que la hicieron con el tiempo una de las mas virtuosas princesas de su siglo.

Vuelto á Augsburgo escogió un coadjutor de toda satisfaccion, en cuyo celo descargó la administracion de todo lo temporal, vacando él únicamente al bien espiritual de la diócesi, al que se aplicó con mas desvelo que nunca, á pesar de sus muchas enfermedades y de su avanzada edad. Como nunca se habia dispensado en la austeridad de la vida monástica, quiso tambien tomar el hábito de monje, y aun habia resuelto retirarse al monasterio de San Galo para acabar en él sus dias; pero no se lo permitió el concilio de Ingelheim, celebrado el año de 972 en presencia del emperador Oton, á que asistió nuestro Santo, temiendo aquellos Padres que otros muchos obispos querrian imitar el ejemplo de tan gran Prelado, cuya santidad estaba ya públicamente reconocida por multitud de milagros.

Las pocas fuerzas que ya tenia acabaron de consumirse con los ejercicios de su fervor y de su celo, sintiendo tan seguros prenuncios de su cercana muerte, que fué disponiendo todas sus cosas como si ya se hallase asaltado de la última enfermedad. En fin, al amanecer el viernes 4 de julio de 973 mandó que le echasen sobre una porcion de ceniza bendita extendida en el suelo en forma de cruz; despidióse sosegadamente de todos los circunstantes, mandó que le leyesen la

- recomendacion del alma, y mientras se la leian espiró con admirable tranquilidad, á los ochenta años de edad, cincuenta de obispo, y después de una vida inocente.

La opinion de santidad que ya era tan pública en vida creció después de su muerte, por los muchos milagros que obró Dios en su sepultura; los que movieron al papa Juan XV á mandar hacer exactas informaciones de su vida y milagros, después de las cuales le colocó solemnemente en el catálogo de los Santos por una bula publicada en el concilio de Letran el año de 993; y se cree haber sido la primera canonizacion jurídica que se vió en la Iglesia, la cual no usaba antes en ellas tantas formalidades. Elevóse entonces el santo cuerpo de la primera sepultura, y fue colocado con solemnidad en una capilla edificada en honra suya dentro de la iglesia de Santa Afra, la cual comenzó desde aquel dia á tener la advocacion de nuestro Santo.

EL BEATO GASPAR DE BONO, DEL ÓRDEN DE PADRES MÍNIMOS.

Nació Gaspar de Bono á 5 de enero de 1530 en la ciudad de Valencia, en el reino de España, de padres honrados, pero tan pobres de bienes de fortuna, como ricos de cristianas virtudes. Su padre, que se llamaba Juan de Bonom, era natural de la villa de San Lambert, en la provincia de Gascuña, y su madre llamada Isabel Juana Monsó, era natural de la villa de Cervera del mismo reino de Valencia. Ejerció Juan de Bonom en dicha ciudad el oficio de tejedor de lino en su mocedad, y después en edad mas adelantada el de afilar cuchillos. Estos piadosos padres criaron á nuestro Gaspar en el santo temor de Dios, y él prevenido de copiosas bendiciones de la gracia, ya desde su niñez empezó á dar claros indicios de la elevada santidad á que Dios le tenia predestinado. Era muy obediente á sus padres, y muy ajeno de los pueriles entretenimientos. Todas sus delicias eran, ó estar en casa retirado á orar, ó asistir en la iglesia á la santa misa y á otros ejercicios de piedad. Desde aquella primera edad comenzó la devota práctica que continuó por toda su vida, de implorar cada dia el patrocinio de la santísima Virgen con la Letanía lauretana, la Salve Regina y otras devotas oraciones: su diversion era juntar otros niños, formar con ellos una procesion y rodear por las calles vecinas cantando Resposos en sufragio de los difuntos, y diciendo á trechos en alta voz: *Señor, verdadero Dios, misericordia*. Practicaba Gaspar estos y otros ejercicios de religion con tal modestia y fervor, que causaba asombro á cuantos lo miraban. Sintiéndose inclinado al estado

eclesiástico se aplicó al estudio de la gramática, y no obstante que estudiaba con mucha diligencia para habilitarse para el estado á que Dios le llamaba, su incesante aplicacion nada entibió los ardores de su piedad; de modo, que sus maestros le proponian por modelo á los otros discípulos: á los quince años de su edad concluyó los estudios de la gramática, y entonces resolvió consagrarse enteramente á Dios en la sagrada religion de Predicadores. Fue en efecto admitido con gusto por aquellos religiosos al noviciado, y mientras estaba ya para recibir el santo hábito, un cuñado suyo logró la ocasion de hablarle, y supo persuadirlo con tanta energía, que á lo menos por entonces retardase su designio, en atencion al desamparo y miseria grande de sus padres; que el santo jóven no sabiendo resistir á la fuerza de sus razones, se despidió con lágrimas de los Padres Dominicos, y se salió del convento en compañía de su cuñado.

Restituido á la casa de sus amados padres, no pensó sino en elegir una ocupacion con que pudiese aliviar su pobreza. Con esta mira entró á servir en casa de un comerciante de sedas, y aquí aumentó mucho la mortificacion y penitencia que desde niño habia practicado, con el deseo de imitar la conducta de los Santos, cuyas vidas leia. Comia una sola vez al dia, y aun esta con gran parsimonia, y frecuentemente no tomaba sino pan y agua; su sueño era breve, y su oracion cási continua. De la comida que le daban sus amos cercenaba buena porcion de pan y vianda, y la llevaba todos los dias á la casa de sus padres, para que con ella se sustentasen. No conocia ocupacion mas dulce que la de servir á su ciegucecita madre y anciano padre, en barrer la casa, componerles la cama, limpiar los platos, prepararles la mesa, y animarles á sufrir con cristiana resignacion las incomodidades de la enfermedad y pobreza, á cuyo fin les leia frecuentemente algun libro espiritual. Continuó el Beato el expresado tenor de vida en casa del buen mercader por cerca de cinco años; y entrando á los veinte de su edad, considerando que siendo como era tardo, balbuciente, y cási de ninguna expedicion en la lengua, podia adelantar poco en el comercio ni en otro empleo, pensó que en la carrera de las armas haria tal vez mayores progresos, pues que sus fuerzas, robusta salud y proporcionada estatura le prometian algun ascenso.

Con esta mira y disponiéndolo así Dios, cuyos juicios son verdaderamente incomprensibles, tomó plaza de soldado en un regimiento de caballería del ejército del invicto emperador Carlos V, con el cual pasó luego á Italia, donde militó por espacio cási de diez años, cum-

pliendo en todo como cristiano y valeroso soldado. Entre el estrépito de las armas, el libertinaje y los peligros que de ordinario acompañan la profesion militar, conservó el Beato la misma inocencia, pureza de costumbres y fervor de espíritu con que habia vivido; frecuentaba los templos y hospitales, y se quitaba el pan de la boca para socorrer á los menesterosos con quienes partia su tenue sueldo. Jamás ninguno de sus camaradas pudo distraerle de sus acostumbrados ejercicios de caridad y religion, ni atraerle por una sola vez á los excesos del juego, del vino y de la intemperancia. Llegado por fin el tiempo en que el Altísimo tenia dispuesto unir á sí con lazos mas estrechos á su fiel siervo, permitió que siendo Gaspar destacado con una corta partida para observar á los enemigos, fuese de estos atacado de improviso con tal ímpetu, que todos se dieron á una precipitada fuga, en la cual el caballo de Gaspar, desviándose del camino se precipitó en un pozo seco; y observándolo uno de los enemigos que le seguian, se acercó al dicho pozo, que era de poca profundidad, y con su pica le dió un golpe tan fuerte en la cabeza que pensó dejarle muerto, y efectivamente le abrió en ella una herida mortal. Viéndose Gaspar solo, oprimido del caballo, mortalmente herido y destituido de todo socorro humano, acudió con mucho fervor á Nuestra Señora de los Desamparados, é hizo voto de ser religioso de la Orden de san Francisco de Paula, si escapase vivo de aquel peligro.

Apenas habia hecho este voto, cuando de improviso fue socorrido de sus compañeros, los cuales sacándole del pozo le llevaron al hospital, donde contra la esperanza de todos sanó de su herida, y obtenida su licencia, se restituyó á Valencia, donde en cumplimiento del referido voto á los 17 de junio de 1560 tomó el sagrado hábito de dicho Patriarca en el convento de los Padres Mínimos, llamado vulgarmente de San Sebastian, situado fuera de los muros de la ciudad, teniendo treinta años de edad; y habiendo cumplido con admirable fervor el año de su noviciado á los 17 de junio de 1561 hizo la solemne profesion en la iglesia de dicho convento; y aunque en aquellos tiempos los superiores de la provincia no permitian á los jóvenes religiosos subir á las órdenes mayores hasta pasados á lo menos dos años después de su profesion, el fervor extraordinario y virtudes eminentes de Gaspar merecieron se hiciese á su favor una excepcion de aquella general costumbre; de manera que después de diez y ocho meses de su profesion fue ordenado de presbítero, y celebró su primera misa con indecible consuelo de su alma. Penetrado profundamente de la santidad del estado de sacerdote en que se veia consti-

tuido, se propuso un nuevo método de vida exactamente conforme á las constituciones de su rígido Instituto, y á los ápices de las mas severas leyes canónicas. Era puntualísimo á todos los actos de comunidad, y siempre el primero á entrar, y el último á salir del coro. Rezados allí los maitines después de media noche en compañía de los religiosos, perseveraba por muchas horas en el mismo lugar delante de una imagen de Cristo crucificado, todo absorto en la contemplacion, y tomaba allí mismo tan rigurosas disciplinas, que á la mañana siguiente los religiosos veian salpicadas de sangre las paredes y el suelo. Se retiraba después á su celda á dar un brevísimos descanso á sus macerados miembros, y volvía otra vez al coro á rezar prima y tercia con la comunidad, y persistia en el preparándose muy despacio para el santo sacrificio, que celebraba todos los dias con indecible recogimiento y fervor, precediendo siempre la confesion sacramental. Recogíase después á dar gracias en el oratorio de la sacristia, hasta que llegaba la hora de volver al coro para asistir á sexta, nona y á la misa conventual, y permanecia allí hasta el toque de rectorio. Volvía á su tiempo á cantar las vísperas con la comunidad, y después de haberlas cantado se detenía en el coro á lo menos por espacio de una hora: jamás salia del convento, sino para ganar el jubileo en alguna iglesia, ó para visitar algunos enfermos en el hospital ó en sus casas particulares, ó cuando la obediencia le destinaba por compañero de otro religioso. Todo el tiempo que le quedaba libre, lo empleaba en la leccion de algun libro espiritual, que siempre traia consigo. Estos ejercicios, el rezar el oficio de la Virgen y de los difuntos, el repetir himnos y oraciones jaculatorias, ó el pasar el santo rosario eran todas sus recreaciones. Tal fue el sistema de vida que adoptó Gaspar desde su sacerdocio, y que observó constantemente por mas de cuarenta años no solo siendo súbdito, sino tambien siendo superior y prelado.

En este cargo, que forzado de la obediencia ejercitó muchos años, ya en calidad de corrector ó de colega, ya en la de vicario provincial y de provincial en propiedad, se portó siempre con tal celo, caridad, discrecion y dulzura, que con grandes ventajas de la Orden logró mantener en su vigor y promover felizmente la disciplina regular. Su ejemplo era para todos el mas eficaz estímulo á la observancia; aun cuando se hallaba cargado de años y de enfermedades, era siempre el primero á todos los actos de comunidad, y el mas puntual en el cumplimiento de todas las reglas y costumbres de la Orden. Añadia al buen ejemplo las amonestaciones, reprensiones y tal vez

el castigo de las faltas; pero templaba de tal modo la aspereza con la suavidad, que los delinquentes léjos de darse por agraviados, le quedaban obligadísimos, y se sentian muy movidos á enmendarse. En cierta ocasion cerciorado de la falta cometida por un novicio, le llamó á su presencia, y después de haberle representado afectuosamente la gravedad de su culpa, se desnudó las espaldas, y tomó una furiosa disciplina, diciendo entre tanto al culpable con sentimiento de profunda humildad: *Yo, yo soy el digno de este severo castigo, por no haberos reprendido y corregido á su tiempo, como debia.* Tal vez después de haber experimentado ineficaces sus correcciones con algun delincuente, se postraba á sus piés, y deshecho en amargo llanto con un Crucifijo en la mano le rogaba por amor de aquel Señor mejorase su vida. Cierta mañana, habiendo vuelto demasiado tarde al convento un lector de filosofía, y entrado al refectorio á tiempo que la comunidad estaba ya para levantarse de la mesa, Gaspar, que era superior, le dió una pública reprension; pero poco después acercándose al culpado, mientras este acababa de comer, le dijo con singular agrado: *Padre lector, perdone por amor de Dios: bien sabe aquel Señor que escudriña los corazones, que la correccion que poco há le he hecho en público, no ha nacido sino del celo y amor que profeso á V. R.: considere que ha tenido ocasion de adquirirse un gran mérito para con Dios, llevando con paciencia la pública reprension de un hombre idiota y pecador cual soy yo:* dejando con esto al lector compungido, contento y edificado. Mientras era corrector, recorría por tres veces cada noche todo el convento, y abria las celdas para ver si se guardaba el silencio y todo lo demás mandado por la regla en aquellas horas; sin querer excusar esta diligencia, ni aun la noche inmediata al dia en que tomaba posesion de dicho oficio, no obstante de que los nuevos superiores acostumbraban en estas ocasiones dispensar en la ley del silencio. En los capitulos vulgarmente dichos de *culpas*, exhortaba á los religiosos con tal fervor y eficacia á la fiel observancia del santo Instituto, que las mas veces se veia obligado á interrumpir el discurso por la abundancia de las lagrimas. Cuando alguno de sus súbditos enfermaba, lo visitaba tres ó cuatro veces al dia, le servia y regalaba, y le recomendaba apretadísimamente á los médicos y enfermeros, mandando no se perdonase á gasto alguno para la curacion de los enfermos, aunque fuese necesario vender los muebles de la casa. Cuando en calidad de provincial visitaba los conventos, jamás permitió se le hiciese otro tratamiento, que el que suele hacer la comunidad al ínfimo oblato de ella.

No dejó Dios de probar y acrisolar mas y mas la virtud de su amado siervo con el fuego de las tribulaciones. Padeció Gaspar el mal de gota y de retencion de orina; y á estos dos graves achaques se añadieron en lo sucesivo frecuentes calenturas y una enorme hernia intestinal, cuyas acres materias se abrieron puerta por tres ó cuatro partes alrededor formando otras tantas llagas, que irritadas de la continua destilacion de la orina no podian menos de causarle los mas vehementes dolores. En medio de tantas y tan largas penas jamás dió la menor seña de perturbacion ni de queja: jamás interrumpió su asistencia al coro, al confesonario y á todos los actos de comunidad, tanto de dia como de noche: á veces no pudiendo tenerse cási en pié andaba como arrastrando, apoyada la una mano en un báculo y la otra en la pared. En lo mas acerbo de sus males todo su alivio y desahogo era pronunciar los dulces nombres de Jesús, María, José, ó de otros Santos sus especiales abogados, añadiendo tal vez: *Sea todo por amor de Dios*. Héroe igualmente de la honestidad que de la paciencia, los vivísimos dolores con que le atormentaba la hernia nunca pudieron rendirle á que la expusiese á los ojos ni á las manos de ningun médico ó cirujano. Aun resplandeció mas su paciencia invicta entre las injurias y ultrajes que se hicieron á su persona, que entre sus grandes acerbos dolores. Siendo corrector del convento de Alaquás le pidió el provincial una bota de vino para el convento de San Sebastian de Valencia; respondióle atentamente el siervo de Dios, que no podia en esto complacerle, por ser en notorio perjuicio de su comunidad, como así lo sentia la consulta de los religiosos del convento. Irritado de esta negativa el provincial, fué al convento de Alaquás, juntó capítulo, y en presencia de toda la comunidad le mandó postrarse á sus piés, y lleno de enojo le trató de insensato, desobediente, malicioso, soberbio, y llegó hasta al atentado de mandarle tomar allí mismo una disciplina. El santo viejo y corrector no solo escuchó la impetuosa invectiva con ánimo tranquilo, y sin proferir la menor palabra en su defensa, sino que besó las disciplinas, se desnudó las espaldas, y descargó sobre ellas fierísimos golpes. Acabado este acto se acercó Gaspar á su inicuo juez, le dió gracias por la correccion y castigo, y le suplicó le admitiese la renuncia del oficio de corrector, del cual se reconocia indigno; como en efecto se la aceptó el apasionado provincial. Queriendo después los religiosos hacer contra este algun recurso, el Beato los detuvo, rogándoles guardasen un perpetuo silencio sobre aquel caso; y tomando del agravio recibido la venganza que suelen tomar los Santos, habiendo venido á Va-

lencia el Padre general, para castigar al provincial, y deponerle de su oficio, el Beato le rogó eficazmente disimulase aquel caso. Y siendo después elegido el mismo Beato provincial de Valencia, colmó de atenciones y de beneficios al dicho su antecesor provincial. Otra vez siendo el Beato provincial, y hallándose enfermo en cama en Alaquás, el corrector de aquel convento entrando descomedidamente en su celda, empezó á gritar contra cierta providencia muy razonable y fácil de ejecutar, dada por el santo superior, tachándola de injusta y extravagante. Acudieron á los gritos algunos religiosos, delante de los cuales el corrector mucho mas encendido de cólera trató al buen viejo de inconsiderado, malicioso, bárbaro, y le cargó de otros mil improperios. Gaspar bien léjos de alterarse, se arrodilló como pudo sobre la cama, y con las manos juntas por tres veces le repitió benignamente: *Padre mio, por amor de Dios y de su santísima Madre que me perdone*; añadiendo que le daba las gracias por haberle dicho con claridad quién era. Al fin cayendo en la cuenta el desatento corrector, y confundido de tanta humildad y paciencia de su provincial, corrió tras los demás religiosos á besarle la mano, y al empezar á pedirle perdon, le interrumpió luego el Beato con estas humildes y afectuosas palabras: *Padre mio, no hay para qué disculparse conmigo, ni yo tengo de qué perdonarle; me ha dicho la pura verdad.*

Lo que hace un religioso perfecto en su estado es el cumplimiento exacto de los votos de su religion, y en esta parte fue Gaspar verdaderamente admirable; y empezando por la pobreza, la practicó el Beato con tal rigor, que jamás quiso administrar ni aun tocar moneda alguna, cualquiera que fuese. En sus viajes y en los gastos que por razon de sus oficios debia hacer, se servia de un oblato para entregar y recibir dinero; y esto con tal parsimonia, que una vez habiéndole las lluvias precisado á detenerse dos dias en un meson, mientras visitaba los conventos como provincial, le faltó el dinero para pagar la posada, y hubo de dejar en prenda al mesonero un lienzo de Maria santísima que traia para el convento de la Puebla del Duque. Cuando murió no se halló en su celda alhaja que valiese dos reales. Decia que no observan la pobreza evangélica aquellos á quienes nada falta de lo preciso en vestido y alimento, y que es un grande defecto en un religioso no querer carecer de ninguna cosa necesaria. Por lo que toca al voto de castidad, á mas de lo que se ha dicho de su extremo recato, consta por el testimonio de los que le trataron familiarmente y de los sacerdotes que le confesaron, que no amancilló en toda su vida con culpa alguna grave el candor de su virgi-

nal pureza. Huyó siempre el visitar y tratar familiarmente con mujeres, aunque fuesen parientas suyas muy cercanas. Muchos testigos depusieron en los procesos hechos para su beatificacion, que solo al observar la modestia de su rostro, ú oir su celestial conversacion, sentian arder su pecho en el amor de la castidad. En cuanto á la obediencia la ejercitó en tal grado, que una leve insinuacion ó un solo gesto del superior bastaba para hacerle abrazar las cosas mas repugnantes á su inclinacion. En todas sus empresas y hasta en las acciones mas ligeras y menudas se gobernaba por la voluntad de sus superiores. No solo obedecia puntualmente á estos sino tambien á los inferiores, particularmente en todo aquello de que estaban respectivamente encargados; de manera que luego que el novicio ó el sacristan le avisaban para decir misa, ó para confesar, ó que la campana lo llamase á otro acto, no habia ocupacion, por grave que fuese, que no la dejase para cumplir con la obediencia. Nombrado que fue provincial, no habiendo podido lograr con reiteradas súplicas del Padre general que le admitiese la renuncia de dicho oficio, eligió á su confesor por su superior inmediato, rogándole encarecidamente le corrigiese y dirigiese como si fuera el último novicio, y nunca sin su licencia comulgó en su última prolija enfermedad. Por fin, fue tal su exactitud en el cumplimiento del cuarto voto de vida cuadragesimal, que después de su muerte los religiosos, los médicos y criados del convento de San Sebastian, en que tomó el hábito, vivió lo mas del tiempo y finalmente murió, pudieron deponer con juramento, que en todo el tiempo que vivió en la religion, solo en los últimos dias de su vida, y obligado de la obediencia, consintió en gustar la carne; y lo que causa mayor asombro es, que declararon ellos mismos, que jamás le advirtieron la mas mínima inobservancia en la regla, ni por sus continuas enfermedades y dolores, ni por su grado de provincial, ni por la edad de septuagenario: cosa ciertamente fácil de decirse, pero difícil de practicarse, sino por quien esté poseido como Gaspar del espíritu de una sublime mortificacion y penitencia.

Todos los dias tomaba tan rigurosas disciplinas, que su inocente cuerpo quedaba bañado en sangre; traia continuamente un cilicio de cerdas anudadas, no dormia sino dos ó tres horas echado sobre el duro suelo ó sobre las desnudas tablas; sus ayunos eran casi perpetuos, y ordinariamente á pan y agua. En las muchas enfermedades que padeció, no queria desnudarse la túnica de lana, ni comer carne, como se ha dicho. Hallándose postrado en la cama en el dia del Viernes Santo de resultas de su última enfermedad, que habia seis

meses padecía, y viendo que no podia asistir á la disciplina de la comunidad, se arrodilló como pudo sobre la cama delante una imagen de Jesucristo, y tomando las disciplinas, se dió con ellas tan desapiadados golpes, que oyéndolos desde el corredor el P. Cristóbal Ariño, entró en la celda del Beato, y vió que la sangre le corria por todas sus espaldas. Los religiosos que vivieron mas tiempo con él, atestiguan unánimes no haberle visto jamás salir del convento por sola recreacion, ni salir aun de la celda para pasearse por el huerto, claustros ó dormitorios, sino únicamente para ir al coro, á la iglesia ó al confesonario, ó para visitar algun enfermo. La caridad, que es el alma de todas las otras virtudes, ocupaba enteramente el corazon de Gaspar: no sabia pensar sino en Dios; le miraba presente con los ojos de la fe en todas las criaturas, y todas sus acciones dirigia á él, procurando en todas su mayor gloria; por lo que las ocupaciones exteriores, léjos de distraerle su interior recogimiento, le servian como de gradas para elevarse á Dios. De aquí provino el prolongar tanto su oracion en el coro, donde varios religiosos le vieron algunas veces elevado de la tierra por espacio de una buena hora, inmóvil, y sin dar mas señas de vida que las ardientes lágrimas y suspiros que de cuando en cuando echaba. Entrando una vez el P. Pedro Perez, subsacristan, para tocar á maitines, al abrir la puerta vió el coro lleno de una luz y resplandor tan grande, que quedó inmóvil y como ciego, hasta que cesando la iluminacion advirtió que estaba allí arrodillado el beato Gaspar, quien levantándose, le mandó con precepto de obediencia, pues era entonces superior, que de ningun modo revelase á nadie lo que acababa de sucederle.

La misma caridad que le tenia tan unido con Dios, le hacia amar con indecible ternura á sus prójimos. Se derretia en lágrimas al ver las necesidades de los pobres. En todos los conventos en que fue corrector, su primer cuidado fue ordenar al dispensero diese limosna á todos los pobres que llegasen á pedirla á la portería. Todos los dias después de prima y de tercia bajaba á la cocina para ver cómo se preparaba la olla para los pobres, y decia al dispensero: «Carísimo hermano, mientras haya pan en el convento no dejeis de dar limosna, porque si sois remiso en esta parte, me daréis la mayor pesadumbre; y seria una gran desgracia para el convento, que llegase un pobre y se fuese desconsolado, sin haber recibido ningun socorro.» En los dias mas solemnes mandaba hacer mayor limosna á los mendigos, diciendo que siendo los religiosos mejor tratados en aquella solemnidad, era razon lo fuesen tambien los pobrecitos. Cierta dia

siendo corrector de Alaquás, en un año de gran miseria, se juntó á la puerta del convento tal multitud de gentes acosadas de la hambre, que enternecido el santo Superior mandó se les distribuyese todo el pan que habia en la casa. Llegada la hora de ir al refectorio, el dispensero todo turbado le representó, que no habia quedado pan sino para tres ó cuatro personas, siendo veinte los conventuales, sin contar la gente de servicio. Sin embargo el Beato le mandó hiciese la acostumbrada señal con la campanilla, y llegada la comunidad al refectorio, lleno de confianza en la divina Providencia, bendijo cuatro panecillos, y repartiéndolos á pedazos, los multiplicó Dios de manera, que no solo quedaron satisfechos los religiosos y los familiares del convento, sino que sobró aun bastante cantidad de pan, para que brillase mas la fe y la caridad de su siervo. Por mas que honrase el Señor á Gaspar con semejantes maravillas y con los dones sobrenaturales de profecía y de curar las enfermedades, los cuales le hacian venerar de los hombres como á un santo; fue sin embargo tan profunda su humildad, que puede decirse fue esta su característica virtud. Reputábase por un gran pecador, indigno del hábito que vestia: nada veia en sí de bueno. Sus ligeros defectos, que él graduaba de gravísimas culpas, le tenian á todas horas tan afligido, lloroso y sobresaltado, que no le dejaban tomar el sueño. A la hora de la muerte rogó al corrector y á otros Padres: «que no le enterrasen en la sepultura «de los religiosos, donde estaban sepultados tantos Santos, sino en «el lugar mas vil y despreciable del convento; y si era posible, que «le arrojasen á un muladar á modo de una bestia; pues en verdad él «no habia sido propiamente otra cosa, y en el curso de su vida habia ofendido á Dios desenfrenadamente.» Hacia gala de publicar la bajeza y oscuridad de su familia y sus naturales defectos. Cuando algunos personajes de alta esfera iban á consultarle en sus graves negocios, luego se desembarazaba diciéndoles: «Consultad con hombres doctos, y dejadme estar á mí miserable, ignorante y tartamudo, «que no hago poco de entenderme con mi breviario.» Siendo provincial no quiso admitir el religioso que se le habia destinado para su servicio; sino que á pesar de su grado, de sus achaques y de su edad de mas de setenta años, él mismo barria su celda, y bajaba con el cántaro á buscar el agua que necesitaba. A los que le importunaban para que les permitiese servirle en alguna cosa, diciéndole que así convenia á la autoridad de su oficio de provincial, respondia que no necesitaba de ningun servicio, y agradeciéndoles la atencion, añadía: «¿Qué provincial? ¿qué provincial? ¿por qué no mas bien polvo

«y nada? ¡vanidad, vanidad! váyase, hermano, y otra vez no tome «la incomodidad de entrar en mi celda por semejante motivo, por- «que ciertamente me causará disgusto y pesadumbre.» Se acercaba ya el tiempo en que Dios queria premiar á su fiel siervo sus heroicas virtudes con la posesion de su gloria; y para purificar mas su alma y darle ocasion de atesorar mayores merecimientos, le envió una enfermedad que lo tuvo postrado nueve meses en la cama. Sufrió el siervo de Dios con invencible paciencia esta larga enfermedad. Previo y vaticinó con toda claridad el dia y hora de su muerte, y después de haber recibido con singular devocion, y derramando copiosas lágrimas, los santos Sacramentos, al acercarse el momento de su feliz tránsito, se hizo leer la Pasion de Jesucristo segun la escribió el glorioso san Juan, y al tiempo que el religioso que la leia pronunciaba aquellas palabras: *Padre, en vuestras manos encomiendo mi espíritu*, las repitió Gaspar con voz tierna é inteligible, y abiertos y fijos los ojos en un santo Crucifijo, plácidamente rindió su inocente alma en manos de su Criador á 14 de julio de 1604, en edad de setenta y tres años.

Ha manifestado Dios al mundo la eminente santidad de su siervo, obrando muchos milagros por su intercesion, de los cuales solo referirémos los tres que fueron aprobados por la santidad de Pio VI para su beatificacion, celebrada á 10 de setiembre de 1786.

Antonio de Guilla, cirujano habilísimo de la ciudad de Valencia, á principios de abril de 1624 fue acometido de una calentura que le obligó á estar en cama toda la Semana Santa; pareciéndole el Viernes Santo que se habia desvanecido, quiso levantarse la mañana del sábado, pero apenas empezó á vestirse, cuando le sorprendió un dolor espasmódico y maligno humor, que acometiéndole al principio por el lado del pié izquierdo, en breve llegó hasta debajo de la rodilla. El enfermo, los médicos y cirujanos que le visitaron creyeron que aquel mal era una gangrena, que en breve si no se atajaba le quitaria la vida, por lo que resolvieron cortarle la pierna, dudando mucho que esta dolorosa operacion le produjese ningun beneficio. En este lastimoso estado recibió Antonio los Sacramentos de la Iglesia, y estando con un Crucifijo en las manos esperando que llegase la muerte, mandó le trajesen un retrato del Beato que tenia en otra pieza: luego que le tuvo presente, se encomendó á él con tal fervor y feliz efecto, que al momento observó que se desvanecia toda la fluencia del humor maligno, y que la pierna se volvía á su color y estado natural; de suerte que pasados los tres dias de Pascua salió de casa á dar gracias

á su libertador, y continuar el ejercicio de su facultad, sin sentir la menor incomodidad.

El segundo sucedió con Fr. Gabriel Morellon, lego profeso en el convento de Mínimos de Valencia, de edad de treinta y dos años: enfermó este religioso en el año 1602, de una aguda calentura, acompañada de un furioso delirio; desvaneciéndose después la calentura, pero quedóle el delirio, y pasó á estar tan poseído de la furia, que no conocia á ninguno de los hermanos del convento; despedazaba los hábitos y cuanto podia alcanzar con las manos: todas las diligencias que se hicieron para su remedio por mucho tiempo, ya en el convento, ya en el hospital general de Valencia, fueron inútiles; por lo cual fue preciso tenerle atado en una estancia del mismo convento. Agitado un día de un extraordinario furor rompió las ataduras, salió de la estancia, y alborotado fué corriendo hácia la huerta. Fuéle al alcance Fr. Mateo Villacañas, que no queria creer en los milagros que Dios obraba por intercesion de Gaspar poco antes difunto, y andaba todos los dias con disputas sobre esto con los demás religiosos; el cual habiéndole alcanzado, á fuerza de golpes le condujo al sepulcro del Beato, y haciéndole poner la cabeza en una ventanilla del mismo, le dijo: Mentecato, haz oracion, y dile al P. Bono que te cure, sino yo no quiero creer que sea santo; y luego añadió: P. Bono, si quereis que crea que sois santo, sanad este loco; y pues dicen que haceis milagros, razon será que los hagais tambien dentro de vuestra propia casa. Dicho esto se fué, dejando arrodillado allí al loco, quien después de haber permanecido allí cuatro ó cinco minutos como en acto de orar, se levantó sin furor, manso y sano, conoció y nombró uno por uno á los religiosos, besó la mano á los sacerdotes, visitó devotamente los altares, y al dia siguiente por dictámen del médico se confesó, ayudó misa, comulgó en ella y volvió á los ejercicios de su estado, conservándose cuerdo en todo el resto de su vida, y con mayor juicio que antes de perderle.

El tercero acaació en la ciudad de Nápoles á 16 de agosto de 1723. Doña Francisca Antonia Coppola, baronesa de Masa, de edad de setenta años, padecia esta dama unas calenturas malignas: todo su cuerpo estaba lleno de parótidas con un tumor durísimo, que se le habia formado en el cuello y partes inferiores del útero, y la habia roto notablemente el intestino recto, donde la quedó una llaga mortal. Estos males la habian reducido al extremo de la vida; de suerte que desahuciada de los médicos, recibidos los Sacramentos, tenia ya aplicada la indulgencia plenaria para la última hora. En este estado

por consejo de un religioso mínimo se encomendó con mucho fervor al beato Bono, suplicándole le alcanzase de Dios la salud, si habia de ser para mayor gloria suya. Terminada la súplica, la sobrevino un apacible y tranquilo sueño, y á la mañana del día siguiente se halló enteramente sana y sin la menor señal de los males que habia padecido.

LOS SANTOS PROFETAS OSEAS Y AGGEO.

Oseas, que segun san Isidoro significa *salvador*, el primero de los doce profetas *menores*, llamados así por ser muy breves los escritos que nos dejaron, fue hijo de Beerí de la tribu de Isachar, y nació en Belemoth. Profetizó casi por un siglo entero en los tiempos de los reyes de Judá, Osías, Joathan, Achaz, y Ezechías, y de Jeroboan II, rey de Israel. En el principio de su profecía dice que le mandó Dios que se casase con una pública ramera con el objeto de representar la infidelidad de la casa de Israel, que habia abandonado al Dios verdadero para prostituirse al culto de los ídolos. Obedeció el Profeta, y casó con Gomer, hija de Debelaim, y de ella tuvo dos hijos y una hija, á los cuales por mandado de Dios puso estos nombres: al primer hijo llamó Jezrael; á la hija llamó Sin misericordia; y al segundo hijo No pueblo mio: nombres todos que significaban lo que debia acontecer al pueblo de Israel. Pretenden algunos, considerando lo extraordinario de lo mandado por Dios á este Profeta, que todo esto no fue mas que una vision; creen otros que *mujer ramera* significa en esta profecía lo mismo que *mujer idólatra*, como que la idolatría se llama en la Escritura fornicacion, adulterio, etc.; pero comunmente los Padres é intérpretes son de sentir que todo ello pasó como aquí se refiere, y que no hay cosa desordenada cuando Dios lo manda, como verdaderamente no la hay en que le ordenara tomar por legítima mujer á una que habia sido ramera, y mucho menos si ya ella se hubiese antes enmendado. Las profecías de Oseas, escritas en catorce capítulos, miran á dos puntos principales, esto es, á la Ley y al Evangelio. En el primero anuncia la reprobacion del pueblo judío: «Los hijos de Israel, exclama, estarán largo tiempo sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altares y sin ministros.» En el segundo promete la conversion de los gentiles, diciendo: «Pero en vez de ellos, yo haré alianza con una nueva esposa: me moveré á misericordia para con aquella de quien no habia tenido misericordia; y á aquel a quien dije: tú no eres mi pueblo, le he de decir: tú eres mi pueblo; y él me dirá: tú eres mi Dios.» El estilo de este Profeta es patético y lle-

no de sentencias cortas y vivas, sumamente elocuente en ciertos pasajes, y algo oscuro á veces, porque ignoramos los sucesos á que se refiere. Murió en paz y fue sepultado en su propia tierra en el año 3340 de la creacion. Oseas fue contemporáneo de Isaías, de Abdías, de Amós, de Jonás, y de Micheas. Nombra san Pablo á Oseas en la carta que escribió á los romanos, y la Iglesia católica usa de su profecía en las lecciones de la dominica cuarta de noviembre y en la feria segunda.

Aggeo, que se interpreta *alegre, regocijado*, comunmente se cree haber nacido en Babilonia, durante la cautividad de los judíos, unos quinientos años antes de la venida de Jesucristo, y probablemente fue de la tribu de Leví, por cuanto san Isidoro, Epifanio y Doroteo dicen que fue enterrado en el sepulcro de los sacerdotes. Volvió á la Judea con Zorobabel, y profetizó el año segundo de Darío, hijo de Hystaspes, á los judíos que volvieron del cautiverio. Fue este solo el que con Daniel, Zacharías y Malachías alcanzó la libertad que Ciro concedió á los judíos; y en estos Profetas quiso el Señor que cesase enteramente la profecía en su pueblo hasta la venida de Jesucristo; y por esto hablaron ya con mayor claridad, y parece que señalaban con el dedo al Mesías. Aggeo comenzó á profetizar dos meses antes que Zacharías, y exhortó al pueblo á reedificar el templo, prometiéndole que Dios le haria mas célebre y glorioso que el primero, no con la abundancia de oro y plata, sino con la presencia del Mesías. Fue el primero que en el templo cantó *Alehuja*, cántico de alegría en loor de Dios. Murió Aggeo en Jerusalem, á los cincuenta años de la vuelta del pueblo á aquella ciudad, año de la creacion 3479, y es otro de los doce profetas menores, ocupando el décimo lugar. Usa la Iglesia católica de la profecía de Aggeo comprendida en dos capítulos, en las lecciones de los maitines de la feria quinta en la dominica quinta de noviembre.

La Misa es en honor de san Laureano, y la Oracion la que sigue:

Da, quaesumus, omnipotens Deus: ut beati Laureani, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concedénos, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable solemnidad del bienaventurado san Laureano, tu confesor y pontífice, se aumente en nosotros la virtud y el deseo de nuestra salvacion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de los capitulos XLIV y XLV del Eclesiástico.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiae factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum, et dedit illi coronam gloriae. Statuit illi testamentum aeternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius, et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio; y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios durante su vida; y hablando en rigor, solo fue grande porque agradó á Dios. Agradar á Dios es el fundamento de la verdadera grandeza; así como la mayor de todas las desdichas es desagradarle, incurrir en su indignacion, y vivir en su desgracia. Pero ¡qué poca fuerza hace esta gran verdad á muchos hombres del mundo! Este es uno de los primeros principios de la Religion; pero ¿qué importa? ni se piensa en él, ni se hace caso de desagradar al Señor. La menor sospecha, el menor recelo de estar en desgracia del príncipe quita el sosiego, inquieta la paz, altera el reposo, llena de amargura, y causa mortales inquietudes á los dichosos del siglo. ¿Hace el mismo efecto en nuestros ánimos el pensamiento de estar en desgracia de Dios? ¿Quitarnos el sueño? ¿Inter-rumpenos la alegría? ¿Causa siquiera alguna amargura en el alma? Hablemos claros, no es menester mas para conocer, para palpar la irreligion de nuestro siglo. En él se puede decir con el Profeta, que los hombres beben la maldad como el agua, y que el pecado está como familiarizado con la conciencia de los Cristianos. *Pequé, es así,* dicen con el impío de quien habla la Escritura, *pequé; ¿y qué mal me ha sucedido?* Vivese en la enemistad de Dios; mas por eso ni se vive

con menos contento ni con menos tranquilidad. Mas que los espectáculos sean contrarios á la Religion ; mas que las concurrencias mundanas sufoquen la virtud ; mas que las diversiones peligrosas sean incompatibles con la inocencia, no importa ; el concurso y el tropel siempre se hallará en los espectáculos, y las diversiones peligrosas han de ser de todos los tiempos y de todas las estaciones. Hasta en el santuario se entra el vicio, digámoslo así, con vara levantada ; ya no respeta á estado alguno la licencia de las costumbres ; inunda y triunfa la iniquidad en todas las edades ; y después nos quejamos de que se derrame un diluvio de calamidades por todo el universo. Efectos necesarios son de nuestros desórdenes esos azotes tan universales que nos castigan y nos abaten. ¡ Con qué facilidad y con qué seguridad se violan las mas sacrosantas leyes, los mandamientos mas esenciales, las mas respetables reglas ! y esto al mismo tiempo que somos tan delicados en todo lo que toca á nuestro honor, á nuestro interés y á nuestra reputacion. La mas ligera ofensa, el mas mínimo desprecio nos revuelve la cólera, y al momento gritamos, ¡ qué injusticia ! ¡ qué vileza ! ¡ qué ingratitud ! alborotando el mundo hasta que se nos da satisfaccion. Solo á la ofensa de Dios nos mostramos en todo tiempo indiferentes é insensibles ; de manera, que por lo que toca á nuestra quietud, y en lo respectivo á nosotros, parece que lo mismo se nos da agradarle que ofenderle. ¡ Buen Dios, y cuánta necesidad hay de un juicio final á vista de esta conducta ! ¡ Qué bien justifica este proceder los terribles azotes que destruyen el dia de hoy toda la tierra !

El Evangelio es del capitulo xxv de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hæc: Homo quidam peregre proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii vero unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum vero temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola : Un hombre que debia ir muy léjos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas después de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas; y llegando el que habia

cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit ei alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó también el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

Del aprecio y veneracion que debemos hacer de los santos estilos de la Iglesia.

PUNTO PRIMERO.—Considera que por aquellos diversos talentos del Evangelio no se entienden únicamente aquellos dones particulares que el Señor distribuye tan liberalmente á sus siervos; puédense también entender los devotos estilos y santas costumbres de la Religión, las cuales son también fuentes de gracias para los que saben aprovecharse de ellas, haciéndolas con aquellas disposiciones que nos pide el espíritu de la Iglesia, que es el mismo Espíritu Santo. Bendiciones del Santísimo, salves, procesiones, salutacion angélica, agua bendita y otras muchas ceremonias y sagrados ritos de la Iglesia católica, todos antiguos, todos santos, y todos instituidos para enriquecer á los fieles con las bendiciones del cielo. ¡Ó buen Dios, y qué de tesoros espirituales nos hace perder nuestra poca religion! Reflexionemos bien las oraciones que dice la Iglesia en la bendicion del agua, y por ellas conoceremos la virtud del agua bendita.

Dase principio por la bendicion de la sal con esta oracion: «Yo te «exorcizo, esto es, yo te bendigo, criatura de la sal, por el Dios vi-
«vo, por el Dios verdadero, por el Dios santo, por aquel Dios que
«mandó al profeta Eliseo ordenase que te echasen en el agua para
«hacerla saludable y fecunda, á fin de que por este exorcismo pue-
«das contribuir á la salvacion de los fieles, y todos los que te usen
«reciban la salud de cuerpo y alma, y para que el lugar donde te
«derramen sea libre de toda ilusion, malicia, artificio y sorpresa del

«diablo; y todo espíritu inmundo sea expelido de él, conjurándole
«aquel que ha de venir á juzgar los vivos y los muertos, y á todo el
«mundo por fuego.»

«Todopoderoso y sempiterno Dios, prosigue el sacerdote, supli-
«camos muy humildemente á vuestra infinita clemencia os digueis,
«por vuestra bondad, bendecir y santificar esta criatura de la sal,
«que concedisteis para su uso á todo el género humano, á fin de que
«sirva á los que se valgan de ella para la salvacion de su alma y de
«su cuerpo, y que todo lo que sea tocado ó rociado con ella sea pre-
«servado de toda mancha, y de todos los ataques de los malignos es-
«píritus. Por Nuestro Señor Jesucristo, que siendo Dios vive y reina
«con Vos en unidad del mismo Espíritu Santo.»

«Yo te exorcizo, criatura de la agua, en nombre de Dios Padre
«todopoderoso, y de Nuestro Señor Jesucristo su Hijo, y en virtud
«del Espíritu Santo, á fin de que por este exorcismo ayudes á ex-
«peler y disipar todas las fuerzas del enemigo, y á exterminarle á él
«mismo con sus ángeles rebeldes por el poder del mismo Jesucristo
«Nuestro Señor, que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muer-
«tos, y al siglo por fuego.»

«Ó Dios, que os quisisteis valer de la sustancia de las aguas para
«los mayores Sacramentos que instituisteis para la salvacion del gé-
«nero humano, oid favorablemente nuestras humildes súplicas, y
«derramad la virtud de vuestra bendicion sobre este elemento, pre-
«parado con varias purificaciones, á fin de que sirviendo á vues-
«tros misterios vuestra criatura, reciba el efecto de vuestra divina
«gracia para expeler los demonios y las enfermedades, y que todo lo
«que fuese rociado con esta agua, ya sea en las habitaciones, ya en
«los demás lugares de los fieles, sea preservado de toda impureza y
«de todo mal; que no haya allí ni espíritu pestilente, ni aire cor-
«rompido; que sea libre de las emboscadas secretas del enemigo; y
«si hay algo que pueda dañar á la salud, ó á la quietud de los que
«habitan en ellas, sea arrojado lejos de allí por virtud de esta agua;
«y en fin, que por la invocacion de vuestro santo nombre podamos
«conseguir la prosperidad que deseamos, exenta de todo género de
«ataques. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.»

Después de estas oraciones el sacerdote echa la sal en el agua en
forma de cruz, diciendo: *Hágase esta mezcla de sal y de agua en el
nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Asi sea.* Y concluye
con la siguiente oracion:

«Ó Dios, autor de un invencible poder, rey de un imperio inmu-

«table, que siempre triunfas gloriosamente, que disipas las fuerzas
 «del partido contrario, que abates el furor del rugiente enemigo, y
 «domas poderosamente la malicia de tus adversarios; suplicámoste
 «con profundo respeto te dignes mirar con ojos benignos esta cria-
 «tura de la sal y del agua, derramando en ella la virtud de tu gra-
 «cia, y santificándola con la efusion de tu divina bondad, para que
 «todos los lugares que sean rociados con ella, sean preservados, por
 «la invocacion de tu santo nombre, de las fantasmas del espíritu im-
 «puro, sin que haya que temer á la serpiente venenosa; antes, im-
 «plorando tu misericordia, en todos los lugares estemos asistidos
 «de la presencia del Espíritu Santo. Por Nuestro Señor Jesucris-
 «to, etc.» ; Qué virtud no tendrá esta preciosísima agua! y ; con qué
 • espíritu de religion deberémos usar del agua bendita!

PUNTO SEGUNDO. — Considera cuánto mal hacemos en no aprove-
 charnos de un auxilio tan fácil, ya sea por ignorancia, ya por indo-
 lencia, ya por falta de fe. La pérdida no es indiferente para nosotros ;
 todo el infierno teme la virtud de esta agua ; y si tuviéramos una fe
 viva, y un fondo de religion menos limitado, cada dia experimenta-
 ríamos muchos milagros con el agua bendita ; pero no parece posible
 tener menos fe con ella de la que tenemos, ni usarla menos de lo que
 el dia de hoy la usamos.

Todos son lazos en el mundo, todos son peligros ; los enemigos de
 nuestra salvacion poderosos y en gran número ; mas ¿por ventura
 nos faltan armas ni socorros? No por cierto ; pero no nos dignamos
 aprovecharnos de ellos. Pues ¿de qué nos admiramos si somos heri-
 dos, si somos derribados, si se ven tan funestas caidas? El dia de hoy
 solo el ínfimo pueblo se vale de estos medios ; y así se ve que por lo
 general solo en él reinan la inocencia y la devocion. Las personas
 distinguidas por su nacimiento ó por su fortuna usan poco de estas
 devotas armas. Un caballero, una dama creerian abatir su calidad si
 al entrar en la iglesia metieran la mano en la pila del agua bendita ;
 es devocion muy baja y muy popular para personas de tanto respeto ;
 es menester alargársela, es menester presentársela ; y aun así la re-
 cibien, no como acto de religion, sino de atencion, de urbanidad, y
 tal vez de cortejo enteramente profano. Y á esto se reduce cási todo
 lo que ha quedado de piedad en las que se llaman gentes del mundo.

¡Mi Dios, mucho tengo de que enmendarme en el uso de este y
 otros santos ejercicios de religion! dignaos acompañar este conoci-
 miento que me dais, y estas reflexiones con que me favoreceis, de

una poderosa gracia , para que llore lo mucho que he perdido hasta aquí , y para que en adelante repare esta pérdida , usando dignamente de todos los actos de piedad el resto de mis días.

JACULATORIAS.—No , Señor , jamás seré confundido como no desprecie cosa alguna de cuantas la santa Iglesia tiene establecidas y ordenadas. (*Psalm. cxviii*).

Observaré , Señor , y practicaré religiosamente las piadosas costumbres de la Iglesia , esperando que nunca me desampararéis. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 El uso del agua bendita es sin duda de tradicion apostólica , como la bendicion del agua y de la sal con que se hace el asperges al pueblo , siendo el fin de esta ceremonia para que por la virtud que comunican al agua bendita las oraciones de la Iglesia no tenga poder el espíritu maligno sobre las personas ni las cosas que ella toca-re. El motivo por que se hace la mezcla de sal y agua bendita , es por ser la sal símbolo de la prudencia y de la sabiduría , como el agua lo es del candor y de la pureza. Hace tambien la santa Iglesia esta misteriosa mezcla , para que los que fueren lavados y rociados con aquella agua , siendo purificados por el Espíritu Santo , experimenten en sí el candor y la simplicidad de palomas , con la prudencia de serpientes. Hízose en todos tiempos esta bendicion del agua en los domin-gos , para que la llevasen á sus casas los fieles que aquel día concurr-en á la iglesia ; y se coloca la pila del agua bendita á la entrada de todas las iglesias , para que al entrar en ella la tomen los mismos fie-les , pidiendo á Dios se digne purificarlos , á fin de que sus oraciones sean mas puras y mas eficaces ; por lo que esta santa costumbre es de la mayor antigüedad , como se reconoce por el libro de las Con-stituciones apostólicas. Hácese el asperges sobre el altar antes de la misa mayor , para pedir á Dios que los demonios no se acerquen á él á turbar con infernales sugestiones los ministros del Señor. Ro-cíanse con agua bendita los cadáveres , las sepulturas y los cemen-terios , para conseguir del Señor que en virtud de las oraciones con que se bendijo aquella agua , se digne purificar cuanto antes las al-mas de los fieles difuntos que descansan en paz , concediéndoles el alivio de las penas que padecen , y anticipándoles el gozo y la pose-sion de la gloria.

2 Guárdate bien de aquella irreligiosa delicadeza con que mu-chas personas indevotas se excusan de tomar agua bendita al entrar

y salir de la iglesia. Ten siempre en tu cuarto una pila de agua bendita, no ya para ostentacion ó para adorno, sino para usar devotamente de ella; y nunca dejes de tomarla al levantarte, al acostarte, al principio de tus devociones y de tus tareas. Es una santa y provechosa costumbre el tomarla tambien cuando se levanta alguna tempestad, cuando truena, y cuando se siente alguna tentacion. Igualmente es de grande importancia rociar con ella la cama antes de acostarse, echarla á los enfermos, á los moribundos, y generalmente aspergear los lugares donde se teme la asistencia de los espíritus malignos, ó algun aire corrupto y pestilente. Acostúmbrate á tomarla tambien al entrar y salir de tu cuarto. Nos libraríamos de mil desgraciados accidentes que suceden, si usáramos mas de estos poderosos auxilios; pero es menester hacerlo como se debe para que sea con fruto. Para eso has de tomar siempre el agua bendita con espíritu de fe y de compuncion; de fe, por ser esta la condicion indispensable que exige el Salvador en todos los que le piden algun favor especial; de compuncion, porque para conseguir purificarnos de las faltas ligeras por virtud del agua bendita, es menester detestarlas con dolor. No hay cosa mas saludable que estos piadosos ejercicios, y así haz siempre grande aprecio de ellos.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

SANTA ZOA, mártir, en Roma, mujer del bienaventurado Nicóstrato, mártir; la cual en la persecucion de Diocleciano, estando en oracion junto á la sepultura del apóstol san Pedro, hallada por los perseguidores, la metieron en un calabozo, y después colgándola en un árbol por los cabellos y por el cuello, haciendo debajo de eila humo muy espeso, confesando el nombre de Jesucristo, murió ahogada. (*Véase su historia en las de hoy*).

EL MARTIRIO DE SAN DOMICIO, mártir, en Siria; el cual con sus milagros hace muchos beneficios á los moradores de aquel país.

SANTA CIRILA, mártir, en Cirene en la Libia; la cual en la persecucion de Diocleciano tuvo en las manos por mucho tiempo ascuas encendidas con incienso, sin quererlas soltar, para que no pareciese que sacrificaba á los ídolos: después fue cruelmente despedazada, y hermoseedada con su propia sangre voló á buscar á su esposo Jesucristo.

SAN ATANASIO, diácono, en Jerusalem; el cual por defender el santo concilio de Calcedonia fue preso por los herejes, y atormentado con todo género de tormentos, hasta que murió pasado con una lanza.

LOS SANTOS MÁRTIRES AGATON Y TRIFINA, en Sicilia.

LOS SANTOS MÁRTIRES MARINO, TEODOTO Y SEDOFA, en Tomis en la Escitia.

SAN NUMERIANO, obispo y confesor, en Tréveris.

SANTA FILOMENA, vírgen, en Severino en la marca de Ancona. (*El cuerpo de esta Santa se conserva, y se venera en la dicha ciudad de San Severino, en la iglesia de San Lorenzo, á donde fue trasladado por el mismo san Severino, obispo, en tiempo de Totila, rey de los godos, segun lo justifica una inscripcion que se encontró juntamente con el cuerpo de la Santa debajo del altar mayor, el año 1527. Esta santa Filomena es distinta de la otra Santa del mismo nombre, cuya festividad se celebra el dia 11 de agosto*).

EL BEATO MIGUEL DE LOS SANTOS.

En los tiempos mas borrascosos que ha padecido la Iglesia, se ha manifestado mas claramente la verdad de aquella promesa, en que aseguró Jesucristo que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno. De estos tiempos ha sido el siglo XVI: siglo en que se combatió mutuamente los perversos heresiarcas, abortos del abismo, empeñados en rasgar la túnica inconsútil de la unidad de la Iglesia, y los obedientes y verdaderos hijos de esta santísima Madre, quienes unas veces con su doctrina, y otras con sus virtudes, dieron testimonio de la verdad y santidad de la santa Iglesia católica, apostólica romana.

Uno de estos santos varones fue el beato Miguel de los Santos, llamado por excelencia el *Extático*, varon de una contemplacion altísima, de una penitencia austera, de una ardiente caridad, y señalado con aquellos dones felices con que distingue Dios á sus grandes siervos. Nació este Santo en la ilustre ciudad de Vich, en el principado de Cataluña, dia veinte y nueve de setiembre del año de nuestra redencion de 1591. Fueron sus padres Miguel Enrique Argemir, y Monserrate Margarita Mitjana, de una limpieza y honradez conocida por lo perteneciente á su linaje, y de una gran piedad por lo respectivo á sus costumbres. Su padre ejercia el oficio de escribano; y sin embargo de los peligros á que están expuestas la integridad é inocencia de costumbres en la enredosa administracion de este oficio, le desempeñaba de tal manera, que jamás causó perjuicio á su conciencia, ni le sirvió de impedimento para frecuentar las iglesias, y en ellas las obras de piedad y de devocion. La madre era en todo igual á la probidad de su marido. Una simplicidad amable, una caridad bienhechora, una índole dulcísima, una honestidad angélica hacian el carácter de la venturosa madre de nuestro Santo. Con prendas tan agradables al cielo, este venturoso matrimonio obtuvo de él fruto de bendicion, premiando Dios sus santas obras con una larga descendencia, y principalmente con las heroicas virtudes del beato Miguel de los Santos. Este fue el séptimo de ocho hijos que tuvieron;

y aunque todos ellos copiaron en sí los virtuosos ejemplos que advertían en sus padres, se puede decir con verdad, que en esta preciosa cualidad fue Miguel el primero. Desde su infancia le previno Dios con bendiciones tan copiosas, que aun en las acciones mas mínimas se manifestaba bien que le habia elegido especialmente para sí. Complaciase el santo niño en todos los ejercicios de devocion: hacian una impresion admirable en su tierno pecho los sagrados misterios; pero entre todos ellos llevaba la preferencia la pasion sacrosanta de Jesucristo. Contemplábala con tanta ternura, que bañaba de lágrimas sus ojos, y su corazon rebotaba incendios de caridad.

Esta contemplacion fervorosa causó en él tan admirables efectos, que en aquella tierna edad abrió en su pecho un proyecto que se podría calificar de heroico aun en los hombres maduros y ejercitados en la virtud. Apetecia con ansia asemejarse á su Señor en los trabajos que habia padecido, y quisiera, si fuera posible, dar su vida en una cruz por aquel que tan generosamente la habia dado por la redencion del mundo. Para satisfacer en parte esta ardiente caridad, determinó dejar la casa de sus padres, y vivir en una soledad en lágrimas y penitencia á imitacion del Bautista. Comunicó su proyecto á otros dos niños, con tales razones, que les persuadió fácilmente á que no era difícil la ejecucion. La gracia de Dios es en todo admirable, y no manifiesta menos su poder en la conversion de los grandes pecadores, que en los pasos agigantados con que adelanta la virtud en la mas pura inocencia. Salieron, pues, los tres niños de la ciudad, guiados del Espíritu Santo, á buscar en un desierto un asilo contra los lazos del mundo, y contra las contaminaciones de la carne y del demonio. Las santas exhortaciones que Miguel hacia á sus dos compañeros, aunque capaces de sostener su extraña resolucion, no fueron suficientes para impedir que acobardase á uno de ellos, por una parte el justo sentimiento que tendrían sus padres por su ausencia, y por otra el castigo que en hallándole le amenazaba. Volvióse este á la ciudad, y Miguel con el otro niño siguió hasta un monte áspero y fragoso, que dista dos leguas de ella, llamado Monseny. Luego que llegaron al monte los dos inocentes anacoretas dieron gracias á Dios, y comenzaron á buscar en él una mansion acomodada á sus designios. Presentóseles á la vista una cueva, que despreciaron por estar infestada de sabandijas, y principalmente porque no hallaron en ella la señal de la cruz para su consuelo. Interñáronse en el monte, y entre su espesura hallaron dos grutas, que antiguamente habian servido á los santos ermitaños que en aquel si-

tio habian hecho vida solitaria; y conceptuaron que por su inmediatecion y todas sus circunstancias eran proporcionadas para la ejecucion de sus deseos. Cada uno eligió la suya para sí, y en ellas comenzaron á practicar los ejercicios fervorosos que les dictaba su corazon. Contentísimo se hallaba Miguel viendo cuán bien le habia salido su proyecto, y hubiera permanecido gustoso allí toda su vida, á no impedírselo las exquisitas diligencias que hicieron sus padres para buscarle y volverle á su casa. En efecto, luego que el padre de Miguel advirtió la falta de su hijo, conociendo que en él perdía un tesoro, tomó voces, y corrió por todas partes en busca del niño Miguel. El que se habia retirado le dió los indicios necesarios para que pudiese hallarle en el monte. Pero ¡cuál fue su sorpresa, cuando internándose en la espesura, le vió dentro de una gruta puesto de rodillas delante de una cruz, encendido el rostro, y bañados los ojos en lágrimas! Quedó suspenso el padre á vista de tan tierno espectáculo; pero vuelto en sí, preguntó á Miguel ¿por qué lloraba? Lloro por la pasion de mi Señor Jesucristo, respondió el santo niño: respuesta que dejó al padre atónito y edificado. Y ¿quién os ha de sustentar en este desierto? replicó el padre. A esta pregunta satisfizo Miguel con una respuesta, que manifiesta claramente las hondas raíces que habian echado en su alma las máximas del Evangelio, y el altísimo concepto que habia formado de la bondad de Dios y de su divina Providencia. Así como Dios, respondió Miguel, sustenta á otros Santos, de la misma manera me sustentará á mí tambien. Conoció su padre el espíritu fervoroso que abrigaba su tierno pecho; y como la piedad dirigia sus operaciones, admiró el proyecto de su hijo, y dió gracias á Dios por los tempranos frutos que en él lograba su divina gracia. Pero sin embargo, no juzgando prudente aviso el dejarle en aquel desierto, expuesto á ser presa de las fieras, ó á que las inclemencias acabasen su vida, le mandó que se volviese con él á casa. Obedeció el niño, dejando en la soledad su corazon, pero con el firme propósito de formar dentro de su alma un retirado desierto á donde no pudiesen llegar las contaminaciones del mundo.

Esta accion, aunque no llegó á tener todo el efecto que Miguel se habia propuesto, fue tan del agrado de Dios, que en premio de ella derramó en su alma tan abundante copia de gracias, que sus potencias y sentidos se adelantaron, é ilustraron milagrosamente. Su entendimiento desechó las tinieblas de la ignorancia, propia de aquella edad, y conoció perfectamente cuán amable es Dios, y cuán dignos son de desprecio los bienes de la tierra. Su voluntad se inflamó de

manera en el amor divino, que penetrado de él, nada queria sino á Dios, por nada suspiraba sino por Dios; y este carácter, que se grabó en su alma en la tierna edad de siete años, fue el sello con que estuvieron marcadas todas las acciones de su vida. Así lo testifica el decreto apostólico en que fueron aprobados sus milagros. El amor no puede estar ocioso, y se halla en un estado violento mientras no se emplea en obsequio de su amado. Por esta causa Miguel procuraba dar desahogo á su caridad, haciendo por Dios obras penales con que afligia su inocente cuerpo. Mortificábale con cilicios y otras invenciones que le dictaba su fervor; pero en lo que mas sobresalia era en unos ayunos y abstinencia tan continuados, que su padre llegó á recelar algun grave perjuicio en su salud, por cuya causa procuraba impedir tanta austeridad. Pero la virtud, que es ingeniosa, le sugirió á Miguel un medio de satisfacer los fervores de su espíritu, sin contravenir á los mandamientos de su padre, á quien amaba, veneraba y obedecia con esmero. Convínose con la criada en que le diese privadamente su almuerzo y su merienda, para poder decir con verdad á su padre habia dado á Miguel este sustento. Pero apenas el santo niño le recibia, cuando al momento le trasladaba á las manos de algun pobre necesitado, haciendo ingeniosamente sacrificio á la caridad con los ahorros de la abstinencia, y ejercitando á un mismo tiempo estas dos virtudes. Los recreos y juegos que suelen tener los niños, ó los miraba con aversion, ó procuraba sacar de ellos algun fruto para la santificacion de su alma. Así sucedió, que habiéndole enviado su padre con la criada en compañía de otros niños á recrearse en una viña, mientras sus compañeros se empleaban en comer uvas, Miguel se apartó de ellos, y puso en ejecucion uno de aquellos grandes pensamientos que no le ocurrió al penitente san Francisco, y á algun otro Santo, sino después de haber hecho grandes progresos en la vida espiritual. Fuése á un lugar apartado en donde habia muchas zarzas y cambroneras, y desnudándose de sus vestidos, fija su consideracion en la pasion de Jesucristo, se arrojó desnudo entre las espinas, ofreciendo aquel tormento al que tantos habia padecido por su amor. Pero Dios, agradecido al sublime sacrificio que le ofrecia aquel cordero inocente, que en toda su vida no perdió la gracia bautismal, hizo, que así como las llamas no tuvieron fuerza para quemar á los niños de Babilonia, tampoco la tuviesen las espinas para lacerar el virginal cuerpo de Miguel, ni sacar su inocente sangre. Echóle de menos la criada, buscóle, y hallándole entre las cambroneras, y preguntándole admirada por qué hacia aquello,

respondió el Santo lleno de sencillez y de alegría: Lo he hecho por amor de Nuestro Señor, y por imitar al Padre san Francisco.

El ejercicio de las virtudes no le privaba de un exacto cumplimiento de la obligacion de estudiar que le impuso su padre; antes bien se ayudaban mutuamente, y al tiempo que asistia á la escuela, encontraba ocasiones de practicar la caridad de un modo muy provechoso para sus prójimos. Habia hecho de un aposento retirado de su casa un oratorio, en donde se empleaba en la oracion y en la penitencia todo el tiempo que le sobraba después del estudio de sus lecciones. A este lugar conducia á aquellos estudiantes que él veia que eran traviesos y distraidos. Allí les hacia fervorosas pláticas, exhortándolos al amor de la virtud, al aborrecimiento del pecado, y á un amor tierno de la Madre de Dios, de quien el Santo era sumamente devoto. Hacía los después estar un rato en oracion, y finalizaba aquel ejercicio con la mortificacion de una disciplina, para cuyo efecto tenia dispuestos varios cordeles con sus nudos. Estas obras producian un efecto tan maravilloso, que todos sus condiscípulos se veian precisados á ser honestos en su presencia, á frecuentar por su consejo los santos Sacramentos, y á ser exactamente obedientes á las insinuaciones de sus padres. Fruto tan visible produjo la voz comun en el pueblo, de que Miguel era una flor de santidad, cuya sola vista componia los ánimos, y excitaba á la perfeccion de costumbres. A proporcion que iba creciendo en edad, iba tambien medrando en la virtud, y para asegurarse en la práctica de esta por toda su vida, determinó hacerse religioso. La ternura de su edad, que no pasaba de ocho años, frustraron las diligencias con que procuró conseguirlo. Esta repulsa renovó en él el antiguo pensamiento de hacer vida eremítica. Ejercitóse para ello dentro de su misma casa, comiendo solamente yerbas silvestres; y cuando se hubo certificado por algunos dias, que bastaba aquel alimento para sustentar la vida, comunicó su resolucion á unos compañeros suyos, quienes la aprobaron unánimemente. Llegó el dia de ponerse en camino para el desierto; y Miguel, que era ingenioso en cuanto pertenecia á la vida espiritual, les exhortó á hacer voto de perpetua virginidad, lo que ejecutaron en la iglesia de Santa Clara, recibiendo Dios aquel temprano sacrificio, y echando sobre él su bendicion. En el camino encontraron después tres venerables varones, que habiendo sabido de ellos su intento, les disuadieron de él, haciéndolos volver á su casa, y enseñando al niño Miguel, que si queria hacer penitencia, podria lograrlo fácilmente durmiendo en unos sarmientos en lugar de cama,

y poniendo una piedra por cabecera. Aceptó Miguel el consejo, y volviéndose á sus compañeros, les dijo: Volvámonos á casa, que no es voluntad de Dios que vivamos en el desierto.

A la vuelta encontró á su padre sumamente airado, cuyo enojo se desahogó con el castigo de Miguel, quien sufrió esta mortificación con suma resignacion y paciencia. Entre tanto se ejercitaba en su casa en todos aquellos ejercicios de oracion y de penitencia, que pudiera practicar en el desierto. Pero á los once años sufrió el bendito niño el golpe terrible de verse privado de su padre, á quien llamó Dios para sí á darle el premio de sus virtudes. Sufrió este golpe con resignacion cristiana, abrazando en él los muchos trabajos á que le dejaba expuesto su orfandad. Como habia hecho voto de virginidad perpetua, deseaba los medios de cumplir á Dios esta promesa. El mas eficaz le pareció que era el entrarse en religion; pero aunque lo solicitó varias veces, se frustraron sus deseos, ya por la ternura de su edad, y ya por las preocupaciones de su tutor. Este, queriendo destinar á Miguel á un ejercicio que reuniese las cualidades de honesto y lucroso, le colocó en casa de un mercader. Pero su espíritu era poco apto para el tráfigo y bullicio que debe intervenir en las compras y ventas, y podia sufrir mucho menos los multiplicados peligros que se ofrecian á su conciencia. Ansioso, pues, de lograr la tranquilidad de esta, y pareciéndole que la hallaria en Barcelona por la multiplicidad que allí habia de monasterios, se fué á aquella ciudad. Solicitó en varias partes que le diesen el hábito; pero sin fruto. Su tutor le siguió los pasos, y deseoso de darle algun establecimiento con que cortar aquella devocion, que á él le parecia imprudencia pueril, le puso al oficio de pasamanero. Todas las diligencias humanas son inútiles para deshacer los designios de la Providencia. Esta habia elegido en sus eternos consejos al bienaventurado Miguel para hacerle espejo de perfeccion en el estado religioso, y así venció todos los artificios humanos que se oponian á sus acertadas miras. El fervoroso niño, que elegido de Dios desde sus primeros años, suspiraba incesantemente por verse colocado en los atrios de su casa, se reforzaba en sus santos intentos á proporcion que crecian los obstáculos. Las mismas dificultades no le servian de otra cosa que de poderoso incentivo para confirmarse en su resolucion, y buscar nuevas maneras de verificarla. Significó sus deseos al ministro del convento de Trinitarios calzados de la ciudad de Barcelona. Este piadoso varon, juntamente con los demás Padres, examinaron con madurez la vocacion de Miguel, y admirados de ver en tan pocos años

frutos tan adelantados de perfeccion, conceptuaron que en aquel niño les ofrecia Dios un tesoro de virtudes con que enriquecer su religion, y así le dieron el hábito sin reparar en la ternura de su edad.

No les salió errado su juicio; pues apenas se vió Miguel contado entre los individuos de aquella celestial milicia, cuándo rebosando de gozo comenzó á manifestar su gratitud al cielo con fervor tan encendido, que arrebatava la admiracion de todos. Los mas provecos y versados en la perfeccion religiosa tenian que aprender de Miguel una profunda humildad, una devocion ardentisima, una ciega obediencia, y un conjunto de virtudes que les obligaba á mirarle como maestro de la vida monástica. Los demás novicios le miraban como un ejemplar perfecto de todas las virtudes, con que se confirmaban en su propósito, y concebian nuevos deseos de adelantar mas y mas sus pasos para perfeccionarlos. El que tan mortificado habia vivido desde su infancia en la casa de sus padres, es natural que procurase adelantar algo las asperezas viéndose religioso. Así se verificó; pues no contento con los multiplicados ejercicios de penalidad que prescribe la religion, añadia otros varios para saciar aquella hambre que tenia de padecer por Jesucristo. Multiplicaba los ayunos, pareciéndole pocos los que prescribe el Instituto; hacíalos con solo pan y agua, y alcanzó licencia de los superiores para poder repartir entre los pobres la comida de que se privaba con su prodigiosa abstinencia. Traia continuamente sobre el pecho una cruz con puntas de hierro, que le servia de cilicio; y habiéndole encontrado un dia un religioso amigo suyo en un lugar retirado haciendo otra cruz con puntas mas penetrantes, le significó que un instrumento tan riguroso podria ser perjudicial á su salud. Oyólo el Santo con mucha serenidad, y descubriendo el pecho en que el religioso advirtió una cruz clavada, le dijo con admirable sencillez: Mirad, Padre, qué poco mal me hace esta cruz con haber años que la llevo, y por habérseme quebrado estoy haciendo de nuevo esta otra. El asombro y la edificacion fueron los efectos que produjo en aquel religioso un caso semejante. Así caminaba Miguel á la cumbre de la santidad en el tiempo de novicio; y así se inflamaban los ánimos de los religiosos en su amor, deseando ya asegurar con la profesion un jóven, de quien vaticinaban con tan felices principios que habia de ser un prodigio de santidad. Acercándose ya la edad necesaria para hacer los tres votos que constituyen esencialmente el estado religioso, sus superiores le trasladaron al convento de San Lambert de Zaragoza, en donde profesó á 30 de setiembre de 1607. Luego que Miguel se vió

perfectamente consagrado á Dios por medio de la profesion, le dió infinitas gracias por haber admitido con tanta misericordia el sacrificio que le habia hecho de su persona y de todas sus esperanzas. Los religiosos por su parte no le dieron menos, viéndose ya en posesion de un jóven tan fervoroso, que les aseguraba frutos muy opimos para cuando llegase á la edad provecta.

Pero Dios, que tiene cuidado de su Iglesia como de un ameno jardín, y de tiempo en tiempo renueva las plantas para que produzcan con mayor lozanía, habia ordenado por entonces la reforma del órden Trinitario. En esta reforma habian entrado sugetos de agigantada virtud y espíritu muy austero, que habian establecido constituciones rigurosas para hacer florecer la mas estrecha observancia. Como la fragilidad humana se inclina fácilmente á la relajacion, y mira con terror la estrechez y escabrosidad del camino que conduce á la vida, procura el Padre de las misericordias allanar estas dificultades, presentando á los ojos varones esforzados que pisan las espinas con tanta delicia como si fueran rosas. Con este intento ha dado á todas las reformas en sus principios sugetos muy santos, que han sido como sólidos fundamentos de aquella fábrica espiritual. Para el mismo fin estaba destinado nuestro Miguel en los consejos de la Providencia; y así, aunque él estaba contentísimo entre los Trinitarios calzados, y estos se complacian con la posesion de su persona, una casualidad á los ojos de los hombres, pero en la realidad una sabia medida de la divina Sabiduría, trasladó á Miguel á los Descalzos. Vino un religioso de estos á Zaragoza á recibir órdenes sagrados desde Pamplona, y hospedóse en el mismo convento en que estaba Fr. Miguel. La pobreza del hábito, el semblante de penitencia y la modestia de su trato hizo una notable impresion en su alma. Con la comunicacion de aquel religioso, con la experiencia de sus virtudes, y con la noticia del riguroso tenor que se observaba en la descalcez, se encendieron en Miguel unos vivos deseos de pasarse á ella. Sus diligencias fueron tan eficaces y prontas, que á 28 de enero de 1608 ya habia obtenido el hábito de descalzo, llamándose dé allí adelante Fr. Miguel de los Santos, como quien deseaba la proteccion de todos para el cumplimiento de las obligaciones religiosas, y al mismo tiempo tenerlos por dechado para imitarlos en las virtudes. Gozoso quedó Fr. Miguel viendo que Dios le habia concedido los descos que mucho há abrigaba en su pecho de profesar vida mas austera, y procuraba manifestar su agradecimiento continuando con mas fervor las virtudes en que antes se habia ejercitado. Pero vien-

do sus superiores que el convento de Pamplona no era á propósito por su estrechez y pobreza para la crianza de novicios, le enviaron á Madrid, en donde habiendo pasado el año de probacion con edificacion admirable de todos los religiosos, profesó el rigor de la nueva reforma para honrarla y enriquecerla con su heroica santidad.

Luego que Fr. Miguel vió cumplidos sus deseos, siendo alumno de la nueva reforma, comenzó con mayor espíritu todos los ejercicios de virtud en que hasta entonces se habia ocupado. Como su talento era proporcionado para la carrera de las letras, determinaron los prelados que le cultivase estudiando artes y teología, para sacar de él mayores provechos. No obstante que la humildad de este siervo de Dios llegaba á tal punto, que rehusaba todos los medios que pudiesen algun dia conducir para obtener empleos de superioridad y mando, sacrificó á la obediencia los fervores de su espíritu, y estudió las artes y teología con un aprovechamiento correspondiente á su continua aplicacion y á la claridad de sus luces. Principalmente se engolfaba en el conocimiento de los sagrados misterios y verdades de la Religion, como quien conocia que con esta ciencia se hacia mas apto para aprovechar á sus prójimos, encaminándolos por los senderos de salud. Persuadido á que el principio de la sabiduría es el santo temor de Dios, buscaba en la oracion la fuente inagotable en donde se beben aquellos conocimientos sublimes, que no contaminan la falsedad, ni el error destruye. De esta manera, adelantando cada dia mas en la virtud y en la ciencia, llegó á términos de estar en la disposicion debida de recibir el sacerdocio. ¡Quién podrá decir la resistencia que el siervo de Dios manifestó á un estado tan excelso, y al mismo tiempo tan peligroso! Veneraba las insinuaciones de sus prelados que se lo persuadian. Conocia que haciéndose sacerdote tenia mayor proporcion para aprovechar á sus prójimos; pero al mismo tiempo temia, como era justo, echar sobre sus hombros una carga tan terrible. La caridad y la obediencia vencieron todas las dificultades que oponia la humildad; y así recibió el órden sagrado del sacerdocio, juntándose á un mismo tiempo en su alma un temor respetuoso al mayor de los misterios, y un gozo inefable en considerar que por la virtud de sus palabras habia de tener en sus manos á Jesucristo sacramentado.

Desde muy niño habia manifestado una devocion ardentísima al santísimo Sacramento; devocion que hizo el carácter de este Santo en toda su preciosa vida, y que con el discurso de ella se fué aumentando de manera, que llegó á ser un milagro. Cuando corista,

preparábase para recibir la sagrada Comunion con duplicados ayunos y penitencias, y después que la recibía eran tan extraordinarios los afectos de su alma, que unas veces se quedaba extático por muchas horas, y otras permanecía de rodillas en un rincón todo un día, sin acordarse ni aun de tomar el preciso sustento. Crecieron prodigiosamente estos efectos admirables después de hecho sacerdote. Apenas consagraba la sagrada hostia, cuando inmediatamente se advertía transfigurarse este siervo de Dios en un serafín abrasado. Encendíasele el rostro, y se le bañaba de una extraordinaria alegría; todos sus miembros quedaban embargados; suspendíanse las operaciones de sus sentidos, y quedaba últimamente transportado en un dulcísimo deliquio, con que su amor se desahogaba. Algunas veces se le vió bañado el rostro de un resplandor celestial, que esclarecía también las sagradas vestiduras, y no se disipaba hasta tanto que consumía la sagrada hostia. En estas obras maravillosas de la bondad divina recibía el siervo de Dios favores y regalos de orden tan superior, que le obligaban á tardar en la celebracion del sacrificio mas de dos horas. Pero Dios, que pagaba el tierno amor del bienaventurado Miguel con estas efusiones de su bondad, hacia al mismo tiempo que los que asistian á su misa, lejos de experimentar tedio por su tardanza, se enfervorizasen mas, y probasen un gusto espiritual y delicioso. Por este motivo aun las personas de mas alta jerarquía soliciaban oír su misa, como lo hizo entre ellas doña Ana de Mendoza, duquesa del Infantado. Como el Santo conocia cuánto peligro padece la verdadera virtud en ser vista de los hombres, y que el aire de la vanidad seca la hermosura y lozanía de las virtudes, determinó esconderse á los ojos del mundo, puesto que no le era posible resistir á los encendidos afectos de su alma, ni á los soberanos regalos que le hacia el Padre de misericordias. Procuraba decir misa antes de que se abriesen las puertas de la iglesia, ó en el altar que estuviese mas escondido. A esto le estimulaba su profundísima humildad, no queriendo ser tenido sino en el concepto de un gran pecador el que conservaba ilesa la gracia del Bautismo.

Es fácil de conocer que todos estos efectos no podian nacer sino de una ardentísima caridad para con Dios y sus prójimos, que es el fundamento y alma de todas las virtudes. De consiguiente era natural que este siervo de Dios no se contentase con su propia santificación, sino que procurase con igual esmero la de sus prójimos. Uno de los medios mas eficaces y oportunos para conseguirlo era el de la predicacion. Ejercitábase en ella con conocido provecho de las al-

mas, que por obstinadas que estuviesen en el vicio, podia tanto en ellas la viva exhortacion del bendito Padre, y sus penetrantes palabras, que causaba frecuentemente aquellas conversiones, que en las sagradas letras son llamadas mutaciones de la diestra del Señor. Á esto cooperaban en gran parte los admirables raptos ó éxtasis, que así como en la misa, experimentaba tambien en los sermones. Los mismos favores que le hacia Dios en premio de sus virtudes, y con que ilustraba su alma, servian al mismo tiempo de instrumentos poderosos para labrar la salud de sus hermanos. Esto se verificó, entre otros muchos, en un clérigo jóven de Baeza; luego que llegó el Santo á esta ciudad, se divulgó la fama de sus virtudes, y con singularidad se hablaba de los maravillosos arrobamientos con que Dios le favorecia en la celebracion de la misa y en los sermones. El clérigo, que no tenia toda la circunspeccion y piedad que requeria su estado, en las conversaciones se burlaba de los éxtasis del siervo de Dios. Un dia que este predicaba en la solemnidad del santísimo Sacramento, fué á oirle con ánimo de acrecentar en su corazon el desprecio y burla que habia hecho. Comenzó su sermon con el fervor acostumbrado, y al paso que se iba internando en el asunto, que era sobre las disposiciones necesarias para recibir la sagrada Eucaristía, se iban llenando sus palabras de un fuego penetrante, que comenzó á herir en lo mas profundo del alma del clérigo, y á disponer al Santo á un éxtasis maravilloso. Llegó este, quedándose arrobado, levantados los brazos, y fijos los ojos en el cielo; pero al tiempo de arrobarse prorumpió en un ay tan penetrante, que convirtió enteramente el alma de aquel mal aconsejado sacerdote. Su corazon se conmovió de manera, que deshecho en lágrimas, se arrepintió de su pasada vida, viviendo de allí adelante como convenia á un virtuoso sacerdote. El mismo testificaba después que por mucho tiempo le parecia estar viendo al beato Miguel arrobado, y que le decian en su interior: ¡Ay de tí si no te enmiendas! ¡ay de tí si no mudas de costumbres! Tan prodigiosos efectos como este causaban los sermones del bendito Padre en las almas distraidas.

Un conjunto de prendas tan completo no podia estar sin que los superiores le tributasen el respeto debido, y procurasen colocarle como una luz en el candelero de la prelación, para que sus luces se difundiesen, y fuesen provechosas á todos. En efecto, fue elegido dos veces ministro del convento de Valladolid; y aunque su humildad opuso todas las excusas posibles, representando su ineptitud para un ministerio á su parecer incompatible con el sosiego de su co-

razon, todas sus diligencias no lograron otro efecto que empeñar mas a los superiores en hacerle aceptar la prelación. Esto lo consiguieron fácilmente mandándoselo por obediencia, porque sabian que el Santo la profesaba con tal rendimiento, que sacrificaba á ella sus conveniencias y sus luces. Hecho prelado, resplandeció en todas las virtudes propias de un padre que ama tiernamente á sus hijos, y de un vigilante pastor que cuida solícitamente del bien de sus ovejas. Asistia al coro y á todos los oficios divinos como si á esto solo se redujesen todos los cuidados, y al mismo tiempo negociaba en todas las ocurrencias é intereses del convento, como si no tuviera que hacer otra cosa. Amaba á sus súbditos con entrañas de padre; y si tal vez la fragilidad de alguno requeria sus reprensiones, las hacia con tanto cariño y dulzura, que se echaba bien de ver la ardentísima caridad de donde nacia. Sabia que la principal cualidad de un prelado para mantener la observancia y hacer á los súbditos virtuosos es la del ejemplo. Él asistia el primero á todos los ejercicios penosos, sin que hubiese ocupacion tan precisa que fuese bastante para dispensarle de la asistencia. Este rigor le llevaba hasta tal extremo, que estando enfermo gravemente, ni su dolencia, ni las súplicas de sus súbditos, ni el precepto de los médicos pudieron recabar con él que dejase de asistir á maitines á media noche, sino cuando actualmente se lo estorbaba la calentura. A proporcion de este celo eran todas las demás virtudes que constituyen un gran prelado y un perfecto religioso. Su fe, aquella virtud que es la primera en órden entre las teologales, era tan viva, que por ella le dió Dios á conocer en esta vida los mas sublimes misterios con una claridad semejante á la que gozan los bienaventurados en la patria. De aquí nacia aquella seguridad y firmeza con que solia decir, que en defensa de la fe verteria gustoso toda su sangre, y padecería de buena gana todos los tormentos que padecieron y padecerán los Mártires desde el principio hasta el fin de mundo. De la viveza de su fe nacia una esperanza tan firme, que jamas se le ofreció duda en que habia de gozar de las divinas promesas. Así, sus pensamientos mas frecuentes eran de la gloria, de los bienaventurados, y causaban en él tales efectos, que á poco que se hablase de esta materia, inmediatamente se transportaba. Por lo mismo repetia frecuentemente á los religiosos palabras de confianza, diciéndoles con extraordinario júbilo y fervor: *Buen ánimo, hermanos, y trabajar sin intermision, que nos hemos de ver con Dios en su gloria.* La misma esperanza que le certificaba de esta manera de la futura posesion de las delicias celestiales, causaba en él una confianza ex-

traordinaria de que jamás le podían faltar las cosas terrenas. Esto se vió con mas claridad cuando siendo prelado, su convento llegó á una extrema necesidad del alimento necesario para la manutencion de sus súbditos. Su principal cuidado en estas ocasiones era multiplicar la oracion y las penitencias, sabiendo que buscando primeramente el reino de Dios, todas las cosas temporales estaban al cuidado de su divina Providencia. Solia decir á este propósito estas notables palabras: *Como nosotros sirvamos á Dios de veras, su Majestad nos enviará el sustento por encima de las tapias.* Jamás se vió engañada en esta materia su esperanza, aun cuando todas las razones de la prudencia humana persuadian lo contrario. Siendo ministro de Valladolid emprendió la costosa obra de alargar la iglesia, no teniendo á la sazón el convento ni mas caudal que doce reales, ni rentas suficientes para el preciso sustento de los religiosos. Sin embargo, principió y concluyó la obra con la mayor perfeccion; y sucediendo un dia hallarse sin dinero para pagar los oficiales, se fué á él el portero, á cuyo cargo estaba la paga, á darle esta noticia muy triste y desconsolado; pero el Santo, que confiaba mas en Dios que en todos los medios humanos, respondió con una apacible serenidad: *A cargo de Dios está, él proveerá, y los oficiales no se irán sin dinero.* Verificóse así; pues llegando á la portería un anciano venerable, de quien no se pudo saber jamás el nombre, entregó al portero una gran cantidad de dinero con que se socorrió aquella urgencia, y quedaron provistos para muchos dias.

Su fe viva y su firme esperanza se coronaban con la reina de las virtudes, que es la caridad. Esta sublime virtud, que reúne en sí todo el cumplimiento de la ley, fue el carácter distintivo del bienaventurado Fr. Miguel de los Santos. Abrasábase en ella con tan vehementes incendios, que mas parecia un verdadero serafin, que un puro hombre. La caridad causaba en él aquellos éxtasis y raptos que le enajenaban de sus sentidos, y parecian convertirle en ciudadano del cielo. La caridad le ataba de modo al coro, á la iglesia, y á los divinos oficios, que parecia dejarse allí el alma cuando sus obligaciones precisas le forzaban á separarse. La misma virtud le traia exhalado por los hospitales y las cárceles, buscando á los miserables necesitados para ayudarlos, consolarlos y socorrerlos. No se limitaba su caridad á los socorros temporales, sino que principalmente se dirigia á los del espíritu. Luego que tenia noticia de que alguna persona vivia relajadamente, ó que por cualquier otra causa necesitaba de auxilios espirituales, se hacia en contradicho con ella, y con un santo

artificio se los suministraba de manera que lograba ganarla para Dios. Su caridad, finalmente, era tan vehemente y tan activa, que aun al mismo cuerpo material comunicaba sus ardores en tanto grado, que aun en los tiempos mas rigurosos del invierno deseaba refrigerarse echándose en un estanque helado. Segun la deposicion de Marcos Gonzalez, criado del colegio de Baeza, consta que llegando alguna vez á hablar al bendito Padre en lo mas crudo del invierno, salia de su cuerpo un calor tan activo, que no le podia sufrir sino á determinada distancia: pero ¿qué mucho que percibiese estos asombrosos efectos de la caridad en que su alma se abrasaba, un cuerpo que tambien la servia en todos los dolorosos sacrificios de penitencia que hacia con él por amor de su Señor Jesucristo? Ya queda dicho á cuánto rigor llegaba la mortificacion de este siervo de Dios desde su tierna edad hasta los años provecutos de su vida; pero cuando llegaron estos, causa admiracion y aun horror el considerar las extrañas penitencias y asperezas rigurosas con que mortificaba su cuerpo para sujetarle al espíritu. Sus ayunos eran tan extremados, que no se contentaba con abstenerse de toda vianda, usando solamente de pan y agua, yerbas ó frutas, sino que á las veces se pasaba los dos, los cuatro y los ocho dias sin mas alimento que el espiritual de la Eucaristía, con que se sustentaba su alma, confortando al mismo tiempo su cuerpo. Sus vigiliass eran continuas; y en hora y media que destinaba al sueño era mas el tormento que daba á sus mortificados miembros, que el descanso que recibia. Su cama era el duro suelo, ó una tabla desnuda, sin mas cabecero que un pedazo de leño. Cási todos los dias se daba cruelísimas disciplinas, en que dejaba su cuerpo llagado, y el suelo con charcos de sangre. Además de esto traia una mortificacion continua sobre sí; apenas habia miembro en su cuerpo que no tuviese su particular tormento: los piés los traia descalzos aun en lo mas crudo del invierno; sus piernas, muslos y brazos estaban fajados con unas fajas de cadenilla de alambre con puntas de hierro que se introducian en la carne. Ceñíase el cuerpo con una cadena de hierro que le daba tres ó cuatro vueltas. Sobre los hombros traia unas chapas con puntas aceradas; y de la misma manera estaba guarnecida una cruz con ciento y cincuenta puas, que traia clavada en las espaldas. Un conjunto de penitencias tan asombroso llegó á lacerar su cuerpo de manera, que todo él era una llaga; y como el Santo no hacia medicina alguna, sino que continuaba su penitencia, llegaron á podrirsele las llagas de manera que causaban un intolerable hedor. Ya por esto, y ya por compasion, los religiosos dieron cuenta

al prelado, el cual, desatendiendo las repetidas súplicas del bendito Padre en defensa de sus penitencias, se las mandó suspender, y ponerse en manos de un cirujano para el restablecimiento de su salud. Pero ¡ó prodigios de la divina misericordia! lo que no pudieron recabar con el prelado sus súplicas, lo consiguieron con Dios sus oraciones. Pidió el santo Miguel á su Señor Jesucristo no permitiese de ninguna manera que fuese quitada de sus espaldas aquella cruz y penitencia, con que de alguna manera imitaba la que su Majestad habia llevado por los pecados del mundo. Esta oracion fue tan vigorosa y eficaz, que en el mismo instante en que el cirujano fué á descubrirle las espaldas, quedaron estas tan sanas como si no hubieran tenido herida alguna, y convertido el hedor en una fragancia superior á la de los mas olorosos aromas.

Al tenor de esta heroicidad en las virtudes referidas, fue el grado en que obtuvo todas las demás que concurren á formar un justo, prevenido de Dios con sus bendiciones desde su infancia; un varon cortado á medida del corazon de Dios; un Santo, en fin, perfecto, que poseyó en grado heroico todas las virtudes. Su humildad era profunda, su caridad ardentísima, viva su fe, firme su esperanza, invencible su fortaleza, resignada su obediencia, su castidad angelica, su pobreza suma, su penitencia admirable, altísima su contemplacion, y superior á todo humano discurso el cúmulo de sus virtudes. Premiolas Dios aun en esta vida, adornándole con todos sus dones. Tuvo el de profecía, con el cual predijo muchas cosas antes que sucediesen; el de discrecion de espíritus, y el singularísimo de mover con su intercesion la omnipotencia de Dios á explicarse con mil efectos milagrosos para beneficio de sus prójimos. Pero el mas particular entre todos fue aquel don de caridad ardentísima con que amaba tanto á Dios, que salia de si mismo, arrebatándose en unos éxtasis tan fervorosos, que uno de ellos le debilitó de manera que fue el principio de la enfermedad con que se acabó su dichosa vida. Predicaba un dia en Valladolid, y llegó á enfervorizarse de manera, que se arrebató en un éxtasis maravilloso. Este fue tal, que pudo decir con la Esposa, que habia enfermado de amor; pues corrió por sus venas un ardor tan encendido, que desde el púlpito le llevaron á la celda enfermo, y no volvió á salir de ella sino muerto. En el discurso de su enfermedad hizo un compendio de todas las virtudes de su vida, de manera que no parecia sino que en aquel breve tiempo queria recopilar cuanta devocion, cuanta virtud y cuanto ejercicio de piedad puede practicarse en muchos siglos. Sufrió la enfermedad con una in-

victa paciencia, que daba que admirar á todos cuantos le visitaban. Padecia una sed ardentisima, y que segun su expresion solo podia tolerarse por Jesucristo; y con todo eso jamás se le oyó pedir una gota de agua, ni una queja de sus dolores, ni un suspiro, ni pedir el menor alivio al enfermo. Un religioso muy espiritual y grande amigo suyo solicitó saber qué era lo que pedia á Dios en aquellas circunstancias; y el beato Miguel, vencido de sus importunaciones, le respondió de esta manera: «Solas dos cosas son las que deseo y «pido á mi Dios: la una, que me dé á sentir todos los dolores y tormentos que los Mártires y todas las criaturas han padecido por su «Majestad, y padecerán hasta el fin del mundo; y la otra, que me comunique todo el amor con que le han amado y aman todas las criaturas del cielo y de la tierra, para amarle con todo él, y tanto como le aman todas juntas.» Esta respuesta manifiesta bien el sublime grado de amor á que habia subido este Santo, puesto que en nada se manifiesta mas que en los tormentos que se desean padecer por el Amado. Agravóse la enfermedad, y se determinó darle el sagrado Viático. Al entrar el sacerdote con el adorable Sacramento en sus manos, quiso arrojarle en el suelo para recibirle de rodillas, pero le detuvieron los religiosos. Pidióles á estos perdon con muchas veras; encargóles la union y caridad fraternal; y últimamente, les mandó con toda la autoridad de prelado, que luego que muriese enterrasen su cadáver sin tocar las campanas, ni publicar su muerte, ni abrir las puertas del convento hasta después de haberle dado sepultura; razones que bañaron en lágrimas á todos los circunstantes. Visitábanle en esta última enfermedad las personas mas nobles y devotas que habia en Valladolid, á quienes exhortaba al desprecio del mundo, y á cuidar de disponer sus almas para una preciosa muerte. En la noche del miércoles 9 de abril la enfermedad llegó á dar muestras de que le restaban pocos instantes de vida. Administrósele la Extremauncion, la cual recibió con tanta devocion, y con gozos tan soberanos, que le vieron sonreirse muchas veces. A eso de la media noche, estando cercado de religiosos, que alternaban los suspiros con los salmos que rezaban, compuso el siervo de Dios su cuerpo con la mayor decencia; y fijando sus ojos en un Crucifijo, entregó su espíritu dichoso al Señor, arrebatado de las ternuras y afectos que le decia. Su gloriosa muerte sucedió entrado ya el jueves, día 10 de abril del año de 1625, y á los treinta y tres y medio de su edad.

Su muerte conmovió á toda la ciudad de Valladolid, sin que quedase gente de ningun estado ó calidad que no acudiese á venerar el

santo cuerpo. Grandes, títulos, caballeros, oidores, nobles, plebeyos, hombres, mujeres, jóvenes y ancianos, todos se disputaban la dicha de besarle las manos ó los piés aclamándole santo. Confirmó Dios esta voz verdadera del pueblo, obrando entonces y después muchos milagros en testimonio de la santidad de su siervo, como los habia obrado en vida. Hízose después el proceso, segun la forma acostumbrada, para probar sus virtudes en grado heróico, y para la calificación de sus milagros; y habiendo sido hallado todo ello á la satisfaccion de nuestro santísimo Padre Pio VI, y de las congregaciones para este efecto determinadas, se celebró su beatificación el día 2 de mayo de 1779 para honor de toda nuestra España, y para consuelo y gloria de toda la santa Iglesia, señalando para su fiesta el día 5 de julio.

EL BEATO PEDRO DE LUXEMBURGO, CONFESOR.

La ilustre casa de Luxemburgo, tan conocida en la Europa por haber dado cinco emperadores al Occidente, muchos reyes á Hungría y á Bohemia, una reina á Francia, y por su enlace con la augusta casa de Borbon, se vió mas que nunca esclarecida en el siglo XIV por el nacimiento del bienaventurado Pedro de Luxemburgo, cuya memoria la santa Iglesia consagró para siempre.

Nació el día 20 de julio de 1369 en Ligny, ciudad poco populosa de Lorena, en la diócesis de Toul. Fue Pedro el quinto de los hijos que tuvo Guido de Luxemburgo, conde de Ligny, y Matilde ó Mathan de Chantillon, condesa de San Paul; pero su madre le amó con tan particular ternura, que ella misma quiso criarle á sus pechos, y aun habia determinado cuidar ella sola de su educacion, si Dios no lo hubiera dispuesto de otra manera, llevándosela para sí cuando el niño no tenia mas que tres años. Mas como el Señor tenia destinado á Pedro para tan altos fines, dispuso que su tia la condesa de Orgieres, señora no menos virtuosa que su madre, se encargase de la crianza del niño. Escogióle excelentes maestros, que tuvieron poco que hacer, porque su noble índole y su despejado entendimiento les ahorró muchas lecciones. Era por otra parte de inclinaciones tan piadosas, que parecia haberse anticipado la virtud á la razon. A los seis años de su edad hizo voto de castidad, y á una hermanita suya que tenia doce la persuadió á que hiciese el mismo voto. Su amor á la oracion, su modestia en la Iglesia, su tierna devocion con la santísima Virgen, y su caridad con los pobres, le merecieron desde entonces el renombre de santo.

Parece que esta última virtud no podia subir mas de punto. Siendo de solos siete ú ocho años, era todo su desvelo socorrer á los necesitados. Ningun pobre llegaba á la puerta mientras estaban comiendo, con quien no repartiese lo que le servian en su plato. Valiase de mil industrias para tener con que dar limosna, y cuando se le acababa el caudal, hurtaba cuanto podia para socorrerlos. Informado el Conde su padre de estos piadosos hurtillos, dió muchas gracias á Dios por haberle concedido un hijo de tan cristianas como nobles inclinaciones; y aun se asegura que autorizó Dios su caridad con varios prodigios, de que fue testigo el mismo Conde.

A los doce años le enviaron á Paris á continuar sus estudios; y como era de tan excelente ingenio, se distinguió mucho, así en las letras humanas como en la filosofia. Aplicóse después al derecho canónico, que en aquel tiempo era muy cultivado por los que se dedicaban al estado eclesiástico, haciendo en él tan asombrosos progresos, que ya en tan tierna edad fue venerado por un milagro de virtud y de sabiduría. Dos desgraciados sucesos interrumpieron sus estudios; la muerte de su padre, y el accidente de su hermano mayor el conde de San Paul, que en una batalla que perdieron los franceses fue hecho prisionero por los ingleses. Inmediatamente el santo niño partió á Calais, donde se quedó en rehenes por su hermano mientras iba este á recoger la suma que le habian pedido por su rescate. Enamorados los ingleses de la virtud y de las prendas de su nuevo prisionero, le cobraron tanto amor y tanto respeto, que le pusieron luego en libertad, sin querer mas seguridad que la de su palabra; y noticioso el rey de Inglaterra Ricardo II del mérito de nuestro Santo, hizo cuanto pudo para detenerle cerca de sí; pero Pedro luego que se vió libre, se restituyó á Paris á continuar sus estudios.

Cobró nuevas fuerzas su fervor cuando se vió en aquella ciudad; dobló sus penitencias, y cada día se iba haciendo mas y mas visible su virtud. Habia algunos años que el célebre Felipe de Maisieres, antiguo canceller de los reinos de Jerusalem y de Chipre, desengañado de las grandezas humanas, vivia retirado del mundo en el convento de los Celestinos de Paris, donde sin la obligacion de los votos, ni la profesion del hábito, hacia una vida muy ejemplar y verdaderamente religiosa. Movido de la reputacion de aquel ilustre solitario, Pedro de Luxemburgo pasó á verle. A la primera conversacion descubrió Felipe el rico tesoro de gracias que se ocultaba en el alma de aquel jóven, y la uniformidad de máximas ligó inmediatamente una amistad muy estrecha entre los dos grandes siervos de Dios. Admi-

raba á Felipe la inocencia y la sobresaliente virtud de Pedro de Luxemburgo, y aprovechábase este de las lecciones que Felipe le comunicaba sobre el ejercicio de la oracion, y sobre los diferentes caminos de la vida espiritual.

Los únicos pensamientos de Pedro eran adelantarse cada dia mas en el camino de la perfeccion, muy ajeno de pensar en ascender á las dignidades de la Iglesia, cuando su familia le solicitó un canonicato en la catedral de Paris. El nuevo empleo solo sirvió para que se considerase mas obligado á dar mayor impulso á los esfuerzos de su fervor, siendo su modestia, su compostura, su indefectible asistencia á todas las horas del coro, y la inocencia de sus costumbres el modelo mas perfecto de canónigos santos, y la admiracion de toda la ciudad, donde se hizo mucho mas respetable por su humildad que por su elevado nacimiento, y por las demás raras virtudes. Negóse á llevar la cruz en cierta procesion solemne un simple cleriguillo, de padres muy humildes, pareciéndole á su orgullo ejercicio de poca estimacion: tomóla luego nuestro jóven canónigo, y la llevó con tanta devocion que asombró á todo Paris, con edificacion y con aplauso general de su modestia.

La fama de tan singular virtud y de tan extraordinario mérito hizo tanto ruido en el mundo, que penetró hasta las cortes extranjeras. Despedazaba á la sazón la Iglesia de Dios un largo y funesto cisma. Clemente VII, reconocido en Francia por legítimo Pontífice, residia en Aviñon, y noticioso de la eminente santidad del tierno canónigo de Paris, le hizo arcediano de Dreux, y casi al mismo tiempo le nombró para obispo de Metz, sin reparar en su cortísima edad, pues contaba solos quince años; pero el Papa creyó debía dispensar en las leyes comunes de la Iglesia con quien Dios habia hecho tan superior á las ordinarias de la naturaleza. A pesar de sus representaciones, alegatos y resistencias, se vió precisado á obedecer. Fue ordenado de sacerdote, y consagrado obispo de Metz, mostrando desde luego que si la dignidad era muy superior á sus años, su virtud era muy superior á la dignidad. Mostró en toda su conducta ser un pastor consumado para el ministerio, creyendo todos que veian un ángel cuando se dejaba ver en público, y se hablaba de la sabiduria de aquel prelado niño con una especie de admiracion, muy parecida á la que causó el niño Jesús en la edad de doce años.

Por imitar en todo á su divino Maestro, hizo su entrada pública en Metz, como la hizo el Salvador en Jerusalem, montado en un humilde jumento; no admitiendo otra pompa que la de hacer cuantio-

sas limosnas á los pobres, ni mas aparato que el de la modestia y la piedad.

Desde que tomó posesion del obispado se dedicó al cumplimiento de todas sus obligaciones con un fervor y con una intencion verdaderamente asombrosa. Dió principio por la visita general de toda la diócesis, y la hizo con tanta felicidad, que restituyó la fe á su pureza, la disciplina á su vigor, y corrigió abusos que con el transcurso de los años aspiraban á la prescripcion.

Mientras se afanaba tan dichosamente por santificar á los demás, estaba muy distante de descuidarse en la santificacion de sí mismo; y cuando dedicaba sus desvelos al mayor bien del rebaño, no perdía de vista la perfeccion que debia resplandecer en el pastor. Su delicadeza de conciencia no podia ser mayor; confesábase todos los dias, y muchos dias dos veces. Nunca perdía á Dios de vista, estando en su presencia tan continuamente, que se podia decir era toda su vida una continua oracion, la que apenas interrumpia su corto sueño. El tiempo que no dedicaba á las necesidades espirituales de su pueblo, le empleaba todo en la oracion y en el estudio, negándose aun á las mas licitas y honestas diversiones. Sus rentas casi enteramente las consumian los pobres y la Iglesia, reservándose la menor parte de ellas, no para vivir, sino para no morir de hambre; porque los ayunos de precepto los pasaba todos con pan y agua, y con el mismo rigor ayunaba todo el adviento, y todos los lunes, viernes y sábados del año. Las penitencias del cuerpo excedian el rigor de sus ayunos; y aunque no parecia posible mayor inocencia, es indubitable que su extremada penitencia acortó los dias de su preciosa vida. Dióle mucho que padecer el sedicioso alboroto de sus diocesanos, que contra su autoridad se nombraron por sí mismos jueces y magistrados. Humillábase delante de Dios, y le sirvió de gran mortificacion el ver que su mismo hermano el conde de San Paul tomó las armas y saqueó muchos lugares de las cercanias de Metz; el santo Obispo se cargó con todos los daños, reparando de sus propias rentas cuantos el Conde habia hecho; generosa caridad que le acabó de ganar todos los corazones.

El papa Clemente VII hallábase aun en Aviñon el año de 1386, y movido de lo mucho que oia decir acerca de la eminente santidad del jóven obispo de Metz, le creó cardenal del título de San Jorge al velo de oro, mandándole asistir cerca de su persona para edificar á toda la corte eclesiástica con sus grandes ejemplos. Reconociále nuestro Santo, como tambien toda la Francia, por legítimo Pontifi-

ce, en cuya consideracion se juzgó obligado á obedecer. Llegó el nuevo cardenal á la corte de Aviñon, donde acreditó con su presencia que todo lo que habia publicado la fama acerca de su heroica virtud era muy inferior á lo que palpaba la experiencia. La nueva dignidad solo sirvió para añadir mas esplendor á sus virtudes, y para que el Santo acrecentase nuevas penitencias, no contentándose con las ordinarias. Informado el Papa de esto, y conociendo de cuánta importancia era para el bien de la Iglesia universal la conservacion de aquella preciosa vida, le advirtió muchas veces que moderase sus excesivas austeridades; y sabiendo que cada dia se iba debilitando mas y mas su salud, absolutamente le prohibió la mayor parte de sus penitencias; á lo que respondió el santo Cardenal: *Santísimo Padre, yo siempre seré un siervo inútil; pero á lo menos sabré obedecer.*

Pero como el Papa no le prohibió que moderase las limosnas, le pareció que lo que perdía por el lado de la penitencia, lo debía resarcir por el de la caridad. Era singular su ternura con los pobres, y todo su gusto era parecerse á ellos; habiéndoles dado de sus rentas sus muebles y su equipaje, vendió el anillo episcopal para socorrerlos. Todo cuanto se veía en el Cardenal respiraba pobreza, y publicaba el extraordinario amor que le profesaba; de manera que cuando murió solo se hallaron veinte sueldos en sus navetas.

Al paso que cada dia se debilitaba mas en su salud, crecia mas su devocion, su ternura y su abrasado amor para con Dios. Yendo un dia desde su palacio á la Iglesia de San Pedro de Aviñon, fue arrebatado en éxtasis, con el semblante encendido, los ojos inmóviles y fijos en el cielo, despidiendo de todo su cuerpo un resplandor extraordinario. Sus criados lleváronle en brazos á la casa mas inmediata, que se cree fue el hospital de San Antonio, donde estuvo mas de media hora sin volver del raptó. En otra ocasion pasando de Aviñon á Castel Nuevo del Papa, tuvo otro semejante. Tiénese por cierto que se le apareció el Salvador en el camino, cuya vision le sacó tan fuera de sí, que suspendida la funcion de los sentidos, se postró en tierra en medio de un lodazal, de donde le levantaron sin que se descubriese ni la mas mínima mancha en el vestido. Fueron testigos de esta maravilla el mismo Papa y todos los de la comitiva. El éxtasis fue largo, y en la iglesia colegial de Nuestra Señora de Autun se ve una antigua pintura del Santo que representa este suceso, con estas palabras que le eran muy familiares: *Desprecio del mundo, desprecio de sí mismo, desprecio del mismo desprecio, y á nadie despreciar sino á sí solo.*

Era muy de desear que una vida tan santa hubiese sido mas larga; pero el Señor se dió prisa á recompensar unos merecimientos tan extraordinarios, y unos dias tan llenos. Diez meses después de su promocion al cardenalato cayó gravemente enfermo, mudándose la fiebre en una calenturilla lenta que le iba cosumiendo. Hiciéronle mudar de aires, y le condujeron á Villanueva, de la otra parte del Ródano. Nunca manifestó mas su devocion que en el tiempo de su enfermedad. Todos los dias rezaba el oficio divino, confesábase dos veces al dia, y cada dia comulgaba para añadir nuevas fuerzas á su fervor con el pan de la divina Eucaristía. Conforme se iba acercando á su dichoso fin, iba creciendo su íntima union con Dios, y su tierna devocion á la santísima Virgen. Vino á visitarle uno de sus hermanos, que andando el tiempo fue obispo de Cambray; hablóle el Santo con tanta energía y con tanta mocion de la vanidad del mundo, y de las ventajas de la vida santa y perfecta, que imprimiéndose indeleblemente en el alma estos saludables consejos, fue después uno de los prelados mas ejemplares. Recomendóle muy particularmente á su querida hermana Juana de Luxemburgo, aquella misma á quien habia persuadido hiciese voto de castidad, que toda la vida fue un perfecto modelo de vírgenes cristianas, á la cual envió tambien un tratado *de la Perfeccion*, que determinadamente habia compuesto para ella. Conociendo que se le iban acabando las fuerzas, recibió los últimos Sacramentos con indecible fervor; llamó después á todos sus criados, que se deshacian en lágrimas; pidióles perdon del mal ejemplo que les habia dado, tratándolos acaso con menos caridad de la que debiera, obligólos á darle palabra de hacer lo que les pidiese; todos respondieron que obedecerian, pero quedaron asombrados cuando les mandó que tomasen en la mano unas disciplinas que tenia debajo de la cabecera, y que uno después de otro le fuesen azotando en las espaldas, *en castigo*, añadió, *de haberos tratado como criados, siendo así que érais mis hermanos*. Por mas súplicas, instancias y ruegos que le hicieron, por mas lágrimas que derramaron para que les dispensase en aquella accion, les fue preciso darle gusto. Concluido un acto de tanta humillacion, quiso que le dejasen á solas con su Dios: y en fin, consumido mas con el fuego del divino amor que con el de la calentura lenta, rindió su inocente alma al Criador el año de 1377, á los diez y ocho de su edad.

Cuando Clemente VII supo su muerte, no pudo contener las lágrimas. *Esta dichosa alma*, exclamó, *apacará la cólera del cielo, y nos alcanzará la paz de la Iglesia*. Pasó en persona á Villanueva á besar

su santo cuerpo, y fue testigo del celestial olor que exhalaba, llenando de fragancia todo el cuarto. De Villanueva fue conducido á Aviñon sin pompa ni aparato, como él mismo lo habia mandado, y se le dió sepultura en el cementerio de San Miguel, donde despues se fundó la iglesia y convento de Padres Celestinos, que poseen hasta hoy el inestimable tesoro de sus reliquias.

Fueron tantos y tan estupendos los milagros que obró Dios por su intercesion antes de enterrarle, y después en su sepultura, que hay pocos bienaventurados, cuya santidad hubiese querido declarar el cielo con modo mas auténtico. En virtud de esto, apenas murió cuando se erigió una magnífica capilla en el lugar de su sepulcro, apresurándose tanto el celo y la devocion, que se dice entregaron sus joyas las damas de Aviñon para que cuanto antes se concluyese la obra, y la veneracion de todo el pueblo al santo cuerpo fue tan grande, que el cuartel de la ciudad donde descansan sus preciosas reliquias se llama hasta el dia de hoy el *Cuartel santo*. Constan hasta dos mil cuatrocientos milagros en los registros que conserva el archivo de los Padres Celestinos; pero el mas célebre de todos fue el que sucedió el año de 1432.

Un muchacho de diez á doce años subió á la torre mas alta del palacio de Aviñon para coger un nido de pájaros; alargó tanto el cuerpo para alcanzar al nido, que perdiendo el plomo, cayó precipitado desde lo mas elevado de la torre, y dió sobre la punta de un peñasco, donde se hizo pedazos tan horrorosamente, que se esparcieron los sesos por todas partes, y todo el cuerpo quedó dividido en trozos. Concurrió toda la ciudad á tan lastimoso espectáculo, cuya vista llenó de horror á todos y á cada uno. Noticioso el triste padre del niño de tan desgraciado suceso, híncase luego de rodillas, y deshecho en lágrimas levanta los ojos y las manos al cielo, diciendo: *Monseñor san Pedro de Luxemburgo, amparadme*. Levántase lleno de fe y de confianza, corre al lugar donde estaba el cuerpo de su hijo, recoge los pedazos esparcidos por el suelo, y la sangre derramada con la misma tierra que estaba embebida en ella, mételo todo en un saco, y él mismo lleva el saco con aquellos tristes despojos, y le coloca sobre el sepulcro del Santo, en cuya proteccion, después de Dios, tenia toda su confianza; ruega á la muchedumbre que le seguia, que junte sus oraciones á las suyas, y acuden los Padres Celestinos á cantar la oracion del bienaventurado Pedro. Unidas asi las oraciones de todos, con un prodigio jamás oido hasta entonces, ven todos los circunstantes que el muchacho comienza á moverse dentro del saco, y

oyen una voz del niño como si estuviera en lo alto de la torre, que decia á un compañero suyo: *Esteban, coge el nido, que ya cayó abajo*. La priesa que todos se daban por verle faltó poco para que ahogase al niño resucitado, y fue preciso ponerle de pié encima del altar para satisfacer la curiosidad del concurso. Una maravilla tan extraordinaria sucedida á vista de toda la ciudad aumentó la devocion del pueblo con nuestro Beato; y como sucedió el dia 5^o de julio, se fijó en este dia su fiesta, que todos los años se celebra en Aviñon con pompa y con solemnidad: especialmente después que el verdadero papa Clemente VII, precediendo las jurídicas informaciones de su vida y milagros, publicó la bula de su beatificacion en 4 de abril de 1527, y la ciudad de Aviñon le escogió por uno de sus patronos, de quien cada dia recibe nuevas gracias.

SANTA ZOA Ó ZOE, MÁRTIR.

En el tiempo de los cruelísimos tiranos y enemigos grandes del nombre de Cristo Diocleciano y Maximiano, emperadores, vivia en Roma el invictísimo mártir san Sebastian con la honra y título de príncipe de la caballería romana, que es como ahora condestable; honor bien merecido por su nobleza y prendas naturales y adquiridas. Visitaba este glorioso Mártir las cárceles donde estaban presos los Cristianos, y á todos los exhortaba y animaba á padecer. Sucedió un dia que acabada una plática bajó sobre él una luz hermosa del cielo, la cual todos vieron, y que á su lado estaba un Ángel en forma de un hermoso mancebo, que daba testimonio de la verdad que Sebastian predicaba. Era esto en casa de Nicóstrato, que era primicerio ó príncipe de las causas y escrituras reales, dignidad tercera en Roma; porque primero era el general, luego el tribuno, y después el primicerio. Estaba ya Roma tan abundante de cristianos presos por la fe de Cristo, que hasta la casa de este Príncipe era tambien carcel. Zoe, su mujer, hacia seis años que estaba muda, sin poder explicar los conceptos de su entendimiento y movimientos de su corazon, si bien oia y entendia muy bien cuanto le hablaban. Discurriendo, pues, esta señora en lo que oia predicar al caballero de Cristo Sebastian, ya que no pudo hablar, dió á entender por señas que queria pasar á donde él estaba, y en llegando le tocó los piés, y por señas le pidió la salud. San Sebastian hizo por ella oracion, y al instante habló invocando el santo nombre de Cristo, y dijo que habia visto un Ángel que estaba al lado de san Sebastian y tenia un libro abierto, y en él escrito cuanto el Santo predicaba. Lo cual visto

y oído por su esposo Nicóstrato, quitó las prisiones á todos los Cristianos, y él se volvió cristiano; y siendo bautizado con su mujer y otros muchos por san Policarpo, después de varios sucesos y tormentos, recibió la palma del martirio al dia siguiente á 6 de julio.

La primera con quien encontró la persecucion de los tiranos fue con la gloriosísima Zoe; la cual, estando orando sobre el sepulcro del príncipe de los apóstoles san Pedro, fue presa por los ministros de la justicia, y primeramente fue llevada al magistrado de la vecindad: él le mandó que sacrificase á la estatua de Marte que estaba allí. Santa Zoe con grande empacho y vergüenza, le dijo: *Mas le agradaría Venir á este tu dios, que no yo*; y en diciendo esto calló y puso con grande honestidad los ojos en tierra. Enojado por esto grandemente el juez, le mandó poner en una cárcel fuerte y oscura, donde no le diesen de comer ni beber, ni viese luz alguna. Habiendo pasado seis dias en esta afliccion, al séptimo dia la envió al presidente Flaviano; el cual como después de muchas preguntas viese que no la podia persuadir á la falsa adoracion de los ídolos, mandó que la colgasen cabeza abajo de un árbol, y que por abajo le diesen mucho humo, y así acabase la vida; lo cual se ejecutó, y así entregó su bendita alma en manos de aquel Señor que la crió para su santa gloria. Después los crueles verdugos tomaron su santo cuerpo, y atándole una grande piedra al cuello lo arrojaron al rio Tíber, pensando que así no seria venerado de los Cristianos; y se engañaron, pues antes fue causa de mayor culto y veneracion. Fue su martirio á 5 de julio, dia en que la Iglesia celebra su fiesta, por los años del Señor de 284.

La Misa es en honra del beato Miguel de los Santos, y la Oracion es la que sigue:

Misericors Deus, qui beatum Michaëlem confessorem tuum morum innocentia, et mirabili charitate præstare voluisti; concede, quaesumus, ejus intercessione, ut à vitiis liberati, et igne tui amoris incensi, ad te pervenire mereamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó misericordioso Dios, que te dignaste adornar al bienaventurado Miguel, tu confesor, con inocencia de costumbres y una caridad admirable; concédenos por su intercesion, que libres de los vicios, y encendidos en tu amor, merezcamos llegar á gozarte. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo xxxi del Eclesiástico.

Beatus vir, qui inventus est sine mácula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le

enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria aeterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideo stabilita sunt bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los Santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Las primeras palabras de la Epístola de este día, juntamente con los admirables ejemplos y asombrosa inocencia de vida que nos ofrece hoy el beato Miguel de los Santos, dan motivo á unas reflexiones que necesariamente han de hacer estremecerse las entrañas del cristiano. Bienaventurado, dice el Espíritu Santo, el varon que no tuvo mancha en toda la conducta de su vida. Esta expresion es preciso que admire á aquellas almas débiles que en todas partes encuentran tropiezos, y para quienes la mas mínima ocasion es irresistible, y decide absolutamente contra su inocencia. ¡Es posible, dicen estos, que entre las turbaciones del mundo, y entre los inmensos peligros de que nos vemos cercados se pueda conservar un hombre sin admitir mancha ni pecado en todo el discurso de su vida! Tantos objetos como ofrece el mundo, propios para seducir la inocencia, y llevar tras sí los sentidos; tantos artificios como emplea el comun enemigo para sugerir en nuestra alma unas ideas trocadas, que nos hagan creer que lo malo es bueno, y nos estimulen para seguirlo; tanta debilidad y miseria, en fin, como advertimos en nuestra naturaleza, tanta rebeldia en nuestras pasiones, tanta viveza en los estímulos de la carne, ¿es creible que no han de lograr alguna vez el triunfo sobre la inocencia de nuestras almas? ¿Cómo es posible que se hallen ejemplares de aquel varon justo que delinea el Espíritu Santo, cuando dice: Bienaventurado el varon que fue encontrado sin mancha?

Si hubiéramos de estar, en materias de espíritu, á los dictámenes de la prudencia humana, hallaríamos que el razonamiento precedente era justo y demostrativo. Pero es preciso acordarnos de que la sabiduría del mundo y su prudencia son ignorantes delante de Dios. Es preciso acordarse de que el Señor tiene dicho que es estrecha la senda que guia á la vida, y son pocos los que la encuentran. Se debe, finalmente, reflexionar que todas aquellas cosas que tienen apariencias de imposibles, atendidas las fuerzas de la naturaleza, son hace-

deras y fáciles para el poder omnipotente de la gracia. El beato Miguel de los Santos ofrece un ejemplar en donde se acreditan todas estas verdades. En todo el discurso de su preciosa vida conservó intacta aquella hermosa inocencia que recibió en el Bautismo. Formado de carne mortal como todos los demás hombres, estaba expuesto á sufrir las mismas contradicciones del mundo, del demonio y de la carne que todos sufren. Pero temeroso siempre de desagradar á su Dios, deseoso de labrarse, por medio de la abnegacion de sí mismo, una corona inmarcesible que dura para siempre, y vigilante para frustrar las asechanzas de los enemigos, halló el modo de conservar la preciosa joya de la inocencia, sin que en la peregrinacion de un valle de lágrimas hubiesen jamás podido robársela los ladrones que le infestan. Pero se debe reflexionar que todo esto lo consiguió estando siempre en vela, siempre en oracion, siempre mortificado con el ramal y el ayuno, viviendo crucificado y despedazado con cilicios, en una suma pobreza, y hecho víctima, en fin, del amor de Dios y del prójimo. Hé aquí la senda por donde se camina á la vida; hé aquí el medio único para conservarse toda su vida sin mancha; y hé aquí finalmente, la escalera por donde se sube á recibir la palma y la corona de bienaventurado que promete el Espiritu Santo al inocente.

El Evangelio es del capítulo XII de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur á nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod praecinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret pater familias, qua hora fur veniret, vigilaret utique; et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los hallare así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familias supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del Hombre.

MEDITACION.

De la santidad.

PUNTO PRIMERO. — Considera que solo tenemos una fortuna que hacer; esta es la de hacernos santos. La santidad es el único objeto digno de un corazon cristiano; imagina otro bien mas real; busca otra gloria mas sólida; discurre otra fortuna mas llena, ni en que intereses mas. Sin embargo este es el único bien de que no hacemos caso, por correr tras de fantasmas y quimeras.

¿De qué le servirá á un hombre un instante después de la muerte, y aun una hora antes de morir? ¿de qué le servirá haber sido rico y poderoso, haber gozado todas las honras y todos los gustos, si pierde su alma? Y si es santo, ¿se le tendrá entonces lástima porque fue pobre, porque vivió humillado, abatido y despreciado de todo el mundo? ¡Y será posible que esta santidad no despierte jamás nuestros deseos, ni nuestra resolucion!

Ser santos es ser siervos de Dios; ¿dónde hay titulo mas honroso? ¿dónde se encontrará mejor ni mas digno amo? Pero aun hay mas: ser santos, es ser amigos de Dios, hijos de Dios; es ser dichosos, y eternamente dichosos con la bienaventuranza del mismo Dios. No son ya todos los bienes juntos los que únicamente posee el que es santo; posee la fuente y el manantial de los mismos bienes. No es ya, hablando en rigor, la alegría del Señor la que entra en el corazon de los santos; seria este un espacio demasiadamente estrecho, excesivamente ceñido; el alma de los Santos es la que entra, y la que deliciosamente se pierde, por decirlo así, en el abismo de la alegría del Señor; esto es, en las delicias y en la bienaventuranza de Dios.

Imagina todo cuanto puede contribuir en el mundo á que un hombre sea perfectamente feliz: junta todos los tesoros del universo, toda la magnificencia de los grandes, todos los honores, gustos y diversiones del siglo; reduce á una sola todas las coronas de la tierra para formar un solo monarca del orbe. Destierra tambien de esta idea de felicidad todo cuanto puede ocasionar molestia, por mas que sea inseparable de las miserias de esta vida; pero nunca podrás apartar de tí la certidumbre de que algun dia has de morir, y este solo pensamiento deslie una amarguísima hiel en todas las alegrías de este mundo. Pero la santidad lleva consigo una felicidad pura, eterna, sin temor de perderla jamás. Esta será mi suerte si me salvo; esta será mi herencia; y ¡será posible que se dirija á otro objeto mi am-

bicion! ¡será posible que sea de mi gusto cualquiera otro placer! Puedo ser amigo de Dios por toda la eternidad, ¡y todavía pienso en otra fortuna!

Pero ¿en cuál? En un empleo, en una ocupacion que me levanta algunos graditos mas para hacer mas sensible mi caida; en una distincion que me ha de granjear cien envidiosos; en amontonar bienes á costa de grandes sudores para un heredero ingrato, impío y disoluto; ¡y no pienso en ser santo!

¡Ó Señor, y qué vergüenza! Mas ¡oh, y qué dolor el haber pensado hasta aquí en todo lo demás menos en esto! ¡y será posible que la única cosa de que nunca me he acordado, y que quizá he menospreciado tambien, ha sido vuestra amistad, dulce Jesús, salvacion y gloria mia!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que solo estás en la tierra para gozar la misma suerte que los bienaventurados del cielo. Grande es su recompensa; pero no es menor la que nos ofrece Dios: ellos son Santos; tambien nosotros estamos en este mundo para serlo. ¡Y podemos, Dios mio, pensar en otra cosa que en ser lo que debemos! ¿Es ser prudente, es siquiera tener seso el despreciar semejante fortuna?

¿Es acaso el trabajo de ser santos lo que nos retrae de serlo? ¡Pues qué! ¿nos cuesta el cielo mas de lo que vale, y mas de lo que merece la posesion del mismo Dios? Las dificultades aterran; el trabajo desalienta. Temores vanos, terror pánico, dificultades imaginarias, que se desvanecen solo con dar principio á la carrera. Pero pregunto: ¿y no cuesta trabajo el hacerse rico, el conseguir el empleo, el subir dos escalones mas? ¿no cuesta trabajo el fabricarse una fortuna quimérica? ¿Cuánto hay que padecer? ¿cuántos disgustos, cuántos desaires se han de devorar? ¿qué de bocados duros se han de digerir? ¿Qué fortuna hubo jamás tan brillante, que mereciese los desvelos, las fatigas, los afanes, las humillaciones, y los sonrojos que costó el llegar á ella? No hay en el mundo camino que no esté sembrado de espinas, cubierto de abrojos, lleno de barrancos; y á nadie acobarda todo este monton de dificultades.

Cuesta trabajo el ser santo, es verdad; se han de mortificar las pasiones, se han de sufrir muchos combates, y es preciso vencer; pero tambien se ha de confesar que derrama Dios en el corazon de sus amigos ciertos secretos consuelos que suavizan mucho su yugo. Hállanse cruces en el camino de la santidad, pero son muy dulces sus frutos. ¡Qué abundancia de dulzuras celestiales no se experimen-

tan entre los rigores de la mas severa penitencia! Pero supongamos que solo se hallase mucha amargura en el cáliz, y que solo se tropezasen espinas en el camino; ¿habria que deliberar cuando se trata de una eterna felicidad, ó de una eterna dicha?

¿Juzgaron por ventura los Santos que se compraba la santidad á precio muy excesivo? ¿costó demasiado al beato Miguel? Sacrificó lo mas grande, lo mas brillante, lo mas halagüeño, lo mas tentador que se encuentra en este mundo. No hay cosa que tanto lisonjee como el trono; no la hay mas preciosa que la majestad; ninguna hay mas considerable que una corona. ¿Y se arrepintió el Beato á la hora de la muerte de haber preferido su amada soledad al cetro mas sublime? Pero ¿y debió de arrepentirse? ¿En qué hubiera parado si hubiera muerto en el trono? ¡Ah! en lo que tantos otros monarcas, de quienes no ha quedado ni aun memoria de su nombre. Fue Santo; y por haberlo sido no solo es la veneracion, sino la envidia de los pueblos. ¡Ó mi Dios, y qué erradamente juzgamos! Pero siendo tan desacertados nuestros juicios, todavía lo son mas nuestras obras.

¡Ó dichosa suerte la de los Santos! Haced, Señor, que el ardiente deseo que tengo de lograrla, sea eficaz por vuestra divina gracia. Vos quereis que yo sea santo; tambien yo lo quiero ser, y estoy resuelto á vivir como los Santos vivieron.

JACULATORIAS. — ¡Oh, y cuánta verdad es que una sola cosa nos es únicamente necesaria! (*Luc. x*).

Dichoso aquel que toma el gusto á estas verdades, y que solo desea ser Santo. (*Psal. cxxvi*).

PROPÓSITOS.

1 No te contentes con amar, con estimar la santidad, y con alabar á los Santos. A esto se reduce todo el fruto que por lo comun se saca de las reflexiones que se hacen, y de los panegíricos que se oyen de sus virtudes. Toma desde luego una eficaz resolucion de imitarnos, y de trabajar en esta grande obra sin intermision y sin tardanza. Da principio á ella examinando si hay en tí algun estorbo para la salvacion. ¿Estás en aquel estado á que te llama Dios? ¿no sientes alguna inclinacion, alguna aficion, alguna comunicacion poco inocente? Tus ocupaciones, tu misma ociosidad, tus hábitos, tus amigos y tus diversiones, ¿te servirán acaso de algun impedimento? No dejes pasar el dia sin cortar y sin reformar todo aquello que pueda perjudicar á tu verdadera fortuna. Consulta con tu director cuál

es tu pasión dominante: este es el enemigo mas formidable de tu salvación, y así no hay que pensar en hacer nunca con él paces, ni treguas, ni en darle jamás cuartel.

2 No basta quitar todos los estorbos de la santidad, es menester aplicar todos los medios para ser santo, y poner desde luego manos á la obra. Examina, pues, los puntos siguientes. Primero: ¿cumples exactamente con tener todos los meses un día de retiro, y con visitar todos los días el santísimo Sacramento? Segundo: ¿qué tiempo dedicas á los ejercicios espirituales, y á la práctica de las buenas obras? Tercero: ¿qué fruto sacas de la frecuencia de Sacramentos? Cuarto: ¿cómo cumples con las obligaciones de tu estado? Ten presente que en el puntual cumplimiento de estas obligaciones consiste el medio principal de hacer grandes progresos en la virtud. Quinto: ¿visitas y socorres á los pobres? Jesucristo solo hace mención de las obras de misericordia, cuando habla de los siervos que han de entrar en los gozos del Señor. Sexto: la vida de los Santos es la mejor y la mas práctica lección para todo género de gentes. Hubo Santos de todas edades, de todas clases, de todos estados y de todas condiciones; escoge alguno de ellos para especial protector tuyo, y para que te sirva de modelo. El mejor modo de merecer la protección de los Santos es imitarlos: nunca leas sus vidas sin ánimo de practicar alguna de sus virtudes.

DIA VI.

MARTIROLOGIO.

LA OCTAVA DE LOS APÓSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO.

SAN ISAÍAS, profeta, en la Judea, el cual en tiempo del rey Manasés murió aserrado por medio del cuerpo, y fue sepultado al pié de la encina del Rogel junto á la corriente de las aguas. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL MARTIRIO DE SAN TRANQUILINO, mártir, padre de los santos Marcos y Marcelino, en Roma; el cual se convirtió á la fe católica por la predicación del mártir san Sebastian, fue bautizado por san Policarpo, presbítero, y ordenado de sacerdote por el papa san Cayo. Estando en oración en el sitio llamado la Confesión de san Pablo el día de la octava de los santos Apóstoles, en tiempo del emperador Diocleciano, lo prendieron los gentiles, y apedreándolo consumó el martirio.

SAN RÓMULO, obispo y mártir, discípulo de san Pedro, apóstol, en Fiesoli en Toscana; el cual enviado por el mismo Apóstol á predicar el Evangelio, y habiendo anunciado á Jesucristo en muchos pueblos de Italia, volvió á Fiesoli, y en tiempo del emperador Domiciano recibió la corona del martirio con otros compañeros.

SANTA DOMINICA ó DOMINGA, vírgen y mártir, en Campaña; la cual en el

imperio de Diocleciano, por haber hecho pedazos unos ídolos fue condenada á ser devorada por las fieras; pero no habiendo recibido de ellas daño alguno, la degollaron, y pasó al Señor. Su cuerpo se venera en Trope en la Calabria con suma devocion.

SANTA LUCÍA, mártir, natural de Campaña, en el mismo día; la cual siendo presa, y atormentada cruelmente por mandato del vicario RICIO VARO, le convirtió á Jesucristo: á estos se juntaron ANTONINO, SEVERINO, DIODORO, DION, y otros diez y siete compañeros en el martirio y en el galardón de la eterna corona. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN GOAR, presbítero y confesor, en una aldea de Tréveris. (*Véase su vida en las de hoy*).

SANTA LUCÍA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Segun escriben varios autores nacionales, fue Lucía, ilustre mártir de Jesucristo, natural de Campaña, una de las provincias de Italia, hoy de los Estados del Papa. Ausentóse de su patria la santa vírgen, en tiempo que los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron su cruel persecucion contra la Iglesia, y arribó á una de las ciudades de España llamada en la antigüedad Juliobriga, por la que entienden unos á Aguilar de Campos, y otros á Logroño, donde le pareció podria vivir tranquila para dedicarse á los ejercicios santos con que deseaba servir al Señor; pero corriendo la misma sangrienta persecucion por esta que por otras ciudades de España, delatada por cristiana, fue presa de orden del juez pagano. Insistió Ricio Varo (así llamado el juez) en que obedeciese los decretos imperiales; pero fueron tan sabias las razones que la santa vírgen expuso para excusarse de la sacrilega adoracion de las falsas deidades, y tan concluyentes en confirmacion de la verdad de la religion cristiana, que se convirtieron á la fe el juez, Antonino, Severino, Diodoro, Dion, Apolonio, Agamo, Papirano, Cotio, Orono, Dapimo, Satiro, Víctor y otros nueve compañeros. Daciano, hombre bárbaro y cruel, enviado por gobernador á España con el objeto de extinguir si pudiese el nombre cristiano, supo el inopinado suceso; delegó á otro juez para que severamente castigase á los ilustres Confesores, en caso de resistirse á sacrificar á los dioses romanos: hizo el delegado los mayores esfuerzos á fin de que obedeciesen los edictos imperiales. pero manteniéndose todos firmes y constantes en la fe, por su capital sentencia consiguieron la corona del martirio en el día 6 de julio del año 300.

No adoptan otros críticos lo dicho por los escritores de España, pues aunque convienen con ellos en el origen de esta ilustre Mártir

en Campaña, señalan á Roma por lugar de su triunfo, y en su dictamen Lucía, ó Luceya, de la que hoy se trata, es la misma de quien hace conmemoracion el Martirologio romano en el dia 23 de junio, cuyas actas refieren en estos términos: Cautivó cierto rey de los bárbaros, llamado Aceya ó Auceya, á la santa doncella, que tenia consagrada á Dios su virginidad desde sus tiernos años, siendo un modelo de virtud en su patria. Quiso violar su pureza, apasionado de su rara hermosura, pero habiéndole hecho presente Lucía que tenia un Esposo poderosísimo, que vengaria la injuria; luego que el bárbaro supo que era este Jesucristo, temeroso del Dios de los Cristianos, de quien tenia oido muchos portentos, por su respeto la dejó en libertad para que ejerciese las funciones de su religion. Lucía dió al Señor repetidas gracias agradecida de tan extraordinario favor como le dispensaba en el cautiverio, y valiéndose del indulto, se ocupaba en oracion, en vigiliass, en ayunos y penitencias.

Ocurrió á Auceya tener guerra con sus enemigos; y reconociendo el mérito de su esclava, la rogó interpusiese su mediacion para con el poderoso Dios que veneraba, á fin de que volviese victorioso. Verificóse así, segun le profetizó Lucía; y agradecido del favor, creció mas desde entonces su amor y respeto para con la Santa.

Pasados veinte años de su cautiverio, estando una noche Lucía en oracion, le reveló el Señor que convenia consumase su carrera en su patria con la gloria del martirio. Comunicó el celestial aviso á Auceya, rogándole se dignase concederle libertad para cumplir con la orden de su Dios. Entristeciósse el bárbaro al oir la súplica de su esclava, exponiéndole las infelicidades que le amenazaban, mediante á que debia á sus oraciones el que no fuese víctima del furor de sus contrarios; y manifestándole la santa vírgen, que si le agradaba pasar en su compañía, creyendo en el verdadero Dios que veneraban los Cristianos, le adoptaria por hijo, y le haria participante de su gloria; ilustrado aquel infiel superiormente en remuneracion de los oficios de caridad que practicó con la esposa de Jesucristo, dejó sus bienes y casa por ser siervo del Señor.

Llegó Lucía á Roma en tiempo que corria tan veloz como sangrienta la persecucion que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano; hizo públicamente confesion de la religion cristiana ante el tribunal del prefecto de la ciudad, llamado Elio, á quien expuso las misericordias que usó Jesucristo con ella en el cautiverio. Aplicó este tirano los mas eficaces medios de ventajosas promesas y terribles amenazas para rendirla á que sacrificase á

los dioses romanos, é insistió en sus porfías con particular empeño, hasta que viendo inútiles sus esfuerzos para vencer la constancia de la santa vírgen, mandó degollarla por los años 301 en el dia 6 de julio en que celebra la Iglesia su glorioso triunfo.

Presenció Auceya el injusto atentado; y deseoso de disfrutar los eternos premios que, segun las instrucciones de la Santa, sabia concedia Dios á los Mártires, se presentó voluntariamente á Elio, rogándole se dignase mandar ejecutar en su persona la misma sentencia que pronunció contra Lucía. Llenó de admiracion al Prefecto la resolucion del bárbaro, y aunque procuró disuadirle, á pretexto de serle imposible conseguir la dicha que fingian los Cristianos, porque segun su ley no estaba bautizado, bien enseñado Auceya de su esclava, que la efusion de la sangre en defensa de la fe supliria la virtud del Sacramento, insistió en su pretension en términos, que Elio desesperado de reducirle, providenció que le decapitasen con otros veinte y dos compañeros constantes en la misma confesion.

SAN GOAR, PRESBITERO Y SOLITARIO.

San Goar, á quien los alemanes llaman Gower, fue de una de las mas nobles familias de Aquitania, y nació por los años de 585. Proveyóle la naturaleza de sus mas exquisitas prendas, y la gracia de sus mas preciosos dones. A la natural amabilidad de su persona añadian mucho realce la vivacidad de su espíritu y la suavidad de su dulcísimo genio; pero lo que sobre todo le hacia mas amable era una virtud y una prudencia muy superior á sus años. Ni los lazos del mundo, ni los peligros de la mocedad sirvieron mas que para acrecentar el mérito y la admiracion de su virtud. Cobró horror al vicio desde que le conoció; su favorecida virtud fue la pureza; su modestia y cierto vergonzoso pudor, de que siempre estaba cubierto su semblante, inspiraban respeto aun á los mas disolutos; en su presencia ninguno tenia valor para pronunciar palabra menos pura. En fin, el ejemplo y la circunspeccion de sus primeros años eran presagio de la eminente santidad á que con el tiempo le habia de elevar la gracia, de que ya estaba prevenido.

A la verdad, puso el mayor cuidado casi desde la cuna en conservar su inocencia, fortificándola con la frecuencia de Sacramentos, con la oracion y con penitencias continuas. Siendo niño maceraba su carne con ayunos y con dilatadas vigiliass: toda la ocupacion de su corazon y de su espíritu era la meditacion y el estudio de las mas santas verdades de la Religion. El ardiente deseo de agradar á Dios

le preocupaba enteramente, siendo tanto mas admirada su virtuosa vida, cuanto era menos frecuente en las personas de su clase y de su edad.

A los principios tuvo que padecer algunas zumbas de otros iguales suyos, menos circunspectos y menos reservados que él; pero con la constancia y con el desprecio se libertó de esta persecucion, y logró tal dominio sobre todos los de su edad, que convirtió á muchos, haciéndolos mudar enteramente de vida.

Noticioso su obispo de que Goar no queria contraer empeño alguno en el mundo, se dió priesa por promoverle á los órdenes sagrados, pareciéndole que á un mismo tiempo honraba al estado eclesiástico, y hacia á su pueblo un importante servicio. El sacerdocio dió nuevo realce á la virtud de nuestro Santo, quien por su parte tampoco omitió medio alguno para sostener con su elevada virtud la augusta dignidad sacerdotal. No se vió sacerdote mas lleno de fe y de religion en el altar, ni mas santo en toda su conducta; lo que movió al obispo á echar mano de Goar para que le ayudase en las sagradas funciones de la dignidad episcopal, confiándole el ministerio de la predicacion.

Al ardiente deseo que tenia de la salvacion de sus hermanos, y á los grandes talentos con que el cielo le habia enriquecido para ganarlos á Dios, se siguieron inmediatamente insignes conversiones. Eran sus sermones enérgicos, llenos de mocion; y como se miraban sostenidos de sus ejemplos, hacian tanta impresion en los corazones, que no era posible oirlos sin convertirse; por lo que sus auditorios se deshacian en lágrimas, y ni pecadores, ni herejes, ni gentiles podian resistir á su celo.

Pero estos mismos felicísimos sucesos dieron materia á sus escrúpulos y á su temor. El tumulto inseparable de las funciones apostólicas y los aplausos que comunmente las acompañan, sobresaltaron su profunda humildad, y despertaron los deseos que siempre habia tenido de retirarse á un desierto. Resolvió, pues, alejarse de sus parientes cuanto le fuese posible, y buscar una apartada soledad donde pudiese dedicarse á Dios únicamente.

Partió, pues, el año de 618, y se retiró á los últimos confines del obispado de Tréveris, en las márgenes del Rhin, cerca del Oberwessel, donde con licencia del obispo fabricó una celda y una pequeña capilla para celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa. En esta soledad pasó algunos años dedicado á todos los ejercicios de la vida eremítica, ayunando continuamente, manteniéndose con

el trabajo de sus manos, cantando sin cesar las alabanzas de Dios, y algunas veces ocupando los dias enteros en la contemplacion de las verdades celestiales. Estando en esto sintió que se le volvía á excitar el deseo de trabajar en la salvacion de las almas; y como en los pueblos del contorno hubiese todavía muchos paganos, les predicó el Evangelio con tanto celo y con tanto fruto, que gran número de ellos abrazó el cristianismo.

Extendióse la fama de su virtud, y concurrieron muchos extranjeros deseosos de conocer y de tratar al santo anacoreta. Esto le puso en ocasion de ejercitar repetidas veces la hospitalidad particularmente con los pobres; y como su celo observó que esta caridad le proporcionaba ocasiones de ganar sus huéspedes para con Dios, tomó tanto gusto á esta virtud, que en adelante fue en parte su carácter; bien que no por eso desconcertó un punto el método y el orden de vida que se habia prescrito para la distribucion del dia.

Después de haber rezado todo el Salterio, celebraba el sacrificio de la misa, y habiendo cumplido con todas las demás devociones, empleaba el resto del dia en recibir con amoroso agasajo los peregrinos que se presentaban. Él mismo les guisaba y les servia la comida, y mientras estaban á la mesa era cuando hacia sus mas ilustres conquistas. Divertialos siempre con santas conversaciones; daba á cada uno saludables consejos, segun su particular necesidad, después les hacia rezar algunas oraciones con él, y no pocas veces les salía á despedir, y les iba á acompañar gran parte del camino, con tanto amor y con tanta bondad, que no le podian olvidar en toda la vida. Cuando llegaban á sus casas no se hartaban de contar lo que habian visto, oído y admirado en el amabilísimo ermitaño. Esta industriosa caridad dió ocasion á que le levantasen una calumnia.

Dos familiares del palacio de Rústico, obispo de Tréveris, mal impresionados contra san Goar, partieron á su soledad con pretexto de devocion; pero en realidad para observarle y para sorprenderle. Notaron que aquel buen sacerdote ponía gran cuidado en recibir con sumo agasajo á todos los forasteros; que por sí mismo les guisaba la comida; que decia misa muy de mañana á los que querian partir, y que tambien comia con ellos antes de la hora acostumbrada. No hubieron menester mas para despreciarle y para desacreditarle; vueltos á Tréveris, dijeron al obispo que el presbítero Goar era un hipócrita; que se regalaba muy bien, y que estaba muy distante de ser lo que parecia; pues léjos de profesar una vida verdaderamente eremítica, desedificaba á todos con sus profusiones y con sus condescendencias

puramente políticas y aseglaradas. Creyó el obispo, no sin alguna facilidad, á los delatores, y les dió orden de que le trajesen el escandaloso solitario, con resolucion de examinarle, de corregirle y de castigarle.

Volvieron los dos familiares á donde estaba el Santo; y para disimular el verdadero motivo de tan pronta como no esperada repetición de visita, le dieron á entender que informado el obispo de sus raras virtudes, tenia ansiosos deseos de verle, y por tanto le rogaban que se dignase ir en su compañía. Al principio el Santo por su profunda humildad se excusó; pero cuando le declararon que traian mandato expreso para llevarle consigo, respondió que obedecería sin réplica. Efectivamente el dia siguiente al rayar el alba les dijo misa, y presentó á sus huéspedes el desayuno con su acostumbrada bondad. Los familiares del obispo se negaron á tomarle con cierto aire de desden y menosprecio, diciéndole se admiraban mucho de que un hombre como él pensase en comer tan de mañana. *Hermanos míos*, les respondió el Santo, *no son todos los dias de ayuno y de abstinencia; yo lo hago por caridad; pero si vosotros quereis ayunar hoy por vuestra mortificación, no lleveis á mal que tome alguna cosa este otro pobre forastero. que tambien está para partir*. Los familiares, continuando en su papel de grandes ayunadores, no quisieron tomar bocado, y solo suplicaron al Santo que les echase en la alforja alguna cosa para tomar algo en el camino; lo que hizo de muy buena gracia, y marchó luego con ellos. Apurados del hambre y de la sed los dos caminantes, acudieron á su provision; pero se quedaron sorprendidos cuando por permission de Dios nada hallaron de lo que ellos mismos habian metido, y á vista de aquel castigo reconocieron su culpa. Viéndolos el Santo arrepentidos y avergonzados, consiguió de Dios, por otro nuevo milagro, que les diese con que socorrer su necesidad; y ellos no pudiendo resistir á tan repetidos prodigios, se arrojaron á los piés del Santo, confesáronle su depravado intento, y humildemente le pidieron perdon de su maldad. No les fue dificultoso conseguirle; mas dificultad costó desimpresionar al obispo de las especies en que le habian metido contra el santo solitario. Por mas que sus dos familiares le refirieron las dos maravillas de que ellos mismos habian sido testigos, no bastó para desengañarle; quiso pruebas mas auténticas de su santidad, y así le mandó alcanzase de Dios con su oracion, que un niño de dos años, á quien acababan de exponer, declarase quién era su padre. Por mas súplicas, ruegos y lágrimas que derramó nuestro solitario para que el obispo le dispensase de semejante oracion, le

fue forzoso obedecer, y su oracion fue despachada. Convencido el prelado de la santidad del siervo de Dios, se arrojó á sus piés; y lleno de estimacion y de respeto á su persona, se encomendó á sus oraciones.

Extendida por todas partes la fama de esta maravilla, llegó á oídos del rey Sigeberto II, que hizo llamar al Santo para oir de su misma boca la relacion del suceso. Vióse precisado nuestro solitario á pasar á la corte, y mostró en ella tanta discrecion y tanta capacidad, acompañada de tan singular modestia, que el Rey le cobró particular afecto y estimacion, resolviéndose desde entonces á sacar debajo del celemin aquella antorcha resplandeciente, y á colocar en las primeras dignidades de la Iglesia á un sugeto tan benemérito.

Luego que nuestro Santo llegó á entender el ánimo del Rey, no perdonó diligencia alguna para desviarle de aquel intento. Valióse de representaciones, de ruegos, de súplicas, de lágrimas; pero todo fue en vano, porque así el Rey como los prelados miraban mas el bien comun que á su humilde repugnancia. Ya le iban á consagrar, cuando echándose á los piés del Rey, le dijo: *Señor, no me negueis por lo menos el consuelo de retirarme por algunos dias á mi celda para consultar la voluntad de Dios, y una vez que la entienda, ejecutaré cuanto fuere del agrado de vuestra Majestad.* Movieron al Monarca las lágrimas del Santo; concedióle veinte dias de término, pero le mandó que pasado este volviese sin falta á Metz. Encerrado Goar en su ermita, empleó todo aquel tiempo en oraciones, en gemidos, en amargo llanto, solicitando incesantemente con el Señor que embarazase los intentos del Príncipe. Oyóle su Majestad, porque al acabarse el término de los veinte dias cayó en una enfermedad que le duró muchos años; y siempre que recibia alguna nueva orden de pasar á la corte, inmediatamente le repelia.

Durante el tiempo de esta dilatada enfermedad dobló su devocion y su fervor. No es fácil decir lo mucho que aprovecharon al público los grandes ejemplos que dió de todas las virtudes, singularmente de una heroica paciencia. Pero el piadoso rey Sigeberto, impaciente siempre por verle colocado en la silla episcopal de Tréveris, le envió orden para que pasase á la corte; mas el Santo, á quien ya le habia vuelto la calentura, dijo al que le traia la real orden, que bien podia volverse, pues él no saldria ya de su celda sino para la sepultura. El suceso verificó luego la profecía, pues antes que el enviado ó los enviados llegasen á la corte, se recibió en ella la noticia de su muerte; la cual fue como la de los justos, espirando en manos de

dos eclesiásticos que nunca se apartaron de él; y sucedió el día 6 de julio del año 649, á los sesenta y cuatro de su edad.

SAN ISAÍAS, PROFETA.

Isaías, cuyo nombre significa *salud del Señor*, es el primero de los cuatro profetas que se llaman *mayores*. Fue príncipe de la sangre real de la casa de David, é hijo de Amós, que era hermano de Amasías rey de Judá, y como advierte san Isidoro, no el que tiene nombre entre los doce profetas menores. San Juan Crisóstomo dice de Isaías que fue casado. San Antonino de Florencia lo confirma, diciendo que tuvo mujer é hijos. San Gerónimo quiere que fuese esta opinion de los hebreos, y que su mujer, segun ellos, fue profetisa, y tuvo en ella dos hijos llamados Jasub y Emanuel. Comenzó á profetizar, segun san Gerónimo, el año 25 del reino de Ozías rey de Judá, cerca de ochocientos años antes de la venida de Jesucristo, y continuó haciéndolo durante el de sus sucesores Joathan, Achaz y Ezechías casi por el espacio de sesenta y cuatro años. San Isidoro dice, que su vestido era de ordinario un cilicio, ó un saco, aunque tiempo vino, que mandándose lo Dios, como él mismo escribe de sí, se desnudó el cilicio, y anduvo sin vestido alguno y descalzo en presencia de todo el pueblo de Jerusalem: esto se entienda, dice Hecctorpinto, que traía cubierto su cuerpo en la parte que sin confusion no puede descubrirse: añadiendo que se cree anduvo así Isaías tres días figurando los tres años de guerra y calamidades que habia de padecer el Egipto y la Etiopia, contándose un dia por año, segun estilo profético, cuyos habitantes habian de ser destruidos por los asirios, y los que en vida quedasen llevados cautivos y desnudos como Isaías andaba. Y esto predicaba Isaías á los que vivian en Jerusalem para que no se atreviesen á ofender á Dios, confiando en que si les enviase el azote de la guerra podrian pedir favor á los egipcios y etíopes.

Consoló Isaías al rey Ezechías cuando el rey Senacherib le cercó en Jerusalem, y le anunció que levantaria el cerco con grave daño suyo, y así fue que un Ángel del Señor le mató en una noche ciento ochenta y cinco mil hombres, y él se volvió á su reino. Y estando en Nínive dentro de un templo de sus dioses fue muerto de sus propios hijos, sucediéndole todos estos daños porque blasfemó el nombre de Dios, diciendo no fiasen en él los vecinos de Jerusalem, porque no les podria librar de sus manos.

Al mismo rey Ezechías dijo tambien Isaías por mandado de Dios, que hiciese testamento y ordenase su casa, porque moriria presto.

El Rey oyendo esto con pena grande viéndose morir sin hijos, volvió su rostro á la pared, ó porque confinaba con el templo, ó por orar mas secretamente, é hizo oracion al Señor, pidiéndole con humildad, que se acordase como siempre le habia servido con perfecto corazon, y hecho en todo su voluntad, que no permitiese fuese tan presto su muerte. Diciendo esto el Rey derramó muchas lágrimas, y movido Dios á piedad mandó al Profeta que volviese á él, y le dijese, que habia oido sus ruegos, y compadecidose de sus lágrimas, y que revocaba la sentencia de muerte dada contra él, añadiendo otros quince años de vida, y que subiria al templo desde á tres dias. El temor de la muerte era tan grande en el Rey, que no habia de acabar de creer al Profeta, y así le dijo: «¿En qué veré yo que Dios me quie-
«re hacer semejante merced?» Díjole Isaías: «Escoge una de dos se-
«ñales, ó que el sol pase diez horas adelante viéndolo tú mismo en
«un reloj de sol, ó que las vuelva atrás.» El Rey respondió: «Que
«el sol pase adelante diez horas, poco se echará de ver, pues solo que-
«dan dos para anocheecer; y si vuelve atrás diez horas echarse ha mu-
«cho de ver, por haber las mismas diez horas que salió: hágase esto; y
«así se hizo.» De manera que tuvo aquel dia diez horas mas que habia de tener haciendo aquella vuelta en brevisimo tiempo. Y así viendo el Rey la sombra, que señalaba las diez, en un improviso la vió que señalaba á la una, y en esto conforme á la cuenta de Palestina, que contaban la una cuando salia el sol por la mañana, y las doce cuando se ponía á la noche. No fue falso lo que dijo Isaías al Rey de que moriria dado que vivió, porque en lo que dijo habia de ser mirado el orden de las causas segundas, de tal manera que medicina ni remedio humano bastara á darle vida, y solo Dios que es primera causa se la dió.

Pasaron los quince años y murió el rey Ezechías, y quedó en el reino Manasés su hijo; quien aunque al fin de su vida hizo penitencia de sus pecados, por los cuales permitió Dios que fuese llevado cautivo á Babilonia, al principio de ella fue malísimo. Adoró ídolos, hizo que otros los adorasen, edificóles templos y altares, mató á muchos profetas, y derramó tanta sangre inocente, que, como se refiere en el cuarto libro de los Reyes, la ciudad de Jerusalem se bañó toda de ella. Entre otros, pues, á quien quitó la vida, segun dice san Agustín, fue al profeta Isaías, su pariente y cuñado. La ocasion que tuvo Manasés para matarle, siéndole tan conjunto en afinidad, fue, que en sus sermones llamaba al Rey y á los que gobernaban la ciudad, principes de Sodoma, y al pueblo, pueblo de Gomorra. Y tambien

que estando escrito en la ley, que dijo Dios á Moisés, «nadie puede ver mi rostro y vivir,» Isaías dijo públicamente, y lo dejó escrito, «ví al Señor rostro á rostro.» De manera, que como á blasfemo, y que decia lo contrario que en su ley estaba escrito á su parecer (engañándose en ello, pues lo que la ley decia en su tiempo fue verdad, y lo que dijo Isaías tambien lo fue), le mandó matar. El modo de su muerte, segun dice san Cipriano y otros Santos, fue aserrado y partido por medio del cuerpo, siendo ya Isaías de edad de cien años. En particular dice san Isidoro, que comenzaron á aserrarle por la cabeza. El Maestro de las historias siente que la sierra era de palo, porque el tormento durase mas tiempo. Dice tambien que fue junto á la fuente de Siloé, y que estando en el martirio pidió agua, la cual le negaron sus atormentadores, y que Dios de lo alto le envió un rocío suave, que cayó en su boca, con que se refrigeró algo, y espiró. Añade mas el Maestro, que el llamarse aquella fuente Missus, que significa cosa enviada, como la nombra san Juan, cuando cuenta el milagro que hizo Jesucristo del ciego que sanó enviándole á lavar á Siloé, tuvo origen de este rocío y agua que envió Dios al profeta Isaías estando en su martirio. San Epifanio y Doroteo Tirrio con el Maestro dicen que al tiempo que el rey Sennacherib cercó la ciudad de Jerusalem, como se ha referido, que puso sus reales no lejos de la ciudad, y sus gentes discurrían de unas partes á otras, y llegaban á razonar con los de dentro que estaban por los muros fortalecidos, y en guarda sin osar salir de día, aunque salían de noche á esta fuente de Siloé por agua, á la cual los gentiles iban tambien por agua de día, y que por oracion del profeta Isaías, que estaba en la ciudad, hizo Dios milagro; y fue que los judíos hallaban la fuente con agua, cuando salían por ella, y los paganos la hallaban seca. Y que tambien quedó por memoria de este milagro lo que antes no sucedia en la fuente sino después, que manaba á unos tiempos, y no á otros. Y por esta razon fue sepultado Isaías junto á la corriente de esta misma fuente de Siloé, debajo de un roble; pretendiendo los que le sepultaron, que era gente dada al servicio de Dios, que por sus méritos y ruegos gozasen siempre del beneficio de las aguas de Siloé.

El principal objeto de la profecía de Isaías es dar noticia de los misterios de nuestra fe, y en particular de la venida del Hijo de Dios al mundo y de su muerte, la abrogacion de los sacrificios y ceremonias de la ley vieja, y vocacion de la gentilidad. Y tan clara y puntualmente habla Isaías de los misterios de la venida del Hijo de Dios al mundo, de su encarnacion, predicacion, milagros, vida y muerte,

resurreccion y gloria, que, como dice san Gerónimo al principio de su Comentario, mas parece evangelista que profeta. Así es que el mismo Hijo de Dios echó mano antes de este Profeta que de otros, poniéndose á leerle y declararle públicamente en la sinagoga de su patria y tierra, como refiere san Lucas.

Con mucha razon Isaías es tenido por el profeta mas elocuente: su lenguaje es conforme á la nobleza de la regia estirpe de que descendia, admirable por la variedad de sus visiones, por la sublimidad de los sentimientos y por la fuerza de sus demostraciones. Grocio le compara á Demóstenes tanto en la pureza como en la vehemencia del estilo.

Su profecía contiene sesenta y seis capítulos; segun Sixto Senense su muerte fue cerca de los años de la creacion de 3240. De su profecía usa la Iglesia en las lecciones de los maitines del adviento y misas entre año. Hácese de él mencion en el cuarto libro de los Reyes, en el segundo del Paralipómenon y en el Eclesiástico: todos cuatro Evangelistas le nombran. Y san Pablo escribiendo á los hebreos en el cap. xi, v. 37, parece que hace alusion á Isaías cuando hablando de las persecuciones dice: *Fueron aserrados*, usando del plural por el singular, como muchas veces se usa en la Escritura.

La Misa es en honor de san Goar, y la Oracion la siguiente:

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Goardi confessoris tui solemnitate deferimus: ut qui nostrae justitiae fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, favorablemente las supplicas que te hacemos en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado Goar, para que, no confiando en nuestra justicia, seamos favorecidos por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradarte. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo xxxi del Eclesiástico, pág. 111.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corre tras el oro. Seguramente que se libra de mil ansias, de mil cuidados, de mil desvelos, de mil inquietudes y de mil pesadumbres. ¿Cuándo se ha de acabar de conocer la insubsistencia, la vanidad, la ilusion de esa sombra, de esa fantasma que se llama fortuna, tras la cual se corre hasta consumirse y exhalararse? ¡Si á lo menos se quisiera hacer alguna reflexion sobre aquellos afanes, sobre aquellos amargos y crueles sobresaltos, que son en

rigor la única renta, el único fruto que producen los inmensos gastos que se hacen en ese comercio!

Quiérese hacer fortuna; espérase igual dicha á la que lograron otros que no comenzaron con mayor caudal. Domina la ambicion; persuádese el ambicioso que le sobran genio y talentos; todo se le representa fácil al arrojado. Es el comercio un mar tempestuoso, está sembrado de escollos, hiciéronle famoso los naufragios; no importa, ni por eso se teme embarcarse en él; échase la cuenta de que cuando los vientos soplen contrarios, se navegará á fuerza de remos, y que á pesar de los piratas y otros mil peligros se arribará dichosamente al puerto.

No es menester especificar aquí por menor todas las fatigas. Un negociante deja estampado su retrato en cualquiera parte donde esté. El aire enajenado, enfadoso y taciturno, el semblante sombrío y solitario, los ojos siempre encendidos, todos los modales tan embarazados, que tácitamente están despidiendo á cuantos no traten de empréstito, de canje y de interés. A vista de esto, con mucha razon se puede preguntar, ¿si hay en el mundo estado mas penoso, ni mas austero, y aun se puede añadir, si le hay mas trabajoso ni mas ingrato?

No les basta el dia para sus fatigosas ocupaciones; niéganse á sí mismos el descanso que no niegan á sus esclavos. La noche disputa al dia los afanes; quietud, sueño y comida, todo se interrumpe por el negocio: pagas, comisiones, letras, libros de caja, todo los tiene en una esclavitud, en una servidumbre que apenas les deja tiempo para acordarse de que son cristianos. Serian menos duras estas penalidades si á lo menos por algunos momentos se pudieran separar de su corazon las inquietudes; pero en mar tan proceloso, ¿qué dia ama-nece sereno? ¿qué hora se puede esperar de calma? Ni son ya lo que mas se teme las tempestades y los naufragios; mayores y mas justos sobresaltos causan las manos de otros hombres. Véanse cási siempre obligados á fiar toda su hacienda, y aun la ajena, á la buena fe de un desconocido, en un tiempo en que reina en todas partes la codicia, y en que es tan rara la exacta hombría de bien en todas ellas. Confesemos que las riquezas son un fondo inagotable de inquietud y de amargura. ¡Ó mil veces bienaventurado aquel que no corre tras el oro!

El Evangelio es del capítulo XIII de san Lucas.

Aderant autem quidam ipso in tempore, nuntiantes illi galilaeis, quorum

En el mismo tiempo vinieron algunos á darle noticia de aquellos galileos.

sanguinem Pilatus miscuit cum sacrificiis eorum. Et respondens, dixit illis: Putatis quod hi galilaei prae omnibus galilaeis peccatores fuerint, quia talia passi sunt? Non dico vobis: sed nisi poenitentiam habueritis, omnes similiter peribitis. Sicut illi decem et octo, supra quos cecidit turris in Siloé, et occidit eos: putatis quia, et ipsi debitores fuerint praeter omnes homines habitantes in Jerusalem? Non dico vobis; sed si poenitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.

cuya sangre mezcló Pilato con la de sus sacrificios. Y él respondiendo, les dijo: ¿Pensais vosotros que estos galileos hayan sido mas pecadores que los demás galileos, porque padecieron tal castigo? Os digo que no; pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos de la misma manera. Como aquellos diez y ocho hombres, sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató: ¿creéis que tambien estos fuesen mas reos que todos los demás hombres que habitaban en Jerusalem? Os digo que no; pero si no hiciéreis penitencia, pereceréis todos de la misma manera.

MEDITACION.

De la indispensable necesidad de hacer penitencia.

PUNTO PRIMERO. — Considera la energía, la precision y la universalidad de este oráculo: *Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis.* Necesidad, por decirlo así tan indispensable como la de la fe, la del bautismo y la de la gracia final para salvarse. *Háblase respecto de los adultos.* No hay edad, no hay condicion, no hay estado que se exima de ella. La proposicion es general, y tambien lo es la necesidad. Ó eres pecador, ó eres inocente. Si pecador, ¿cómo te atreverás á prometterte el perdon sin la penitencia? Si inocente, y aun no has pecado, puedes pecar; y esto basta para que la penitencia te sea indispensable. ¡Ah! que la inocencia es un tesoro guardado en vasos frágiles sumamente quebradizos; no hay cosa mas preciosa que este tesoro, pero tampoco la hay mas frágil que estos vasos, contra los cuales parece que todo va á tropezar. ¡Ó mi Dios, y cuántos enemigos tenemos siempre alerta y emboscados siempre! En la vida todo es peligros, todo lazos, escollos todo. Dentro de nosotros mismos llevamos el enemigo de nuestra salvacion, siempre de inteligencia con los sentidos, siempre dócil á la impresion de los objetos exteriores, siempre de acuerdo con el amor propio. En la misma sangre contraemos la inclinacion á lo malo. Todo es tentacion, y la vida del hombre es una continua guerra que solo se acaba con la muerte. El que no quiere ser vencido no puede dejar las armas de la mano; y si no se vela sin cesar contra un enemigo que jamás se duerme, es preciso que nos sorprenda. El aire que respiramos es contagioso; son pocos los objetos que no despidan de sí algunos hálitos malignos; no puede estar

seguro el que se expone á ellos sin preservativos y sin precauciones. Esos preservativos, sin los cuales corre peligro la vida; esas armas, sin cuya defensa seguramente nos herirá el enemigo; esa vigilancia, esos esfuerzos, esa violencia, de que ninguno debe considerarse dispensado, es la penitencia. Es preciso velar y orar sin cesar; es preciso mortificar el cuerpo del pecado, reprimir los sentidos, domar las pasiones, todas á cual mas rebeldes. ¿Qué te parece? ¿consérvase por largo tiempo la inocencia sin el auxilio de la penitencia? Y si se ha pecado, ¿se podrá excusar este socorro? El incomprensible rigor de las penas del infierno y su eterna duracion aun no son suplicio excesivo para castigar un solo pecado mortal; y una alma manchada con millares de millares de gravísimas y de feísimas culpas, ¿presumirá conseguir el perdon sin hacer penitencia? ¡Qué locura! Cuéntase con los méritos de Nuestro Señor Jesucristo; es así; porque sin estos méritos, ¿qué podíamos nosotros esperar? pero ese mismo Salvador, ese Padre de las misericordias nos declara expresamente, que con toda su misericordia, si no hacemos penitencia, todos pereceremos infaliblemente. ¿Has comprendido bien la fuerza y el sentido de este oráculo?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la condicion habla con todos los estados: *Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis*. La generalidad es sin excepcion. Grandes del mundo, criados en el seno de la delicadeza y del esplendor; ante quienes todos se doblan, todos se arrojan, todos se postran, y que ignorais hasta las voces de mortificacion; *si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis*. Poderosos del siglo, vosotros que vivís en medio de la abundancia, rodeados de la magnificencia, anegados en gustos, nadando en diversiones; vosotros, á quienes todos lisonjean, todos aplauden, todo se muestra risueño, pasando los dias en la ociosidad, en la alegría y en el regalo; *si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis*; todos, sin que se tenga respeto ni á la grandeza de vuestro nombre, ni al esplendor de vuestro nacimiento, ni á la delicadeza de vuestra complexion. Damas del mundo, á quienes estremece, á quienes pone horror el nombre solo de penitencia; vosotras, que consumís todos los dias de la vida en eternas inutilidades, en juegos, en cortejos, en pasatiempos, en espectáculos; vosotras, que á costa de infinitos afanes cultivais la hermosura, la brillantez, la frescura y la viveza del color; vosotras que promoteis la sensualidad hasta lo mas refinado de la delicadeza; *si no hiciéreis penitencia, todas pereceréis*, todas sin excepcion. Hombres de

negocios, comerciantes, pobres oficiales á quienes ocupa toda la vida la codicia, el amor al interés y el ansia de hacer fortuna; *si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis*; hasta los mas infelices mendigos, hasta los que viven como abismados en lo profundo de la miseria, si se han de salvar, han de hacer penitencia. Argúyase, sutilícese, intérpretese cuanto se quisiere; es un oráculo que no se puede eludir, es un decreto claro y preciso, que de todos se deja entender. Vosotros, seais lo que quisiéreis, si no hiciéreis penitencia, y una penitencia proporcionada á vuestras culpas, á vuestras necesidades, y una penitencia sincera y constante, todos pereceréis. Por mas que te quieras atolondrar, por mas que te quieras aturdir, por mas que te quieras revolver contra esta moral, no hay cosa mas cierta ni mas infalible que este oráculo: *Los cielos y la tierra pasarán; pero las palabras de Jesucristo se mantendrán inmutables.*

Haced, Señor, que tambien se mantenga inmutable la impresion que estas vuestras divinas palabras han hecho en mi corazon y en mi espíritu. Conozco la indispensable necesidad en que estoy de hacer penitencia, y que esta necesidad es mayor en mí que en otro alguno. ¡Ah Señor, que he pasado sin hacerla la mayor parte de mi vida! Recibid, Padre de las misericordias, la que resuelvo hacer el resto de ella, con el favor de vuestra divina gracia.

JACULATORIAS. — Regaré, Señor, el lecho con mis lágrimas, y pasaré las noches en un continuo llanto. (*Psalm. vi*).

Voy, Señor, á resarcir los años perdidos, reparándolos con la penitencia y con la amargura de mi corazon. (*Isai. xxxviii*).

PROPÓSITOS.

1 Espanta el nombre solo de penitencia. Ayunos, abstinencias, cilicios, sacos, disciplinas, maceracion de la carne, industrias ingeniosas de mortificacion, todo asusta, todo sobresalta nuestra delicadeza. Pero ¿nos dispensará esta de la obligacion de hacer penitencia? ¡Cosa extraña! Se peca, se vive divertidamente, delicadamente, regaladamente, y se muere sin haber hecho ninguna penitencia. Pues ¿cuál ha de ser nuestra suerte? Ó hemos de ser eternamente condenados, ó va por tierra la palabra de Jesucristo. Compon, si puedes, nuestra impenitente vida con esta infalible prediccion: *Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis*. No te engañes miserablemente: de cualquiera edad, de cualquier estado, de cualquiera condicion que seas, ten por cierto que infaliblemente te condenarás, si no hicieres peni-

tencia; y comiéndala á hacer sin dilatar un solo dia, si no quieres ser condenado. Da principio por un vivo y sincero dolor de tus culpas, que es la penitencia del corazon; pero no basta eso por lo comun: esa contricion, ese dolor, ese arrepentimiento y esa penitencia de corazon acompáñala con la mortificacion del cuerpo, de los sentidos y de la delicadeza. Las penitencias, por decirlo así, de obligacion, han de preceder á todas las demás; ayunos de la Iglesia, que son penitencias de precepto, cuaresmas, cuatro témporas y dias de abstinencia, en esto nunca te has de dispensar. Pero ¿te incomodan un poco estos preceptos? mejor; eso es lo que pretende la Iglesia; por eso se imponen los ayunos y las abstinencias para incomodar la sensualidad y el amor propio; no pretende la Iglesia matarte, sino mortificarte. Si no sintieras algun trabajo, no seria penitencia. Pero ¿serán legítimas todas esas dispensaciones? ¿muchas de ellas no serán subrepticias? ¡Ó mi Dios, y qué de achaques aparentes, qué de relaciones abultadas se nos han de representar á la hora de la muerte!

2 No te contentes con las penitencias de obligacion, añade á ellas algunas voluntarias. Buena penitencia es sufrir sin hablar palabra. llevar con paciencia el mal humor de aquellos con quienes vives y con quienes tratas, sus contradicciones, sus injurias y sus desprecios. Los instrumentos de mortificacion para macerar la carne no se hicieron solamente para los claustros religiosos, tambien son muy convenientes á los seglares; razon es que donde hay mas pecados haya tambien mas penitencia. Si lo consultas con tu amor propio, no habrá penitencia que no te haga daño; consulta el punto con tus enormes culpas, y hallarás que por mas penitencias que hagas, por austera y por mortificada que sea tu vida, siempre quedarás deudor á la divina Justicia. La penitencia debe ser una virtud ordinaria á todos los cristianos; no se pase dia sin que hagas alguna; mortifica tus sentidos, tus ojos, tu lengua, tu apetito, tu gusto y tus pasiones; haz algun sacrificio cada dia, acordándote siempre que irremisiblemente perecerás si no hicieres penitencia. *El reino de los cielos padece fuerza, y solamente le arrebatan los que se hacen violencia.*

DIA VII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES CLAUDIO, alcaide de una cárcel, NICÓSTRATO, protónotario, CASTORIO, VITORINO Y SINFORIANO, en Roma; á los cuales san Sebastian convirtió á la fe de Jesucristo, y bautizó el santo presbítero Policarpo.

Como se ocupasen en buscar y recoger los cuerpos de los santos Mártires, los mandó prender el juez Fabiano, y por diez dias con halagos y amenazas les estuvo persuadiendo á que volviesen al culto de los dioses; pero como no pudiese apartarlos de su propósito, después de haberlos puesto por tres veces al tormento, los mandó arrojar al mar.

LOS SANTOS MÁRTIRES PEREGRINO, LUCIANO, POMPEYO, ESICHIO, PAPIO, SATURNINO Y GERMANO, en Drazzo de Macedonia; siendo de nacion italianos, se acogieron á aquella ciudad huyendo de la persecucion de Trajano, y como viesen en ella crucificado á san Astio, obispo, confesaron públicamente que eran cristianos, y el presidente de aquella provincia mandó prenderlos, y arrojarlos al mar.

SAN BENEDICTO XI, del Orden de Predicadores, en Perusia; el cual en el corto tiempo de su pontificado promovió maravillosamente la paz de la Iglesia, el restablecimiento de la disciplina, y el aumento de la Religion. *(Antes de subir á la cátedra de san Pedro se llamaba Nicolás Bocasini, y era hijo de un pastor, ó segun algunos de un escribano de Treviso. Nació en 1240, y á los catorce años tomó el hábito de Padres Predicadores. En 1303 fue elevado al solio pontificio, cuyo elevado cargo nada cambió en su género de vida, siendo su humildad tan extraordinaria que, habiéndosele presentado en cierta ocasion su propia madre ataviada, no quiso conocerla hasta que volvió á su presencia con el modesto traje que tenia de costumbre. Murió envenenado en 1304 á los sesenta y tres años de edad, habiendo ocupado la cátedra pontificia ocho meses y algunos dias).*

LA GLORIOSA MUERTE DE SAN PANTENO, varon apostólico, de mucho saber, en Alejandria; el cual tuvo tan grande amor á la palabra de Dios, que encendido en celo y caridad, partió á predicar el Evangelio á las mas remotas regiones del Oriente: finalmente habiendo vuelto á Alejandria, murió en paz en tiempo de Antonino Caracalla. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN APOLONIO, obispo y confesor, en Brixia.

SAN WILLEBALDO (ó WILBALDO, primer obispo de Aichstadt, en Sajonia; el cual juntamente con san Bonifacio trabajó en la predicacion del Evangelio, y convirtió muchas gentes á la fe católica. *(Véase su vida en las de hoy).*

SAN ILIDIO, obispo, en Clermont de Auvernia.

SAN ODON, obispo, en Urgel, en la España Tarraconense. *(Véase su vida en las de este dia).*

SAN EDAS ó EDDAS, obispo de la Sajonia occidental, en Inglaterra.

SAN PEDRO FORERIO, canónigo regular del santísimo Salvador, en Gray en Borgoña; esclarecido por sus virtudes y milagros.

SANTA EDILBURGA, virgen, en Inglaterra; hija de Anna, rey de los est-anglos.

SAN FERMIN, OBISPO Y MÁRTIR.

Fue san Fermin natural de Pamplona, y su familia una de las mas nobles del país. Su padre Firmo ocupaba uno de los primeros cargos en el gobierno de la ciudad y del senado, ni era de menos ilustre nacimiento su madre Eugenia; pero ambos tenian la desgracia de ser idólatras, como todo el resto de la ciudad, en la cual aun no se

habia anunciado el Evangelio. Iban un dia juntos al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificios en compañía de los demás ciudadanos, y en el camino, por dichosa disposicion de la divina Providencia, encontró á un sacerdote de Jesucristo, llamado Honesto, que estaba predicando al pueblo el Evangelio de la salvacion. Detúvolos la curiosidad de oir al extranjero, cuya gravedad, cuya dulzura y cuya modestia les llevó desde luego toda la atencion, pero mucho mas los arrebataron las nuevas, pero grandes verdades que le estaban escuchando. Acabado el sermon le suplicaron se sirviese ir á su casa, para explicarles á ellos mas despacio y mas en particular lo mismo que en general y rápidamente le habian oido anunciar á la muchedumbre. Condescendió gustoso san Honesto, pasó á casa de Firmo, y este le preguntó quién era, de dónde venia, y con qué autoridad intentaba exterminar la antigua religion que todos profesaban para introducir otra nueva. Respondió á todo generosamente: que era cristiano, que venia de Tolosa, que con mucha honra suya era capellan del santo obispo Saturnino, discípulo de los Apóstoles, quien le habia enviado para disipar las tinieblas del error en que vivian, y para descubrirles el camino de la vida eterna. Encantado el senador de su santa conversacion, le manifestó el gusto que tendria en conocer y en tratar al obispo Saturnino, y dió esperanzas de que recibiria el Bautismo. Prometióle Honesto que le cumpliria este gusto, y que solicitaria al santo Obispo le viniese á ver. Con efecto siete dias después entró en Pamplona san Saturnino. Luego que predicó públicamente á Jesucristo, refiérese en sus lecciones que en solos siete dias se convirtieron á la fe cuarenta mil personas, á ejemplo de Firmo, Fausto y Fortunato, todos tres senadores y primeros magistrados de la ciudad. Edificóse una iglesia, que á pocos dias fue necesario hacerla mas capaz, y en breve tiempo abrazó la religion cristiana toda la ciudad de Pamplona. Restituyéndose san Saturnino á Tolosa, dejó á cargo de Honesto el cuidado de aquel rebaño, cuyo principal ornamento era Firmo y toda su familia, por el celo y por la piedad que resplandecia en toda ella.

Tenia Firmo un hijo llamado Fermin, que á la sazón solo contaba diez años de edad; y deseando asegurarle una santa educacion, le entregó á la enseñanza del santo presbítero Honesto, de cuyas manos habia recibido el Bautismo el mismo niño Fermin. A favor de tan noble magisterio, de su excelente ingenio, y de su bello natural, hizo Fermin en breve tiempo tan rápidos como ventajosos progresos. Descubrió muy desde luego una como natural inclinacion á

todo lo bueno; tanto, que por su virtud, por su tierna devocion, y por su amor á la pureza, reconocieron todos tenerle destinado Dios para ser con el tiempo digno ornamento de la santa Iglesia. Fue admitido en el clero á la misma entrada de su florida juventud, y á los diez y ocho años de su edad ya predicaba con admiracion del público, cuando la avanzada edad y los achaques de san Honesto no le permitian ejercer este ministerio. Creciendo con los años la virtud, y manifestándose cada dia mas y mas sus singulares talentos, determinaron sus padres enviarle á Tolosa, para que bajo la disciplina de Honorato, obispo de aquella ciudad, y sucesor de san Saturnino, se perfeccionase en el estado eclesiástico. Edificado el obispo de Tolosa así de la virtud, como del extraordinario mérito del discípulo de san Honesto, y conociendo sus raras eminentes prendas, resolvió elevarle á los sagrados órdenes; y despreciando las resistencias de su profunda humildad, le ordenó primero de presbítero, y después le consagró obispo de Pamplona. Envióle á cuidar de su rebaño, y al despedirle, le dijo: *Alégrate, carísimo hermano, porque Dios te ha escogido para vaso de eleccion. Siendo ya pastor de las almas, por la gracia del Señor, parte inmediatamente á tener cuidado de tu grey, y desempeña con fidelidad el sagrado ministerio que Dios te confia en tu consagracion.*

No se pueden explicar las demostraciones de alegría con que fue recibido de su pueblo. Comenzó luego á cumplir con las funciones de su estado; y desde que se dejó ver en el púlpito, conocieron todos que Dios les habia dado por pastor á un nuevo apóstol. Recorrió luego toda la diócesi, haciéndose todo á todos por ganarlos á todos para Jesucristo. La misma idolatría, que estaba como atrincherada en aquellas faldas de los Pirineos, parecia ahora como que iba huyendo delante de san Fermin. Arruinó muchos templos, hizo pedazos los ídolos, y fue tanto el número de las conversiones, que en muy breve espacio de tiempo se llenó todo el país de fervorosos cristianos.

Animado su celo con tan felices sucesos, juzgó ser estrecho campo toda la Navarra para satisfacer los incendios de su ardor. Ordenó suficiente número de presbíteros, para que cuidasen de aquella nueva cristiandad; y penetrado su corazon con las palabras de Cristo: *Id, y enseñad á todas las naciones*; resolvió partir á llevar la luz de la fe á los gentiles, esperando hallar entre ellos la corona del martirio. Entró en las Gaulas, donde estaba furiosamente encendida la persecucion contra los Cristianos; y llegando á la ciudad de Agen, se encontró con un santo presbítero, llamado Eustaquio, que le de-

tuvo algun tiempo, para confirmar á los fieles en la fe, y disponerlos para la persecucion, que á manera de un fuego violento y arrebatado se iba extendiendo por todas las Gaulas. Salió de Agen, y pasó á la Auvernia, desafiando los peligros, predicando la fe de Jesucristo con una intrepidez que admiraba á los mismos paganos, y atacando la idolatría hasta en aquellas fortalezas en que reinaba con mayor imperio.

Hallándose en una ciudad de Auvernia, tuvo una célebre disputa con dos gentiles de los mas considerables, y de los mas obstinados, que se llamaban Arcadio y Rómulo. Mostróles san Fermin tan clara y tan evidentemente la locura y los errores del paganismo, haciéndoles al mismo tiempo tan palpable evidencia de la verdad y de la santidad de nuestra Religion, que los convirtió, y habiéndolos instruido, les confirió el Bautismo: conquista que ganó para Jesucristo la mayor parte de los pueblos de aquella nacion. Animado el santo Apóstol á nuevos trabajos con estas conquistas, se transfirió á Angers, donde en quince meses de residencia consiguió grandes victorias de la idolatría, haciendo entrar en el rebaño de Jesucristo inmenso número de ovejas escogidas. Como ningun estorbo era capaz de detener ni de moderar la actividad de su celo, apenas ganaba un pueblo para Jesucristo, cuando corria á otros para plantar en ellos el estandarte de la fe. No es fácil explicar lo mucho que padeció en estas excursiones apostólicas. Privado de todo humano consuelo, oprimido de fatigas, agobiado al peso de los trabajos, perseguido y maltratado de los paganos, y en continuo peligro de la vida, nada fue bastante para poner límites á su fervor y á su celo. De la provincia de Anjou pasó á la de Normandía, donde esparció por todas partes las luces de la fe, haciendo tan prodigiosa multitud de conversiones, que con razon se le puede apellidar el Apóstol de aquella provincia, como de muchas otras.

Creciendo en Fermin cada dia mas y mas el fervoroso deseo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo; noticioso de que el presidente Valerio, enemigo mortal del nombre cristiano, perseguia á los fieles en el Beauvais con extraordinaria crueldad, voló apresuradamente, no dudando encontrar con la suspirada corona del martirio. Con efecto, luego que llegó, fue reconocido por cristiano, y habiendo sido denunciado como tal en el tribunal del Presidente, fue encerrado de su orden en una horrorosa cárcel. Pero no bastaron á satisfacer la insaciable sed que tenia de padecer ni las incomodidades de la prision, ni los tormentos que le hicieron sufrir en ella. Perse-

veró preso y encadenado hasta la muerte del presidente Sergio, sucesor de Valerio, con cuya ocasion los mismos ciudadanos le pusieron en libertad. Aprovechándose de ella san Fermin, predicó públicamente la fe de Jesucristo en Beauvais con tanta bendicion y con tan felices sucesos, que se edificaron muchas iglesias. Corrió después toda la Picardía y una parte de los Países Bajos con el mismo celo y con igual fruto en todas partes, hasta que en fin entró en Amiens, teatro destinado por la divina Providencia para dichoso término de sus apostólicas fatigas.

Luego que llegó juntó un rebaño de que él mismo fue el primer pastor. En los tres primeros dias que predicó, convirtió tres mil personas. No contribuian poco á tan admirables sucesos los milagros que acompañaban á su predicacion. No habia resistencia á las palabras del Apóstol. Los ídolos caian y se hacian pedazos á sus piés; los demonios dejaban los cuerpos que poseian, solo con ponerse delante de san Fermin; no habia enfermedad que al instante no curase, invocando el nombre de la santísima Trinidad; y era tan crecido el número de los prodigiós, que los gentiles le tenian por algun Dios, como en otro tiempo lo hicieron con san Pablo y san Bernabé. Resonaban en toda la ciudad el nombre y las maravillas del santo Obispo. Llegó á noticia del gobernador de la provincia (á quien algunos llaman Juliano) lo que pasaba en Amiens, y mandó arrestar á nuestro Santo. Teniéndole en su presencia le preguntó en nombre de quién hacia los milagros; á que respondió Fermin con santa intrepidez, que en nombre de Jesucristo, único Dios verdadero, y Redentor de todos los hombres. Tomando después ocasion para hablarle á fondo de nuestra sagrada Religion, lo hizo con tanta valentia, con tanta elocuencia, y con tanta majestad, que enamorado el mismo Gobernador de lo que oia, mandó que le dejasen ir libre. Pero apenas salió del pretorio, quando en la misma plaza de palacio comenzó á predicar la Religion; de que informado el Gobernador, encendido y atizado por los señores gentiles que estaban cerca de su persona, ordenó que echasen mano de él, y que le encerrasen en un calabozo, donde consoló Dios maravillosamente á nuestro Santo, revelándole que presto recibiria el premio de sus trabajos con la corona del martirio. Así sucedió, porque el dia siguiente el Gobernador, temiendo alguna sedicion si le ajusticiaban en público, le mandó cortar la cabeza en la misma cárcel, lo que aconteció el dia 25 de setiembre, en que se celebra su fiesta en varias partes. A esto añade Usuardo el nombre de este gobernador, que era Rixio Varo, y que antes de dar

muerte á san Fermin probó su constancia con crueles tormentos.

Cierto señor, por nombre Faustiniano, al cual con un hijo suyo, que tambien se llamaba Fermin el Santo habia convertido, halló medio para apoderarse del cuerpo que mandó enterrar en una de sus heredades, de donde poco tiempo después fue trasladado á una iglesia que el mismo san Fermin habia dedicado á Nuestra Señora. Por muchos siglos permaneció desconocido el santo cuerpo en aquel lugar. En fin, después de una larga serie de años, no sabiendo ya los Cristianos dónde paraba aquel precioso tesoro, Salvio, obispo de Amiens, hombre de eminente virtud, resolvió descubrirle, y para este fin recurrió á la oracion. Convocó al clero y al pueblo, intimó un ayuno general por espacio de tres dias, y exhortó á todos rogasen instantemente al Señor que les descubriese el cuerpo de su santo Apóstol, resolviendo él mismo no salir de la iglesia en aquel triduo, pasando dia y noche en oracion delante del Señor. Oyó Dios sus piadosos deseos, porque al tercer dia, antes de amanecer, vió bajar de la bóveda del presbiterio un rayo de luz que caia perpendicularmente detrás del altar mayor, y allí se apagaba; por donde hizo juicio de que en aquel lugar debia estar la santa reliquia. Con efecto, habiendo mandado cavar en él, reconoció que al paso que se iba profundizando el hoyo, exhalaba de él un maravilloso olor, que llenó la suavísima fragancia toda la iglesia. Crecia esta conforme se iba acercando el descubrimiento del santo cuerpo, que se encontró en fin en el mismo sitio donde habia estado oculto después de seis siglos. Asegúrase que quiso el Señor acreditar la verdad de la sagrada reliquia con un estupendo prodigio. Es antigua tradicion de la iglesia de Amiens, que habiéndose hecho el descubrimiento del santo cuerpo en el corazon del invierno, no obstante reverdeció de repente todo el campo, y los árboles aparecieron todos cubiertos de hojas. La iglesia donde se halló la santa reliquia fue la de San Acheul, y desde ella se ordenó una procesion general para conducirla á la catedral. Nunca vió Amiens triunfo igual, ni mas cristiana magnificencia, haciendo Dios mas célebre la piadosa pompa, con la multitud de milagros que obró por intercesion del santo Mártir.

SAN ODON, OBISPO DE URGEL.

San Odon, uno de los prelados mas celosos que han florecido en la Iglesia de España, nació en Cataluña de una de las casas mas distinguidas de aquel principado. Fueron sus padres D. Artal, conde

de Pallas, y doña Luciana ó Lucía, señora de grande mérito, los cuales se aplicaron con el mayor desvelo á dar al niño una educacion tan propia de su piedad como de su ilustre nacimiento; y como en Odon experimentaron desde luego aquellas bellas disposiciones, que no solo allanan, sino es que facilitan el camino de la virtud, costó-les poco trabajo conseguir el efecto de una buena crianza. Buscaron los mas hábiles maestros, para que le enseñasen á un mismo tiempo las letras y las virtudes, en las que hizo el noble jóven grandes progresos en breve tiempo, puesto de que además de su aplicacion se hallaba dotado de unos talentos extraordinarios, distinguiéndose por lo mismo en su infancia sobre todos sus contemporáneos.

Instruido Odon en los científicos conocimientos, quisieron sus padres que siguiese la carrera militar, ya para que añadiese con sus gloriosas acciones nuevos blasones á los ascendientes, y ya para que reprimiese con la justificacion de su conducta las iniquidades, que con motivo de la confusion de las guerras y de la corrupcion de los tiempos se habian introducido en los dominios de su casa. Constaba al ilustre jóven, que no contentos los sugetos poderosos con haber invadido las posesiones de las iglesias, oprimian á los pobres que las tenian en feudo, y persuadiéndose que en la correccion de semejantes excesos hacia á Dios un gran servicio, vistió con este objeto el cingulo militar.

Contuvo el valeroso jóven con las armas, con sus exhortaciones, y mas que todo con su ejemplo gran parte de aquellos enormes atentados; pero como sus deseos no eran otros que dedicarse enteramente al servicio del Señor, abrazó el estado eclesiástico, y ascendió por sus relevantes méritos á la dignidad de arcediano de la iglesia de Urgel. Si fue Odon exacto en llenar las funciones de los órdenes sagrados, no se portó con menor rectitud en el desempeño de las obligaciones de su empleo, manifestándose en la dispensacion de los bienes eclesiásticos como padre, como rector, y como defensor de los pobres, de las viudas y de los pupilos, que era el oficio principal del primer diácono. Sobrevino por aquel tiempo una grave enfermedad al obispo de Urgel, y considerando el inminente peligro en que se hallaba su vida, hizo llamar á su clero y al pueblo, y manifestándoles que habia ascendido á aquella cátedra por medios prohibidos por las reglas canónicas, dimitió el obispado movido de un verdadero arrepentimiento, en prueba de lo cual dejó todos sus bienes á aquella santa iglesia. Siguióse la muerte de aquel prelado á su confesion, y habiéndose congregado todo el clero y el pueblo con los condes de

Pallas y Urgel para elegir sucesor del difunto, segun costumbre de aquellas edades, deseaban todos hallar persona de las circunstancias que exigian la necesidad de la Iglesia y la opresion de los pobres, para lo cual hicieron el exámen mas escrupuloso sobre la vida y la idoneidad de algunos sacerdotes, que les pareció del caso; pero como brillaba entre todos el ilustre Arcediano por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad, y por su grande sabiduría, se hizo en él la eleccion á pesar de su humilde resistencia.

No ignoraba Odon los formidables cargos del ministerio episcopal; mas confiando en el Señor que le daria las fuerzas necesarias para cumplir fielmente con todos sus deberes, se aplicó á desempeñarlos con aquel celo y con aquella vigilancia que apetece el Apóstol en los prelados colocados en el candelero de la Iglesia. Surtió á su rebaño con abundantes pastos espirituales, hizo con él los oficios de padre caritativo, y no omitió medio alguno de cuantos pudieran contribuir á satisfacer completamente sus funciones pastorales; pero como la necesidad de su iglesia exigia atajar los desórdenes que afeaban su hermosura, se dedicó con un valor verdaderamente apostólico á reprimir los excesos que habian cometido los violentos invasores, que retenian por fuerza las pòsiones eclesiásticas; compeliéndoles á la restitucion con la formidable espada de la excomunion, en caso de desatender sus paternales moniciones; y con el mismo brio redimió á los pobres de las vejaciones injustas que les hacian los poderosos. Y como los vicios de los clérigos habian llegado á lo sumo por la torpe negligencia de sus predecesores, la refrenó con el freno de la mas rigida severidad, á fin de que la santidad de su vida sirviese de ejemplo á los seglares. En suma, restableció en su grey, hasta entonces afeada con tantos excesos, manchada con tantos delitos, y gravada con tantos pecados, el culto de Dios y la pureza de las costumbres, que con motivo de la frecuencia de las guerras se hallaban en una sensible relajacion, de suerte que su obispado vino á ser el objeto de los mas altos elogios por la infatigable actividad del celosísimo Prelado.

No es fácil explicar lo mucho que tuvo que padecer Odon en tan arduas empresas; pero no por ellas dejó de atender á su propia santificacion. En efecto, su oracion era frecuente, sus mortificaciones continuas, y su caridad sin límites; y considerando que el ejemplo persuade mas que los discursos, por mas elocuentes que sean, fijó todo su empeño en que no se notase en sus acciones lo que reprendia en otros. Quiso Dios premiar los grandes méritos de su siervo, y pre-

parándose para su feliz tránsito con aquellas disposiciones propias de un espíritu todo encendido en las llamas del amor divino, murió en el día 7 de julio del año 1122, con grande sentimiento de sus ovejas que lloraron amargamente la pérdida de su ilustre Pastor, cuyo venerable cuerpo se depositó en la iglesia de Urgel en un magnífico sepulcro, en el que se grabó un epitafio expresivo de sus esclarecidas acciones. No tardó el Señor en acreditar la gloria de su siervo con repetidos milagros, los cuales movieron á su sucesor D. Pedro á que con acuerdo de su cabildo se estableciese la fiesta del Santo entre las principales de la iglesia de Urgel, conforme á la de su patron y esclarecido obispo san Armengol, segun consta por el decreto de aquel Capítulo del año 1133, once después de la muerte de san Odon.

SAN GUILLEBALDO Ó WILLEBALDO, OBISPO.

Fue inglés de nacion, y de casa mas recomendable en la Iglesia por ser familia de Santos, que en el mundo por su elevada nobleza; porque Ricardo su padre, Winebaldo su hermano, su hermana Warburga, y su primo Bonifacio, obispo de Maguncia, todos reciben culto en los altares, y se leen sus nombres en el Martirologio.

Nació nuestro Santo por los años de 700; y como sus padres eran tan virtuosos, no esperaron á que llegase el uso de la razon para inspirarle amor á la virtud y horror al vicio. A los tres años cayó peligrosamente enfermo, y experimentándose inútiles los remedios naturales, sus virtuosos padres recurrieron á los sobrenaturales. Llevaron al niño al pié de una cruz que estaba cerca de su casa; y haciendo fervorosa oracion, ofrecieron á Dios le consagrarían al niño en un monasterio, si se dignaba su Majestad darle salud. Era entonces costumbre entre los ingleses, particularmente en la gente de distincion y poderosa, erigir grandes y hermosas cruces, así en sus posesiones como en los lugares públicos, para hacer oracion ante ellas, como aun el día de hoy se observa en todos los países católicos, aunque en unos mas que en otros.

Aceptó Dios la ofrenda de los piadosos padres, y oyó sus oraciones, concediendo al niño pronta y repentina salud, que se tuvo por milagrosa. Su padre Ricardo le detuvo como en depósito en su casa hasta que cumpliese los cinco años; pero apenas los cumplió, quando se le entregó á Eghaldo, abad de Walthelm, quien le hizo educar con el mayor cuidado en el monasterio. Costó poco inclinarle á todos los ejercicios de piedad, y en breve tiempo hizo tan grandes

progresos, que se conoció bien el especial amor con que miraba Dios á aquel niño.

Apenas contaba doce años cuando ya le proponian por modelo de la vida religiosa á los mas antiguos. Todas sus ansias eran por el cielo, estando su tiernecito corazon lleno de Dios; y para inflamarse mas en el fuego del amor divino, aprendió de memoria todo el Salterio.

Es indecible la estimacion general que se mereció en toda la abadia de Walthem, no menos respetable por su inocencia y por su virtud, que tiernamente amado por su modestia, por su puntualidad y por su dulcísimo genio. No habia monje que en los tiempos de recreacion no se arrimase á Guillebaldo para gozar de su amabilísimo trato. Desagradóle mucho esta general estimacion, en vez de lisonjearle, y le pareció seria mas conveniente para su mayor perfeccion alejarse de su patria, y vivir donde no fuese conocido. Era en aquellos siglos muy ordinario á los ingleses ir á Roma por devocion, y peregrinar á otros lugares, que el piadoso concurso de los fieles hacia célebres en la cristiandad. Persuadióse Guillebaldo que le mereceria singulares gracias del cielo el visitar en Roma los sepulcros de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo; y logró tambien persuadir á su padre Ricardo y á su hermano Guillebaldo que le hiciesen compañía en aquel devoto viaje. Fácilmente consiguió la licencia de su abad; pero no le fue tan fácil consolar á sus hermanos. En medio de eso, el deseo y la esperanza de conseguir por intercesion de los santos Apóstoles grandes auxilios para su santificacion le hicieron vencer todas las dificultades, y partió con su padre y con su hermano el año de 721; pero luego moderó Dios el gozo que tuvo el Santo en su piadosa peregrinacion. Murió su padre Ricardo en el camino, y fue enterrado en Luca de Toscana. Continuaron su romeria los dos hermanos, y llegaron felizmente á Roma, donde se detuvieron casi un año para satisfacer su devocion.

Bien quisiera Guillebaldo llevar mas léjos á su querido hermano, pero este se vió precisado á volver á Inglaterra; y habiéndose separado los dos con demostraciones de la mayor ternura, se juntó nuestro Santo á otros dos ó tres jóvenes ingleses que encontró en Roma, y peregrinó con ellos á visitar los Santos Lugares de Jerusalem. Necesitaron todos de mucho esfuerzo para tolerar las fatigas y trabajos del camino; pero les sostuvo su devocion. A los trabajos forzosos añadieron las penitencias voluntarias; vivian de limosna, dormian sobre la dura tierra, su comida era pan y agua.

Para mayor aumento de sus penas permitió el Señor que en Emesa, ciudad de Fenicia, los tuviesen por espías, los arrestasen y los cargasen de prisiones; pero su divina y amorosa providencia no se olvidó de ellos. Viólos en una ocasion un mercader rico de la misma ciudad, hizo que le refiriesen sus aventuras, y dispuso Dios que se agradase tanto de su modestia, y de tal manera se compadeciese de su desgracia, que ofreció á los sarracenos todo lo que le pidiesen por su libertad; pero impresionados estos en el concepto de que eran espías, nada pudo conseguir de ellos; por lo que únicamente dedicó todo su cuidado á suavizarles y aliviarles cuanto le fue posible los trabajos y las penalidades de la prisión. Enviábales todos los dias por la tarde y por la mañana cuanto habian menester para sustentarse, y tenia gran cuidado de que un hijo suyo los visitase con frecuencia. Llegó á tanto su caridad, que salió por fiador para que se les diese libertad algunas veces, pudiendo salir todos los domingos á visitar una iglesia, donde pasaban una buena parte del dia; y habiendo asistido á los divinos oficios, se restituian después á su prision.

Con ocasion de estas frecuentes salidas los tres jóvenes ingleses se dieron presto á conocer. Admiraban todos su apacibilidad, su devocion y su modestia; íbanse tras de ellos hasta la iglesia; salian por verlos á la puerta de la calle, y cada uno deseaba saber el motivo de su desgracia. Entre todos un español establecido en Emesa se informó de ellos mismos, así de quiénes eran, como de los sucesos de su vida, y se ofreció á prestar sus buenos oficios con el rey de los sarracenos. Era un hermano suyo gentil hombre de cámara de este príncipe, y de gran valimiento en la corte, por cuyo medio consiguió que se les diese libertad, y se les dejase proseguir pacíficamente su viaje.

Conociendo las grandes obligaciones que tenian así al mercader de Emesa como al español, explicaron su reconocimiento mas con lágrimas que con palabras; y dándoles vivísimas muestras de su eterna gratitud, se despidieron de sus bienhechores, y partieron á Palestina. Vieron devota y cuidadosamente todo cuanto podia contentar su piadosa curiosidad; y no satisfechos con visitar los Santos Lugares santificados con la presencia del Salvador, quisieron ver tambien los mas célebres monasterios de la Tierra Santa, donde mas resplandecia la perfeccion evangélica. Regalaba Dios á Guillebaldo con dulcísimos consuelos; pero al mismo tiempo se los mezclaba tambien con las mas amargas pruebas. Haciendo un dia oracion en la iglesia de San Matias, perdió de repente la vista, y se pasmaron sus compañe-

ros al ver la resignacion con que llevó este trabajo. No alteró un punto la alegría de su corazon ni de su semblante la pérdida de los ojos; y vueltos á Jerusalem, estando en la iglesia de Santa Cruz dos meses después, recobró la vista tan inesperada y tan repentinamente como la habia perdido. En san Juan de Acre le detuvo algun tiempo una dolorosa enfermedad; pero nunca se desmintió su paciencia, y apenas recibió la salud, cuando se embarcó para Italia con sus compañeros.

La fama que tenia en el mundo el Monte Casino, acabado de reparar á la sazón por el papa Gregorio II, no podia menos de llamar la devota curiosidad de Guillebaldo. Halló en él muy pocos monjes; pero le edificó tanto su fervor, que se resolvió á aumentar su número, y fue recibido con gozo universal de todos, juntamente con uno de sus compañeros. Diez años vivió en el monasterio, donde con sus ejemplos se renovó el primitivo espíritu de su santo Instituto. Encomendáronle los primeros oficios de la casa, que desempeñó muy á satisfaccion y con general aplauso de los monjes. Gustaba quieta y pacíficamente las deliciosas dulzuras de la soledad, cuando se vió precisado á dejarla. Por el concepto grande que se tenia de su eminente virtud echó el abad mano de él para enviarle á Roma á negocios del monasterio. Luego que llegó, informado el Papa de sus talentos y de su mucha santidad, le mandó partir á Alemania, dirigiéndole á san Bonifacio, que era primo del mismo Guillebaldo. San Bonifacio no quiso que estuviese oculto por mas tiempo aquel tesoro, y le ordenó de sacerdote. Con el sagrado carácter creció el esplendor de su virtud, y á poco tiempo se reconoció que Guillebaldo era tan poderoso en palabras como en obras, porque habiéndosele encargado el cuidado de la iglesia de Eichstar en Baviera, hizo tanto fruto con sus ejemplos y con sus sermones, que san Bonifacio le consagró por obispo de ella. Tuvo mucho que padecer su humildad cuando se vió en dignidad tan elevada, pero al mismo tiempo excitó todo su celo. Los hunos habian arruinado aquella ciudad, y los estragos de los bárbaros se experimentaban lastimosamente en la Religion. No es decible lo mucho que trabajó y que padeció para arrancar la maleza de aquella inculta tierra; necesitó de toda su dulzura y de toda su heroica paciencia para superar las dificultades; pero al fin salió con su intento. En menos de seis meses mudó de semblante toda la diócesis de Eichstar; restableció la disciplina en su primitivo fervor, reformó los abusos, enmendó las costumbres, y se vió reinar en todas partes la cristiana piedad.

Era el carácter de nuestro Santo una compasiva caridad con el prójimo, que le hacia amable á todo el mundo. Su mayor gusto era ejercitarla, y nunca se mostraba mas alegre que cuando servia en algo á los miserables. Tenia singular don para consolar á los afligidos, porque su persona, su aire, sus palabras, sus mismos gratísimos modales, todo consolaba. Quería estar menudamente informado de las necesidades de todos los particulares, compadeciéndole tanto las miserias ajenas, que podia decir con san Pablo : ¿Quién está afligido que yo no lo esté con él? ¿quién está enfermo que á mí no me quebrante el corazon? Pero la dulzura era no mas que para los otros, para sí reservaba toda la severidad. Luego que acabó de fabricar su catedral juntó una comunidad de religiosos, con los cuales vivia observando toda la exactitud y toda la severidad de la regla monástica, y practicando los mismos ejercicios y la misma penitencia que hacia en Monte Casino. En fin, después de haber trabajado cuarenta y cinco años en arreglar y en santificar su diócesis con un celo verdaderamente apostólico, murió en Eichstar á 7 de julio del año 787, á los ochenta y siete de su edad, consumado en el ejercicio de todas las virtudes, y extremadamente llorado de todo su pueblo.

EL BEATO LORENZO DE BRINDIS.

Nació Lorenzo en la ciudad de Brindis, del reino de Nápoles, en el año 1339. Guillermo Rosi é Isabel Masela fueron sus padres, ambos de las familias mas nobles de aquella ciudad. En el bautismo le pusieron el nombre de Julio César, que mudó en el de Lorenzo cuando vistió el hábito religioso. A penas habia cumplido cuatro años cuando pidió con muchas instancias á sus padres le vistiesen el hábito de los frailes Menores conventuales; y ellos no solo le vistieron este hábito, sino que le pusieron en el convento que estos religiosos tienen en dicha ciudad, para que aprendiese de ellos las letras y la virtud. Pero tuvieron poco que trabajar aquellos religiosos en la educacion de nuestro Lorenzo, porque toda su inclinacion aun en tan tiernos años era á la virtud y á los ejercicios de devocion: asistia al tremendo sacrificio de la misa con tal recogimiento, modestia y atencion, que edificaba á todos: gustaba mucho de oir los sermones, y los escuchaba con un cuidado tan atento, que no solo retenia fácilmente en la memoria lo que decia el predicador, sino que copiaba todas sus acciones; y juntando otros muchachos y poniéndose en un lugar eminente, lo repetia con admirable propiedad y viveza: su maestro le componia algunos discursos morales, y él los aprendia con mucha facilidad

y decia después con tanta gracia, que los mismos religiosos gustaban de oírle, y se los hacian predicar en el capitulo para que todos tuviesen esta satisfaccion. El arzobispo que supo la gracia con que nuestro Lorenzo predicaba, quiso tambien oírle, y fué á este fin á la pieza del capitulo, y le gustó tanto el discurso, que quiso predicase en su catedral, como lo ejecutó muchas veces con aplauso y edificacion universal del concurso numeroso que acudia á oírle: cosa á la verdad muy extraordinaria y apartada de las reglas comunes de la Iglesia, mas digna de admirarse que de imitarse. Nuestro Lorenzo en sus primeros años no gastaba inútilmente el tiempo, pues todo lo empleaba ó en el estudio, ó en la oracion, ó en otros ejercicios devotos. Continuó este tenor de vida hasta que rayó en los catorce años de edad; y entonces habiendo fallecido su padre, quiso su madre que volviese á su casa, para que la hiciera compañía y cuidase de los negocios domésticos. Pero nuestro virtuoso jóven que deseaba seguir los estudios, no quiso condescender á sus deseos, y para librarse de las súplicas é instancias con que le molestaba para que saliese del convento y se restituyese á su casa, con consejo de los Padres conventuales se partió secretamente á la ciudad de Venecia en busca de un tio suyo, llamado D. Pedro Rosi, sacerdote de vida muy ejemplar que era cura y rector del colegio de San Marcos, donde se educaban muchos jóvenes en todo género de virtudes y letras: llegado felizmente á Venecia vió á dicho su tio, y arrodillado á sus piés le pidió su bendicion, diciéndole era su sobrino. El buen sacerdote con mucho regocijo le levantó y estrechó cariñosamente entre sus brazos, dando gracias á Dios de haberle traído á su casa un sobrino de tanto mérito: iba aun nuestro Lorenzo vestido de religioso; pero reflexionando el tio la nota que causaria en la ciudad el ver un muchacho de catorce años con estos hábitos, se los hizo dejar, y le vistió del hábito clerical. Luego escribió Lorenzo á su madre una carta muy atenta y humilde, en la cual le daba cuenta de la resolucion que habia tomado, y le pedia perdon del disgusto que con ella la hubiese dado. En la casa de su tio tuvo nuestro Beato un tenor de vida muy admirable: dormia poco, y esto sobre la tierra y sin desnudarse jamás: traia á raiz de las carnes un áspero cilicio: todas las noches tomaba una sangrienta disciplina: ayunaba tres dias en la semana, en los cuales no tomaba mas que pan y agua, y en los demás dias solo añadia yerbas, frutas ó alguna ensalada: era sumamente humilde y obediente á sus maestros y á su tio, oyendo siempre de rodillas las amonestaciones y correcciones que este á veces le daba: era exactísimo en el silen-

cio, y de tan rara mansedumbre, que nadie le vió jamás enfadado ni colérico, y aun en las disputas escolásticas cedía fácilmente para evitar altercaciones. Sobre todo era aficionadísimo á la santa oracion, y oraba con tal recogimiento que no se distraia ni se le iba su imaginacion á otros objetos, favoreciéndole tan particularmente Dios nuestro Señor en este divino ejercicio, que los familiares le hallaban en el oratorio algunas veces postrado en tierra, derramando tantas lágrimas que corrian por el suelo; otras, enajenado de los sentidos, sudando copiosamente; y en algunas ocasiones le hallaban extático y tan fuera de los sentidos, que aunque le daban voces y le movian, nada oia ni sentia; pero á la menor insinuacion de su tio luego recobraba los sentidos, como si despertara de un sueño apacible. En este seminario concluyó Lorenzo los estudios de filosofía, y su tio le aplicó á la facultad de los sagrados cánones, y con su vivo ingenio y mucha aplicacion hizo tales progresos en las letras, que era el asombro de todos. Sucedió en este tiempo, que habiéndose embarcado para volverse del convento de los Padres Capuchinos á su colegio de San Marcos, se levantó de improviso tan furiosa tormenta, que todos los que iban en la embarcacion se daban por perdidos; pero quitándose nuestro Lorenzo un *agnus* que llevaba en el pecho, hizo con él una cruz en el agua, y con esto se sosegó al momento aquella tormenta. Tenia nuestro Beato mucha aficion á los Padres Capuchinos: visitábales frecuentemente en su convento, que llaman del Redentor, y con licencia del tio, que gustaba mucho de verle tan inclinado á esta santa religion, se quedaba muchos dias en dicho convento, levantándose á maitines, asistiendo á las horas canónicas, y viviendo en todo como si fuese un religioso. Se hallaba ya en la edad de diez y seis años, cuando sintiendo todos los dias mayores impulsos de entrar en esta sagrada religion, pidió el hábito á Fr. Lorenzo de Bér-gamo, que era provincial, el cual se lo concedió desde luego con mucho gusto, y él mismo quiso vestírselo en el convento de Verona, á donde le enviaron á pasar el año del noviciado. En este año dió tales ejemplos de obediencia, de humildad, de una observancia exactísima de todas las reglas y ceremonias de la religion, y de todas las virtudes religiosas, que era la edificacion de todos los religiosos. Poco después de haber tomado el hábito le asaltó un dolor de estómago tan fuerte, que ni de noche ni de dia le permitia un punto de descanso; como su fervor era tan grande sufría su mal sin descubrirlo, y cumplia todas las obligaciones de novicio como si gozara de una salud muy robusta; pero por fin, la palidez del rostro publicó á los

superiores su enfermedad, y le aplicaron desde luego varios remedios para su curacion; y habiendo entre tanto cumplido el año de noviciado, se resolvió no darle la profesion (que él tanto deseaba) hasta ver si convalecía de su enfermedad, y si era á propósito para llevar el peso de la religion. Sintió mucho Lorenzo esta dilacion, pero quiso el Señor que mejorase muy en breve de sus males; de modo, que en el día 24 de marzo de 1576, un mes después que habia cumplido el año del noviciado, hizo su solemne profesion. Dentro de pocos dias le enviaron al convento que la religion tiene en la ciudad de Padua, para que entre los grandes hombres que en todo género de letras florecen en aquella ciudad, se cultivase el talento extraordinario que Dios habia concedido á nuestro Beato. Concluidos allí los estudios, el general le envió patente de predicador, ordenándole que pasase á Venecia, para que en la iglesia de San Juan el Nuevo empezase este ministerio apostólico, no siendo todavía nuestro Lorenzo sacerdote por falta de edad. En esta iglesia predicó dos cuaresmas sucesivas, haciendo maravillosas conversiones; porque como sus palabras salian de un pecho todo poseído del amor de Dios y del celo de la salvacion de las almas, enternecian y compungian hasta los pecadores mas endurecidos. Luego se esparció por toda la ciudad la fama del jóven predicador, y las gentes de todas clases acudian á porfía á oirle, porque le habia dotado el cielo de un talento muy particular para la predicacion; pues á una voz dulce, clara y sonora, unia un aspecto grave y agradable, y un atractivo maravilloso, con que cautivaba los corazones de todos. Su elocuencia era admirable, pero natural, sin ninguna afectacion; y su ciencia tan prodigiosa, que á mas de saber con mucha perfeccion las facultades de cánones y teología, sabia de memoria toda la Biblia, y hablaba con toda perfeccion las lenguas italiana, latina, francesa, española, alemana, griega, caldea, siríaca y hebrea. Conocía profundamente los errores de los herejes y judíos, y las cavilaciones y sofismas en que los apoyaban; y tenia una particular gracia de Dios para desatarlos con facilidad, claridad y solidez; con lo que hizo un increíble fruto, no solo en los católicos, sino tambien en los herejes y judíos; muchísimos de los cuales, por la predicacion del Beato, y cooperando la gracia de Dios en sus corazones, detestaron sus errores y abrazaron nuestra santa fe. La predicacion de la divina palabra fue la principal ocupacion de nuestro Beato, y el ministerio sagrado, para el cual Dios nuestro Señor le habia elegido. Comenzó muy jóven la predicacion, y continuó constantemente este ministerio mientras le duró la vida. Predicó no solo

en el Estado de la república de Venecia, sino tambien en todos los demás Estados y provincias de Italia: predicó en Baviera, en el Palatinado, en el arzobispado de Salisburg, en la Austria, Bohemia, Moravia, Sajonia y en el reino de Hungría, y siempre con maravilloso fruto de sus oyentes. En Mantua, Milan, Bolonia y otras ciudades de Italia eran tan numerosos los concursos de las gentes que acudian á oirle, que no cabian en las iglesias mas capaces, y muchas veces le era preciso sacar el púlpito á las plazas y en el campo. Predicando en la ciudad de Pavia, fue tan grande la impresion que hizo con sus sermones en los estudiantes de aquella universidad, que fueron muchos los que dejaron el mundo y se hicieron religiosos, y no pocos los que tomaron el hábito de los Padres Capuchinos. Informado Clemente VIII de la profunda ciencia de nuestro Beato, y de la gracia particular que Dios le habia concedido para convertir á los judíos, le mandó predicar tres años consecutivos en la sinagoga de Roma, y nuestro Lorenzo lo ejecutó siempre en lengua hebrea con tanta solidez y facundia, y al mismo tiempo con tanta mansedumbre y agrado (no diciéndoles jamás cosa alguna de que pudiesen ofenderse) que todos le oian con gusto, y muchos movidos de Dios conocieron la verdad de nuestra fe y la abrazaron; y los que no se convirtieron, le quedaron no obstante muy aficionados, y le respetaban como á hombre lleno de bondad, y de una erudicion y ciencia extraordinaria. Los superiores de la religion, que no pudieron ignorar el mérito extraordinario de nuestro Beato, le promovieron muy temprano á las primeras prelacias y oficios de la Orden; era aun muy jóven cuando le hicieron guardian del convento grande de Venecia, y siendo de solos treinta y un años le hicieron provincial de la provincia de Toscana, y seguidamente de la de Venecia: después fue dos veces elegido definidor general, y en el año 1602 fue elegido ministro general de toda la Orden. Cuando de orden de Clemente VIII, y á petition del emperador Rodolfo y del arzobispo de Praga, se enviaron Capuchinos á Alemania, para fundar conventos de su Orden en aquellas regiones, nuestro Beato fue nombrado visitador y comisario general para efectuar dichas fundaciones. El Emperador, que estaba ya informado de la virtud de nuestro Lorenzo, se alegró mucho de este nombramiento: le dió varias audiencias en Praga, donde tenia su corte, y le concedió amplia licencia para fundar conventos en todos sus Estados de Alemania; y el siervo de Dios, obtenida esta licencia, fundó varios conventos de su Orden en Bohemia, Austria, Moravia, el Tirol, y en otras provincias del imperio. En este tiempo

pasó nuestro Beato á la ciudad de Munich, llamado del duque de Baviera, donde libró á la Duquesa su esposa de los espíritus malignos que miserablemente la poseian; y teniéndola todos por estéril, y estando por esta causa los Católicos muy desconsolados, porque faltando la sucesion, habian de pasar los Estados de Baviera á un príncipe protestante, profetizó el siervo de Dios que la Duquesa tendria sucesion, como se verificó después con mucho júbilo de la Iglesia católica. El Duque en vista de estos sucesos veneraba á nuestro Lorenzo como á hombre venido del cielo; le ayudaba él mismo la misa, y oia sus palabras y consejos como si fuesen inspirados por el mismo Dios. El siervo de Dios se valió de esta confianza del Duque para empeñarle á defender la religion católica, y para hacer frente á los Luteranos, que cada dia se hacian mas poderosos.

Cuando fue general, visitó siempre á pié todas las provincias de su Orden, no queriendo usar jamás de la dispensa que dan los sumos Pontífices á los generales de los Capuchinos, de que puedan hacer la visita de la religion á caballo en la mula de su caballeriza, que á este efecto les regalan; y aunque llegase á sus conventos muy cansado, acudia solícito al coro al primer toque de la campana; no faltaba jamás á los maitines de la media noche; dormia sobre las desnudas tablas, y tomaba el alimento con tal parsimonia, que apenas comia lo necesario para sustentar la vida. Aunque era tan duro y áspero el tratamiento que daba á su cuerpo, era muy suave, dulce y apacible con sus religiosos; los oia á todos con caridad, los consolaba en sus tribulaciones, los remediaba en sus necesidades, los dirigia en el camino del espíritu, y condescendia fácilmente á todo lo que le pedian, mientras que no fuese contra la observancia de la regla: encargaba esta misma suavidad á todos los prelados de la Orden; deseaba, á imitacion de san Francisco, que todos los religiosos viviesen alegres y contentos; no le gustaba el nimio rigor, y desaprobaba altamente que se agravase el peso de las penalidades de la religion: *Creedme, Padres*, decia, *el nimio rigor hace con las virtudes, lo que los grandes hielos con las flores y frutas, que todo lo abrasa y mata*. Pero la suavidad del beato Lorenzo no era una flojedad é indolencia que permite los abusos y la relajacion, por no tener espíritu para hacerles oposicion; sino un celo prudente y caritativo, que siendo firme é invariable en el logro del fin, que es la observancia exacta de la regla. era dulce y suave en la eleccion de los medios ordenados á su consecucion. Con la práctica de estas santas máximas se enfervorizó mucho toda la Orden; hubo muchos religio-

sos de espíritu elevadísimo, tres de los cuales son ya canonizados solemnemente por la Iglesia.

Conociendo los sumos Pontífices el ardiente celo y consumada prudencia de nuestro Beato, confiaron á su discrecion los asuntos mas importantes y mas intrincados del gobierno; le nombraron varias veces su embajador y legado á las cortes de los príncipes de la Europa; los mismos príncipes le honraron tambien en varias ocasiones con el carácter de su embajador, y el beato Lorenzo se vió obligado á asistir como tal en las cortes de los príncipes de Alemania, y en las cortes ó dieta del imperio; y con su celo, extremada prudencia y grande crédito que tenia con los príncipes católicos, se enfrenó por entonces la herejía luterana, y revivió la religion católica, que estaba poco menos que extinguida en muchas de aquellas provincias septentrionales.

Movido el emperador Rodulfo de su devocion á los Padres Capuchinos, quiso que algunos de ellos pasasen al ejército que tenia en Hungría, para que predicasen á sus tropas, y les administrasen los santos Sacramentos; nombró por cabeza de esta mision al beato Lorenzo, y á este efecto solicitó de Paulo V el breve conveniente; en este breve, que se despachó á 28 de mayo de 1606, concedió Su Santidad muchas gracias y privilegios á nuestro Lorenzo, y á los religiosos que debian seguir el ejército. Era el general de estas tropas el archiduque Matías, hermano del Emperador, el cual animado de las exhortaciones de Lorenzo, y de las promesas que de parte de Dios le hacia de conseguir una plena victoria de los enemigos, se determinó á atacarlos cerca de la ciudad de Alva Real, en un puesto muy ventajoso, y guarnecido de artillería, que ocupaban; pero los Cristianos aunque muy inferiores en número, les acometieron con tanto impetu y felicidad, que con espada en mano asaltaron y ganaron sus trincheras, y consiguieron de los bárbaros una victoria completa, á la cual se siguió la conquista de Alva Real, que evacuaron los turcos inmediatamente que hubieron perdido la batalla. Esta victoria, que dicen no costó sino treinta hombres á los Cristianos, creyeron todos ser obtenida de Dios por las oraciones y merecimientos de Lorenzo; el cual durante el combate, montado á caballo y con una cruz en la mano, iba siguiendo las filas de los soldados, animándoles á la pelea, y haciéndoles invocar el santísimo nombre de Jesús. Permaneció Lorenzo en el ejército hasta la conclusion de la paz, que se verificó en el mismo año de 1606. Pero lo mas raro y estupendo en nuestro Beato es, que tantas ocupaciones exteriores, el vivir en las cortes

de los príncipes, y el tener que tratar tantos negocios políticos, jamás le hicieron olvidar un punto las obligaciones de religioso. En medio de tantas ocupaciones jamás interrumpió el predicar á los pueblos la palabra de Dios, y siempre con nuevo espíritu y fervor. Como su corazon se abrasaba en las llamas de la divina caridad, no sabia hablar ni pensar sino en Dios; las plantas, las flores, las aguas, los montes, los valles y todas las criaturas le servian para elevar su mente y su corazon á Dios nuestro Señor. Este fuego de amor de Dios, que ardía en el altar de su corazon, le hacia despreciar todas las grandezas del mundo, y los aplausos y estimaciones de los hombres. Procuraba mantener este fuego del divino amor con el ejercicio de la santa oracion, en la cual empleaba todo el tiempo que le sobraba de sus indispensables obligaciones. Pero en donde el Señor avivaba mas esta llama en el pecho de nuestro Beato, era al tiempo del santo sacrificio de la misa; son imponderables los favores y las gracias con que el Señor enriquecia á su siervo en este santo sacrificio; y por eso se detenia en él, singularmente en los últimos años de su vida, seis, ocho, y algunas veces doce horas. Al principio que fue sacerdote, no empleaba en la santa misa sino tres cuartos de hora; pero al paso que Dios le iba aumentando la devocion y el fervor, iba Lorenzo empleando mas tiempo en ella. Empezaba la misa ordinariamente después de maitines; porque habia obtenido facultad de Clemente VIII y Paulo V para empezar la misa á cualquier hora después de media noche; al principio la proseguia en una manera devota, pero regular, sin detenerse; pero así que entraba en la accion del sacrificio, y se acercaba á la consagracion, se suspendia de tal modo su espíritu, por la abundancia de celestiales consuelos con que Dios le favorecia, que quedaba inmóvil, extático y como fuera de sí; algunas veces arrebatado en espíritu daba muchas palmadas en el altar, y gritando decia: ¡Oh Dios mio, dulzura de mi alma! ¡oh amor mio, qué puro, qué santo y qué digno eres de ser amado! Otras veces sacaba de su corazon profundos suspiros; otras tan grandes gritos, que se oian de muy léjos; su rostro estaba á veces todo encendido, dando muestras de alegría; otras pálido y macilento, con que manifestaba su tristeza; y todos estos afectos paraban en una tan grande avenida de lágrimas, que bañaba seis ó siete pañuelos, que el ayudante tenia prevenidos para ponerlos á su tiempo sobre el altar.

El conde de Vizconti, caballero milanés que servia en el ejército del duque de Baviera con grado de coronel, ayudándole una noche la misa en Munich el año de 1611, antes de acompañarle á la mision

que hizo en varias provincias de Alemania, le vió extático y fuera de sí, levantado de la tierra mas de un codo; el cual rapto le duró por espacio de hora y media, como él mismo lo refirió después al serenísimo Duque: otro milagro sucedia cada dia en la misa del siervo de Dios; porque padeciendo él de dolor de gota, y teniéndole esta enfermedad inmóvil, deseaba no obstante celebrar la santa misa, y se hacia á este fin llevar en brazos al altar; al empezar á revestirse mejoraba, y al empezar el santo sacrificio quedaba sano, continuando la misa sin dolor alguno; y concluida la misa, y quitados los ornamentos, quedaban como antes imposibilitado y lleno de dolores.

Se acercaba el tiempo en que Dios queria premiar á su siervo lo mucho que habia trabajado por su gloria; se hallaba en el año 1618 en el reino de Nápoles, afligido entonces de las calamidades que son notorias; y para remediarlas, las personas mas principales resolvieron enviar al beato Lorenzo con el carácter de embajador del reino á Felipe III, para que con su habilidad y mucho crédito consiguiese de aquel religioso corazon el alivio que su patria deseaba; á este fin, solicitaron y consiguieron del cardenal protector de la religion una carta de orden, en la que mandaba al Beato aceptase aquella embajada; el beato Lorenzo, compelido de la obediencia, y para hacer aquel bien á su patria, aceptó aquel honor, y se embarcó para Lisboa, donde entonces Felipe III tenia su corte; llegó á esta ciudad á mediados de junio de 1619, y como los Padres Capuchinos no tenian en ella convento, se hospedó en el palacio del marqués de Villafranca, su devoto; informado el Rey de que habia llegado nuestro Lorenzo, mandó desde luego que le hiciesen venir á su presencia, le recibió con singular agrado y benignidad, y en esta y otras audiencias, el beato Lorenzo le dió parte de lo que ocurría en Nápoles; y aunque falleció antes de concluir su embajada, Felipe III concedió á aquel reino todo lo que se le habia pedido por parte del siervo de Dios; el cual á pocos dias de haber llegado á Lisboa fue acometido de una disenteria que le rindió en la cama. En los cinco primeros dias de la enfermedad se levantó para celebrar la santa misa, pero en los demás dias hubo de contentarse con recibir la sagrada comunión, para la cual se preparaba siempre con el santo sacramento de la Penitencia; y agravándosele mas su enfermedad, recibió al Señor por viático en el dia de santa Magdalena, con aquella devoción, fervor y lágrimas que se deja discurrir: pidió después la santa Uncion, y echando á todos los presentes su bendición (por obedecer á su confesor que se lo mandó) cerrando dulcemente sus ojos, entre-

gó plácidamente su alma en manos de su Criador, á 22 de julio de 1619, en edad de sesenta años. Luego que en la ciudad de Lisboa se supo la muerte del Beato; se excitó una disputa entre los Padres conventuales y observantes, sobre en cuál de las dos iglesias se debía depositar el sagrado cuerpo; pero el marqués de Villafranca (habiendo obtenido el beneplácito del Rey) dispuso que escondidamente fuese llevado á Galicia á su marquesado de Villafranca, y se depositase en un decente sepulcro, en la iglesia de las monjas de Santa Clara, donde vivia una hija suya.

Beatificó al siervo de Dios el santo Padre Pio VI, de feliz memoria, á cuyo efecto fueron aprobados los dos milagros siguientes:

El primero sucedió con Eugenia de Apusso, napolitana, la cual sangrándola un hábil cirujano, mientras estaba abriéndola la vena la rompió tambien una arteria, por no haberla podido sujetar el brazo, con motivo de las convulsiones que padecia la enferma. Empezó desde luego á salir tanta sangre, que no solo se llenaron muchos vasos de ella, sino que corria ya por la cama y por el pavimento; procuró el cirujano por todos los medios que dicta su arte, restañar la sangre, pero inútilmente; en este conflicto, acordándose de que tenia un pedazo de uno de los pañuelos con que nuestro Lorenzo solia enjugar sus lágrimas cuando decia la santa misa, se le hizo traer y aplicar por el cirujano sobre la rotura de la arteria, y al momento se restañó la sangre, y se cerró la herida de tal modo, que ni una sola gota de sangre, ni la menor mancha se advirtió en el pedazo del pañuelo que se habia aplicado, ni quedó en la herida alguna señal de la cicatriz.

El segundo sucedió con Clara Corregra, milanese, la cual teniendo un cáncer en el pecho, que los médicos juzgaban incurable, por haber abierto en él una llaga tan profunda que llegaba casi al corazón; invocando al beato Lorenzo, y prometiendo ayunar tres sábados en honor suyo, quedó perfectamente curada.

SAN PANTENO, PADRE DE LA IGLESIA.

Este sabio doctor y varon apostólico, floreció en el siglo II: fue siciliano de nacimiento y pertenecia á la escuela de los filósofos ecotóicos. Por su elocuencia es llamado por san Clemente de Alejandría *la Abeja siciliana*. La estimacion que hacia de la virtud le introdujo al conocimiento y amistad con los Cristianos, y prendado de la inocencia y santidad del trato y conversacion de ellos, abrió sus ojos á la verdad. Estudió las Escrituras con los discípulos de los Apóstoles.

y su sed insaciable de sagrada doctrina le condujo á Alejandría en Egipto, donde los discípulos de san Marcos habían establecido una célebre escuela de doctrina cristiana. Panteno no queria descubrir sus talentos; pero fueron descubiertos en breve, y sacado de la oscuridad en que deseaba sepultarse su humildad. Puesto por regente de la escuela cristiana algun tiempo antes del año de 179, el primero de Cómodo, con su doctrina y modo excelente de enseñarla levantó la reputacion de la suya sobre todas las escuelas de los filósofos; y las lecciones que le enseñaba como sacadas de lo mas florido de los Apóstoles y de los Profetas, daban luz y conocimientos grandes á todos sus oyentes, como dice de él san Clemente de Alejandría, eminente escolar suyo. Los indios que traficaban en Alejandría le suplicaban que hiciese una visita á sus países para que confutase á sus brazmanes. Vencido de sus ruegos dejó su escuela; y Demetrio que fue hecho obispo de Alejandría en el año de 189, le constituyó predicador del Evangelio en las naciones orientales. Eusebio nos dice, que san Panteno ya halló en aquellas Indias sembrada anteriormente alguna semilla de la fe y un libro del Evangelio de san Mateo en hebreo, que llevo allí san Bartolomé. El Santo le trajo á Alejandría cuando volvió de haber empleado celosamente algunos años en instruir á los indios en la fe. Gobernaba á la sazón la escuela pública san Clemente, pero Panteno continuó enseñando privadamente, hasta que en el reinado de Caracalla, por consiguiente año de 216, acabó una vida gloriosa, dejando una reputacion de virtud y de sabiduría poco comun.

La Misa es en honor de san Fermin, y la Oracion es la que se sigue:

Deus, qui per fidei praeconium, et passionis agonem beatum Firminum episcopum et martyrem immortalitatis laurea coronasti: concede propitius; ut cujus celebramus triumphum, assequamur et praemium. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que por medio de la confesion de la fe y de la prueba del martirio coronaste con la corona de la inmortalidad al bienaventurado Fermin, obispo y mártir, concédenos propicio, que así como celebramos su triunfo, obtengamos su premio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 1 de la canónica de Santiago.

Carissimi: Omne gaudium existimate, cum in tentationes varias incideritis: scientes quod probatio fidei vestrae patientiam operatur. Patientia autem opus perfectum habet, ut sitis perfecti et integri in nullo de-

Carísimos: Tened por sumo gozo, cuando fuéreis envueltos en diversas tribulaciones: sabiendo que la prueba de vuestra fe obra paciencia. Mas la paciencia contiene obra perfecta, para que seais perfectos y cabales, sin faltar

ficientes. Si quis autem vestrum indiget sapientia, postulet à Deo, qui dat omnibus affluenter, et non improperat: et dabitur ei. Postulet autem in fide nihil haesitans: qui enim haesitat, similis est fluctui maris, qui à vento movetur, et circumfertur. Non ergo aestimet homo ille quod accipiat aliquid à Domino. Vix duplex animo inconstans est in omnibus viis suis. Glorietur autem frater humilis in exaltatione sua: dives autem in humilitate sua, quoniam sicut flos foeni transibit: exortus est enim sol cum ardore, et arefecit foenum, et flos ejus decidit, et decor vultus ejus deperit: ita et dives in itineribus suis marcescet. Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae, quam remisit Deus diligentibus se.

en cosa alguna. Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela á Dios, que la da á todos copiosamente, y no zahiere: y le será concedida. Pero pídale con fe, sin dudar en nada: porque el que duda es semejante á la ola de la mar cuando la mueve el viento, y la trae acá y allá. Y así no piense aquel hombre que recibirá cosa alguna del Señor. El varon de ánimo doble es inconstante en todos sus caminos. El hermano que es humilde préciase en su exaltacion: y el rico en su humildad, porque él pasará como flor de yerba: porque salió el sol con ardor, y secó la yerba, y cayó la flor de ella, y pereció su vistosa hermosura: así tambien el rico se marchitará en sus caminos. Bienaventurado el varon que sufre tentacion: porque después que fuere probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido á los que le aman.

REFLEXIONES.

Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. Atribúyese aquí la salvacion á la oracion, porque la oracion es la que comunmente nos consigue la salvacion. Ella es el primer fruto de la fe, el instrumento ordinario de que se sirve la esperanza, y como el principio connatural que produce la caridad. Por eso es el ejercicio casi continuo de la Religion. Al mismo tiempo que honra al Señor rindiendo homenaje á su bondad y á su poder, humilla tambien al hombre, siendo como un práctico reconocimiento, y una sencilla confesion de su insuficiencia y de sus miserias, y le alcanza presto los auxilios de que tiene necesidad.

¿Cómo oirán si no hay quien los predique? Estas palabras produjeron en todos los siglos dentro de la Iglesia católica celosos misioneros, que se arrancaron del seno de su patria para llevar la luz del Evangelio á diferentes naciones; acreditando después su valor y la felicidad de sus empresas, que eran enviados del mismo Dios, y que el mismo Señor que los enviaba disponia el terreno donde queria que sembrasen el grano de la divina palabra. ¡Oh, y qué diferencia hay entre los ministros de Jesucristo, y los de aquellas sectas que formó el error! Todas aquellas que se caracterizan y se distinguen por

el espíritu del error y de la parcialidad, no muestran otro celo que el de engrosar su partido, y seducir á los hijos de la Iglesia. Dígan-nos sino ¿qué celo han manifestado de atravesar los mares, para buscar entre los montes, entre los salvajes tantas pobres reses descaminadas como andan errantes fuera del redil? Siempre muy solícitos por esparcir sus errores en aquellos países donde se encuentran todas las comodidades de la vida, y donde ellos hallan abundantemente cuanto han menester para satisfacer sus conveniencias personales; nunca fueron objeto de su celo, ni los iroqueses, ni el Japon, ni el Canadá. Sin duda que para tranquilizar su falta de caridad cristiana en este particular, la mayor parte de los herejes se quiso persuadir que Jesucristo no habia muerto por la salvacion de todos los hombres, y consiguiientemente que seria ocioso fatigarse en ir á predicar á los bárbaros la fe de Jesucristo. Pero los Apóstoles, todos los hombres apostólicos, y todos los verdaderos hijos de la Iglesia, persuadidos á que Jesucristo redimió con su preciosa sangre las almas de todos los hombres, no hicieron distincion entre el judío y el gentil, entre el europeo y el africano, entre el escita y el cafre. Ni la barbaridad de los pueblos, ni las horrorosas incomodidades del país, ni la falta universal de todas las conveniencias de la vida, fueron bastantes para entibiar el celo animado del espíritu de Dios. Esta fue siempre la caridad de los verdaderos hijos de la Iglesia. El falso celo, ó por mejor decir, la pasion de todos los herejes, nunca se explicó sino en morder, en desacreditar y en perseguir á todos los que no siguen su partido. La indiferencia con que todas las sectas estuvieron viendo al bárbaro y al idólatra vivir y morir en sus tinieblas, es una prueba de que ninguna de ellas fue aquella verdadera Iglesia universal, única esposa de Jesucristo.

¡Qué hermosos son los pasos de los que anuncian la paz! Parecen tan bellos á los ojos de Jesucristo, dice Orígenes, los piés de los hombres apostólicos, que él mismo los quiso lavar. La pureza que conservan caminando entre la inmundicia del siglo; las continuas fatigas de sus celosas excursiones; la velocidad con que corren las provincias y regiones mas distantes; esto es lo que forma aquella hermosura de que hablan el Profeta y el Apóstol. Esos enviados del Señor, esos Ángeles de la tierra parece que con efecto tienen alas en los piés, como aquellos Ángeles que vió Ezequiel delante del trono de Dios. Pero ni los trabajos, ni los peligros del apostolado, son lo que mas aflige á los hombres apostólicos; su mayor dolor es la dureza y la obstinacion del pecador, y de esto únicamente se quejan á Dios. Non

omnes obediunt Evangelio. Así como hay muchos cristianos que no obedecen al Evangelio después de haberle creído, así tambien hay muchos idólatras que se mantienen incrédulos después de haberle oído..

El Evangelio es del capítulo XII de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram, mortuum fuerit, ipsum solum manet: si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam aeternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él solo quedará: mas si muriere, mucho fruto lleva. Quien ama su alma, la perderá: y quien aborrece su alma en este mundo, para vida eterna la guarda. Si alguno me sirve, sígame: y en donde yo estoy, allí tambien estará mi ministro. Y si alguno me sirviere, le honrará mi Padre.

MEDITACION.

De las concurrencias mundanas.

PUNTO PRIMERO. — Considera que acaso no hay lugar en el mundo mas funesto para la inocencia que aquellas concurrencias ó funciones en que, por decirlo así, desenvuelve, ostenta y desenrolla el mismo mundo todos los muebles mas tentadores que tiene; en que todo es tentacion, todo veneno, todo escollo, todo peligro. Son esas concurrencias ó funciones el gran teatro de la profanidad, donde sale á lucirlo todo aquello que verdaderamente se llama mundanidad. Cada uno hace en ellas su papel, y entre los que asisten, pocos dejan de ser asunto á la burla de los demás. Alguno se imagina ser la admiracion de todos, y es la lástima y la diversion del concurso. Funciones en que la disimulacion se llama buena crianza, á favor de aquella afectada urbanidad de que todos se precian; son una verdadera comedia, de la cual sale cada uno muy satisfecho de sí mismo, y muy poco del otro. En ellas reina cierta esmerada profanidad que cada dia se hace mas contagiosa; cierto refinamiento de diversiones, muy acomodado al gusto del mundo; cierta delicadeza de vida autorizada con el ejemplo, y un aire de esparcimiento, que engaña con su aparente alegría. En ellas reinan las máximas del mundo, tan contrarias á las máximas de Jesucristo; y en ellas se insinúan dulcemente todas las pasiones en el corazon, le estragan y le corrompen.

¡Buen Dios! ¡qué virtud se escapará de tantos lazos! ¡qué inocencia se librará en medio de tantos peligros! Si el mundo es un mar tempestuoso infestado de borrascas, bien se puede decir que las concurrencias mundanas son los mas peligrosos escollos. No se navega con desconfianza, porque todo se aparenta risueño, todo tranquilo. Pero hay tempestades mudas, ni se perezce solo á violencia de ruidosos golpes de viento. Los naufragios que se padecen en una insidiosa calma son los mas funestos; es inevitable la ruina cuando no se puede prevenir el peligro, cuando se perece sin estruendo. ¡Con todo eso ninguno desconfia de semejantes concurrencias! En ellas preside el espíritu del mundo, y en ellas intima todas sus máximas como otras tantas leyes. Mas que sean duras, mas que aprisionen la libertad, mas que sean impías, no es lícito contradecirlas. Parece que el mundo es como el ídolo de todo aquel concurso. A este ídolo van cada dia algunas madres cristianas á sacrificar sus inocentes hijas; á esta escuela las llevan ellas mismas para que aprendan lo mas refinado de la vanidad, lo mas maligno del espíritu del mundo, y lo mas sensual de todas las pasiones. ¡Y después nos admirarémolos de que haya tan poca piedad, tan poca religion en medio del cristianismo! A estas concurrencias mundanas se debe el que se perpetúe el espíritu del mundo, la relajacion y la impiedad.

PUNTO SEGUNDO.— Considera que esas funciones de diversion, esas concurrencias mundanas, son manantial de muchos desórdenes, y digámoslo así, la escuela de la reprobacion. Admirámonos de que haya el dia de hoy tan pocas virtudes cristianas en el mundo; que en todo reine la ostentacion, la profanidad, y una general corrupcion de costumbres; pero ¿qué otra cosa se puede aprender en la escuela de la vanidad, donde no se oyen otras lecciones, y donde se ven tan pocos buenos ejemplos? Una confesion hecha de buena fe y con dolor, la lectura de un buen libro, una santa conversacion, una exhortacion eficaz y convincente, un accidente no esperado, un piadoso impulso de la gracia habian abierto los ojos á esa persona mundana, que tenia necesidad de convertirse. Comenzaba á descubrir con provechoso arrepentimiento la inanidad y el peligro de aquellos pasatiempos á que antes habia tomado tanto gusto. Atemorizada, desengañada y movida, miraba con horror sus descaminos, y estaba resuelta á reformarse, cuando fiándose demasiadamente de su corazon, se volvió á meter de nuevo en el peligro. Luego que volvió á dejarse ver en aquellas insidiosas concurrencias, volvió tambien á ganar el

mundo todo lo que habia perdido. Presto volvieron á apoderarse del alma los sentidos de acuerdo con el corazon; en un momento se desvanecieron todas aquellas bellas esperanzas, y volvieron á estrecharse mas aquellos fatales grillos que se habian hecho pedazos con tanta felicidad. Entró en ellas cási del todo convertido, y salió con cierta especie de enfado contra sí mismo, por haber pensado en su conversion; siente haberse dejado mover, y agradece muy poco á su corazon el haber sido tan dócil á las impresiones de la gracia. Este es el ordinario efecto de aquellas funciones, de aquellas visitas, y de aquellas conversaciones, de las cuales nunca se sale tan inocente como se entró. Fórmanse por lo comun estas juntas de diversion en las quintas ó casas de campo, durante la apacible estacion del otoño, donde ya se sabe que se vive con menos servidumbre, y con mas libertad; pero esta misma libertad degenera presto en licencia y disolucion. ¡Buen Dios! ¡qué tristes ocasiones de recaidas y de desórdenes son estas visitas de bulla, de confianza, de buena amistad; esos juegos para pasar el tiempo, y esos paseos libres, alegres y nada circunspectos!

Ó Dios, que por vuestra infinita misericordia me disteis luz y tiempo para hacer unas reflexiones tan verdaderas y tan sólidas, dadme gracia para que me sean igualmente provechosas. A muchos hace llorar ahora en el infierno la funesta experiencia de todos estos peligros; no permitais sea yo del número de estos infelices, y haced que en adelante evite los mismos riesgos.

JACULATORIAS. — Librásteme, Señor, muchas veces de estas peligrosas juntas; continuadme vuestra proteccion para excusarme siempre de ellas. (*Psalm. LXIII*).

Aborrecí las juntas de los mundanos, y propuse firmemente no concurrir jamás á ellas. (*Psalm. LXV*).

PROPÓSITOS.

1 No hay cosa mas engañosa que las concurrencias mundanas; en ellas todo brilla, todo halaga, y todo se representa risueño. Reina en ellas la cortesanía, y cierta urbanidad culta y refinada que gana el corazon: los gratos, airosos y atentos modales que afectan todos á competencia, sofocan y aun previenen los mas justos remordimientos. No se hace en ellas estudio de parecer devotos, es verdad; pero se pone el mayor cuidado en observar las mas severas reglas, las obligaciones mas estrechas de la decencia. Y este especioso pre-

texto es puntualmente el que hace caer en el lazo á tantas y tantos, que por otra parte presumen de buenos cristianos, y aun de escrupulosos. Evita en adelante este escollo, si quieres evitar un funesto naufragio. Si deseas vivir cristianamente, niégate en adelante á esas concurrencias puramente mundanas. No se pretende prohibirte todo género de visitas; haylas de caridad, de obligacion, y de buena crianza. Cumple con estas, pero siempre con circunspeccion cristiana; la modestia en el traje, la gravedad en las palabras, y el piadoso decoro en posturas y modales deben ser tu distintivo en todas ocasiones. Gasta poco tiempo en las visitas, y mucho menos en aquellas concurrencias brillantes, á que te precisan á asistir el estado ó la atencion.

2 Está siempre alerta, y vive con la mayor reserva contra las sorpresas de los sentidos, y contra el artificio de las pasiones en la diversion de la campaña. Desahóguese en buen hora el ánimo; pero el corazon nunca debe ser presa del amor propio. Si no vela uno continuamente sobre sí mismo, presto el desahogo degenera en relajacion, y la relajacion en licencia de costumbres. Las personas que hacen profesion de virtuosas, quedan muchas veces burladas por confiar demasiado en su virtud. El aire del campo no siempre inspira inclinacion al retiro; son pocas las personas virtuosas que no se relajen con él. Huye de todo lo que puede contribuir á tu relajacion. Evita el juego largo y demasiadamente continuado; las visitas prolijas; ciertas diversiones que nunca carecen de peligro; y léjos de omitir alguno de tus ejercicios espirituales, ni devociones, auméntalas si es posible, y ya que en este tiempo interrumpes las otras ocupaciones serias de tu estado, no por eso se ha de debilitar tu devocion, dedicándote á una peligrosa ociosidad.

DIA VIII.

MARTIROLOGIO.

SANTA ISABEL, viuda, reina de Portugal: esclarecida en virtudes y milagros fue canonizada por el papa Urbano VIII. (*Véase su vida en las de hoy*).

LOS SANTOS AGUILA Y PRISCILA, su mujer, en el Asia menor, de quienes se hace mencion en los Hechos de los Apóstoles.

LOS CINCUENTA SANTOS SOLDADOS MÁRTIRES, en Porto; los cuales convertidos á la fe en el martirio de santa Bonosa, y bautizados por el papa san Félix, dieron la vida en la persecucion de Aureliano.

SAN PROCOPIO, mártir, en Palestina: el cual en tiempo del emperador Diocleciano fue llevado de Scitópolis á Cesarea, donde el juez Fabiano á la prime-

ra pregunta, viendo su firmeza, lo mandó degollar. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MONJES ABRAHAMITAS, en Constantinopla; los cuales por defender el culto de las santas imágenes contra el emperador Teófilo fueron martirizados. (*Llamáronse Abrahamitas estos Santos porque vivían en un monasterio de Constantinopla, titulado de San Abraham*).

SAN CHILIANO, obispo, en Witzburgo en Alemania; al cual envió el Papa á predicar el Evangelio; y habiendo convertido muchos á Cristo, fue cruelmente martirizado junto con sus compañeros COLOMANO, presbítero, y TOTNANO, diácono.

SAN AUSPICIO, obispo y confesor, en Tréveris.

SANTA ISABEL, VIUDA, Y REINA DE PORTUGAL.

Santa Isabel, biznieta de santa Isabel reina de Hungría, fue hija mayor del rey D. Pedro III de Aragon, y de Constanza su mujer, hija de Manfredo rey de Sicilia, y nieta del rey D. Jaime, llamado *el Santo y el Conquistador*, por su virtud y por sus valerosas hazañas. Nació en Zaragoza el año de 1271, y su nacimiento llenó de tanto gozo á toda la casa real, que restableció la union y la buena inteligencia entre su padre y su abuelo, discordes y mal avenidos desde largo tiempo antes; presagio feliz del singular don con que el cielo la favoreció para componer las diferencias que se habian de suscitar después entre los príncipes de su familia. Llamáronla Isabel, en memoria y en honor de su santa bisabuela, canonizada cuarenta años antes por el papa Gregorio IX. Quiso encargarse de su educacion el rey D. Jaime su abuelo, y muy presto descubrió el virtuoso monarca, así la nobilísima índole, como las grandes disposiciones para la virtud con que habia nacido la Infanta. Nada la divertía en su niñez sino los pequeños ejercicios de devocion en que se ocupaba. El tierno amor que profesaba á la santísima Virgen, á quien llamaba siempre su querida madre, le inspiraba muchas piadosas industrias para honrarla. A ninguna cosa parecia tomar gusto sino á la oracion, y el mayor que la podian dar era prometerla que la llevarian á alguna iglesia, ó algun oratorio para que se encomendase á Dios. Perdió á su abuelo el rey D. Jaime á los seis años de su edad; pero la razon y la virtud anticipada de la Infanta mostraron que ya no tenia necesidad de lecciones. Un aire dulce y agradablemente serio, una modestia majestuosa, una aversion á galas, fausto, profanidad y diversiones, con una inclinacion natural á la soledad y al retiro, dieron asunto de admiracion á toda la corte, sin que en ella se hablase mas que de las raras prendas, y de las grandes virtudes de la Princesa.

Era su virtud muy superior á sus años; aun no contaba mas que ocho, y ya maltrataba su cuerpo con los rigores de la penitencia. Ayunaba con el mayor rigor las vigiliass de las festividades de la santísima Virgen, y todos los sábados del año. Comenzó á rezar todos los días el oficio divino que rezan los eclesiásticos, y lo continuó indispensablemente hasta la muerte. Pasaba horas enteras en oracion, y el Rey su padre solia decir, que la Infanta era el Ángel de guarda de sus Estados, y que á ella debia las bendiciones que el cielo derramaba tan abundantemente en todos sus reinos. Apenas llegó á los doce años cuando á competencia la pretendieron los mas de los príncipes de la Europa, así por la fama de su extraordinaria hermosura, como principalmente por la de su singular virtud. Entre todos el rey de Aragon escogió á Dionisio, rey de Portugal, hijo de Alfonso III, que con el tiempo experimentó en muchas ocasiones las ventajas que le habia producido esta dichosa preferencia.

La mudanza del nuevo estado no alteró las costumbres de Isabel. Vivió en la corte de Portugal como habia vivido en la de Aragon. No la deslumbró el resplandor de la corona, ni los regalos de la majestad debilitaron el espíritu de la penitencia. Cuanto era mayor su elevacion, era mas sobresaliente su humildad. Siendo ya dueña de mas tiempo, y mas señora de sus acciones, usó de su libertad para añadir á las devociones antiguas otras nuevas. En medio de la corte arregló un género de vida, que se acercaba mucho á la de las religiosas mas observantes. Levantábase al amanecer, y después de la oracion, que hacia con mucho fervor, rezaba maitines, laudes y prima del oficio divino. Oia inmediatamente misa, en la que comulgaba muy á menudo, y acabada esta rezaba el oficio parvo de la Virgen, y el oficio de difuntos. Después se ocupaba en el gobierno de su real familia, y en cumplir con las demás obligaciones de su estado, teniendo destinadas varias horas para ejercitarse en muchas buenas obras. El tiempo que la sobraba le empleaba todo retirada en su real capilla, parte orando, parte leyendo libros espirituales, y parte cumpliendo con las demás devociones. Nunca estaba ociosa; el tiempo señalado para descansar le ocupaba en la labor, y toda cuanta hacia la enviaba á las iglesias, de donde tuvo principio en las señoras de Portugal la ejemplar costumbre de trabajar siempre para el culto divino, y para los sagrados ornamentos.

Persuadida la Reina á que una de las primeras obligaciones de una señora cristiana es vivir bien con el esposo que el cielo la dió, y velar sobre el proceder de toda su familia, no perdonó á medio algu-

no para ganar el corazón del Rey su marido, para arreglar su real cámara, y para que cada día sus criados y criadas fuesen mas cristianos. Santificaba á toda la corte la virtud de la Reina: sus obras eran enseñanza, y ninguno podia resistir á la eficacia de sus ejemplos. Hicieron los cortesanos cuanto pudieron para que moderase sus penitencias; pero ni la delicadeza de su complexion, ni su calidad, ni su soberanía, ni los pocos ni los muchos años fueron pretexto legítimo para que las minorase. *En ninguna parte es mas necesaria la mortificacion*, decia la santa Reina, *que donde las pasiones están mas vivas, y donde son mayores los peligros*. Por tanto, léjos de disminuir, aumentó sus rigores luego que se vió en el trono.

Además de los ayunos de la Iglesia, ayunaba tres dias á la semana, todo el Adviento, desde el dia después de san Juan Bautista hasta la Asuncion de la Virgen, y poco después de concluida esta cuaresma daba principio á otra en honor de los santos Ángeles, la que duraba hasta el dia de san Miguel. Una de sus mas sobresalientes virtudes fue la caridad con los pobres. Acostumbraba decir, que Dios solo la habia hecho reina para darla mas medios con que hacer limosna. Tenian orden sus limosneros de no negarla jamás á ningun pobre. No se pasaba dia sin que hiciese alguna visita á los pobres enfermos, y muchas veces los iba á buscar hasta en las aldeas del contorno. Mas de una vez Dios manifestó con milagros lo grata que le era la caridad de Isabel. Visitando en cierta ocasion á una pobre mujer que estaba cubierta de llagas, la piadosa Reina para vencer su repugnancia se sintió movida á abrazarla: ejecutólo intrépidamente, y en el mismo punto quedó la enferma enteramente sana, y la Princesa con nuevo vigor para vencerse á sí misma. Extendíase á todo su caridad, y no se edificó en su tiempo iglesia, hospital ni puente al cual no extendiese liberalmente la mano. Con este celo tomó á su cargo el acabar el monasterio de las monjas de San Bernardo, llamado Almoester, y perfeccionar y dotar el hospital de los Inocentes de la villa de Santaren, y edificar otro en Coimbra junto á su palacio, y fundar allí mismo el gran convento de Santa Clara, para cuyo establecimiento hizo ir allá seis monjas del de Zamora. En las casas que destinó para las mujeres arrepentidas, y niños expósitos, y en otras piadosas fundaciones dejó esclarecidas pruebas de su celo por la gloria de Dios y la pureza de costumbres, y de su misericordia para con los pobres.

Todos los viernes de cuaresma lavaba los piés á trece mujeres pobres, y lo mismo hacia el Jueves Santo. Una de ellas tenia en el mis-

mo pié una asquerosa llaga que causaba horror. Quiso la santa Reina curársela por sus manos; lavóla, besóla, y en el mismo instante desapareció la llaga de la pobre mujer. Dícese, que llevando un día en el regazo una buena porcion de dinero para repartirle entre los pobres, preguntada por el Rey su marido, ¿qué llevaba? respondió la Santa, que rosas; pero como no era tiempo de ellas, picándole al Rey la curiosidad, quiso verlo, y quedó admirado, cuando sus mismos ojos le dieron testimonio de que la Reina habia dicho la verdad: milagro que luego se hizo público; y para perpetuar su memoria, hasta el día de hoy se representa en las imágenes y en los retratos de la Santa.

Era preciso que fuese bien ejercitada una virtud tan eminente; fúelo tanta la de nuestra santa Reina, que la dió mucho que padecer. Era para ella una pesadísima cruz la vida licenciosa y desordenada del Rey su marido; pero la llevó con tan heroica paciencia, que jamás se la escapó ni la mas ligera queja, ni la mas mínima señal de disgusto ó sentimiento. Menos ofendida de sus agravios que de las ofensas de Dios, se contentaba con clamar en secreto al Señor por la conversion del Rey, pidiéndosela sin cesar con oraciones, con lágrimas y con limosnas. A los hijos bastardos del Rey su marido mandábalos traer á su presencia, y proveíalos de lo necesario. Y la prudente y cristiana conducta de la Reina (mediante la gracia del Señor) de tal manera rindió el corazon del Rey, que volvió sobre sí, y mudó de vida; conversion que siempre se consideró por uno de los mayores milagros de la santa Princesa. Pero muy en breve hizo el cielo otro en favor de la Reina, que publicó en el mundo su heroica virtud con esforzado grito.

Tenia la Reina un paje muy virtuoso, de mucho juicio y de singular prudencia; por cuyas prendas se valia de él, así para las limosnas reservadas de muchos pobres vergonzantes, como para otras varias buenas obras secretas. Otro paje del Rey se llenó de envidia, y determinó perderle, con cuya maligna intencion significó al Rey que no era muy inocente la inclinacion de la Reina hácia aquel paje suyo, el cual abusaba de los favores de la Princesa en ofensa de S. M. Era el Rey naturalmente caviloso, y dió crédito con demasiada ligereza al calumniador. Volviendo un día de caza pasó por una calera, y llamando aparte al dueño de ella, le previno secretamente que la mañana siguiente le enviaria un paje á preguntarle si habia ejecutado ya aquella orden que le habia dado, y que al punto, sin responderle palabra, le arrojase en el horno de la calera. El día

inmediato muy de mañana mandó el Rey al paje de la Reina, que fué á tal calera, y preguntase al dueño si se habia hecho lo que su Majestad habia mandado. Partió al instante; pero pasando cerca de una iglesia, entró en ella á oír misa, segun su devota costumbre. Habia comenzado ya la que se estaba celebrando, y le pareció que debia esperar á otra, la que tardó tanto tiempo en salir, que se dilató bastante la ejecucion de su comision. Impaciente el Rey por saber la suerte del paje, despachó al calumniador para que se informase si se habia ejecutado lo que habia prevenido. No se detuvo este á oír misa como el primero; antes bien la maligna complacencia de tener mas apriesa la noticia de su muerte, le hizo apresurar la diligencia. Llegó á la calera, y apenas abrió la boca para preguntar si se habia hecho ya lo que el Rey habia mandado, cuando los caleros le arrebataron y le arrojaron en el horno, donde al instante se convirtió en ceniza. Poco después llegó el paje de la Reina, y preguntando si se habia ejecutado la órden del Rey, le respondió el dueño, que todo se habia hecho como S. M. habia mandado. Volvió á palacio, y asombrado el Rey al verle, le hizo varias preguntas; descubrió la extraña equivocacion, y reconoció la singular providencia del Señor: que por medio tan extraordinario habia hecho patente la maldad de su paje, y la inocencia de la Reina, á quien habia ofendido tanto con sus ligerísimas sospechas.

Después de este lance parece que ninguna cosa debiera ser capaz de alterar la veneracion y la estimacion que debia hacer de la Reina; con todo eso aun se dejó sorprender por la malignidad de algunos cortesanos. Acababa de desposarse con la infanta de Castilla su hijo el príncipe D. Alfonso, y por algunas diferencias se descompu-so con el Rey su padre. Vivamente penetrada la santa Reina con un rompimiento tan funesto á todo el Estado, hizo cuanto pudo para reconciliar al padre con el hijo. Extraordinarias fueron las penitencias que hizo, las oraciones que ofreció, y las lágrimas que derramó para aplacar la cólera del cielo, y para conseguir de la misericordia del Señor una paz sólida entre la familia real, al propio tiempo que con buenos consejos y amonestaciones persuadia al hijo que obedeciese á su padre. El papa Juan XXII escribió un breve á la santa Reina, ensalzando su prudente conducta; pero algunas personas malintencionadas, de aquellas que echan siempre á la peor parte las acciones mas cristianas, la hicieron sospechosa con el Rey, interpretando mal sus frecuentes conferencias con el hijo, y le persuadieron que la Reina era del partido del príncipe D. Alfonso. El Rey demasiadamente

crédulo echó á la Reina del palacio de Santaren, donde él estaba, privóla de todas sus rentas, y la desterró á la pequeña villa de Alánquer.

Recibió Isabel esta desgracia como favor especial del cielo, y el grande amor que profesaba al retiro, la hizo muy dulce el destierro de la corte. Aprovechóse del mayor tiempo que lograba para aumentar sus ejercicios espirituales y sus penitencias. Estaba tan gozosa en su soledad, que la costó mucho dolor el dejarla, cuando desengañado el Rey, la envió orden para que se restituyese á la corte. A esta última tempestad se siguió una calma que nunca se alteró después. El Rey dió público testimonio de su arrepentimiento y de su dolor por la ligereza con que habia dado fáciles oídos á la calumnia; pidióla perdon, perdonó al príncipe su hijo por su respeto, y con el constante amor y veneracion que profesó en adelante á la Reina, reparó los ultrajes y malos tratamientos con que la habia ofendido.

Aprovechóse diestramente la santa Reina de esta confianza del Rey, asi para el bien del Estado, como para la santificacion del Rey mismo, y todo lo consiguió con felicidad. Habia mas de cuarenta y cinco años que reinaba este Monarca, cuando se sintió asaltado de una larga enfermedad, que al cabo le llevó á la sepultura. Asistióle en ella santa Isabel con tanto amor y con tanta vigilancia, como si fuera una centinela, sin separarse un punto de su cabecera, y tuvo el consuelo de verle recibir todos los Sacramentos con ejemplar disposicion, y de espirar después entre piadosos afectos. Fue grande su dolor; pero no se abandonó á él. La que estaba tan poco asida al mundo, no pensaba quedarse en medio de su tumulto, y luego que vió roto el único lazo que la detenia, se encerró en su oratorio, se postró á los piés de un Crucifijo, se consagró al Salvador, y le suplico la recibiese en el número de sus mas humildes siervas. Al punto se desnudó de todas las insignias de la majestad, se cortó por su misma mano el cabello, vistióse el hábito de santa Clara, y volviendo en este traje á la sala donde estaba expuesto el real cadáver, suplicó á los grandes, que ya ni la mirasen, ni la tratasen como á reina. Habiendo pasado algunos dias en ayunos, en vigiliass y en oraciones cerca de la sepultura del Rey, se retiró al monasterio de Santa Clara de Coimbra, que ella misma habia fundado. Habia resuelto abrazar el estado religioso; pero las representaciones, las súplicas y las instancias de hombres piadosos y doctos, la obligaron á contentarse con hacer vida de religiosa, sin estrechase con la profesion. Mandó fabricar un cuarto cerca del convento, donde pasaba en ora-

cion los dias y las noches. Desde entonces su ayuno comenzó á ser continuo, manteniéndose con solo pan y agua, y ocupándose únicamente en buenas obras. Los pobres, las viudas, los huérfanos, los encarcelados hallaban en Isabel no solo una poderosa protectora, sino una amorosa madre. Extendíase su caridad hasta la otra parte de los mares, dando gruesas limosnas para el rescate de los cautivos que habian caído en manos de los infieles ó de piratas.

Desoló una cruel hambre gran parte del reino de Portugal, singularmente la ciudad de Coimbra; pero la santa Reina dió tan acertadas providencias, haciendo venir granos de todas partes, que todos confesaban serle deudores de la vida. Inmediatamente después de la muerte del Rey su marido fué en peregrinacion á visitar el cuerpo de Santiago, cuya iglesia enriqueció con dones preciosísimos; y en el año de 1333, con motivo del jubileo, repitió la misma peregrinacion, haciéndola toda á pié, y acompañada de dos solas criadas, pidiendo limosna de puerta en puerta.

Cuando se restituyó á Portugal supo que su hijo el rey D. Alfonso IV, por sobrenombre el *Bravo*, y su nieto tambien D. Alfonso XI, rey de Castilla, estaban para declararse la guerra. Y como la santa Reina habia recibido del cielo una gracia muy singular para ajustar las mayores diferencias, y para poner paz en las familias, partió al punto para reconciliar á los dos Reyes. Bastó la noticia de este viaje para conjurar la tempestad, y para unir los corazones; pero Isabel cayó gravemente enferma en Estremoz, á la frontera de Portugal y de Castilla. Conoció que se acercaba su fin, y no se puede explicar el fervor con que se dispuso para la muerte. Quiso recibir el santo Viático de rodillas, y en la misma iglesia, vestida con su hábito ordinario de la tercera Orden de san Francisco; lo que hizo con tan tierna devocion, que la comunicó á todos los circunstantes. Habiendo exhortado después al Rey su hijo á que hiciese la paz, y á vivir cristianamente, recibió la santa Uncion con la misma piedad, y pidió que la dejaran sola. Durante este recogimiento se la apareció la santísima Virgen, á quien invocaba sin cesar, y llenándola de consuelos celestiales, le hizo dulcísima la muerte. Mostró tan extraordinaria alegría en su semblante, que acreditó bien el gozo de que estaba inundado su corazon, repitiendo frecuentemente aquellas palabras: «Maria, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemigo malo y recíbenos en la hora de nuestra muerte.» En fin, hácia el anochecer del dia 4 de julio entregó el alma á su Criador, á los sesenta y cinco años de su edad.

Mientras vivió todos la llamaban *la santa reina*; después de muerta nunca fue conocida por otro nombre. Mandó el Rey su hijo, que su santo cuerpo fuese transportado á Coimbra con real pompa: diósele sepultura en la iglesia de Santa Clara, como la Reina lo habia deseado. Hízose muy en breve muy glorioso su sepulcro por las gracias que concedia el cielo á intercesion de la Santa. De todas partes acudian á él por devocion. El papa Leon X permitió su culto público en el arzobispado de Coimbra, y Paulo IV extendió esta permission á todo el reino de Portugal el año de 1612, esto es, doscientos setenta y seis después de la muerte de la santa Reina. Hallóse aun entero su cuerpo envuelto en un paño de seda, y en su honor se edificó una magnífica capilla, donde se colocó esta reliquia dentro de una grande urna de plata. El año de 1625, á 25 de mayo, el papa Urbano VIII la canonizó solemnemente, y mandó que se trasladase su fiesta del dia 4 al dia 8 de julio, por concurrir en el primero la octava de los santos Apóstoles.

SAN PROCOPIO, MÁRTIR.

Después de haber castigado severamente el emperador Diocleciano á la ciudad de Alejandría por su desobediencia, se fué á Antioquía, y allí se le presentó una señora por nombre Teodosia, de estirpe de senadores, que habia sido casada con un caballero cristiano ya difunto, y tenido de él un hijo, que se llamaba Neanias, jóven de gentil disposicion. Llevóle consigo al Emperador, y suplicóle que le diese algun cargo digno de su persona, y ofrecióle una suma considerable de dinero. Aceptó el Emperador la ofrenda, y conociendo la calidad de Teodosia y de su hijo, y que eran muy dados al culto de sus dioses, hizo gobernador de Alejandría á Neanias, y mandóle que no dejase cristiano con vida. Con esta provision salió Neanias de Antioquía para su gobierno, acompañado de buen número de soldados, y una noche en el camino le sobrevino un temblor de tierra espantoso con muchos truenos y relámpagos, de manera que los que iban en su compañía despavoridos y medio muertos cayeron en tierra: solo Neanias, esforzado con la virtud del cielo, paró, y oyó una voz que le dijo: Neanias, ¿dónde y contra quién vas tan arrebatado? Y como él respondiese, que iba por mandado del Emperador á concluir con los Cristianos, oyó otra voz que le replicó: ¿Y tú, ó Neanias, tambien vienes contra mí? Y preguntándole el Santo: ¿Quién sois vos? vió súbitamente una cruz muy mas clara que el cristal resplandeciente, y oyó una voz que salia de ella y decia: Yo

soy Jesús crucificado, Hijo de Dios. Quedó Neanias asombrado; pero no de manera que no tornase á preguntar, y á decir: ¿Cómo es posible, Señor, que Vos seais Hijo de Dios, habiendo sido crucificado y muerto con tantos dolores y afrentas? Y el Señor: Yo, dijo, moriré por mi voluntad, y tomé sobre mí las penas que los hombres habian de padecer por sus pecados, y con mi muerte los libré de la muerte eterna.

Desapareció aquella vision, y Neanias quedó muy consolado, y tan encendido en el amor de la santa cruz, que luego entró en la ciudad de Scitópolis, y mandó secretamente llamar al mas acreditado platero que allí habia, que se llamaba Marcos, y le dió orden que le hiciese una cruz de oro sin que ninguno lo supiese. Hízola el platero, y cuando la hubo acabado, parecieron en la misma cruz tres imágenes con sus letras en hebreo, que declaraban lo que eran. En lo alto de la cruz estaba escrito *Emanuel*, y en los dos brazos *Miguel* y *Gabriel*. Quedó como fuera de sí el platero: quiso borrar lo que habia hallado, y él no habia hecho; y luego se entorpeció la mano y no la pudo mover. Volvió Neanias: halló su cruz acabada con las letras milagrosas: pagó al platero liberalmente, y partióse muy contento. Para animarle y confirmarle mas en la fe y creencia de la misma cruz, que ya habia comenzado á tener, luego le ofreció Dios una guerra contra los agarenos, que tomaban por fuerza las mujeres á las hijas de los vasallos del imperio romano. Salió contra ellos Neanias, diciendo para sí: Ahora veré yo si el que me apareció en el camino es verdadero Hijo de Dios. Al punto que estaba pensando esto, oyó una voz que le dijo: Confía, Neanias; porque yo soy tu Señor y tu Dios, y estoy contigo. Esforzado con esta voz, dió valerosamente sobre los enemigos, y mató seis mil de ellos, sin perder un hombre de los suyos.

En sabiendo su madre Teodosia la victoria que su hijo habia tenido de los agarenos, vino á darle el parabien, y á acompañarle al templo de los dioses para hacerles gracias de aquella merced; mas el hijo, que estaba ya alumbrado con la luz del cielo, y herido de amor del verdadero Dios, declaró á su madre cuán engañada vivia, y delante de ella derribó sus estatuas de los dioses de oro y plata, y las vendió, y el precio de ellas dió á los pobres. No se puede describir el furor que Teodosia concibió contra su propio hijo; pues olvidando de que era madre y que le habia tenido en sus entrañas, y parido, y criado, le acusó al emperador Diocleciano; y él mandó luego al prefecto de Palestina, hombre cruelísimo, y se llamaba Justo,

que prendiese á Neanias , y le hiciese reconocer y adorar los dioses ; ó de lo contrario á puros tormentos le quitase la vida.

El Presidente mandó prender y llevar á Cesarea ; y hallando al Santo invencible y mas fuerte que el acero y diamante , le mandó atormentar cruelísimamente , y después llevar á la cárcel. Estando en ella el glorioso Mártir aherrojado , á la media noche vinieron Ángeles del cielo , vestidos de inmensa luz , y llamaron por su nombre al Santo : y él les preguntó , quiénes eran ; y ellos respondieron que eran Ángeles de Dios , que les enviaba á visitarle. Entonces dijo el Mártir : Si sois Ángeles de Cristo , hincad las rodillas , y haced la cruz sobre vuestras frentes ; y los Ángeles hicieron lo que les dijo el Mártir. En este punto alzando los ojos al cielo , vió á su mano derecha , no á los Ángeles , sino al Rey de los Ángeles Jesucristo , vestido de divina é incomparable claridad , que le rociaba con agua , y le decia : De aquí adelante no te llamarás Neanias , sino Procopio : pelea como buen soldado para que otros por tí y contigo sean coronados , y alcancen la gloria del martirio. Oyendo estas palabras el Santo , se postró en el suelo , y pidió perdon de sus pecados al Señor , y fuerzas para padecer muchos tormentos ; y al momento quedó sano de todas sus llagas , y con nuevo gozo y resplandor salió de la cárcel , y con sola su vista gran número del pueblo se convirtió , y reconoció por verdadero Dios á Jesucristo nuestro Salvador.

Turbóse el Presidente , y queriendo atribuir á sus dioses la salud y el resplandor del Mártir , dijo á los circunstantes que alabasen todos la clemencia de los dioses inmortales , por haber hecho aquella merced tan grande á Procopio ; pero el santo Mártir , dijo : ¿ Por qué no vamos luego al templo de los dioses , para que se vea quién de ellos me ha hecho este beneficio ? El Presidente creyendo que Procopio de veras queria adorar á sus dioses , dejólo ir solo ; el cual entrando en el templo , y cerradas las puertas , hizo oracion suplicando á Nuestro Señor que hiciese pedazos todas las estatuas de los dioses que allí estaban , y al momento cayeron todas , y se hicieron pedazos ; y los soldados que habian ido custodiando de léjos al Mártir , se convirtieron , deseando ya derramar la sangre por Cristo. Envio el Presidente á dos tribunos llamados Nicóstrato y Antíoco , con buen número de soldados , para que matasen á los que habian creído ; mas en llegando al Mártir se echaron á sus piés , suplicándole que los hiciese cristianos ; y él con admirable júbilo los llevó de noche á Leoncio , obispo de aquella ciudad , para que los bautizase , y después murieron por la fe á los 21 de mayo (*véase el Martirologio de dicho día* ,

y un hombre llamado Eulalio, recogió sus reliquias y las sepultó.

Mas Procopio cargado de hierros, de nuevo fue echado en un calabozo; allí vinieron doce señoras muy principales, confesando que eran cristianas. Súpolo el juez: mandólas prender; y hallándolas constantes en la fe de Cristo, las hizo atormentar con varias y exquisitas penas, y finalmente darles la muerte. Hallóse presente á los tormentos y á la muerte de estas santas mujeres, Teodosia, la madre de Procopio; y viendo que unas mujeres, flacas por su condicion, no se dejaban vencer ni de la terribilidad de los tormentos, ni de las promesas del juez, movida de Dios, entendió que aquella no era cosa humana, sino virtud del cielo y de la religion cristiana; y toda encendida en el amor del Señor, no se pudo contener, y allí en medio de la gente dió voces confesando que era cristiana; y el Presidente, atónito, la mandó apalear y despedazar con uñas de hierro, y después cortarle la cabeza. (*Véase el Martirologio del dia 29 de mayo*).

Es imponderable el gozo que el santo hijo tuvo del martirio de su santa madre; pero el Presidente para vengarse de él, le mandó dar muchos golpes en la cara con manoplas de hierro, y abrir su cuerpo, y surcarle con puntas aceradas, y darle otros atroces tormentos; pero como viese que todo no aprovechaba, de pura pena y congoja cayó malo, y en castigo de su pecado perdió la vida temporal y eterna. Sucedió Flaviano á Justo, no menos cruel que su predecesor, y se propuso persuadir al Santo que obedeciese al Emperador; mas cuando vió que perdía tiempo, mandó á uno de sus criados, que se llamaba Arquilao, que con la espada atravesase al santo Mártir, y allí le acabase; pero cuando Arquilao alzó el brazo para descargar el golpe, perdió las fuerzas y cayó con su espada en el suelo; y Flaviano, no sabiendo qué hacerse, mandó de nuevo llevar á la cárcel á Procopio, y al cabo de seis dias despedazarle con duros nervios, y quemarle todo el cuerpo con planchas encendidas, y echar sal en las llagas. Todo esto sufría el Santo con increíble constancia; y el juez no sabiendo ya qué hacerse, mandó que á la mano derecha extendida sobre un altar de los dioses le echasen ascuas é incienso, para que si movia la mano, vencido del dolor del fuego, pareciese que habia sacrificado á los dioses; mas habiendo estado así largo espacio, quemando el fuego, y comiendo lentamente la carne, no movió la mano, antes alzando la voz dijo aquello del salmo: «Vos, Señor, habeis tenido mi mano.»

No se acabaron aquí las batallas de Procopio: colgáronle de los brazos, echando á sus piés piedras muy pesadas, para desmembrarle,

y arrojáronle después en un horno encendido, y por la virtud de la santa cruz que hizo al fuego, no le quemó á él, sino á los ministros que lo avivaban. Finalmente el impío juez mandóle degollar; y al tiempo que se habia de ejecutar la sentencia, se puso en oracion, y suplicó á Nuestro Señor con muchas lágrimas por la salud de los que estaban allí presentes, y por todos los que después de su muerte á él se encomendasen y pidiesen favor por su intercesion. Una voz del cielo le aseguró que el Señor habia oído su oracion; y tendiendo el cuello, le fue cortada la cabeza tal dia como hoy.

La Misa es en honra de santa Isabel, y la Oracion la siguiente:

Clementissime Deus, qui beatam Elisabeth reginam, inter ceteras egregias dotes, bellici furoris sedandi praerogativa decorasti: da nobis ejus intercessione, post mortalis vitae, quam suppliciter petimus, pacem, ad aeterna gaudia pervenire: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó clementísimo Dios, que entre otros dones con que enriqueciste á la santa reina Isabel, la favoreciste con la gracia singular de aplacar el furor de las guerras; concédenos por su intercesion la paz de esta vida mortal, que humildemente pedimos, y después los dichosos gozos de la eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capitulo xxxi de los Proverbios.

Mulierem fortem quis inveniet? Procul et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vitae suae. Quaesivit lanam, et linum, et operata est consilio manuum suarum. Facta est quasi navis institutoris, de longe portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque prae-dam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum: de fructu manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudinem lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus: non exstinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suae à frigoribus nivis: omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stra-

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del mundo. El corazón de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien, y no con mal, todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de léjos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad, y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendió su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras, li-

gulatam vestem fecit sibi: byssus et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terrae. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit chanaanæ. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiae, et lex clementiae in lingua ejus. Consideravit semitas domus suae, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii ejus, et beatissimam praedicaverunt; vir ejus, et laudavit eam. Multae filiae congregaverunt divitias: tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum: et laudent eam in portis opera ejus.

no finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare con los senadores de la tierra. Tejió lienzo, y lo vendió, y dió un cingulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada; tambien su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donaire, y vana la belleza: la mujer que teme á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

REFLEXIONES.

¿Quién hallará una mujer fuerte? Es tesoro que dista mucho de nosotros, mas precioso que todo cuanto nos viene de los últimos términos del mundo. Es un tesoro una mujer virtuosa, dice el Sabio; pero tan raro y tan exquisito, que no tiene precio. ¿De dónde nacerá esta escasez, cuando no hay cosa mas comun que la devocion en las mujeres? Es verdad; pero tampoco la hay mas regular que beatas aparentes, y devotas de perspectiva. No aciertan, ó no quieren acertar con la devocion verdadera, porque no siguen el espíritu de Dios, sino su genio y su capricho. El humor, el natural y la inclinacion son los únicos oráculos que consultan; gobiérganse por el genio mas que por la razon. De aquí nacen aquellos ilusiones, aquellas extravagancias, y aun aquellos descaminos en punto de devocion, que tanto perjudican á la piedad cristiana. Una descuida de las mas esenciales obligaciones de su estado con pretexto de ejercitarse en buenas obras: otra abandona el cuidado de su casa y de su familia, por estarse toda la mañana en la iglesia; esta se distingue por sus limosnas, y la otra por sus largas devociones; pero ni esta ni aquella pagan á los oficiales, y las casas de las dos están sin orden y sin gobierno. ¿Quiéres formar una justa idea de una mujer verdaderamente devota y virtuosa? pues pon los ojos en el retrato que hace de ella el Espíritu Santo en la Epístola presente.

El santo temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría, es como la basa y el cimiento de todas sus buenas prendas. Su marido la entrega el corazon, y coloca en ella toda su confianza, Súposele ella ganar con su dulzura, con su humilde rendimiento y con su buen modo; de manera, que enteramente la abandona el cuidado de la familia, bien seguro de que con su gobierno y con su economía dará providencia en todo, nunca le ocasionará el menor disgusto, y será todo su estudio la vigilancia sobre la casa, y la aplicacion á que todo ande bien gobernado. Poseyendo todas las calidades que constituyen una buena esposa, carecerá de todos los defectos que hacen infelices los matrimonios. Será humilde sin afectacion, modesta sin artificio, se vestirá decentemente segun su calidad, pero sin profanidad, y por su virtud se merecerá la veneracion de todos; de manera, que su igualdad, su afabilidad y su grave compostura no solo se deje admirar, sino que haga amable la virtud. No será la menor de sus partidas la exactitud en pagar la soldada á sus criados, y la caridad en socorrer sus necesidades; extendiéndose esta á compadecerse tambien de las forasteras, la ganará el corazon de todos los pobres. Léjos de dar en el escollo de la ilusion, estará muy persuadida á que la primera y la mas principal de sus obligaciones es el cuidado de su familia y de su casa; en cuyo concepto gustará mucho del retiro, y el tiempo que la dejaren libre las ocupaciones de su estado le empleará en oracion, en buenas obras y en las labores de manos. Acaso esta devocion no será el dia de hoy muy de la moda, ni muy del gusto de todas las beatas; pero no importa: es una devocion verdadera, pura y sólida; cualquiera otra es sospechosa, y muy frecuentemente una mera ilusion, y nada mas.

El Evangelio es del capitulo XIII de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum coelorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit: et prae gaudio illius vadit, et vendit universa quae habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum coelorum homini negotiatori, quaerenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quae habuit, et emit eam. Iterum simile est regnum coelorum sagenae missae in mare, et ex

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discipulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una, fué, y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red echada en el mar, que coge toda suerte de peces,

omni genere piscium congreganti. Quam, cum impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione saeculi. Exhibunt Angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexisti haec omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno coelorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los Angeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

Del vano y falso resplandor de las grandezas humanas.

PUNTO PRIMERO. — Considera que ninguna cosa deslumbra mas los ojos que las grandezas humanas, y ninguna tiene menos solidez. Un empleo elevado se ve á mucha distancia, y siempre cercado de esplendor; parece la region de la brillantez, de la magnificencia, de la abundancia y del fausto. Los honores, los placeres, y todas las comodidades parece que solo se hicieron para los grandes; delante de ellos todo se inclina, todo los adula, todo se les rie; pero en realidad, ¿qué cosa mas vana, qué cosa mas apocada, ni qué cosa mas superficial que todas esas pasajeras grandezas? ¿Cuándo contentaron nunca plenamente ni á un solo corazon? ¿Cuál es el grande del mundo que se puede llamar verdaderamente feliz? ¿Hallóse, ni se hallará jamás uno solo cuyo corazon estuviese lleno, los deseos saciados, y la ambicion satisfecha? Se han visto Santos, sabemos de muchas almas virtuosas que amorosamente se quejaron de las dulzuras, de los consuelos de que estaban inundadas; de aquella abundancia de gustos y de contento de que estaban como santamente embriagadas; pero ¿tenemos noticia de un solo grande, de un solo dichoso y afortunado del siglo. que haya exhalado jamás semejante queja respecto á los placeres del mundo? Ah, mi Dios, ¡y qué fáciles somos en dejarnos engañar de la ilusion, y en apacentarnos de vanas apariencias! La menor brillantez, el mas fugaz y el mas superficial relámpago nos deslumbra y nos encanta. Somos unos niños á quienes engaña el oropel, y nunca vemos mas que la corteza. No hay empleo alguno de esos elevados exento de nieblas, y de nieblas muy espesas; ninguno que no esté expuesto á furiosos vientos y á espantosas tempestades. La tran-

quilidad, la serenidad y la calma solo reina en los humildes valles; los lugares bajos y oscuros son los únicos que están al abrigo de las borrascas. Una mediana fortuna, sostenida y ennoblecida de una exacta honradez y cristiandad, es la que hace á los hombres felices y tranquilos. Hemos visto, y cada día estamos viendo que los mas prudentes, y los de mayor juicio, van á buscar la paz del alma y la verdadera felicidad en el retiro de los claustros. Su misma experiencia les hace gustar las dulzuras de la vida humilde y religiosa, y las de una pobreza voluntaria: al mismo tiempo que los que suben mas alto, y mucho mas arriba que el origen que tuvieron, solo encuentran inquietudes, amarguras y sobresaltos en la misma elevacion. Mi Dios, ¡y será posible que no quiera yo gustar lo que experimentan vuestros fieles y verdaderos siervos!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que los grandes del mundo, hablando con propiedad, solo son dichosos en la imaginacion de los demás; pues en la suya ciertamente no lo son. El equipaje, el tren, las carrozas, los muebles y la bulla, á eso se reduce toda su dicha; pero ¿tiénenla en la realidad? Y ¿de qué le servirá á un hombre que todo el mundo le tenga por feliz, si verdaderamente no lo es? El corazon de cada uno, y no la opinion ajena, le ha de dar testimonio de su felicidad; á él se le ha de tomar su dicho. Si el alma está nadando en inquietudes, en sobresaltos y en cuidados; si el corazon está anegado en amarguras, ¿de qué servirá á su imaginaria felicidad, ni el esplendor que le rodea, ni el fausto que le circunda, y le hace remedar al afortunado? Ello es mucha verdad, aunque pocos la crean, que las mayores cruces, las mas pesadas, y las mas insoportables solo nacen en la region de los placeres. Las mas brillantes dignidades, el fausto mas suntuoso, ni todos los tesoros del mundo son capaces de mitigar los dolores de la gota, ni un solo dolor de dientes, pues ¿cómo aliviarán aquellos molestísimos cuidados, aquellas mortales desazones, aquellos amarguísimos sobresaltos, que son inseparables de todos aquellos á quienes el mundo reputa por afortunados? Pero al fin, supongamos que por un privilegio nunca oido sea alguno exento de esas miserias tan comunes; después de la muerte, ¿qué resta de todas esas brillanteces y grandezas? Ser rico, poderoso y grande por un puñado de días, y verse reducido después á otro puñado de polvo y de ceniza, ¿qué mayor desgracia? ¡Pues qué si se muere en pecado! ¡hallarse de repente adocenado con lo mas vil, con lo mas hediondo, y con lo mas malvado del mundo, condenado en el infier-

no á todo género de tórmontos! Grandezas humanas, ¡y qué pequeñas pareceis miradas á la luz de la última candela! ¡y qué pequeña cosa sois aun consideradas en medio de la vida! ¡qué prudentes fueron los Santos en haber hecho tan poco caso de vosotras! ¡Con qué desprecio os trató santa Isabel aun desde la elevacion del trono! ¡y con qué prontitud os abandonó luego que espiró el Rey su marido! ¿Cuándo ha de llegar el tiempo de que estos ejemplos hagan impresion en los que los meditan?

Sea, Señor, en este mismo punto; y abriéndome los ojos vuestra gracia, hacedme conocer que la verdadera grandeza solo consiste en serviros con fidelidad, y en amaros sin reserva; porque serviros á Vos, es reinar.

JACULATORIAS. — Vanidad de vanidades, y todo vanidad. (*Eccle. i*).

Apartad, Señor, mis ojos de todas las cosas vanas, caducas y perecederas de la tierra; y asistidme para marchar con aliento por el camino que guia á Vos. (*Psal. cxviii*).

PROPÓSITOS.

1 Ó naciste grande, ó te ves elevado á mayor fortuna, ó te hallas en un estado menos brillante. Si te miras en elevacion, no te desjes deslumbrar; haz reflexion continuamente sobre las pensiones de tu estado, sobre la poca solidez de esa aparente grandeza, sobre la brevedad y la inconstancia de esa engañosa fortuna. No te fies demasiado del incienso que te tributan; en suma, no es mas que un poco de humo que se sube á la cabeza, cuya ninguna consistencia es imagen natural de la vanidad y de la insustancialidad de tu grandeza. Si te hallas en clase inferior, no envidies á los que están sobre tí, ó por el nacimiento, ó por los empleos, ó por los bienes de fortuna. Ten por cierto, que á los que se llaman dichosos del siglo no les tocó por herencia ni les cupo en las partijas la felicidad. El pensamiento de la muerte y de la eternidad es muy eficaz para extinguir la envidia en los pequeños, el orgullo y la vanidad en los grandes.

2 No te contentes con el estéril conocimiento de que las grandezas humanas son á manera de aquellos relámpagos acompañados de truenos, que hacen mucho ruido, y desaparecen en el mismo momento en que se forman. Pregúntate muchas veces á tí mismo cuando leas una historia, cuando registres un retrato, cuando admires un palacio, una casa magnífica de campo; ¿en qué pararon aquellos grandes principes, aquellos famosos capitanes, aquellos hombres afor-

tunados, aquellos varones señalados por su nacimiento, por sus empleos, por sus dignidades? ¿Qué les ha quedado ahora de su grandeza; de aquella superioridad de genio, de su magnificencia, y de su ostentosa suntuosidad? Brillaron, metieron mucho ruido, pero ya pasaron: *Et solum superest sepulchrum*: anda, vé á revolver aquel puñado de ceniza; á eso se reducen todos los vestigios de aquella grandeza y de aquella felicidad. Haz esta meditacion por lo menos una vez cada semana, y da mil gracias á Dios todos los dias si vives en un estado humilde y oscuro. Has de estimar la mediocridad de tu fortuna, la misma pobreza, y hasta los trabajos de esta vida, como los medios mas seguros para conseguir tu eterna salvacion, y consiguiientemente por el estado mas dichoso, como vivas en él cristiana y piadosamente.

DIA IX.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES ZENON, Y OTROS DIEZ MIL DOSCIENTOS Y TRES, en Roma, en la Fuente que siempre mana. (*En tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano se dispuso que, separados de las legiones todos los cristianos, fuesen mandados á Roma, donde eran destinados como los esclavos á trabajar en las termas del Emperador. Concluido este edificio, como perseverasen los legionarios, con su tribuno san Zenon á la cabeza, en confesar á Jesucristo, fueron decapitados en un valle, llamado de las Aguas Salvas, donde está la fuente permanente, en el año 298.*)

SAN CIRILO, obispo, en Gortina en Candia; el cual en la persecucion de Decio, por decreto del presidente Lucio, habiéndole echado en una hoguera, salió sin lesion alguna quemadas solas las ataduras; de cuyo portento quedó el juez tan admirado, que le dejó en libertad. Mas viendo que con la misma constancia y serenidad de ánimo proseguia en predicar á Jesucristo, lo mandó degollar. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL MARTIRIO DE SANTA ANATOLIA Y DE SAN AUDAZ, en tiempo del emperador Decio, en la ciudad de Tora junto al lago Velino. Anatolia, virgen consagrada á Jesucristo, iba por toda la marca de Ancona, donde sanó á muchos de diferentes enfermedades, y los convirtió á Jesucristo, hasta que por decreto del juez Faustiano fue atormentada de diversas maneras, y entre otras le echaron una horrible serpiente, de la cual no recibió daño alguno (*admirado de este prodigio se convirtió Audaz*); y finalmente puesta en oracion, levantadas las manos al cielo, la atravesaron con una espada. Audaz fue encarcelado, y al instante lo mandaron degollar, consiguiendo así la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES PATERMUCIO, COPRETES Y ALEJANDRO, martirizados en Alejandría, en tiempo de Juliano apóstata.

EL MARTIRIO DE DIEZ Y NUEVE MÁRTIRES, LLAMADOS GORCOMIENSES, en Brila en Holanda; los cuales fueron atormentados de diversas maneras, y últimamente dieron la vida á manos de los herejes calvinistas por defender la au-

toridad de la Iglesia romana, y la verdad de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

SAN BRICCIO, obispo, en Martula; el cual padeció muchos tormentos en defensa de la fe por mandato del juez Marciano; y habiendo convertido á Jesucristo á una gran multitud de infieles, murió confesor.

SAN CIRILO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Cirilo, uno de los obispos célebres de los primeros siglos de la Iglesia, y uno de los mas insignes Mártires de Jesucristo, bien fuese originario de Egipto, como opinan algunos, ó de Creta, llamada Candia, como otros discurren; segun nos instruyen sus actas, parece que nació de padres cristianos, y que desde su infancia fue educado en las máximas que prescribe el Evangelio, á las que correspondió fielmente, arreglando sus costumbres con la ley santa de Dios. Habia formado el Señor en su tierno corazon tal afecto á las promesas eternas, hechas por Jesucristo á los que le siguen, que el deseo de ser un perfecto discípulo del soberano Maestro, le hacia dejar frecuentemente á sus padres y patria, y buscar á los siervos de Dios donde quiera que sabia poder hallarlos; no con otro objeto que el de ilustrarse en los sublimes conocimientos de los misterios de nuestra santa Religion, de cuyo comercio siempre volvía mas fortificado en la fe, y lleno de un nuevo ardor para dedicarse enteramente en el servicio de Dios. Habíase aumentado de un modo maravilloso su virtud y su sabiduría, en términos que señalado por sus luces entre los primeros hombres de aquel tiempo, á los treinta y cuatro años de su edad fue consagrado obispo de Gortina ó Gortine, una de las ciudades de Creta. La gracia que recibió en esta vocacion le hizo crecer en prudencia y buenas obras: sus gloriosas acciones y santidad de vida eran el decoro del orden episcopal, y el honor de su ministerio. El socorro de los auxilios divinos, que siempre le ponian en un movimiento activo para el bien de su pueblo, le hizo conducirse con la mas admirable justificacion por espacio de cuarenta y cuatro años en el desempeño de su alto cargo; y no satisfecho con conservar el sagrado depósito de la fe en la pureza que los Apóstoles la predicaron, trabajaba incesantemente en aumentar el rebaño de Jesucristo por medio de la conversion de los infieles, ilustrándolos con la predicacion de la divina palabra; de suerte, que al fin de su obispado tuvo la satisfaccion de ver adquirida á Jesucristo casi toda la metrópoli, á expensas de su celo infatigable é innumerables trabajos.

Habia gozado su iglesia, como otras del Oriente, una tranquili-

dad grande desde la muerte del emperador Severo hasta la eleccion de Decio en el imperio, en cuyo espacio de cerca de cuarenta y dos años se supo aprovechar el santo Obispo de la tregua (poco frecuente en aquellas calamitosas edades), para afirmar y extender entre su pueblo el reino de Jesucristo. Pero como esta calma fue turbada de una bárbara persecucion, en que Decio, príncipe verdaderamente cruel, quiso señalarse en los principios de su reinado, haciendo públicos los edictos mas impíos contra los cristianos que rehusasen prestar adoraciones sacrílegas á los ídolos; mandó el gobernador de la provincia de Creta arrestar á Cirilo, jefe conocido en la religion cristiana, siendo ya de edad de ochenta y cuatro años; y quiso obligarle á que sacrificase á las falsas deidades. Valióse para ello de una compasion fingida, representándole que estaba informado era un varon docto y prudente, y así que hiciese uso de sus talentos consultando á su avanzada edad, y al medio de conservar la vida en lo poco que le restaba. Pero Cirilo le hizo conocer por su constancia, que los muchos años no habian debilitado su espíritu para sufrir los combates del tirano.

Yo miro mi edad como nada, dijo al Presidente el Santo, supuesto que el Señor me tiene prometido renovar mi juventud como la del águila. Yo no puedo sacrificar, segun me ordenas, pues cualquiera que rinda adoracion á otros dioses fuera del que merece este nombre, será exterminado de la tierra. Yo no puedo dar testimonios de sabiduria y de prudencia, segun me conceptuas, sino tomando todas las precauciones necesarias para no perderme á mí mismo, después de haber enseñado á otros á salvarse; ni me queda otro arbitrio para acreditar la verdad de la doctrina que he predicado, que el de dar á mis hijos que me ven, y á los que me oyen, el ejemplo de lo que ellos deben hacer en iguales casos. Hizo el Gobernador sin embargo otras tentativas mas eficaces, disimulando el enojo para vencerle y hacer que el Santo mudase de resolucion; pero viéndose rebatido, y aun confundido con sus sabias respuestas, sirviéndose de expresiones escritas en los Libros sagrados, no pudiendo tolerar por mas tiempo que un débil anciano despreciasse sus constituciones, pronunció la sentencia siguiente: *Ordeno que Cirilo, hombre que ha perdido el juicio, y que se ha hecho enemigo de nuestros dioses, sea quemado vivo.*

Recibió el Santo con imponderable gozo la sentencia, repitiendo al Señor muchas gracias porque le hacia digno de padecer por su amor; y caminando á la hoguera dispuesta para sacrificar la víctima inocente, no cesó en todo el tránsito de alabar á Dios con salmos y

canticos, rogándole se dignase recibir su sacrificio. Arrojáronle los verdugos al incendio; pero el Señor, que en otro tiempo libró á los tres jóvenes hebreos en el horno de Babilonia, repitiendo el mismo prodigio, hizo que colocado Cirilo en medio de las llamas, no le tocasen en lo mas mínimo, saliendo de ellas mas puro que el oro del crisol. No pudo resistirse el Gobernador á dar gloria al Dios de los Cristianos, tan visiblemente interesado en proteger á su siervo, á quien dió libertad en vista de aquel prodigio que le daba á conocer el poder del Autor divino, dispuesto á obrar semejantes maravillas para mayor confusion de los dioses falsos. Concurrieron de todas partes una multitud de gentes á celebrar el triunfo de nuestro Santo, que aprovechándose de tan favorable disposición, persuadió al resto de los infieles la verdad de la religion cristiana. Convirtiéronse muchos á la fe con este motivo, y á Cirilo nada moderaba el gozo que le causaban los sucesos de las nuevas conquistas, por la pena de haberse visto privado de la gloria de morir por Jesucristo.

No quiso Dios privar á su fiel siervo de esta corona, pues viendo el Gobernador los progresos que cada dia hacia el santo Prelado con total menosprecio de los edictos imperiales, arrepentido de haberle perdonado, volviendo á su antigua pertinacia, para no exponerse á la vergonzosa confusion de otras nuevas maravillas; por un segundo edicto mandó decapitarle en el dia 10 de julio por los años 251 ó 52. Sin embargo todos los historiadores así de la Iglesia griega como latina convienen en señalar el dia de su festividad en el 9 de este mes, y los Martirologios y Menologios de Oriente y Occidente, compuestos desde el siglo IX, hacen mencion del noble martirio de nuestro Santo, á quien algunos juntan á los Mártires de España.

SAN EFREN, DIÁCONO Y CONFESOR.

Fue san Efren siro de nacion, y su patria fue Nisibe, como dice Sozomeno, ó Edesa, como escribe Metafraste. Sus padres fueron cristianos; y él desde niño se inclinó á todas las cosas de piedad y virtud, huyendo de las conversaciones dañosas de los muchachos sus iguales, y ocupándose en la leccion y meditacion de las cosas divinas. El mismo Santo cuenta de sí, que habiendo salido de edad de niño, vió que nacia de su boca una vid que crecia tanto, que se extendió por toda la tierra, y era tan alta, que las aves hacian sus nidos en ella, y se sustentaban de los racimos que la vid producía, que eran muchos y muy hermosos, y cuanto mas las aves comian, tanto mas cargada quedaba la vid. Otra vez otro santo varon vió una gran-

de multitud de Ángeles que bajaban del cielo, y tenían un libro escrito por dentro y por fuera; y estando suspenso, y aguardando á quién se daría aquel libro, vió que se daba á san Efren; significando Nuestro Señor por estas visiones, la grande elocuencia y sabiduría que habia de dar á este Santo, y el fruto copioso que él habia de acarrear á la Iglesia del Señor. Y nótese, que desde aquel tiempo tuvo tanta copia y abundancia de conceptos divinos, que con ser eloquentísimo no los podia explicar, no por faltarle las palabras, sino por sobrarle las cosas; ni por la tardanza de la lengua, sino por la celeridad y presteza en su entendimiento. Al principio dejó el mundo y se retiró al yermo, y estuvo en diferentes lugares, segun que entendia que en ellos podia mas aprovechar; pero después el Señor le inspiró que se comunicase á sus prójimos, y dejase aquella soledad por el bien de muchos. Así lo hizo, y para esto determinó ir á la ciudad de Edesa, á donde le llevó Dios, para que resplandeciese como hacha divina, y los pueblos pusiesen en él los ojos, como en ciudad edificada sobre monte. Él iba con intento de buscar algun varon santo, prudente y perfecto, y abrirle su pecho y lo mas íntimo de su alma, para ser ayudado y enderezado dél, en todo lo que toca á la vida espiritual: para esto hizo oracion al Señor, y humildemente le suplicó, que en entrando en la ciudad de Edesa le diese gracia que encontrase con este varon que él tanto deseaba; pero Nuestro Señor, que de las tinieblas saca luz, y de la ponzoña vida, ordenó que entrando Efren por la ciudad le viniese al encuentro una mujer ramera. Encogióse el Santo y afligióse, pareciéndole que Dios no le habia oído; y parte por la tristeza que desto tuvo, parte por su grande honestidad, fijó los ojos en el suelo; mas la mujer, como liviana y desenvuelta, puso los ojos en Efren, y comenzó á mirarle muy atentamente. Corrióse desto el Santo; y reprendiendo á la mujer, le dijo: que ¿por qué le miraba tan de espacio y con tanta atencion, siendo él hombre, y ella mujer? A esto respondió la ramera: Que ella hacia bien de mirarle como á su principio y origen; porque la mujer habia sido compuesta y sacada de la costilla del hombre: y él debia poner los ojos en la tierra; porque el hombre de la tierra habia sido formado. Con estas palabras quedó el Santo avisado, é hizo gracias al Señor, que por aquella mala mujer le habia enseñado que habia sido formado de la tierra, y á poner los ojos en la tierra, como en la materia de que Dios le habia fabricado. Entrado en la ciudad, tomó para su morada una casilla; y estando una vez en ella aparejando su propia comida, vino á él otra mujer lasciva y desho-

nesta, que era lazo de Satanás y tizon del infierno, para enlazar al santo varon y abrasarle en llamas de concupiscencia. Escupió el veneno que traia y descubrióle su mal intento; y el Santo sin turbarse, con grande gravedad y mesura le respondió, que si queria que estuviesen juntos, habia de ser en el lugar que él escogiese; y como la mujer viniese en ello, y quisiese saber el lugar, respondió Efren que habia de ser en la plaza. Entonces la mujer dijo: Pues ¿cómo puede ser esto? ¿no veis que la gente nos verá, y quedaremos corridos y con vergüenza? Aquí tomó la mano el Santo, y le declaró cuanto mayor respeto se debe á los ojos de Dios que á los de los hombres, y que en cualquiera lugar que se cometa el pecado, por secreto y escondido que sea, siempre es patente y claro á los ojos de Dios, el cual penetra con su luz soberana lo mas íntimo de nuestro corazon, y las entrañas de la tierra, y la oscuridad de la noche, y castiga severamente á los pecadores que le pierden el respeto; y poco á poco le fué predicando lo que debia hacer para salir de aquel mal estado en que estaba, y convertirse á Dios; y entrando los rayos de su divina gracia en aquel corazon tenebroso, se volvió á él, y lloró sus pecados, é hizo penitencia de ellos, y por mano de san Efren entró en un monasterio de monjas, donde en ayunos y penitencias vivió el resto de su vida, y acabó santamente. De esta manera el demonio, que habia venido por lana, volvió trasquilado; y la que habia sido lazo del demonio, quedó desenlazada y libre de sus manos.

Otra vez estando en oracion, oyó una voz que le mandaba comer; y él respondió: ¿De dónde, Señor, tengo de comer, ó quién me lo ha de dar? Mandóle Dios que fuese á san Basilio; porque él le enseñaria, y le daria manjares divinos y de vida eterna: y (como el mismo san Efren escribe) le fué á buscar, y le halló que estaba en el templo, y vió sobre el hombro derecho del santo Pontífice una paloma resplandeciente como el sol, y que pegada á su oido le decia lo que habia de predicar al pueblo; y el mismo san Basilio por revelacion del cielo, y de la misma paloma que tenia sobre sí, supo que estaba allí Efren, y quién era, y de dónde, y á qué venia, y le recibió amorosamente, hablándole por intérprete; y trabaron entre sí muy estrecha y santa amistad, teniendo san Basilio á Efren por dulcísimo compañero y amigo, y Efren á Basilio por padre y maestro de toda perfeccion y santidad; y hay autores graves que escriben que deseando Efren saber la lengua griega, porque no sabia sino la materna, que era la siríaca, y significando este su deseo á san Basilio, alcanzó por oraciones del Santo lo que deseaba, y el entender

y hablar en griego perfectamente; aunque hablando san Efren de esta vista y comunicacion con san Basilio no dice esto. Pero ¿quién podrá referir en pocas palabras las virtudes excelentísimas de este varon de Dios? San Gregorio Niseno dice dél estas palabras: *¿De qué habemos de alabar este Santo, y tejer los loores que de él queremos decir? Primeramente, de su oracion y contemplacion, acompañadas de un escuadron de virtudes, de fe, esperanza, caridad y piedad para con Dios; de la leccion y meditacion de la sagrada Escritura; de la pureza del alma y del cuerpo; de un continuo derramamiento de lágrimas; del amor de la soledad, y de no mudarse de lugar á otro, sino cuando Dios se lo mandaba; el huir de cualquier pecado, y enseñar perpetuamente á los otros; de una oracion y devocion perseverante; el dormir en el suelo; y de una vida tan áspera y austera, que parece increíble; de una pobreza voluntaria, hermanada con una profundísima humildad; de una misericordia y compasion mas que humana; de un celo de la gloria de Dios, fervoroso contra sus enemigos y contra los adversarios de la religion y verdad; y finalmente, de todo lo que ayuda al hombre para unirse con Dios, y para reformar su imágen y semejanza.* Todo esto es de san Gregorio Niseno; y después va tratando de cada una de estas virtudes en particular, lo cual yo dejo por evitar prolijidad: porque verdaderamente la vida de este Santo era como una fuente muy copiosa y perenne de todas las virtudes; ó como un prado lleno de innumerables y suavísimas flores; ó como el firmamento, que resplandece con tantas y tan varias estrellas; ó como el paraíso terrenal, que estaba tan lleno de innumerables árboles fructuosos. Pero de tres virtudes principalmente es alabado este Santo; de la humildad, del celo y fortaleza con que se opuso á los herejes que en su tiempo arruinaron la viña del Señor, y de la misericordia para con los pobres. Su humildad fue tanta, que queriéndole hacer obispo, siendo solamente diácono, y viniendo por él para llevarle á consagrar, el Santo se tuvo por tan indigno de aquella dignidad, que en la plaza comenzó á hacer visajes y fingirse loco, andando aprisa, y corriendo por las calles, y rasgando sus vestiduras, y comiendo allí delante de todos; de manera que los que le acompañaban le tuvieron por mentecato, y le dejaron; y él no teniéndose aun por seguro, se huyó, y aun se escondió, hasta saber que ya habian elegido obispo. No consentia que ninguno le loase, antes huia dél, como si fuera su enemigo, ó como los otros aborrecen á los que los afrentan y dicen baldones; y en su testamento mandó que no le alabasen, ni le enterrasen con pompa, ni le cubriesen con paño rico; porque todo esto era

ajeno de su persona, y contrario del concierto que él tenia hecho con Dios.

Contra los herejes fue muy fervoroso, y siempre procuró deshacer sus tinieblas y errores con la luz de la verdad; y no solamente tuvo celo grande de la fe católica, sino tambien sagacidad y prudencia para saberla defender, como lo mostró en una cosa graciosa que le sucedió con Apolinar Laodiceno, heresiarca, y fue de esta manera: Era Apolinar hombre de ingenio, docto y elocuente, y de grande opinion y fama en toda la Iglesia del Señor, por haberla ilustrado con sus escritos, y defendídola con treinta libros muy eruditos que escribió contra Porfirio, y servídola en otras ocasiones que se ofrecieron; mas después, por ciertos disgustos que tuvo, volvió la hoja, y oscureció su gloria y el buen nombre que habia ganado; porque enseñó herejías, y errores pestilentes y contrarios á las verdades católicas, en materia de la Encarnacion de Cristo nuestro Redentor, y de la union y distincion de las dos naturalezas divina y humana en una persona. Para establecer sus errores escribió Apolinar dos libros, en que muy á la larga pretendió probarlos y confirmarlos, y dió á guardar estos libros á una mujercilla con quien habia tenido mala amistad, que por ese camino suelen comunmente andar los herejes, y el entendimiento estragado estraga tambien la voluntad. Supo Efren que los libros de Apolinar estaban en poder de aquella mujer; y sin darse á conocer, trabó familiaridad con ella, y de tal manera la habló, que ella quedó persuadida que Efren era uno de los discípulos de Apolinar, y de los mas aficionados á su secta. Cuando Efren hubo ganado la voluntad de la mujer, le rogó que le prestase aquellos libros de Apolinar para leerlos, y entender mejor los fundamentos de su doctrina. Ella, aunque con dificultad, se los dió, y por pocos dias, creyendo, como he dicho, que los daba á un discípulo de Apolinar, que los queria para mejor volver por su doctrina, y hacer callar á los herejes, que así llamaba la pobre mujer á los Católicos. Tomó Efren los libros, y pegó con un engrudo fuerte todas las hojas de ellos una con otra, de manera que no se pudiese abrir ni leer lo que en ellos estaba escrito; y cerrándolos bien, los volvió á la mujer, que por serlo, no reparó ni miró lo que Efren habia hecho. Después de esto provocaron á disputar los Católicos á Apolinar; y como él se hallaba ya muy viejo, flaco, y sin memoria ni fuerzas, aceptó el desafío y disputa, muy confiado en que saldria de ella victorioso con los libros que habia escrito y habia dado á guardar á la mujer. Salió en campo; envió por los libros; concurrió gran multitud de gen-

te; y cuando quiso dar razon de sí, tomó uno de los libros y comenzó a abrirle, para sacar de él sus razones y argumentos; pero no pudo leer cosa, por estar las hojas tan pegadas, como se ha dicho. Dejó aquel libro y tomó el otro, y sucedió lo mismo; y quedó tan corrido, que no supo decir palabra, y con tan gran tristeza y angustia de corazón, que le dió una enfermedad de que llegó á las puertas de la muerte. De esta suerte castigó Dios á Apolinar hereje, y la verdad católica triunfó por la prudencia é industria de san Efren; el cual así como era enemigo capital de los herejes, así era muy amigo y misericordioso con los pobres, y se compadecía de sus trabajos, y procuraba remediar sus necesidades, como lo mostró en una grande hambre que en su tiempo alligió mucho á la ciudad de Edesa; porque viendo el Santo que perecian muchos pobres, y que los ricos apartaban la mano y los dejaban morir, los reprendió gravemente, porque no tomaban la ocasion que Dios les habia enviado para comprar el cielo, y con lo que á ellos les sobraba, y estaba ocioso ó se pudria en sus arcas, no cubrian la desnudez y apacentaban la hambre de los necesitados. Y como los ricos se excusasen con decir que no tenían persona á quien encomendar aquel oficio y dar sus dineros para que fielmente los distribuyese á los pobres, el Santo con mucha caridad se ofreció á aquel trabajo, y tomó el cargo de recoger á todos los pobres, y alimentarlos y sustentarlos; y para esto armó trescientas camas, y recogió á todos los pobres que vinieron, curando á los enfermos, vistiendo á los desnudos, y dando de comer á los hambrientos todo el tiempo que duró aquella esterilidad; y en cesando dejó aquel cuidado, y se volvió á su recogimiento. Estando, pues, lleno de virtudes y altos merecimientos, entendió que el Señor le queria hacer merced de sacarle de este destierro, y llevarle á su patria y eterna bienaventuranza, y escribió aquella admirable exhortacion llena de santos documentos, que por haberla escrito á la hora de su muerte la llaman el testamento de san Efren; y encomendó muy encarecidamente (como dijimos) que no le enterrasen con vestidura preciosa, sino que si habian aparejado alguna, se vendiese y se diese á los pobres. Y como un caballero principal por su devocion tuviese aparejado un paño rico para envolverle, juzgando que seria mas acepto servicio á Dios emplearlo en honrar á su Santo que el dar el precio de él á los pobres, y por esto no hiciese lo que san Efren habia mandado; luego el demonio entró en él, y comenzó á atormentarle y despedazarle, hasta que conociendo su culpa, se echó á los piés del Santo, y la confesó, y pidió perdon de ella; y el Santo,

compadeciéndose de su trabajo, puso sus manos sobre él, y le libró del demonio, avisándole que cumpliese lo que habia prometido. También mandó que no le enterrasen en sepulcro por sí, ni en el templo, sino en el cementerio comun con los pobres y peregrinos; y después exhortando á los que estaban presentes al amor y temor santo del Señor, y á toda virtud, dió su espíritu al Señor, que para tanta gloria suya le habia criado. Murió siendo Valente emperador, el año del Señor, según Baronio, de 378. El Martirologio romano hace mencion de san Efren el 1.º de febrero, y los griegos en su Menologio á los 28 de enero.

Fue varon admirable y divino, y alumbrado de Dios, y muy estimado y alabado de los santos antiguos. San Gregorio Niseno, que escribió su vida, le compara á Abel, á Noé, á Abraham, á Moisés, á Samuel, y á los demás profetas y santos del Viejo Testamento. San Basilio le alega, y dice de él que estaba tan apartado de la sabiduría del mundo, quanto estaba cerca de la ciencia celestial. San Juan Crisóstomo le llama *el gran Efren, consolador de los afligidos y guía de los penitentes*. Teodoreto le llama *Varon admirable y excelentísimo*. San Gerónimo dice que escribió muchas obras en su lengua siríaca, y que fue tan estimado, que en algunas iglesias después de la sagrada Escritura se leían sus escritos. Metafraste, Sozomeno, Nicéforo Calixto, y los demás escritores de la historia eclesiástica, como san Anastasio Sinaíta, Focio patriarca, Gregorio, Cedreno, Teodoro, Prodro, hablan de san Efren como de un varon sublime, excelentísimo y divino. Sus obras son muy espirituales, y en ellas, como en un clarísimo espejo, resplandece el grande ingenio de Efren. la elocuencia singular, los altos conceptos, y sobre todo un espíritu celestial y soberano, suave, eficaz, blando y fervoroso, de que Dios le habia dotado. Admiraron tanto estas obras á los Santos antiguos y sabios griegos, que las tradujeron de la lengua siríaca en la suya; y por la bondad del Señor se han derivado á nosotros en nuestro tiempo por el Dr. Gerardo Vassio, alemán, que las ha recogido y traducido de griego en latin, é ilustrado con sus eruditas anotaciones. é impreso en Roma.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Es artículo de fe que todos los que mueren en gracia, pero sin haber satisfecho plenamente á la justicia de Dios, van á purificarse, y á expiar sus culpas en las penas del purgatorio; esto es, que antes

de entrar en el cielo, donde no se admite la mas ligera mancha, indispensablemente han de padecer tormentos en la otra vida por las mas mínimas faltas que no hayan satisfecho en esta, hasta extinguir enteramente la deuda contraida á favor de la justicia divina. En virtud de una verdad tan constante, así por la sagrada Escritura, como por los Concilios y por la tradicion, la santa Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu Santo, en todas las misas hace particular oracion por los difuntos. *Memento etiam, Domine*, dice el sacerdote, *famulorum famularumque tuarum, qui nos praecesserunt cum signo fidei, et dormiunt in somno pacis*: acuérdate tambien, Señor, de aquellos siervos y siervas tuyas, que nos precedieron en la señal de la fe, y duermen el sueño de la paz. *Ipsis, Domine, et omnibus in Christo quiescentibus locum refrigerii, lucis, et pacis, ut indulgeas, deprecamur; per Christum Dominum nostrum*: suplicámoste, Señor, que así á estos como á todos los que descansan en Cristo, les concedas por tu misericordia el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz; por Cristo Nuestro Señor. De manera, que además de la oracion que se hace en el sacrificio de la misa por las almas de aquellos que nombran en particular, dispone la Iglesia que todos los dias se pida en general á Dios por todas las almas que están en el purgatorio. Esta buena Madre pide por aquellas benditas y afligidas almas, en primer lugar el refrigerio por el fuego en que se abrasan; después la luz por las tinieblas que las circundan; y finalmente, la paz por las agitaciones que padecen. Esta oracion por los difuntos en el santo sacrificio de la misa se halla en todas las liturgias mas antiguas, tanto de la Iglesia griega, como de la latina, y es de tradicion apostólica, como lo testifica Tertuliano en el libro *de la corona del soldado*; san Cipriano en la epístola 66; san Cirilo de Jerusalem, san Epifanio, san Crisóstomo, san Ambrosio, san Agustin, y todos los santos Padres; como tambien el cuarto concilio de Carthago, el segundo de Vaison, el de Orleans, el de Braga, y las liturgias de todos los siglos.

Ciertamente cuando se examina sin preocupacion el dogma católico sobre la oracion por los difuntos, apenas se puede comprender cómo ha habido entendimientos que se hayan amotinado contra un dictámen tan antiguo, tan autorizado, tan conforme á la luz de la razon, y aun á los mismos impulsos de la naturaleza. Parece que por este medio quiso la divina Providencia humillar nuestra presuncion, haciéndonos conocer hasta dónde es capaz de descaminarse; y al mismo tiempo fortificar nuestra fe, dando ocasion para que sucesivamente se fuesen profundizando todos los puntos, y confirmándose

mas. Y este es el provecho que se puede decir ha sacado la Iglesia de las herejías suscitadas en todos los siglos.

Observa hoy la Iglesia en todo el mundo la costumbre de ofrecer por los difuntos el santo sacrificio de la misa, como lo observaba en tiempo de san Juan Crisóstomo, según lo expresa él mismo en la homilía 69; esto es, en una de aquellas exhortaciones doctrinales que hacia al pueblo de Antioquía: *Circa defunctos ne temere lugeamus*: á los difuntos no los lloremos temerariamente, y sin fruto, dice el Santo; llorémoslos enhorabuena, pero al mismo tiempo solicitémoslos algun alivio: *Hos lugeamus. Excogitemus eis aliquid solatii*. Pero ¿cómo, y por qué medio: *Qualiter, et quonam modo*? Haciendo nosotros oracion por ellos, y solicitando que los otros los encomienden á Dios: *Orantes, et alios precantes ut pro eis deprecantur*: dando limosnas á los pobres con este fin; *pro eis pauperibus largientes continue*. Esto alivia en alguna manera á los difuntos: *habet haec res aliquam consolationem*. No sin razon ordenaron los Apóstoles, que en el tremendo y adorable sacrificio de la misa se hiciese oracion á Dios por los difuntos: *Non temere ab Apostolis haec sancita fuerunt, ut in tremendis mysteriis defunctorum agatur commemoratio*. Sabian muy bien lo mucho que aprovechaba á los difuntos el divino sacrificio: *Sciunt enim illi inde multum contingere lucrum, utilitatem multam*: porque al fin, juntándose las oraciones del pueblo á las poderosas del sacerdote que celebra la misa, ¿cómo puede dejar de oirlas el Señor? *Cum enim totus constiterit populus, extensis manibus, sacerdotalis plenitudo, et tremendum proponatur sacrificium, quomodo Deum non exorabimus pro his deprecantes*? ¿Y qué otra cosa pretendéis cuando encargais al sacerdote alguna misa por un difunto, sino que su alma entre cuanto antes en el descanso de los bienaventurados, y encuentre favorable al supremo Juez? *Quid orare sacerdotes exhortaris? nonne ut in requiem transeat defunctus, et propitium Judicem habeat*?

San Agustin en el sermón 172, sobre las palabras del apóstol san Pablo, exhorta vivamente á los fieles á que con oraciones, limosnas, y especialmente con el santo sacrificio de la misa, soliciten el alivio de los difuntos que están pagando en el purgatorio aquellas ligeras culpas, por las cuales no dieron en vida plena satisfaccion á la divina Justicia.

Todas estas fúnebres pompas, dice este gran Santo, esos numerosos acompañamientos, esas magníficas exequias, esos ricos y soberbios mausoleos: *Vivorum sunt qualiacumque solatia, non adjutoria*

mortuorum, son cierta especie de consuelo para los vivos; pero no son ni sufragio ni alivio para los muertos: *Orationibus vero sanctae Ecclesiae, et sacrificio salutari, et eleemosynae, quae pro eorum spiritibus erogantur, non est dubitandum mortuos adjuvari*: lo que sin duda les sirve de alivio y de sufragio son las oraciones de la Iglesia, el santo sacrificio de la misa, y las limosnas que por sus almas se reparten á los pobres. *Ut cum eis misericordius agatur à Domino, quam eorum peccata meruerunt*: esto sirve para que Dios los trate con mas piedad y con mas misericordia que la que merecian sus pecados. Es antigua costumbre, establecida en toda la Iglesia, segun la tradicion de los Padres, prosigue el santo Doctor, hacer oracion por aquellos que murieron en la comunion del cuerpo y sangre de Jesucristo, singularmente en aquella parte del sacrificio donde se hace conmemoracion de ellos, como tambien especificar los nombres de aquellos por quienes particularmente se ofrece: *Hoc enim à patribus traditum universa observat Ecclesia, ut pro eis qui in corporis et sanguinis Christi communione defuncti sint, cum ad ipsum sacrificium loco suo commemorantur, oretur, ac pro illis quoque id offerri commemoretur*. Pero cuando estas oraciones por los difuntos van acompañadas con obras de misericordia, ¿quién duda que les son muy provechosas? *Quis eis dubitet suffragari, pro quibus orationes Deo non inaniter allegantur?* No se puede negar que todo esto ayuda mucho á aquellos difuntos que mientras estuvieron en vida merecieron ser socorridos con estos auxilios después de muertos; pero no te persuadas, añade el Santo, que todas las oraciones que se rezan, todas las buenas obras que se hacen, y todas las misas que se ofrecen por tales y por tales muertos, las acepta siempre Dios en favor de aquellos por quienes se aplican. De esa manera saldrian mejor librados en la otra vida los grandes del mundo, que de ordinario salen de ella mas deudores á Dios, y serian preferidos á otros pobrecitos mas virtuosos, que fueron de inferior condicion y de humilde fortuna: *Non ergo mortuis nova merita comparantur, cum pro eis boni aliquid operantur sui*. Porque es de advertir que á los difuntos no les añaden nuevos méritos las buenas obras que se ofrecen por ellos. *Non enim actum est, nisi cum hic viverit ut eos haec aliquid adjuvarent, nisi cum hic vivere destitissent*: si queremos que después de muertos nos sirvan todas las oraciones y todas las buenas obras que se apliquen por nosotros, vivamos de manera que merezcamos las acepte, y nos las aplique el Señor después de muertos. ¡Y después de todo esto, aun habrá hombres tan preve-

nidos, y tan preocupados del espíritu del error, que todavía se empeñen en defender que el hacer oracion por los difuntos es invencion de los postreros siglos!

Pide la Justicia divina que todos los pecados sean castigados, pero con alguna proporcion; de manera, que el castigo de una culpa leve no sea tan grande como el de una culpa grave; pues como no se puede negar que en los que mueren en gracia se hallan algunas culpas tan ligeras que no merecen los suplicios eternos, es preciso convenir que necesariamente ha de haber en la otra vida algunas penas distintas de las del infierno, á lo menos en la duracion, para el castigo de estas ligeras culpas. La muerte no priva á la justicia de Dios de su derecho, ni á su misericordia de poder usar de alguna gracia con las almas que están en su amistad. Pero ellas ya no pueden merecer por sí mismas ni el alivio de las penas, ni la gracia de que se las abrevien. Son como aquellos que están presos por deudas, y no tienen con que pagarlas, los cuales recurren á sus parientes y á sus amigos para que satisfagan por ellos. El comercio que hay entre todos los fieles unidos por el vínculo de la caridad obliga á aquellas pobres almas á recurrir á sus amigos y á sus deudos para que satisfagan por ellas á la justicia de Dios, porque en la cárcel donde se hallan padecen extrema necesidad. Respecto de ellas, todos, por decirlo así, somos ricos; nos sobran medios y recursos para socorrerlas; oraciones, limosnas, buenas obras, misas, ayunos, penitencias, todo es caudal con que podemos solicitar la libertad de aquellas pobres almas. ¡Y qué reconocidas no estarán á sus bienhechores y libertadores aquellas cuyas penas se aliviaron ó se abreviaron por sus caritativos oficios! En el cielo, donde está en su perfeccion la caridad, nunca olvidarán lo que debieron á los que aceleraron su dicha, satisfaciendo por ellas. Y aquel gran Dios, que promete el cielo á quien diere en su nombre y por su amor un vaso de agua; aquel divino Salvador, que agradece como si se hiciera á su misma persona lo que se hace con el mas mínimo de sus siervos, ¿con qué ojos mirará esas misas, esas penitencias, esas oraciones, esas buenas obras que se ofrecen por aquellas almas predestinadas, que le son tan gratas, y que está tan pronto como propenso á libertarlas? ¿Hay obra de misericordia mas meritoria que la que se ejercita con los difuntos? ¿hay devocion más sólida ni mas conforme al espíritu y al corazon de un cristiano que la devocion con las ánimas del purgatorio?

Admiremos en este punto de nuestra Religion la infinita sabiduría y la maravillosa providencia de Dios, que queriendo componer un

solo cuerpo de todos los fieles, supo hacer perpetua la union de los miembros de la Iglesia, juntando por ese comercio de caridad los que todavía viven en la tierra con los que la muerte separó de su compañía corporal. Por este medio se estableció, y se conserva una continua comunicacion de beneficios entre los vivos y los muertos, igualmente útil á los unos y á los otros, haciéndoles á todos participantes, de los méritos de su amable Redentor. Nuestras oraciones y nuestras buenas obras libran á los difuntos de los mayores males, y su intercesion nos solicita á nosotros los mayores bienes; nosotros los hacemos participantes de todo lo bueno que obramos, y ellos en la gloria se empeñan eficazmente para que tengamos parte en la dicha que gozan. De manera, que la caridad, el agradecimiento y la ternura se perpetúan entre los hijos de Dios, y recíprocamente se ayudan á bendecir, admirar y alabar por toda la eternidad las infinitas perfecciones del Padre celestial.

La Misa es de los difuntos, y la Oracion la que sigue:

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum, ut indulgentiam quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis et regnas...

Ó Dios, criador y redentor de todos los fieles, concede á las almas de todos tus siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de tu Iglesia el perdon que siempre esperaron de tí: Que vives y reinas, etc.

La Epistola es del capítulo XIV del Apocalipsi.

In diebus illis: Audiavi vocem de caelo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras les acompañan.

REFLEXIONES.

Oí una voz que venia del cielo, y me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Pero ¿era menester que bajase del mismo cielo una voz para persuadirnos que solamente son bienaventurados aquellos que mueren en el Señor? ¿Era menester que este oráculo se grabase en el mármol y en el bronce con caracteres indelebles para que nunca se nos borrara de la memoria? Pues qué, ¿hay por ventura cosa alguna que no nos esté demostrando una verdad que dicta la misma razon, que nos esta enseñando una continua expe-

riencia, y es uno de los principales artículos de nuestra fe? Todo cuanto hay publica esta verdad; ninguno reclamó contra este oráculo: y con todo eso no hay cosa mas olvidada, ni que haga menos impresion á la gente del mundo. ¿Qué idea se tiene de esta felicidad? ¿qué caso se hace de esta dicha? Morir en gracia del Señor, ¿es lo que se llama en el mundo *hacer fortuna*? Pero al fin, ¿hay por ventura otra fortuna que hacer? ¿es fortuna vivir entre la opulencia, los deleites, los pasatiempos y el regalo, y morir entre las angustias, los remordimientos y la desesperacion? Vivir cercado de esplendor, colmado de honras, logrando el favor del príncipe, esto se llama ser un hombre feliz y afortunado; pero es menester confesar que esa fortuna, esa felicidad y esa dicha es bien superficial, es bien corta, y está acompañada de inquietudes, de sustos y de sobresaltos. En un mar tempestuoso ¿está siempre sereno el cielo? ¿son todos los dias de calma? ¿no se experimenta alguna agitacion cuando se sube tan alto? Esos primeros empleos ¿son siempre muy tranquilos? ¡Ah, que apenas se toma posesion de ellos cuando es preciso dejarlos! No hay grande, no hay afortunado del siglo, cuyo heredero ó cuyo sucesor acaso no haya nacido ya. En el mundo, hablando con propiedad, ninguno hace mas que prevenir el lugar para su sucesor; se puede decir que nuestros bienes pertenecen en sustitucion á nuestros herederos; que nosotros no somos mas que como unos fideicomisarios universales, y que solo tenemos el uso de ellos por tiempo determinado, pasado el cual es preciso entregarlos á otro. Despojarnos la muerte de todas esas brillantes insignias de la dignidad; aniquila todos nuestros dictados y todos nuestros derechos; apaga todo el esplendor, todo el orgullo y todo el lustre. La grandeza mas soberana, la misma majestad se estrella contra el sepulcro. En la hora de la muerte toda la fortuna y toda la felicidad humana es un sueño, y nada mas. *Beati qui in Domino moriuntur*. La verdadera idea de la felicidad verdadera es morir en el Señor, es morir en su gracia. Aunque uno hubiese sido pobre, desgraciado y miserable por toda la vida; aunque esta hubiese sido la mas trabajosa, la mas oscura y la mas vil; si murió en la gracia de Dios, á esa muerte se sigue, y de esa misma muerte nace la nobleza mas augusta, la grandeza mas respetable; una felicidad eterna, que ni el tiempo la puede consumir, ni las revoluciones la pueden alterar, ni el mismo Dios como inmutable en sus decretos, puede ya turbar su posesion. En la muerte los mayores príncipes quedan á un mismo nivel con sus mas ínfimos vasallos; la muerte al menor de los Santos le hace superior al mayor de todos los monarcas del mundo;

un vil esclavo, un pobre labrador es ya objeto de su veneracion; todos los grandes de la tierra hincan la rodilla delante de sus imágenes y sus retratos; respetan, honran y adoran sus reliquias. ¡Oh, y cuánta verdad es que son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!

El Evangelio es del capítulo VI de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis judaeorum: Ego sum panis vivus, qui de coelo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judaei ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis, nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dijo Jesús á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, la que daré por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decían: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

MEDITACION.

Del deseo de la muerte.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el verdadero deseo de la muerte (hablo del piadoso, y no del que nace de desesperacion ó de poco sufrimiento de las miserias de esta vida), este verdadero deseo, digo, no puede menos de ser efecto de un vivo y ardiente amor de Dios, y fruto sazonado de una fervorosa virtud; es una santa y dulce ansia de que se levante este destierro, de ir á la amada patria; es una inocente pasion por salir cuanto antes de un país enemigo, donde enteramente es menester estar alerta contra los lazos y contra las sorpresas; donde ni la mayor vigilancia ni el mas atento cuidado son bastantes para que se pase ni un solo día sin alguna herida; es, en fin, un dulce movimiento del alma hácia su Dios, como á su último fin, como á su soberano bien, como á su suprema felicidad, como al reposo, á su centro, á su alegría pura sin alguna mezcla.

¿Qué admiracion puede causar el que un caminante desee con ansia llegar cuanto antes al término de su viaje, ni que un encarcelado suspire por salir de la prision? ¿Qué extraño puede ser el que sepan mal al paladar unas frutas siempre verdes y siempre amargas? ¿que dis-

guste un país donde se está de paso, sujeto á continuas tempestades, á huracanes perpetuos, cuyo terreno solo lleva espinas que punzan y penetran? Una alma que conoce á Dios, que ama á Dios, que hace reflexion á las miserias de esta vida, á la brevedad de sus dias, á los peligros de la salvacion, á los lances en que nos ponen aquellos con quienes vivimos, y nuestras mismas pasiones, ¿cómo puede menos de exclamar con el apóstol san Pablo: *Quis me liberabit de corpore mortis hujus?* ¿quién me librárá del cuerpo de esta muerte? ¿Cómo puede menos de no sentir aquel impulso, aquella fuerte inclinacion, aquellos vehementes deseos de hallarse ya en la Jerusalem celestial? ¿Cómo puede menos de no mostrar el ansia que tiene por estar con su Criador, con su Salvador, con su divino Esposo, con su Padre, y decir continuamente con el Apóstol: *Desiderium habeo dissolvi, et esse cum Christo*: deseosa estoy de ser desatada de esta prision, y vivir con mi Señor Jesucristo? ¿Cuántos Santos tuvieron los mismos deseos, y usaron el mismo lenguaje, y no ya precisamente por el tedio ó por el disgusto de la vida, pues muchos de ellos vivian con toda la abundancia y con toda la grandeza de la corte? En medio de ella exclamaba el real profeta David (*Psal. cxix*): *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* ¡Ay de mí, Señor, que va muy largo este mi destierro! todavía me veo precisado á quedarme entre los moradores de Cedar, y suspira mi alma desterrada tanto tiempo há en tierra extraña: *Cum his qui oderunt pacem, eram pacificus*: estoy perpetuamente cercado de enemigos, siendo yo tan amante de la paz; y basta decirles que la deseo, para que por lo mismo me hagan mayor guerra. ¡Es posible, Señor, que una vida tan miserable pueda ser apetecible á los que tienen fe! ¡Ah, que solo es admirable para ejercitar la paciencia!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que una alma verdaderamente cristiana tiene tantos motivos para no amar esta vida, que no puede menos de mirar la muerte con alegre complacencia. Cuando se hace reflexion á la multitud de calamidades de que está inundada toda la tierra, al número sin número de enfadosos accidentes, de disgustos y de enfermedades de que está como anegada esta triste vida, ¿á qué revoluciones y á qué amarguras no nos hallamos expuestos? Todos nacemos llorando, y el último suspiro sale siempre mezclado con lágrimas. Ni la mas sombría soledad, ni el mas espantoso desierto es seguro asilo contra las tentaciones y contra los peligros; todo está sembrado de espinas; cada paso es un precipicio. La vida del hombre es

una continua guerra, es menester estar siempre con las armas en las manos; capitular un solo día de tregua, es darse por vencido: *Foris gladius, intus pavor*: estragos por la parte de afuera, pavores y sustos por la de adentro; no hay día sin nieblas, no hay estación sin borrascas, no hay edad sin turbación, no hay condición sin peligros; peligros en el poblado, peligros en el desierto, peligros en todas partes. Derrámase la hiel y la amargura hasta en las mismas diversiones; todo contribuye á hacer la vida triste, tediosa, insoportable. De esta manera, buen Dios, nos quisisteis poner en la dichosa necesidad de sentir la amargura de nuestro destierro, y de suspirar incesantemente por nuestra patria celestial. ¡Oh Señor! ¿qué cosa nos puede alegrar en esta región de llantos?

Quomodo cantabimus in terra aliena? ¿Cómo es posible, decían en otro tiempo los israelitas, que nos podamos alegrar en tierra ajena? Sentados á las márgenes del río de Babilonia, imagen natural de una vida que corre con rapidez á la muerte, ¿cómo no hemos de derramar un torrente de lágrimas, acordándonos de nuestra amada Sion? (*Psal. cxxxvi*). *Illic sedimus, et flevimus, cum recordaremur Sion*. Consumidos de dolor en tan melancólico destierro, colgarémos de los sauces nuestros instrumentos músicos, y nos abandonarémos al llanto y á la tristeza: *In medio ejus suspendimus organa nostra*. ¡Oh, y cuánta verdad es que una alma ilustrada con las luces de la fe, encuentra pocos gustos en la tierra! ¡cuánta verdad es que la vida tiene pocos atractivos para quien no pierde de vista su último fin! ¡cuánta verdad es que la muerte es de grandísimo consuelo para los que aman abrasadamente á Dios!

Concededme, Señor, esta viva fe, que excite en mí un verdadero disgusto de este desdichado destierro; haced presente siempre á mi memoria mi último fin, para que tenga por amargos los días de la vida; y abrasadme en vuestro divino amor para que desee ansiosamente estar cuanto antes con Vos.

JACULATORIAS. — ¡Ay de mí, que se alarga demasiado mi destierro! (*Psal. cxix*).

Deseo con ansia ser desatado de la prision de este miserable cuerpo, para vivir cuanto antes con mi Señor Jesucristo. (*Rom. vii*).

PROPÓSITOS.

1 Algunas, y aun demasiadas veces desean la muerte los mundanos; pero estos deseos, hablando con propiedad, son efecto de la

desesperacion, de la rabia y de la impaciencia, porque no pueden sufrir los trabajos y las desdichas que los despedazan. Son unos ímpetus, unas llamaradas del furor, hijas de la locura mas que de la razon, siempre pecaminosas y siempre reprehensibles. El deseo de la muerte en las almas cristianas y fervorosas siempre es inocente, siempre tranquilo; es un ardiente deseo de librarse del cuerpo del pecado, y de verse cuanto antes en estado de no poder ofender mas á Dios; es un deseo ansioso de ver á Dios, de poseer á Dios sin miedo de perderle nunca. Ten horror al primer deseo, porque es una impaciencia gravemente culpable; pero aspira al segundo, que siempre es puro, siempre inocente, imitando á santa Teresa, que á cada hora de reloj se animaba alegremente, diciéndose á sí misma: *Ea, buen ánimo, que ya estás una hora mas cerca de la eternidad*. Ya seas feliz, ya seas desgraciado; ya todo te salga mal, ó ya todo te salga bien; ya te halles en elevacion, ó ya te veas en oscuridad; ya gimas acosado de enfermedades, ó ya goces la mas robusta salud, protesta á tu Dios lo mucho que desees poseerle cuanto antes en el cielo, y el disgusto con que estás en esta vida, aunque lleves con paciencia y con resignacion sus miserias y trabajos.

2 Evita aquellas quejillas, que son efecto de nuestra impaciencia, de nuestra inmortificacion y de nuestra poca virtud. En todas las aflicciones que te ocurrieren acuérdate de la muerte, como término que ha de poner fin á todas las miserias. No hay cosa que tanto vaya desgastando los lazos que nos tienen aprisionados á la tierra, como las adversidades. Piensa con frecuencia en la feliz mansion de los bienaventurados; y siempre que hagas oracion por los difuntos procura disgustarte de esta vida. El pensamiento de la muerte consuela mucho á los que viven cristianamente; lo que nos hace amarga su memoria es el desórden de la vida. Vive bien, sé devoto, ama á Dios, y te parecerá dulce la muerte; sazona todos los gustos de la vida con este saludable pensamiento; si tuviéramos viva fe, ninguno dejaria de envidiar santamente á los muertos que mueren en el Señor. *Quam sordet terra cum coelum aspicio!* decia san Ignacio. ¡Qué hedionda me parece la tierra siempre que pongo los ojos en el cielo! Siente tú lo mismo y practica lo propio.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE LOS SIETE SANTOS HERMANOS, HIJOS DE SANTA FELICITAS, MÁRTIR, CUYOS NOMBRES SON GENARO, FÉLIX, FELIPE, SILVANO, ALEJANDRO, VIDAL Y MARCIAL, en Roma, siendo emperador Antonino, y prefecto de la ciudad Publio. Genaro fue azotado con varas, encarcelado, y por último muerto con azotes de cordeles emplomados; Félix y Felipe fueron muertos á palos; Silvano despeñado; Alejandro, Vidal y Marcial degollados. (*Véase su historia en las de hoy*).

LAS SANTAS VÍRGENES Y MÁRTIRES RUFINA Y SEGUNDA, hermanas, tambien en Roma; las cuales en la persecucion de Valeriano y Galieno, después de varios tormentos, hendida la cabeza de la una con un golpe de espada, y degollada la otra, volaron al cielo: sus cuerpos se guardan con la debida veneracion en San Juan de Letran junto al baptisterio. (*Véase su historia en las de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES GENARO, MARINO, NABOR Y FÉLIX, en África, los cuales fueron degollados. (*Fueron de los primeros que en África derramaron su sangre por la fe de Jesucristo, y al parecer san Marino era español*).

LOS SANTOS MÁRTIRES LEONCIO, MAURICIO, DANIEL, Y SUS COMPAÑEROS, en Nicópolis de Armenia; los cuales fueron atormentados de diferentes maneras, en tiempo del emperador Licinio, siendo presidente Lisias; y finalmente arrojados á una hoguera consumaron el martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES BIANOR Y SILVANO, en Pisidia; los cuales habiendo padecido crueles tormentos por el nombre de Jesucristo, finalmente fueron degollados.

SAN APOLONIO, mártir, en Iconio; el cual puesto en una cruz consumió gloriosamente su martirio.

SANTA AMELBERGA, vírgen, en Gante.

SANTA FELICITAS, Y SUS SIETE HIJOS, MÁRTIRES.

Por los magníficos elogios que los santos Padres tributan á santa Felicitas, y por los grandes dictados que la aplican, se deja bastante entender que no solo fue una de las mas virtuosas, sino de las mas distinguidas señoras de Roma, así por su calificada nobleza, como por los empleos de su no menos ilustre marido. Floreció hácia la mitad del siglo segundo, en tiempo de los emperadores Antonino y Marco Aurelio. Es muy verisímil que tambien fue cristiano su marido, cuando permitió que ella lo fuese, y que criase á sus hijos en la fe y en el santo temor de Dios.

Muerto el marido en el año 160, se persuadió Felicitas que habia el Señor disuelto el lazo que la tenia ligada á su esposo, para ocupar él solo en adelante todo su corazon. Hizo voto de no pasar á se-

gundas nupcias, pareciéndola el estado de la viudez muy propio para santificarse; y renunciando las galas, el fausto y la profanidad, se dedicó á copiar perfectamente el retrato de una viuda cristiana, que hace el apóstol san Pablo. Desde luego encontró grandes atractivos en la soledad y en el retiro. Pasaba gran parte del dia y de la noche en sus devociones; pero como sabia muy bien que la primera de todas ellas debia ser la educacion de sus hijos y el gobierno de la familia, á esta se aplicaba principalmente. Tenia siete hijos, todos de poca edad; Genaro, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vidal y Marcial, los cuales, por el cuidado que su santa madre tuvo de criarlos piadosamente, no solo con sus lecciones, sino tambien con sus ejemplos, muy en breve se hicieron unos tiernecitos santos.

Hablábales continuamente del oropel y falsa brillantez de los honores de esta vida, como de la brevedad, vanidad é inconstancia de los bienes caducos y perecederos de este mundo, explicándoles frecuentemente la gloria que gozaban los bienaventurados en el cielo. ¡Qué dichosos seriais, hijos mios, les decia muchas veces contándoles lo que tantos ilustres Mártires padecian en Roma y en otras partes; qué dichosos seriais vosotros, y qué afortunada madre seria yo, si algun dia os viera derramar vuestra sangre por Jesucristo! Las continuas oraciones que hacia por ellos, y sus fervorosas palabras, inflamaron de manera á aquellas inocentes almas en el deseo de ser mártires, que cuando se juntaban los siete hermanos no acertaban á hablar entre sí de otra cosa que del martirio. Yo, decia Genaro, soy el mayor de todos; y por mayor tengo derecho á dar mi sangre por la fe antes que otro alguno. Aunque los dos seamos los mas pequeños, replicaban Vidal y Marcial, no serémos menos generosos; y si el tirano quisiera perdonarnos por mas niños, levantaríamos tanto el grito diciendo que éramos cristianos, que le habíamos de obligar á no negarnos la corona del martirio. ¿Y los demás, decian los otros, piensas que habíamos de estar mudos? Tambien tenemos nuestra lengua, y tambien sabríamos gritar de manera que nos oyesen. Oia la virtuosísima señora con indecible gusto este piadoso desafío de sus hijos, y pedia sin cesar al Señor que se dignase escogerlos por sus inocentes víctimas.

Cumpliéronse muy presto sus deseos. Hacia tanta impresion en los corazones la ejemplar vida de Felicitas y de sus hijos, que no solamente se edificaban y se confirmaban en la fe los cristianos de Roma, sino que hasta los mismos gentiles se admiraban; y persuadidos muchos á que no podia menos de ser verdadera aquella religion que pro-

tesaban almas tan puras y tan santas, renunciaban sus impías supersticiones, y abrazaban el cristianismo. Sobresaltáronse tanto los sacerdotes de los ídolos, que acudieron al emperador Marco Aurelio, el cual se hallaba á la sazón en Roma, y le representaron que no había que esperar el favor de los dioses inmortales, mientras Felicitas y sus siete hijos hiciesen tan alto menosprecio de ellos en medio de la capital del imperio; que así el bien del Estado como el honor de su majestad imperial se interesaban mucho en que ya no se sufriese que aquella atrevida familia insultase por mas tiempo la antigua religion de los romanos; y que para aplacar la cólera de los dioses, supplicaban á su majestad expidiese sus imperiales órdenes, mandando que aquella señora y sus hijos les ofreciesen públicamente sacrificios.

Intimidado el Emperador con esta representacion, y siendo por otra parte muy celoso de sus supersticiones, dió orden para que la madre y los hijos fuesen arrestados, encargando á Publio, prefecto de Roma, que prontamente les sustanciase su causa, si se resistian á obedecer y á sacrificar á los dioses, para aplacarlos. En atencion á la nobleza, á la reputacion y á las extraordinarias prendas de aquella señora cristiana, tentó el Prefecto todos los medios que pudo para ganarla y para reducirla.

No se puede explicar el gozo de la cristiana heroína y de sus hijos cuando se les intimó de orden del Emperador que compareciesen ante el Prefecto. Al punto partió Felicitas á casa de este magistrado, el cual la recibió con el mayor honor, y le habló con grande cortesania, diciéndole que el Emperador tenia voluntad de colocar á sus hijos en los mas distinguidos empleos, como ella y ellos sacrificasen á los dioses del imperio; sin lo cual, añadió, temo que todos seais condenados á los mas crueles tormentos. *Señor*, respondió la Santa con mucha modestia, pero con igual resolucion, *tan poca fuerza me harán los tormentos como las promesas; porque el Espíritu Santo, que habita en mí, fácilmente me puede sacar victoriosa de todos los esfuerzos del inferno. Toda mi confianza la tengo puesta en mi Dios; y como yo y mis hijos le seamos fieles, espero que no nos vencerán ni los suplicios ni los halagos.* Admirado Publio de semejante respuesta, le dijo: *¡Pobre señora, y qué lástima os tengo de que mireis la muerte con esa complacencia! por lo menos dejad vivir á vuestros hijos.* *Mis hijos*, replicó Felicitas, *vivirán eternamente si perdieren la vida por tan buena causa; y desde luego los tendria yo por muertos, si por vivir cayeran en la flaqueza de sacrificar á los ídolos.*

Pasó esta conferencia privadamente en casa del Prefecto sin for-

malidad de juicio; pero el dia siguiente Publio se dejó ver en su tribunal del Campo Marcio, y compareció ante él la madre con sus siete hijos. llevando todos vivamente pintada en el semblante la alegría de sus corazones. Movidó el Prefecto de la hermosura de todos, se volvió á la madre, y la dijo: *¿Es posible que no tengas compasion de esta tierna y bella juventud? Venid, pobrecitos niños, venid, hijos míos. que yo os quiero hacer dichosos. — No, sino eternamente desventurados.* replicó prontamente Felicitas con autoridad de madre, y con resolucion de heroína; *dí que los quieres perder, y hacer infelices por toda la eternidad.* Y volviéndose á los niños, prosiguió diciéndoles con entereza y con alegría: *Hijos míos, ya llegó el dia de vuestro triunfo: levantad los ojos al cielo, y mirad á Jesucristo, que á cada uno de vosotros presenta una corona. Él derramó su sangre por vuestra salvacion; derramadla vosotros valerosamente por su gloria; no temais la muerte ni los tormentos; haceos dignos del martirio por vuestra constancia; mostraos fieles, y manteneos firmes hasta et último suspiro en la fe de Jesucristo.*

Irritado el Prefecto al ver la intrepidez de la Santa mandó que allí mismo le diesén crueles bofetadas en castigo de la libertad y de la osadía con que en su misma presencia se atrevia á exhortar á sus hijos á que fuesen desobedientes á las órdenes del Emperador. Hizo después que se acercasen los hijos; y hablando con el mayor, le dijo: *Sé mas cuerdo que tu madre, y obedece al Emperador; si no, voy á mandar que te despedacen á azotes, y á condenarte á los mas crueles suplicios. — Mi madre fue muy cuerda,* respondió Genaro, *y yo seria un insensato, si por miedo de tus tormentos me procurase una muerte eterna. ¿Es cordura desobedecer á mi Dios por obedecer al príncipe? No temo los azotes ni los suplicios, y espero que mi Dios me dará gracia para que le sea fiel hasta la muerte.* Al oír el juez tan determinada respuesta, mandó que le azotasen cruelmente, y después le llevasen á la cárcel.

Creviendo el Prefecto que encontraria al segundo mas dócil y menos resuelto, intentó engañarle, haciéndole un largo razonamiento sobre el quimérico poder de sus dioses. Interrumpióle Félix, y le dijo con intrepidez: *No es menester mas que una tintura de razon y de buen juicio para conocer que todos vuestros dioses son puras fábulas. Ten entendido que ni hay, ni puede haber mas que un solo Dios verdadero. Esto es lo que yo creo, y esto es tambien lo que creen todos mis hermanos: no serán capaces todos tus tormentos de alterar nuestra fe, ni disminuir el amor que profesamos á nuestro Salvador Jesucristo, por*

cuya gloria nos tendríamos por dichosos en derramar nuestra sangre, y en dar vuestras vidas. Atónito el Prefecto con tan valerosa respuesta, mandó que le tratasen como al primero. Y juzgando por la de estos dos la disposicion de los demás, dió orden para que á todos los llevasen á la cárcel, dejando solo en el tribunal á los dos mas pequeños, que por mas tiernos y mas niños creyó serian mas flacos y menos resueltos.

Acariciólos y halagólos, procurando ya engañarlos con promesas, y ya espantarlos con amenazas; pero los halló tan bien instruidos, y tan determinados como todos los demás. *No pienses*, dijo el niño Vidal, *que porque soy mas pequeño que mis hermanos he de ser menos generoso que ellos.* — *¿Pues qué*, le preguntó el juez, *estás ya cansado de vivir?* — *No señor*, respondió el niño; *pero estoy pronto á morir antes que sacrificar á los demonios.* — *¿Y quiénes son los demonios?* replicó Publio. — *Los dioses que vosotros adorais*, respondió Vidal, *á los cuales querias tú que yo ofreciese sacrificios; pero no te canses, que no lo haré aunque me quites la vida.* Marcial, que era el mas pequeño de todos mostró una intrepidez y un valor igual al de los demás; y con el miedo de que le perdonasen por tan tierno, gritaba sin cesar: *Yo tambien soy cristiano; tambien tengo tanto horror á vuestros ídolos como mis hermanos; yo tambien quiero morir, porque soy cristiano, soy cristiano.*

Pasmóse Publio, no pudiendo menos de admirar tanto valor y tanta resolucion en aquella tierna edad. Mandó asegurar en la cárcel á todos los siete hermanos, y pasó á dar cuenta del interrogatorio al Emperador, que no quedó menos asombrado; pero dió orden para que al instante les quitasen la vida. Llenáronse de gozo los santos Mártires cuando les intimaron la sentencia, y fueron al lugar del suplicio como al teatro de su triunfo. Genaro fue azotado con escorpiones de plomo, y espiró en este tormento; Félix y Felipe murieron molidos á polos; Silvano fue precipitado; á Alejandro, Vidal y Marcial les cortaron las cabezas. La misma suerte tuvo santa Felicitas, siendo degollada la postrera. Temia tanto, dice san Gregorio, dejar á sus hijos en esta vida, como los padres carnales temen sobrevivir á los suyos. A la gloria de su martirio particular, dice el mismo santo Padre en la homilia que predicó á santa Felicitas, se puede decir que añadió la del martirio de sus hijos, y que fue ocho veces mártir.

Estos santos Mártires fueron depositados en lugares distintos. Genaro en el cementerio de Pretextato; Félix y Felipe en el de Priscila; Silvano en el de Máximo; Alejandro, Vidal y Marcial, en el de los Jordanes en la via Salaria. El cuerpo de la gloriosa madre en el

siglo V estaba en este cementerio, que ya entonces se llamaba de Santa Felicitas. El Martirologio romano señala hoy la fiesta de los siete hermanos, y la de la madre el dia 23 de noviembre.

LAS SANTAS RUFINA Y SEGUNDA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.

Las santas hermanas Rufina y Segunda eran doncellas romanas nobilísimas, hijas de Asterio y de Aurelia. Fueron criadas en la religion cristiana, y eran muy conocidas en Roma por su virtud y por el celo de la religion, cuando sus padres las desposaron con dos caballeros romanos, Armentario y Verino, que tambien hacian profesion del cristianismo. Pero habiéndose encendido la persecucion en tiempo del emperador Valeriano, nuestros dos desposados caballeros apostataron de la fe; lo que causó tanto horror á Rufina y á Segunda, que resolvieron no tener mas esposo que á Jesucristo, y desde luego hicieron voto de perpetua virginidad. Supiéronlo los dos apóstatas, y las denunciaron por cristianas á Donato, prefecto de Roma. Mandólas este prender, y no perdonó á diligencia alguna para derribarlas de la fe, y combatir su constancia. Díjolas que era cosa indigna de unas doncellas tan nobles y tan ilustres incurrir en los delirios de una religion que solo era buena para criar viles esclavos. — *Mal conoceis, señor, nuestra religion*, le respondió Rufina, tomando la palabra; *en ella sola se goza de una santa libertad, porque ella sola nos libra de la esclavitud de nuestras pasiones, y nos conduce á una felicidad eterna*. Desesperando el Prefecto de reducirla con sus largos razonamientos, hizo llamar á su hermana Segunda, y en su presencia mandó golpear cruelmente á Rufina. Tan lejos estuvo aquella de intimidarse á vista de esta crueldad, que dijo al Prefecto: *¿Qué razon teneis, señor, para honrar tanto á mi hermana, y para excluirme á mí de la misma honra?* — *Á lo que veo*, respondió el juez, *tan loca eres tú como tu hermana*. — *No somos locas*, respondió Segunda, *pero somos cristianas; y pues en ambas hay la misma causa, parece justo que ambas logremos la dicha de padecer por Jesucristo*. — *¿Qué dicha es, exclamó Donato, sufrir tormentos, y perder la vida?* — *Muy grande*, respondió la Santa; *porque cuantos sean los tormentos, tantas serán las coronas; y lo que llamais perder la vida, es el origen de una eterna felicidad*. Advirtiéndole el Prefecto que el pueblo se conmovia con aquel espectáculo, dió sentencia de que fuesen degolladas en un bosque que habia junto á la via Aurelia, y así se ejecutó el dia 10 de julio, el mismo en que concurrió el martirio de santa Felicitas y de sus hijos; pe-

ro no en el mismo año, porque estos recibieron la corona hácia el de 164, y aquellas por los de 257. Diéronles sepultura en el mismo sitio de su martirio, en el cual se comenzó á edificar después á su honra un templo que no se acabó hasta el pontificado de san Dámaso á fines del siglo IV. Arruinada esta iglesia, las santas reliquias fueron trasladadas á Roma y colocadas en la iglesia de San Juan de Letran junto al bautisterio.

SAN CRISTÓBAL, MÁRTIR.

El valeroso y glorioso mártir san Cristóbal fue cananeo de nacion, y siendo cristiano, movido por el Señor, vino á la provincia de Licia, para manifestarle y predicarle á aquellas gentes, armándose con mucha y continua oracion, contra las batallas y dificultades que por ello le habian de venir. Era hombre de gentil disposicion, alta y grande estatura; y por esto atraia á sí los ojos de los que le miraban. Llevaba una vara en la mano; y habiéndola una vez hincado en el suelo, súbitamente reverdeció y floreció; y visto este milagro, muchos se convirtieron á la fe de Cristo nuestro Redentor, y por la oracion de san Cristóbal, y por las maravillas que el Señor obraba por él, se iba propagando cada dia mas, y acrecentándose la Iglesia de los fieles, hasta que siendo Decio emperador, fue preso san Cristóbal en la ciudad de Samo, en la provincia de Licia. Procuró el juez ablandarle con promesas, y espantarle con amenazas, y persuadirle á que adorase á sus falsos dioses; y como le viese constante y firme mas que una roca, envió dos mujeres lascivas y deshonestas á la cárcel, para que le provocasen á mal, pareciéndole que si le hacian perder la castidad, mas fácilmente perderia la fe y gracia de Cristo, á quien Cristóbal predicaba por Dios. Entraron las infames mujeres en la cárcel, y luego cayó sobre ellas un pavor y horror tan espantoso, que conociendo su maldad, se arrojaron á los piés de san Cristóbal, suplicándole que les alcanzase perdon de Dios; y fueron de él tan bien enseñadas y confirmadas en la fe verdadera del Señor, que murieron después por ella, con otros cuarenta que por la predicacion de san Cristóbal se habian convertido; y otros muchos caballeros por la misma causa padecieron la misma pena, y derramaron su sangre por el Señor. Pero como el juez viese que ninguna cosa bastaba para trocar el corazon de Cristóbal, determinó ejecutar en él su saña y furor, y hacerle morir con nuevos y exquisitos tormentos. Mandóle primeramente azotar crudamente; después poner sobre su cabeza un yelmo encendido hecho ascua, y tenderle sobre un escaño de hierro,

hecho á la medida de su cuerpo, y rociándole todo con aceite hirviendo, poner fuego debajo, para que poco á poco se asase y consumiese. Mas el fortísimo Mártir con rostro sereno decia al tirano: *Por la virtud de Jesucristo yo no siento tus tormentos*; y así salió de este tan cruel, libre y sin lesion alguna, y muchos de los circunstantes se convirtieron al Señor. Mandóle después el juez atar á un palo, y asaetear; pero todas las saetas que le tiraron, no le hirieron, ni fueron parte para hacerle daño, antes una de ellas dió en el ojo de un verdugo, y se le sacó, y quedando ciego, untándose con la sangre del Mártir que habia caído en tierra, cobró la vista del cuerpo y del alma, alumbrado por el Señor. Al cabo le cortaron la cabeza, y antes que se la cortasen, pidió humildemente á Dios, que ni granizo, ni piedra, ni fuego, hambre, ni pestilencia, hiciesen daño, do quiera que estuviere sepultado su cuerpo; y con esta oracion dió su bendita alma en las manos del Señor que le habia criado, y dado victoria de la misma muerte. Convirtiéronse á la fe de Cristo, por su predicacion, cuarenta y ocho mil personas. San Ambrosio hace mencion de san Cristóbal, y en la prefacion de la misa que pone para la fiesta de este glorioso Mártir, dice las palabras que me han parecido referir aquí, porque son una breve suma de toda su vida: *Vos, Señor, dice, disteis á Cristóbal un colmo de virtudes tan lleno, y una gracia de doctrina tan soberana. que con ella y con sus milagros convirtió cuarenta y ocho mil almas, y despedidas las tinieblas de la gentilidad en que estaban, las alumbró con la lumbre de la fe. Él redujo á la gloria de la castidad á Aniceta y Aquilina, que eran públicas y malas mujeres, y habian hecho callos en la inmundicia y torpeza de la deshonestidad, y las enseñó á confesar vuestra fe, y morir por ella, y recibir la corona. Demás de esto echado en el fuego, y apretado en un escaño de hierro, no temió el extremado calor, ni pudo ser traspasado con las saetas que un día entero le tiraron los soldados; antes una de las saetas sacó el ojo al verdugo; pero la sangre del bienaventurado Mártir mezclada con la tierra le restituyó la vista, y quitándole la ceguedad del cuerpo, alumbró su ánima. Alcanzó perdon y gracia para sanar las enfermedades y dolencias con su intercesion. Todo esto es de san Ambrosio. El martirio de san Cristóbal fue el día que la Iglesia hace de él conmemoracion, en 25 de julio, año del Señor de 234, imperando Decio, como dice el Martirologio romano y el cardenal Baronio.*

Comunmente se pinta san Cristóbal con el niño Jesús en el hombro, como que pasa un rio, y no hallo qué fundamento tenga pintarle así, si no es por un simbolo de que san Cristóbal pasó las mu-

chas olas de tormentos y trabajos , con la gran fortaleza que le dió el Señor. El ponerle en lugares altos debe ser por la gracia que Nuestro Señor le concedió contra las tempestades de granizo y truenos, como queda dicho.

La Misa es del comun de los Mártires, y la Oracion la siguiente:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos Martyres fortes in sua confessione cognovimus, pios apud te in nostra intercessione sentiamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la fortaleza de tus invictos Mártires en la confesion de tu fe, experimentemos la eficacia de su intercesion. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo xxxi del libro de los Proverbios, pág. 174.

REFLEXIONES.

Levantáronse sus hijos, y llenáronla de bendiciones. No hay mejor testimonio de la virtud de una madre ni panegírico mayor, que las bendiciones de los hijos. Este reconocimiento es fruto de la buena educacion que recibieron de ella. Pero ¿son muchos los hijos el dia de hoy que puedan con verdad expresar este reconocimiento? ¿son muchas las madres que dan una cristiana educacion á sus hijos? Apenas nacen los mas cuando los echan fuera de casa. Criados y educados fuera de la casa paterna, miran á sus padres como á extraños, y no es posible los miren de otra manera. Calla en los niños la naturaleza, porque no se la enseñó á hablar; ni en los padres puede ser muy vivo el amor á unos hijos que apenas saben si viven. ¡Y nos admiramos después de que los hijos salgan tan ingratos, extrañando que las mayores desazones de las familias las causen los mismos parientes! ¿Quién ha de inspirar á un hijo aquella respetuosa docilidad, aquella rendida obediencia, aquel tierno y amoroso respeto á un padre y á una madre que apenas conoce? Todo el amor del niño es al ama que le da leche, pues no conoce á otra madre; no sabe quiénes son sus padres hasta que se lo dicen. Y entonces, ¿qué educacion se les da? La que quiere una aya, una criada ó un ayo desconocido, cuyo genio, inclinaciones y costumbres se ignoran enteramente; gentes muchas veces de pocos alcances y de costumbres perversas. En estos se descansa, y en ellos se descuida de la mas esencial obligacion que tienen los padres, que es la educacion de los hijos. Pero supongamos que los mismos padres sean los mejores maestros para dar á sus hijos una cristiana educacion; los niños mas fácilmente

imitan lo que ven, que retienen lo que oyen. Un padre colérico, ¿cómo corregirá las fogosidades y los ímpetus de un hijo mal sufrido? Una madre jugadora, distraída y derramada, ¿cómo inspirará á su hija el debido horror al juego, al desahogo y al esparcimiento? Los hijos, por decirlo así, imponen á los padres una nueva obligacion de ser ejemplares en todo. En un padre de familias no hay defecto que no sea un escándalo; los vicios de los padres son modelos, y no lo son tanto las virtudes. La salvacion de los padres está en cierta manera pendiente de la salvacion de los hijos; son responsables de todos los pecados de estos, que tienen su origen en la mala educacion. ¿De dónde nacen los espantosos desórdenes de la juventud? ¿de dónde aquella falta de religion? ¿de dónde la licencia de las costumbres, el exceso de impiedad, la escandalosa disolucion? Atribuimos regularmente esos torrentes de maldad y esos desórdenes al ímpetu desenfrenado de la edad y al hervor de la sangre. La causa mas natural y la mas ordinaria es la falta de educacion. No atribuyamos, pues, á otras causas los alborotos de las familias, los desvergonzados desprecios de la autoridad paterna, las descaradas inobediencias y las sangrientas ingratitudes de los malos hijos. ¡Oh, qué cuenta se ha de dar á Dios de esta descuidada educacion! Aquel hombre de vida al parecer arreglada, quizá será condenado porque tuvo hijos perversos y malcriados.

El Evangelio es del capítulo XII de san Mateo.

In illo tempore loquente Jesu ad turbas: Ecce mater ejus et fratres stabant foris, quaerentes loqui ei. Dixit autem ei quidam: Ecce mater tua, et fratres tui foris stant quaerentes te. At ipse respondens dicenti sibi, ait: Quae est mater mea, et qui sunt fratres mei? Et extendens manum in discipulos suos, dixit: Ecce mater mea et fratres mei. Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in caelis est, ipse meus frater, et soror, et mater est.

En aquel tiempo hablando Jesús á las turbas: Hé aquí que su madre y sus hermanos estaban fuera solicitando hablarle. Díjole uno: Mira que tu madre y tus hermanos están fuera buscándote. Pero él, respondiendo al que le hablaba, le dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos, dijo: Hé aquí mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

MEDITACION.

La virtud consiste principalmente en hacer en todo la voluntad de Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que hablando con propiedad, no hay virtud verdadera sino la virtud cristiana; y no hay virtud cristiana,

sino en cuanto se conforma con la voluntad de Dios. Cualquiera accion que parezca virtuosa, si le falta esta cualidad, solo es una virtud material: no tiene mas que el nombre y la apariencia; pero no el mérito ni la gracia sobrenatural de verdadera virtud. Obras de misericordia, limosnas, actos de humildad, ejercicios de mortificación, efectos del celo, todo esto engaña; pero si no es eso lo que Dios quiere, y lo que pide Dios de la persona, todo ello no es mas que una máscara de virtud. *Quare jejunavimus, et non asperixisti?* ¿Por qué ayunamos, podrán decir, y ni siquiera te dignaste de volver los ojos hácia nuestros ayunos? *Quare humiliavimus animas nostras, et nescisti?* ¿Por qué nos humillamos, y no hiciste aprecio de nuestras humillaciones? Porque en los ayunos hicisteis vuestra voluntad, y no la mia: *Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra.* ¡Mi Dios, y qué admirable leccion es este oráculo del Profeta para tantos y para tantas, que en el ejercicio de las buenas obras y en su imaginaria devocion solo consultan su inclinacion á la impetuosa actividad de su genio! *Estos me dirán, Señor, Señor, y no entrarán en el reino de los cielos*, dice el Salvador del mundo; *pero aquellos entrarán en él, que hicieron la voluntad de mi Padre celestial.* ¿Quién habla? El mismo Jesucristo. ¿Será menester otro testimonio mas claro ni mas decisivo para curar nuestra ilusion? Es defecto muy comun en muchas personas devotas, que no hallan gusto en la virtud sino en cuanto se conforma con su natural y con su genio; en desaprobando lo que ellas desean, todo es disgusto, y todo es sequedad. El gran móvil de todas sus buenas obras y de todas sus devociones es la voluntad propia. Brilla, hace gran ruido su celo; pero si toda la actividad de su celo no reconoce otro impulso que el de la propia voluntad, ¿qué virtud ni qué mérito tendrán todas esas maravillas, todo ese ruido, ni todos esos trabajos? Muchos me dirán en aquel día: *Señor, Señor, ¿pues no profetizamos en vuestro nombre? ¿no lanzamos en él los demonios de los cuerpos? ¿no hicimos en él muchos milagros? Y yo les responderé: Nunca os conocí, porque siempre hicisteis obras de iniquidad.* Así califica el Hijo de Dios las imaginarias obras buenas, que son partos de la propia voluntad. ¡Mi Dios, y qué extendido está este error aun entre aquellas personas que hacen profesion de la mayor dependencia! Dícese que solo se desea hacer lo que Dios quiere; pero esto se entiende cuando solo quiere Dios lo que nosotros queremos. ¿Puede haber ilusion mas perniciosa ni mas grosera?

PUNTO SEGUNDO. — Considera el verdadero sentido y la fuerza de

aquellas palabras del Evangelio : *Aquel que hace la voluntad de mi Padre, que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.* Sin este distintivo no nos reconoce Jesucristo ; sin esta señal no hay verdadera virtud ; como haga yo la voluntad de Dios en lo que hago, sea lo que fuere, no puedo dejar de agradarle. Este es el secreto para arribar á la mas eminente santidad. ¡ Mi Dios, y de qué gran consuelo es esta verdad ! Ó ya me vea elevado, ó ya abatido ; sea el hombre mas opulento, ó sea el mas miserable ; goce salud, ó esté cargado de achaques ; ó me coloque Dios en algun empleo, ó me deje arrinconado como un siervo inútil ; si estoy donde quiere Dios, si hago lo que quiere, y me porto como quiere, no puedo hacer cosa mejor ; nada tengo que desear para mi salvacion ; tengo el consuelo de saber, que por poco, por despreciable y por vil que sea lo que hago, desde el mismo punto en que quiere Dios que lo haga, esa misma accion tan vil y tan despreciable es en mí una gran virtud. á la cual tiene Dios obligada una recompensa eterna, como esté mi alma en la debida disposicion para merecerla. Nadie, pues, imagine que para ser santo es menester hacer cosas extraordinarias ; se engaña mucho en eso ; no es menester hacer mas que lo que Dios quiere, cuándo lo quiere, y cómo lo quiere. Hállase uno enfermo, y sin poder hacer cosa alguna ; así lo quiere Dios : ves ahí un gran motivo de consuelo y un gran fondo de merecimiento ; te seria pernicioso la salud, y el trabajar te perderia. Estás pobre y lleno de contratiempos ; así lo quiere Dios : la prosperidad seria tu mayor desgracia, y la abundancia el origen de tu condenacion : Dios te ha puesto en ese estado, y debes vivir tranquilo. Bien puede ser que te pares en el camino, y que de esa manera nunca llegues al término ; pero como andes por él sin detenerte, está cierto de que no te descaminarás. Con verdad se puede decir, que el rendimiento y la conformidad con la voluntad de Dios caracterizan todos los Santos. Grande error es el de aquellos imaginarios devotos, que con pretexto de celo, de obras de caridad y de devocion nunca hacen mas que lo que se les antoja ; esclavos de su propia voluntad no reconocen otra guia ; ciegos con la ilusion tienen por efecto de la gracia la satisfaccion que sienten en hacer su gusto. ¡ Mi Dios, qué dolor y qué remordimientos causará en la hora de la muerte esta voluntaria ilusion !

No permitais, Señor, que yo lo experimente en aquella hora : haced que de aquí adelante vuestra divina voluntad sea regla de la mia, y que nunca quiera sino lo que Vos quereis.

JACULATORIAS. — Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. (*Matth. vi*).

Padre mio celestial, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú. (*Marc. xv*).

PROPÓSITOS.

1 Todos somos siervos del Padre de familias, y estamos en su servicio para hacer lo que nos mande, y nada mas. ¿Tendria ninguno en su casa por mucho tiempo á un criado que no quisiese hacer mas que su gusto? Demos que fuese trabajador, mañoso y fiel; no importa: quíerese un criado dócil y obediente; no se estima nada de cuanto hace contra la órden de su amo. Concluye de aquí que toda la virtud y todo el mérito consiste en hacer la voluntad de Dios. Nunca tengas mas devocion que esta, ni jamás te ejercites sino en aquello que Dios quiere; siempre que le pidas algo, añade aquellas palabras del Salvador: *Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu*; pero en todo caso, Señor, que no se haga como yo lo quiero, sino como Vos lo quereis. En todo lo que haces, procura tener el dulce consuelo de poder decir: *Hago lo que Dios quiere*; y ten presente que la propia voluntad es aquel gusano que roe y seca la hiedra, á cuya sombra descansaba el profeta Jonás. Desconfía de tí mismo, y de todo cuanto hicieres por tu eleccion y por tu gusto; no te dejes engañar; mira que es triste cosa no conocer la ilusion hasta la hora de la muerte.

2 No se puede enseñar devocion mas provechosa, que aconsejar á todos recen cada dia la oracion siguiente, sacada del admirable libro de la *Imitacion de Cristo*, lib. III, cap. 45.

«Tú, Señor, sabes lo que es mejor; hágase esto, ó aquello como quisieres; dame lo que quisieres, cuanto quisieres, y cuando quisieres; haz de mí como sabes, como mas te agradare, y como fuere mayor honra tuya; ponme donde quieras, y haz libremente conmigo en todas las cosas. En tu mano estoy; vuélveme y tórname alrededor como te pareciere. Siervo tuyo soy, y á todo estoy dispuesto, porque no deseo vivir para mí, sino para tí; ojalá que sea digna y perfectamente. Dame que siempre desee y quiera lo que fuere mas acepto á tí y mas agradable. Hágase tu voluntad, y mi voluntad siga siempre á la tuya, y se conforme perfectamente con ella. Sea en mí un mismo querer, y no querer contigo, y que no pueda querer, ni no querer, sino aquello que tú quieres, y no quieres.»

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

SAN PIO I, papa y mártir, en Roma; recibió la corona del martirio en la persecucion de Marco Aurelio Antonino. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES GENARO Y PELAGIA, en Nicópolis de Armenia; los cuales por cuatro dias seguidos fueron puestos en el potro, despedazados con uñas de hierro, y tendidos sobre pedazos de vidriado, hasta que consumaron el martirio.

SAN SIDRONIO, mártir, en el territorio de Sens.

SAN MARCIANO, mártir, en Iconio; el cual siendo presidente Perennio, habiendo padecido muchos tormentos, consiguió la corona del martirio.

SAN CINDEO, presbítero, en Sida en Panfilia; el cual siendo emperador Diocleciano, y prefecto Estratónico, después de muchos tormentos fue arrojado á una hoguera, de donde salió ileso; y por último orando entregó su alma al Criador.

LOS SANTOS MÁRTIRES SABINO Y CIPRIANO, en Brescia.

SAN JUAN, obispo, en Bérnago; al cual dieron muerte los herejes arrianos porque defendia la fe católica.

SAN ABUNDIO, presbítero, en Córdoba, el cual fue martirizado porque combatia la secta de Mahoma. (*Véase su noticia en las de hoy*).

SAN SABINO, confesor, en la provincia de Poitou.

SAN PIO I, PAPA Y MÁRTIR.

En tiempo del emperador Antonino Pio, hácia la mitad del segundo siglo, terminó gloriosamente su carrera con la corona del martirio el Papa san Higinio; y habiendo vacado la sede apostólica tres dias, los fieles, cuyo número era ya en Roma muy crecido, los emplearon todos en ayunos y en oraciones, pidiendo á Dios un Papa que tuviese las prendas correspondientes para gobernar la Iglesia con toda la santidad, valor, fortaleza y prudencia necesarias en un tiempo en que parece habia calmado la persecucion de los emperadores gentiles, solo para que los herejes tuviesen mas libertad para despedazarla con rabia y con furor. Fueron oidos los clamores de los fieles, y á los tres dias fue elegido de unánime consentimiento san Pio, primero de este nombre, cuya virtud y cuyos méritos resplandecian mucho tiempo habia en toda la Iglesia. Fue hijo de Rufino, natural de Aquileya, donde su padre le dió una cristiana educacion, y después pasó á Roma á perfeccionarse en todas las letras, singularmente en las sagradas, y en la ciencia de la salvacion.

Hizo en ellas tan asombrosos progresos, que mereció la primera

estimacion y admiracion entre los canónigos regulares; clase de eclesiásticos de vida inocente y ejemplar que vivian en comunidad como verdaderos religiosos, porque profesaban con voto cierta regla. Muy en breve fue Pio el modelo y la veneracion de todos, sobresaliendo tanto su virtud, su caridad con los pobres, su vivo y fervoroso celo por la Religion, que en opinion de muchos le consagró por obispo el papa Higino, y en cierta manera repartió con él la solicitud pastoral de toda la Iglesia. Nombrado por su Pastor universal, después que faltó Higino, dedicó toda la atencion al cuidado de su rebaño; sus desvelos y su vigilancia se aplicaron á conservar en toda pureza el sagrado depósito de la fe que tenia á su cuidado, uniendo mas y mas todas las iglesias particulares con los vínculos de la caridad y de la tradicion, y previniendo anticipadamente todo lo que podia ocasionar desunion y cisma.

Los judíos convertidos á la fe se habian empeñado siempre en celebrar la Pascua de Resurreccion el dia 14 de la luna que entra inmediatamente después del equinoccio de la primavera. Era entre ellos la fiesta mas solemne en memoria de su libertad del cautiverio de Egipto; porque el nombre *Pascua* significa *paso*, aludiendo al paso del mar Bermejo; y tambien al del Ángel exterminador, cuando viendo manchadas de sangre las puertas de los israelitas pasó por delante de ellas sin hacerles daño; y al contrario, quitó la vida á todos los primogénitos de Egipto. Todas eran figuras de la redencion de los hombres por la sangre del Salvador del mundo y de la Pascua de los Cristianos, que es Jesucristo nuestro cordero pascual, que fue sacrificado por nosotros. Los Apóstoles, instruidos por Jesucristo, fijaron la Pascua de los Cristianos el primer domingo inmediato al plenilunio de marzo, en memoria de la Resurreccion del Salvador. Pero como los judíos sentian siempre una fuerte propension á retener las ceremonias judaicas en cuanto les fuese posible, muchos de ellos celebraban la Pascua en el Oriente el dia 14 de la luna. Apenas se vio san Pio en la cátedra de san Pedro, cuando expidió un decreto mandando que todas las iglesias del mundo se conformasen con la tradicion apostólica, observada en todos tiempos por la Iglesia romana en orden á la celebracion de la Pascua, para no concurrir con los judíos; y lo mismo confirmaron después muchos concilios.

La paz de que gozaba la Iglesia en tiempo de un emperador que habia como suspendido todas las persecuciones, dió lugar á que la fe hiciese maravillosos progresos, y á que el santo Papa formase prudentes reglamentos para restablecer en todas partes la disciplina ecle-

siástica. Prohibió con graves penas que los bienes de la Iglesia fuesen enajenados, ni aplicados á usos profanos, y mandó que se admitiesen á todos cuantos se presentasen para abrazar el cristianismo, sin exclusion ni distincion de judíos y gentiles. Penetrado y lleno de religion, impuso severas penas á los sacerdotes que celebrasen los oficios divinos, ú ofreciesen negligentemente el divino sacrificio, dejando derramar ó vertiendo por su culpa en el altar la preciosa sangre de Cristo. *Si cayere en el suelo, dice el Santo, hagan penitencia por cuarenta dias; si en los corporales, por tres; si penetró hasta el primer mantel, por cuatro; por nueve si llegó al segundo; y por veinte si caló hasta el tercero. En cualquiera paraje donde cayere, séquese todo lo que hubiese mojado; si esto no se pudiese, lávese con cuidado, ó ráigase; y recogiendo todo lo lavado y lo raído, quémese, y échense las cenizas en la piscina.* En esta piadosa menudencia de disciplina se evidencia su celo en materia de religion, y su devocion al sacramento de la Eucaristia. Ordenó tambien, que las vírgenes consagradas á Dios no profesasen hasta los veinte y cinco años de edad; y en fin, estaba tan sobre todo, que nada parece se escapaba á su vigilancia pastoral.

Creciendo cada dia en Roma el número de los cristianos por el celo y por las fatigas apostólicas del santo Pontífice, consagró en iglesia las Termas Novacianas en honor de santa Pudenciana, y á súplica de su hermana santa Praxedes, enriqueciéndola con preciosos dones, y celebrando en ella muchas misas. *No sé si te acuerdas, escribe á Justo, obispo de Viena, que antes que salieses de Roma, nuestra hermana Euprepia hizo donacion de su casa á la Iglesia: en ella nos juntamos ahora con los pobres de Jesucristo, así llama á los presbíteros y al clero, y celebramos el santo sacrificio de la misa. Por lo demás deseo saber lo que ha ocurrido desde que partiste á Viena, y si ha hecho fruto tu predicacion del Evangelio.* La data de esta epístola es del año 166.

En otra que escribió al mismo, le dice de esta manera: «Por la «carta de los mártires que me entregó Atalo, he tenido noticia con «indecible gozo mio de la gloriosa victoria que consiguieron del infierno esos héroes Cristianos, y del valor con que nuestro amado hermano Vero triunfó de los enemigos de Jesucristo, derramando su «sangre por su gloria. Pues eres sucesor de este ilustre Mártir en la «silla episcopal, sé tambien heredero de sus virtudes, y haz todo lo «posible para llenar dignamente tan santo y tan sagrado ministerio. «Cuida mucho de los cuerpos de los santos Mártires, como los Apóstoles cuidaron del de san Esteban; visita frecuentemente á los san-

«tos Confesores que están en las cárceles; confírmalos mas y mas en «la fe, tanto con tus palabras como con tus ejemplos; procura que «los presbíteros y los diáconos te honren mas como á ministro de Je- «sucristo que como á su superior. En lo demás, Dios me ha dado «á entender que se acerca mi fin; suplicote no me olvides en el sa- «crificio del altar.» Hállanse estas epístolas con sus decretos en la coleccion de los Concilios.

Durante el pontificado de san Pio la Iglesia de Dios fue combatida por muchos herejes, á quienes el santo Pontífice persiguió y anatematizó con una fuerza y con un vigor verdaderamente apostólico, auxiliado poderosamente de san Justino el filósofo, que á la sazón vivia en Roma, y con licencia del santo Papa tenia escuela abierta de virtud; el cual por el mismo tiempo compuso aquella famosa apología en favor de los Cristianos, que hizo callar y confundió vergonzosamente á los gentiles. El enemigo de la Iglesia que dió mas ejercicio á la vigilancia del santo Pastor fue el heresiarca Valentin, que tambien se hallaba entonces en Roma, y hacia grandes progresos en el error á favor de sus extraordinarios talentos. Era de vivo ingenio, lleno de fuego, muy cultivado, de modales desembarazados, airosos, y de un singular atractivo: su elocuencia suspendia y enamoraba; pero sobre todo engañaba al vulgo su continua afectacion de reforma y una bien estudiada exterioridad de virtud. Fácilmente descubrió san Pio la malignidad y el veneno de todos aquellos artificios como las extravagancias de aquel solemne embustero. Fulminó contra él todas las censuras de la Iglesia; persiguióle, y no paró hasta exterminar una secta que aniquilaba la Religion, destruyendo todos los principios de la moral cristiana.

No dió menos ejercicio á su celo y á su vigilancia el heresiarca Marcion. Era de Synopo en el Ponto Euxino, hijo de un padre muy cristiano, que habiendo enviudado se hizo sacerdote, y después fue obispo. A los principios Marcion hizo profesion de virtuoso, amando la pobreza y el retiro; pero convencido de haber violado á una doncella, fue separado de la Iglesia por su mismo padre; pasó á Roma, donde con toda su máscara de virtud y de austeridad no pudo conseguir ser admitido á la comunión de los fieles; y despedido abrazó la herejía de Cerdon, añadiendo muchas impiedades á las de este hediondo heresiarca; de suerte que viniendo á Roma san Policarpo, y encontrándole Marcion en la calle, le preguntó: *¿No me conoces?* Sí, respondió Policarpo, *conócote muy bien por hijo primogénito de Satanás.* Este impío procuraba disfrazarse con las apariencias de ar-

repentido y devoto, con lo que engañó á muchos sencillos y algunas mujeres simples; pero el santo Pontífice descubrió sus embustes, confundióle, excomulgóle, y le puso en paraje de que no pudiese hacer daño.

A una vida tan ejemplar, acompañada de tan heroicas virtudes, y á un celo tan fervoroso y tan digno de uno de los mas santos sucesores de san Pedro, era muy correspondiente que se siguiese la gloria del martirio para coronar sus trabajos apostólicos. Logróla en fin; pues aunque el emperador Antonino no persiguió á los Cristianos en su reinado, pero como subsistian en su vigor los antiguos edictos contra la Iglesia, los ministros se aprovechaban de estos en las ocasiones. El apostólico celo, y el invencible vigor del santo Pontífice contra los enemigos de Jesucristo excitaron su odio, y encendieron su furor y su venganza. Fue delatado por cristiano y por el mas mortal enemigo de los dioses del imperio ante los magistrados gentiles; arrestáronle, y después de haber padecido mucho en la prision, tuvo la dicha de perder la vida por la fe de Jesucristo. Sucedió su preciosa muerte el dia 11 de julio del año 165, á los nueve años, cinco meses y veinte y siete dias de pontificado, segun el cardenal Baronio; y en el mismo dia celebra la Iglesia su fiesta.

SAN ABUNDIO, MÁRTIR.

San Eulogio escribió el martirio de san Abundio con la brevedad que acostumbra, diciéndonos que fue sacerdote, natural de una pequeña aldea de la sierra de Córdoba, llamada Ananelos, de la que no dejó señas bastantes por donde pueda conjeturarse cuál fuese este lugar entre los que hoy se conocen. Algunos piensan que pudo ser el que se dice Bañuelo, distante poco mas de una legua de Córdoba, en la cumbre de la sierra, que apenas conserva la forma del pueblo; bien que otros discurren que fue la villa de Hornachuelos, lo que parece mas probable por la autoridad de varias personas doctas que así lo entienden. En esta incertidumbre no es fácil determinar el lugar fijo de su nacimiento; ni consta tampoco si se educó en Córdoba, aunque es verosímil que aprendiese allí las ciencias eclesiásticas y se criase hasta llegar al sacerdocio: luego se retiró á Ananelos, y en él desempeñaba el oficio de cura de almas, como se colige de san Eulogio.

La causa de su martirio fue la misma que la que tuvieron los muchos Mártires que padecieron en la sangrienta persecucion que los moros suscitaron contra los Cristianos á la mitad del siglo IX, no otra

que el satisfacer el odio y encono que tenían contra los profesores de la religion cristiana. Pasados diez meses después del martirio de santa Pomposa, que sucedió en el dia 16 de setiembre del año 853, no bien hallados los bárbaros sin derramar la sangre inocente de los Cristianos, fue conducido Abundio á la ciudad con engaños de los infieles, y aunque lo conoció luego el Santo, con todo, reflexionando que el cielo le llamaba por aquel medio á que le ofreciese el sacrificio de su vida, dando al Señor las gracias correspondientes, se presentó alegremente á donde sin querer era llevado. Preguntóle el juez árabe sobre la religion que seguia, y le respondió con animosidad, que la que enseñó Jesucristo, á quien veneraba como á Dios verdadero; añadiéndole que esta ley era la santa, racional y verdadera, y no la de Mahoma, que era un contexto de delirios y necedades nacidas de un falso profeta, autor de crasos errores en la felicidad que fingió, y hacia consistir en los gustos carnales y sensibles como las bestias.

No es fácil poder explicar la ira que concibió el juez luego que oyó una reconvencion tan concluyente, y remontado en cólera, sin dar lugar á las formalidades de un proceso, mandó que luego, luego lo degollasen; cuya sentencia se ejecutó en el dia 11 de julio de 854, en el reinado del cruel Mahomad, logrando Abundio por este medio la corona apetecida del martirio. No satisfecho el bárbaro con este castigo, ordenó que dejasen los verdugos el venerable cuerpo del Santo con la escolta competente en el campillo llamado del Rey, á fin de que los perros le despedazasen; lo que fue motivo para que los Cristianos no pudiesen recoger el cadáver, y darle sepultura segun su piadosa costumbre.

SAN DICTINIO, OBISPO DE ASTORGA.

En este dia la santa iglesia de Astorga hace conmemoracion de san Dictinio, uno de los mas ilustres prelados que han florecido en ella. Fue antecesor de santo Toribio, y sucesor de Domiciano. La injuria del tiempo robó á la posteridad los importantes documentos auténticos con que demostrar los sucesos últimos de su santa vida; consiéndonos solo con certeza su culto en la misma iglesia, donde se celebra con el oficio del comun de Confesor pontifice, de que infieren los mas severos críticos sobre el Martirologio romano, que no hay historia alguna que merezca fe ó crédito en orden á varias actas que de este ilustre Prelado escriben algunos autores de la nacion, las que estiman apócrifas, como deducidas de los falsos cronicones. El culto de san Dictinio es antiquísimo, pues á principios del siglo X Fortis,

obispo de Astorga, le llama *santísimo, gloriosísimo, sagrado confesor, y poderosísimo patrono* suyo después de Dios.

La Misa es en honra de san Pio I, y la Oracion la siguiente:

Infirmittatem nostram respice, omnipotens Deus, et quia pondus propriae actionis gravat, beati Pii, martyris tui atque pontificis, intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, ó Dios todopoderoso, á nuestra flaqueza, y puesto que nos oprime el peso de nuestros pecados, alivianos de él por la poderosa intercesion de tu bienaventurado mártir y pontífice Pio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 1.º de la del apóstol Santiago.

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem; quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cum tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim intentator malorum est; ipse autem neminem tentat. Unusquisque vero tentatur à concupiscentia sua abstractus et illeceus. Deinde concupiscentia cum conceperit parit peccatum; peccatum vero cum consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est, descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntarie enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturae ejus.

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque quando fuere examinado recibirá la corona de vida, que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno quando es tentado, diga que es tentado por Dios: porque Dios no es tentador de cosas malas: pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscentia, que le saca de sí, y le aficiona. Después la concupiscentia, habiendo concebido, pare el pecado; y el pecado después, siendo consumado, engendra la muerte. No queráis, pues, errar, hermanos míos muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

REFLEXIONES.

El que es tentado, no diga que Dios le tienta: Dios no es capaz de tentar al mal; y así á ninguno tienta. Irrítase al tentador con la libertad y con la presuncion; expónese el alma por su mero antojo al aire mas contagioso; desafiase á los peligros, échase á dormir sobre el borde del precipicio; y después se grita contra la violencia de la tentacion, contra los peligros del estado, contra la viciosa propension de la naturaleza corrompida. Causa verdaderamente lástima oír quejarse á la mayor parte de los cristianos, lamentándose de lo di-

licultosa que es la salvacion, y del gran número de los impedimentos. Todo es tentacion, dicen, todo escollos, todo lazos; vivimos en país enemigo, y hemos de desconfiar hasta de nuestro mismo corazon. El tentador está de inteligencia con todos nuestros sentidos; son pocos los objetos que no estén envenenados; el veneno se introduce por los ojos. Las diversiones mas inocentes, las mas lícitas sirven muchas veces de lazo y de artificio para enredar al alma. Todo eso es así; pero, y bien: en esa generalidad de riesgos, ¿qué armas, qué preservativos, qué auxilios, qué medios se toman? Al menor ruido, al mas leve temor de peste ó de contagio, se alborota, se sobresalta todo el país; todos huyen, todos le abandonan. Ni interés particular, ni razon de amistad, ni vínculo de parentesco, ni respeto de decencia, nada basta para detenernos. Cada uno se priva del juego, del paseo, de la conversacion, del comercio; academias, diversiones, visitas, espectáculos, todo se cierra, todo se interrumpe, todo cesa. Y todo esto, ¿por qué? por la salud, por el temor de la muerte, por el amor á la vida. ¿Y la salvacion? ¿y el temor del infierno? ¿y el deseo de la eterna bienaventuranza producen los mismos efectos? ¡Con qué seguridad se exponen los hombres á los mayores peligros de la salvacion! ¡con qué fiereza, con qué obstinacion se mantienen en medio de las llamas! ¡Y después se quejan de su ardor y de su vivacidad! Derrámanse en medio del mundo; van á buscar las concurrencias, donde todo conspira á corromper los sentidos, á engañar el corazon, á irritar las pasiones, á estrechar mas los lazos, á estragar las costumbres, á debilitar la fe, y á perder el alma. ¡Y después echan la culpa á la naturaleza y á su viciosa inclinacion! Acusan al tentador, acusan á la tentacion, y falta poco para que no acusen tambien á la divina Providencia. Aunque el enemigo de la salvacion no se acordara de nosotros, como se puede decir que apenas se acuerda de muchos entre aquellos mismos que mas se quejan de él, ¿serian los hombres menos tentados de lo que son, siendo ellos mismos sus mayores tentadores? ¿qué necesidad tendrá el demonio de tentar á los jóvenes en aquellas concurrencias de donde siempre está desterrada la inocencia, en aquellas diversiones donde no estaria segura la virtud mas arraigada y mas aguerrida, donde se estrellaria la mas sólida devocion, y donde la mas austera penitencia haria inevitable y lastimoso naufragio? Desengañémonos, ninguna cosa puede eludir aquel oráculo infalible: *El que ama el peligro, perecerá en él.* Si se conservara la inocencia en medio de esas peligrosas y voluntarias ocasiones, los mas disolutos harian mayores milagros que los mayo-

res Santos. Á nadie tienta Dios; cada cual es tentado por su propia concupiscencia, que él mismo irrita y enciende mas.

El Evangelio es del capítulo XIV de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus turbis : Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim aedificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo coepit aedificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens, rogat ea, quae pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quae possidet, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con que acabarla, á fin de que, después de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? Ó ¿qué rey, debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envia embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

Del amor desordenado á los parientes.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no nos prohíbe Cristo amar á los parientes, sino amarlos mas que á él. De suerte, que si se ofrece alguna ocasion en que el amor al padre, á la madre, á la mujer, á los hijos entre en balanza con el amor de Dios, y no se puedan componer ambos amores, entonces debemos aborrecer con un odio santo á los parientes, y conservar inviolablemente el amor á nuestro Dios. Es decir, que debemos amar á Jesucristo mas que á todo cuanto amemos mas en este mundo, mas que á nuestra misma vida; y que todo lo debemos renunciar, si fuere necesario, antes que separarnos de nuestro Criador. ¿Qué cosa mas justa? Esto no es aborrecer á los parientes, sino amarlos con un amor subordinado al amor

que debemos á Dios; es dar á Dios la preferencia. Y ¿no nos la merece bien? ¿no seria insigne impiedad posponerle á una criatura? ¿Qué mayor desórden? ¿Se deberá cosa alguna á los parientes, que no se deba á Dios? Este soberano Dueño es nuestro Criador, y este Criador es nuestro Padre; ningun bien gozamos que no le hayamos recibido de su mano; todos cuantos esperamos han de venir de él; él nos sustenta, nos conserva y nos protege. Pídenos todo el corazon; pero ¿y no se lo debemos? ¿le daremos mas de lo que le toca, si se lo damos todo? Cuando este Dios, este Salvador y este soberano Padre mandó á los hombres que le amasen sobre todas las cosas, ¿exceptuó á los padres y á los hijos? Y cuando se trate de desobedecer á Dios ó á los parientes, de desagradar á aquel ó á estos, ¿habrá en qué deliberar? ¿Será bien buscar temperamentos, discurrir arbitrios para componer estas dos obligaciones de nuestro amor y de nuestra obediencia? ¿será justo disgustar á Dios, por no disgustar á mis parientes? ¿será justo desobligar á aquel, por no oponerme á estos? El amor á la carne y sangre, la complacencia de los amigos, el interés de una familia, ¿podrán mas de lo que debo á mi Dios, y consiguientemente á mi salvacion, que absolutamente depende de mi amor á Dios, de mi resignacion á su voluntad, y de mi obediencia á sus preceptos? ¡Mi Dios, qué materia no dan estas verdades á la reflexion y al arrepentimiento!

PUNTO SEGUNDO. — Considera qué perniciosa es para la salvacion esta dominante inclinacion de la carne y de la sangre, y qué consecuencias produce tan fatales cuando se dan oidos á su voz. Pero ¿y cuándo no se les dan en la corrupcion general del corazon? Si concurre Dios con los parientes, ¿en qué ocasion no se le concede la preferencia? Mas de aquí ¡cuántas injusticias se siguen en el comercio! ¡cuántos lazos se arman á la verdadera virtud! ¡cuántas vocaciones al estado religioso han abortado! Ya no es Dios el que hace eleccion de sus ministros ni de sus particulares siervos; en prevaleciendo el amor de los parientes al amor de Dios, solo se consultan los intereses temporales de la familia. Y ¿qué parte tendrá entonces Dios en el destino de los hijos? Llama Dios para el ministerio de los altares á aquellos á quienes desde la eternidad tiene destinados para el sacerdocio; pero se apela al tribunal de la carne y sangre, y este pretende trastornar toda la economía de la divina Providencia, y desconcertar al mismo tiempo la serie de la predestinacion, y ya no es privilegiada la tribu de Leví. En vano llama Dios á la Iglesia á aquel primogénito; en vano le ha dotado de talentos muy propios para los sagra-

dos ministerios de la Religion; es primogénito, y no puede ir por el estado eclesiástico. Pero que un segundo ó un tercero no tenga talentos ni vocacion, no importa; sus padres la tienen por él; la familia le ha destinado para una capa de coro, ó para la Religion. No nació para ella aquella doncellita, ciertamente se perderá si entra religiosa. Y ¿qué importa eso? piérdase, porque así lo han decretado sus padres. Conoce la otra que Dios la llama á este estado; pero es el ídolo de la madre, y no puede ser, se ha de quedar precisamente en el mundo; y las que no tienen tantas prendas ni tantos atractivos sean sacrificadas al interés del primogénito. Ya se sabe que la predileccion de los padres ha de hacer el destino de los hijos. Díceseles continuamente que la casa está alcanzada, que no hay bastantes medios para colocarlos con decencia, para darles estado correspondiente á su calidad, en que lo luzcan y sobresalgan en el mundo. Este es el oráculo que se consulta, el único que se sigue. Conoce claramente aquel jóven que Dios le llama para sí; que le destina para que le sirva con alguna especialidad; está muy descubierta su vocacion al estado eclesiástico ó religioso; pero detiéndole el amor á sus parientes, y se desvanecen todos sus proyectos. Por mas que Dios le solicite, no tiene valor para romper los lazos. ¡Qué desgraciada flaqueza! pero ¡qué desdichas no se siguen de esta desventurada cobardía! Erró el camino; pues ¿qué maravilla será si después se extravía y se precipita? Prefiérese el amor de los parientes al amor de Dios; preciso es que después de todo se convierta en mayor daño. ¡Qué dolor en la hora de la muerte cuando se reconozca esta irracionalidad!

Conózcola, Señor, desde ahora, y penetro muy bien toda la injusticia y toda la impiedad de un proceder tan ajeno de razon. No, mi Dios, no daré ya oídos á la carne y á la sangre cuando se trate de daros gusto; resuelto estoy á sacrificar todo cuanto mas amo en el mundo antes que ofenderos.

JACULATORIAS. — Enseñadme, Señor, el camino de vuestra divina voluntad, que yo os prometo de no seguir otro. (*Psaln. cxviii*).

Mi Dios, mi auxiliador, mi protector, guía de mi salvacion, y mi único Salvador. (*Psaln. xvii*).

PROPÓSITOS.

1 *Sígueme á mi, y deja que los muertos entierren á sus muertos*, dijo el Salvador á un mancebo que le pidió licencia para ir á enter-

rar á su padre. Pues ¿qué diría Jesucristo á sus discípulos de profesion, á aquellas personas religiosas, que después de haber renunciado solemnemente todo lo que mas amaban en el mundo, después de haber hecho pedazos los vínculos de la carne y sangre, vuelven después á estrecharse voluntariamente mas que nunca con estos lazos; se engolfan con mas ardor y con mayor viveza en los intereses de sus parientes que los parientes mismos? Ocupados mas en las conveniencias de sus sobrinos, en el esplendor de su familia, que en las obligaciones de su estado, solo se sirven del crédito que les han merecido en el mundo su carácter, su profesion y sus talentos para fomentar el orgullo y la vanidad de sus parientes. No es otra aquella apostasía del corazon de que habla el Profeta. ¿Puede haber mayor desórden, ni mas escandaloso, que ver convertidos á los religiosos en agentes y en procuradores de los hombres del mundo? ¿Que un religioso se ocupe en solicitar un empleo, en ajustar una boda, en adquirir una heredad para sus parientes? ¿qué cosa mas indecente, ni mas indigna de su estado? *Deja á los muertos enterrar á sus muertos.* Guárdate bien de mezclarte jamás en esos negocios puramente seculares, y acuérdate de lo que dice san Gerónimo, que el que conserva todavía esas solicitudes, esas ansias aseglaradas, no tiene de religioso mas que el nombre.

2 Ama en hora buena á tus parientes, pero ámalos con un amor cristiano: interésate en lo que toca á su salvacion, y en nada mas. Cuando trates con ellos, edificalos con tus conversaciones, y sean todas en órden á su bien espiritual. Ten presente que hasta los mismos seglares de algun juicio y de mediana capacidad hacen muy poco aprecio en su interior, y les parecen muy mal aquellos religiosos en quienes notan tanto espíritu del mundo. Si estás en el siglo, ama con ternura á tus parientes; pero con una ternura subordinada siempre al amor que debes á Dios. En los negocios de la familia consulta siempre á tu conciencia antes que á tu corazon. Cáusete horror la menor sombra de injusticia ó de venganza. Mira en buen hora por los intereses de tus parientes; pero sin perder de vista su salvacion y la tuya. Desconfia mucho de las solicitudes de la carne y sangre; todas son sospechosas. ¿Eres hijo de familia? pues aconséjate con Dios, y con solo Dios sobre el estado que has de tomar; observa constantemente el consejo de san Gerónimo á los que llama Dios al estado religioso: *Per calcatum perge patrem, per calcatum perge matrem*: deja tu casa, tu país, tu parentela por obedecer á la voz de Dios que te llama; aunque sea menester convertirte en piedra, hacerte insen-

sible á los movimientos de la mas viva ternura, no deliberes ni un solo momento. Esta doctrina parecerá dura á los hombres del mundo, pero es la pura doctrina del mismo Jesucristo.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

SAN JUAN GUALBERTO, abad, fundador del Orden de Valle-Umbrosa en el monasterio de Pasiñano junto á Florencia. (*Véase su vida en las de este dia*).

LOS SANTOS MÁRTIRES NABOR Y FÉLIX, en Milan, que padecieron en la persecucion de Maximiano. (*Véase su historia en las de hoy*).

SAN JASON, antiguo discípulo de Jesucristo, en Chipre. (*Fue otro de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, y se cree que era deudo é íntimo amigo del apóstol san Pablo*).

EL MARTIRIO DE SAN HERMÁGORAS, discípulo de san Marcos, evangelista, y primer obispo de Aquileya, en la misma ciudad; el cual en medio de los milagros que obraba sanando enfermos, y del celo de la predicacion, y de la conversion de pueblos enteros, padeció muchas y muy penosas fatigas; por último murió degollado juntamente con su diácono **FORTUNATO**, alcanzando la corona del martirio.

SAN PAULINO, en Luca en Toscana, consagrado por el apóstol san Pedro primer obispo de aquella ciudad; el cual en tiempo de Neron después de muchos tormentos consumó el martirio con otros compañeros al pié del monte de Pisa.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS PROCLO É HILARION, en el mismo dia; los cuales, habiendo padecido muy crueles tormentos en tiempo del emperador Trajano, y del presidente Máximo, consiguieron la palma del martirio.

SANTA EPIFANA, mártir, en Lentino en Sicilia; la cual en tiempo del emperador Diocleciano, y del presidente Tertilo, habiéndole cortado los pechos, entregó su alma al Criador.

SANTA MARCIANA, virgen y mártir, en Toledo; la cual por confesar la fe de Jesucristo fue arrojada á las fieras; y despedazada de un toro alcanzó la corona del martirio. (*Véase su vida en las de este dia*).

SAN VIVENCIOLO, obispo, en Leon de Francia.

SAN PATERNIANO, obispo, en Bolonia.

SAN JUAN GUALBERTO, FUNDADOR DEL ÓRDEN DE VALLE-UMBROSA.

Nació en Florencia, ciudad de Italia, de familia ilustre por su antigua y calificada nobleza. Criáronle sus padres en la religion cristiana; pero no con el mayor cuidado de que fuesen muy cristianas sus costumbres. Embebido enteramente su padre en el espíritu del mundo, se llenó de complacencia cuando descubrió en su hijo inclinaciones marciales y mundanas, y puso su mayor atencion en fo-

mentárselas. Las continuas lecciones que le daba se reducian á que no sufriese jamás que le perdiesen el respeto, ni mucho menos que le ultrajasen; y que si tenia honra, debía prontamente lavar la injuria en la sangre de sus enemigos. La doctrina no podia ser mas contraria á la de Jesucristo; pero se acomodaba mucho al genio de Gualberto, naturalmente feroz y soberbio, con que se le imprimió altamente en el corazon. Hízose muy delicado en esto que se llama pundonor, siendo la venganza su pasion dominante. Irritóla mas una querella que ocurrió en la familia. Cierta pariente suya fue muerto por un caballero del pais; el padre de Gualberto juró la muerte del asesino; y como tenia tan conocido el genio fogoso de su hijo, inclinado naturalmente á la venganza, le incitó á perseguir al enemigo hasta vengar la muerte de su primo con la sangre de aquel caballero.

Hallóle tan dócil al bárbaro consejo, que ningun hijo fue mas obediente. Como el precepto se acomodaba tanto á su pasion, ansiaba porque fuese ejecutiva la obediencia, ardiendo en vivos deseos de satisfacer cuanto antes á su padre y á su venganza. Tardó poco en presentársele la ocasion; porque volviendo un dia del campo, permitió Dios que improvisamente se encontrase con su enemigo en un paraje tan estrecho, que no era posible ni á uno ni á otro retirarse. Juan arrebatado de cólera echó prontamente mano á la espada, y diciendo al enemigo que allí mismo habia de lavar en su traidora sangre la muerte de su pariente, iba ya á pasarle de parte á parte cuando el caballero, que se hallaba desarmado, saltó ligeramente en tierra, hincóse de rodillas á los piés de Juan, y con las manos cruzadas le habló de esta manera: *Pídote que me perdones, y que me dejes la vida por amor de Nuestro Señor Jesucristo, que murió por tí y por mí en una cruz un viernes como hoy.* La postura del suplicante, la circunstancia del dia y el nombre de Jesucristo helaron la cólera de Juan; paróse un poco, y ofreciéndosele vivamente á la consideracion que el Salvador del mundo estando en la cruz perdonó á sus enemigos, é intercedió por ellos á su eterno Padre, volvió la espada á la vaina, alargó la mano al caballero, levántole y le dijo: *Nada puedo negar al nombre de mi Señor Jesucristo. Concédote la vida y mi amistad; ruega al mismo Señor que me perdone;* y abrazándose estrechamente los dos, se separaron.

A una accion tan cristiana como generosa se siguió inmediatamente cierto movimiento de devocion en el alma; y encontrando á pocos pasos el monasterio de San Miniato, entró en la iglesia; arrodillóse

delante de un devoto Crucifijo, y cuando deshecho en lágrimas pedía á Dios que tuviese misericordia de él, vió que el Crucifijo le inclinaba la cabeza, para significarle con aquella sensible demostracion lo grata que le habia sido la accion que acababa de ejecutar. Quedó atónito nuestro Juan á vista de tan señalado favor, cuya memoria se conserva hasta el dia de hoy en el mismo Crucifijo, que venera tiernamente la devocion en la iglesia de San Miniato; y la gracia acabando de perfeccionar su conquista, le inspiró un deseo tan ardiente de amar á su Dios, que resolvió no servir en adelante á otro dueño. Acabó su oracion, montó á caballo, tomó el camino de Florencia; pero solicitado poderosamente por la Gracia, mandó á los criados que siguiesen derechos á casa, y él se volvió al monasterio; buscó al abad, y arrojándose á sus piés, le pidió el hábito de monje. Sorprendió al abad tan no esperada vocacion; y como le conocia muy bien, no queria recibirle; pero rogó, instó y apuró tanto, que después de haberle el abad representado la vida tan austera y penitente de la religion, le permitió que se quedase dentro del monasterio.

Aun no bien habia entrado, cuando llegó tambien su padre, informado ya de su intento; pide con ferocidad que le entreguen luego á su hijo; y arrojando centellas por los ojos, y espuma por la boca, jura que si no se le entregan al punto pondrá fuego al convento. Sus amenazas atemorizaron á todos los monjes, pero no á nuestro Santo, el cual viendo que ninguno se atrevia á darle el hábito, arrebató uno que encontró de un monje; bájase al coro, pónese sobre el altar, él mismo se corta el cabello; y á presencia de todos los religiosos se echó á cuestras la cogulla. Admiraron con lágrimas todos los concurrentes tan generosa resolucion; y hasta la obstinacion de su padre se dió por vencida á vista de una vocacion tan señalada. Deshaciéndose en llanto le echó los brazos al cuello, exhortándole á la perseverancia, y á sostener con su fervor el empeño de un paso tan generoso.

No se desmintió nuestro novicio; correspondió perfectamente su fervor á su resolucion, y en poco tiempo los rigores de su penitencia pudieron satisfacer por los desórdenes de su juventud. Era la vida de los monjes de San Miniato copia fiel de los primitivos monjes de San Benito; florecia la santa regla en todo su vigor, y en breves dias fue nuestro Juan un acabado modelo de ella. Luego que vistió la cogulla se mostró el mas humilde, el mas obediente, el mas puntual y el mas devoto de todos. No se contentaba con reputarse por el último de los monjes; queria que todos le reputasen y le tratasen

como á tal. Su penitencia espantaba á los mas mortificados; pero su caridad, su dulzura y su igualdad de ánimo hacian amable su penitencia. En fin, se adelantó tanto en el camino de la perfeccion, que desde los primeros años de su profesion fue la admiracion de los mas perfectos.

Así vivia nuestro Gualberto en su amada soledad, cuando la muerte del abad interrumpió su quietud. Nada hubo que deliberar en la eleccion; por mas que se excusó, que se opuso, y que protestó, fue nombrado por unánime consentimiento. Como su resistencia era tan de corazon, no por eso cedió, antes perseveró constantemente en renunciar el empleo, considerándose indigno de ejercerle. Esto dió ocasion á que se apoderase de él otro monje, que no era tan escrupuloso ni tan delicado de conciencia; pero fueron tantas las inquietudes y las turbaciones que excitó en la casa, que al fin se halló precisado Gualberto á mudar de monasterio. Acompañado de algunos monjes mas fervorosos se retiró al principio á la Camáldula, lugar á la sazón muy famoso por la multitud de los santos anacoretas que vivian en él bajo la regla de san Romualdo. Allí hubiera fijado su destino, y todos deseaban mucho que lo hiciese; pero se sentia mas movido á la vida cenobítica que á la solitaria; y así se encaminó á otro retiro, llamado *Valle-Umbrosa*, por ser un valle muy sombrío, todo cubierto de álamos, á media jornada de Florencia, donde encontró dos solitarios, á los cuales se juntó con sus compañeros. Extendióse en poco tiempo su reputacion por aquellos contornos; concurrían de todas partes á ver al siervo de Dios, y en pocos dias se vió maestro de muchos discípulos, á los cuales hacia observar con todo rigor la regla de san Benito, yendo él delante con el ejemplo.

Logró de la abadesa de San Hilario que les hiciese donacion del sitio que ocupaban, y edificó en él un monasterio de tierra y de madera, cuya iglesia ó capilla vino á consagrar el obispo de Paderborn, que habia seguido al emperador Enrique III en su viaje á Italia. Tal fue el origen de aquella ilustre congregacion, que aprobó el papa Alejandro II el año de 1070; y extendida por toda Italia, en muy poco tiempo ilustró á la Iglesia de Dios con el esplendor de sus raras virtudes, y la edifica el dia de hoy con sus grandes ejemplos.

Crecia mientras tanto la nueva comunidad, aumentándose cada dia el número de sus individuos, y era menester nombrar cabeza que la gobernase. Conspiraron todos los votos en favor de san Gualberto, que no solo se negó con teson, sino que por algun tiempo estuvo dudoso si se retiraria; pero temiendo que se deshiciese aquella

congregacion que él mismo habia fundado, y la consideraba como obra del Señor, se sujetó al sacrificio, y aceptando el empleo, á pocos dias el monasterio de Valle-Umbrosa fue un verdadero retrato del monasterio de Monte Casino.

Desde luego floreció en él con todo rigor el primitivo espíritu de la religion de san Benito; retiro, silencio, desasimiento de todo lo criado, oracion casi continua, vigiliass, ayunos, abstinencias, penitencias corporales, todo predicaba, y todo edificaba en aquellos nuevos monjes, y era el abad como el alma de aquellos grandes ejemplos. Nada mandaba á los demás que no lo hubiese ejecutado primero: y se solia decir, que para distinguir al abad entre los otros monjes no era menester mas que observar quién era el mas mortificado y el mas humilde entre todos ellos. A esta única distincion y preeminencia aspiraba Gualberto.

El prodigioso número de discípulos que se le agregó le obligó á pensar en la fundacion de nuevos monasterios, á la cual solicitaban contribuir con piadosa competencia los potentados de Italia. Fundó el de San Salvi, el de Mosceta, el de Razzuelo, y el de Monte-Scalario; reformó algunos de los antiguos, introduciendo en ellos la observancia de Valle-Umbrosa; y antes de morir tuvo el consuelo de ver resucitado el primitivo espíritu de los monasterios de san Benito en diez ó doce de sus casas. Era austerísimo consigo mismo, pero dulcísimo y suavísimo con los demás; y esta misma suavidad y dulzura obligaba á los monjes á ser mas mortificados.

Fuera de los religiosos de misa que guardaban estrecha clausura, recibia otros para legos, ó para hermanos conversos; esto es, para la clase de aquellos que convertidos á Dios servian diferentes officios de la casa sin recibir nunca los sagrados órdenes. Estos se ocupaban en los ministerios exteriores y temporales, por lo que estaban dispensados de la clausura y del silencio; su hábito se distinguia en algo del de los otros monjes, y no se les obligaba á tanta austeridad: siendo este el primer ejemplar que se encuentra en la historia eclesiástica de religiosos legos diferentes de los destinados al coro.

Velaba continuamente sobre todo lo que podia fomentar ó disminuir el espíritu de la observancia. Fué á visitar el monasterio de Mosceta, y halló que el nuevo abad Rodolfo habia hecho un edificio, cuya magnificencia desdecia de la simplicidad y modestia religiosa: desazonóse tanto, que dió al Abad una severa reprension, diciéndole que las sumas de dinero que habia gastado en levantar aquel monumento de su vanidad estarian mejor empleadas en sustentar á mu-

chos pobres. Suplicó fervorosamente á Dios que no permitiése se conservase en pié aquel edificio tan poco ajustado al espíritu de la regla; y apenas salió de él cuando un arroyuelo que corria cerca del monasterio creció tanto, que le inundó, y le echó enteramente á tierra. El amor y la caridad con los pobres igualaba al amor que profesaba él mismo á la santa pobreza. No queria que se negase limosna á alma viviente; y al mismo tiempo que no admitia mas de lo precisamente necesario para sus monasterios, repartia entre los pobres lo que estaba destinado para la comunidad. Mas de una vez dejó vacías las paneras, y mandó matar los rebaños para socorrer las necesidades en tiempo de carestía.

Acompañaban á estas virtudes los mas milagrosos dones sobrenaturales. Penetraba el interior de los corazones; temblaban los demonios al oir el nombre de Gualberto; solo con hacer oracion al siervo de Dios, sanaban los enfermos mas desahuciados. Un caballero amigo suyo le despachó un propio con la noticia de que se hallaba gravemente enfermo: *Anda, hermano mio, dijo el Santo al criado, vuelvete á casa, y encontrarás sano y bueno al que dejaste moribundo.* Así sucedió.

Por su grande santidad se hizo venerar hasta de los sumos Pontífices. Leon IX hizo expresamente un viaje á Pasiñano solo por verle, y quiso que comiese á su mesa. Esteban IX le envió á llamar, no obstante de hallarse el Santo enfermo á la sazón. Alejandro II le profesó singular veneracion, y decia públicamente que la Iglesia debia á Gualberto la casi total extincion de la simonía en todo aquel país. Efectivamente hizo el santo Abad continua y vigorosa guerra á este vicio; persiguióle su celo sin darle cuartel ni treguas, y mas de una vez le autorizó el cielo con estupendas maravillas. Valióse Pedro de Pavía de cuantas violencias pudo contra el Santo y contra sus monjes para intimidarlos y para perderlos; pero fue en vano: Gualberto le convenció de simonía y de herejía, ofreciéndose uno de sus monjes á la prueba del fuego para justificar la acusacion. Admitiósele, y se paseó muy despacio sin recibir lesion alguna por una dilatada hoguera á vista de toda la ciudad de Florencia.

No sobrevivió el siervo de Dios mucho tiempo á este milagroso suceso. Consumido al rigor de las penitencias y de sus apostólicas fatigas, cayó enfermo en Pasiñano; conociendo que se acercaba su fin, mandó llamar á todos los abades y superiores de la Orden, y los exhortó á la caridad, á la exactitud, al fervor y á la puntual observancia de la regla. Recibió después los Sacramentos de la Iglesia con tanta

devocion y ternura, que sacó lágrimas de todos los asistentes; y hecha en su presencia la profesion de la fe, rindió tranquilamente el espíritu en manos de su Criador el dia 12 de julio del año 1073, á los setenta y cuatro de su edad, y á los veinte y dos después de haber establecido su reforma. Desde luego se hizo glorioso su sepulcro por los muchos milagros que obró Dios por su intercesion; lo que movió al papa Celestino II, precediendo las informaciones juridicas de sus virtudes y milagros, á ponerle en el catálogo de los Santos el año 1193.

SANTA MARCIANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Marciana, cuya memoria ha sido célebre en la Iglesia de España desde los primeros siglos, como se acredita por el oficio eclesiástico, é himnos en su elogio, que constan en el Breviario segun el órden de san Isidoro, dicho después Mozárabe; separada de santa Librada y demás hermanas, pasó á la provincia Carpentana, y se estableció en la ciudad de Toledo, donde siguiendo las máximas de la religion de Jesucristo, en la que habia sido educada desde sus primeros años, seguia una vida verdaderamente angélica, en tiempo que los emperadores romanos, enemigos capitales del cristianismo, suscitaron una de sus crueles persecuciones contra la Iglesia, sacrificando en todas partes innumerables víctimas de inocentes fieles.

Cupo esta gloria á muchos Mártires en Toledo, donde la valentía de Marciana dió motivo á ser participante de estos gloriosos triunfos. Rendian los gentiles en cierta ocasion sus acostumbradas adoraciones á la diosa Diana, que estaba colocada sobre una fuente de la ciudad; y resentida la Santa al ver que con semejantes ritos se tributaba á una vana estatua el culto debido al verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra; animada de aquel celo santo que constituye el carácter de los héroes del cristianismo, derribó con generosa intrepidez al ídolo en tierra, y le hizo pedazos á vista de los mismos paganos.

El hecho irritó de tal modo á los infieles, que arrojándose sobre ella, no satisfechos con los muchos golpes que la dieron, la acusaron como rea del mas enorme sacrilegio al juez de la ciudad. Reprendió este severamente la temeridad y audacia de la santa vírgen, mandando azotarla cruelísimamente, en términos que la dejaron casi sin vida, y en esta disposicion ordenó encerrarla en un horrendo y oscuro calabozo. Traida después á su tribunal, luego que la vió sin la menor lesion, conociendo que el mayor tormento que podia causar á una

vírgen cristiana era el de violar su pureza, providenció que la llevasen al lugar público de prostitucion, donde quedase al arbitrio de los lascivos. Intentaron estos, en uso de la libertad concedida, cometer la violencia á que les provocó su desenfrenada pasion; pero el Señor impidió el insulto con la prodigiosa interposicion de una pared que pareció de repente para defender la castidad de su esposa.

Cuando por tan asombroso prodigio debieran conocer los idólatras el soberano poder del verdadero Dios, á quien adoraban los Cristianos; mas irritados con la maravilla, que segun su concepto eran efectos de las malas artes de que eran notados los fieles; reasumiendo por motivo de su nuevo encono el desprecio hecho á Diana, comenzaron á clamar con mas esfuerzo, que la Santa fuese arrojada á las fieras en el anfiteatro público. Condescendió el juez, no menos colérico que el pueblo, en que se ejecutase aquel castigo, al que asistieron los gentiles y judíos del pueblo con el perverso intento de deleitarse en la tragedia.

Soltaron á un leon furioso que corrió impetuosamente hácia Marciana; pero cuando todos juzgaban que fuese en un momento víctima de la fiera, olvidándose esta de su natural, se postró á los piés de la Santa en señal de reverencia; acreditando el Señor con aquel prodigio, que quien amansó á esta fiera, pudo hacerlo con la misma facilidad con cualesquiera otra que quisiese. Hallábase presente al espectáculo un judío llamado Budario, enemigo del nombre cristiano, como todos los de su secta; y resentido de la clemencia del leon, aconsejó á los paganos que se echase á la vírgen un toro indómito, que acometiéndola furiosamente la quitó la vida á fuerza de sus combates, logrando por este medio la Santa la apetecida corona del martirio en el día 12 de julio, aunque ciertamente no nos consta el año de su pasion; y recogiendo los Cristianos su venerable cadáver, le dieron sepultura en la misma ciudad de Toledo.

No quedó sin castigo el impio judío que dió el consejo; pues al momento que epiró la Santa, se prendió en su casa un voraz incendio que la destruyó enteramente; y aunque por sus parientes se intentó muchas veces reedificarla, se arruinó siempre el edificio, sucediendo lo mismo con otros diferentes donde quisieron aprovechar las piedras de aquel monumento trágico.

En comprobacion de haber sido célebre esta gloriosa Santa en tiempo de los godos, cuando el rey Wamba fortificó aquella imperial ciudad por los años 676, habiendo dedicado sus puertas á los Santos titulares de Toledo, consagró á santa Marciana la que mira al Orien-

te; cuyo patrocinio invocó el rey Alfonso el VI en la conquista de Toledo en tiempo que la ganó de los árabes.

Algunos escritores confunden á esta ilustre Mártir española con santa Marciana, que señala el Martirologio romano, y otros en el 9 de enero, por la uniformidad en el nombre y género de martirio que padecieron; pero el mismo Martirologio, que distingue los triunfos de ambas en diferentes regiones, el de la una en Mauritania del África, y el de la otra en Toledo, nos da un testimonio nada equívoco de que fueron diferentes.

LOS SANTOS NABOR Y FÉLIX, MÁRTIRES.

Los santos mártires Nabor y Félix fueron presos en Milan por mandado del emperador Maximiano, que fue grande perseguidor de la fe de Jesucristo, juntamente con el emperador Diocleciano su compañero; y habiendo examinado y sabido que eran cristianos, y que lo pensaban ser toda su vida, mandólos echar en la cárcel, vedando, so graves penas, que no les diesen de comer cosa alguna. Estuvieron algunos dias los Santos en la cárcel, padeciendo la hediondez, hambre é incomodidades de ella; y como ninguna de estas cosas bastase para mudarles de su propósito, traídos á su presencia les mandó dar muchos palos, y poner á Nabor en el ecúleo á presencia de Félix, con hachas encendidas abrasar sus costados, y con uñas de hierro arañar y despedazar todo su cuerpo. Y visto que todavía los Santos estaban constantes, y que ni el uno con las penas que padecía, ni el otro con vérselas padecer, ni con el temor de las que á él le podrian dar, se ablandaban ni rendian á su voluntad, mandó echar á los dos en un gran fuego; el cual ni los quemó ni chamuscó un cabello de sus cabezas. No bastó esto para que el tirano conociese la virtud de Dios, y desistiese de su mal propósito; antes endureciéndose mas, y atribuyendo á arte mágica la virtud del cielo, los mandó volver á la cárcel, y después de algunos dias sacar á degollar junto á un arroyo llamado Celere. Una matrona noble llamada Sabina enterró sus cuerpos. La Iglesia celebra su fiesta el dia de su martirio á 12 de julio, y fue el año del Señor 303, imperando Diocleciano y Maximiano. San Ambrosio hace mencion de estos Santos; y Paulino en la vida del mismo san Ambrosio dice que la iglesia donde estaban sepultados sus cuerpos era muy frecuentada de los Cristianos.

La Misa es en honor de san Gualberto, y la Oracion la que sigue:

Intercessio nos, quaesumus, Domine, beati Joannis abbatis commendet, ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion del bienaventurado abad Gualberto, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo XLV del Eclesiástico.

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram praecepta, et legem vitae et disciplinae.

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los Santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

REFLEXIONES.

Hízole santo por su fe y por su apacibilidad. Por eso hay hoy tan pocos Santos, porque hay tan poca fe. No es posible fe viva sin obras, y estas obras hacen los Santos. La fe muerta ó apagada es infecunda, nada produce; en faltándonos esta luz sobrenatural, solo nos resta una débil candelilla de luz natural, que inmediatamente la apaga el viento de las pasiones; y aunque no la apague, ¿qué nos podrá descubrir? poco ó nada, porque alcanza muy poco. Cuando los objetos se miran á una falsa luz, nunca se representan como son; algunos arrebatan los ojos mirados de esta manera, que los ofenden, y los retraen cuando se les mira sin artificio. ¿Qué precipicios no podemos temer si nos gobernamos solo por esta guia? Siendo tan frecuentes los ejemplares, causa admiracion que sean tan raros los escarmientos. ¡Qué caidas tan funestas! ¡qué despeños! ¡qué fin tan triste de tantos grandes ingenios! Apagóse en él la luz de la fe, y desbarró aquel grande entendimiento; esforzóse la razon á sostenerle por algun tiempo con frívolas esperanzas, pero no le pudo volver á en-

derezar; acudieron como auxiliares la política y el interés; puso el orgullo en movimiento todos sus expedientes y artificios; pero nada bastó para que al fin no se despeñase. Como sus luces eran tan limitadas, no le pudieron descubrir todos los precipicios; desvaneciéronse todos sus vanos proyectos, y saliéronle errados todos sus superficiales discursos; desconcertáronsele todas las medidas. Á poco que se nos esconda la luz de la fe, á poco que nos apartemos de esta guía, no hay que esperar mas que errores, extravagancias y desbarros.

No es menos necesaria la apacibilidad para ser Santos. Es esta virtud el primer fruto de la sujecion de las pasiones, y sobre todo de la cristiana humildad. El espíritu de Dios solo inspira severidad consigo mismo; y la compasion es como su querida virtud. El celo duro y amargo es efecto de un espíritu orgulloso y de un corazon inmortificado. Pero no confundamos la benignidad cristiana con la viciosa relajacion. El mismo Jesucristo nos dió bien á conocer la diferencia. La dulzura es fruto natural de la caridad; pero no es incompatible con la magnanimidad ni con la fortaleza; siendo el espíritu de Dios el que la produce y la fomenta, el celo mas dulce es el que persigue al vicio con mayor vigor, y el que le hace mas constante guerra; pero como al mismo tiempo es celo discreto, hace grande distincion entre el pecado y el pecador.

El Evangelio es del capítulo v de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Audistis quia dictum est: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros, et benefacite his, qui oderunt vos, et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos, ut sitis filii Patris vestri, qui in coelis est; qui solem suum oriri facit super bonos et malos, el pluit super justos et injustos. Si enim diligitis eos, qui vos diligunt, quam mercedem habebitis? nonne et publicani hoc faciunt? Et si salutaveritis fratres vestros tantum, quid amplius facitis? nonne et ethnici hoc faciunt? Stote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester coelestis perfectus est.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Habeis oido que se dijo: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á aquellos que os aborrecieren, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; el cual hace que salga su sol sobre los buenos y sobre los malos, y envia la lluvia para los justos y para los injustos. Porque si solo amais á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿no hacen lo mismo los publicanos? y si solo saludais á vuestros hermanos, ¿qué haceis de singular? ¿no hacen tambien lo mismo los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, así como lo es vuestro Padre celestial.

MEDITACION.

Del perdon de las injurias.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el perdon de las injurias es quizá el mandamiento mas claro y mas formal de Jesucristo que se encuentra en el Evangelio. No llegó á tanto toda la perfeccion de la ley antigua; pero la nueva hizo de este precepto el punto capital de su doctrina. La antigua solo os obligaba á amar á los que os aman, decia el Salvador del mundo; *pero yo os digo que ameis á los que os aborrecen*. Y no basta desearlos todo bien, es menester hacérsele. El amor puramente afectivo no es suficiente para llenar toda la perfeccion de este precepto; es preciso acreditar con las obras que se ama á los enemigos. Cuando no se les puedan hacer obsequios y beneficios, ayúdeseles con oraciones; suplan los deseos lo que falta al poder y á la pobreza. El precepto es verdaderamente singular; pero es del mismo Jesucristo: *Yo os digo: amad á vuestros enemigos*. Es verdad que es de mucha perfeccion este precepto; pero tambien quiere Jesucristo que seamos perfectos como nuestro Padre celestial. Parece mandamiento bien dificultoso; pero la gracia del Redentor todo lo hace fácil. Solamente la religion cristiana pide esta heróica magnanimidad; por eso ella sola es toda divina: divina en sus dogmas, que solo Dios nos pudo revelar; divina en su doctrina, que solo nos la pudo enseñar el mismo Jesucristo. Pero ¿hemos comprendido bien toda la equidad, todas las ventajas y toda la perfeccion de este mandamiento? No hay pasion mas injusta que la venganza. Es la justicia vindicativa ejercicio de suprema autoridad. Y ¿qué autoridad, qué jurisdiccion tenemos sobre nuestros hermanos para hacernos justicia por nosotros mismos cuando nos han ofendido ó agraviado? Y ¿dónde se hallará ley mas oportuna para conservar la pública tranquilidad? Con mucha razon se puede decir, que cuando Dios nos intimó este precepto atendió á nuestro interés particular. Ninguno hay que no pueda temer mayor daño de sus enemigos, que sus enemigos pueden temer de él. Considerando cada cual en su persona, no es mas que uno, y sus enemigos son muchos. Con solo este precepto quedan desarmados, y el precepto mira á nuestra seguridad. Por otra parte, ¿cuánto necesitamos nosotros mismos de que nos perdone Dios? Somos pecadores, y por el mismo hecho somos enemigos suyos. ¿Con cuánta razon y con cuánto derecho pudiera irritarse con-

tra nosotros, vengarse y castigar las ofensas que le hacemos? Pero este Dios de misericordias no nos quiere perder; solamente desea algun motivo para perdonarnos sin queja de su justicia, y él mismo nos sugiere este motivo. Mándanos que perdonemos nuestras injurias, y nos promete que nos perdonará las suyas; haciendo obligacion, por decirlo así, de tratarnos él á nosotros como nosotros tratásemos á nuestros enemigos. Tiene tan en el corazon este punto de su divina moral, que quiso fuese la quinta peticion de la oracion del *Padre nuestro*, que él mismo nos enseñó. ¿Pudo proponernos condicion mas fácil, ni mas justa, ni mas eficaz para concedernos su gracia y su amistad? Y después de esto, ¿nos parecerá precepto muy arduo el perdon de las injurias?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que en la realidad no es tan arduo este precepto como se nos figura. Dícese que es cosa dura el perdonar; ¿y no lo será mas el vengarse? ¿Qué turbacion, qué inquietudes, qué temores, qué sobresaltos no padece un corazon poseido del espíritu de venganza! El odio despedaza primero el corazon de que está apoderado antes de hacer el menor daño al enemigo. Así como el fuego devora la materia propia antes de comunicarse á la extraña, de la misma manera se puede decir que el que se venga de su enemigo es la primera víctima de su venganza. ¿No es un infierno anticipado estarse consumiendo dia y noche en un fuego abrasador, que continuamente te está trayendo á la memoria la persona á quien persigues, representándotela como un horrible monstruo, abultando la injuria, encendiéndote la indignacion, y alborotándote la sangre solo con ver al enemigo? Si es dichoso en sus empresas, ¿qué rabia! Si es estimado de todos, ¿qué furor! Si es poderoso, ¿qué cólera! Si es aplaudido, ¿qué envidia! Si está superior á tí, ¿qué aprension y qué inquieta solicitud para descubrir y poner en movimiento las máquinas que pueden moverse para perderle! Levántase en ese pobre corazon una deshecha tormenta de pasiones, que suceden sin cesar unas á otras. ¡Ah, y cuántas veces se quisiera allá en lo interior del alma no haber formado tal intento, y no haberse empeñado tanto! Pero logróse la venganza; siéntese por algunos pocos instantes cierta maligna complacencia; ¡mas, ó Dios, y qué amarga! ¿Qué produjo esa satisfaccion? Nuevos temores, crueles cuidados, funestas enemistades que se perpetúan en las familias, y muchas veces las destruyen. ¡Buen Dios, de cuántos disgustos y de cuántas desdichas libra una noble y cristiana generosidad, que sacrifica á Dios el sentimiento,

y perdona la injuria recibida! Pero mi nacimiento, mi calidad, mis circunstancias piden indispensablemente una justa satisfaccion. Díme, ¿y Jesucristo era de nacimiento, de calidad y de circunstancias inferiores á las tuyas? ¿fue culpado? ¿mereció tan malos tratamientos por algun delito? ¿hizo alguna accion, no digo ya mala, pero indiscreta ó menos prudente? Bien está, permítote que no te olvides en esa ocasion de tu calidad y de tu mérito; tampoco se olvidó de ella Jesucristo, y con todo eso perdonó, aun sin habérselo agradecido. ¿Te pedirá demasiado cuando solo te pide que hagas lo mismo que hizo él? No ignoraba en qué consistia el verdadero honor; ¿perdiólo acaso por haber perdonado? ¿Y le perderás tú si perdonas á su ejemplo? *Vidisti pendentem*, dice san Agustin, *audi clamantem*. ¿Le has visto padecer enclavado? pues óyele clamar piadoso: *Padre, perdónalos*. No dice, Juez de vivos y muertos, vengador de la inocencia oprimida, castiga á estos ingratos y á estos impíos; y vengando la ignominiosa muerte de tu Hijo, enseña á todos los mortales, que ninguno me ha de injuriar impunemente. Y ¿será posible que después del ejemplo de Jesucristo haya quien se niegue á perdonar las injurias? Pero ¿qué se dirá en el mundo si perdono? ¡Quimérico pun-donor! ¡impia y extravagante delicadeza! Diráse que eres verdadero discípulo de Cristo, que guardas su santa ley, y que quieres obligar á tu Dios á que te perdone tus pecados. Es la venganza pasion de almas bajas y villanas; es propiedad de brutos y de fieras, inclinadas todas á vengarse: no hay señal mas cierta de un corazon noble y generoso, que la facilidad en perdonar; descúbrese en esta accion cierta magnanimidad, cierta grandeza de alma, que admira y enamora. El ejemplo está claro en san Gualberto y en tantos otros Santos; aquel heróico acto de virtud no solo fue el origen de su elevada santidad, sino que por todos los siglos será el mas justo y el mas glorioso asunto de su elogio.

¡Ah mi Dios, y qué confusion la mia! ¡qué dolor de haber sido hasta aquí tan enemigo de mi paz y de mi gloria por una pasion vil y cobarde! Avergüénzome de haber tenido tanta dificultad en perdonar, cuando tengo tanta necesidad de que me perdonen. Ayudado de vuestra divina gracia, os empeno mi palabra de perdonar cuantas ofensas me hayan hecho, ó me hicieren en adelante, con tan sincero y generoso corazon, que pueda deciros confiadamente: *Perdonanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores*.

JACULATORIAS. — Señor, si volviere mal por mal á mis enemigos, consiento en que me oprima su violencia. (*Psalm. VII*).

Acordaos, Señor, de vuestro siervo, y de la mansedumbre con que perdona sus injurias. (*Psalm. cxxxI*).

PROPÓSITOS.

1 No hay precepto mas preciso ni mas claro que el de perdonar las ofensas; pero acaso tampoco hay otro que se eluda con mas artificios, ni con mayor seguridad. Todo conspira á debilitarle, y de todo se echa mano para hacerle ineficaz. Hasta el especioso pretexto de la mayor gloria de Dios, de la virtud y de la justicia sirve de sobrescrito á la venganza. Los devotos y los virtuosos, quiero decir, los que presumen serlo, son muchas veces los que perdonan menos. Es bien grosera la ilusion, no hay duda; mas no por eso es menos universal. Yo le perdono, dicen algunos; pero es razon que se castigue la ofensa. No quiero mal á mis enemigos; pero la injusticia no ha de quedar sin escarmiento. El corazon le tengo sano y sin hiel: solo deseo que se dé á mi afrenta la debida satisfaccion: yo no me quiero vengar; únicamente pretendo que se repare mi honor con el castigo del que me lo vulneró. Este es el lenguaje comun de las gentes del mundo, y aun se puede decir que de todo género de gente. ¡Mi Dios, qué inconsecuente y qué pobre es el mayor entendimiento cuando se empeña en justificar la venganza! Guárdate de ilusion tan perniciosa: mira que no es posible echar polvo á los ojos de Dios; están muy patentes á ellos todos los misterios de iniquidad, y nadie le puede engañar, ni puede engañarse. El que no perdona á su hermano de lo mas íntimo de su corazon, dice el Salvador (*Matth. xviii, de cordibus vestris*), todas sus protestas de amor sirven de nada. No es perdonar de lo íntimo del corazon pedir satisfaccion por el agravio, no querer tratar con los que nos han ofendido, mirar con indiferencia y aun con frialdad á los que nos han hecho algun mal oficio. El precepto á la verdad es perfectísimo; pero al fin es precepto: ¿y cómo le has guardado tú?

2 Pero no basta perdonar al enemigo, no basta no desearle mal, es menester amarle, *diligite*, y es menester hacerle bien, *benefacite*. Asi lo declara Jesucristo. De donde se infiere, que no se cumple con este precepto precisamente con no hacer al enemigo el daño que fácilmente se pudiera; es preciso cuando se ofrezca la ocasion servirle en lo que se pueda, como se hace con los amigos. Es ilusion, es error contentarse con decir: yo no le quiero mal; no permita Dios que

yo me venga; pero no quiero su comunicacion, no quiero sus visitas, ni concurrir á donde él concurra; él en su casa, y yo en la mia; no me mezclo en sus cosas, etc. Vamos claros, ¿es esto perdonar al enemigo de lo íntimo del corazon? ¿es amarle? ¡Bueno! con qué no se quiere tener comunicacion con un amigo; no se quiere ir á su casa; huyese de concurrir á donde él concurra, no se puede sufrir su presencia, ¿y á este sugeto se le ha perdonado de lo íntimo del corazon? ¿á este se le ama sinceramente? ¿estás pronto á servirle en todas las ocasiones? ¿Has hecho alguna vez reflexion sobre la ridiculez y la extravagancia de esta conducta? En medio de eso cada dia pedimos á Dios una y muchas veces, *que nos perdone nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores*; que nos trate á nosotros como nosotros tratamos á nuestros hermanos. Y ¿esto no es pedir á Dios que nos condene? Aprovéchate de estas reflexiones prácticas. ¿Te han ofendido ó maltratado? ¿te han hecho alguna injuria? pues perdona, y perdona de todo tu corazon, olvidando por amor de Dios la ofensa, el agravio y la afrenta. Busca cuanto antes á ese sugeto, alégrate de concurrir con él, habla siempre con estimacion de su persona, solicita ocasiones de servirle, y acredita con todos que verdaderamente le amas. Solamente procediendo así se guarda perfectamente este precepto.

DIA XIII.

MARTIROLOGIO.

SAN ANACLETO, papa y mártir, en Roma; el cual gobernó la Iglesia después de san Clemente, y la hermoseó con un glorioso martirio. (*Véase su vida en las de hoy*).

LOS SANTOS PROFETAS JOEL Y ESDRAS, en el mismo dia. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN SILAS, en la Macedonia, uno de los primeros hermanos destinado por los Apóstoles para ir á predicar el Evangelio á los gentiles juntamente con san Pablo y san Bernabé, y habiendo cumplido con su ministerio, lleno de celo y de la gracia de Dios, con sus trabajos y tribulaciones glorificó á Jesucristo, y descansó en paz.

SAN SERAPION, mártir igualmente, el cual en tiempo del emperador Decio, y del presidente Aquila, abrasado en el fuego alcanzó la corona del martirio.

SANTA MIROPE, mártir, en la isla de Chio; la cual, siendo emperador Decio, y presidente Numeriano, habiéndola muerto á palos, voló al Señor.

LOS SANTOS CONFESORES EUGENIO, obispo de Cartago, admirable por su fe y demás virtudes, y todo el clero de aquella iglesia, que se componia de cerca de quinientas personas y mas, entre ellos algunos niños lectores y cantores, en el Africa; los cuales en la persecucion de los vándalos en tiempo del rey arriano

Hunericó, después de una fiera mortandad y hambre, gozosos en el Señor fueron con gran crueldad desterrados á remotas provincias: contábanse entre estos los muy esclarecidos SALUTAR, arcediano, y MURITA, el segundo de los ministros de aquella iglesia, los cuales, habiendo sido atormentados por tres veces, y confesado otras tantas la fe católica, por su gloriosa perseverancia adquirieron el glorioso título de confesores de Jesucristo.

SAN TURIANO, obispo y confesor, en Bretaña menor; varon de admirable candor é inocencia.

SAN ANACLETO, PAPA Y MÁRTIR.

El tercer Pontífice que gobernó la Iglesia de Jesucristo después de san Pedro fue san Clemente; y habiendo coronado sus apostólicas fatigas con la gloria de un ilustre martirio en tiempo del emperador Trajano, y en el año 102, estuvo vacante la santa Sede por espacio de cinco meses. No pudo juntarse antes el clero romano para proceder á la eleccion por la persecucion suscitada contra los Cristianos, hasta que en fin el día 3 de abril del año siguiente de 103, después de largas oraciones, fue electo san Anacleto por supremo pastor del rebaño de Jesucristo con aclamacion y gozo universal de todos los fieles. Era griego de nacion, natural de Atenas, y de familia muy honrada. Su padre Antioco puso el mayor cuidado en darle la mejor educacion, y junta esta á un natural nacido para la virtud, acompañado de un genio sobresaliente, formó en Anacleto uno de los jóvenes mas cabales de toda la Grecia. Hallándose san Pedro en Atenas, reconoció que Dios tenia destinado aquel jóven para sí, y le convirtió á la fe; de donde fácilmente se dejan discurrir los grandes progresos que haria en la ciencia de los Santos bajo la disciplina de tal maestro. Fueron tantos, como dice san Ignacio en su epístola á los trallianos, que movido el santo Apóstol de su vida ejemplar, de su celo por la Religion, de la inocencia de sus costumbres, y de los raros talentos de que le habia dotado el Señor, le admitió en la clerecía, le confirió los sagrados órdenes, y le ordenó de diácono.

Revestido Anacleto con este carácter, sirvió maravillosamente á san Pedro en las sagradas funciones del apostolado, siendo fiel compañero de sus trabajos y de sus viajes; y experimentando el Apóstol lo mucho que le ayudaba aquel su querido discípulo, tomó de su cargo el instruirle por sí mismo, y le ordenó de sacerdote. Con la nueva dignidad se hizo mas santo, y tambien mas útil al público; de manera, que añadiéndose á sus angelicales costumbres la excelencia de su ingenio, en breve tiempo fue uno de los mas santos ministros de la Iglesia.

Después que el Principe de los Apóstoles coronó su apostolado con el glorioso martirio, prosiguió Anacleto trabajando con el mismo celo y con el mismo fruto en los pontificados de san Lino, san Cleto y san Clemente; tanto, que con verdad se puede decir debió la Iglesia á las apostólicas fatigas de nuestro Santo mucha parte de los grandes y maravillosos progresos que hizo en Roma la Religion en tiempos tan lastimosos. En virtud de esto, hubo poco que hacer para encontrar un digno sucesor de san Clemente. Fue escogido de unánime consentimiento el presbítero Anacleto, cuya eleccion fue generalmente aplaudida en toda la Iglesia, luego que se divulgó.

Aunque el emperador Trajano no publicó ley ni edicto alguno contra los Cristianos, no por eso dejó de ser muy cruel y muy violenta la persecucion que padecieron en su tiempo; pocas ciudades de Oriente y de Occidente dejaron de ser regadas con la sangre de los Mártires. En todas partes se presentaban á la vista potros, horcas y cadalsos levantados para exterminar á los fieles; principalmente el infierno se desencadenó contra los obispos, persuadiendo á los gentiles, que privadas las ovejas de los pastores, fácilmente se disiparía el rebaño, y en breve se desharia la Iglesia. Como ya desde entonces era Roma el centro de la Religion, tambien fue el mas sangriento teatro de estas crueles tragedias. Habian derramado en ella su sangre por Jesucristo los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo; tuvieron la misma dicha san Lino, san Cleto y san Clemente, y no se pasaba dia sin que se sacrificase algun cristiano al furor de los idólatras. Este era el estado de la Iglesia cuando entró á gobernarla san Anacleto.

Necesitó bien toda su virtud, toda su experiencia, todo su celo y todo su valor para llevar el gobernalle entre tempestades tan furiosas, y en tiempo en que cada uno hacia mérito de perseguir á los Cristianos. Esparcidas y atemorizadas las ovejas, se dejan fácilmente discurrir los cuidados, las fatigas, la solitud y los desvelos que costarian al pastor. Todo se debia temer en aquella como primera y tierna infancia de la Iglesia: el poder y la crueldad de los enemigos de Jesucristo, su odio y su muchedumbre, el furor de los paganos, la rabia de los judíos, el miedo y la relajacion de los mismos cristianos; á todo atendió el santo Pontífice, alentando á unos, confundiendo á otros, y conservando con fidelidad el sagrado depósito de la fe, sin dejar de dedicarse con grande felicidad á arreglar y á mantener la disciplina eclesiástica.

Hizo admirables decretos para fomentar el fervor, y para corregir

los abusos que se podian introducir en las costumbres. Persuadido de la necesidad que tenian los fieles de alimentarse con frecuencia del sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, ordenó que comulgasen todos los que asistiesen al santo sacrificio de la misa; declarando que los que dejasen de sustentarse con este divino pan de los fuertes, serian considerados como medio vencidos, y como indignos de concurrir á la congregacion de los fieles. No juzgaba posible este gran Pontífice, criado, por decirlo así, á los pechos de los Apóstoles, que un cristiano, expuesto cada dia á ser presentado á los tiranos, pudiese resistir á los tormentos, no estando fortalecido con este alimento celestial. Mandó que á la consagracion de un obispo asistiesen otros tres para hacer la ceremonia, y que se hiciesen en público todos los órdenes sagrados; prohibió, así á los prelados, como á todos los ordenados *in sacris*, que trajesen el cabello largo, ni que siguiesen las modas de los seglares; queriendo que los ministros del altar se distinguiesen de los demás, no menos en la modestia del traje, que en la inocencia y ejemplar integridad de las costumbres.

Verdaderamente causa admiracion que en tiempos tan críticos y tan borrascosos como alcanzó este santo Papa le pudiese permitir su solicitud pastoral descender á tan religiosas menudencias, y extender su vigilancia á todas las necesidades de la Iglesia. Asegúrase que este gran Pontífice, para dejar á la posteridad un monumento de su devocion y de su reconocimiento al Príncipe de los Apóstoles, á quien debia su conversion, acabó de edificar una iglesia en memoria de san Pedro, y encima de su sepulcro, la que habia comenzado siendo simple sacerdote, á la que desde entonces se la dió el nombre *del triunfo de los Apóstoles*, como todo se refiere en el pontifical de san Dámaso.

No es fácil imaginar virtud mas sobresaliente, capacidad mas extendida, caridad mas abrasada, celo mas encendido ni mas generoso que el que se admiraba en Anacleto. Dicese que en el Vaticano escogió y bendijo cierto sitio distinguido, destinándole para sepultura de los sumos Pontífices, y que ordenó que en los cementerios comunes de los Cristianos hubiese lugar separado para enterrar á los que hubiesen padecido martirio. En su pontificado ordenó tres diáconos, cinco presbíteros, y seis obispos. Parece mas que verisímil, que se ocultaron á la posteridad muchas de las maravillas y de los ilustres hechos que obró el inmenso celo de este insigne Pontífice, negándose á la noticia de los fieles por la carestia de escritores en tiempos tan calamitosos; solo se sabe de cierto, que habiendo gober-

nado la Iglesia con innumerables fatigas y trabajos nueve años, tres meses y diez días, coronó su pontificado con un glorioso martirio el día 13 de julio, al principio del segundo siglo.

LOS SANTOS JOEL Y ESDRAS, PROFETAS.

Joel, que significa *el que comienza*, el segundo de los doce profetas menores, fue hijo de Phatuel, de la tribu de Ruben, y nació en Bethoron. No se sabe precisamente el tiempo en que profetizó, pero muchos Padres é Intérpretes creen que fue contemporáneo del profeta Oseas, aunque se diferenció de él en que Oseas todo lo que profetizaba era á las diez tribus de Israel, y hállase muy poco en su profecía que diga con las dos tribus de Judá y Benjamin, lo cual es al contrario en Joel, que su profecía fue por la mayor parte con las dos tribus. Declara, que habian de hacer notables daños en los hebreos cuatro monarquías, asirios, persas, medos y romanos, denotadas por cuatro diferencias de daños que suceden en los campos, que son oruga, langosta, pulgon y añublo; por lo cual les exhorta á que hagan penitencia. En particular escribió el reino de Cristo, de la venida del Espíritu Santo y del juicio final. Murió y fue sepultado en su misma patria de Bethoron en 13 de julio por los años de la creación 3340. Hállase su nombre en el capítulo segundo de los Hechos de los Apóstoles. Consta su profecía de tres capítulos, y usa de ella la Iglesia católica en las lecciones de los maitines de las ferias tercera y cuarta de la cuarta dominica de noviembre.

ESDRAS, que significa *favorecedor*, de la estirpe sacerdotal, nieto ó biznieto del sumo sacerdote Saraías, á quien hizo morir Nabuchodonosor, fue llevado cautivo á Babilonia siendo aun jóven, después que fue incendiada Jerusalem é incendiado el templo del Señor. El año séptimo del reinado de Artajerjes Longimano, á la frente de aquellos que volvieron de Babilonia á la Judea, vino con ricos presentes para el templo que habia sido fabricado por Zorobabel, y con una orden para las provincias para que contribuyesen con todo lo que fuese necesario al culto divino, y para que los ministros del Señor quedasen exentos de todo cargo ó ministerio público. Acompañaron á Esdras mil y setecientos hombres, y luego que llegó, vió no sin dolor que muchos israelitas cohabitaban con mujeres extranjeras, y congregándolos en el templo, les persuadió que despidiesen de sí aquellas mujeres y á los hijos que de ellas habian tenido.

Esdras tuvo la principal autoridad en Jerusalem hasta que llegó Nehemías, enviado por Artajerjes en calidad de gobernador de la Ju-

dea, el cual se dirigió siempre por los consejos de Esdras. Luego que fueron restablecidos los muros de Jerusalem, juntándose el pueblo en el templo para celebrar la fiesta de los tabernáculos, Esdras hizo por espacio de ocho dias la lectura de la ley del Señor, y derramando el pueblo arroyos de lágrimas en vista de sus continuadas prevaricaciones, renovó la alianza con el Señor.

La Escritura no nos dice otra cosa acerca de la vida de Esdras ni acerca de su muerte, pero sí es cierto que fue santo, y que murió en la paz de Dios. Algunos creen que murió en Jerusalem, y otros opinan que esto acaeció en un segundo viaje que hizo á la Persia. Los hebreos llaman á Esdras *el príncipe de los doctores de la Ley*. Él fue el que juntó en un cuerpo todos los libros canónicos, los reconoció, expurgó de los vicios que se habian introducido, y aun parece que los dividió en veinte y dos libros, segun el número de las letras del alfabeto hebreo. Hay cuatro libros con el nombre de Esdras; pero solamente los dos primeros son reconocidos por canónicos en la Iglesia latina, la cual tiene por apócrifos los dos últimos, porque no consta de su autenticidad, ni de haber sido inspirados por Dios. Los dos primeros, segun el testimonio de san Gerónimo, no componian sino un solo volúmen, porque comunmente se atribuian á Esdras el sacerdote. Mas no parece improbable que la primera parte fuese de Esdras, y la segunda de Nehemías. El primero contiene la historia de la libertad concedida á los judios para que volviesen de Babilonia á la Judea; esto es, desde el primer año de la monarquía de Ciro hasta el veinte de Artajerjes Longimano por el espacio de ochenta y dos años. El segundo, del que se cree comunmente ser Nehemías el autor, comprende los sucesos de treinta y un años.

La Misa es en honor de san Anacleto, y la Oracion la que se sigue:

Deus, qui nos beati Anacleti, martyris tui atque pontificis annua solemnitate laetificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad del bienaventurado Anacleto, tu confesor y pontífice; concédenos por tu bondad que cuando celebramos su dichoso nacimiento á la gloria, experimentemos gozosos su poderosa proteccion. Pór Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capitulo 1 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de Nuestro Señor Jesucris-

misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quae operatur tolerantiam earundem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

to, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud; la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Bendito sea el Dios de todo consuelo. ¡Oh, y cuánta verdad es que solo Dios es el Dios de todo consuelo, y que no se halla consuelo fuera de Dios! Inútilmente se procura engañar, divertir y alegrar el corazon con todo lo que le gusta: *Inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te*: siempre está acompañada de amargura la mas exquisita alegría en no teniendo á Dios por principio; solo Dios puede saciar y sosegar nuestro corazon. Los cuidados y las inquietudes son frutos de todos los tiempos y de todos los climas; llorando nacemos, y llorando morimos. Sembrado está de espinas el espacio que hay entre la cuna y la sepultura. Todos los frutos que lleva la tierra son verdes y amargos; solo pueden saber bien á los que tienen estragado el paladar. Dios es únicamente el Dios de todo consuelo; no hay que buscarle en otra parte; no hay verdadera dulzura que no se derive de este manantial. Fue el hombre criado para solo Dios; este es nuestro único fin, y toda nuestra felicidad; no hay mas que consultar á nuestro corazon sobre este punto. Aquel Señor, que á cada criatura señaló su fin, y el centro de su reposo, fuera del cual está en una continua agilacion, no es verisímil que á solo el hombre le negase esta prerogativa; especialmente habiéndole él mismo impre-

so una extrema ansia de ser dichoso, y habiéndole puesto en la absoluta imposibilidad de serlo en este mundo. Mas ha de seis mil años que todos los hombres trabajan en ser felices, y hasta ahora ninguno ha podido encontrar aquella felicidad llena y perfecta que colme y fije todos sus deseos; siempre queda en el corazon un inmenso vacío que no pueden llenar todos los objetos criados. No nació para ellos el hombre, y así ni le pueden satisfacer, ni le pueden consolar en el lugar de su destierro; es necesario que se eleve á Dios, y luego que toma este partido halla la paz, la suavidad y el consuelo, que no puede encontrar en otra parte. ¡Cosa extraña! búscase consuelo en medio de la amargura que inunda toda la tierra, y se extraña que después de tantas fatigas y de tantos movimientos no se encuentre mas que manantiales amargos. Es preciso que las inquietudes sazonen todos los gustos. En el mundo no hay bien alguno puro; todos están mezclados con las adversidades. Son las cruces hereditarias en todas las familias; ni las mas opulentas son las mas felices, ni las mayores las mas tranquilas. Son muy contados los dias serenos y de calma; pásanse pocos sin disgustos y sin desazones. En vano se busca el consuelo en los tesoros, en las fiestas, en el juego, en los espectáculos; esas diversiones suspenden por algunos momentos nuestro desasosiego; solo Dios es quien nos consuela total y plenamente: *Deus totius consolationis.*

El Evangelio es del capítulo XIV de san Lucas, pág. 224.

MEDITACION.

Del servicio de Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera que debemos servir á Dios, y que no podemos servir á dos señores. Cuando Dios nos crió nos hizo para sí, y no pudo criarnos para otro. Todos estamos en su servicio, y solamente nos conserva la vida para que la empleemos en él. Nos protege, nos promete el salario, nos sustenta, y no hubo ni puede haber amo mas soberano. Nada tenemos que no lo hayamos recibido de él; nuestros bienes, nuestra salud, nuestras fuerzas, nuestra industria, nuestros talentos, nuestro espíritu, nuestro corazon, nuestra vida, todo es suyo. Es este, por decirlo así, un caudal que nos confirió para que negociemos con él, y para él, de que nos ha de pedir estrecha cuenta; son estos los medios que nos prestó para servirle; aplicarlos á otra cosa es hurto, es latrocinio. Vivir en el mun-

do, y no servir á Dios, es ser un criado que conspira contra su amo. ¡Qué injusticia! ¡qué impiedad! No hay criatura en el universo que no obedezca á su Dios, que se desvie un punto de sus órdenes, que no haga precisamente aquello para que Dios la crió; solo el hombre le es rebelde; solo él se resiste á servir al mayor, al mas dulce amo, al Señor mas amable de todos los señores, al único entre todos que merece ser servido. Admiramos este orden inalterable de dias y de noches, de estaciones y de climas; el arreglado y exacto curso de los astros, toda la admirable economía del universo nos suspende; pero al mismo tiempo ¿no nos da tambien en cara con nuestro desorden? Ese sol, que seis mil años há nace, y se pone tan regularmente todos los dias, sin haberse desviado ni un solo punto del lugar donde Dios le fijó después de tantos siglos; ese sol, vuelvo á decir, ¿no nos está dando en cara mudamente con nuestra infidelidad en el servicio de aquel Señor, que habiéndonos criado para sí, nos intimó órdenes, reglas y mandamientos? No nos hubiera sacado Dios de la nada, si no fuera para emplearnos en su servicio; pues ¿qué cuidado, qué ansia, qué aplicacion ponemos en darle gusto? Sea lo que fuere todo lo que hiciéremos, empleos, cargos, embajadas, gobiernos, estudio, comercio, todo es perdido, todo es inútil, todo es pernicioso si no servimos á Dios en todos esos empleos y en todas esas ocupaciones; si no hacemos en ellas lo que él quiere. ¡Ah, Señor, y que siendo Vos el único dueño que merece todos nuestros servicios, seais entre todos el peor servido!

PUNTO SEGUNDO.—Considera si sufriríamos mucho tiempo en nuestra casa á un criado que no nos sirviese mejor de lo que nosotros servimos á Dios. ¡Ó buen Dios, dónde hay negligencia, dónde hay infidelidad, dónde hay desidia mas escandalosa! Sirvese con ansia, con celo, con actividad á un amigo, á un protector, á un señor poderoso; solo Vos sois servido con descuido. En la tropa, en los tribunales, en los empleos, en el comercio, en la tierra, en el mar, oficiales, ministros, nobles, plebeyos, hombres de todos estados, edades y condiciones, todos hacen punto de desempeñar dignamente el puesto que ocupan en el mundo; porque en fin ninguno gusta de ser tenido por inútil; pero ¿se sirve á Dios con el mismo ardor, con el mismo empeño, con el mismo gusto con que se sirve al mundo? Servir á Dios es guardar sus mandamientos, obedecer sus leyes, hacer estudio de darle gusto en todo. Servir á Dios es desempeñar con exactitud las obligaciones de cristiano; es rendirle un culto religioso y lle-

no de piedad; es amarle con todo el corazon; es vivir inocentemente. Siendo esto así, ¿se sirve á Dios en ese gran mundo? ¿se le sirve en la corte de los grandes? ¿se le sirve entre los dichosos del siglo? ¿se le sirve entre los hombres de negocios? ¿Se considera á lo menos por ocupacion y por negocio esto de servir á Dios? ¿Será muy crecido el número de los verdaderos siervos de Dios en todas las edades, en todas las condiciones, y en todos los estados? Es verdad que en todos ellos se encuentran almas fieles que sirven al Señor en medio de Babilonia, como en el centro de Jerusalem; mas, ¡oh, y qué contados son estos fieles siervos suyos! ¿Se hallan el dia de hoy muchos discípulos fervorosos, que á lo menos con el afecto renuncien todo lo que poseen por servir á Cristo? No parece sino que Dios es un Señor de mero titulo sin poder y sin autoridad, á quien tanto se nos da agradarle como desagradarle, disgustarle como complacerle. Y ¡cuántos falsos discípulos se encuentran aun entre los mismos que lo son de profesion! ¡cuántos de estos mismos siervos suyos, que ni aun se dignan de vestir su librea!

¡Ó mi Dios, y qué poco amado que sois! ¡Oh, y qué mal servido! Pero, ¿y no seré yo reo de uno y de otro delito? Ningun dia de mi vida debiera dejar de servirlos; mas, ¡y qué pocos puedo contar empleados en vuestro servicio! ¡Ah, que me hallo ya al fin de la carrera, y quizá no puedo tener el consuelo de haberos servido un solo dia! Sea, mi Dios, sea hoy el primero en que verdaderamente os sirva; y no permitais que viva ni uno solo sino para servirlos.

JACULATORIAS.—Ó Señor, yo soy tu siervo, yo soy tu siervo. (*Psalm. cxv*).

Siervo tuyo soy, Dios mio, alumbra mi entendimiento para que conozca y obedezca tus preceptos. (*Psalm. cxviii*).

PROPÓSITOS.

1 Se tiene por dicha entrar á servir á los grandes; se hace vanidad de ser de su familia; se les sirve con exactitud, con fidelidad y con gusto; nada se teme tanto como disgustarlos; pero ¿servimos á Dios con la misma ansia, y con el mismo ardor? Ciertamente, si el servir á Dios es como la voz de nuestra Religion, se puede decir que esta voz está poco menos que muda en gran número de los fieles. Pregúntate á ti mismo sobre este artículo, advirtiéndote ser preciso que tu celo, tu fidelidad y tu fervor dén testimonio de tu fe; declárate alta y descubiertamente por el servicio de Dios, á menos

que como tantos otros te avergüences de servirle. Así en los dias de trabajo como en los de fiesta; tanto en el retiro de tu casa como en público; no menos en tiempo de adversidades como de prosperidad, en todo y por todo haz punto de religion y de honra el parecer buen cristiano, y siempre fiel siervo suyo.

2 En el servicio de Dios no hay cosa pequeña. En un criado no tanto se atiende á que haga cosas grandes, cuanto á que ejecute lo que le manda su amo. Sirves al mayor y al mejor de todos los señores; está conocida su voluntad; no ignoras sus mandamientos; se te han intimado sus órdenes; pues ejecútalas con puntualidad. Ten horror á todo lo que prohíbe; nada omitas de lo que desea; y haz con fervor y con diligencia todo cuanto manda. *Maldito es aquel que sirve al Señor con negligencia*, dice el Sabio. Todas las mañanas en la oracion has de considerar que estás en el servicio de Dios, y que ya te tiene señalada la tarea de aquel dia. En todo lo que hicieres, sea lo que fuere, has de tener presente que trabajas para Dios, y delante de sus ojos; la principal obra que te pide son las obligaciones de tu estado, de tus empleos y de tu cargo; resuélvete á desempeñarlas con toda la posible aplicacion y exactitud. Si tienes otras obligaciones de religion, de caridad y de atencion, tambien te las pide tu soberano Dueño; cúmplelas con piedad, con ardor y con diligencia. El motivo es el que da el mérito y el valor á la mayor parte de las obras; en todas las que hicieres considérate como siervo de Dios, y por la noche ponte en su presencia para darle exacta razon de todo lo que has hecho en el dia. Acuérdate de que el siervo perezoso fue tratado como el siervo infiel; pórtate con tanta fidelidad, con tanta puntualidad y con tanta prudencia, que todos los dias te pueda decir el padre de familias (*Math. xxv.*): *Euge, serve bone, et fidelis*: alégrate, fiel y exacto siervo mio, que hoy te has portado bien.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

SAN BUENAVENTURA, cardenal y obispo de Albano, confesor y doctor, del Orden de los Menores, en Leon de Francia, muy celebrado por su doctrina y santidad de vida. (*Véase su vida hoy*).

SAN JUSTO, soldado del cuerpo del tribuno Claudio, en Roma; el cual, habiéndosele aparecido milagrosamente una cruz, se convirtió á Jesucristo, y siendo bautizado, distribuyó todos sus bienes á los pobres: prendiólo el prefecto Magnecio, y azotado con nervios, poniéndole en la cabeza un yelmo hecho

ascua, y arrojándolo en una hoguera, salió de todo esto sin perder un solo cabello, y murió confesando á Jesucristo.

SAN FOCAS, mártir, obispo de Sinope, en el Ponto, en la misma ciudad; el cual en tiempo del emperador Trajano, habiendo padecido por Jesucristo cárcel, cadenas, hierro y fuego, saliendo vencedor de todo, subió al cielo: sus reliquias se llevaron á Viena de Francia, y se guardan en la iglesia de los santos Apóstoles.

SAN HERADAS, obispo, en Alejandría, cuya celebridad era tan grande, que Africano el historiador cuenta de sí, que solo por ver á este santo Obispo hizo un viaje á Alejandría. (*Fue el discípulo mas aventajado de Origenes, y su sucesor en la famosa escuela de Alejandría. Sucedió al patriarca Demetrio en la silla episcopal de la misma ciudad*).

SAN CIRO, obispo, en Cartago, en cuya festividad predicó san Agustin.

SAN FÉLIX, primer obispo de Como, en la misma ciudad. (*Fue enviado por el apóstol san Pedro, y ordenado por el mismo obispo de Como, cuya ciudad convirtió á Jesucristo*).

SAN OPTACIANO, obispo, en Brescia. (*Vivió en tiempo del emperador Valentiniano III, siendo papa san Leon el Grande, por quien fue consagrado obispo de Brescia*).

SAN MARCELINO, presbítero y confesor, en Deventer en los Países Bajos.

SAN CAMILO DE LELIS, confesor y fundador de los Clérigos reglares que asisten á los enfermos, en Roma: por la excelencia de sus virtudes y milagros lo canonizó el papa Benedicto XIV. (*Véase su vida en las del día siguiente 15 de julio*).

SAN BUENAVENTURA, CARDENAL, OBISPO Y CONFESOR.

Nació en Bagnarea de Toscana, ciudad pequeña del Estado eclesiástico, el año de 1221, para ser uno de los mas brillantes astros de la Iglesia de Occidente; uno de los principales ornamentos de la religion de san Francisco; admiracion de los mayores, mas sabios y mas santos hombres de su siglo; y en fin para ser apellidado *el Doctor seráfico* con justísima razon. Su padre se llamó Juan Fidenza, su madre María Ritelli, ambos mas distinguidos por su gran virtud que por sus cuantiosos bienes de fortuna, y por su no menos antigua que calificada nobleza. En el Bautismo se le puso el nombre de Juan: pero habiendo caido peligrosamente enfermo casi cuatro años después, tanto, que le desahuciaron los médicos, y habiéndole su piadosa madre encomendado á las oraciones de san Francisco, que vivia á la sazón, y se hallaba en el mismo lugar, ofreciendo al Señor que si daba salud al niño le consagraria á su Majestad en la religion del seráfico Padre; este hizo oracion por el niño, y quedando de repente sano, el Santo exclamó en su lengua italiana: *¡O buona ventura!* ¡ó dichoso suceso! y desde entonces toda la familia, transpor-

tada de gozo á vista de aquella maravilla , le comenzó á llamar Buenaventura , nombre que después le quedó al santo Doctor.

Luego que se asomó el uso de la razon , sus padres tuvieron gran cuidado de advertirle el milagroso modo con que el cielo le habia conservado , previniéndole que el nombre que tenia era testimonio y memoria del milagro. Hizo este beneficio mas impresion de la que correspondia á su edad en aquel corazon tierno , blando , y nacido para la virtud , acompañado de un entendimiento vivo y perspicaz. Ni la hicieron menor en él las primeras lecciones que le dieron. Apenas conoció á Dios , cuando le amó , y se hicieron manifestas las particulares bendiciones con que le habia prevenido el cielo desde su misma niñez. Notóse que para él no tenian ningun atractivo los entretenimientos pueriles , y se observó como carácter propio suyo casi desde la misma cuna un grande amor á la pureza , y una ternísima devocion á la santísima Virgen , conservando toda la inocencia de sus costumbres y todo el fervor de su devocion en el curso de sus estudios.

En ellos hizo maravillosos progresos ; pero no fueron menores los que hizo en el ejercicio de la virtud. Disgustóse del mundo antes de haberle conocido ; y cuando se halló en edad proporcionada , solo pensó en cumplir lo que su madre habia prometido. Pidió el hábito de los frailes Menores ; diéronsele , y el estado religioso dió la última mano á la perfeccion de aquella grande alma. Concluido el noviciado , le enviaron á estudiar la teología en Paris , siendo su maestro el célebre Alejandro de Alés , que á vista de la gran santidad de su discípulo solia decir , que Buenaventura parecia no habia pecado en Adán.

No habia religioso mas humilde , mas pobre , ni mas ejemplar. Animado con el mismo espíritu del santo Fundador parecia san Francisco resucitado en san Buenaventura ; la misma abnegacion de sí propio ; el mismo celo por la observancia de la santa regla ; el mismo desasimiento de todo , y las mismas penitencias. Por el tierno amor que profesaba á Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía , pasaba horas enteras al pié de los altares deshaciéndose en dulces lágrimas. Antes de ser sacerdote eran sus delicias comulgar con la mayor frecuencia posible ; y se dice , que habiéndose abstenido un dia de la sagrada Comunión por reverencia y por respeto , fue comulgado por mano de un Ángel.

Recibió con el sacerdocio el último retoque de su virtud , y todo el cumplimiento de sus amorosas ansias. A los que le veian en el al-

tar se les comunicaba la devocion del sacerdote. Las dulces lágrimas que derramaban sus ojos, y el fuego que despedía su semblante daban testimonio de que se estaba oyendo la misa de un Santo. Su recogimiento interior, sus conversaciones y su modestia eran pruebas de su íntima union con Dios. Parecia estar continuamente en oracion, y con efecto empleaba codiciosamente en ella todo el tiempo que le dejaban libres sus estudios y las demás ocupaciones. El coro era su recurso para recrearse y para cobrar nuevas fuerzas para trabajar. La materia mas ordinaria de su meditacion era la vida, passion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Compuso una **o**brilla sobre este asunto, con una meditacion para cada dia de la semana; dió á luz un tratadillo de la oracion mental; dispuso algunas oraciones vocales, y escribió de la sublime contemplacion con tanta energía y con tanto espíritu, que desde entonces mereció el título de Doctor seráfico.

Aunque parecia estar totalmente dedicado á estos ejercicios de devocion, hacia al mismo tiempo tan asombrosos progresos en las demás ciencias, que aunque no contaba todavía treinta años, la universidad de Paris le escogió para enseñar públicamente en ella, dandole la cátedra de filosofia y de teología. Explicó al Maestro de las sentencias con tanta satisfaccion y con tanto aplauso, que se puede decir le debió aquella universidad, no menos que á santo Tomás de Aquino, gran parte del alto concepto y reputacion que ya se habia granjeado en aquel siglo. En ella se conocieron y se trataron los dos Santos, estrechando entre sí aquella íntima amistad, que fue el mejor panegírico de los dos, y duró mientras les duró la vida.

Así brillaba el santo Doctor en la célebre escuela de Paris, siendo estimado y venerado de los mas sabios y mas santos prelados de la Europa, tanto por la fama de su eminente virtud, como por el merecido crédito de su gran sabiduría, cuando su seráfica religion quiso disfrutar este tesoro, aprovechándole mas inmediatamente en su propia utilidad. Estaba congregado en Roma el capítulo general de la Orden para la eleccion de general, y presidia en él personalmente el papa Alejandro IV. Uniéronse todos los votos en favor de nuestro Santo; y aunque á la sazón no tenia mas que treinta y cinco años, fue electo general por todos los votos, no habiéndole faltado mas que el suyo. Confirmó el Papa la eleccion; y por mas que la humildad de Fr. Buenaventura renunció, resistió y representó, le fue preciso obedecer. Su mismo prudentísimo gobierno justificó el acierto, mostrando siempre una gran prudencia, un vigoroso celo por la obser-

vancia religiosa, mucha firmeza, y no menor teson, pero sazonado con admirable dulzura y la mayor aplicacion á conservar en su vigor el primitivo espíritu de la Órden; el empleo de ministro general solo sirvió para hacer mas visible su profunda humildad. No habia hombre de mayor mérito, ni que mas bajamente sintiese de sí. Aunque estaba oprimido de negocios, ni se dispensó en algunas de sus ordinarias penitencias, ni mucho menos en su frecuente acostumbrado recurso á la oracion; la elevacion del empleo no le estorbaba abatirse á los oficios mas humildes del convento; y siendo general, servia á los enfermos con la misma caridad que si tuviera el oficio de enfermero.

Ni el tiempo que ocupaba en los negocios públicos que tenia á su cargo le impedia el cumplir exactamente con sus devociones particulares, y lo que es mas, le distraia bien poco de sus acostumbrados estudios. Por espacio de diez y ocho años gobernó toda la Órden con tanta prudencia, con tanto acierto y con tanta moderacion, que no contribuyó poco al gran esplendor que adquirió en el mundo la religion de san Francisco, haciéndola tan célebre en todo el universo, y siendo uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia católica. La vigilancia en precaver todo cuanto podia introducir alguna relajacion en la observancia, la acreditaron bien los prudentes estatutos que hizo en el capítulo general que se celebró en Narbona el año de 1260; pero no se limitaba su celo precisamente á promover el mayor bien de su religion.

Como por razon de oficio se veia precisado á visitar diferentes provincias de la Europa, no malograba ocasion de solicitar en todas partes la mayor gloria de Dios, ni de trabajar en la salvacion de las almas. Predicaba, instruia y confesaba con inmenso fruto, haciendo muchas y admirables conversiones. Valiase del crédito y del favor que su virtud y su empleo le merecian con los príncipes y con los prelados para la reforma de las costumbres y para el aumento de la piedad cristiana. Pasando su celo á la otra parte de los mares, envió muchos religiosos para que predicasen la fe á los infieles.

Sobre todo, no perdía oportunidad de extender y de aumentar el culto de la santísima Virgen, por la tierna devocion que profesaba á esta Señora. Conformándose con el espíritu de su seráfico Padre, quiso que se dedicasen á esta soberana Reina cási todas las iglesias de la Órden; que se celebrasen en ella con la mayor solemnidad todas sus fiestas; y para inspirar la misma devocion en todos los pueblos, se valió de todo su crédito y de todas sus piadosas industrias. Fuera

de sus ordinarias exhortaciones y de las conversaciones familiares en que siempre habia de entrar la devocion á la santísima Virgen, escribió muchos tratados para promoverla. Compuso un oficio particular de la Virgen con muchas oraciones llenas de espíritu y de ternura; hizo un nuevo Salterio, aplicando á la Virgen las sentencias y las palabras de David con tanta devocion, con tanta ternura y con tanta oportunidad, que el nuevo Salmista parece haber sido inspirado por el mismo espíritu que inspiró inflamados afectos al antiguo.

Apenas se puede comprender cómo un hombre, abrumado con el peso de tantos negocios, pudo hallar tiempo para enriquecer la Iglesia con tanto número de excelentes obras, llenas todas de energía y de devocion, que era el carácter propio de su pluma. En todos sus escritos está derramada cierta especie de mocion, que alumbrando el entendimiento, enciende la voluntad en el fuego de aquel divino amor en que él mismo se abrasaba. Por eso dijo el célebre Gerson, que san Buenaventura era sólido, elocuente y devoto, y que para los verdaderos teólogos no habia doctrina mas sana ni mas saludable que la suya.

Gerardo de Abbreville, doctor parisiense, abrazó el partido de Guillermo de San-Amor, y escribió contra los frailes Mendicantes; tomó la pluma san Buenaventura, y le refutó por escrito con aquella admirable obra, que intituló: *Apología de los pobres*, y tapó la boca al calumniador. Otras muchas obras compuso en defensa de su religion, y para explicar la regla de san Francisco. Tenemos del Santo muchos tratados de filosofía y de teología; excelentes comentarios sobre el Antiguo y Nuevo Testamento; muchos sermones eficaces y doctrinales; gran número de tratados espirituales, en cuya atencion justamente es tenido san Buenaventura por uno de los mayores doctores de la mística teología. Las meditaciones sobre la vida y muerte de Jesucristo son de exquisito gusto, y el método es verdaderamente original. La vida que compuso del seráfico padre san Francisco no fue la menor de sus obras. Cuando la estaba escribiendo le fué á visitar su amigo santo Tomás, y sabiendo en lo que estaba ocupado, no quiso entrar, diciendo: *Dejemos al Santo trabajar por otro Santo; seria imprudencia interrumpirle*. Pasando en otra ocasion á verle el mismo santo Doctor, y admirado de la celestial sabiduría de sus escritos, le preguntó confidencialmente: ¿en qué libros estudiaba aquella elevada doctrina, y dónde habia aprendido aquella elocuencia tan llena de devocion? Descubrióle entonces san Buenaventura un Crucifijo, y le dijo: *Este es el libro donde estudio todo lo que enseño*.

*

Concluido el capítulo general de Pisa, donde estableció diversos y muy prudentes reglamentos, pasó á Roma con el fin de suplicar al papa Urbano IV nombrase un cardenal que fuese protector de su Orden, y Su Santidad nombró al cardenal de los Ursinos. Temiendo el Santo que el cuidar de las monjas de Santa Clara seria con el tiempo una carga demasiadamente gravosa para sus frailes, suplicó al Papa se sirviese exonerarlos de ella; pero no queriendo el Pontífice privar á las religiosas de los muchos bienes que podian sacar de su espiritual asistencia, se contentó con especificar en la bula, que los frailes Menores no estarian obligados á asistirles de justicia, sino de pura caridad.

El papa Clemente IV, sucesor de Urbano, le estimó y le amó tanto como sus predecesores. Nombróle para el arzobispado de York, que en aquel tiempo era una de las mayores y mas autorizadas sillas episcopales de la Iglesia; pero no fue posible vencer su humildad, pues aunque el Pontífice quiso usar de su autoridad, el Santo se arrojó á sus piés, lloró tanto, y le hizo tales instancias, que al cabo le rindió. Pero le duró poco su alegría, porque Gregorio X, menos flexible que Clemente, resolvió absolutamente elevarle á las primeras dignidades, ilustrando al sacro Colegio con un sugeto de aquel mérito. Creóle cardenal; y le envió la birreta por dos nuncios, que le hallaron en el convento de Magelo fregando los platos en la cocina. No interrumpió esta humilde ocupacion por la noticia de la nueva dignidad; prosiguió fregando hasta que acabó su labor: y precisado á obedecer, partió á Roma. Acababa el Papa de convocar un concilio general en Leon de Francia, y tenia ya pensado que Buenaventura fuese como el oráculo del Concilio, por lo que le recibió con el mayor alborozo, y luego le consagró por obispo de Albano.

El nuevo Cardenal acompañó al Pontífice en su viaje á Leon, donde se hizo la abertura del Concilio, presidido por el mismo Papa, el dia 7 de mayo de 1274. Predicó san Buenaventura en la segunda y tercera sesion, siendo como el alma de todas las conferencias. Brillaron tanto en todas las ocasiones sus milagrosos talentos, que así los griegos como los latinos le reconocieron por uno de los hombres mas santos y mas sabios que habia entonces en la Iglesia. Habiendo trabajado mas que otro alguno, tanto en la reunion de los griegos, como en las demás materias que se trataban en el Concilio, cayó en una gran debilidad, acompañada de continuos vómitos. No es ponderable cuánto sintió el Papa, y cuánto afligió á todos los Padres la enfermedad del Cardenal, á quien todos veneraban como el oráculo

del Concilio; pero queria el Señor premiar sus trabajos, y coronar sus méritos en medio de aquella augusta asamblea, y así pasó de esta vida á la eterna el dia 14 de julio del año 1274, contando solamente cincuenta y tres de edad.

Lloróle todo el Concilio; y el Papa á la frente de todos los Padres asistió á sus exequias, que se celebraron con extraordinaria pompa en la iglesia de los Franciscos, donde el cardenal de Tarantesio, después papa Inocencio V, predicó la oracion fúnebre. Desde luego manifestó Dios la gloria de su siervo con mucho número de milagros, y no fue el menor el que sucedió ciento sesenta años después de su muerte. El de 1434 edificaron los frailes Menores una nueva iglesia, y se abrió el sepulcro del Santo para trasladar á ella sus reliquias; halláronse consumidas las carnes, pero la cabeza tan entera como el mismo dia de su muerte, con todos sus cabellos, sus dientes, y la lengua tan fresca, los labios tan encarnados y el color del rostro tan perfecto y tan vivo, como si el Santo lo estuviera. Colocáronse los huesos en una urna, y la cabeza en un relicario separado, que hasta hoy es objeto á la veneracion de los fieles; pero habiéndose los Calvinistas apoderado de Leon en el siglo siguiente, quemaron públicamente sus huesos, y arrojaron las cenizas en el Ródano. La santa cabeza se libertó de su furor por la constancia de un religioso de san Francisco, á quien no fue posible obligar á descubrir dónde estaba oculta aquella preciosa reliquia por mas horribles tormentos que le dieron. La ciudad de Bagnarea, patria del Santo, conserva un hueso del brazo, que la enviaron de Leon cuando las reliquias se trasladaron á la nueva iglesia. Canonizóle solemnemente el papa Sixto IV, y Sixto V mandó se rezase su oficio doble, y le colocó en la clase de los doctores de la Iglesia.

La Misa es en honor del Santo, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui populo tuo aeternae salutis beatum Bonaventuram ministrum tribuisti, praesta, quaesumus; ut quem doctorem vitae habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in coelis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que te dignaste darnos por ministro de nuestra eterna salvacion al bienaventurado Buenaventura; concédenos que sea nuestro intercesor en el cielo el que merecimos tener por nuestro doctor en la tierra. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo IV.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est

Carisimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juz-

vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, praedica verbum; insta opportune, importune; argue, obseca, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria concervabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangélistae, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meae instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam reddet mihi Dominus in illa die justus iudex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

gar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oído, y no querrán oír la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangélista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel día, el justo Juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina. Si la triste experiencia de todos los siglos no hubiera verificado esta profecía, ¿la creerian los fieles con mucha facilidad? ¿quién podría imaginar que siendo los hombres tan interesados, no aspirando mas que á su provecho, poniendo tanto cuidado en no ser engañados, y amándose tanto á sí mismos, no pudiesen tolerar la sana doctrina? Pues sin ella todo es error, todo descamino, todo ilusion, todo veneno y todo es lazo. Doctrina sana en los dogmas, y doctrina sana en las costumbres: no hay otro camino para la salvacion; no hay otra segura guia. La fe y la moral de Jesucristo; en esto estriba todo el edificio; la fe nos alumbra, la moral nos instruye; ya se yerre en uno, ya en otro, es igual el peligro: sin luz es preciso descaminarse; con falsas instrucciones no se puede ir derecho. ¿Cuándo se vió pureza de costumbres sin fe? ¿y de qué sirve la fe sin obras? No seguir la doctrina sana en materia de fe, es herejía; no seguirla en materia de costumbres, es impiedad, es disolucion. Buscar doctores que yerren en la fe, es quererse perder; buscarlos anchos, indulgentes y relajados, es, por decirlo así, cerrar la puerta á la esperanza de la enmienda. La menor sospecha que se tenga de un doctor en materia de fe, basta para que visiblemente ponga á riesgo su salva-

cion el que le consulta y le toma por director. Si este altera la doctrina del Evangelio, ¿se arriesga poco en escogerle por guía y por médico espiritual? Cuando se trata no menos que de la salvacion eterna, ¿quién dirá que están de sobra las mayores precauciones? La sana doctrina es la única que puede conducir seguramente al puerto de la salvacion, ella sola alumbra el entendimiento, mueve el corazon, disipa el error, y doma las pasiones. Sin ella, ¿quién se libra del naufragio? Cuando el piloto pierde de vista la estrella, no es posible navegar mucho tiempo en un mar alborotado sin perecer. Si el médico lisonjea á la enfermedad, si los remedios no son adecuados, si el régimen es contrario á la salud, ¿en qué ha de parar el enfermo? Desengañémonos, la sana doctrina, que es la de Jesucristo y es la del Evangelio, es la única doctrina de la salvacion. Pues ¿cómo es posible disgustarse de ella? No se la puede sufrir porque doma el orgullo, porque mortifica los sentidos, porque refrena las pasiones, porque es contraria al amor propio. Y ¿en qué viene á parar el no seguirla? Los herejes y los libertinos no la siguen: pues los que siguieron la misma doctrina que ellos, tendrán tambien el mismo paradero.

El Evangelio es del capítulo v de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terrae. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in coelis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat coelum et terra, jota unum, aut unus apex non praeteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno coelorum; qui autem fecerit et

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños man-

docuerit, hic magnus vocabitur in regno coelorum.

damientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

De los consuelos de la vida perfecta.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la vida perfecta es la de una alma verdaderamente cristiana, que ama á Dios sin excepcion y sin reserva, que todo su deseo es agradarle, ocupada enteramente en darle gusto, y en mirar con horror cuanto le puede ofender. ¿Dónde hay vida mas dulce, mas tranquila, mas feliz?

No tiene la perfeccion cristiana ni los rigores, ni las molestias, ni las dificultades que se imaginan; pide necesariamente entregarse á Dios con toda el alma; y á quien se entrega á Dios con toda el alma, todo le es muy fácil. Los que son enteramente de Dios, sin repartirse con otros, siempre están contentos; porque solo quieren lo que Dios quiere, y tienen gusto en hacer por él todo lo que quiere. Pues como Dios no puede querer sino lo mejor, lo que nos es mas útil y mas conveniente, estas generosas almas, estas almas santas, al mismo tiempo que se despojan de todo por amor de Dios, encuentran el cien doblado en el mismo generoso despojo. La paz de la conciencia, la libertad del corazon, el consuelo de abandonarse en las manos de Dios, la alegría de verse cada dia iluminados con nuevas luces, y en fin, aquel desembarazo de los temores y de los deseos tiránicos del siglo, forman aquel cien doblado de felicidad que los verdaderos hijos de Dios gozan en medio de los trabajos con tal que sean fieles. Padecen, no lo niego; pero desean padecer, y no trocarán sus penas por todos los falsos gustos del mundo. Afligen, atormentan á sus cuerpos los mas crueles dolores: es así; pero su voluntad firme y tranquila encuentra en ellos los mayores consuelos. Los mundanos, los dichosos del siglo, solo pueden gozar una alegría pasajera, y aun esa muy superficial. Un poco de reflexion basta para cubrir de amargura el corazon mas alegre; pero la perfeccion cristiana está á cubierto de todos estos insultos: la alegría que ocasiona es pura, constante y sólida; léjos de turbar la reflexion, la aumenta y la confirma. Pondérense cuanto se quisiere los gustos del mundo; ni uno solo se encontró jamás que satisfaciese el alma. Esos gustos y esas alegrías son efectos de algunas pasiones, y no pueden ser otra cosa. Pues

¿cuándo hubo pasión moderada y amiga de nuestra quietud? Son nuestras pasiones el funesto manantial de nuestros cuidados y de nuestros desasosiegos, y á ellas solo se reducen todas las alegrías mundanas. Los felices sucesos de la ambición, del interés, del amor á la diversion, los frutos de la venganza ó de la emulacion, á eso se reduce la felicidad que causan las complacencias del mundo. ¡Ah buen Dios, y qué complacencias!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que Dios nos pide una voluntad entera; esto es, que no esté repartida entre él y alguna criatura; una voluntad dócil y manejable, puesta enteramente en sus manos, que solo desee lo que Dios desea, y solo aborrezca lo que él aborrece; una voluntad que quiera sin reserva todo cuanto quiere, y por ningun caso, ni por algun pretexto haga jamás cosa que no quiera. A quien está en esta dichosa disposicion todo le aprovecha; y hasta aquellas inocentes diversiones, que de cuando en cuando toma para recrear el ánimo, se convierten en obras meritorias. ¡Dichoso aquel que se entrega del todo á Dios! Libre de sus pasiones, superior á los juicios de los hombres, á su malignidad, á la tiranía de sus máximas, á sus frias y miserables zumbas, á las desgracias que el mundo atribuye á la fortuna, á la infidelidad y á la inconstancia de los amigos, á los artificios y lazos de los enemigos, se ve como exento de su propia flaqueza, de la miseria de la vida, de los horrores de una mala muerte, de los crueles remordimientos que acompañan á los gustos prohibidos; y en fin, de la eterna condenacion del supremo Juez, de la reprobacion eterna, que es la desdicha de todas las desdichas. Un cristiano perfecto se halla libre de esta innumerable multitud de males. Puesta su voluntad en las manos de Dios, solo desea lo que el Señor quiere; hallando su mayor consuelo, guiado de la fe, y fortalecido con la esperanza, en medio de las mayores tribulaciones. Pues ¿no seria una lastimosa flaqueza, una indigna cobardía temer entregarse todo á Dios, y empeñarse demasiado en un estado tan apetecible? Pídenos Dios nuestra voluntad; ¿y acaso nos pide demasiado en esto? ¿Para qué nos la pide sino para hacernos dichosos aun en esta vida? Pídenos todo nuestro corazon; porque siendo Dios no podia contentarse con que se lo diésemos á medias; ni le daríamos mucho, aunque se lo diéramos todo. No puede haber mayor locura que temer darse demasiadamente á Dios; es lo mismo que temer ser demasiadamente dichosos. En medio de eso, esto es puntualmente lo que temen tantos que presumen de devotos; tantos

que sirven y aman á Dios con infinitos conques, con mil delicadas reservas; tantas personas tibias, flojas y descuidadas en el servicio de Dios.

¡Amable Salvador mio, y cuánta razon tengo para avergonzarme á vista de mi cobardía y de mis pasadas tibiezas! Es cierto, Señor, que he gustado muy poco aquellas delicias, aquellos celestiales consuelos que reservais para vuestros favorecidos: porque tambien os he amado muy poco, y os he servido con mucha flojedad. Aquí teneis, Señor, todo mi corazon, y con él os entrego tambien todo mi espíritu, toda mi voluntad, todo cuanto soy; y os lo entrego sin dilacion y sin reserva, no queriendo ser ni vivir sino para Vós solo.

JACULATORIAS. — ¡Ó Señor, y qué de consuelos teneis reservados á los que os temen, os aman y os sirven! (*Psalms. xxx*).

Mil veces son dichosos y bienaventurados aun en esta vida los que guardan la ley santa de Dios. (*Psalms. cxviii*).

PROPÓSITOS.

1 Por mas que todos los Santos nos aseguren que no hay en la tierra consuelos iguales á los que gustan los verdaderos siervos de Dios; por mas que el mismo Jesucristo nos proteste que la paz del corazon, la tranquilidad del espíritu, la alegría y los consuelos interiores se reservan para los que le sirven con fervor; no hay forma de creer lo que no se experimenta. ¿De dónde nacerá tanta incredulidad en un punto en que parece interesáramos mucho en ser mas dóciles? Yo lo diré; no se quiere creer que sea tan dulce la vida perfecta, porque no se quiere practicar lo que es necesario para lograrla; como si el error pudiera excusar la cobardía. Corrige esa falsa idea, y resuélvete desde luego á hacer la experiencia de las dulzuras que gustan en el servicio de Dios las almas fieles; comienza á cumplir con puntualidad las obligaciones de tu estado; forma una eficaz resolucion de no negar á Dios cosa que te pida; sírvele desde este mismo punto con nuevo fervor; preséntate en la iglesia con nuevo respeto; reza y haz oracion con nueva piedad; pasa este dia de manera que la conciencia no te acuse ni de cobardía, ni de infidelidad, ni de negligencia en el servicio de Dios, y gustarás cuán dulce es el Señor.

2 Toma hoy un cuarto de hora de tiempo para pedirte cuenta, y de rodillas ó sentado, examina ciertos descuidos, ciertas faltillas de fidelidad, ciertos pequeños sacrificios que ha tanto tiempo te está pi-

diendo Dios, y tambien ha tantos años que tú le niegas. Basta un menudo recuerdo de estos hechos para cubrirnos de confusion. y para justificar el rigor con que alguna vez nos ha tratado la divina Providencia. Perdonaste una injuria, un desaire que te hicieron; no desaste mal alguno á quien te le hizo; pero no tienes valor para hacer á esa persona una visita, ni para concurrir á donde ella concurre, no obstante de que lo requería así la atencion ó la necesidad. Esto te pedia Dios, y esto le negaste. Tienes horror á ciertos vicios groseros; los raptos de cólera te parecen indignos, no solo de un cristiano, sino de un hombre de bien; pero muchas veces estás de mal humor con la familia, y tus criados y tus hijos experimentan con frecuencia los amargos efectos de ese mal humor. Esto te pedia Dios, y esto le negaste. No gustas vestirme inmodesta ni provocativamente; pero te agradan mucho mil invenciones de la vanidad, cien cachivaches de la moda, á cual mas costosos, á cual mas superfluos, y á cual menos cristianos. Este sacrificio te pedia Dios, y tú no lo quisiste hacer. Guardas tus votos religiosos, y observas exactamente ciertas reglas; pero no cumples con otras fáciles y menos considerables. La observancia de estas te pedia tambien Dios, y no has querido concedérsela. Tu vida es unida, devota, arreglada, ejemplar; pero al cabo del dia te estaba pidiendo Dios algunas mortificacioncillas. Suprimir un dicho agudo, mortificar una curiosidad, bajar el tono de la voz, guardar modestia en tal ocasion; estos sacrificios son bien pequeños, y tú los harías por un corto interés, por servir á un amigo, por complacer á una persona, etc. Pidióte los Dios, y no los quisiste hacer por él. Estos hechos te deben avergonzar; tu conciencia te acusa de ellos; y después te quejas de la sequedad, y de que la gracia no allane las dificultades que experimentas en el servicio de Dios! *Date, et dabitur vobis*: Da á Dios esas cortas señales de fidelidad, y Dios te concederá aquellos abundantes consuelos interiores que hacen tan suave su yugo y su carga tan ligera.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

SAN ENRIQUE I, emperador, en Bamberg; el cual guardó perpetua virginidad con su mujer Cunegunda, é indujo á san Esteban, rey de Hungría, con casi todo su reino, á que abrazase la fe católica. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES EUTROPIO, ZOSIMA Y BONOSA, hermanas, en Porto.

SAN CATULINO, diácono, en Cartago; en cuya alabanza predicó san Agustín al pueblo.

LOS SANTOS MÁRTIRES GENARO, FLORENCIO, JULIA Y JUSTA, cuyos cuerpos fueron colocados en la basílica de Fausto.

LOS SANTOS MÁRTIRES FELIPE, ZENON, NARCEO Y DIEZ NIÑOS, en Alejandría.

SAN ABUEDEMIO, mártir, en la isla de Tenedo, el que padeció en tiempo de Diocleciano.

SAN ANTIOCO, médico, en Sebaste, degollado en tiempo del presidente Adriano; y habiendo manado leche de su cabeza en vez de sangre, se convirtió á Jesucristo el verdugo llamado CIRIACO, y padeció tambien martirio.

SAN FÉLIX, obispo y mártir, en Pavia.

LA GLORIOSA MUERTE DE SAN JAIME, obispo de Nisibe, en la misma ciudad; varon de admirable santidad, esclarecido por su saber y milagros, uno de los que confesaron á Jesucristo en la persecucion de Galerio Maximiano, y de los que en el concilio Niceno condenaron la blasfemia de Arrio, que negaba la consustancialidad del Hijo de Dios; por las oraciones de este Santo y por las del obispo Alejandro llevó el hereje Arrio el castigo debido á su iniquidad, echando del vientre las entrañas en Constantinopla.

SAN ATANASIO, obispo de Nápoles, en la misma ciudad; el cual fue perseguido y echado de su iglesia por su malvado sobrino Sergio; y finalmente acabado con tantos trabajos, en Veroli voló al Señor en tiempo de Carlos Calvo.

EL HALLAZGO DEL CUERPO DE SANTA ROSALÍA, virgen, en Palermo, en tiempo del papa Urbano VIII; la cual libró de la peste á Sicilia el año del jubileo.

SAN ENRIQUE I, EMPERADOR.

San Enrique, por sobrenombre el *Piadoso*, y el *Cojo*, nació en el castillo de Abaudia, sobre el Danubio, el año de 972, siendo su padre Enrique, duque de Baviera, y su madre Gisela, hija de Conrado, rey de Borgoña. Administróle el santo Bautismo Wolfango, obispo de Ratisbona, quien sintiendo dentro de su corazon ciertos secretos anuncios de la futura santidad del tierno Príncipe, quiso encargarse de su educacion, y le crió con el mayor cuidado, inspirándole los mas puros principios de la virtud cristiana. Imprimióle tanto horror al vicio, que las costumbres del niño Enrique no podian ser mas inocentes. Contribuian mucho á la eficacia de las saludables instrucciones del santo Prelado el bello natural del Príncipe, su corazon recto y compasivo, su ingenio tan pronto como dócil, su aire apacible, pero al mismo tiempo majestuoso, y unos modales nobles, naturalmente gratos, desembarazados y atentos. Previendo san Wolfango los grandes bienes que prometian á la Iglesia y al Estado las virtuosas inclinaciones y los elevados talentos de su discípulo, no perdonó medio ni diligencia alguna para formar en él un gran santo y un gran príncipe.

Logróse felizmente su trabajo. Aprovechóse Enrique admirablemente de las lecciones que oía á tan hábil como experimentado maestro, y en pocos años hizo asombrosos progresos en el difícil arte de obedecer á Dios, y mandar á los hombres. Muerto Wolfango, no por eso se desvió un punto el Príncipe de aquel método de vida que habia entablado por su consejo; y creciendo con los años la virtud, era ya el príncipe de Baviera la admiracion de todas las cortes, cuando la muerte le llevó á su querido maestro. Sintió y lloró esta pérdida como era justo; y para consolar su dolor, todos los dias pasaba muchas horas de oracion sobre su sepultura, regándola siempre con tier-nas y dulces lágrimas.

Dormia una noche el Príncipe en su cuarto, y soñó que estaba sobre la sepultura de san Wolfango, pareciéndole que veia al mismo Santo, y que con el dedo le mostraba un letrero escrito en la pared, mandándole que le leyese; pero que él por mas que se esforzaba á leerle todo, no pudo pasar de estas dos palabras: *post sex*, después de seis. Habiendo despertado comenzó á discurrir qué podria significar aquel misterioso sueño; y concluyó, que sin duda se le daba á entender habia de morir dentro de seis dias, con cuyo pensamiento solo se empleó en disponerse para la muerte, añadiendo á sus devociones muchas limosnas, y grandes penitencias á los sacramentos de la Confesion y de la Eucaristía. Hallábase pronto su rendido corazon cuando se pasaron los seis dias; y no experimentando novedad en su salud, juzgó que se habia equivocado, entendiendo por seis dias los que eran seis meses: y rindiendo al Señor muchas gracias, porque le concedia mas tiempo para disponerse á morir, pasó aquellos seis meses en oraciones, en penitencias y en buenas obras. Al cabo de los seis meses, como vió que tampoco se moria, creyó que aun no estaba en sazón para presentarse á los ojos de Dios, y que su misericordia le concedia todavía otros seis años de vida. Aprovechóse de la ocasion, y persuadido á que estaba muy próxima su postrera hora, negociaba con todo para el cielo. Desprendido de todo lo terreno, únicamente suspiraba por su Amado; y encendido en amor de Jesucristo y en una tierna devocion á la santísima Virgen, pasaba los dias y las noches al pié de los altares, de donde no se arrancaba sino para ejercitarse en otras buenas obras. Así iba el Señor disponiendo aquella grande alma para preservarla del veneno de las grandezas humanas, en medio de las cuales su amorosa providencia habia determinado hacerle santo. Con efecto pasado el término de los seis años, y habiendo muerto Oton III, fue Enrique electo empera-

dor, y consagrado rey de Germania por Wigilliso, arzobispo de Maguncia; y no se puede explicar el gozo de toda Alemania con la noticia de tan santo Rey, siendo universal el aplauso de la eleccion.

Ya habia algunos años que Enrique estaba casado con santa Cunegunda, hija de Sigefredo, primer conde de Luxembourg; pero como eran tan parecidas las costumbres, habia unido la virtud aquellos dos corazones con un vínculo tan puro, como eran castas las almas; y desde el primer dia de la boda mutuamente habian convenido, por un heroismo de virtud tan rara como magnánima, que vivirían y se amarian como hermano y como hermana.

Fue ungido y consagrado rey el dia 7 de junio del año de 1002, y el 10 de agosto del mismo año dispuso que fuese coronada la Reina. La nueva dignidad en nada inmutó el ejemplar método de vida que observaba el santo Rey: solo añadió nuevo esplendor á su virtud, sirviendo su elevacion únicamente á la mayor exaltacion de la Iglesia, y su poder al mayor triunfo de la Religion. Impúsose desde luego por la primera de sus obligaciones el sacrificar su descanso á la felicidad de sus pueblos, haciendo suyos propios los intereses de sus vasallos. Dedicó su primer desvelo á que la justicia reinase en sus Estados, y á corregir los desórdenes que turbaban la quietud pública, y desconcertaban la disciplina de la Iglesia. Irritó á muchos principes alemanes el celo del virtuoso Monarca. Al descontento se siguió la rebelion; pero la moderacion y la prudencia de Enrique la sofocaron en su mismo nacimiento. Redujo los rebeldes á su deber, y se aprovechó admirablemente de la paz para hacer que floreciese en Alemania la Religion. Enriqueció muchas iglesias con grandes dádivas de su piadosa liberalidad, y reparó las de Hildesheim, Magdebourg, Sirasbourg y Meersbourg, casi del todo arruinadas por la barbaridad de los esclavones. Apoderáronse estos bárbaros de la Polonia y de la Bohemia; juntó Enrique sus tropas, y marchó contra aquellos enemigos de la Iglesia y del Estado. Presto experimentó las ventajas que lleva el que combate por la causa de Dios. Conociendo que seria forzoso venir á las manos, fue su primera diligencia poner su persona y su ejército bajo la proteccion de los santos patronos del país, singularmente de san Adrian, cuya espada fué á tomar en Wasbech, donde se conservaba como preciosa reliquia. La vispera de la batalla mandó que todos los soldados comulgasen, dándoles él mismo ejemplo; y el dia siguiente, habiéndose avanzado los enemigos con una constancia fiera y arrogante, el Rey, que era uno de los mayores capitanes de su tiempo, ordenó su ejército en batalla. No le acobardó

el número de los bárbaros, aunque doblaba el de los alemanes; y habiendo corrido personalmente las líneas, lleno de confianza en la proteccion del cielo, animó á los soldados á combatir, mas por los intereses de la Religion, que por los de la patria. Ya se iba á dar la señal de acometer, cuando se notó un grande movimiento en el ejército del enemigo; era un terror pánico que se habia apoderado del corazon de aquellos bárbaros: cada uno de ellos pensaba no mas que en escapar como podia, y queriendo los oficiales detenerlos, volvieron las armas contra ellos; de manera, que por un prodigio nunca oido, aquel formidable ejército se deshizo por sí mismo, sin que el de Enrique hubiese sacado la espada. Reconociendo el religioso Príncipe la mano visible del Señor, levantó los ojos al cielo, y exclamó: *Glorifiquente, ó gran Dios, todas las naciones, porque protegiste á los que confiaban en ti.* Repitió todo el campo muchas veces las mismas palabras, y resonaban en el aire las gracias y las aclamaciones.

Con esta gran victoria se vieron precisados los esclavones á pedir la paz, y Enrique se la concedió con las condiciones de que la Polonia, la Bohemia y la Moravia serian sus tributarias. Después cumplió con real magnificencia el voto que habia hecho de reedificar la iglesia y obispado de Meersbourg; fundó el de Bamberg; y á este efecto, como al de restablecer la disciplina eclesiástica en Alemania, juntó los prelados en Francfort, en cuya ocasion el religioso Príncipe dió el mas esclarecido ejemplo de su profunda humildad y de su respetuosa veneracion al sacerdocio; porque habiendo entrado donde estaban congregados los obispos, se postró delante de todos, manteniéndose en esta humilde postura hasta que el arzobispo de Maguncia le obligó, en nombre de toda la congregacion, á que se levantase; y tomándole por la mano, le condujo al trono que se le habia prevenido en la sala. Arregladas en la junta todas las cosas, y deseando Enrique dejar mas cimentada en Bamberg la piedad, fundó dos monasterios, uno de canónigos regulares de san Agustin, y otro de monjes Benedictinos, después de lo cual dispuso la jornada de Italia.

Habíanse levantado los longobardos, conmovidos por los artificios de cierto señor, llamado Arduino, que se puso á la frente de ellos; marchó Enrique contra los rebeldes, y los deshizo enteramente. Coronado en Pavía rey de Lombardía, dió prontamente la vuelta á Alemania para sosegar las inquietudes que habian suscitado algunos malcontentos; conseguido esto, volvió con aceleracion á Italia, donde acabó de reprimir los nuevos esfuerzos de los longobardos, cediendo

todo á su valor, á su justicia y á su derecha intencion. Tantas victorias consiguió su clemencia como su magnanimidad. Maltrataron á algunos oficiales suyos los vecinos de Troya, corta ciudad de la Calabria, y resolvió castigarlos severamente para que sirviese de escarmiento. Conociendo los delincuentes la piedad del Príncipe, juntaron todos los niños, y se los pusieron delante, derramando aquellos inocentes muchas lágrimas, é implorando su clemencia. Enternecióse el Emperador, y los perdonó, diciendo, que unas lágrimas capaces de desarmar la cólera de Dios, no podian menos de aplacar la suya.

Aun mas que los propios intereses animaba á Enrique el celo de procurar la paz á la Iglesia. Esto le obligó á empeñar toda su autoridad y todo su poder en exterminar las divisiones que ocasionaba en Roma el antipapa Gregorio, que después de la muerte de Sergio IV disputaba el pontificado al legítimo papa Benedicto VIII. El religioso Príncipe extinguió el cisma, y pasando á Roma con su esposa santa Cunegunda, fue recibido en aquella ciudad como gloria y modelo de emperadores cristianos, y como el mas celoso defensor de la Iglesia. Coronóle por emperador de romanos el papa Benedicto, y en la misma ceremonia fue coronada santa Cunegunda por emperatriz. Presentó el papa al Emperador un globo de oro, sembrado de piedras preciosas, de cuyo centro se elevaba una cruz, simbolo todo de su imperial autoridad; pero el piadoso Príncipe se la consagró á Dios, dando su corona al monasterio de Cluni, de que era abad san Odilon ¹.

Pacificadas las cosas de Italia, y colmado Enrique de gloria, se restituyó á Alemania, donde sosegadas tambien del todo las anteriores turbaciones, se aplicó enteramente á ser cada dia mas perfecto, y á hacer mas y mas felices á sus pueblos. Perdió del todo el gusto á los bienes criados por el de las cosas celestiales, y aun tuvo pensamiento de renunciar el cetro y dignidad imperial, y pasar el resto de sus dias en algun religioso retiro; pero se le hizo conocer que en solo un dia haria mas bien desde el trono donde le habia elevado la divina Providencia, que podria hacer en muchos años reduciéndose á vida particular y retirada.

La estancia en Alemania, y la paz que disfrutaba, le dejaron en plena libertad para satisfacer su devocion. Nunca resplandeció mas

¹ En esta ocasion dió san Enrique las mayores pruebas de su devocion á la Santa Sede, confirmándola por un amplio diploma las donaciones hechas por varios emperadores anteriores, especialmente de la soberanía de Roma y del exarcado de Ravena.

la elevacion de su virtud, ni el fervor que le animaba le permitia omitir obra alguna buena en que se pudiese ejercitar. El tiempo que no dedicaba á los negocios del Estado le empleaba en visitar los pobres en los hospitales, en ajustar las diferencias de sus vasallos, y en el ejercicio de la oracion. La Emperatriz por su parte trabajaba cuanto podia en igualar la piedad de su querido esposo, cuando rabioso el demonio por ver tan raros como grandes ejemplos en la corte, puso en movimiento todos sus artificios para turbar la tranquilidad de aquellas dos grandes almas, y para oscurecer su virtud.

Algunos hombres malignos se esforzaron á introducir sospechas en el corazon del Emperador contra la fidelidad y contra la pureza de su castisima esposa. Lograron sorprender algo su piedad, cuando el cielo tomó de su cuenta la defensa de la santa Emperatriz, haciendo tan visible su inocencia, que quedó confundida la calumnia. Condenó Enrique su excesiva credulidad; y pidiendo perdon á la Princesa, sirvió este lance para estrechar mas el nudo del casto amor que unia á los dos santos esposos.

De la misma manera consiguieron preocuparle contra san Heriberto, obispo de Colonia; pero reconociendo muy en breve la virtud del santo Prelado, el mismo Emperador pasó personalmente á echarse á sus piés, y á pedirle perdon de su facilidad; la que solo sirvió para que dejase al mundo este ejemplo mas de una humildad verdaderamente heroica. No lo fue menos el que dió de su paciencia en los disgustos con que le mortificó su hermano Bruno, obispo de Ausbourg. Sufocados en este Prelado todos los impulsos naturales de la sangre, y todas las obligaciones de la Religion y del Estado, concibió un odio mortal contra el santo Emperador. Todo su estudio era darle que sentir y desazonarle, ya llamando contra él las armas de los extranjeros, ya soplando el fuego de la rebellion entre sus mismos vasallos. Todo lo sufria y lo disimulaba Enrique sin exhalar una queja. Cuanto mas desacertada era la conducta del indigno hermano, mayor era la ternura con que le amaba el santo Emperador, para quien no habia mayor satisfaccion que ofrecérsele ocasion de hacerle algun beneficio. Pero insensible Bruno á todas las pruebas de su amor y su heroica virtud, fue siempre el azote del pacientisimo Monarca, cuya santidad quiso purificar y ejercitar el Señor por la ingrata dureza de su hermano; ni Bruno se convirtió hasta que Enrique murió.

No se estrechó su religioso celo dentro de los vastos límites de su dilatado imperio; y animado de el, emprendió la conversion de Es-

teban, rey de Hungría. Con este fin, y teniendo presente la sentencia del Apóstol, de que *la mujer fiel santifica al marido infiel*, le dió por esposa á su hermana la princesa Gisela, enviando en su compañía excelentes operarios para plantar la fe en aquellas regiones. Convirtiósese Esteban, y trabajó con tanto espíritu en ganar para Jesucristo á todos sus vasallos, que con razon se puede decir del reino de Hungría, que tuvo por apóstoles á un rey y á un emperador.

Inquietos siempre los lombardos, y no menos revoltosos los normandos y los griegos, turbaban la paz de la Iglesia, y desolaban los pueblos de Italia. Marchó Enrique contra todos ellos; domó para siempre á los primeros; disipó las fuerzas de griegos y de normandos; apoderósese de las ciudades de Benevento, Troya, Nápoles, Capua y Salerno; restituyó á la Iglesia todo lo que le habian usurpado; hizo reflorar la Religion en todas partes, y tomó el camino de Roma. Ni las marchas, ni el mando de un numeroso ejército fueron bastantes para que jamás se dispensase en sus acostumbradas penitencias, ni para que omitiese alguna de sus diarias devociones. Ayunaba muchos dias de la semana, comulgaba los dias señalados, y nunca dejaba de cumplir con todos sus ejercicios espirituales. Pasó por Monte-Casino para satisfacer la particular devocion que profesaba al patriarca san Benito, y el Santo se la premió prontamente, porque sintiéndose atormentado cruelmente de la piedra, logró repentina y milagrosa curacion por su intercesion poderosa.

Al retirarse de Italia, tuvo aquella célebre entrevista sobre el rio Mosa con Roberto, rey de Francia, uno de los mas virtuosos principes de aquel siglo; donde animados ambos del mismo espíritu y del mismo celo por la Religion, concertaron las mas prudentes y las mas seguras medidas para el mayor bien de la Iglesia y del Estado. Allí fue donde habiéndose ajustado antes el ceremonial entre los dos Principes, en fuerza del cual cada uno habia de partir al mismo tiempo en su chalupa, navegando hasta la mitad del rio, á distancia igual de las dos orillas; pareciéndole á Enrique debia despreciar aquella escrupulosa etiqueta con un principe cuya virtud honraba sobremanera; no obstante las convenciones, al romper el dia partió de su campo, acompañado de algunos señores de su corte, y paso el rio. buscando al Rey en el lugar donde tenia su alojamiento.

Visitó después el santo Emperador la mayor parte de las provincias de su imperio, y habiendo dado acertadas providencias para que en todas ellas floreciese la Religion, la justicia y el buen orden; hallándose en el castillo de Grona, cerca de Halberstad, le acometió

una grave enfermedad, y desde luego conoció que se acercaba su dichoso fin. Dispúsose para él con nuevos esfuerzos de fervor. Mandó llamar á la emperatriz Cunegunda, y á presencia de todos los señores y prelados que á la sazón se hallaban en la corte, la repitió nueva y pública satisfaccion de la injusta sospecha que habia tenido contra su fidelidad en aquel tiempo en que la calumnia se atrevió á su pureza; declarando la dejaba tan intacta y tan vírgen como habia entrado en su poder. Conocióse entonces que Dios habia permitido aquella tempestad para manifestar al mundo cristiano la heroica virtud de los dos castos esposos, cuya humildad sin duda supo ocultar al público hasta aquel dia tan raro como heroico ejemplo de pureza, siendo cierto que nunca coronó la diadema dos sienes mas humildes. Duró casi un mes la enfermedad, en cuyo discurso dió el santo Príncipe las mas relevantes pruebas de su eminente virtud; y habiendo recibido con el mas devoto fervor los santos Sacramentos, lleno de confianza en la misericordia del Salvador, y de una tierna devocion á la santísima Virgen, espiró tranquilamente la noche del dia 14 de julio del año 1024, á los cincuenta y dos de su edad, veinte y dos del reino de Alemania, y á los diez después de coronado emperador. Los muchos milagros que desde luego obró el Señor en su sepulcro atrajeron á venerarle el concurso de los pueblos; y autentizadas estas maravillas, como tambien la heroicidad de sus virtudes, le canonizó el papa Eugenio III en el año de 1152, habiendo precedido las formalidades acostumbradas.

En el año de 1291 D. Jaime, rey de Mallorca, señor de Montpeller, conde de Rosellon y Cerdaña (como consta del auto de la dotacion del convento de Predicadores de Puigcerdá en Cataluña) dió á Fr. Bernardo Guillermo, prior del mismo convento, las cabezas de Santiago el menor y de san Enrique. Algunos han querido suponer que la cabeza de san Enrique es la de otro san Enrique, rey de Francia; suposicion destituida de todo fundamento, porque segun las historias de los reyes Enriques franceses, todos están muy léjos de ser santos, hablando de los que son ya canonizados, ó merecen serlo.

SAN CAMILO DE LELIS, FUNDADOR.

En todas sus operaciones es admirable la divina Providencia, y adorable aquel acertado orden, aunque escondido, con que dirige todas las cosas, de manera que sirvan ciertamente á la consecucion de sus eternos designios. Pero singularmente se hace ver este carác-

ter en la sabia disposicion que hace de todas las causas naturales, dirigiendo unas por su mano, y permitiendo la cooperacion de otras en orden á mantener la hermosa ciudad santa de la Iglesia, proveyéndola de tiempo en tiempo de varones eminentes en santidad que acrecienten de un modo nuevo su belleza. Vese esto claramente en la portentosa vida y proyectos admirables del bienaventurado san Camilo de Lelis.

Nació este Santo en la villa de Voquianico, del reino de Nápoles, á 25 de mayo del año de 1550. Sus padres Juan de Lelis y Camila Compelio, aunque ilustres en linaje, no eran abundantes de bienes de fortuna, pues esta les negó en la carrera de las armas que seguia Juan los premios debidos, sin embargo de que no le habia escaseado los trabajos. La concepcion de nuestro Santo fue ciertamente maravillosa, pues su madre tenia ya cerca de sesenta años de edad, y tal debilidad en su constitucion, que toda razon humana debia juzgarla estéril. Pocos dias antes de dar á luz á Camilo tuvo un misterioso sueño, que su temor y debilidad interpretaron siniestramente, presagiando en el fruto de sus entrañas miserias y delitos. Parecióla que el niño que paria tenia una cruz en el pecho, y que le seguian otros muchos niños con unas cruces semejantes, lo cual hizo concebir que su hijo seria capitan de bandoleros. Pensamiento errado, que solo podia caber en una imaginacion debilitada con la flaqueza, puesto que las gentes abandonadas á la corrupcion de su corazon, siempre alejan de sí las señales de piedad, y principalmente la superior de todas ellas, que es la cruz sacrosanta. Al tiempo del parto, viéndose en peligro de la vida por su dificultad, hizo, por superior inspiracion, que la bajasen al establo, en cuyo humilde lugar dió felizmente á luz á Camilo, disponiendo el cielo que su nacimiento fuese en esto semejante al de muchos Santos, y principalmente al capitan de todos ellos Jesucristo. Con la turbacion y desasosiego que trae consigo la carrera de las armas pudieron sus padres poner muy poca atencion en darle una educacion arreglada y virtuosa; y aunque le pusieron á la escuela, la falta de sujecion y las inclinaciones corrompidas de una naturaleza viciada apenas le permitieron aprender á leer y escribir. Por el contrario, hacia grandes progresos en la relajacion, extendiéndose la corrupcion de su alma á diversiones mas peligrosas que las que suelen entretener los primeros años de la vida. Tenia una pasion decidida al juego de naipes y de dados, y en satisfacerla ponía todo su esmero. En esto empleó mucha parte de su juventud, fomentando las malas compañías de otros jóvenes disipa-

dos los vicios que son anejos á un entero olvido de la ley de Dios, y al entregarse totalmente á los engaños del mundo.

De esta manera llegó Camilo á la edad de diez y nueve años, en la cual, descando su padre cortar los extravíos de su juventud y darle una carrera proporcionada á la nobleza de su sangre, le persuadió á que, en compañía de dos primos suyos, abrazase el estado militar, como lo habian hecho sus ascendientes. La república de Venecia tenia á la sazón guerra contra los turcos; y juzgando que alistándose en sus banderas podrian hacer lucir su valor, y alcanzar grandes honras, marcharon para Ancona, en donde se alistaban las galeras en que debian embarcarse. Pero en esta ciudad enfermaron tan gravemente el padre y el hijo, que no pudieron seguir su proyecto. Determinaron volverse á su pueblo; y habiendo llegado al lugar de San Lupidio le acometió á Juan de Lelis una enfermedad tan aguda, que se conoció bien que era la última de su vida. Recibió los santos Sacramentos con mucha compuncion y lágrimas, y descansó en el Señor, dejando anegado en ellas á su hijo Camilo. Siguió este su viaje, y en la ciudad de Fermo experimentó una de aquellas aldabadas con que la divina misericordia suele llamar al corazon del hombre para apartarle de los caminos de perdicion. Vió casualmente á dos religiosos franciscanos observantes con tal compostura y modestia, y pintadas tan vivamente en su rostro la santidad de sus costumbres, que esta vista le compungió su alma, y le hizo avergonzarse de su vida disipada. Fue esta compuncion en aquel punto tan fervorosa, que determinó arreglar su conducta, y para conseguirlo con mas facilidad hizo allí mismo voto de tomar el hábito de san Francisco. A efecto de cumplirle partió á la ciudad de Aquileya, en donde la oportunidad de ser un tio suyo guardian del convento que allí tienen los religiosos Franciscanos observantes le ofrecia el cumplimiento de sus deseos. Comunicó estos á su tio; le hizo saber asimismo el voto que habia hecho, pidiéndole con ansias que se dignase de darle el hábito. Negóse á ello su tio, creyendo acaso su vocacion pasajera, ó tal vez porque de antemano estaba bien informado de lo estragado de su vida y relajado de sus costumbres. Olvidó por entonces Camilo lo que habia prometido á Dios: asaltaron diferentes deseos á su corazon; pero viendo que una llaga peligrosa que tenia en una pierna amenazaba á su vida, y le hacia inútiles sus proyectos, determinó pasar á Roma para curarse radicalmente. Diéronle en esta ciudad noticias de que en el hospital de Santiago de los incurables era el sitio mas oportuno para su curacion, por estar al cuidado de los mas hábiles

cirujanos de aquella capital del mundo. Hizo sus diligencias para entrar de sirviente en aquel hospital, y habiéndolo conseguido, se puso en cura, que consiguió, aunque no del todo. Como la pasión al juego se había apoderado de su alma desde los tiernos años, había pasado no solamente á costumbre, sino casi también á naturaleza; por esta causa le precipitaba de modo, que desatendia á sus obligaciones, armaba pendencias con los enfermeros, y le hacia inútil en su oficio. Reprendióle diferentes veces el administrador, pero sin fruto, hasta que hallándole una vez una baraja de naipes debajo de la almohada en ocasión que acababan de reprenderle, y él de dar palabra de apartarse del juego, le juzgaron incorregible, y como á tal le echaron del hospital.

Viéndose Camilo sin oficio ni modo con que sustentar su vida, sentó plaza de soldado, y sirvió á la república de Venecia en las guerras contra el turco, y sucesivamente á la corona de España. Vióse en este tiempo en diferentes peligros de perder la vida, sin que ninguno de ellos le despertase del funesto letargo en que le tenían los vicios. Pero hallándose en la isla de Corfú con una enfermedad peligrosa, destituido de todo humano socorro, y sin esperanza de vida, se volvió á Dios, lloró sus culpas, las confesó, y recibiendo el sagrado Viático, recobró la salud con tan soberano alimento. Pasando después á Nápoles, y padeciendo una tormenta en que todos se juzgaban perdidos, renovó el voto que había hecho; pero llegando á esta ciudad, volvió otra vez al juego con tal desenfreno, que perdió cuanto tenía, hasta la camisa que llevaba puesta. Despidieron á los soldados de la armada, y quedó Camilo en estado tan miserable, que en Manfredonia tuvo que pedir limosna para sustentarse. Viéndole joven y capaz del trabajo un noble llamado Antonio Nicastro, le persuadió que se aplicase á él, ofreciendo facilitársele en la obra que á la sazón tenían los Padres Capuchinos. Disuadióle de aceptar semejante ocupación un compañero suyo, acostumbrado como él á la vida vagamunda y holgazana; pero Camilo movido de Dios, que ya con enfermedades, ya con peligros de la vida, y ya con la miseria procuraba atraer á sí á esta oveja descarriada, desamparó á su compañero, y se puso á servir en el convento de los Capuchinos. Diéronle el encargo de acarrear piedra y cal con unos jumentos; y aunque el ejercicio era penoso, no solamente por el trabajo, sino por la bajeza y por las burlas de los muchachos, á que le exponía, le prefirió á una vergonzosa y miserable mendiguez. Ya había llegado el tiempo en que la diestra de Dios, á cuyo poder no hay nada que se

resista, habia determinado em blandecer el corazon de Camilo, y hacer vaso de eleccion al que antes lo habia sido de inmundicia. Valióse para esto del guardian del convento de Capuchinos de la villa de San Juan, á donde le habia enviado con sus jumentos por una carga de vino. Aquel venerable Padre le habló de la justicia divina con tanta uncion y fervor, de la gravedad del pecado y de las penas del infierno, que sus palabras se clavaron en el corazon de Camilo como agudas y penetrantes saetas. Volvia este por el camino rumiando lo que el venerable guardian le habia dicho, y repentinamente se apoderó de su entendimiento una luz tan clara y copiosa, que le hizo ver todos los errores de su vida, y toda la misericordia con que Dios le habia librado de los suplicios eternos. Arrodióse en medio del campo, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, pidiendo á Dios perdon, y ofreciéndole con las mayores veras hacerse inmediatamente capuchino, para lavar con lágrimas de penitencia todas las manchas de su pasada vida.

Esta conversion admirable sucedió por los años de 1575, dia de la Purificacion de Nuestra Señora, y teniendo veinte y cinco años de edad. Apenas volvió á Manfredonia se fué al Padre guardian, y con lágrimas en los ojos le refirió cuanto le habia pasado, pidiéndole por amor de Jesucristo no le retardase el favor de vestirle el hábito de capuchino, para tener el consuelo de haber cumplido á Dios el voto que le habia hecho. No pudo resistirse el guardian ni los demás religiosos á las fervorosas súplicas de Camilo; antes bien estas hicieron tanta impresion en todos ellos, que quisieron que tomase el hábito para sacerdote, á lo que no pudieron reducir al fervoroso alumno de la divina gracia. Hecho religioso, comenzó á manifestar que tanto su conversion como su vocacion á aquel estado habian sido obra de la diestra del Todopoderoso, quien con su gracia procuraba llevarla á la mas alta perfeccion. Gozoso se hallaba Camilo entre los rigores, asperezas, pobreza y penitencia de la religion; pero habiéndosele renovado con el continuo ludir del hábito la llaga peligrosa que tenia en la pierna, ni él pudo continuar en aquel tenor de vida, ni los religiosos pudieron consentirlo, sin embargo de que estimaban sumamente las heroicas virtudes que advertian en él, y con que los tenia edificados. Prometiéronle que le recibirian siempre que sanase de su llaga, y esta promesa suavizó la amargura que produjo en su corazon el no verse contado entre los hijos de san Francisco. Volvió á Roma á buscar su curacion en el mismo hospital en que antes la habia logrado, y al mismo tiempo para enriquecer su alma con

el espiritual tesoro del jubileo del año santo, que estaba publicado entonces. Confesábase Camilo con el glorioso san Felipe Neri, á cuyas instrucciones debía gran parte de su fervor. Con este Santo comunicó su vuelta á los Capuchinos, viéndose ya sano de su llaga, y san Felipe le aconsejó que no volviese, porque se le renovaría, y se verían frustrados sus deseos, como en efecto se verificó. Viéndose el Santo despedido segunda vez de la religion de los Capuchinos, se desvanecieron todos sus escrúpulos, y llegó á convencerse de que Dios queria que le sirviese en otro estado. Volvióse á Roma, buscó á san Felipe Neri, el cual viéndole, le dijo: Ó buen Camilo, ¿no te decia yo que no volvieses á la religion de los Capuchinos, porque no podrias perseverar en ella? Acaricióle mucho el Santo, encargóse de su direccion; y estando vacante entonces el empleo de mayor-domo del hospital de Santiago, Camilo le pretendió y logró, siendo su caridad y demás virtudes los intercesores mas poderosos que movieron á los administradores á conferirle aquel empleo. Portóse el Santo en él con tanto celo, que en breve tiempo el hospital parecia un observante monasterio de perfectos religiosos. Velaba dia y noche sobre la asistencia de los enfermos; él les hacia las camas, los curaba y asistia, prefiriendo entre todos su compasion y ternura á los que padecian enfermedades mas asquerosas. Su ejemplo era el mayor incentivo que obligaba á cumplir con su obligacion á los enfermeros. A los que encontraba descuidados ú omisos los reprendia con dulzura, logrando sus exhortaciones lo que no pudieran los castigos. Pero se afligia su alma viendo que todas sus solicitudes no bastaban para que dejasen de morir muchos sin todos los auxilios espirituales que necesitan los enfermos en las horas postrimeras. Esta falta penetraba su corazon tan vivamente, que pedia á Dios en la oracion se dignase de proveer á este mal con remedios oportunos.

El Señor, que veia la pureza de corazon y santo celo de donde nacian las súplicas de su siervo, determinó favorecer sus santos deseos, inspirándole un proyecto que su poderosa mano llevaria después á ejecucion. Estando el Santo en fervorosa oracion, le vino al pensamiento que la falta de auxilio que los enfermos experimentaban podría remediarse instituyendo una congregacion, cuyos individuos no tuviesen otro objeto que asistir á los enfermos, sin esperanza de mas recompensa que la que tiene Dios prometida á la virtud. Comunicó este pensamiento á nueve sugetos de los que asistian en el hospital, en cuya piedad halló su propuesta todo el buen acogimiento que esperaba. Con tan feliz principio dispuso en el mismo hospital un ora-

torio, en donde se juntaban todos al rezo, á la oracion y á la disciplina, y de donde salian tan encendidos en amor de Dios y del prójimo, que era palpable el gran beneficio que de esta pequeña junta recibian los enfermos. Pero el enemigo comun, contrario siempre á las empresas virtuosas, procuró y consiguió desvanecer esta en sus principios. Por influjo y malas persuasiones de un ministro del hospital, los diputados llegaron á temer que aquella nueva congregacion habia de llegar á levantarse con el gobierno; y después de haber dicho al Santo muchas ásperas razones, ellos por sí mismos deshicieron el oratorio. Afligido Camilo con esta desgracia, se llevó á su aposento un grande y devotísimo Crucifijo, delante del cual oraba; y estando delante de él vertiendo muchas lágrimas por la destruccion de aquella obra caritativa, advirtió que el divino Salvador, desclavando las manos de la cruz, le decia con gran ternura: «¿De qué te afliges, ó pusilánime? sigue la empresa, que yo te ayudaré en «una obra que es toda mia, y no tuya.» Con este maravilloso favor cobró Camilo nuevo esfuerzo, y se resolvió á juntar su congregacion fuera del hospital, con cuyo designio, á pesar de su grande humildad, determinó hacerse sacerdote. No sabia gramática, y le faltaban rentas á cuyo título pudiese ordenarse. Lo primero lo venció su humildad, no desdeñándose de asistir un hombre de treinta y dos años á estudiar la gramática en compañía de los niños; y lo segundo lo venció Dios, moviendo el corazon de un ciudadano romano para que de sus bienes le señalase cóngrua suficiente. Vencidas todas las dificultades, se ordenó de sacerdote en el dia de Pentecostes en el año de 1584.

Viéndose Camilo con todas las disposiciones previas para verificar su intento, renunció el oficio de mayordomo; y los diputados, en premio de sus buenos servicios, le hicieron capellan de la iglesia de Nuestra Señora de los Milagros. En una casa contigua á ella hizo Camilo su residencia con dos compañeros de su mismo espíritu, y comenzaron á echar los fundamentos de aquella grande obra. En aquella casita hacian sus juntas espirituales, rezando las letanias y otras muchas devociones, y ejercitándose en la oracion, animándose mutuamente al mas exacto cumplimiento de su instituto caritativo que habian abrazado. De allí salian encendidos en caridad, la que iban á practicar al hospital del Espíritu Santo, el mas grande y famoso que tiene Roma. En él consumian las mañanas, las tardes, y gran parte de la noche, segun lo exigian las necesidades de los enfermos. Servian á estos con el mayor esmero, haciéndoles las camas, admi-

nistrándoles la comida y limpiándoles las inmundicias. No habia enfermedad, por asquerosa y contagiosa que fuese, que bastase á entibiar el fuego de amor del prójimo que hervia en sus pechos, antes bien esto mismo era el mas poderoso incentivo para atraer su cuidado y servicio. Pero en lo que mas esmero ponian era en instruir á los enfermos en la doctrina cristiana; exhortarlos á sufrir con paciencia las enfermedades, prepararlos para recibir con fruto los santos Sacramentos, y últimamente confortar sus almas con palabras de mucho consuelo y ternura en el trance último de la muerte ¹. Estos caritativos oficios divulgáronse por toda la ciudad, y en breve tiempo tuvo Camilo muchos compañeros, que movidos de superior impulso querian seguir su instituto. Los vecinos de Roma, viendo la gracia particular que aquellos nuevos ministros de los enfermos tenian para asistirlos en la agonía de una manera que tranquilizaban sus almas, los llamaban á sus casas para recibir de ellos el mismo consuelo.

Viendo san Camilo la prosperidad con que conducia Dios sus intentos, y que tenia un número suficiente de compañeros para formar la congregacion proyectada, solicitó del santo padre Sixto V un breve apostólico que aprobase aquella congregacion; y en efecto lo lo-

¹ Entre los muchos abusos y peligrosos males que precavió el celo de Camilo, su atencion á la mas pequeña circunstancia relativa al cuidado de los enfermos le hizo descubrir que en los hospitales se enterraban á muchos vivos. Por esta causa dispuso el Santo que sus religiosos continuasen sus oraciones á las almas agonizantes un cuarto de hora después de haber dado al parecer el último aliento, y que no permitiesen que cubriesen las caras tan pronto como se acostumbra, porque con esta accion suelen sofocarse aquellos que aun no han espirado. Esta precaucion es mucho mas necesaria en los insultos, apoplejías, y todos aquellos accidentes y enfermedades que proceden de obstruccion ó alguna repentina revolucion de humores. Esta observancia de san Camilo ha sido confirmada por muchos ejemplos de personas enterradas vivas, y de otras que han vuelto después de haber al parecer estado muertas mucho tiempo. La experiencia ha demostrado con muchos ejemplos indubitables que, sin que uno esté muerto, puede suceder una entera cesacion de la circulacion de la sangre y de la respiracion por algun tiempo, por una total obstruccion de los movimientos orgánicos de los espiritus y fluidos de todo el cuerpo; cuya obstruccion puede removerse á veces, y restituirse las funciones vitales. Por tanto no debe presumirse que el alma ha dejado al cuerpo en el acto mismo de espirar, sino en el momento en que algun órgano ó parte esencial del cuerpo para la vida ha decaido irreparablemente, ó está enteramente destruida. Ni puede darse una señal evidente de que una persona ha muerto, hasta que aparece algun síntoma indubitable de putrefaccion. Para precaver un accidente funesto, dicen algunos eminentes autores, que no debiera permitirse el entierro de ningun cadáver antes de verificarse prueba de putrefaccion, para que por lo comun asignan por señal cierta el que bajándole la quijada inferior no pueda restituirse á su estado anterior por si misma, porque entonces se perdieron con la corrupcion los espiritus elásticos de los músculos. (*Nota de Ortiz á las Vidas de Santos. escritas por Butler*).

gró, siendo aprobada á 18 de marzo de 1586. Gregorio XIV, satisfecho de los provechosos servicios que esta congregacion hacia al pueblo cristiano, la elevó á estado formal de Religion por bula expedida á 15 de octubre de 1591, eligiendo á Camilo por general perpetuo de la Religion que habia fundado. Viendo el siervo de Dios perfectamente cumplidos sus deseos, aplicó toda su atencion á la propagacion de su Instituto y al cuidado de los enfermos. Son indecibles sus diligencias, sus ansias y trabajos para cuidar de que los hospitales estuviesen bien provistos, servidos y consolados los dolientes. Hizo para este efecto muchos y penosos viajes; extendiéndose su caridad á todo género de necesitados, á quienes socorria con tan copiosas limosnas, que obligó á cooperar á ellas con sus milagros á la divina omnipotencia. Manifestábase en todo un hombre de caridad, haciéndose todo para todos, y deseando hacer sacrificio de su vida en beneficio de sus hermanos. Vióse esto con mas claridad en el año de 1594. en que Dios affligió á Roma con una peste funesta. Este terrible monstruo, acompañado de la hambre, parece que queria desolar aquella ciudad. Todas las casas, principalmente de gente pobre, estaban llenas de contagiados y de miserables, que faltos de todo auxilio rendian la vida, acabados por la necesidad ó por la peste. Los que quedaban libres desatendian el cuidado de los infelices para precaverse del contagio. Por todas partes se veian ó cadáveres ó moribundos. que puestos en el último extremo, faltos de todo auxilio, esperaban la muerte, sin mas consuelo que el verse morir mutuamente padres é hijos sin poderse dar socorro. En esta situacion tan dolorosa fue un remedio universal la caridad de Camilo y de sus hijos, quienes sin reparar en trabajos, incomodidades, ni en el peligro de la vida, acudian á todas partes á asistir á los enfermos. Aplicábanles medicinas. administrábanles el sustento, limpiaban sus asquerosidades, dando del modo posible alivio y consuelo á todos. Sucedió tal vez hallarse casas cerradas, porque todos sus individuos se hallaban enfermos y debilitados de manera, que no tenian fuerzas para levantarse á abrir las puertas. Camilo llevaba escaleras, entraba por las ventanas, y de este modo hacia á aquellos infelices participantes de su caridad. No se contentaba esta con sus servicios personales, sino que persuadía á las personas ricas á que concurriesen con sus limosnas para multiplicar con ellas los socorros, y facilitar el alivio de tantos necesitados. Buscaba gente á su sueldo, y hacia que fuesen por los establos y caballerizas, y por otros lugares en donde estaban los enfermos rodeados de cadáveres y ya casi sin aliento. Hacíalos conducir á los hos-

pitales y á otros lugares oportunos, en donde por sus diligencias, ó recuperaban la salud, ó morian consolados, recibiendo los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

Terrible fue el azote que recibió Roma con esta peste, y sin duda hubiera quedado despoblada si en Camilo y sus hijos no hubiera preparado sabiamente la divina Providencia el remedio á tantas calamidades. No se finalizaron estas con la extincion del contagio, porque de allí á dos años, saliendo el Tiber de madre, causó nuevos estragos, y puso en gran consternacion á todos sus vecinos. Principalmente tocaron los funestos efectos al hospital del Espíritu Santo, á donde llegó la inundacion de las aguas, de manera que ya cási se anegaban los desvalidos enfermos. Apenas llegó á noticia de Camilo este terrible conflicto, cuando voló exhalado al hospital, y entrando por el agua á las piezas inundadas, comenzó á sacar enfermos sobre sus propios hombros, y hasta las camas mismas, perseverando dia y noche en aquel trabajo por espacio de tres dias. Igual beneficio experimentaron las ciudades de Nola y de Milan en tiempo en que la Justicia divina castigaba los pecados de los hombres con una terrible peste. Morian los infelices por las plazas y calles, apartando el recelo de perder la vida, aun á los mas piadosos, de las camas de los enfermos. No sucedió así con Camilo y sus religiosos, quienes apenas tuvieron noticia de aquella calamidad, corrieron presurosos á remediarla, haciendo sacrificio de sus vidas, si fuese menester, en las aras de la caridad. Sucedió así en efecto, porque pegándose el contagio á cinco de sus hijos, lograron una gloriosa muerte por salvar la vida á sus prójimos. Era sensible esta falta á Camilo, porque advertia que cada uno de aquellos primeros compañeros que se le juntaban era un horno de caridad, y un ejemplar vivo de todas las virtudes. Pero como su Instituto era todo obra de Dios, y su objeto el servir y consolar á los prójimos en las mas extremadas miserias, cuidaban de su conservacion y propagacion Dios y los hombres. Por cada uno que moria venian muchos varones piadosos que pretendian abrazar el Instituto, siendo los muertos como los granos de trigo del Evangelio, que multiplicaban prodigiosamente los frutos. De la mayor parte de las ciudades de Italia pretendian que Camilo estableciese un convento, prometiéndole por su parte ayudar á la fábrica, y proporcionar las subsistencias temporales en cambio de los espirituales socorros que habian de recibir. De esta manera se vió este naciente Instituto maravillosamente propagado por toda Italia, en donde se hicieron varias provincias para establecer con mayor facilidad la ob-

servancia regular, el órden y la obediencia. El glorioso Patriarca visitábalas todas por sí mismo, sin que ni lo penoso de los caminos ni la escasez de los medios entibiasen su ardiente celo. Los puntos mas esenciales de sus visitas eran únicamente pertenecientes á la caridad. Si se asistia con esmero á los enfermos; si se les regalaba y consolaba; si se les suministraban todos los auxilios de la Religion para sanar sus almas de la culpa al tiempo que se curaban sus cuerpos; si estos esmeros eran mas activos y diligentes con los mas asquerosos; y últimamente, si en las últimas horas de la vida dulcificaban las amarguras de la agonía con palabras de vida que avivaban en los enfermos la esperanza cristiana: tales eran los capítulos de sus visitas, y lo que llevaba las principales atenciones del caritativo Padre. Sin embargo, no olvidaba por esto los demás puntos de la regla y constituciones, conociendo que muchas veces entra la relajacion en un cuerpo observante por un pequeño resquicio.

Gozoso se hallaba Camilo con el prodigioso aumento que habia tomado su Religion, y con la prosperidad que Dios iba derramando sobre ella; pero al mismo tiempo contristaba su ánimo el verse superior, en cuyo cargo le era indispensable el recibir muchos honores, que su humildad aborrecia, y estar sujeto á un sin número de obligaciones delicadas que su escrupulosa conciencia temia. Por este motivo consideró que aquella obra tan felizmente principiada creceria con mas rapidez puesta en otras manos, y él viviria mas tranquilo, atendiendo únicamente á la santificacion de su alma y al servicio de sus enfermos. Determinó, pues, hacer renuncia del generalato en manos del cardenal protector; y aunque este purpurado interpuso su autoridad y sus razones para que no se verificase la renuncia, todo fue inútil para con un Santo, en quien competian los ardores de la caridad con los abatimientos y humillaciones que solicitaba para su persona. No quiso el protector negar este consuelo al fervoroso y humilde Camilo; y así en el año de 1607 le admitió la renuncia que hizo del generalato, dejándole contentísimo porque ya no tenia que pensar en otra cosa que en prepararse para la muerte, que contemplaba ya muy cercana. No se contentó el siervo de Dios con renunciar la suprema prelacia de su Religion, sino que para ejercitarse mas libremente en todas sus virtudes, renunció igualmente la mas mínima exencion ó privilegio que pudiese corresponderle por haber sido fundador. Reducido de este modo al simple estado de súbdito, igual en todo á cualquier sacerdote profeso, se retiró al hospital de la Anunciata de Nápoles. En este lugar de piedad se entregó enteramente á

los ayunos, á la oracion y á la penitencia, dividiendo entre estos ejercicios y la asistencia de los enfermos toda su alma y todos sus cuidados. Celebróse por entonces capítulo general en Roma, al que no quiso asistir, huyendo de los honores y dignidades con tanta eficacia, como suelen otros poner en pretenderlas. Pero por esto no pudo impedir que el general le diese varias comisiones para visitar los conventos de Génova y Milan, persuadido de que sola su caridad y su presencia podrian arreglar los negocios de aquellas casas. En ellas asistia incesantemente á curar y limpiar los enfermos, entre quienes decia tener todas sus delicias. Muchas noches las pasaba en vela, cuidando mas del beneficio espiritual de los que estaban en agonía, que de recibir su necesario descanso. Hacia continuas representaciones á los administradores de los hospitales solicitando subsistencias para los pobres enfermos; y como conocian el fervoroso celo y caridad de donde nacia sus solicitudes, procuraban contentarle, persuadidos á que en esto mismo hacian la voluntad de Dios. Evacuadas las comisiones que le encargó su general, pasó á Roma, y alcanzó de él licencia para quedarse todas las noches en el hospital del Espiritu Santo, con el designio de asistir en la agonía á los enfermos de mayor peligro.

Este sitio era el que su alma apetecia para darle todo el desahogo que su ardiente caridad necesitaba. Allí entabló un tenor de vida que reunia en sí todas las asperezas de la mayor mortificacion, todas las dulzuras de la vida contemplativa, y todos los ejercicios de la vida activa y oficiosa. En la fiesta de Todos los Santos del año de 1609 comenzó á vivir con este método: Todas las noches después de dar á su cuerpo el breve reposo de cuatro horas de sueño en un aposento del mismo hospital, bajaba al oratorio, en donde pasaba algun tiempo en oracion delante del santísimo Sacramento. Visitaba después todas las camas; y si hallaba alguno que estuviese moribundo, le confesaba y administraba la Eucaristía, asistiendo después á su cabecera, diciéndole palabras de consolacion con que prepararle á la última hora. Administraba la Extremauncion, la Eucaristía ó la Penitencia, segun la necesidad del enfermo, sin abandonarle hasta que moria cristianamente, ó le dejaba con las disposiciones necesarias para ello. Finalizada esta visita se volvia al oratorio, en donde tenia una hora de oracion; pero si habia algun enfermo de peligro, la tenia á la cabecera de su cama. Acabada la oracion volvia á visitar á los enfermos, acomodándoles la ropa, calentándoles los piés, y mudándoles ó enjugándoles las camisas si estaban mojadas del sudor. En tiempo

de verano, en que la sed mortificaba extrañamente á los enfermos, tomaba un jarro de agua fria, é iba de cama en cama humedeciendo los labios, y refrigerando la boca de los miserables enfermos, que recibían con esta caritativa diligencia un consuelo inexplicable. Asistía después á darles alguna conserva, bizcochos ó algun otro confortativo, segun las necesidades respectivas, y para este efecto pedia limosnas, que sus devotos se las daban muy copiosas. Al tiempo de dar las medicinas acompañaba á los enfermeros, animando á los dolientes, quitándoles la repugnancia que tenían en tomarlas con palabras graciosas, dictadas por la caridad. Llegada la hora en que habia de administrar el santísimo Sacramento á los enfermos, se renovaban todos los esfuerzos de este abrasado Serafin. Corria á las camas, preguntaba si tenían que reconciliarse, les exhortaba á dolerse de sus culpas, y á hacer actos de fervorosa contricion. Después de recibido el Viático hacia á los enfermos discursos espirituales, exhortándolos á que diesen gracias á Dios por la misericordia de haber venido á su pecho, y á llevar con paciencia los dolores de la enfermedad. Acabado esto, hacia las camas, y mudaba la ropa á aquellos que veia que tenían mas necesidad, en cuyo ejercicio sufría con gusto un hedor intolerable. Todo lo referido lo hacia hasta poco después de amanecer. A esta hora se retiraba á su aposento, rezaba con quietud el oficio divino, y se curaba aquella penosa llaga que le martirizó todo el discurso de su vida. Preparábase después fervorosamente para decir misa, como si los ejercicios anteriores hubiesen podido distraer su espíritu; decíala con mucha atencion, devocion y lágrimas, aplicándola comunmente por los enfermos que estaban en mayor peligro. Acabadas las gracias se volvía al hospital á la continuacion de sus obras caritativas, hasta que llegaba la hora de comer. Ayudaba á administrar la comida á los enfermos; hacía les las camas á los que tenían mayor necesidad, diciéndoles al mismo tiempo muchas palabras de consolacion con un semblante alegre y festivo, y se volvía á su casa. En ella se divertía en leer algunas horas, hasta que llegada la noche comenzaba sus ejercicios como en el dia precedente.

Mas de tres años permaneció el Santo en este tenor de vida con admirable constancia, hasta que en el de 1612, contemplando el general que su presencia era sumamente útil para avivar en los conventos el fuego de caridad de que estaba abrasado, le mandó que le acompañase en la visita del convento de Nápoles y de otras varias casas. Al año siguiente asistió al capítulo general, en el cual fue elegido el P. Francisco Antonio Nilo por supremo superior de la Orden.

Inmediatamente comenzó este su visita; y no obstante la oposicion que hicieron la humildad y tranquilidad de Camilo para acompañarle en ella, hubo de condescender al fin, animado de los copiosos frutos que el general le prometia. En la santa casa de Loreto dió feliz principio á esta expedicion, diciendo misa, y pidiendo á la Madre de Dios su amparo y favor para el trance de la muerte, que ya presentia. Habiendo visitado las casas de Bolonia, Ferrara, Mantua y Milan, llegó á Génova, en donde sus males y achaques que padecia se le agravaron de modo, que llegó á desconfiarse de su vida. Restablecido algun tanto, hizo que le condujesen á Roma, y al entrar en su casa dijo aquellas palabras del Profeta: *Aquí será mi descanso*. Recibiéronle los religiosos con extraordinaria devocion y regocijo; besáronle la mano como á su padre y patriarca; y solícitos por conservar una vida tan preciosa, hicieron que se echase en cama, en donde le cuidaron y regalaron con el amor y ternura de hijos. Estos esmeros produjeron algun efecto, porque de allí á algunos dias se halló notablemente restablecido. No quiso el Santo perder estos instantes de mejoría sin emplearlos en aquellas ocupaciones de caridad que le habian merecido todas las atenciones de su vida. Hizo que le llevasen á la iglesia de San Pedro para encomendarle al Príncipe de los Apóstoles el cuidado y aumento de un Instituto tan provechoso. Al pasar el puente de Sant-Angelo la vista del hospital del Espiritu Santo conmovió su corazon de tal manera, que se hizo llevar allá, y apoyado en dos religiosos visitó las camas de los enfermos, diciéndoles palabras de mucha edificacion y ternura. Todos los ministros del hospital se conmovieron con su llegada; unos le besaban la mano, otros le pedian la bendicion, y todos se animaban mutuamente á andar mas vigilantes, alegando por razon que ya habia venido el P. Camilo. Visitó la iglesia de San Pedro con fervorosa oracion, encomendando al santo Apóstol el cuidado de su Religion. Íbase poco á poco acabando la vida de este incomparable varon, que debiera ser interminable; pero al mismo paso crecian mas los ardores de su encendida caridad. Pocos dias pasaron, y pareciéndole que tenia algunas fuerzas, hizo que le llevasen á su amado hospital, que era el único sitio en donde encontraba algun alivio á las muchas dolencias que padecia. Los esfuerzos que hizo para servir á los enfermos, los muchos discursos con que los animó al amor de Dios y al aborrecimiento de sus culpas, y las lágrimas que vertia sobre aquellos infelices solo se pueden concebir reflexionando sobre aquella heroica caridad, que fue el distintivo de todas sus acciones. «Bien sabe Dios, decia á los

«enfermos, que quisiera quedarme para siempre con vosotros; mas «ya que esto no me es dado, estad ciertos que me quedo con vosotros «con el alma y con el corazón.» De vuelta para su convento le sobrevino un desmayo que le obligó á retirarse á una tienda, de donde, trasladado á su convento, se echó en cama para morir. Luego que se publicó por Roma el peligroso estado de su vida, fue innumerable el concurso de personas de todas clases y estados que acudían á visitarle; pero el Santo no recibió sino á personas muy espirituales, cuyos consejos santos podían servirle para lograr una muerte preciosa delante del Señor. En aquellos días fue admirable el arrepentimiento que manifestó de sus culpas, pidiendo á Dios perdon y misericordia con tanta compuncion y lágrimas, como si no las hubiera derramado abundantemente, y satisfecho por ellas en tantos años de piedad y de caritativos ejercicios. Sufrió con una paciencia invencible los muchos dolores y angustias que le ocasionaban cinco enfermedades que padeció á un mismo tiempo, sin que en el discurso de todas ellas se le hubiese oído una sola queja. Agravada, en fin, la enfermedad, se le administraron los santos Sacramentos, que recibió con suma devocion é inexplicable consuelo de su alma. Llamó á sus hijos, dióles su bendicion, exhortólos al amor fraternal, á cuidar exactamente de los enfermos, y al ejercicio de todas las virtudes; y habiendo fijado sus ojos en un santo Crucifijo, repitiendo los dulcísimos nombres de Jesús y de María, exhaló su alma con aquella tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso tránsito el día 14 de julio de 1614, siendo á la sazón de sesenta y cinco años de edad. Su portentosa santidad fue acreditada por Dios, ya con el suave olor que exhalaba su cadáver, el cual quedó con extraordinaria hermosura, y ya con varios milagros que por su intercesion hizo la divina omnipotencia. Benedicto XIV, habiendo precedido el informe correspondiente, le beatificó en 1742, y en el día 29 de julio de 1746 el mismo santo Padre le puso con la mayor pompa en el catálogo de los Santos.

La Misa es en honor de san Enrique, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui hodierna die beatum Enricum confessorum tuum, è terreni culmine imperii ad regnum aeternum transtulisti; te supplices exoramus, ut sicut illum, gratiae tuae ubertate praevenitum, illecebras saeculi superare fecisti, ita nos facias, ejus imi-

Ó Dios, que en este mismo día trasladaste al bienaventurado Enrique, tu confesor, desde el elevado trono del imperio de la tierra al reino eterno de la gloria; te suplicamos humildemente, que así como le preveniste á él con tu gracia para que venciese los atractivos

tatione, mundi hujus blandimenta vitare, et ad te puris mentibus pervenire: Per Dominum nostrum Jesum Christum.

halagüeños del siglo, así tambien halagas que nosotros, á su imitacion, despreciemos los engañosos halagos de este mundo, y lleguemos á tí inocentes y puros en nuestros corazones. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo xxxi del Eclesiástico, pág. 411.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que fue hallado sin mancha. Otra version lee: *Bienaventurado el rico que fue hallado sin mancha, que no puso su confianza en las riquezas, ni se engrió con ellas.* En realidad no hay cosa ni mas rara, ni mas digna de admiracion, ni mas acreedora á los mayores aplausos que un hombre rico, inocente y justo, modesto en su conducta, moderado en sus deseos, sin orgullo y sin ambicion. La escasez de estos milagrosos hombres no proviene ciertamente ni del mérito ni del valor de las riquezas; estas no comunican valor ni mérito, pues ellas mismas no tienen otro que el imaginario y arbitrario que el capricho de los hombres las ha querido conceder. Nace, pues, la escasez de hombres ricos, y al mismo tiempo inocentes, de la corrupcion del corazon humano, del dominante imperio de las pasiones, y de que á la verdad hay pocas almas verdaderamente grandes. Déjase el hombre deslumbrar de un esplendor superficial y pasajero; triunfa, y se empavona, porque tiene mas medios de perderse. Amontonamiento de riquezas, ocasion de injusticias; posesion de riquezas, manantial de orgullo; uso de riquezas, semilla de desórdenes, y principio de disolucion. El que solo piensa brillar en el mundo, ¿cómo puede ser devoto? Pues ya se sabe que al mundo por lo comun solo se le da noticia de que uno es poderoso por la ostentacion, por la profanidad y por el fausto. La distincion á que se aspira, toda ella se pone de parte del amor propio y de la vanidad: *Dives effectus sum, inveni idolum mihi.* (Osee xii). Un corazon poco cristiano idolatra en las riquezas; ellas son su Dios, y en ellas lo encuentra todo. Los privilegios que este ídolo concede á los que le adoran son los siguientes: relajacion en los ejercicios mas comunes de la Religion; derecho imaginario para dispensarse en las obligaciones mas esenciales de ella; ideas frívolas de lo que se llama decencia; lastimosos pretextos, y razones á cual mas ridículas para traer una vida irregular y menos cristiana. ¡Pero mi Dios! ¿pasarán estos privilegios en el terrible dia de vuestras venganzas?

Asistir á la misa del pueblo, esa es devocion de la gente ordinaria, de que se avergüenza una dama rica y de calidad: hay hora y misa de los caballeros y de las señoras, que en algunas partes se llama *la bella misa*. Seguramente que no se asiste á ella por devocion, pues ni la humildad ni el respeto se componen bien con la profanidad. Puédese contar la bella misa en el número de aquellas concurrencias de buena crianza, que sirven para entretener un rato la ociosidad, y para variar la diversion. Hasta en los actos mas sagrados de la Religion, que piden mayor respeto y mas profunda humildad, inspiran orgullo y altanería las riquezas. A los mismos piés de Jesucristo, hasta en las mismas sagradas aras se quiere hacer estudio y ostentacion de parecer mas rico y mas mundano. En ninguna parte se suelen afectar mas distinciones que en la iglesia. Ni la delicadeza quiere perder ninguno de sus derechos, ni el orgullo disminuir un punto de su fausto. Pero ¿de qué servirá hacerse reflexiones, y darse por convencidos, si no hay enmienda?

El Evangelio es del capitulo XII de san Lucas, pág. 115.

MEDITACION.

De la paz interior.

PUNTO PRIMERO. — Considera que ni los deleites, ni las honras, ni las riquezas produjeron jamás la paz del corazon. Ignóranla los dichosos del siglo, y solo puede ser fruto de la buena conciencia. Acompaña siempre á las diversiones y alegrías del mundo un inagotable fondo de turbacion y de inquietud. Puede la ambicion por algunos pocos momentos contentar el corazon, y parecer como que le tranquiliza; pero muy en breve brotan las inquietudes interiores, y ni las pasiones, ni las prosperidades, ni los errores bastan á calmarlas; solo Dios sosiega el corazon plenamente.

Búsquese, solicítese, trabájese en el mundo cuanto se quiera por encontrar la paz; satisfáganse las pasiones; conténtense, si fuese posible, nuestros deseos; no salga al encuentro de nuestra fortuna ni concurrente, ni émulo, ni algun otro embarazo; embriáguese las almas, por decirlo así, en bienes, en gustos y en deleites: *Vanidad de vanidades*, exclama Salomon, *todo vanidad, todo afliccion de espíritu*. Diga en buen hora aquel que está contento, que su corazon goza de paz, que está tranquilo: miente; la paz del corazon solo puede ser fruto de la inocencia, de una perfecta resignacion en la voluntad del Señor, y de una eminente santidad.

No por cierto; tampoco en las altas dignidades, ni en los empleos elevados se encuentra esta paz tan dulce y tan apreciable. El que en el mundo está mas elevado, ese es el menos contento. Solamente la virtud posee el gran secreto de producir la paz del corazon. Vé corriendo por todos los estados, por todas las edades, por todas las condiciones; en todas hallarás infelices, desgraciados y descontentos. El fausto, la profanidad, la abundancia y los honores solo sirven para ocultar á los ojos del público las amarguras que se padecen en particular. Desengáñate, que mas espinas y mas cambrones producen los palacios que las chozas. Pero si en cualquiera de esos estados y de esas clases de la vida hallares un hombre santo, encontrarás en él un corazon contrito, cuyo semblante está vertiendo alegría, cuyo espíritu parece el trono de la serenidad, y su alma está como embebida en cierta dulce satisfaccion, que la llena y que la harta; esto es lo que produce la gracia en un alma pura. Las cruces, las aflicciones, las mas amargas adversidades se quedan en la superficie, y nunca penetran hasta el corazon de los Santos; de aquí proviene en ellos aquella igualdad inalterable, aquella dulzura como natural, aquella paz, en fin, que ó está á cubierto, ó está á prueba de todos los accidentes de la vida.

¡Buen Dios, y qué desgraciado, qué digno de lástima es el que no os ama sin contempORIZACION y sin reserva!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que *no hay, ni jamás habrá paz interior para los que resisten á Dios*. Si hay en el mundo alguna verdadera alegría, está reservada para los de buena conciencia; para los que la tienen mala, toda la tierra es lugar de tribulacion y de angustia. Bien puede uno atolondrarse; mas no por eso sufocará las inquietudes que causa el pecado. ¡Oh, y qué diferente es la paz que viene de Dios de la que nace del siglo! Ella calma las pasiones: ella conserva la pureza de la conciencia; ella es inseparable de la justicia; ella nos lleva á Dios, y ella nos fortifica contra las tentaciones; pero la paz del mundo irrita las pasiones, mancha la conciencia, es un manantial perenne de injusticias, desvianos de Dios, y nos hace esclavos del demonio.

Aquella pureza de conciencia que fomenta esta paz se conserva con la frecuencia de Sacramentos. Si la tentacion no nos vence, siempre nos es ventajosa; y si alguna vez nos hace Dios conocer nuestra miseria, es para que tambien conozcamos la fuerza de su gracia. Lo que fuere involuntario, nunca nos debe turbar; lo principal es no resis-

tir jamás á la inspiracion interior, y dejarnos ir hasta donde Dios nos quisiere llevar. Consiste la paz del alma en una entera resignacion en la voluntad de Dios. Hácese profusion de virtud; está uno especialmente consagrado á Dios en el estado religioso, ó en el eclesiástico; pues ¿de qué paz interior no debiera gozar? En medio de eso, vive inquieto y turbado; esto nace de que no está rendido á Dios enteramente, de que aun es imperfecto, de que le sirve con mil excepciones y reservas; solo se profesa una virtud de genio y de amor propio. *Marta, Marta*, decia el Salvador, *andas muy solícita, muy inquieta y muy turbada, atendiendo á muchas cosas, y una sola es necesaria*. Pues esta única, que era la necesaria, es puntualmente la que se omite, porque no es de nuestro gusto. El trabajo que se experimenta en muchas cosas nace de que no se acepta con el debido y total abandono en la voluntad de Dios todo cuanto nos puede suceder. Pongamos, pues, todas las cosas en sus manos; anticipémonos á hacerle entero sacrificio de nuestro corazon. Desde el mismo punto en que nos resolvamos á no querer nada de nosotros mismos, y á querer sin reserva todo lo que Dios quisiere, descuidaremos de todo, y excusaremos inquietas reflexiones sobre nuestras cosas; mientras no hagamos eso viviremos inquietos, desasosegados, sin consistencia ni en nuestros deseos, ni en nuestros designios, descontentos con los demás, poco acordes con nosotros mismos, llenos de reserva, y siempre desconfiados. El mayor entendimiento solo sirve para atormentarnos mas hasta que esté bien humillado y reducido á una santa sencillez.

¡Ah Señor, y por cuánto tiempo me lo ha enseñado así mi propia experiencia! Bien veo que no siento en vuestro servicio aquella paz, *aquel gozo interior que excede á todo sentido*; pero es porque os sirvo mal: véisme aquí resuelto, con vuestra gracia, á entregarme totalmente á Vos sin excepcion y sin reserva; seguro estoy que en cumpliéndolo experimentaré esta dulce paz del corazon.

JACULATORIAS.—No hay paz sine en los que aman y obedecen tu santa ley. (*Psalms. cxviii*).

Solo en Vos, Dios mio, hallaré paz y reposo. (*Psalms. iv*).

PROPÓSITOS.

1 Las virtudes sólidas que la paz del corazon produce siempre son las siguientes: Una verdadera simplicidad; cierta tranquilidad de espíritu, fruto casi necesario de la total entrega en las manos de

Dios, que es lo que quiere este Señor; un dulce dolor y sentimiento de los pecados del prójimo, que inspira el amor de Dios, y el puro motivo de caridad; cierta docilidad en reconocer y en confesar los defectos propios, agradeciendo ser corregido y castigado por ellos, con una rendida sujecion á la voluntad de los que nos gobiernan. Aunque sea sincera tu virtud, te ocasionará mas remordimientos interiores que aliento ni consuelo, si no está sostenida de aquel generoso amor de Dios, que no reconoce cobardía, excepciones ni reserva; pero al contrario, si abandonas á Dios todo el corazon, vivirás tranquilo, y lleno del gozo del Espíritu Santo. La presencia de Dios calma el espíritu en medio del día, y cuando mas cercado de trabajos, infunde un sueño tranquilo y sosegado; pero es menester darle al Señor sin reserva. El mas mínimo respeto humano ciega el manantial de ciertas gracias, y aumenta las irresoluciones. Si quieres gustar esta dulce tranquilidad, si quieres gozar esta alegre paz del corazon, que excede á todo lo que se puede pensar, no niegues á Dios cosa alguna.

2 Tambien produce la paz del corazon la modestia, la humildad y la dulzura inalterable como frutos de la buena conciencia. Ten puro el corazon, y estará tranquilo; pero no turbes esta tranquilidad con tu mal humor, ni la alteres con un celo ardiente y vivo, que siempre es turbulento. Corrige en buen hora los defectos de los hijos, de los criados y de los súbditos; pero sin perder el sosiego ni la serenidad, porque la verdadera virtud nunca es contraria á sí misma. En medio de las mayores ocupaciones ten siempre en la memoria aquella sentencia del Salvador: *Marta, Marta, andas muy solícita, y son muchas las cosas que te perturban; pero mira que sola una es necesaria*; y advierte que toda la solitud de Marta era por servir al mismo Salvador. Donde hay turbacion no está Dios. *Non in commotione Dominus*. Nunca levantes el grito, habla sin conmocion y sin desentono, y obra con sosiego, pero no con tardanza. La paz del corazon no admite lentitudes, no sufre ociosidad, reprueba la delicadeza, y no se acomoda con alguna otra pasion.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

LA FESTIVIDAD DE LA BEATÍSIMA VIRGEN MARIA DEL CÁRMEN. (*Véase su historia en las de hoy*).

EL MARTIRIO DE SAN FAUSTO, mártir, en el mismo día; el cual en tiempo

de Decio fue clavado en una cruz, y permaneció cinco dias en ella, hasta que asaeado voló al Señor.

LOS SANTOS MÁRTIRES ATENÓGENES, obispo, y DIEZ DISCÍPULOS SUYOS, en Sebaste de Armenia, en tiempo del emperador Diocleciano.

LA MUERTE GLORIOSA DEL BEATO EUSTAQUIO (ó EUSTATHIO), obispo y confesor, en Antioquía en Siria, esclarecido por su doctrina y santidad; el cual en tiempo de Constancio, emperador arriano, por defender la fe católica fue desterrado á Trayanópolis, ciudad de Tracia, donde murió en el Señor. *(El celo que desplegó contra los Arrianos en el concilio de Nicea le acarreó el odio de los herejes hasta tal punto, que sobornaron á una mujer pública, que declaró bajo juramento, que habia tenido un hijo del santo Obispo, acusacion que sirvió de pretexto para desterrarle de su iglesia).*

SAN HILARINO, monje, en el mismo dia; el cual en la persecucion de Julianne fue preso juntamente con san Donato, y negándose firmemente á sacrificar á los ídolos, fue apaleado, consumando el martirio en Arezo de Toscana: su cuerpo fue trasladado á Ostia.

SAN VALENTIN, obispo y mártir, en Tréveris.

SAN SISENANDO, diácono y mártir, en Córdoba en España; al cual por defender la fe católica degollaron los sarracenos. *(Véase su historia en las de hoy).*

LOS SANTOS MÁRTIRES RAINELDA, virgen, y SUS COMPAÑEROS, en Saintes en Francia, muertos á manos de los bárbaros por la fe de Jesucristo.

SAN DOMNION, mártir, en Bérgamo. *(Era un niño de diez años que, siendo preso por los gentiles, fue azotado, y luego le aplicaron cantáridas de sal, mostaza y acibar á las narices y orejas; mas como el esforzado niño se burlase de la suavidad del tormento, irritado el prefecto mandó traspasarle las manos, los piés, la nariz y los oídos con veinte y cuatro clavos hechos ascua. Durante su martirio se convirtieron mas de cincuenta personas, de las cuales treinta murieron con el santo niño en Bérgamo, por los años 302, imperando Diocleciano).*

SAN VITALIANO, obispo y confesor, en Capua.

LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN, Ó DEL SANTO ESCAPULARIO.

Siendo tan célebre y tan autorizada en la Iglesia la fiesta de Nuestra Señora del monte Carmelo, llamada vulgarmente (en otras partes) la fiesta del Escapulario, es muy justo referir su historia en este dia, singularmente consagrado á tan santa devocion, aprobada por tantos Pontífices, confirmada con tantos milagros, establecida con tanto fruto en casi todas las partes del mundo cristiano, y en todas con tan visible provecho de todos los fieles.

Segun se refiere en la vida del santo profeta Elías, dia 20 de julio, habia muchos siglos que los Padres Carmelitas florecian en la Iglesia, con especialidad en el Oriente, donde á pesar del furor de los bárbaros, de los sarracenos y de los musulmanes, se mantenian

encarcelados en las cavernas del monte Carmelo, tomando de aquí el nombre de Carmelitas. Habia, vuelvo á decir, muchos años que florecia en el Oriente esta sagrada familia, tan célebre y tan respetable por su pública y especial devocion á la santísima Virgen, cuando los europeos pasaron á la Palestina con el fin de libertar los Cristianos y los Santos Lugares donde se obró nuestra redencion de la opresion de los infieles; y enamorados no menos de la virtud que de la penitente vida de aquellos santos ermitaños del monte Carmelo, los persuadieron que se transfiriesen á Europa. Con efecto, hácia la mitad del siglo XIII vinieron algunos de ellos á Francia en compañía del santo rey san Luis, y fue su primer establecimiento en cierta ermita á una legua de Marsella, llamada *el Aigallades*. Declaróse por su protector el piadosísimo Monarca, y los extendió por otras muchas partes de sus Estados, mientras algunos de ellos resolvieron embarcarse para Inglaterra, donde la divina Providencia les tenia destinado un sugeto, que por su extraordinario mérito y por su rara santidad muy en breve habia de dar grande esplendor á su Orden.

Era el célebre Simon Stock, inglés de nacion, de las mas nobles familias del país; pero mas esclarecido por su inocencia y por su eminente virtud, que por su ilustre nacimiento. (*La Colombier. Serm. 55*). Prevenido desde su niñez con extraordinarias gracias, á los doce años de su edad fue conducido á un desierto por el espíritu de Dios. Practicó desde luego penitencias increíbles: sustentábase de raíces y de yerbas; una clara fuentequilla le ofrecia el agua para apagar la sed; su cama, su celda y su oratorio se reducian á la concavidad de un viejo tronco, donde solo podia estar en pié, tan estrecho, que no le permitia revolverse á ningun lado; y de aquí se le dió el sobrenombre de *Stock*, que en lengua inglesa quiere decir *tronco de árbol*. Su continuo ejercicio era la oracion, con la cual se purificó tanto aquella alma, que los Ángeles, cuya pureza igualaba, casi nunca le abandonaban en aquella soledad. Al mismo paso que su asombrosa penitencia, crecia tambien la tierna devocion que casi desde la cuna habia profesado á la santísima Virgen; y aseguran los autores de su vida, que los mas de los dias esta Señora le visitaba en su desierto, donde era tan íntima y tan familiar su conversacion con Dios, que los espirituales consuelos de su alma parecian auroras ó precursores de las dulzuras del cielo.

Treinta y tres años habia que hacia Simon aquella angelical vida, cuando entraron en Inglaterra los ermitaños del monte Carmelo, que habian venido de Oriente, y comenzaron á mostrar en aquel

reino el mismo fervoroso celo que los había adquirido tanta veneracion y tanto honor en toda la Palestina. El santo solitario tuvo noticia de su arribo por una revelacion; y habiéndole declarado la santísima Virgen cuán grata era aquella Orden á sus maternales ojos, y que seria muy de su agrado que él se agregase á ella, dejó al punto el desierto, buscó á los Padres, arrojóse á sus piés, y abrazó su Instituto, sometiéndose á su gobierno.

No hay mayor prueba de la especial estimacion que hizo entonces la Reina de los cielos de aquella dichosa Orden, que haberla dado al mas querido de todos sus fieles siervos. Parece que la Señora se habia encargado, por decirlo así, de formarle de su mano desde sus mas tiernos años, y de enriquecerle con los mas preciosos dones, solo para regalársele á aquella Orden tan querida suya, y para que fuese muy presto uno de sus mayores ornamentos. Admitido Simon entre los religiosos del Cármén, no echó menos la compañía de los Ángeles que gozaba en el desierto. Apenas hizo la profesion religiosa, cuando deseó pasar á la Tierra Santa para beber en la fuente el espíritu doble que habia animado al gran Elías. Visitó descalzo los Santos Lugares que el Salvador consagró con su presencia; y llegando al monte Carmelo, se detuvo seis años en él, haciendo una vida tal, que se pudo llamar un éxtasis continuado, sin otra comunicacion en todo aquel tiempo que con los espíritus celestiales. Dicese tambien que la santísima Virgen cuidó de sustentarle con un modo milagroso. Volviendo, en fin, á Inglaterra, extendió por toda ella aquel fuego divino que se apoderó de su corazon en el monte Carmelo; de manera, que comunicado á toda la isla, no quedó menos asombrada de las portentosas conversiones que se seguian á su predicacion, que de los frecuentes milagros con que eran acompañadas.

Íbale disponiendo la Gracia como por diversos grados de perfeccion á mas singulares favores que el cielo le preparaba. Elevado al cargo de superior general por unánime consentimiento de sus hermanos, se aplicó con el mayor empeño á avivar el sagrado fuego de la devocion á la Virgen en una Orden que se honraba con su nombre, y aun se gloriaba de haberla dedicado altares casi desde el nacimiento de la Iglesia.

Lográronse los esfuerzos de su fervoroso celo, porque el devoto General tuvo el consuelo, no solo de ver renovada en la Orden con nuevo fervor la tierna devocion á la Madre de Dios, sino de verla igualmente extendida y comunicada á todos los pueblos. Creció en Simon la confianza con la ternura, y se sintió movido interiormente á pe-

dir á la Reina de los cielos algun nuevo y especial favor, así para la Orden, como para los fieles. Después de muchos años de lágrimas, de penitencias y de ruegos, se rindió, en fin, la Madre de misericordia á las instancias de su fidelísimo siervo. Dice la historia, que un día se le apareció esta Señora, rodeada de innumerable multitud de espíritus celestiales con un escapulario en la mano, y alargándosele al Santo, le dijo estas dulces palabras: «Recibe, amado hijo mio, «este escapulario para tí y para tu Orden, en prendas de mi especial «benevolencia y proteccion, que sirva de privilegio á todos los Carmelitas: *Dilectissime fili, recipe tui ordinis scapulare meae confraternitatis signum tibi, et cunctis Carmelitis privilegium.* Por esta librea se «han de conocer mis hijos y mis siervos: *Ecce signum salutis.* En él «te entrego una señal de predestinacion, y una como escritura de paz «y de alianza eterna: *Foedus pacis, et pacti sempiterni*; con tal que «la inocencia de la vida corresponda á la santidad del hábito. El que «tuviere la dicha de morir con esta especial divisa de mi amor, no «padecerá el fuego eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo gozará de la bienaventuranza: *In quo quis moriens, aeternum non patietur incendium.*»

Apenas se publicó en el mundo una devocion de tanto consuelo, y de tanto provecho, hecha á un varon tan santo, cuando los Reyes y los pueblos tomaron á competencia el escapulario de la Virgen, y se alistaron en la cofradía dedicada á su servicio. Creció la ansiosa y devota competencia con los muchos milagros que obró Dios para manifestar lo mucho que le agradaba aquella devocion. Por tanto, se puede en algun modo decir, que entre todos los piadosos ejercicios que el cielo ha inspirado á los fieles para honrar á la Madre de Dios, acaso no hay otro mas ruidoso que el de su santo escapulario; pues parece que ningun otro ha sido confirmado con tantos y tan auténticos prodigios. ¡Cuántos incendios se han apagado con su virtud! ¡cuántas veces, dice un gran siervo de Dios (*P. La Colombier.*), se conservó el mismo escapulario ileso en medio de las llamas! ¡cuántas libertó hasta los vestidos y hasta los cabellos de muchos que se hallaron envueltos entre voraces incendios! Hoy mismo se experimenta á cada paso de cuánto auxilio es el santo escapulario en los naufragios. Pocos hay que alguna vez no hayan sido testigos de lo que respetan las olas á esta sagrada divisa. Se ha visto á muchos, que cayendo en los rios ó en el mar, quedaron como suspendidos en las aguas, escapándose de una muerte inevitable por virtud del santo escapulario. No pocos, precipitados de espantosos despeñaderos, se

mantuvieron como péndulos en el aire, sostenidos milagrosamente del escapulario asido á la punta de un peñasco. Deliene la violencia del trueno, y divierte la direccion del rayo á pesar de su velocidad y sutileza. ¡Cuántas fiebres mortales y contagiosas, cuántas violentas tentaciones, cuántas enfermedades incurables desaparecieron por la virtud del santo escapulario! Nunca acabaríamos si se quisieran referir todos los funestos accidentes, todos los géneros de muertes de que ha preservado á los verdaderos siervos de María esta piadosa devocion.

Notorio es á todo el mundo lo que sucedió en el último sitio de Montpeller á vista de todo un ejército. Recibió un soldado en el asalto un mosquetazo en el pecho sin padecer lesion alguna, habiéndose detenido la bala como por respeto en la superficie anterior del santo escapulario. Fue testigo de esta maravilla el mismo rey Luis XIII, de feliz y triunfante memoria, á cuya vista el devoto Monarca se vistió luego aquella santa cota, como lo hizo san Luis luego que se descubrió al mundo este tesoro. El difunto rey Luis el Grande, cuyo famoso reinado, inmortal en la memoria por tantos prodigiosos sucesos, será la admiracion de los siglos; este gran Monarca, desde los primeros años de su floreciente imperio se puso bajo la proteccion de la Virgen, tomando su santo escapulario. A su imitacion hicieron lo mismo muchos príncipes; y habiendo ya quinientos años que se estableció en la Iglesia esta devocion, cada dia se extiende, se aviva y se aumenta mas en todas las naciones con indecible inmenso provecho de los fieles.

Luego que se descubrió fue aprobada por los Vicarios de Cristo; porque sabiendo muy bien la santísima Virgen que las mas preciosas devociones no son estimables mientras la Silla apostólica no las autorice, la misma soberana Reina dió á conocer al papa Juan XXII los privilegios singulares de esta devocion, como lo afirma el mismo Papa en su bula *Sacratissimo*, de la que hacen mencion en las que expidieron á favor del santo escapulario los papas Alejandro V, Clemente VII, Paulo III, Paulo IV, san Pio V y Gregorio XIII: de suerte, que siete grandes Pontífices conspiraron, por decirlo así, en encender mas y mas esta devocion en el corazon de los fieles, por el número sin número de indulgencias que concedieron á los que se alistasen en tan piadosa cofradía. ¿Qué prenda mas dulce ni de mayor consuelo de la especial proteccion de María? ¿qué motivo mas sólido para fundar una copiosa confianza?

El que solicitó esta divisa de la especial proteccion de la Madre de

Dios fue uno de sus mas amantes siervos, y él mismo es quien asegura haberla conseguido. Autorizóla el cielo por el oráculo de los Vicarios de Cristo, y por la voz de los milagros. Ningun católico duda de esta poderosa proteccion. Sábese que san Buenaventura no señala otros límites á lo que puede la intercesion de María, que los que reconoce el poder de Dios. Asegura san Antonino, que para alcanzar, no ha menester mas que pedir. Adelanta el bienaventurado Pedro Damiano, que se presenta al trono de su Hijo, no ya como sierva sino como Madre, y que sus súplicas pueden tener como fuerza de decretos: *Accedit ad aurem humanæ reconciliationis altare, non orans, sed imperans, domina, non ancilla.* ¿Cómo es posible que sea eternamente infeliz, dice el mismo Padre, un hombre por quien María haya intercedido una sola vez? *Aeternum vae non sentiat, pro quo vel semel oraverit Maria?* Al abad Gualrico, discípulo de san Bernardo, le parece ser casi lo mismo merecer uno la proteccion de la Virgen, que asegurarse de la posesion del paraíso: *Nullatenus censendum est majoris esse felicitatis habitare in sinu Abrahae, quam in sinu Mariae.* Bien sabidos son los devotos afectos de san Anselmo en este particular. Cree que no es posible perecer en el servicio de la Reina de los Ángeles; á ella dirige estas palabras tan memorables, y tan frecuentemente repetidas: *Omnis ad te conversus, et ad te respectus, impossibile est ut pereat.* No dijo menos que todos los demás san German, obispo de Constantinopla, cuando dijo que la proteccion de la Virgen era muy superior á todo cuanto nosotros podíamos concebir: *Patrocinium Virginis majus est, quam ut possit intelligentia apprehendi.*

No solo consiguen en esta vida la proteccion particular de la santísima Virgen los que traen su devoto escapulario, sino que tambien la disfrutan en la otra los que le trajeron en esta, y fueron verdaderos siervos de María. Una Madre tan tierna y tan amorosa no parece posible que dejase de moverse á piedad, si viese padecer por largo tiempo los tormentos del purgatorio á sus queridos hijos. Así los tesoros de la Iglesia, que con tanta profusion han derramado los sumos Pontífices en favor de los cofrades del escapulario, como la parte que tiene cada uno de ellos en las oraciones y en las buenas obras de la cofradía, y de la religion del Carmelo, contribuye mucho al alivio y mas pronta libertad de los cofrades. Es cierto que la santísima Virgen á ningun alma sacará nunca del infierno; pero tiene muchos medios para hacer que el pecador no muera en la impenitencia final. como una falsa confianza no sea causa de que se conserven en pecado los falsos devotos de María.

Acerca de la aparicion de la santisima Virgen al papa Juan XXII para hacerle saber las indulgencias que á favor de los individuos de la Órden de los Carmelitas, y de los que por su devocion entrasen en su cofradía y trajesen su escapulario, habia alcanzado de su Hijo Jesucristo, las cuales promulgó aquel Pontífice el dia 3 de marzo del año 1322, en la bula llamada *Sabatina*, en la cual se declara la promesa que hizo la Madre de Dios, de bajar los sábados al purgatorio á sacar de allí á los que en vida la sirvieron con el culto establecido por los Carmelitas; llegaron á dudar algunos de su autenticidad hasta el punto de promoverse reyertas en la cristiana república, á las cuales puso fin Paulo V en un decreto alabado por los mismos contrarios, que dudaban de la verdad de la bula. En este decreto se permite y se autoriza á los Padres Carmelitas predicar que el pueblo cristiano piadosamente puede creer el eficaz auxilio que á los religiosos y cofrades de la Órden de los Carmelitas, que guardando todo lo que están obligados muriesen en gracia de Dios, promete dar después de su muerte la Virgen Maria con su continua intercesion y sufragios, y méritos y especial patrocinio, especialmente en el sábado, dia que á su culto tiene consagrado la Iglesia.

Aprobó la festividad del santo Escapulario primero Sixto V para el Órden de los Carmelitas el año 1587, y Paulo V por decreto de la congregacion de Ritos añadió á su oficio lecciones nuevas. Luego después se extendió esta solemnidad á algunas provincias y reinos, hasta haberse hecho general en la Iglesia por decreto de Benedicto XIII.

EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ.

Siempre ha mostrado Dios su bondad y omnipotencia en favor de aquellos que con sumision y corazon puro adoran su santo nombre. Los israelitas, aquel pueblo elegido de Dios entre todas las naciones. vieron muchas veces el poderoso auxilio de este Señor, que con repetidos prodigios hacia ver á las naciones que era Dios de los ejércitos, y Dios de las venganzas. Pero entrê todas las naciones del mundo, así como apenas hay una que haya padecido tan continuas y tan sangrientas persecuciones de bárbaros como la nacion española, así tambien es dificultoso que haya otra, en quien se haya manifestado el brazo de Dios, ni mas benéfico para los suyos, ni mas terrible para los enemigos de su santa Religion y adorable nombre. Entre los muchos ejemplares que puede producir España en confirmacion de esta verdad, merece un lugar muy distinguido en la memoria y estimacion de los españoles, el que dió ocasion á la solemnidad de este

dia: solemnidad que llena de regocijo á toda España, y ensalza la gloria de aquel árbol sagrado en que se obró la redencion del linaje humano. Su historia, segun consta de los monumentos antiguos de mayor veracidad, es como se sigue:

Por los años del Señor de 1210 estaban las cosas de España dispuestas de tal manera, que dos reyes de los principales que dominaban en ella, el uno moro, llamado Mahomad, y el otro cristiano, llamado D. Alfonso VIII, rey de Castilla, pensaban á un mismo tiempo la total destruccion de sus respectivos contrarios. El moro, insolente con los buenos sucesos que en los años anteriores le habian proporcionado la discordia de los príncipes cristianos y su muchedumbre, creia estar en proporcion de sojuzgar á toda España, esclavizar á sus moradores, y desterrar de entre ellos hasta la memoria de la santa Cruz, y del que padeció en ella muerte afrentosa por la redencion del género humano. Juntaba para este efecto numerosas huestes, haciendo venir de África gran número de peones y caballos, y haciendo todas las provisiones que se requerian para una de las mas atrevidas y locas empresas. El Rey de Castilla por su parte, habiendo ajustado paces entre todos los príncipes cristianos, estaba persuadido á que era la sazón mas oportuna de convertir unánimemente todos sus esfuerzos contra una nacion bárbara, que amenazaba continuamente con la extirpacion del nombre cristiano. Se lisonjeaba de que esta operacion bien dirigida pondria en sus manos el dominio de toda aquella parte de España que poseian los moros, y de que estos se verian precisados á salvar sus vidas huyendo á África como á único asilo.

Adoptado este pensamiento, que comunicó con todos los grandes de su reino, así eclesiásticos como seculares, de quienes fue aprobado, dirigió sus esmeros á prevenir todo lo necesario para tan grande empresa. A la verdad, que de su feliz éxito pendia en gran parte la ventura de toda la cristiandad, y por lo mismo apenas habia príncipe en Europa, á quien no se le debiese considerar como interesado. Éralo tambien el sumo Pontífice, como padre y pastor universal del rebaño de Jesucristo, á cuya vigilancia y desvelo pertenecen iguales officios en lo espiritual, que á los príncipes soberanos en orden á las cosas temporales y á las armas. Para negociar con el Santo Padre los beneficios espirituales de una cruzada para todos los que militasen en aquella grande expedicion, envió el Rey de Castilla á Roma al obispo de Segovia, Gerardo. El arzobispo de Toledo, D. Rodrigo, fue enviado igualmente á Francia, para solicitar con los príncipes y ca-

balleros poderosos, que concurriesen por su parte á una guerra en que tanto interesaba la Religion. Estas diligencias surtieron todos los efectos que podian desearse. El sumo Pontífice, que á la sazón era Inocencio III, no solamente concedió á los que fuesen á pelear contra los moros todas las gracias é indulgencias acostumbradas en aquellos tiempos con los que se alistaban para la conquista de la Tierra Santa, sino que además hizo publicar por toda la cristiandad las amenazas y blasfemias que contra la santa Cruz habia proferido el Rey bárbaro, exhortando á todos los fieles á que procurasen implorar el auxilio divino por medio de oraciones y santas obras. En la ciudad de Roma se hicieron devotas y solemnísimas procesiones, á que concurrió el Santo Padre descalzos los piés, incitando con su ejemplo á que todos los cristianos multiplicasen los ejercicios de penitencia en satisfaccion de sus culpas, para hacer así que sus plegarias fuesen mas poderosas con el cielo. Lo practicado en Roma se difundió fácilmente por las provincias del cristianismo, y dió nuevo valor á las negociaciones del arzobispo D. Rodrigo. De todas partes se alistaron príncipes y grandes señores, que con mucha gente de á pié y de á caballo se pusieron en marcha para el ejército del Rey de Castilla. D. Alonso entre tanto hizo que en su reino se imitasen las cristianas diligencias que se habian practicado en Roma. En todos los pueblos y ciudades se hicieron rogativas públicas y procesiones de penitencia, implorando el auxilio de aquel gran Dios que favorece á los que confían en él, y castiga á los que fiados en sus fuerzas ultrajan su santo nombre. Al mismo tiempo que procuraba el favor del cielo, no se descuidó de juntar grandes almacenes de armas y de vituallas, y de cuanto su prudencia contempló necesario, para que un ejército tan numeroso estuviese perfectamente abastecido.

Los reyes de Navarra y Aragon se señalaron entre todos por el gran número de gente, y la grande actividad que pusieron en esta empresa, como á quienes tan de cerca les pertenecian sus buenos ó malos efectos; pues segun por todas partes publicaba el arzobispo D. Rodrigo, el Rey moro habia jurado con gran soberbia, que á cuantos adoraban la Cruz por todo el ámbito del mundo habia de perseguir con guerra y muerte hasta el último exterminio. El número de soldados que vinieron de las naciones extranjeras, ascendia como á doce mil caballos, y cincuenta mil infantes. Portugal, sin embargo de haber muerto por este tiempo el rey D. Sancho, y haberse alterado algun tanto las disposiciones que habia para esta guerra sagrada, envió un número considerable de gente, parte de orden de D. Alon-

so II, que habia sucedido en el reino, y parte de soldados voluntarios, que no querian privarse del grande mérito de pelear por la defensa de la religion de Jesucristo. Era el punto de reunion la ciudad de Toledo, en cuyos contornos dispuso el rey D. Alonso los alojamientos necesarios para la comodidad y buena asistencia de ejércitos tan numerosos. Señaló á todos el rey D. Alonso el sueldo competente, segun sus graduaciones militares, y mandó se les asistiese con las vituallas que necesitasen, para lo cual habia grandes repuestos en muchos almacenes. Estando en esta disposicion, llegó el rey de Aragon D. Pedro con veinte mil infantes, y tres mil y quinientos caballos, y fue recibido en el dia de la santísima Trinidad del año del Señor de 1212 con demostraciones de extraña alegría. Dispuestas así todas las cosas, animados los soldados con la esperanza de ricos despojos, y lo que es mas, fortalecidos con muchas gracias é indulgencias, que aumentaban en ellos el deseo de pelear contra los enemigos de Jesucristo; preparado un tren de bagajes, que segun asegura el arzobispo D. Rodrigo, testigo de vista, llegaba á sesenta mil carros, emprendieron la marcha para buscar al enemigo á 21 de junio del referido año. Era el ejército de los mas numerosos que se habian visto jamás, pues en Castilla habian obligado á tomar las armas á todos cuantos tenian edad competente para ello. Por donde quiera que iba esparcia el espanto y el terror. Los moros que guarnecian á Malagon, retirados á un castillo fuerte, situado en un cerro escarpado, fueron forzados, y pasados todos á cuchillo. Otro tanto pretendieron hacer los extranjeros con Calatrava, ansiosos de derramar la sangre de los bárbaros, y conseguir de este modo su completa destruccion y exterminio. Pero los españoles mas prudentes, y que conocian que con la desesperacion que esta crueldad infundia en los enemigos, se aumentaban prodigiosamente sus fuerzas, contuvieron á los extranjeros, é hicieron que se guardase fe con los rendidos, para con quienes podia mas la generosidad que la crueldad de los vencedores. Repartieronse los despojos entre los aragoneses y soldados extranjeros, ya para alimentar así la codicia de los que peleaban mas por deseos de enriquecerse que por amor á la Religion; y ya tambien para que el agradecimiento estrechase mas íntimamente á los extranjeros en la amistad de los españoles. Pero Dios, que queria hacer visible que el triunfo que se habia de conseguir era todo obra suya, y no fruto de la industria humana, permitió que fuesen insuficientes estos medios para conservar la armonía. Desconcertáronse las tropas advenedizas, y ya fuese por el rigor de los calores, las muchas enfermeda-

des que esto ocasionaba, ó bien porque hubiesen cumplido con los cuarenta dias que tenian obligacion de servir los cruzados, que se alistaban en las banderas católicas; lo cierto es, que trataron de volverse á sus tierras cuando apenas habia comenzado la campaña. Este triste suceso no acobardó un punto el gran corazon del Rey de Castilla, que mas que en sus soldados confiaba en Dios para el buen éxito de su empresa. No siguieron el pernicioso ejemplo Arnaldo, obispo de Narbona, ni Teobaldo Blanzon, natural de Poitiers, antes bien llevaron muy á mal la cobardía é infidelidad de los de su nacion, y determinaron perder antes la vida que abandonar por su parte una causa tan justa.

De la partida de los extranjeros resultaron grandes turbaciones en el ejército, apoderándose de unos el miedo y la tristeza, y de otros la fuerza del mal ejemplo, que causó desercion en muchas compañías. Pero por otra parte resultaron algunos beneficios, porque noticioso Mahomad de que se habia desmembrado el ejército de los Cristianos, se resolvió á darles la batalla, para la cual se hallaba antes indeciso. Además de esto, quedaron después los españoles sin la obligacion de tener que partir con los extranjeros el premio y gloria de una de las mas grandes acciones que se vieron en el mundo. Sosegados, pues, estos disturbios, siguieron sus marchas, y llegaron á Alarcos, lugar desguarnecido, y que por lo tanto tuvieron los moros que abandonarle. En este sitio se juntó al ejército el rey de Navarra D. Sancho con buena parte de gente, cuya venida deshizo la tristeza que habia causado la fuga de los extranjeros. Animados todos, y deshechos los rumores de cobardía y de temor que antes se habian esparcido, se pusieron en marcha, tomando por fuerza cuantos castillos se les oponian en todas aquellas comarcas. Asi llegaron hasta el pié de Sierra-Morena, venciendo indecibles dificultades, ya por la aspereza y estrechez de los caminos, y ya por los obstáculos con que el moro procuraba impedir el paso de los lugares estrechos. Noticioso Mahomad de lo que pasaba en nuestro ejército, se preparó para hacer una oposicion vigorosa. Hizo todos los aprestos de armas y de vituallas, distribuyéndolas en lugares convenientes. Él mismo marchó á Baeza, y desde allí destinó tropas que impidiesen el paso de los montes, cuidando principalmente de atajar el paso de la Losa, paso estrecho, por donde era forzoso que desfilase todo el ejército, y en donde era fácil hacer en él gran matanza, teniendo bien fortificados los puestos. Esta disposicion le prometia al moro una de dos ventajas, ó la destruccion del ejército cristiano, si permanecia sin pa-

sar adelante, debiendo perecer por falta de bastimentos, ó una completa victoria si se determinaba pasar las montañas á todo riesgo. Realmente el peligro de los Cristianos en aquella situacion era grande, y capaz de amedrentar á corazones menos poseidos del valor. El rey D. Alonso determinó hacer un consejo de los capitanes mas experimentados; en donde, pesadas todas las circunstancias con madurez y reflexion, se resolviese lo mas conveniente. La mayor parte fueron de parecer, que debian volver atrás para entrar en la Andalucía por lugares mas accesibles; determinaron y juzgaron que seria gran temeridad el intentar pasar adelante por lugares tan estrechos, en que forzosamente habian de ser presa de los enemigos. Los consejos humanos son sumamente débiles cuando no cuentan con las disposiciones de la Providencia, sino que se fían únicamente en las escasas luces de la humana sabiduría. Tanta temeridad es el confiar demasiado en las propias fuerzas á vista de un inminente peligro, como lo es el no contar en él con la asistencia del poder divino, principalmente cuando se obra por una causa justa. El rey D. Alonso, en quien se juntaban á un mismo tiempo un valor verdadero, una ilustrada prudencia y una piedad sólida, combinaba en su mente todos los bienes y los males. Conocia que el volver atrás, aunque fuese con el pretexto de buscar un camino mas cómodo, tenia todas las apariencias de una cobarde fuga. Esta opinion tendria funestas consecuencias, desmayando los Cristianos, al paso que los moros se animarian, tomando nuevas fuerzas con nuestras mismas disposiciones. Penetraba muy bien todas las dificultades que oponian los experimentados capitanes; pero para su vencimiento contaba principalmente con un socorro enteramente divino. Su esperanza era firmísima, porque no podia persuadirse á que faltase Dios á los suyos en el tiempo de la necesidad, siempre que sus obras se encaminasen á un fin justificado, é implorasen el auxilio divino con pureza de corazon. Ultimamente, dijo á sus capitanes, que unas mismas empresas eran hacederas, ó imposibles, segun los ojos con que se miraban. Los apocados y cobardes hallan dificultades insuperables en donde no las encuentran los valerosos y esforzados. Determinó, pues, pasar adelante por aquel sitio, antes que exponer la buena opinion de su ejercito tan al principio de la empresa.

Tomado este consejo, comenzaron á ejecutarle con valor: D. Diego de Haro envió á su hijo D. Lope con buen número de gente, para que con su valor comenzase á allanar los peligros. El esforzado joven subió por aquellas asperezas, y en lo mas alto de ellas se apo-

deró de un lugar llamado Ferral, arredrando á los moros que le guardaban. Pero cuando se trató de llegar al puerto de Losa, que era la llave de aquellas montañas, decayó de ánimo, teniendo por temeridad y no por valentía el pelear juntamente con las dificultades que la naturaleza oponia en la estrechez y fragosidad del terreno, y con la multitud de moros que las defendian situados tan ventajosamente: este hecho causó un general trastorno en todo el ejército, principalmente en la muchedumbre de soldados, con quienes puede mas muchas veces una falsa opinion apoyada que la misma verdad. Comenzóse á murmurar entre ellos sobre la imposibilidad de la empresa: creían que habian sido traídos á aquel sitio para ser víctimas de la hambre ó de la desesperacion: este susurro cundia demasiado, apocaba los ánimos, y esparcía el espíritu de desercion; de tal modo, que muchos soldados trataban de desamparar los reales, desconfiados enteramente de poder salir con la empresa. El rey D. Alonso lo veía todo, y se alligia dentro de su corazon; pero firme siempre en Dios la esperanza de que no les faltaria su ayuda en el mayor conflicto. El miedo que vió esparcido por todo el ejército, y que se manifestaba bien en los abatidos semblantes de los soldados, dió nuevo fervor y eficacia á las oraciones que continuamente dirigia al cielo, implorando su ayuda, de la cual dependia el honor y buen éxito de las armas cristianas, y la confusion de la bárbara morisma. El cielo oye siempre las súplicas que nacen de un corazon puro y fervoroso. Él fue quien en aquel conflicto les preparó un villano, que tenia gran conocimiento de las mas escondidas trochas y veredas que cruzaban aquellas montañas. Este rústico, que algunos juzgaron por un ángel del cielo, á causa de no haberse visto mas después que hubo mostrado el camino, se presentó al Rey, y le hizo promesa de que por sendas que él sabia, haria que pasase todo el ejército sin que recibiese algun daño, y frustrando todas las disposiciones de los moros. La propuesta de este pastor dividió á los capitanes en diferentes pareceres, opinando unos, que era un arrojado temerario el fiar á un hombre desconocido las vidas de tantos hombres, y la reputacion de las armas cristianas; y juzgando otros, que era igualmente temeridad el despreciar en circunstancias tan estrechas un arbitrio que parecia enviado del cielo. Determinaron, pues, que lo examinasen algunos por sus mismos ojos; para lo cual fueron señalados D. Diego de Haro, y García-Romero. Hallóse ser verdad lo que el pastor decia, y aunque fue necesario tomar algunos rodeos, que los moros llegaron á calificar de huida, las sendas que mostró fueron tan ciertas

y cómodas, que en breve tiempo todo el ejército venció lo mas alto de las montañas, sin que los moros pudiesen hacerles resistencia.

El éxito feliz con que habian superado los peligros que los tenian acobardados anteriormente, esparció entre los Cristianos una universal alegría, y con ella volvió el antiguo valor á fortificar sus corazones. Pasadas las montañas habia un sitio cómodo, en que se estableció el rey D. Alonso con toda su gente; y en un llano capaz para la formacion del ejército formaron los reales á vista del enemigo. Preparóse este para la batalla, repartiendo sus gentes en cuatro escuadrones, y quedándose el Rey infiel situado en un alto collado, que lo dominaba todo, con la gente de su guardia. Como los Cristianos se hallaban demasiadamente fatigados con la subida de tan ásperos caminos, el rey Alonso no tuvo por conveniente el entrar luego en batalla; antes bien dió orden, de que en aquel dia y en el siguiente se diese abundante sustento á soldados y caballos, para que descansasen del pasado trabajo, y cobrasen nuevos alientos para entrar con vigor en la pelea. Estas medidas de prudencia militar las calificaba Mahomad de cobardía; tanto, que viendo que en dos dias seguidos los Cristianos no bajaban á la batalla, llegó á persuadirse que estaban caidos de ánimo y poseidos del temor. Envió mensajeros á todas las ciudades de su secta, mandándoles decir con palabras soberbias y arrogantes, como tenia cercados á tres Reyes cristianos, y cogidos sus ejércitos como si fuera con redes, de modo que vendrian todos á sus manos, quedando muertos ó prisioneros. Esta nueva tan lisonjera se hacia mas alegre con lo que cada uno añadia de suyo; pero al dia tercero, que fue un lunes á diez y seis de julio, se disiparon sus contentos, viendo lo contrario de lo que se habian imaginado. En este dia los Cristianos determinaron dar la batalla; y sabiendo que toda buena obra debe comenzar por Dios, y que sin su auxilio de nada sirven las numerosas huestes, se confesaron y comulgaron los soldados cristianos, cobrando con tan divino alimento una fortaleza irresistible. Hecho esto, al amanecer ordenaron toda la gente en forma de batalla, encargando el mando de los lugares mas expuestos á los mas experimentados y valerosos capitanes. Los obispos y eclesiásticos, que iban en gran número, andaban de compañía en compañía esforzando á los soldados y fortaleciéndoles con palabras animadas del espíritu de la Religion, concediéndoles al mismo tiempo muchas gracias espirituales é indulgencias. El moro por su parte ordenó su gente en cuatro escuadrones, quedándose él en su tienda real, cercada de cadenas de hierro, y con una guardia numerosa de

moros nobles y esforzados. Dispuestas así las cosas, y estando para darse la batalla, el rey Alonso, desde un lugar alto en donde podia ser oído de todos, habló á los suyos, animándoles de esta manera: «Bien sabeis, les decia, ó valerosos españoles, que injustamente y «contra todo derecho ocuparon nuestra España esos bárbaros que tenéis presentes. Sabeis, que por la fuerza de nuestro brazo han sido «ya despojados de la mayor parte de los usurpados dominios. La «presente accion va á completar su entera ruina, ó renovar en nosotros las antiguas cadenas. Si venciéreis, ya no les queda lugar en «toda nuestra España donde puedan vivir seguros; si fuéreis vencidos, no les queda obstáculo para volverla toda á sujetar á su dominio. La justicia, la razon y Dios mismo está en nuestro favor. Si «confiados en él peleáreis contra esa canalla, que confia únicamente en su multitud y en sus fuerzas, alcanzaréis una gloriosa victoria. Ya no os queda otro partido que la esclavitud ó el triunfo; arremeted, pues, con el valor y fortaleza que manifiesta la alegría «de vuestros semblantes.» El moro por su parte animó á los suyos, representándoles la superioridad de su ejército, y la cobardía que habian manifestado los Cristianos en los dias anteriores. Que en aquella accion consistia el dominar para siempre á toda España, ó perder del todo las provincias que en ella poseian. Animados los soldados por una y otra parte, se comenzó la batalla con grande valor y esfuerzo. Seguia la matanza, sin que por ninguna parte se declarase la victoria. Tres veces cargaron los Cristianos con grande ímpetu y valor sobre los enemigos, sin que por esto pudiesen desconcertar sus escuadrones; antes bien padecieron algun desórden los Cristianos, y como que daban muestras de quererse poner en huida. Viendo esto el rey D. Alonso, dijo al arzobispo D. Rodrigo, que estaba á su lado: *Ea, arzobispo, muramos aquí todos;* y al decir estas palabras, queria meterse en lo mas peligroso de la pelea, para animar con su presencia á los soldados, ó conseguir con ellos una muerte honrosa. Pero el Arzobispo, haciéndole presente que en la conservacion de su vida consistia la victoria, le detuvo diciendo: *De ninguna manera, ó Rey, morimos, sino que antes bien vencerémos felizmente á nuestros enemigos.* En esto el último escuadron se adelantó y cargó sobre los moros con tanta furia, que infundió nuevo esfuerzo y valor en las tropas cristianas, restituyéndolas á su primer órden. Ya habian peleado la mayor parte del dia, sin que los Cristianos desmayasen un punto de su primer esfuerzo. Los moros, por el contrario, cansados y no pudiendo sufrir el estrago que hacian en ellos las huestes cris-

tianas, comenzaron á flaquear, desordenarse, y en breve tiempo, lo que comenzó desórden, se convirtió en precipitada fuga, dejando en manos de los Cristianos una gloriosa victoria.

Algunos refieren que al principio del combate apareció en el aire una resplandeciente cruz de varios colores, que al paso que esforzaba á los Cristianos, llenaba con su vista de terror á los infieles; pero de este acaecimiento no hicieron mencion ni el arzobispo D. Rodrigo, que se halló presente, ni el mismo Rey en la carta que escribió al papa Inocencio, dándole cuenta de lo que habia sucedido. Lo que hay de verdad, y es caso maravilloso, fue, que penetrando diferentes veces por los escuadrones de los enemigos el canónigo de Toledo, que llevaba la cruz arzobispal, jamás pudieron herirlo, como lo intentaron, disparándole muchas saetas y lanzas, antes bien se vió que los dardos quedaban clavados en el asta de la cruz sin que ninguno tocase al canónigo; todo lo cual animó mucho á los Cristianos, y les certificó del visible patrocinio con que el cielo los ayudaba. Esto se vió mas claramente, en que habiendo perecido de los moros cerca de doscientos mil, el número de Cristianos muertos no pasó de veinte y cinco. El Rey moro se salvó huyendo, y los Cristianos se apoderaron de todas sus tiendas, haciendo ricas presas, y tomando innumerables despojos, los cuales se repartieron de modo que todos quedaron gozosos y contentos. Esta victoria, asi como fue llorada por los enemigos del nombre cristiano, asi tambien fue celebrada con grandes fiestas y regocijos por toda la cristiandad. En todas partes se creia que no podia llegar á mas la gloria del nombre de Jesucristo, cuya santísima Cruz habia penetrado y desordenado los escuadrones enemigos, dando á los Cristianos un triunfo milagroso, de que no habia ejemplar en las historias. Por esta causa se instituyó en España, por mandado del papa Gregorio XIII, esta fiesta del Triunfo de la santa Cruz, para dar gracias á Dios de que por su virtud quedasen postrados aquellos mismos que pretendian con soberbia desterrarla del mundo, y poner en cadenas á todos sus adoradores.

SAN SISENANDO, MÁRTIR.

El heroico valor con que se presentó al martirio san Sisenando dió nuevo aliento á los Cristianos que vivian en Córdoba bajo el tirano juez de los agarenos, para sostener gloriosísimos combates contra los enemigos de la fe en aquella tan sangrienta persecucion que movió Abderraman contra la Iglesia al medio del siglo IX. San Eulogio, historiador de las actas de este ilustre jóven, nos dice, que fue na-

tural de Beja, pueblo numeroso en la antigüedad, donde parece que estuvo la famosa ciudad llamada Pax-Julia ó Colonia Pacense, cuyas ruinas demuestran la grandeza que tuvo en tiempo de los romanos, bien que destruida después por los moros cuando entraron en España, quedó reducida á una corta poblacion, perteneciente hoy al reino de Portugal. Pasó Sisenando á Córdoba con el noble objeto de instruirse en las ciencias, que se enseñaban por entonces en la iglesia de San Ascisclo á los jóvenes cristianos por los mas sabios maestros, á pesar del dominio que tenian los bárbaros africanos sobre aquella célebre ciudad. Hizo conocidos progresos en las letras y en las virtudes; pero como sus deseos no eran otros que dedicarse al servicio del Señor, abrazó el estado eclesiástico, y ascendió por sus méritos personales al orden del diaconado; en cuyo sagrado ministerio se distinguió desde luego por la arreglada circunspeccion de su conducta, por su singular piedad y por su grande sabiduría.

Habia tenido Sisenando una amistad estrechisima con los insignes mártires Pedro, el de Écija, y Walabonso, el de Peñafior, monjes uno y otro del monasterio de Cuteclara, los cuales padecieron en Córdoba en el dia 7 de junio; y queriendo estos acreditar después de sus gloriosos triunfos el grande amor que conservaban con Sisenando, se le aparecieron entre brillantes resplandores, convidándole con la eterna felicidad que gozaban cuando siguiese sus acertados pasos. Aceptó el ilustre jóven la oferta de sus amigos, y sin retardarse un punto hizo una confesion pública de su fe ante el juez moro, declamando á un mismo tiempo contra las ridículas patrañas del Alcoran de Mahoma. Estimó el bárbaro la generosa resolucion del valeroso mancebo por uno de los mas enormes atentados que podian cometer por entonces los fieles; y queriendo castigar su osadía, mandó ponerlo en una dura prision hasta que deliberase el castigo de que era acreedor.

Entró Sisenando en la cárcel lleno de extraordinaria alegría, porque se acercaba el tiempo de ver cumplidos sus fervorosos deseos. Quiso Dios prevenirle con la buena nueva que esperaba por instantes, por medio de una revelacion que se dignó hacerle, estando respondiendo á una carta de un amigo; y habiendo escrito tres ó cuatro líneas, dejó súbitamente la pluma, y lleno de gozo se puso en pié, y vuelto al que le habia llevado la carta, le dió la respuesta conforme estaba sin acabarla, y le dijo: *Vete, hijo, de aquí, porque no te encuentren los ministros de justicia, que vienen á llevarme al suplicio.* Llegaron estos con grande tropel y algazara; y descargando furiosos golpes sobre el inocente cuerpo de Sisenando, lo condujeron

ante el juez agareno. Iba el insigne diácono con el gozo que cabe en un corazón seguro de la victoria, y cierto de la eterna felicidad á que le convidaron sus íntimos amigos Pedro y Walabonso: reiteró en el tribunal del bárbaro la misma confesion que ya tenia hecha; y no contento con esto, hizo ver á los moros los crasos errores en que vivian sumergidos, siguiendo la ley de su falso profeta, con aquella valentía y con aquel ardor que son propios de los héroes del cristianismo; por cuya gloriosa accion fue decapitado en el día 16 de julio del año 851. La iglesia de Córdoba celebra mañana su fiesta.

Dejaron los moros el cuerpo del Santo á la entrada del alcázar con la guarnicion que acostumbraban, para que fuese despedazado por los perros, que echaron á este efecto, y en seguida arrojaron el santo cuerpo mutilado al rio Guadalquivir; pero el Señor hizo que después de algunos dias los Cristianos lo encontrasen entre unas peñas que estaban á la orilla del mismo rio, de donde extraido con la mayor reverencia, le dieron sepultura en la iglesia de San Ascisclo. Quiso la ciudad de Beja tener algunas reliquias de un hijo que dió tanto honor á su patria; valióse para ello de la mediacion del rey Felipe II: y conseguida la gracia, se entregaron por el ilustrísimo señor don Francisco Reinoso, obispo de Córdoba, á un caballero que diputó Beja, que las recibió con todas las demostraciones de reverencia que son regulares en semejantes casos.

La Misa es en honor de la fiesta, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beatissimae Virginis, et Genitricis tuae Mariae singulari titulo Carmeli ordinem decorasti: concede propitius; ut cujus hodie commemorationem solemni celebramus officio, ejus muniti praesidiis, ad gaudia sempiterna pervenire mereamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que ilustraste la Orden del monte Carmelo con el título especial de tu Madre la bienaventurada Virgen María; concédenos benigno, que amparados con la proteccion de aquella, cuya memoria tan solemnemente celebramos, merezcamos llegar á los eternos gozos de la gloria. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo xxiv del Eclesiástico.

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris: et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchrae dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctae spei. In me gratia omnis viae et veritatis, in me omnis spes vitae et virtutis. Transite ad me

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor: y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad: en mí

omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini: Spiritus enim meus super mel dulcis, et hereditas mea super mel et favum: memoria mea in generationes saeculorum. Qui edunt me, adhuc esurient: et qui bibunt me, adhuc sitient. Qui audit me, non confundetur: et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt.

toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis frutos; porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel: mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen tendrán todavía hambre; y los que me beben tendrán todavía sed. El que me escucha no será confundido; y aquellos que obran por mí no pecarán. Los que me ilustran conseguirán vida eterna.

REFLEXIONES.

Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia, y de la santa esperanza. La verdadera devocion de María inspira una caridad pura, un temor dulce y filial, una clara inteligencia de los mayores misterios, y una santa confianza, sin temeridad ni presuncion. Por este amor generoso, y encendido para con Dios; por este dulce y filial temor de desagradarle; por este fondo de religion y de rendida sumision á las órdenes de Dios; por esta inalterable confianza en su misericordia se reconocen los verdaderos devotos de la Virgen. Todo esto dice, todo esto inspira, y todas estas virtudes alcanza la verdadera devocion de María; sin ella es devocion falsa y espuria. Por eso todos los santos amaron á esta Señora con especial ternura, y todos, después de Jesucristo, colocaron en ella su confianza. Es la madre del puro amor; y por lo mismo solo experimentarán sus divinos ardores los que la aman como á madre, los que la honran como á soberana, y los que la consideran como distribuidora de los tesoros de su Hijo. De este amor puro de Dios nace siempre el temor saludable de ofenderle; pero este divino fuego que comunica María no solo enciende á sus siervos, tambien los ilumina, tambien los instruye para que conozcan que no se puede amar á la Madre sin amar al Hijo. Igualmente experimenta los dos afectos del puro amor del corazon, y el espíritu de los verdaderos siervos de María. A la caridad abrasada acompaña siempre la fe viva; y cuando se posee esta virtud, no puede faltar la confianza. Es error pensar que consiste la devocion de la Virgen en ciertos ejercicios exteriores, y en traer su escapulario, cuando todo esto no va acompañado de aquella fe viva y universal, de aquella constante perseverancia en las buenas costumbres, y de aquella cristiana vida, sin la cual toda devo-

cion, aunque no sea inútil, no puede ser meritoria; pero tampoco hay mayor impiedad que condenar esta devota ternura que se profesa á la Madre de los escogidos, desaprobando el culto que se rinde á la Madre de Dios. Ella es el socorro de los fieles, el consuelo de los afligidos, el refugio de los pecadores; pues ¿quién podrá censurar, que después de Jesucristo se coloque en ella toda nuestra confianza? ¿dónde hay medio mas eficaz ni mas seguro para que Jesucristo nos reciba con agrado? El primer milagro que obró el Salvador fue á ruegos de María; y habiéndose nos comunicado á sí mismo por medio de María, dice san Bernardo, por ella quiere que recibamos tambien todas sus gracias. Sin duda que por esto en todos tiempos se desenfrenaron contra esta Señora todas las herejías. Cuantos herejes han abortado los siglos, profesaron una maligna aversion á la santísima Virgen, y se declararon furiosamente contra su devocion. Al contrario, todos cuantos Santos ha producido la Iglesia, todos profesaron una tierna devocion á esta Señora; todos hicieron empeño de publicar sus virtudes, de exaltar su poder, de recomendar su devocion. de promover en todas partes su culto, y de poner toda su confianza en su poderosa intercesion: *Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt*. Es prenda poco equívoca de predestinacion la tierna devocion á la santísima Virgen, y el fervoroso celo de su gloria. Por el contrario, apenas hay señal mas funesta de reprobacion, que mirar con frialdad y con disgusto á la Reina de los Angeles: *Omnes qui me oderunt, diligunt mortem*.

El Evangelio es del capitulo XI de san Lucas.

In illo tempore, loquente Jesu ad turbas: Extollens vocem quaedam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quae suxisti. At ille dixit: Quinimmo beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo, hablando Jesús á las turbas: Alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesús): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

De la devocion á la santísima Virgen.

PUNTO PRIMERO.—Considera que lo que excita mas el amor y la devocion á una persona es el mérito, la gratitud y el poder. La basta, por decirlo así, de la devocion que se profesa á los Santos, es el concepto que se forma de sus virtudes, la experiencia de lo mucho

que pueden con Dios, el conocimiento de su inclinacion á hacernos bien, y la memoria de las gracias y beneficios que se han recibido por su intercesion. Admiramos sus virtudes, veneramos y respetamos su poder; sobre esto, y singularmente sobre su caridad con los que están unidos á ellos con una misma union, fundamos nuestra confianza. Pues ahora, entre todos los Santos que están en la patria celestial, ¿cuál de ellos tuvo mas sublime santidad, cuál tiene mas poder con Dios, ni de quién hemos recibido tantos beneficios como de la santísima Virgen? Mas pura, mas santa, mas perfecta desde el primer instante de su vida que todo los Santos juntos en la hora de la muerte. ¿Qué trono hay en el cielo mas elevado que el suyo, superior al de todos los espíritus bienaventurados? Solo el trono de Dios es superior al trono de María. Pues ¿qué honores, mi Dios, qué homenajes no se la deben tributar? ¡cuánto respeto, cuánta devocion, cuanto culto la debemos rendir! Es la Madre de Dios, la Reina del cielo, la Soberana del universo, la Emperatriz de los Ángeles y de los hombres; no debemos, pues, admirarnos de que la veneracion, la ternura, y la sólida devocion con la Madre de Dios haya comenzado, por decirlo así, con la misma Iglesia. ¡Qué veneracion tan profunda, qué devocion tan tierna (dice san Ildefonso) profesaron los Apostoles á la Madre del Salvador! Por satisfacer á la devota curiosidad de los primeros Cristianos hizo san Lucas tantos retratos de la Virgen. Aseguran algunos autores, que aun viviendo esta Señora la consagraron los fieles muchas capillas y oratorios. ¡Con qué elocuencia y con qué celo predicaron á los fieles las grandezas de María todos los Padres de los primeros siglos, exhortándolos á una viva confianza en su poderosa proteccion! ¡Qué consuelo, Virgen santa, exclama san Epifanio, el de estar consagrados á Vos desde nuestra tierna infancia! ¡qué dicha la de vivir á la sombra de vuestro patrocinio! Amemos á María, dice san Bernardo, amémosla con la mayor ternura; jamás se desprenda de nuestros labios su dulcísimo nombre; esté perpetuamente grabado en nuestro corazon. ¡Oh, y qué copioso manantial de gracias es la devocion de la Virgen!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que si las grandezas de María, si su eminente, su incomparable santidad excitan nuestra veneracion, y nos ejecutan por todos nuestros respetos, el gran poder que tiene con Dios, y el amor de madre con que mira á todos los hombres, merecen bien toda nuestra confianza. Acércase al trono de Dios, dice san Pedro Damiano, no como sierva que pide, sino como soberana que

intercede: *Domina, non ancilla*; y aquel Hijo todopoderoso, que se deja obligar de las lágrimas de los mayores pecadores, ¿podrá negar cosa alguna á la intercesion de su divina Madre? ¿Puede uno ser verdadero siervo de la Madre, puede llevar su librea, y ser mal recibido del Hijo? Siendo, como dicen los Padres, la dispensadora ó repartidora de las gracias del Redentor, es preciso que tengan particular derecho á estas gracias los que están en su servicio. Cristo, dicen los mismos Padres, es la fuente de las gracias; María es el canal por donde se derivan á nosotros. Basta estar en servicio de un grande, basta llevar su librea, para tener parte en sus favores, para gozar de los privilegios de su casa, correspondientes á su clase y nacimiento. Pues ¿quién podrá dudar de la proteccion de María, si tiene la dicha de ser devoto suyo? Ninguno duda de su poder; tampoco se puede dudar de su bondad y de su beneficencia. Estremécese todo el infierno al solo nombre de María; nada le irrita mas que el ver á los fieles alistarse en su servicio y profesarla una tierna devocion; pero esto mismo debe excitar nuestro amor, nuestra confianza y nuestro celo. Es fatal señal el mirar á esta Señora con frialdad, ó con indiferencia. No hay mas dulce consuelo, no hay dicha mayor ni mas llena, que profesarle una constante devocion y una perfecta confianza. ¿Qué hay que temer, una vez que la Madre de Dios nos tome debajo de su proteccion? Si nos guia esta estrella de la mañana, no nos descaminarémos; somos pecadores, es nuestro refugio; estamos afligidos, es nuestro consuelo. Llena está la vida de escollos y de peligros, mas no hay que temerlos con la asistencia de esta Protectora: es formidable la muerte; pero en aquella hora tan crítica estará lleno de aliento y de confianza un verdadero devoto de la Madre de Dios.

¡Ah, Señor, y cuánto es mi dolor de haber tenido hasta aquí tan poco celo, tan poco amor y tan poca devocion á vuestra divina Madre! y si algun tiempo hice profesion de honrarla, y de contarme en el número de sus hijos, ¿qué muestras di de mi alistamiento y de mi ternura? No me desechéis, Madre de misericordia, pues quiero consagrarme de nuevo á vuestro servicio; quiero llevar vuestra librea; alcanzadme gracia para sostener con la inocencia y con la pureza de costumbres la pública profesion que voy á hacer de estar alistado en el número de vuestros devotos siervos.

JACULATORIAS. — Dios te salve, Madre de misericordia, vida, dulzura, y esperanza nuestra. (*Eccles.*).

Dignaos, Virgen sacratísima, de que me ejercite en vuestras alabanzas, y dadme valor para oponerme á vuestros enemigos. (*Eccles.*).

PROPÓSITOS.

1 Es cierto que honramos á la santísima Virgen con aquellos interiores afectos de amor y de respeto, que están como grabados en nuestros corazones hácia sus virtudes y hácia su persona; pero no es menos cierto, que cuando estos afectos se manifiestan hácia afuera, es tanta mayor su gloria, cuanto es mayor el número de los testigos á cuyos ojos se descubre nuestro celo por su santo servicio; y como esta Señora es mas agradecida de lo que se puede explicar, dobla á proporcion su ternura y su liberalidad. En esto logran una gran ventaja los cofrades del Escapulario sobre otros devotos de la Virgen; pues como su declaracion por el servicio de la Virgen no parece puede ser mas pública que llevando su librea, tambien parece queda la misma Señora mas obligada á declararse en su favor cuando se ofrecen ocasiones de protegerlos. Estima tu fortuna, y reconoce tu dicha, si tienes la de traer su escapulario, y estar alistado en esta santa cofradía. Si no la tienes, no pierdas tiempo, y solicitala cuanto antes. Todos, sean del estado que se fueren, pueden ser admitidos en ella; pues con ningunas otras son incompatibles sus obligaciones. No te contentes con lograr tú solo esta dicha, solicita que logren la misma tus hijos y tus criados; lo que para tí y para toda tu casa será un manantial perenne de felicidades.

2 Es error muy pernicioso lisonjearse de ser verdadero devoto de María, mientras se está en desgracia de su Hijo. A la verdad, la devocion á la santísima Virgen es un medio muy poderoso para conseguir la gracia de la conversion; pero es preciso no poner estorbos á esta gracia, es menester que la inocencia y la pureza de costumbres prueben la devocion á esta Señora. Querer ser su devoto, y ser pecador, es contradiccion. No es menos ilusion persuadirse que por haber ayunado una vez, ó comulgado en una de sus fiestas, estames ya muy introducidos en su gracia, y no se nos pueden cerrar las puertas del paraíso. Las obligaciones de los que traen el escapulario son fáciles y ligeras, pero son obligaciones; y así nunca te dispenses en ellas. Reza todos los dias siete *Padre nuestros* y siete *Ave Marias*, como tributo que deben pagar todos los que traen esta piadosa librea; comulga todas las festividades de la Virgen, y los sábados hazla algun obsequio particular, como ayunar en ellos, ó cosa equivalente. Da todos los años algun público testimonio de tu amor á tu

divina Protectora; renuévale todos los meses, todas las semanas, y aun todos los dias, ya rezándola regularmente el santo Rosario, ya su oficio Parvo, ó á lo menos el de su inmaculada Concepcion. Muchos cofrades comen de vigilia todos los miércoles; otros, en lugar de esta abstinencia, dan alguna buena limosna, ó rezan el Rosario entero. En fin, no se te pase dia sin honrar el santo escapulario con alguna devocion ó mortificacion.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

SAN ALEJO, confesor, hijo del senador Eufemiano, en Roma; el cual la primera noche de sus bodas se partió de su casa dejando intacta á su esposa, y emprendió una larga peregrinacion: al cabo de ella volvió á Roma, y engañando al mundo de un modo nunca oido, fue acogido como pobre en la casa de sus padres, donde permaneció desconocido por espacio de diez y siete años. Después de su muerte, dándole á conocer una voz que se oyó en las iglesias de Roma y un papel que dejó escrito, en tiempo del papa Inocencio I, fue trasladado con solemne pompa á la iglesia de San Bonifacio, en donde resplandeció con muchos milagros. (*Véase su vida en las de hoy*).

LOS SANTOS MÁRTIRES SCILITANOS ESPERATO, NARZAL, CITINO, VETURIO, FÉLIX, ACILINO, LETANCIO, GENARA, GENEROSA, VESTINA, DONADA y SEGUNDA, en Cartago; los cuales, por mandato del prefecto Saturnino, á su primera confesion fueron encarcelados y enclavados en unos postes, y por último degollados. Las reliquias de Esperato junto con los huesos de san Cipriano y la cabeza de san Pantaleon, mártir, fueron trasladadas del África á Francia, y colocadas solemnemente en Leon en la iglesia de San Juan Bautista. (*Fueron llamados los Mártires scilitanos, porque eran de la provincia consular de Scilita, siendo los primeros que dieron la vida en Cartago por confesar á Jesu-cristo*).

SAN JACINTO, mártir, en Amastris en Paflagonia; el cual habiendo padecido muchos tormentos por decreto del prefecto Castricio, murió en la cárcel. (*Por mandato de un Ángel se le puso el nombre de Jacinto, y solo contaba tres años cuando resucitó á un muerto con solo invocar el nombre de Jesús. Dió ocasion á su martirio el haber arrancado un árbol que los idólatras tenían en suma veneracion*).

SAN GENEROSO, mártir, en Tívoli.

SANTA TEODOTA, mártir, en tiempo de Leon el Iconoclasta, (*esto es, el destructor de las santas imágenes*), en Constantinopla.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN LEON IV, papa, en Roma. (*Véase su historia en las de hoy*).

SAN ENNODIO, obispo y confesor, en Pavia. (*Era oriundo de las Galias y de noble estirpe. Combatido de remordimientos por los desórdenes de su juventud se consagró á la Iglesia, ordenándose con el consentimiento de su mujer, jóven rica y bella, la cual hizo tambien voto de perpetua continencia. Escribió varios tratados en defensa de la Iglesia, combatida entonces por el cis-*

ma, y publicó la apologia de Teodorico, rey de Italia, la vida de san Epifanio de Pavia, y la de san Antonio de Lerins. El clero de Pavia lo eligió por su obispo. Murió en el año 521).

SAN TEODOSIO, obispo, en Auxerre.

SANTA MARCELINA, virgen, hermana de san Ambrosio, obispo, en Milan: la cual en la basílica de San Pedro en Roma recibió el velo de la Religión de manos del papa Liberio: de la santidad de esta virgen da buen testimonio el mismo san Ambrosio en sus obras.

LA TRASLACION DE SANTA MARINA, virgen, en Venecia. (*Véase su historia en el dia 18 de junio*).

SAN ALEJO, CONFESOR.

Celebra la Iglesia en este dia la fiesta de san Alejo, tan conocido por el generoso desprecio que hizo de los gustos y conveniencias de esta vida, y por la heroica victoria que consiguió de la carne y de la sangre.

Nació en Roma hácia la mitad del cuarto siglo, siendo emperador Valentiniano I. Su padre fue Eufemiano, uno de los mas ricos y mas ilustres senadores de la ciudad; su madre Aglais, cuya nobleza era igual y en todo correspondiente á la de su esposo; pero ambos mas recomendables por su notoria virtud que por su nacimiento ni por sus bienes de fortuna. Su casa era el abrigo de todos los pobres, y su caridad parece que no podia llegar á mas. Fuera de las muchas limosnas secretas que repartían entre los pobres honrados y vergonzantes, cada dia daban de comer á trescientos ó cuatrocientos á la puerta de su casa; de manera, que todas sus grandes rentas se consumían en limosnas. Inclinábalos mas á esta misericordiosa liberalidad el hallarse sin sucesion y sin heredero; pero al fin les concedió el cielo uno que desde luego le consideraron por fruto de sus limosnas y de sus oraciones.

El nacimiento de Alejo llenó de gozo á toda la familia; pero la santidad de su vida la colmó con el tiempo de gloria y de esplendor. Paso los primeros años de su niñez en compañía de sus padres, cuyos ejemplos y cuya doctrina eran igualmente eficaces para grabar en su tierno corazon el amor á todas las virtudes. Pusieron el mayor cuidado en buscarle maestros que fuesen tan hábiles en la ciencia de los Santos como en las ciencias humanas. Hizo en estas tan extraordinarios progresos, y en tan poco tiempo, que acreditó bien la excelencia de su ingenio; y como por otra parte era de índole suave y apacible, de mucha viveza y de rara penetracion, acompañado todo de unos mo-

dales naturalmente gratos y cortesanos, en pocos años fue la admiracion y las delicias de la ciudad y de la corte.

Pero todo esto le hacia poca impresion. Al paso que iba creciendo en sabiduría, crecia tambien en virtud, y desde luego se reconoció el tedio y el disgusto á las cosas del mundo que le inspiraba su tierna devocion. Por lo mismo se dieron prisa sus padres á que tomase estado; y significándole el deseo que tenian de casarle cuanto antes, prestó su consentimiento. Tanto por su nacimiento, como por sus grandes bienes y por su notoria virtud, se le proporcionó con la mayor facilidad la mas apreciable conveniencia; era una doncella romana de la primera calidad, en quien se competian la virtud y la hermosura, formada, al parecer, expresamente por el cielo para coronar las felicidades de aquella ilustre familia. Habia condescendido Alejo con la voluntad de sus padres, precisamente por el respeto que les profesaba, y por el miedo de no disgustarlos con la resistencia: en cuya consideracion la boda que se acababa de celebrar con grande solemnidad no le entibió el fervoroso deseo de ser todo de Dios, sin repartir el corazon con alguna criatura.

Encendiósele mas este deseo luego que se desposó; y tomó la generosa resolucion de romper de una vez todos los lazos que podian aprisionarle en el mundo. Persuadióse á que sola la fuga le podia facilitar la ejecucion de su generoso intento; y el mismo Dios que se la inspiró, le sostuvo en ella. Mientras la casa de Eufemiano se hundia, por decirlo así, con la fiesta de la boda, y mientras toda la ciudad concurría á ella, interesándose toda en su justo regocijo, entró Alejo en el cuarto de su esposa, presentóla una sortija y un cintillo de inestimable valor, suplicóla que se sirviese admitir aquella corta demostracion en prendas de su tierno amor, y sin decirlo mas, se retiró; salióse secretamente de casa de sus padres, y dirigiéndose al puerto disfrazado, se metió en un navío que estaba para partir, y se hizo á la vela para Laodicea.

Tardóse poco en reconocer la no esperada fuga de Alejo. Convirtiéndose la casa de Eufemiano en llantos, en clamores, en diligencias. Búscanle, infórmanse, preguntan, examinan, despáchanse propios á todas partes; pero todo inútilmente. Estaba ya Alejo en alta mar cuando le andaban buscando dentro de Roma. No cabe en la ponderacion el dolor de sus afligidos padres cuando perdieron del todo las esperanzas de tener noticias de él; todo era lágrimas, sollozos y suspiros; el padre anegado en afliccion, la madre sin consuelo, la mujer jóven y desamparada, dia y noche ahogada en llanto; solo se

explicaban por los ojos, y si pronunciaban alguna palabra, era esta: *¿A dónde estás, nuestro querido Alejo?* Mientras tanto llegó el Santo á Laodicea; y temiendo ser conocido en esta ciudad, partió á pié para Edesa, donde resolvió fijar su asiento, como pueblo muy á propósito para vivir desconocido y en una extrema pobreza. Repartió entre los pobres lo que le habia quedado, y se entregó en manos de la Providencia. Por extranjero, por el aire de simplicidad que afectaba, por lo pobre y andrajoso de su vestido, logró buena cosecha de insultos y desprecios. Mirábanle como á un hombre sin mansion y sin oficio, como á un holgazan y vagamundo, por lo cual le daban limosna con dificultad y de mala gana. Los muchachos le escarnecian, el vulgo le ultrajaba, y en aquel general abatimiento triunfaba Alejo, inundado su corazon en una santa alegría, viéndose harto de oprobios, á imitacion de su divino Maestro.

Por su tierna devocion á la santísima Virgen, que habia mamado con la leche, y habia crecido con la edad, escogió la iglesia de Nuestra Señora para su residencia ordinaria. Pedia limosna á la puerta de esta iglesia algunas horas del dia, y las demás las pasaba en oracion. Por la noche dormia en el pórtico de ella tendido en la dura tierra.

Era muy contraria la vida presente á aquella en que se habia criado, y así en breve tiempo se desfiguró de manera, que no era posible conocerle. Llegaron á Edesa en busca suya algunos criados de su padre, con la noticia que tuvieron de que un mancebo se habia embarcado para el Oriente; conociólos él muy bien, pidióles limosna, y se la dieron, sin saber á quién se la daban. No estuvo largo tiempo escondida una virtud tan extraordinaria; dióse á conocer, á pesar de sus andrajos y de sus diligencias para ocultarla, confundiéndose con la gente mas vil, y afectando grosería en sus modales. Corrió la voz por la ciudad, de que el extranjero que pedia limosna á la puerta de la iglesia de Nuestra Señora no era lo que parecia. Cada uno contaba lo que habia notado en él: unos ensalzaban su modestia y su dulzura; otros su recogimiento, su devocion, su humildad y su paciencia. Todo esto servia de mortificacion á nuestro Santo, haciéndosele intolerable la estimacion con que le comenzaban á tratar; pero lo que dió mas vuelo á su reputacion, y lo que aumentó tambien el dolor á su humildad, fue el milagroso testimonio que el mismo Dios quiso dar de su virtud. Considerando un dia el sacristan de Nuestra Señora la humildad, el agrado, la constancia y el continuo ejercicio de oracion que habia observado en Alejo, oyó una voz que le pare-

ció salir del simulacro de la santísima Virgen, colocado sobre la puerta, la cual le decia, que aquel pobre que nunca se apartaba del pórtico de la Iglesia era un gran siervo de Dios, cuyas oraciones podian mucho con el Señor. El buen sacerdote, que ya de antemano le miraba con veneracion, le hizo grandes instancias para que admitiese un cuarto de su casa, ofreciendo asistirle con todo lo necesario para la vida.

Sobrava mucho de esto para sobresaltar á la humildad del siervo de Dios; pero lo que últimamente le determinó á dejar un país donde era ya tan honrado, fue otro segundo testimonio que dió el Señor de la santidad de su siervo; porque hallando un día cerrada la puerta de la iglesia, oyó el portero á la misma Imágen, que le decia: *Abre, y deja entrar al hombre de Dios, cuyas oraciones son tan bien recibidas en el cielo*: milagroso suceso, que extendido por toda la ciudad, obligó á Alejo á salir de ella cuanto antes. Embarcóse en el primer navío que se hizo á la vela, suplicando al Señor le encaminase donde fuese su voluntad. Era el intento del capitan y del equipaje partir á Laodicea, y el pensamiento de nuestro Santo transferirse desde allí á Tarsó; pero una furiosa tempestad llevó el navío á las costas de Italia, y le metió en el puerto de Roma.

Conoció entonces Alejo que Dios le habia conducido á su mismo país para disponerle á una victoria mucho mas gloriosa que todas las antecedentes. En fuerza de esta luz, resolvió entrar en Roma para vivir en ella como habia vivido en Edesa; y queriendo el Señor dar á su Iglesia un ejemplo del mas perfecto desasimiento que se habia visto hasta entonces, y la prueba mas sensible de lo que puede su gracia, le inspiró la resolucion de irse derecho á casa de sus mismos padres, sabiendo la caridad con que eran recibidos en ella todos los pobres. Lleno de valor y de un fervoroso deseo de corresponder con fidelidad al interior impulso de la Gracia, llegó á la puerta del palacio de Eufemiano, y acercándose á él á tiempo que volvía del Senado, le dijo: *Señor, tened piedad de este pobre de Jesucristo, y permitid se recoja en algun rincon de vuestro palacio, que Dios os pagará esta grande caridad*. Enternecióse extraordinariamente Eufemiano al oír aquella humilde súplica; y admirado él mismo de no poder contener las lágrimas á vista de aquel pobre extranjero, dió orden á un criado de que le alojase en algun rincon, y cuidase de darle de comer todos los dias. No gustó mucho el criado de tal orden, teniéndola por sobrecarga; y mirando con ceño al pobre que le ocasionaba aquel ligero trabajo, después de hartarle de injurias y desprecios, le alojó

en un aposentillo muy oscuro debajo de la escalera principal. Luego que Alejo se vió en él, fue su primera diligencia dar muchas gracias al Señor por verse tan maltratado en la misma casa de su padre.

No es fácil explicar lo mucho que el Santo tuvo que sufrir de la insolencia y de la rusticidad de los criados por espacio de diez y siete años que le duró aquella vida. Teniéndole por algun esclavo fugitivo, ó á lo menos por un holgazan y vagamundo de la mas vil canalla del pueblo, lo hicieron objeto y asunto de sus pesadimas burlas: su inalterable paciencia y mansedumbre la calificaban de estripidez; muchas veces le dejaban sin comer, y nunca le daban un triste bocado sin sazónarsele con alguna injuria. Alejo por su parte jamás estaba mas contento que cuando se veia mas maltratado; pero no dándose por satisfecho con esto, á los malos tratamientos de los otros añadia él rigurosas penitencias. Su cama era la tierra; sus muebles un Crucifijo; su ayuno continuo; su alimento pan y agua, y ese con tanta escasez, que no se comprendia cómo podia vivir; su ocupacion de dia y de noche era la oracion. Nunca salia á otra parte que á la iglesia; comulgaba todos los domingos; y las dulces lágrimas que deramaba eran efectos del fuego divino que abrasaba y derretia su corazon.

Pero ni la dureza de los criados, ni el rigor de sus penitencias era lo que le mortificaba mas; el tormento mas terrible y el mayor dolor que despedazaba su tierno corazon era el de tener siempre á la vista á un padre afligido, á una madre inconsolable, y oir incesantemente los ayes y los suspiros de una esposa, que mil veces al dia pronunciaba el dulce nombre de Alejo. Como tenia perpetuamente delante de los ojos estos objetos tan halagüeños como tentadores, cada momento renovaban en su amoroso pecho los naturales impulsos del amor y de la ternura; pero acudia inmediatamente á la oracion; protegíale la santísima Virgen; sostenia la Gracia su valor, y le daba fuerzas para resistir tan porfiados y tan furiosos asaltos.

Después de diez y siete años de tantas victorias como combates, el Señor quiso, en fin, premiar la heroica fidelidad de su gran siervo. Sabiendo por revelacion divina el dia y la hora de su muerte, se sintió fuertemente inspirado de Dios para manifestar al mundo las maravillas de la Gracia, escribiendo él mismo la historia de su vida, que con tanto cuidado habia escondido á su conocimiento. Hizolo así, expresando individualmente en un papel todos los pasos de su vida, su nombre, el de sus padres, el regalo que hizo á su esposa el dia de la boda, con todas las circunstancias mas menudas de su niñez y

de su educacion; cerróle, apretóle en la mano, púsose en oracion. y colmado de merecimientos pasó dulcemente al descanso del Señor.

Aun no se sabia su muerte á tiempo que Eufemiano se hallaba en la iglesia de San Pedro asistiendo á la misa que celebraba el papa Inocencio I, en presencia del emperador Honorio, donde se oyó una milagrosa voz que decia: *Acaba de espirar el siervo de Dios: es grande su poder, y murió en casa de Eufemiano.* Fue general el asombro: pero mayor que todos el de Eufemiano, el cual llegándose al Emperador, le dijo: *Señor, si es cierto lo que nos anuncia esta voz, el Santo no puede ser otro que un pobre extranjero á quien muchos años há recogí en mi casa por caridad.*

Luego que se acabó la misa, el Papa y el Emperador, seguidos de innumerable gentío, se dirigieron á casa del senador Eufemiano. Acudióse inmediatamente al aposentillo del siervo de Dios, y le hallaron muerto, tendido en el suelo. Al mismo tiempo que todos los concurrentes estaban preocupados de los primeros movimientos de respeto y de veneracion, se reparó que tenia un papel cerrado en la mano. El ansia y la curiosidad de saber lo que contenia movió á Eufemiano á querérsele tomar; pero no le fue posible arrancársele. Mandó el Papa que todos se hincasen de rodillas; y dichas algunas oraciones, él mismo se le sacó sin dificultad, y se le entregó á Accio, canceller de la Iglesia romana, mandándole que le leyese en alta voz. No hay voces para explicar el asombro y la admiracion de todos cuando llegaron á entender que el imaginado extranjero era Alejo, hijo del senador Eufemiano, y se enteraron de toda la historia de su portentosa vida.

Mas faciles son de concebir los afectos de las diferentes pasiones que se apoderaron de todos los concurrentes, con especialidad de Eufemiano y de toda su familia. Al primer pasmo sucedió inmediatamente la admiracion y el sentimiento, el gozo y el dolor; y batallando entre estos distintos afectos el corazon de aquel dichoso padre, se arrojó sobre el cuerpo de su hijo, explicándose no con voces, sino con lágrimas y gemidos.

Mientras se procuraba arrancar al venerable anciano del santo cadáver, llegaron la madre y la esposa del siervo de Dios. No es posible ver espectáculo mas tierno; regaron el cuerpo con sus lágrimas, sin poder al principio articular una palabra, cortándolas el respeto y el dolor; pero al fin, pudiendo el dolor mas que el respeto, se desahogaron las dos en quejas amorosas: *Hijo mío Alejo* (exclamó la madre), *¿es posible que siquiera no me dejaste recibir tus últimos sus-*

piros? Esposo mio de mi vida (continuó la nuera) *¿qué te hice yo para que me hubieses tratado así? ¡Es posible que era mi hijo* (volvía á exclamar la madre) *aquel pobre que todos los dias tenia delante de mis ojos! ¡Es posible* (tornaba á gritar la nuera) *que aquel pobre tan mal sustentado y tan ultrajado era mi dulce esposo, y que no lo haya sabido yo hasta que ya no está en esta vida!*

Extendida por toda la ciudad la noticia de esta maravilla, acudió toda Roma al palacio de Eufemiano, ansioso cada uno de lograr el consuelo de besarle, ó á lo menos de ver el santo cuerpo. Creció el concurso con los milagros que obró Dios en la misma hora; y aunque se arrojaron monedas al pueblo para divertir la gente y para que se retirase, pudo mas la devocion que la codicia; de manera, que no fue posible abrir paso por el concurso para conducir el cadáver á la Iglesia hasta que los soldados le abrieron con espada en mano. Acompañáronle el Papa, el Emperador y todo el Senado, convirtiéndose los funerales en un triunfo tan pomposo cual no le vió Roma semejante. Al principio se llevó el santo cuerpo á la iglesia de San Pedro para que el pueblo lograse la satisfaccion de verle y venerarle, y de allí se le trasladó á la de San Bonifacio, donde se habia desposado. Su padre, su madre y su esposa estuvieron siete dias enteros sin separarse de sus reliquias. Erigiósele un magnífico sepulcro, que hizo glorioso el Señor con gran número de milagros; y con el tiempo se convirtió en iglesia de San Alejo el palacio de Eufemiano, que estaba en el monte Aventino, donde aun el dia de hoy se muestran algunos pasos de la escalera, bajo la cual estaba el aposentillo del Santo, y tambien una imagen de Nuestra Señora, que se dice ser la misma que estaba colocada sobre la puerta de la iglesia de Edesa, y habló al sacristan en favor de san Alejo.

SAN LEON IV, PAPA Y CONFESOR.

Fue hijo de un noble romano, y educado en el monasterio de San Martin fuera de muros, hasta que fue hecho por el papa Sergio II presbítero de los cuatro Mártires coronados. Fue electo Papa por muerte del mismo Sergio en el año de 847, y gobernó la Iglesia ocho años, tres meses y algunos dias. Los sarracenos habian recientemente saqueado, viniendo de Calabria, la iglesia Vaticana de San Pedro, y aun se mantenian á los alrededores de Roma. El primer cuidado de Leon fue reparar la parte ornamental de esta iglesia, especialmente la *Confesion*, ó sepulcro de San Pedro, con el altar que hay sobre él; y para precaver segundo saqueo en aquel sagrado lugar,

con la aprobacion y liberalidad del emperador Lotario, cercó de murallas todo el monte Vaticano, y edificó dentro de ellas un nuevo cuartel de aquella ciudad, que por su nombre se le puso el *Leonino*. Reedificó tambien y reparó los muros de la ciudad misma, y los fortificó con quince torres. Mientras él ponía á Roma en disposicion de defensa marcharon los sarracenos á Porto con intento de saquear la ciudad. Los napolitanos enviaron sus tropas en socorro de los romanos: el Papa encontró este refuerzo en Ostia, les echó su bendicion, y todos los soldados recibieron de su mano la comunión. Después de haberse retirado el Papa se trabó una batalla la mas sangrienta, y los sarracenos quedaron todos ó muértos, ó prisioneros, ó dispersados. El buen Papa consideraba los pecados del pueblo como causa principal de todos los desastres públicos; é inflamado de un celo santo ejercitó con el mayor vigor toda su autoridad en la reformation de las costumbres, y de la disciplina de la Iglesia. Para este intento juntó en Roma un concilio de sesenta y siete obispos; y entre otros ejemplares que hizo depuso y descomulgó á Anastasio, presbítero cardenal de la iglesia de San Marcelo, porque rehusaba residir en su parroquia. Recibió con muchos honores á Ethelwolfo, rey de Inglaterra, que en el año de 854 hizo una peregrinacion á Roma.

El papa Leon envió á todos los obispos y pastores una *homilia sobre el cargo pastoral*, publicada por Labbé por manuscritos vaticanos, y que se halla tambien en el Pontifical romano. En ella se arreglan todas las funciones principales de la dignidad de pastor, y se ve esforzada cada una de sus obligaciones con no menos piedad que erudicion. Entre otros milagros que se cuentan de este Papa, se hace mencion de uno en que con la señal de la cruz apagó un fuego muy grande que se habia prendido en la ciudad, y amenazaba ya la iglesia del Principe de los Apóstoles. Murió en 17 de julio del año de 855; y Benedicto III, presbítero de la iglesia de San Calixto, fue inmediatamente electo Papa en su lugar.

La Misa es en honor de san Alejo, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui nos beati Alexii, confessoris tui, annua solemnitate laetificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad del bienaventurado Alejo, tu confesor, concédenos que imitemos las acciones de aquel cuyo nacimiento al cielo celebramos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo vi de la primera que el apóstol san Pablo escribió á Timoteo.

Charissime: Est quaestus magnus, pietas cum sufficientia. Nihil enim intulimus in hunc mundum; haud dubium quod nec auferre quid possumus. Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus. Nam qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia et nociva, quae mergunt homines in interitum et perditionem. Radix enim omnium malorum est cupiditas, quam quidem appetentes, erraverunt à fide, et inseruerunt se doloribus multis. Tu autem, ó homo Dei, haec fuge, sectare vero justitiam, pietatem, fidem, charitatem, patientiam, mansuetudinem. Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam aeternam.

Carísimo: La piedad juntamente con el contentarse con poco es una grande ganancia. Porque nada trajimos á este mundo, y no hay duda que nada podemos sacar de él. Pero teniendo alimentos y con que cubrirnos, contentémonos con esto. Porque los que quieren enriquecerse, caen en la tentación, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos, los cuales sumergen á los hombres en la muerte y en la perdición. Porque la raíz de todos los males es la codicia, por cuyo amor algunos se apartaron de la fe, y se mezclaron en muchos dolores. Pero tú, ó hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia y la mansedumbre. Pelea en la buena guerra de la fe, y coge la vida eterna.

REFLEXIONES.

La concupiscencia es la raíz de todos los males; algunos, dejándose arrastrar de ella, se descaminaron en la fe, y se precipitaron en mil trabajos y calamidades. No acusemos, pues, la malicia de nuestros enemigos, ni la emulacion de nuestros concurrentes, ni la malignidad de los envidiosos en la multitud de tantos funestos accidentes como nos hacen gemir. No atribuyamos nuestros disgustos al mal humor de las gentes con quienes vivimos nosotros; nosotros mismos somos la única causa de nuestros trabajos y de nuestras inquietudes. En nuestro corazon reside el lago fatal de donde se levantan aquellos negros vapores que forman las nubes, que turban la serenidad de nuestros dias, y que frecuentemente se resuelven en tan furiosas tempestades. La concupiscencia es el triste origen de aquellos impetuosos torrentes, que inundan, que arrastran y arruinan los mismos lugares donde se forman. Sufoca el amor de los deleites, apaga el deseo de las riquezas, y presto lograrás una gran calma; pero si se dejan crecer las pasiones, si se suelta la rienda al insaciable ardor de la concupiscencia; si no tiene freno el orgullo, ni la ambicion reconoce límites, ¿qué diluvio de males se han de desgajar precisamente sobre el corazon! Entregado este como miserable presa á las

pasiones, de necesidad ha de ser su triste víctima. Y si solo se sacrificaran los bienes, la vida y el sosiego, algun día podríamos consolarnos quizás de esta pérdida, pero no hay pasión que no hiera al alma; todas conspiran contra nuestra salvacion. El primer efecto de la concupiscencia es oscurecer el entendimiento, debilitar la razón y corromper el corazón: corrompido este, ¿qué tales serán las costumbres? ¿cuál será la fe, cuál la religion de unas costumbres estragadas? La pasión ofusca al entendimiento; en dominando la concupiscencia, nunca se ven los objetos como son. En puntos naturales se puede errar inocentemente; la opinión es mas universal que la ciencia; pero en materia de fe no hay error voluntario que no sea culpable; ninguno que no guie al precipicio, ninguno que no sea mortal. ¿Te descaminas en esta materia? nada te debe afligir mas, puesto que Jesucristo te enseñó el verdadero camino de la salvacion, y te dejó reglas infalibles. Mas al fin, para quien conoce la ligereza del espíritu humano, y para quien sabe lo corrompido que está el corazón del hombre, no es cosa incomprensible el que una vez desbarre: mas lo que no se puede comprender es la terquedad con que se obstina en descaminarse en medio del día; el empeño en querer dar mas asenso á su espíritu que al de la Iglesia. Todo esto es obra de la pasión; el primer fruto de la concupiscencia es la ceguedad. En dejándose arrastrar de aquella, se desvia de la fe, y al menor desvío de la fe se aleja mucho del verdadero camino. Ahoga la pasión, y cesarán las herejías; destierra la concupiscencia, y á todos los herejes los verás presto convertidos.

El Evangelio es del capítulo XIX de san Mateo.

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quod vos qui secuti estis me, in regeneratione, cum sederit Filius hominis in sede majestatis suae, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam aeternam possidebit.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: Hé aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido; ¿qué premio, pues, recibiremos? Pero Jesús les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del Hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De la vida oscura.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es muy ventajoso, así para la salvacion como para la quietud, el nacimiento humilde, la condicion oscura, y una vida privada y escondida. ¡De cuántos estorbos para la salvacion; y de cuántos peligros se libra un hombre de mediana esfera! ¡de cuántos disgustos se exime! No, ciertamente; los grandes del mundo no son los mas dichosos. Acaso se hablaria con mayor propiedad si se dijese que no hay hombres mas dignos de compasion que los grandes del mundo. Ya se sabe que los lugares mas altos son siempre los mas combatidos y agitados; en las montañas mas elevadas no hay abrigo, sino que por fortuna se halle alguna caverna, ó el hueco de una peña para ponerse á cubierto de los torbellinos y de las borrascas. Por eso, si los buscas en la historia, hallarás en ella tantos grandes príncipes, que considerando todos los peligros inseparables de su estado, las continuas agitaciones, el tumulto eterno, la conspiracion de todas las pasiones, el halago tentador de los sentidos, el incentivo y la multitud de los objetos, todos á competencia mas y mas enemigos de la Gracia, espantados así del engañoso cebo del deleite, como de la amargura que le sigue, descendieron de la fastidiosa elevacion de los honores para encontrar asilo en un desierto, ó en el retiro de un claustro; prefirieron la oscuridad de una pobre celda á todo el esplendor, á toda la magnificencia de los mas soberbios palacios, y aun del trono mismo. Y ¿quién los censura de haber abrazado este partido? ¡Ah, que todos admiran con justicia su religion, todos ensalzan su generosidad, y cada año se repiten los elogios de su cordura y de su sabiduría! Pues en este feliz estado, por el cual suspiraron aquellos dichosos grandes del mundo, que le buscaron, y le hallaron en fin á costa de mil estorbos y dificultades, se hallan naturalmente los que nacen sin especial distincion, sin muchos bienes de fortuna, logrando la de disfrutar una vida particular y desconocida. Los primeros ¿cuántos combates tuvieron que resistir, cuántas dificultades que superar, y cuánto les costó aquella gloriosa victoria? Pero una fortuna mediana, unos talentos moderados y comunes, una honrada oscuridad libran de este monton de embarazos, y colocan al hombre en aquella tranquilidad, en aquella dulce quietud en que quisieran morir casi todos los que vivieron cercados del fausto, de pompa y de esplendor. ¡Ah, y si co-

nocieran cuánto vale su oscura condicion los que viven en ella, y qué poco murmurarian de la Providencia, y qué poco se quejarian de ella! ¡y qué poca envidia tendrian á los grandes!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que es preciso que sea mas estimable de lo que comunmente se piensa una vida sin fausto, sin esplendor, humilde y desconocida, puesto que el mismo Jesucristo la escogió para sí, con preferencia á la otra. Es cierto que por su nacimiento era ilustre, pues fue de sangre real; pudo vivir con esplendor y con opulencia; en cuyo caso, mirándole con los ojos de la prudencia humana, seria mucho mas seguido, y contaria mucho mayor número de discípulos; pero la Sabiduría divina lo pensó de otra manera, y le representó el estado pobre, humilde, oscuro y olvidado, como muy digno de ser preferido á los mas brillantes de la tierra. Y con efecto, ¿qué estado mas propio para el cielo? ¿qué camino mas seguro, mas fácil ni mas quieto? Pocos Santos dejaron de solicitar la oscuridad; ninguno hubo que no huyese de los honores mundanos; todos miraron siempre las riquezas, no solo como espinas que punzan, sino como prestigios, como trampantojos que engañan, deslumbran y alucinan. Considera á san Alejo en su aposentillo debajo de la escalera, ó en el pórtico de la iglesia de Edesa. Pocos hombres nacieron mas afortunados, segun el mundo; su familia ilustre por su antigua nobleza, y sostenida esta con el mayor esplendor á expensas de un patrimonio opulento; dotado de aquellas prendas que no solo constituyen el mérito en la estimacion de los hombres, sino que captan el aplauso, y arrastran el corazon; jóven airoso, bien dispuesto, hábil, discreto, sabio, ¡con qué honor, con qué conveniencias, con qué esplendor pudo haber vivido en Roma! Pero este jóven caballero todo lo abandona por amor de Jesucristo; deja á su padre, á su madre, sus bienes, su esposa en el mismo dia de la boda por entregarse á una vida pobre, oscura y abatida, desafiando y acometiendo al mundo hasta en sus mismas trincheras. Vuelve á la casa de sus padres; mas ¿para qué? para vivir en ella desconocido, humillado, abatido, despreciado, con la mas extrema pobreza, y en una asombrosa oscuridad. ¡Cuántos hay en el mundo que logran la misma dicha, pero sin conocerla! Si los pobres, si los oficiales, si las personas de humilde y oscura condicion se supieran aprovechar de los medios que su mismo estado les ofrece para hacerse grandes Santos, ¡buen Dios, qué bendiciones, qué gracias no os darian por haber nacido pobres! Acabemos ya de conocer el mérito de una vida oscura, des-

engañándonos, de que todos los medios que se aplican, y todos los esfuerzos que se hacen para levantarse del polvo, son otras tantas diligencias para echársele en los ojos, y por eso no se distingue la falsa brillantez, la inanidad, la ninguna sustancia de los honores á que con tanto anhelo se aspira.

Alumbradme, Señor, con vuestra divina gracia, para que conozca las grandes ventajas de una vida oscura, distante del fausto y del tumulto, y abrigada contra tantos peligros de la salvacion. Sí, mi Dios, sea yo olvidado y menospreciado de los hombres con tal que os ame, que os sirva, que os agrade en mi dichosa oscuridad.

JACULATORIAS.—Desviadme, Señor, del camino de la perdicion, y sienta yo los efectos de vuestra misericordia viviendo segun vuestra santa ley. (*Psalm. cxviii*).

Vivo, Señor, oscuro y humillado; pero muy contento con esta vida, confiado en vuestra divina palabra. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 ¿Eres grande en el mundo? ¿te ves superior á los demás por los empleos, por la dignidad, por los talentos y por las riquezas? No por eso te juzgues mas dichoso, pues con efecto no lo eres. Por brillante que sea tu condicion, considérala como llena de lazos y de peligros; en lugar de tratar con desprecio a los que son inferiores a tí por su humilde y oscura condicion, envidialos las ventajas que logran en ella, tenlos por mas dichosos que tú, y dobla tu vigilancia; vive mas sobre aviso en un estado donde todo es tentacion.

2 ¿Eres pobre, sin talentos, sin muchos bienes de fortuna, sin proteccion y sin apoyo? ¿vives olvidado, desconocido y despreciado? Guárdate bien de tenerte por infeliz, ni de estar disgustado con tu suerte; antes bien te debes considerar como mejor librado. Considera que muchos príncipes, muchas personas que nacieron rodeadas de esplendor, que se criaron entre los placeres, que se distinguieron en el mundo por sus muchos bienes de fortuna, que se vieron colmadas de honores, de séquito, de gustos, y de los mas halagüenos atractivos del mundo, lo sacrificaron todo, lo abandonaron todo por encerrarse en un claustro, por enterrarse en un desierto, por tener una vida aun mas oscura y mas olvidada que la tuya, por borrar la memoria de su nombre, de sus talentos, de su mérito personal, de su nacimiento, y para vivir en un eterno olvido. Está contento con tu suerte; da mil gracias á Dios por tu medianía; pero aprovéchate de

los medios que te proporciona para tu salvacion. No envidies la suerte de los dichosos del mundo, y ten por cierto que algun dia envidiarán ellos la tuya. Bendice al Señor todos los dias, porque dispuso que nacieses en ese estado; y cuando veas esos pomposos monstruos de mundanidad, ese exterior aparato de brillantez, siempre engañosa, ese estrépito de las grandezas humanas, considera ¿de qué servirá todo eso al que se condena? ¿de qué sirve á la hora de la muerte, y de qué servirá por toda la eternidad haber sido hombre grande, y no haber sido Santo?

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

SANTA SINFOROSA, mujer de SAN GETULIO, mártir, con sus siete hijos llamados CRESCENTE, JULIANO, MEMESIO, PRIMITIVO, JUSTINO, ESTACTEO Y EUGENIO, en Tivoli. La madre en tiempo del emperador Adriano, por su insuperable constancia primero fue por mucho tiempo abofeteada, después la colgaron de los cabellos, y por último con una piedra atada al cuello la precipitaron en un rio, en el cual fue ahogada. Los hijos descoyuntados con poleas, consumaron el martirio con diversos tormentos. Sus cuerpos fueron después trasladados á Roma, y en tiempo del papa Pio IV fueron hallados en la diaconia del Santo Angel *in piscina*. (*Véase su historia en las de hoy*).

SANTA GUNDENA, virgen, en Cartago; la cual por mandato del procónsul Rufino fue atormentada cuatro veces en diversos tiempos, extendiéndola en el potro, despedazándola horriblemente con uñas de hierro porque confesaba á Jesucristo; por último, después de haber sufrido una cárcel larga y penosa, consumó el martirio siendo degollada.

SAN EMILIANO, mártir, en Dorostoro en la Misia; el cual en tiempo de Juliano apóstata, y por mandato del presidente Capitolino, fue echado en un horno encendido, donde recibió la palma del martirio.

SAN FEDERICO, obispo y mártir, en Utrecht. (*Véase su noticia en las de hoy*).

SANTA MARINA, virgen y mártir, en Galicia en España. (*Véase su noticia en las de hoy*).

SAN MATERNO, obispo y confesor, en Milan; el cual en tiempo del emperador Maximiano, por confesar la fe de Jesucristo, y por defender la iglesia que tenía á su cargo, fue encarcelado, muchas veces azotado, y finalmente, esclarecido por las muchas veces que confesó al Señor, murió en paz (*alcanzando ver acabada la persecucion con la conversion de Constantino. San Materno es de los Padres que mas trabajaron en Italia para regularizar la disciplina eclesiástica*).

LA GLORIOSA MUERTE DE SAN FILASTRIO, obispo de Brescia, en la misma ciudad; el cual fue muy perseguido de los herejes, particularmente de los Arianos, contra los cuales trabajó mucho de palabra y por escrito; finalmente, esclarecido por la confesion de la fe y por sus milagros, murió en paz.

SAN ARNULFO, obispo, en Metz en Francia, esclarecido en santidad y milagros; el cual prefiriendo la vida eremítica murió santamente.

SAN BRUNO, obispo y confesor, en Segni. (*Era llamado Bruno Astensis, porque era de la ilustre familia de los señores de Asti en el Piamonte, y nacido cerca de aquella ciudad. Fue este Santo de grandísima utilidad á la Iglesia en aquellos tiempos, desempeñando legacias, publicando tratados en defensa de las doctrinas ortodoxas, y defendiendo en el concilio Romano del año de 1079 la doctrina católica relativa á la sagrada Eucaristia contra Berengario. Los papas Gregorio VII, Victor III, Urbano II y Pascual II admiraron sus virtudes, sus talentos y su celo*).

SAN RUFILO, obispo de Forlimpopuli en la Romanía, en la misma ciudad.

SANTA SINFOROSA Y SUS SIETE HIJOS, MÁRTIRES.

Santa Sinforosa, cuyo nombre es tan célebre en la Iglesia, fue mujer, cuñada y madre de Mártires, y ella misma fue una de las mas ilustres Mártires que hicieron glorioso el segundo siglo.

Nació en Roma de una familia mucho mas distinguida por su constante adhesión á la religion cristiana, que por su antigua nobleza, ni por el elevado lugar que se habian hecho en la ciudad sus ilustrísimos abuelos. Nada se sabe de los primeros años de su vida; solo es cierto que fue educada en los principios de la Religion, y en las habilidades correspondientes á las doncellas de su calidad. Por su virtud y por su mérito fue pretendida de todos los señores cristianos de Italia, entre los cuales fue preferido Getulio, cuya boda se consideró la mas ventajosa.

Poseia Getulio, por otro nombre Zótico, ricos y dilatados bienes en el territorio de Tívoli, llamado entonces *Tierra de Sabina*, y hoy *la Campaña de Roma*. Era un caballero muy piadoso, de gran celo por la religion cristiana; y precisamente pretendió á Sinforosa por mujer, enamorado principalmente de su virtud, y de las demás prendas que la acompañaban. Así él como otro hermano suyo, por nombre Amancio, eran tribunos militares; esto es, maestro de campo en el ejército del emperador Adriano, príncipe supersticioso sobre todos los príncipes paganos, y que por lo mismo levantó contra la Iglesia una de las persecuciones mas crueles, cuyo furor obligó á Amancio á ocultarse, y á Getulio á abandonar sus bienes y su familia, que se habia retirado á Tívoli, quedándose él en las cercanías de Roma, donde instruía y sustentaba á muchos cristianos. Tardó el cielo poco tiempo en premiar su celo y su caridad. Dióse orden á Cereal, vicario de Roma, para que le prendiese: pasó á ejecutar su comisión; pero luego que oyó hablar de la religion á Getulio y á Amancio, se convirtió á ella. Esto hizo en Roma mucho ruido, y se despachó á Licinio, oficial del Emperador, para que le arrestase á él, á

los dos hermanos , y á otro llamado Primitivo. Padecieron todos diferentes tormentos; fueron cruelmente azotados, y después de veinte y siete dias de prision en Tívoli los sacaron de la cárcel para cortarles las cabezas; lo que se ejecutó á cinco leguas de Roma , en las márgenes del Tíber.

Durante el tiempo de la persecucion santa Sinforosa se mantenía en Tívoli cuidando de la educacion de sus siete hijos; mas no por eso dejaba de asistir á los santos Mártires en cuanto podia, y luego que supo su glorioso martirio , tuvo valor para ir ella misma en persona á retirar el cuerpo de su marido y de sus dos compañeros, enterrándolos en un arenal perteneciente á una de sus posesiones. Después de esta heroica accion se volvió á retirar á Tívoli , donde únicamente se ocupaba en criar á sus tiernos hijos, imprimiendo en sus blandos corazones los afectos mas fervorosos de la Religion; y como el viento de la persecucion cobraba cada dia nuevas fuerzas, se vió precisada á esconderse por espacio de siete meses en una cisterna seca, acompañada de sus siete queridas prendas, valiéndose de estas mismas incomodidades y trabajos par instruirlos y para adiestrarlos á los combates, que esperaba tendrian que sufrir algun dia por la fe, inspirándoles una generosa ambicion por la palma del martirio, cuyo valor y cuyo precio continuamente les ponderaba.

Hijos míos, les decia, mirad que lograís la dicha de tener un padre mártir y un tio mártir; gozando están de una felicidad que no tiene fin, por unos tormentos que se pasaron en pocas horas; roguemos continuamente al Señor se digne concedernos la misma suerte. Volvíase después al menor de todos, y le preguntaba: Dime, hijo mío, ¿y qué harías tú si te amenazaran que te habian de despedazar á azotes, caso que no quisieras ofrecer incienso á los ídolos? — ¿Qué haria? respondió el niño con admirable intrepidez y resolucion, ¿qué haria? dejarme hacer mil pedazos antes que ofrecer incienso á los demonios. — Pero, hijos, ¿no os espantaríais, no perderíais el ánimo si viérais que los verdugos os venian á degollar, si os pusieran delante las hogueras encendidas, las calderas de pez hirviendo, los ecúleos, las catastas, y otros tantos instrumentos de la crueldad? ¡Ay pobres hijos míos, añadía llorando, y cómo temo que os habeis de rendir á la violencia de los tormentos! — No lo temais, amada madre, no lo temais, respondió Crescente, el mayor de todos, lleno de aquella humilde confianza en Jesucristo, que vos nos habeis inspirado, salgo por fiador de mí y de mis hermanos, que ningun tormento será capaz de hacernos titubear, ninguno nos acobardará. Tardó poco en ofrecerse ocasion de desempeñar esta palabra.

Habiendo mandado el emperador Adriano edificar un palacio á distancia de algunas millas de Tivoli, no léjos de la casa de Sinforosa, quiso poner el nuevo edificio bajo la proteccion de alguno de sus dioses, como lo practicaban los gentiles que se preciaban de devotos. Antes de la ceremonia, siguiendo los impulsos de su ordinaria supersticion, resolvió hacer un sacrificio á sus mentidas deidades para saber si seria de su agrado la dedicacion que meditaba. Los demonios que habitaban en los ídolos á quienes dirigió la consulta, le respondieron que estaban continuamente inquietos y cruelmente atormentados por las oraciones que la viuda Sinforosa y sus siete hijos ofrecian todos los dias á su Dios, en perjuicio del culto y del honor que solo á ellos se les debia; por tanto, si deseaba que la habitacion del nuevo palacio fuese dichosa, era indispensable que obligase á Sinforosa y á sus hijos á que les ofreciesen sacrificios, y renunciasen su religion.

Bastó esto para que aquel supersticioso Príncipe mandase luego arrestar á Sinforosa y á sus hijos. Apenas los vió en su presencia, cuando hizo todo lo que pudo para persuadirlos á que sacrificasen á los ídolos; y dirigiendo la palabra á Sinforosa, la dijo con agrado y dulzura: *No ignoras que todo el delito de Getulio tu marido consistió en no querer renunciar las supersticiones de los Cristianos; por lo demás yo le estimaba, yo le amaba, y estaba resuelto á elevarle á las mayores dignidades del imperio como hubiera querido rendirse á mi voluntad; sé tú mas prudente que él, y sítate su desacierto de leccion y de escarmiento; yo quiero hacer tu fortuna y la de tus hijos; pero quiero que sin dilacion sacrifiques á los dioses.*

Señor, respondió Sinforosa, *la fortuna de mis hijos y la mia ya está hecha con tal que logremos la dicha de ser todos ofrecidos en sacrificio al verdadero Dios.* — *No seréis sino sacrificados á mis dioses,* respondió el emperador. — Señor, replicó intrépidamente Sinforosa, *esos vuestros mentidos y mentirosos dioses son ellos mismos desdichadas victimas sacrificadas á la justa cólera del único Dios verdadero; por lo que nunca me recibirán, ni me podrán recibir en sacrificio. Si me condenares á la hoguera ó al cuchillo por amor de Jesucristo, la hoguera que me consuma ó el cuchillo que me degüelle, mas que á mí atormentarán á esos que vos llamais vuestros dioses. A la vista tenemos como tan reciente el ejemplo de mi marido Getulio y de Amancio mi cuñado, que con religiosa generosidad supieron preferir una gloriosa muerte á la ignominia vergonzosa de sacrificar á los demonios: mis hijos y yo esperamos en la gracia de nuestro dulce Salvador, que no degenerarán ni del valor ni*

de la nobleza de su padre; y por vuestra misma experiencia aprenderéis que la magnanimidad cristiana se hace lugar en todas las edades y en todos los sexos cuando se trata de conservar la Religión.

Ofendido el Emperador de tan valerosa respuesta, puso fin á la conversacion, diciéndole que escogiese luego una de dos, ó sacrificar, ó espirar en los suplicios. *No penseis, señor,* respondió la Santa, *ni espantarme, ni embarazarme en el partido que he de elegir; ya le tengo tomado; he dicho, y lo vuelvo á repetir, que nada deseo tanto como dar la vida por aquel que primero sacrificó la suya por mí; y volviéndose á sus hijos, vamos,* les dijo con resolucion y con desembarazo, *vamos, hijos míos, á morir por Jesucristo.* Hicieron tal impresion en sus corazones estas palabras, que les salió al semblante el espíritu, el valor y la alegría; solo Adriano bramaba de coraje: mandó que Sinforosa fuese conducida al templo de Hércules, y que después de haberla abofeteado como á una vil esclava, la colgasen de los cabellos; pero informado de que todo esto no producía otro efecto que el de hacerla mas animosa, ordenó que con una gran piedra al cuello fuese arrojada en el rio Teverone, que pasa por Tívoli, donde consumó su glorioso martirio. Tenia un hermano, llamado Eugenio, que era el primer senador de Tívoli, el cual cuidó que se sacase del rio el santo cuerpo, y con gran secreto le hizo enterrar en un arrabal de la ciudad.

Ya no habia que temer de la constancia en la fe de los hijos, teniendo en el cielo tan poderosa protectora. Al dia inmediato mandó el Emperador que los trajesen á su presencia, y ellos se presentaron con tanta confianza y con tanto valor, que el Príncipe quedó asombrado. Eran sus nombres Crescente, Juliano, Nemesio, Primitivo, Justino, Estacteo y Eugenio. Tuvo por cierto el Emperador que siendo tan jóvenes, y hallándose huérfanos, los vencerian sus promesas, ó se rendirian á sus amenazas. Al principio les habló con mucho cariño, lisonjeándolos con halagüeñas esperanzas. *Ya, hijos míos,* les dijo, *os hallais sin padre y sin madre; pero no os desconsoléis, yo haré con vosotros el oficio de los dos. Id, ofreced incienso á los dioses inmortales, y volved seguros de que seréis premiados con magnificencia; pero guardaos bien de mostraros indóciles á mis órdenes, porque pagaréis con la vida cualquiera resistencia.* — Príncipe, respondió Crescente, *eso es justamente lo que todos deseamos; ni vuestras promesas nos han hecho impresion, ni vuestras amenazas nos han intimidado; no creais, señor, que serémos menos cristianos ni menos generosos que nuestros padres.* Hizo cuanto pudo el Emperador para desviarlos de su resolu-

cion; pero experimentando inútiles todos los artificios, mandó que al instante se dispusiesen siete potros al redor del templo de Hércules, y que fuesen extendidos en ellos los siete Mártires, hasta que á fuerza de apretarlos y de atormentarlos se les dislocasen todos los miembros. Ejecutóse la orden del tirano con bárbara crueldad; apretábanse los cordeles, y estirábanse los miembros con poleas, siendo extremo su dolor; pero ninguno de aquellos jóvenes cristianos desmintió su invencible valor: la alegría de sus semblantes daba testimonio de su triunfo, y todos bendecian á Dios en medio de los tormentos. Avergonzado el tirano de verse vencido por unos niños, mandó que al punto les quitasen la vida. A Crescente le metieron un puñal por la garganta; á Juliano por el estómago; á Nemesio por el corazon; á Primitivo por el vientre; á Justino por las espaldas; á Estacteo por el costado, y Eugenio fue abierto en canal desde los piés á la cabeza; aunque Beda dice que á Justino le hicieron tantos pedazos cuantas eran las coyunturas de su cuerpo, y que el de Estacteo después de tendido en tierra, fue cosido á puñaladas. Así recibió la corona del martirio aquella inocente tropa el dia 18 de julio, hácia el principio del segundo siglo.

Viniendo al templo de Hércules el Emperador el dia siguiente, mandó quitar de allí los cuerpos de los siete hermanos, y que los enterrasen en un gran foso, que los gentiles llamaron después *los siete Biothanatos*, que en griego quiere decir *despreciadores de la muerte*.

Con la muerte de santa Sinforosa y de sus siete hijos pareció haberse aplacado por algun tiempo la cólera del Emperador, que por espacio de año y medio dejó bastante en paz á los Cristianos; de cuya ocasion se aprovecharon los fieles para honrar las reliquias de los santos Mártires, colocándolas en decentes sepulturas, que abrieron y levantaron en el camino de Tívoli, dando á aquel sitio el nombre de los Siete Hermanos. Tambien se erigió una magnífica iglesia dedicada á santa Sinforosa, que subsistió por mucho tiempo; pero después se trasladó á Roma una parte de estas reliquias, y se colocaron en la iglesia de San Miguel con las de Getulio ó Zótico, su padre. Aunque el martirio de santa Sinforosa fue un dia antes que el de sus siete hijos, la Iglesia los ha celebrado todos en un mismo dia desde los primeros siglos.

SANTA MARINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Marina, hermana de santa Librada, en cuya vida se habla del nacimiento, padres y patria de estas gloriosas Santas y sus her-

manas, segun nos instruyen varios escritores nacionales, en la separacion que deliberaron todas de comun acuerdo, para no incurrir en el delito que su mismo padre quiso ejecutar con ellas de quitarlas la vida, no por otra causa que la de resistirse á prestar sacrílegas adoraciones á los ídolos, se retiró nuestra Santa al campo de Limia, cerca de la ciudad de Orense, llamada Amphiloquia en la antigüedad, donde se dedicó al santo ejercicio de la oracion, y otras obras agradables á Nuestro Señor Jesucristo.

Viola el presidente por el imperio romano, llamado Olibrio, enemigo de los Cristianos, y prendado de su rara belleza, quiso rendir, no solo su fe, sino tambien su pureza; pero implorando la santa virgen el auxilio del Señor, á fin de no perder su alma con los impíos, venció los mas fuertes ataques del tirano. Preguntóla este, ¿de qué linaje era, y si libre ó esclava? Y le respondió Marina sin turbarse que era libre por condicion, pero esclava de Jesucristo. Insistió Olibrio en que desertase de la religion que profesaba, y que rindiese veneracion á los dioses romanos, valiéndose para ello, así de ventajosas promesas, como de terribles amenazas; pero despreciando la generosa virgen ambos medios, enfurecido el tirano mandó que con garfos de hierro rasgasen sus delicadas carnes, hasta que apareciesen sus huesos. Horrorizó aquel lastimoso espectáculo á todos los circunstantes, y hasta al mismo Presidente, que aparentando compasion, la dijo: *Consulta, niña, á tu juventud; presta asenso á lo que te ordeno, para que no pierdas tu hermosura en la flor de tus años. — ¡Ó mal consejero! ¡ó insaciable fiera!* respondió la Santa; *sabe que tus tormentos me sirven de consuelo, y que tu poder solo alcanza á lo material de mi cuerpo, pero mi alma la guarda mi Señor Jesucristo, que la redimió con su preciosísima sangre. — Ya no perdonaré, ya no tendré conmiseracion,* dijo entonces el tirano, *á la que blasfema de nuestros dioses, y desprecia los tormentos.* Ordenó, pues, mientras discurría otros arbitrios, poner á la Santa en un lóbrego calabozo, cuya oscuridad ilustró luego el Señor con un resplandor admirable para consuelo de su sierva, que en él ahuyentó con la señal de la cruz al demonio, que la acometió en figura de un terrible dragon.

Conducida en el siguiente dia al tribunal del tirano, formó nuevo empeño en rendir su constancia; pero hallándola inflexible á todas sus tentativas, ordenó que los verdugos aplicasen hachas encendidas á sus costados, que fue uno de los mayores martirios que pudo causar á las recientes heridas; y no satisfecha su saña con esta inhumanidad, dispuso que atada de piés y manos la arrojasen á las aguas.

Libró el Señor á su sierva de todas estas plagas, de lo que admirados muchos gentiles de ver como una inocente y tierna niña podia resistir tormentos de aquella clase, clamaron era verdaderamente grande el Dios de los Cristianos, y se convirtieron muchos á la fe que Marina predicaba.

Lleno Olibrio de confusion á vista de que la santa vírgen se burlaba de todos sus esfuerzos, mandó degollarla por último recurso, logrando por este medio la apetecida corona del martirio en el 18 de julio, aunque en el año puntual no convienen los escritores.

El venerable cuerpo de la Santa se venera en la iglesia de su nombre en el sitio que llaman de *Aguas Santas*, á dos leguas de Orense, donde se demuestran varios monumentos justificativos de su pasion, como son el horno de fuego donde se dice la arrojaron, y la fuente en que fue degollada, cuyas aguas refieren los naturales han hecho repetidísimos prodigios de admirables curaciones. Es muy grande la devocion que le tienen en aquella comarca.

Algunos escritores equivocan á nuestra Santa con santa Margarita, mártir de Antioquía, por llamarla tambien Margarita otros autores; pero la uniformidad de Antioquía con Amphiloquia, como se llamó en la antigüedad Orense, pudo dar motivo para una tan fácil equivocacion.

SAN FEDERICO, OBISPO DE UTRECHT, MÁRTIR.

Era descendiente de una familia ilustrísima entre los frisonos, y segun el autor de su vida biznieto de Radbod, rey de aquel país antes de ser conquistado de los franceses. Fue criado con piedad, y educado en literatura sagrada entre el clero de la iglesia de Utrecht. Sus ayunos y otras austeridades eran excesivas, y no menos inimitables sus vigiliass en fervorosa oracion. Ordenado de presbítero le fue encargado por el obispo Ricfredo el cuidado de instruir á los catecúmenos, y muerto este buen Prelado en el año de 820, electo tambien octavo obispo de Utrecht, contando desde san Willibrordo. Este justo varon declaró con muchas lágrimas ante el clero y ante el pueblo su incapacidad é insuficiencia; pero fue compelido á condescender por autoridad de Ludovico Pio. En consecuencia de esto pasó á estar con su metropolitano el arzobispo de Metz, y en Aix-la-Chapelle recibió la investidura con el anillo y crucero, y fue consagrado por los obispos en presencia del Emperador que le encomendó con vivas ansias la extirpacion de las reliquias de la idolatría en Friselandia. Salieron á recibir al nuevo Obispo el clero y otros muchos de su diócesis, y

le condujeron honoríficamente desde el Rhin á Utrecht. Aplicóse inmediatamente á restablecer por todas partes el buen orden, y envió celosos misioneros á las partes mas septentrionales á que desarraigasen las semillas de idolatría que permanecian todavía en aquellos cantones.

Habiendo el emperador Luis, llamado el Pio, perdido á su mujer Irmingarda, que murió en Angers el año de 818, en la cual tuvo tres hijos, á saber, Lotario, Pipino y Luis, casó de segundas nupcias en 819 con Judith, hija de Güelfo conde de Aldorff, en quien tuvo á Carlos el Calvo, después emperador y rey de Francia. Esta fue una mujer ambiciosa y mala; sus adulterios dieron grande escándalo á sus pueblos, y su insolencia ilimitada y continuos enredos embrollaron el Estado, y arrastraron á sus tres hijos mayores á una declarada rebelion contra su mismo padre. Nada puede excusar la conducta de estos Príncipes desnaturalizados, bajo el pretexto de remediar los desórdenes públicos que ocasionaban la debilidad de su padre, y la malicia de la abominable madrastra. Pero los escándalos de la prostitucion de esta mujer movieron contra ella el celo de nuestro santo Pastor para hacer el papel mismo que el Bautista. San Federico, que por la proximidad de su silla tenia libre y fácil la entrada en la corte, entonces las mas veces en Aix-la-Chapelle, la amonestó por sus crímenes con un celo y una libertad verdaderamente apostólicos, pero sin mas fruto que el haberse granjeado el rencor y la ira de una segunda Jezabel, si creemos á los historiadores de aquella edad.

Otra persecucion sufrió tambien nuestro Santo. Los habitantes de Wallacria, llamada ahora Wallcharen, una de las islas principales de Zelandia perteneciente á los netherlandos, era la mas bárbara de todas, y la mas contraria á las máximas del Evangelio. Por esta razon Federico quando envió á las partes septentrionales de su diócesis sacerdotes que las cultivasen con la doctrina, dejó para sí esta como mas ardua y difícil de reducir; en cuyo territorio nada le dió mas que hacer que los matrimonios incestuosos contraidos en grado prohibido, y mucho mas la separacion de los ligados. Para extirpar un mal tan inveterado empleaba continuas exhortaciones, lágrimas, vigiliass, oracion y ayunos; convocó una junta de las personas principales de la isla, y recomendó con el mayor encarecimiento los medios de desterrar de entre ellos un abuso tan abominable; separó muchos matrimonios de esta especie, y reconcilió con Dios y con su Iglesia á muchos que hicieron sincera penitencia. Compuso una oracion á

la santísima Trinidad con una exposicion de aquel adorable misterio contra las herejías, la cual fue usada muchos años con una devocion muy grande por los naturales de aquellas islas.

Como este Pastor en nada pensaba mas que en desempeñar las obligaciones de su cargo, un dia después de haber dicho misa, y yendo á la capilla de San Juan Bautista á dar gracias y rezar otras devociones suyas, fue asaltado por dos asesinos que le atravesaron las entrañas. Espiró á pocos minutos rezando aquel versículo del salmo cxiv: *Yo alabaré al Señor en la tierra de los vivientes*. El autor de su vida dice, que estos asesinos fueron pagados por la emperatriz Judith, que no habia podido perdonarle la libertad de haberle reprendido sus incestuosos adulterios. Guillermo de Malmesbury y otros historiadores aseguran lo mismo, y esta parece claramente haber sido la causa y el modo de su martirio; Guillermo Heda con otros muchos lo confirman. El cuerpo del Mártir fue sepultado en la misma iglesia de San Salvador, llamada *Oude-Munster* en Utrecht; y sucedió su muerte en 17 de julio del año de 838, como ha probado Mabillon.

La reputacion de su santidad hizo que fuese considerado como uno de los prelados mas ilustres de la Iglesia, como se ve en un poema de Rabano Mauro, su contemporáneo, en elogio de su virtud, publicado con notas entre sus obras poéticas, juntamente con las de Fortunato, por F. Brower. S. J.

La Misa es en honor de los santos Mártires, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Simphorosae, et filiorum ejus natalitia colere: da nobis in aeterna beatitudine de eorum societate gaudere: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que nos concedes la gracia de que celebremos en la tierra el nacimiento al cielo de santa Sinforosa y de sus hijos, haced que tambien los acompañemos en la gloria, siendo participantes de su eterna bienaventuranza. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo xi de la que escribió san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones; obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convulnerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exteriorum: acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos: alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem...

Hermanos: Los Santos por la fe vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos

nem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper et vincula, et carceres: lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt, circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiiati, afflictii: quibus dignus non erat mundus: in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis, et in cavernis terrae. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt in Christo Jesu Domino nostro.

que habian muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y además cadenas y cárceles; fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras; necesitados, angustiados, afligidos; hombres que no les merecia el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesús Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Por la fe hicieron los Santos maravillas, sufrieron persecuciones, practicaron virtudes excelentes, y padecieron con heroica constancia todo género de adversidades. Y bien, ¿no tenemos nosotros la misma fe? ¿no profesamos la misma religion? Pues, ¿en qué consiste que seamos tan poco parecidos á ellos? ¿en qué consiste que imitemos tan poco sus ejemplos? Siguiendo un camino enteramente opuesto al que los Santos siguieron, ¿nos podemos racionalmente lisonjear de que llegaremos al mismo término? Una de dos, ó los Santos hicieron demasiado, ó nosotros no hacemos lo bastante para ser lo que ellos fueron. ¿Nos atreveremos á decir que los Santos hicieron demasiado para conseguir el cielo, para merecer la gloria, y para lograr la eterna felicidad que están gozando? Muy de otra manera discurrían ellos de lo que nosotros discurríamos; en la hora de la muerte, en aquel momento decisivo en que se miran las cosas como son, y en que de todas se hace el juicio que se debe, ninguno se arrepintió de haber hecho mucho, todos quisieran haber hecho mas, y no pocos temieron no haber hecho lo bastante. ¿Fueron los Santos discretos y prudentes en vivir como vivieron? ¿Serían Santos si hubiesen vivido como nosotros vivimos? ¿y lo seremos nosotros viviendo de esta manera, tan distantes de su imitacion? Consideremos la pureza de sus costumbres, el rigor de su penitencia. Siempre alerta contra las sorpresas de los sentidos, ¡con qué fervor cumplieron en su carne lo que faltó a la pasion de Jesucristo! ¡con qué rigor se castigaban las mas leves imperfecciones! A nosotros nos espanta el nombre solo de los instrumentos de penitencia. Parecerános que hicieron demasiado; pero

¿ignoramos por ventura que en medio de tantos preservativos, aun cubiertos con tantas trincheras, no vivieron sin peligro? Toda su espantosa soledad aun no los puso fuera de todo riesgo. La misma madurez de la edad los hacia mas vigilantes, y su misma experiencia les enseñaba que no se debian fiar de sus austeridades, sirviéndoles para conocer que todo estaba lleno de lazos y de redes. Seguramente no serian mas prudentes ni mas discretos si hubiesen sido menos mortificados y menos fervorosos. Pues qué, ¿nada iban á arriesgar en esto? Las pasiones crecen con nosotros; es menester desconfiar de nuestro propio corazon; porque todo es tentacion, todo es digno de temerse. ¿Parécenos que hicieron demasiado los Santos? pero ¿en qué estuvo este exceso? Ninguna proporcion hay entre los trabajos de esta vida y la gloria de la otra: *Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam*. Por grandes que sean los sacrificios que se hagan, por espantosas que sean las penitencias de la carne, por terribles que parezcan los tormentos que se padecen por la fe, siempre será mucha verdad que el cielo se nos concede por nada: *Accipiat aquam vitae gratis*. Es error imaginar que jamás se pueda hacer demasiado. No hay Santo en el cielo á quien después de sus trabajos, después de sus penitencias y después de todas sus buenas obras no se le haya podido decir: *Venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione*. Siervos fieles, tened entendido que se os da por nada la bienaventuranza eterna; no obstante el cuidado que habeis puesto en negociar con vuestros talentos, debeis confesar que fuisteis siervos inútiles. Y ¡qué serémos nosotros con una vida tan culpable y tan vacia de buenas obras! ¿en qué vendrémos á parar!

El Evangelio es del capitulo XII de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Attendite à fermento phariseorum, quod est hypocrisis. Nihil autem opertum est, quod non reveletur: neque absconditum, quod non sciatur. Quoniam quae in tenebris dixistis, in lumine dicentur; et quod in aurem locuti estis in cubiculis, praedicabitur in tectis. Dico autem vobis, amicis meis: Ne terreamini ab his, qui occidunt corpus, et post haec non habent amplius quid faciant. Ostendam autem vobis quem timeatis: time te eum, qui, postquam occiderit, habet potestatem mittere in gehem-

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discipulos: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresia. Nada, pues, hay oculto, que no se haya de descubrir; ni escondido, que no se haya de saber. Porque las cosas que dijisteis en lo oscuro, se dirán de día; y lo que hablasteis á la oreja en los retretes, se publicará sobre los tejados. Á vosotros, pues, amigos mios, os digo: No os amedrentéis de aquellos que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer mas. Mas yo os mostraré á quién debeis temer: temed á aquel que después de quitar la vida, tiene

nam. Ita dico vobis, hunc time. Nonne quinque passeris vaeneunt dipondio, et unus ex illis non est in oblivione coram Deo? Sed et capilli capitis vestri omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus pluris estis vos. Dico autem vobis: Omnis quicumque confessus fuerit me coram hominibus, et Filius hominis confitebitur illum coram Angelis Dei.

potestad de enviar al infierno: esto es lo que os digo: temed á este. ¿No es verdad que se venden cinco aves por precio de dos sueldos, y con todo eso ni una de ellas está olvidada en presencia de Dios? Mucho mejor todos los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temais, pues, vosotros sois de mucho mas precio que muchas aves. Os aseguro, pues, que todo aquel que me reconociere delante de los hombres, le reconocerá tambien el Hijo del Hombre delante de los Ángeles de Dios.

MEDITACION.

Del temor de los juicios de Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que son muy para temer los juicios de Dios. Temiéronlos mucho las almas mas puras, los mayores penitentes, los mas grandes Santos, y tuvieron mucha razon para temerlos. *Los cielos*, dice Job, *no son puros en tu presencia*. Los que os sirven con mas fidelidad no pueden estar seguros de su perseverancia; hasta en los mismos Ángeles, aquellos puros espíritus, aquellas perfectas criaturas, hallaste que reprender; ¿qué será en el hombre vestido de una carne corruptible y corrompida? Vuestros juicios, Señor, exclaman los Santos, son abismos que no se pueden penetrar; son secretos incomprensibles al humano entendimiento; son caminos escondidos á los ojos mas perspicaces. ¿Quién no hubiera juzgado á Salomon incapaz de pervertirse después de haberle tocado por parte de su herencia no menos que una sabiduría inspirada; después de haber vivido tantos años en la mas exacta observancia de la ley; después de haber sido la admiracion de tantos pueblos por su religion y por su inocencia? Y este Salomon en los dias de su senectud se precipitó en los mas enormes errores y descaminos en materia de costumbres. Es traidor á Jesucristo uno de sus mismos Apóstoles. No pudo haber vocacion mas legitima que la de Judas: el mismo Salvador le llama; él mismo le instruye, él mismo le enseña, ¡y Judas le hace traicion! ¡y Judas se condena á los ojos mismos del Salvador de los hombres! ¡Ah Señor, exclama el Profeta, y quién no temerá tus juicios! San Pablo, aquel vaso de eleccion, aquel hombre arrebatado hasta el tercer cielo, aquel grande Apóstol confiesa, que aunque de nada le remuerde su conciencia, con todo eso no se atreve á te-

nerse por justificado, sabiendo que es Dios el que le ha de juzgar. Aquellos santos anacoretas, aquellos ángeles de los desiertos, aquellos ilustres penitentes temblaban, se estremecían en la lóbrega oscuridad de sus cavernas á vista de los juicios de Dios. Después de sesenta años de penitencia los miraba Hilarion lleno de espanto; Jerónimo, atenuado y consumido al rigor de las crueldades que ejerció en su cuerpo su penitente espíritu, se siente preocupado de pavor al considerar sus juicios formidables; ¡y nosotros flacos, miserables, impenitentes pecadores, vivimos tranquilos! ¿en qué se funda esta inconsiderada seguridad?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que tampoco hay cosa mas digna de temerse que los espantosos juicios de Dios. Trátase no menos que de la salvacion eterna; ¿hay negocio de mas alta consecuencia? Ó cielo, ó infierno; no hay medio. ¡Espantosa disyuntiva! El proceso le forma nuestro corazon, nuestras acciones y nuestra conciencia; los documentos y las probanzas se toman de nuestra vida; el juez ha de ser Dios. ¡Ah Señor! si los cielos no están limpios en tu presencia, ¿qué será de mí, que solamente soy pecado y corrupcion? Si hasta las columnas del cielo titubearon, ¿qué haré yo, paja flaca y miserable? Si el justo apenas se salva, ¿qué será del impío y del pecador? Se duerme, se aturde, se amodorra el alma en tan desconcertada vida; funesta seguridad, que domina á innumerables. No eres devoto; pero no eres impío: estás en un estado santo y perfecto; no vives con fervor, es verdad; pero tampoco te has entregado á los últimos excesos; eres hombre de bien y moderado. Mas ¡oh santo Dios! y ¿en qué viene á parar ese cristiano, ese eclesiástico, ese religioso, ese hombre moderado cuando Vos le examináis y le juzgáis? Cuántos defectos que el amor propio le representaba ligeros, son gravísimos pecados á los ojos de Dios, á quien nada se le escapa! ¡cuántas paliadas injusticias en el comercio de la vida! ¡cuántas falsas preocupaciones, cuántas interpretaciones demasiadamente benignas en la inteligencia de la ley! ¡cuántas omisiones sin remordimiento! ¡cuántas conciencias voluntariamente erróneas! Ilusiones en los sistemas que cada uno se forma, ilusiones hasta en la misma devocion. ¡Oh, y cuánto hay que cumplir en todos los estados! ¡oh, y de cuántas obligaciones se dispensa! Puesto el corazon de inteligencia con las pasiones, nos hace traicion; se desconfía poco de él, y al cabo se burla de nosotros. ¡Ah Señor, y cuántos, y cuántos, cuya vida nos parecia arreglada, irrepreensible, se hallarán cargados de enormes cul-

pas en vuestra divina presencia! ¡Cuántos que se representaban inocentes á los ojos de los hombres, serán objetos de horror á vuestros divinos ojos! ¡cuántas faltas en el uso de los Sacramentos! ¡cuántas irreverencias en los sagrados ministerios! ¡Qué cuenta tan terrible en toda especie de estados! ¡qué de obras perdidas, sin valor en las mismas que parecían buenas! ¡Qué cuenta tan estrecha tendrán que dar á Dios un padre, una madre de familias, un príncipe, un magistrado, un oficial, un prelado, un hombre constituido en dignidad, un religioso, un eclesiástico! ¡Ah! y con cuánta razon exclamó el Profeta: *No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no hay viviente que pueda tenerse por justo en tu presencia.* En medio de eso, vivimos entregados á una necia seguridad, temerariamente confiados en la bondad y en la misericordia de Dios, como si el mismo Señor no nos exhortara á estar siempre temerosos: *Time.*

Temo, Señor, y tiemblo, sobrándome mil motivos para temblar y para temer á vista de la inutilidad, de la iniquidad de mi vida, y del abismo de vuestros profundos juicios. Pero, Señor, aunque mi temor sea justo, sea grande, sea continuo, nunca dejará de estar acompañado de una grande confianza en vuestra misericordia y en vuestra bondad.

JACULATORIAS. — No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque ningun viviente parecerá justo en tu presencia. (*Psalm. cxlii*).

Penetra, Señor, mi corazon con tu santo temor; porque me estremezo considerando tus profundos juicios. (*Psalm. cxviii*).

PROPÓSITOS.

1 *Bienaventurado el hombre* (dice el Sabio, *Prov. xxviii*) *que siempre está temeroso.* Por eso decia el apóstol san Pedro: *Hermanos míos, trabajad con temor y con temblor en el negocio de vuestra salvación.* Desengañémonos, que Dios piensa, y Dios juzga muy de otra manera que nosotros. Hácense en el mundo varios sistemas de conciencia á medida del antojo de cada uno, y á la sombra de ellos se vive con grande tranquilidad; pero en el juicio que Dios hace de nosotros en la otra vida no se gobierna por nuestros sistemas, ni por nuestras ideas, sino por las suyas. Palíanse con cien brillantes colores los contratos; canonízanse las decisiones con cien autoridades; no hay opinion, ni aun error que no tenga sus patronos; cada uno se forma á su modo la conciencia; pero Dios juzga por otros principios; descubre todos los secretos, todos los artificios del amor propio; po-

ne en claro y condena todos esos misterios de iniquidad. No te precipites en ilusiones. ¿Qué se va á ganar en engañarse uno para perderse con mayor seguridad? Desconfía siempre de todo lo que lisonjea el amor propio y al corazon humano; no te formes una conciencia voluntariamente errónea, como se la forman los mas. Si has manejado muchas dependencias y negocios; si has vivido desordenadamente, no te acobarde el caos, ni la confusion de tu estragada conciencia; toma tiempo, y hazte á tí mismo el proceso, escogiendo para eso un director íntegro y hábil, esto es, sabio y santo: exponle todo con claridad y sin artificio; pídele que te juzgue sin misericordia; y ese es el modo de que el Señor la tenga de tí. Después que hayas hecho todo esto con puntualidad y con fervor, todavía debes vivir con un santo, pero prudente y confiado temor.

2 Este saludable temor de los altos juicios de Dios continuamente se le has de inspirar á tus hijos, á tus criados, y á todos aquellos sobre quien tienes alguna superioridad. Piensa siempre que Dios nos juzga por las reglas del Evangelio, y que estas deben ser las de tu conducta; cualquiera otro sistema es falso, y es frívola cualquiera otra autoridad. Toda decision, toda opinion que no se funde en la moral de Jesucristo, y que no tenga por principio el Evangelio, es engañosa. ¿Qué se va á ganar en buscar doctores laxos, condescendientes, tímidos, ignorantes, profetas que solo nos hablan á nuestro paladar, y que nos lisonjean? Ten siempre delante de los ojos la penetracion, la sutileza, la verdad, la extrema severidad con que Dios nos juzga; pero tu amor sea siempre filial. Aunque Dios es juez, no deja de ser padre; sírvele con fidelidad.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

SAN VICENTE Á PAULO, confesor, que murió en el Señor el dia 27 de setiembre. (*Véase su vida en las de hoy*).

LA GLORIOSA MUERTE DE SAN EPAFRAS, en el mismo dia, á quien el apóstol san Pablo llama compañero suyo en los trabajos: el mismo apóstol le consagró obispo de Colosa, en donde esclarecido por sus virtudes alcanzó la palma del martirio en medio de un recio combate que sostuvo por las ovejas que se le encomendaron. Su cuerpo está en Roma en la basílica de Santa María la Mayor.

EL MARTIRIO DE LAS SANTAS VIRGENES JUSTA y RUFINA, en Sevilla en España; á las cuales prendió el presidente Diogeniano, y las mandó extender en el potro, y despedazarlas con garfios de hierro: después las atormentó en la cárcel con hambre y otros tormentos, hasta que Justa espiró en la cárcel, y á

Rufina, confesando á Jesucristo, le rompieron la cerviz. (*Véase su vida en las de hoy*).

SANTA AUREA, vírgen, en Córdoba; la cual habiendo flaqueado una vez en la fe, luego arrepintiéndose de su flaqueza volvió al combate, y venció al enemigo derramando su sangre por Jesucristo. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN MARTIN, obispo y mártir, en Tréveris.

SAN SIMMACO, papa, en Roma, el cual fue muy perseguido de los cismáticos; y últimamente esclarecido por su santidad murió en el Señor. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN FÉLIX, obispo, en Verona.

SAN ARSENIO, diácono de la Iglesia de Roma, en Scetim, monte de Egipto; el cual en tiempo de Teodosio se retiró al desierto, y perfeccionado en todo género de virtudes, y bañado de continuas lágrimas, entregó su alma al Criador. (*Véase su vida en las de hoy*).

SANTA MACRINA, vírgen, y hermana de san Basilio el Magno y de san Gregorio Niseno, en Capadocia. (*Véase su vida en las de hoy*).

SANTA JUSTA Y RUFINA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.

Sevilla, ciudad ilustre entre las que ennoblecen á España, tanto por los ricos dones con que la enriqueció la naturaleza, como por las virtudes morales en que en todos tiempos han resplandecido sus ciudadanos, tiene la gloria de haber sido fecunda madre de Santos, que han ilustrado la Iglesia, no solamente con su santa vida, sino tambien con su sabiduría y con su sangre. Sin hacer cuenta de las falsas glorias que le han atribuido los modernos cronicones, las tiene tan verdaderas, que desde el principio del cristianismo hasta el presente hay pocas ciudades en España que la igualen, y ninguna que la exceda. Su silla fue ocupada de los mas santos y sabios prelados que tuvo nuestra Iglesia; sus contornos habitados de monjes penitentes, que con la disciplina religiosa juntaban el cultivo de las letras; y últimamente, sus calles fueron regadas diferentes veces con la preciosa sangre de los Mártires de Jesucristo.

Entre estos tienen el lugar primero y mas distinguido las santas vírgenes y mártires Justa y Rufina, espejos de castidad, testigos invencibles de la religion del Crucificado, é inmortal gloria de su patria y de toda España. No las dotó el cielo de aquellos bienes naturales que tanto dominan el corazon de los hombres. Honras y riquezas, aquellos dos ejes sobre que rueda igualmente el corazon humano, se los negó el cielo, concediéndoles otros bienes menos ruidosos, pero de provecho mas seguro. Sus padres eran pobres, y de la clase ordinaria del pueblo; pero Dios los habia prevenido con las bendiciones de su gracia, llamándolos á la religion de Jesucristo, y escl-

reciendo su entendimiento con las luces hermosas de la fe. Tenian el oficio de alfarero, manteniendo su vida con el sudor de su rostro, haciendo vasos de barro con que ganaban el sustento. Estaba á la sazón Sevilla en poder de idólatras, que tales eran los romanos, cuya dominacion sufrían. No solamente prevalecia en esta ciudad el rito supersticioso que se tributaba á las mudas obras de los hombres, sino que además dominaban todos los vicios como en ciudad rica y opulenta, y que á los incentivos de corrupcion que habian traído á ella sus conquistadores, añadía la proporcion con que la habia dotado la misma naturaleza. Conservábanse las dos benditas hermanas en medio de la contaminacion en la santidad y pureza de costumbres en que las habian criado sus padres, practicando con la mayor exactitud las máximas del Evangelio. Todo su cuidado le empleaban en su propia santificacion y en el beneficio de sus prójimos. Vendian los vasos de tierra sin perjudicar jamás á la justicia, no pretendiendo enriquecerse adquiriendo unos bienes tan perecederos y falibles como la misma fortuna, sino únicamente sustentar su vida con la honestidad y templanza que prescribe la santa Religion que profesaban. Ejercitábanse en las obras de piedad y misericordia, repartiendo con mano larga á los pobres lo que les sobraba después de su honesto mantenimiento.

Así vivían estas dos siervas de Jesucristo, labrándose una corona de merecimientos en medio de una ciudad de idólatras, cuando llegó el tiempo en que estos celebraban la fiesta de la diosa Salambo. Con este nombre significaban á Vénus cuando la daban culto en memoria de la muerte de Adonis.

Hacíase esta fiesta con gran pompa y aparato, llevando las mujeres nobles en sus hombros el ídolo de la diosa por las calles de la ciudad, acompañadas de una gran comitiva, que con tristes gemidos y ademanes de dolor significaban el que tuvo la diosa Vénus en la muerte de su enamorado. Semejante supersticion trajeron á Sevilla las gentes del Oriente que se establecieron en España, trayendo consigo un rito, que segun Lampridio, llegó tambien á contaminar á Roma, pues afirma que Heliogábalo ofreció sacrificios á Vénus, segun la costumbre de los sirios, entre quienes se celebraba principalmente esta deidad con el nombre de Salambo. Al tiempo que iban por las calles con el ídolo de la diosa pedían á las gentes que encontraban, limosna para costear la festividad, y hacer mas solemnes y magníficos los sacrificios. Llegaron, pues, á la tienda de las dos santas hermanas; y habiéndolas pedido que concurriesen con sus ofren-

das á la profana festividad, las Santas lo rehusaron. Como estaban bien instruidas en la religion cristiana, sabian que no les era lícito cooperar por su parte á aquellos inmundos sacrificios, ni hacerse participantes de la idolatría con que aquellas mujeres adoraban á la diosa. Respondieron, pues, que ellas no adoraban sino á un solo verdadero Dios, criador de los cielos y de la tierra, y á su Hijo Jesucristo, que se habia hecho hombre para libertar al género humano de las cadenas de la culpa: que aquel ídolo que traian con tanta pompa y festejo, y á quien tributaban sus adoraciones, era insensible, sin vida ni virtud alguna, y obra solamente del demonio, digna de desprecio y abominacion. Al oir estas razones se sobresaltaron de manera las mujeres que llevaban el ídolo, y se indignaron con tanta furia, que dejaron caer de sus hombros el simulacro, con cuyo golpe rompieron gran parte de las vasijas que formaban el caudal de las Santas. Estas, movidas menos de la pérdida que padecian que del horror de ver en su casa el ídolo, le cogieron con sus manos, y arrojándole con desprecio le hicieron muchos pedazos. Esta accion conmovió á todos los gentiles, tanto hombres como mujeres, quienes viendo abatido y destrozado el objeto de sus festividades y adoraciones, se lamentaron tristemente, y encendidos en furor comenzaron á clamar que Justa y Rufina eran unas mujeres sacrílegas; que debia ejecutarse en ellas una horrorosa venganza, y que el infame atentado que acababan de cometer las constituia reas de muerte la mas cruel y afrentosa.

Estas voces se difundieron de tal modo que llegaron á oidos del presidente de Sevilla, que á la sazón era un tal Diogeniano. Las quejas le parecieron tan justas, y la accion de las Santas tan digna de castigo, que inmediatamente dió decreto para que las prendiesen. Vivian las dos virtuosas hermanas fuera de la ciudad, cerca del rio, enfrente de la antigua puerta de Triana, en donde se edificó un hospital, que en el año de 1584 fue reformado juntamente con otros. Ejecutóse inmediatamente el decreto de la prision, y traídas delante del juez, las hizo este el interrogatorio segun costumbre, exponiéndoles la temeridad de lo que habian ejecutado, preguntándoles de su religion, proponiéndoles grandes tormentos si persistian en ella, y grandes recompensas si la abjuraban, y ofrecian incienso á las deidades de la gentilidad.

Las Santas, firmes en la fe que habian profesado en el Bautismo, detestaron con valor las inicuas propuestas del Presidente, certificándole de que estaban prontas á derramar su sangre por la confe-

sion de Jesucristo. Persuadióse el Presidente que aquella constancia mujeril no tendria tanta fortaleza y estabilidad, que permaneciese en el rigor de los tormentos; y así, mandó que las pusiesen en el ecúleo, y las escarnificasen con garfios de hierro. Ejecutóse el decreto, y entre los dolores de tormento tan cruel, no solamente perseveraban constantes en la fe que antes habian confesado, sino que á proporcion que se aumentaban las penas y la crueldad de los verdugos, crecia tambien la fortaleza de sus ánimos; de modo, que se advertia una alegría celestial en los rostros de las santas vírgenes. Viendo el juez que todos sus tormentos eran inferiores á la constancia de las santas Mártires, y que estas veian con indiferencia correr la sangre de sus virginales cuerpos, y lacerar sus miembros con los garfios, juzgó que por entonces no podia sacar algun partido, ni contrastar su firmeza. Tomóse tiempo, conceptuando que la lentitud de las penas encontraria algun momento favorable en que pudiese vencer los corazones de las Santas, y moverlas á abandonar la religion de Jesucristo, y adorar á los dioses. Con esta persuasion mandó volverlas á la cárcel, y que allí fuesen atormentadas, no solamente con la lóbreguez, sino con la hambre, para que debilitadas las fuerzas del cuerpo, decayesen tambien las del espíritu, que tan robustas é invencibles se habian manifestado. Todos los consejos de la prudencia humana son débiles y falaces contra los designios y operaciones de la divina Providencia, y contra los auxilios con que la gracia divina fortalece á los elegidos. En medio de los horrores de un calabozo. y entre las penosas aflicciones de la hambre y sed, se mantuvieron las Santas con la misma constancia que antes habian manifestado, recibiendo del cielo unos gozos inefables que las sustentaban mas vigorosamente que todos los terrenos alimentos.

Entre tanto el astuto Presidente, no pudiendo persuadirse á que en los pechos de dos mujeres débiles pudiese caber la fortaleza necesaria para superar todos los ardides de la crueldad, meditaba nuevos modos de atormentar á las Santas, creyendo que al fin cederian de la que juzgaba obstinacion, y abrazarian el partido que las habia propuesto. Con este pensamiento, teniendo precision de pasar á un lugar de Sierra Morena, mandó que le siguiesen las dos hermanas á pié descalzo con el resto de su comitiva. Imaginaba que esta operacion podria surtir un grande efecto. Las Santas se hallaban sumamente debilitadas por la sangre que habian vertido en el tormento de los garfios; la hambre y sed habian aumentado la flaqueza de sus fuerzas corporales; un viaje penoso y acelerado las habia de ocasio-

nar una nueva é insoportable fatiga; los caminos ásperos y fragosos habian de lastimar sus piés hasta llegar á ensangrentarlos; todo el conjunto de penosas circunstancias le prometian una segura victoria. Pero Justa y Rufina, encendidas del amor de Jesucristo, y fortificadas con su divina gracia, sufrieron este nuevo tormento con una fortaleza nada inferior á la que habian mostrado en el ecúleo. Cada paso que daban les aumentaba el gozo de padecer por la fe de aquel Señor que caminó al monte Calvario cargado con los pecados del mundo. Los caminos, que para el Presidente y su comitiva estaban cubiertos de asperezas y fragosidades, les parecian á las Santas sembrados de rosas y de flores. Conoció, pues, el Presidente la inutilidad de sus astucias, y así mandó que las volviesen á la cárcel de Sevilla, en donde estuviesen aherrojadas con el tormento, además de la lobrete y de la inedia. La virgen santa Justa, oprimida de un tormento tan terrible, llegó á perder las fuerzas y debilitarse tanto, que exhaló su purísimo espíritu, recibiendo á un mismo tiempo las dos coronas, de Virgen y de Mártir. Luego que llegó á noticia del juez la muerte de santa Justa, mandó que echasen su cadáver en un pozo profundo que habia en la misma cárcel, para impedir de este modo que los Cristianos le tributasen aquellos honores que sabia solian dar á los que morian en defensa de su Religion. En el sitio que ocupó antiguamente esta cárcel se edificó después el convento de la Santísima Trinidad, en donde se conserva todavía una cueva dividida en dos ramales, y en el extremo de uno existe el pozo, cuya agua beben los sevillanos con mucha fe, por los beneficios que con ella han experimentado en sus enfermedades. En este mismo sitio, cuyo horror sirvió de tormento á las dos santas hermanas, ha edificado después la piedad un altar en honor suyo, en donde su nombre es bendecido. El obispo de Sevilla que habia entonces, llamado Sabino, apenas supo la muerte de la Santa, y la determinacion del Presidente, procuró por todos los medios posibles sacar el sagrado cuerpo del pozo, y darle honorífica sepultura, como en efecto lo consiguió. Fue enterrado este precioso tesoro en el cementerio que para este efecto habia arrimado á la ciudad, en donde llaman hoy Prado de Santa Justa, no léjos de sus muros por la parte del Nordeste. Con la falta de su hermana quedó santa Rufina en algun modo entristecida, porque mutuamente se animaban á la constancia en el martirio; pero al mismo tiempo se confortaba su corazon considerando la inmarcesible corona de la gloria que ya gozaba su hermana en premio de unos tormentos tan pasajeros.

Viendo el tirano que Rufina habia quedado sola, y contemplando que seria mas fácil vencerla que cuando estaba acompañada, determinó acometer su constancia con nuevos tormentos. Mandóla llevar al anfiteatro, y echarla un leon furioso, con el designio de que ó la Santa se amedrentase y mudase de parecer, ó de que en caso contrario pagase su tenacidad despedazada entre las sangrientas uñas de la fiera. Ejecutóse así; pero ¡ó maravillas de la divina Omnipotencia! cuando todos esperaban que el feroz leon despedazase en un momento á la santa virgen, olvidado el bruto de su natural ferocidad, se llegó á la Santa blandiendo la cola, y manifestando mas blandura de condicion que la que tenian los hombres. Sobresaltáronse de admiracion cuantos asistian al espectáculo, y encendióse en rabiosa cólera el inicuo Presidente viendo frustrados sus designios. Mandó á los verdugos que allí mismo le quitasen la vida, lo cual se ejecutó rompiéndola el cerebro y el cuello, en cuyo tormento entregó su alma al Criador. No contenta con eso la ira de Diogeniano, determinó que quemasen el sagrado cadáver, para que así como el de su hermana habia sido sustraído á la veneracion de los fieles echándolo en un pozo, de la misma manera se lograse igual efecto con el de santa Rufina por medio del fuego. Pero el obispo Sabino venció con su piedad la malignidad del Presidente; pues recogiendo las cenizas las dió honorífica sepultura en el mismo sitio en que estaba depositada santa Justa. Sucedió el glorioso martirio de estas dos Santas á 17 de julio del año de 287. Los fieles les tributaron desde luego culto como á Mártires, segun se prueba del código Veronense, y de los templos antiquísimos dedicados á Dios con la advocacion de estas santas Vírgenes y Mártires. Los breviarios antiguos testifican que san Leandro fue enterrado en el templo que estas dos Santas tenian en Sevilla. El de santa Justa es famoso y antiquísimo en Toledo, y el primero entre todos los muzárabes. Son celebradas igualmente estas Santas en otras muchas ciudades de España; pero aunque en lo antiguo tuvieron su rezo propio, no solo en nuestra Península, sino tambien en la Galia Narbonense, con el transcurso de los tiempos se habia resfriado en parte este culto, hasta que insinuando el Rmo. P. M. Florez al señor conde de Mejorada, D. Gerónimo Ortiz de Sandóval, lo extraño que era no verse en el breviario de España la memoria de estas Santas, se hicieron las correspondientes diligencias, y á peticion del Rey católico concedió la Silla apostólica que se celebre en todos sus dominios su festividad con rito doble, y en el obispado de Sevilla con oficio de primera clase y con octava. Fernando el Grande, rey de

Leon, intentó que se trasladase el cuerpo de santa Justa á esta ciudad en tiempo que Sevilla estaba dominada de moros. Envió para este efecto al obispo de Leon, Alvito, acompañado de Ordoño, obispo de Astorga, del conde Munio y muchos soldados; pero en una vision que tuvo Alvito le fue dicho que la vírgen y mártir santa Justa debia quedar por voluntad de Dios para el amparo y proteccion de Sevilla.

SAN ARSENIO, SOLITARIO.

San Arsenio, honor del desierto, y una de las principales columnas de la vida anacoreta, como le apellidaba san Gerónimo, nació en Roma de padres cristianos, de familia senatoria, no menos ilustre por su antigüedad que por sus grandes riquezas. Desde niño le llevó la inclinacion al estudio de las ciencias, en que sobresalió tanto por su aplicacion, como por la delicadeza de su ingenio. No conoció los divertimientos pueriles, reduciéndose todos los suyos al estudio de las letras griegas y latinas, y desde luego se notó en él un género de piedad muy superior á sus años. Por su vida verdaderamente ejemplar se movió el papa Dámaso á admitirle en el clero, ordenándole diácono de la Iglesia romana.

Sirvió este nuevo grado para dar mayor lustre á su virtud, haciéndola mas visible; de manera, que apenas se hablaba en Roma de otra cosa que de los ejemplos, de los talentos y del mérito de Arsenio, á tiempo que el emperador Teodosio el Grande, cuya residencia era en la corte imperial de Constantinopla, andaba buscando por todo el imperio un sugeto dotado de las prendas y talentos correspondientes para dar la mejor educacion á su hijo Arcadio, á quien acababa de asociar en el imperio. Con este fin escribió al Papa y al emperador Graciano, los cuales unánimemente convinieron en que no era fácil encontrar otro mas á propósito que Arsenio. Costó trabajo reducirle á que aceptase este empleo, porque enemigo del bullicio, y de todo lo que sonaba á hacer figura en el mundo, temia los peligros de la corte, y todas sus ansias eran por la soledad; pero le fue preciso obedecer. Recibióle Teodosio con la mayor distincion, dándole desde luego honores de senador: y llamando al príncipe Arcadio, le dijo señalando á Arsenio: *Este es vuestro preceptor y vuestro padre: respetadle como á tal, pues con efecto le deberéis mas á él de lo que me debeis á mí.*

Entró un dia el Emperador en el cuarto del Príncipe á tiempo que estaba dando leccion, y viendo sentado á Arcadio, y Arsenio en pie,

manifestó su disgusto; pero representándole Arsenio que estando ya el Príncipe declarado Augusto, y asociado al imperio, era muy debido este respeto, mandó el Emperador á su hijo se quitase las insignias de la majestad imperial, y que mientras diese leccion estuviese el discípulo en pié, y sentado el maestro.

Todos los medios de que Arsenio se valió para que su augusto discípulo se aprovechase de sus cristianas y sabias instrucciones fueron de poco provecho, por la poca inclinacion del Príncipe á la virtud, y por la desproporcion de su escasa capacidad para las letras. Indócil, altivo, y de genio tan impetuoso como dominante, oia con impaciencia todo lo que tenia aire de correccion ó de aviso; y habiendo sido preciso castigarle en una ocasion por cierta falta considerable, resuelto á tomar venganza, dió orden á un oficial suyo que le librase de Arsenio. Como era tan violenta para él la residencia en la corte, apenas se le dió aviso en secreto de lo que pasaba, cuando tomó la resolucion de retirarse, cuya ejecucion aceleró este suceso. Estaba un dia en oracion pidiendo al Señor con muchas lágrimas se dignase de darle á entender lo que debia hacer para salvarse, y oyó una voz que le decia: *Arsenio, huye de los hombres, y te salvarás.* Tomó luego su partido: disfrazóse lo mejor que pudo, salióse oculta-mente de palacio, encontró una embarcacion que estaba para hacerse á la vela, metióse en ella, y navegó á Egipto antes que se le echase menos en la corte, ni se advirtiese su fuga.

Escogió el famoso desierto de Scetim, tan célebre en la historia por la multitud de penitentes anacoretas que le santificaron. Este solo primer paso de un género de vida tan contraria á la que habia tenido hasta entonces, llenó de asombro á los mas perfectos. Luego que se vió en su celda, suplicó al Señor que se sirviese manifestarle el camino que debia seguir para ser santo, y oyó segunda vez una voz que le dijo: *Huye de los hombres, guarda silencio, y vive desconocido.* Ningun solitario practicó con mayor exactitud esta importante leccion. Pasáronse muchos años sin que se supiese quién era. Olvidado enteramente de que era sabio, humilló su entendimiento hasta hacerle renunciar toda otra ciencia que la de la salvacion y de los Santos. Encerrado en su celda, sepultó tambien en ella todos sus talentos. Invisible aun á los mismos monjes, solo se dejaba ver en la iglesia, y entonces escondido tras de algun pilar. Ocupaba todo el tiempo en la oracion vocal, en la meditacion de la muerte, del juicio y de las verdades eternas, sin que las horas que ocupaba en el trabajo corporal fabricando cestillas interrumpiese la íntima comu-

nicacion que tenia con su Dios. Sus penitencias excedian á las de otros monjes ; su ayuno era continuo ; su sueño de solas dos horas ; su cama la dura tierra ; su cabecera una piedra ; y en cuanto á la observancia y distribucion de la vida monástica, ninguno era mas fervoroso ni mas exacto que él.

La misma admiracion que causaba á todos aquel solitario extranjero fue la ocasion de que se descubriese su persona. Ninguno ponía en duda que era algun grande personaje, y muchos sospechaban si seria quizá aquel famoso Arsenio á quien el Emperador habia mandado buscar por todas partes con exquisitas diligencias. En fin, le examinaron, le preguntaron, le apretaron, y formalmente le mandaron los superiores que declarase quién era, con lo que no pudo excusar el descubrirse. Noticioso el emperador Arcadio (que ya habia sucedido á Teodosio) del lugar donde paraba Arsenio, le escribió una carta muy expresiva dándole cierta especie de satisfaccion del modo con que le habia tratado en otro tiempo, y haciéndole magníficas ofertas ; el Santo no dió mas respuesta que decir al oficial del Emperador, que nunca olvidaria á aquel príncipe en sus oraciones ; y esto fue todo cuanto le pudieron sacar.

Extendida por todo el imperio la reputacion de Arsenio, vino de Roma un oficial á traerle el testamento de cierto pariente suyo que le habia dejado por heredero universal. Preguntóle el Santo, cuándo habia muerto aquel pariente ; y respondiéndole el oficial que aun no habia un año, replicó Arsenio : *¿Pues cómo he de ser yo su heredero, si morí mas de diez años antes que él?*

Nada fue capaz de entibiarle, ni hacerle aflojar en sus primeras resoluciones. Decíase continuamente á sí mismo : *Arsenio, ¿qué veniste á buscar en el desierto? ¿para qué dejaste el mundo? en vano te hiciste monje si no habias de tener el espíritu de tal.* Concurrieron muchos señores de la corte con el ansia de verle ; pero no fue posible conseguir de él que les abriese la celda. Cogióle de repente en ella Teófilo, patriarca de Alejandría, acompañado de mucha gente noble, y le rogo que les dijese alguna palabra de edificacion. *Señor, le dijo Arsenio, ¿me dais palabra de seguir el consejo que os diere?—No te la doy,* respondió el prelado, *en mi nombre, y en el de todos estos caballeros.—Pues lo que os digo es,* continuó el Santo, *que cuando oyereis que Arsenio está en alguna parte, no os tomeis el trabajo de ir allá.*

Con mayor severidad trató á una señora romana, que expresamente hizo el largo viaje desde Roma á Egipto solo por verle. Es-

peróle cuando volvía á su celda, y arrojándose á sus piés, le dijo el dilatado viaje que habia emprendido solo por encomendarse á sus oraciones. *Mejor harías*, le respondió Arsenio encendido en una santa indignacion, *mejor harías en estarte en tu casa cuidando de la familia que Dios puso á tu cargo, y no venir á turbar la quietud de los solitarios*. Y como la señora vió que la volvía las espaldas sin hablarla palabra, exclamó llena de lágrimas: *Pues á lo menos dame palabra de que te acordarás de mí en la presencia del Señor*. — *Todo lo contrario*, replicó Arsenio; *antes voy á pedir á Dios de todo corazon que te borraré para siempre de mi memoria*.

Quebrantada su salud al rigor de sus penitencias, cayó malo; el sacerdote, que era como el superior de los solitarios, dió orden para que se le llevase á una de las casas que estaban junto á la iglesia, y que se le dispusiese una humilde camilla con una almohada. Vinole á visitar cierto solitario, y dió muestras de escandalizarse. Preguntóle el sacerdote, qué oficio habia tenido en el siglo. *El de pastor*, respondió el monje. *Pues sábet*, le replicó el superior, *que este Arsenio á quien ves acostado tan pobre y tan humildemente, fue uno de los mayores señores del imperio, criado con los regalos, delicias y magnificencia de la corte; ¿y tú te escandalizas de que tenga una almohada? Considera que cuando tú te hiciste solitario, encontraste en el desierto los regalos y las conveniencias que no tenias en el siglo*.

Hicieron los bárbaros una irrupcion en el desierto de Scetim, por la cual los santos solitarios se vieron precisados á esparcirse por diferentes partes; pero luego que aquellos se alejaron, los recogió á todos san Arsenio, y con su ejemplo renovó en todos el primitivo fervor. Desencadenóse contra él todo el infierno; pero en vano: espectros espantosos, aullidos horribles, de todo se valió para atemorizarle, y para que cobrase horror á la soledad; muchas veces los demonios le molieron á golpes; pero siempre los puso Arsenio en vergonzosa fuga con la humildad, con la confianza en Dios y con la oracion. Desde el primer dia que entró en el desierto, hasta el último de su vida, no aflojó un punto de su primer fervor. Las noches del sábado y del domingo las pasaba todas en oracion con los brazos en cruz y derramando muchas lágrimas.

Ocupábase perpetuamente el pensamiento de la muerte, tanto que visitándole el patriarca Teófilo cuando estaba para espirar, exclamó: *¡Dichoso Arsenio, que siempre tuvo la muerte delante de los ojos! Ni su amor al retiro, ni su profunda humildad le impidieron nunca el recibir con mucho agrado á todos los solitarios que le venian á bus-*

car para oír sus saludables consejos, hablándoles con tanta afabilidad, que salían enamorados; y nunca les contaba en su nombre lo que á él le había sucedido, sino en nombre de otro tercero.

Díjoles un día: «Cierta solitario tuvo una vision de mucha enseñanza: estaba en oracion dentro de su celda y oyó una voz que le dijo: Sal y verás lo que hacen los hombres: salió y vió un etíope muy negro, que estaba cortando leña para hacer una carga: tomóla en peso, y viendo que no podía con ella, en vez de disminuirla, cortaba mas y mas leña para hacerla mas pesada: volvió los ojos hácia una laguna, y advirtió que un hombre estaba sacando agua de ella á toda priesa, la que echaba luego en una cisterna ó en un estanque lleno de conductos, y abierto por todas partes, con que toda el agua se perdía; en fin, mirando hácia otra parte vió dos hombres á caballo, que entre los dos llevaban sobre los hombros una larga viga para meterla en un templo; pero empeñados en que ninguno habia de entrar primero que el otro, iban á entrar apareados con la viga atravesada, y no cabía por la puerta. Entonces le explicó la voz lo que significaba aquella vision. El que está cortando leña, y viendo que pesa mucho la carga, corta mas y mas leña para hacerla mas pesada, representa á los que estando cargados de pecados, en vez de confesarse cuanto antes, y hacer penitencia de ellos, cometen cada dia nuevas culpas, y hacen mas pesada la carga. El que está sacando agua, y la echa en una cisterna rota, significa á los que trabajan mucho y hacen tambien buenas obras, pero sin provecho; porque las hacen por fines torcidos, y todo lo pierden. Los dos que llevan la viga sobre las espaldas, y no pueden entrar con ella en el templo, son imágen viva de aquellos solitarios vanos y presumidos, que á la verdad cargan con todo el yugo de la Religion, pero por su poca humildad y rendimiento nunca entran en la Jerusalem celestial.»

El abad Daniel, discípulo de S. Arsenio, refiere un milagro que le oyó contar, y del cual verisísimamente fue testigo el mismo Santo. Habia un solitario ya viejo, hombre inocente y muy mortificado, pero sencillo, que dejándose engañar de las sugeriones del demonio, dudaba si el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo estaba real y verdaderamente en la Eucaristía. Comunicó esta duda con otros dos solitarios ancianos, los cuales, por mas que hicieron para probarle y para demostrarle este artículo esencial de nuestra fe, nunca le pudieron convencer. Recurrieron á la oracion, y suplicaron al Señor tuviese misericordia de aquel pobre viejo. Oyólos su piedad, y el

domingo siguiente, estando todos juntos en la iglesia como acostumbraban, luego que el sacerdote consagró la hostia se dejó ver en ella un niño de extraordinaria hermosura. Quedó asombrado el solitario incrédulo; pero mayor fue su asombro cuando el sacerdote dividió la hostia para comulgar, y vió al mismo niño en las dos partes de ella; finalmente, acercándose el mismo viejo al altar para recibirla sagrada Comunión, claramente percibió que el sacerdote tenia en la mano un bocado de carne blanca y fresca, la que volvió á su figura ordinaria de pan cuando abrió la boca para recibirla. Con esto reconoció el buen viejo su falta, detestóla, avivó su fe, y se mantuvo en ella. Así refirió este caso san Arsenio.

Pero quebrantada mas y mas su salud á la continuacion de sus trabajos y al rigor de sus penitencias, conoció que se acercaba su fin; y doblando su devocion y su fervor, hizo extraordinarios esfuerzos para purificar su conciencia. Nunca resplandeció mas su humildad que en aquel último momento; declaró á sus discípulos y á todos los solitarios que estaban presentes, el vivo deseo que tenia de que su cuerpo estuviese tan escondido á la noticia de los hombres después de su muerte, como habia siempre anhelado que lo estuviese durante su vida; y así les ordenó que le enterrasen sin aparato y sin pompa en algun lugar desconocido y retirado. Cuando llegó la última hora, vieron todos con asombro á aquel gran siervo de Dios todo estremecido y espantado con la cercanía del juicio de Dios; pero calmaron luego estos temores, y llena su alma de consuelos, alentada con la dulce confianza en el Señor, espiró tranquilamente el dia 19 de julio del año 445, á los noventa y cinco de su edad.

SANTA AUREA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Aurea, cuya memoria ha sido siempre célebre en la ciudad de Córdoba, que fue el terreno donde dió pruebas de su eminente virtud y de su heroica constancia, fue hija de progenitores naturales de Sevilla, descendiente por parte de padre de la mas esclarecida sangre de los moros, que por entonces se hallaban dueños del precioso terreno de la provincia de Andalucía. Tuvo por hermanos á san Adolfo y á san Juan, dos insignes mártires de Jesucristo, y por madre á Artemia, matrona distinguidísima, mas por la religion y por la piedad cristiana en que fue educada, que por la nobleza de su prosapia. Retiróse esta, habiendo muerto su marido, al monasterio de Santa María de Cuteclara, uno de los que en el territorio de Córdoba florecian en el fervor de la observancia religiosa, donde por su singu-

lar virtud y por sus extraordinarios talentos mereció que se le encargase el gobierno y la direccion de aquella célebre comunidad. Llevó consigo á su hija Aurea, á quien habia instruido desde sus tiernos años en la religion cristiana, como lo hizo con sus hermanos, á pesar de la contraria secta que profesaba su padre. Vivió Aurea mas de treinta años en aquel monasterio, haciendo grandes progresos en la virtud bajo la enseñanza de su santa madre, en la que siempre tuvo un despertador continuo, que la excitaba á que aspirase á la cumbre de la mas alta perfeccion: pero sin ocultar su fe á la vista de los moros, de los que podia recelarse, por traer de ellos su descendencia, ó porque como á tal pudieran acusarla de renegada; bien que como era tan conocida su nobleza, y tenia deudos tan poderosos en Córdoba, entre ellos el mismo juez árabe, no se atrevió alguno á delatarla.

No procedieron así los parientes que tenia la Santa en Sevilla, los que habiendo entendido la profesion de Aurea, se condujeron al monasterio para enterarse de la verdad, y poner el remedio que pensaban. Hubieron gran sentimiento cuando la vieron cristiana; procuraron persuadirla á que mudase de religion, manifestándole que degeneraba de su ilustre sangre, en haber abandonado la ley que siguieron todos sus progenitores, fieles observantes de la secta de Mahoma. Valiéronse de cuantos medios pudo sugerirles el amor y el enojo, á fin de separarla de su propósito; pero desesperados de poderla reducir, la delataron al magistrado agareno, rogándole que la aconsejase primero como deudo; y cuando no bastase, hiciese los oficios de juez.

Despachó al instante el juez ministros de su confianza, para que trajesen á la ilustre virgen á su presencia; y disimulado por entonces su enojo, le habló en términos tan halagüeños y tan afables, que dejándose llevar Aurea ó bien de la flaqueza de su sexo, ó bien de la idea de disimular su fe, lo que no era lícito ni permitido á los Cristianos en tales casos, dió palabra á los suyos de que haria cuanto deseaban; con cuya respuesta los unos se volvieron á servirla llenos de placer por el feliz éxito del negocio que les trajo á Córdoba, y el juez satisfecho con la promesa, la dejó ir libre para que obrase segun su palabra.

Recapacitó Aurea sobre aquel hecho impropio del carácter de los verdaderos fieles, y no atreviéndose á volver al monasterio por el rubor y por la vergüenza que le causó una accion tan infame, se retiró á una casa, que debió de ser de algunos de sus deudos cris-

tianos, donde arrepentida de su fingimiento, pidió al Señor perdon de su pecado anegada en tiernas lágrimas. Conoció cuán poderosa seria la intercesion de sus ilustres hermanos para alcanzar de Dios esta gracia; y recurriendo á ellos con fervorosas súplicas, les rogó que intercediesen con la Majestad divina, á fin de que le diese fortaleza para seguir sus pasos.

Sentia el enemigo de la salvacion el doloroso arrepentimiento de Aurea, y pareciéndole que ninguna otra cosa podria contribuir á separarla de su propósito, como armarla segunda vez el mismo lazo en que cayó la primera, despertó con esta perversa intencion la curiosidad de algunos moros, para que observasen la vida de la ilustre vírgen, á fin de reconocer por ella si con efecto cumplia su palabra. Vieron y comprobaron que no habia mudado de religion, y dieron noticia al juez de lo que pasaba. Sintió este la novedad, y habiendo mandado traerla sin dilacion á su presencia, reprendiéndola severamente su inconstancia y el defecto de su palabra, y procuró pervertirla con terribles amenazas; pero como la insigne vírgen se hallaba fortalecida con la gracia del Espíritu Santo, y deseaba con vivas ansias ocasion de dar al mundo públicas pruebas de su fe para lavar con su sangre la mancha de su pecado, le respondió con un valor y con una fortaleza excesiva al ejemplo de fragilidad que dió en el primer combate, de esta suerte: *Yo jamás me separé de mi Señor Jesucristo, ni por solo un instante creí en vuestras falsedades: si á tu presencia se deslizó un poco mi lengua, ella fue sola la que erró: pero mi corazon siempre estuvo firme en lo que á mi Dios debia. Luego que de ti me separé lloré mi culpa con arroyos de lágrimas: siempre he conservado la fe y la verdadera religion cristiana que profesé desde mi infancia, en la que me he ejercitado toda mi vida, manteniéndola con firme propósito de no dejarla, aunque sea á costa de mi sangre. El Señor á quien me consagré desde mis tiernos años, condolido de mi flaqueza, me ha fortificado con su poderosa mano, él es el que me restituyó por su infinita bondad á su primera gracia; por tanto tú como juez elige lo que te parezca, ó bien quitame la vida segun disponen tus leyes, ó bien déjame libre para que satisfaga las obligaciones de mi religion y de mi estado.*

Quedó confuso el juez á vista de la maravillosa constancia de Aurea, y no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó ponerla en una dura prision, mientras daba parte al rey Mahomad de aquel negocio, en que se interesaba una persona tan calificada; con cuyo acuerdo providenció al dia siguiente, que la deca-

pitasen, y en seguida la colgasen por los piés en un palo, donde habia sido ajusticiado un homicida; pero no satisfecho con aquel castigo, dió orden para que los moros arrojasen el venerable cadáver con los de otros malhechores al rio Guadalquivir, con el perverso intento de que los Cristianos no pudiesen tributarle los honores que acostumbraban á los ilustres Mártires que padecieron por defensa de la fe en aquellas lamentables edades. Fue el tránsito de esta virgen tal dia como hoy en el año 856.

SAN VICENTE DE PAUL, CONFESOR Y FUNDADOR.

San Vicente de Paul, padre de los pobres, nació á 24 de abril del año 1576 en el lugar ó aldea de Ranquines, de la parroquia de Poy, diócesis de Acqs ó Dax, ciudad episcopal de la metrópoli de Auch en Francia. Era el tercero de los hijos de Guillermo de Paul y Beltrana de Moras; pobres de bienes de fortuna, aunque ricos con la inocencia de costumbres, quienes pasaban honestamente su vida con el producto de una pequeña propiedad cultivada por sus propias manos. Desde niño ya dió Vicente pruebas extraordinarias de talento; y manifestó un espíritu tal de oracion, que en este ejercicio empleaba mucha parte del tiempo en que estuvo ocupado en guardar ganado por los campos. Para dar á Cristo en la persona de sus pobres cuanto en su mano estuviese, se privaba aun de sus escasas conveniencias, cercenando todo lo que era posible de su propio uso. La temprana consagracion de sus potencias á Dios, y aquellos pequeños sacrificios, eran unos seguros indicios del ardor con que desde la primera aurora de su razon principiaba á buscar á Dios, á conocerle y amarle; y fueron sin duda medio de que el autor de estas gracias se valió para llenarle de otras muchas bendiciones. Las piadosas inclinaciones del hijo movieron al padre á procurarle educacion metódica en las escuelas: enviolo á la ciudad de Acqs, y púsole al cuidado de los Padres Franciscanos donde concurrían otros muchachos para ser educados en piedad y letras.

Cuatro años habia estado san Vicente en aquellas escuelas cuando prendado de su virtud un caballero del mismo pueblo llamado Mr. Commet, le eligió para ayo de sus hijos, y le habilitó para continuar sus estudios sin servir de carga á sus padres. A los veinte años de su edad, que se contaba el de 1596, estaba ya bien calificado para pasar á la universidad de Tolosa, donde estudió la teología y en que fue graduado de bachiller en ella. En la misma ciudad fue promovido á los órdenes sagrados del subdiaconado y diaconado en el año

de 1598, y en el de 1600 al sacerdocio, habiendo recibido la tonsura y menores pocos dias antes de su partida de Acqs. De antemano habia ya parecido dispuesto y dotado de todas aquellas virtudes que forman el carácter de un ministro del altar celoso y digno: con todo eso no conocia toda la extension de una entera y heroica negacion de sí mismo, con la que los hombres llegan á tenerse como muertos y crucificados para todos los apetitos desordenados; sobre cuya perfecta negacion va fundado el sacrificio total de un corazon á Dios, la perfecta humildad, y la pureza y ardor de la caridad divina que constituye formalmente la santidad. Vicente aprovechó mucho en la teología y en las demás ciencias de la escuela, y se habia aplicado diligentemente al estudio de las máximas de la virtud cristiana en el Evangelio, en las vidas de los Santos, y en la doctrina de los mas grandes maestros de la vida espiritual; pero aun quedaba nueva ciencia que aprender, que le debia costar mucho mas que un mero estudio y un trabajo estéril; es á saber, la práctica experimental y tiernos sentimientos de humildad, paciencia, mansedumbre y caridad; ciencia que solo se aprende con el buen uso de las probaciones interiores y exteriores. Este es el misterio de la Cruz, desconocido de aquellos á quienes el Espíritu Santo no ha comunicado el importante secreto de su conducta y modo de preparar las almas para recibir los extraordinarios dones de su gracia. La prosperidad de los inicuos se verá en el último dia haber sido las mas veces el mas terrible de los juicios de Dios; y al contrario manifiesto será á todos los hombres que las aflicciones de los Santos fueron efectos de la misericordia divina. Así Dios con un encadenamiento no interrumpido de desastres temporales puso en el espíritu de Vicente los cimientos mas sólidos, sobre que erigió la virtud eminente á que en adelante su gracia llegó á elevarle.

Sabiendo el Santo que un amigo suyo le habia dejado un pequeño legado, pasó para recibirlo al territorio de Albi y de allí á Marsella. Tratando de regresar á Tolosa se embarcó para Narbona, la cual fue asaltada de piratas africanos. Los Cristianos rehusaron rendirse, haciendo viva y tenaz resistencia; pero los infieles, que eran muy superiores en número y en armas, cargaron sobre ellos con furia, y á la primera descarga mataron tres hombres, é hirieron casi á todos los demás, entre ellos á Vicente, el cual recibió un flechazo que le maltrató bastante. Viéronse, pues, obligados los Cristianos á rendirse, y lo primero que los mahometanos hicieron con ellos fue hacer pedazos al capitán: á los demás les aprisionaron y los lleva-

ron á Tunez. Aquí desnudado san Vicente de sus vestidos, encadenado y en traje de esclavo, fue paseado por las calles de la ciudad y vendido á un pescador. Este le volvió á vender á un médico ya viejo, que se preciaba de gran químico, quien le trató no solo con humanidad sino con cariño, prometiéndole todas sus riquezas y la libertad si abrazaba el mahometismo. San Vicente, que mas temía el peligro en que estaba su alma que todas las penalidades de su esclavitud, imploraba con el mayor fervor la misericordia divina, encomendándose muy particularmente á la intercesion de la santísima Virgen María, á la cual siempre después atribuyó la victoria de aquella tentacion. Por la muerte del médico tocó en parte de herencia á un sobrino de su difunto amo, bárbaro de secta y de corazon. Este después lo vendió á un cristiano renegado de Niza, quien le destinó á la labor del campo en una montaña desierta. Tres mujeres tenia el apóstata, y una de ellas, mahometana, iba con frecuencia al campo en que Vicente trabajaba, y por curiosidad mandóle cierto dia que cantase las alabanzas de su Dios. Obedeció el santo esclavo, y acordándose de las palabras de los hijos de Israel esclavos en Babilonia: *Quomodo cantabimus canticum Domini in terra aliena*; entonó con lágrimas el salmo: *Super flumina Babylonis*, etc., luego la *Salve Regina* con otras oraciones semejantes. Tan prendada quedó la mahometana de los cánticos cristianos, que no cesaba de decir á su marido que habia obrado muy mal en abandonar su antigua religion, hasta que como otro Caifás, ó burra de Balaam, sin abrir sus propios ojos á la fe, se los hizo abrir á su marido. Arrepentido este sinceramente de su apostasía, se convino con Vicente en intentar juntos su fuga. Cruzaron, pues, el Mediterráneo en un pequeño barco ó bote, no sin especial ayuda de la santísima Virgen, que invocada con frecuencia de san Vicente, era la única esperanza de su libertad. Desembarcaron por fin salvos en Aguas-muertas, cerca de Marsella, á 28 de junio del año de 1607, desde donde pasaron á Aviñon. El apóstata hizo la abjuracion en manos del Vicelegado del Papa, y al año siguiente fué con Vicente á Roma, en cuya ciudad entró en el austero convento de los Fate-ben-Fratelli, los cuales servian los hospitales segun la regla de san Juan de Dios.

Recibia Vicente una extraordinaria complacencia viéndose en el sitio mas sagrado y eminente que la Iglesia tenia, regado con la sangre de tantos Mártires, y honrado con los sepulcros de los dos apóstoles san Pedro y san Pablo y de otros infinitos Santos, cuyas santas reliquias visitaba en los templos y catacumbas, rogando ser hecho

digno de seguir sus huellas y de imitar sus virtudes. De vuelta á Paris, se aplicó al estudio del derecho canónico, en cuya facultad obtuvo el grado de licenciado, y luego se consagró enteramente al servicio de los pobres enfermos en el hospital de San Juan de Dios, llamado de la Caridad.

En este tiempo servia san Vicente de capellan y aun de consejero á la reina Margarita de Valois, ya separada de los negocios del mundo; y entonces le aconteció un lance que descubrió el fondo de su humildad y de su caridad. En su mismo cuarto vivia un caballero natural de Burdeos y juez de Sore, á quien cierto mozo con ocasion de buscar un vaso en un armario abierto le robó cuatrocientos escudos. No hallando el juez sus escudos, sospechó y acusó á Vicente de aquel robo; irritado, llena de injurias al santo varon y lo infama públicamente hablando contra él entre sus amigos y en cuantas partes se le ofrecia la ocasion. San Vicente se limitó á negar pacíficamente el hecho diciendo: «Dios sabe la verdad.» Seis años estuvo sufriendo la calumnia con resignacion, esperando á que se descubriese la verdad, como en efecto se descubrió en Burdeos, donde habiendo sido preso el ladron con otro motivo, por descargar su conciencia hizo llamar al mismo juez, restituido á su patria, y le confesó su crimen. Este confuso pidió humildemente perdon de su sospecha y calumnia al inocente Vicente. De este acontecimiento dedujo el siervo de Dios cuán peligrosa es á los buenos sacerdotes la compañía de los seglares; en su consecuencia pasó á vivir con el presbítero Berullo y otros sacerdotes ejemplares, los cuales vivieron juntos hasta fines del año 1611, en que tuvo principio por ellos en Francia la congregacion del Oratorio; á la cual no fue asociado san Vicente porque el cielo le tenia destinado para fundar otra congregacion, conforme á la profecía del P. Berullo, que después fue cardenal, en cuyas manos habia puesto el Santo su alma y su libertad.

Por orden, pues, de dicho P. Berullo aceptó san Vicente el curato de Clichy, parroquia poco distante de Paris; y mas adelante, por mandado del mismo Padre, renunció la parroquia ya muy mejorada, y entró en casa del conde de Joigny, Manuel de Gondy, general de las galeras de Francia, en calidad de capellan y preceptor de tres hijos suyos, de los cuales el primero fue duque y par, el segundo murió en edad tierna, y el tercero fue arzobispo de Paris y cardenal. De la entrada de san Vicente en esta casa dispuso la divina Providencia que tuviese principio la Congregacion de la Mision con motivo del suceso siguiente: La esposa del general, Francisca de Silly,

señora de singular piedad, se prendó tanto de la santidad de Vicente que le eligió por confesor y director espiritual suyo. Corrian los años de 1616, cuando estando la condesa de Joigny en su quinta de Folleville, diócesis de Amiens, fue llamado nuestro Santo á confesar á un labrador gravemente enfermo en la parroquia de Gannes, tenido comunmente por muy buen cristiano. Fué allá san Vicente, y examinando escrupulosamente al penitente, halló por conveniente aconsejarle que hiciese una confesion general, á lo cual condescendió gustosamente el enfermo. El resultado fue conocer el penitente que todas sus confesiones habian sido sacrilegas por falta del debido exámen de conciencia; y tan trocado quedó su corazon, que bañado en lágrimas declaró en presencia de muchas personas y de la misma condesa de Joigny, que sin aquella confesion general se hubiera condenado irremisiblemente. Esta piadosa señora tembló de horror al oir tales sacrilegios, y al considerar el peligro inminente en que se habia hallado de condenarse aquella alma del que en tan buen concepto era tenido; y al mismo tiempo se estremecia al reflexionar cuántos de sus vasallos que eran tenidos en menos concepto se hallarian en igual caso. Rogó, pues, á san Vicente predicase en la iglesia de Folleville en la fiesta de la conversion de san Pablo, en el año de 1617; y que instruyese completamente al pueblo de la obligacion indispensable de la contricion y confesion de los pecados. Así lo hizo; y con tal fervor ponderó el Santo la utilidad de la confesion general, que á tropel acudieron las gentes para este fin al siervo de Dios; quien no quiso oírles, sin embargo, antes de haberlos mejor instruido en los dias siguientes. Esta fue la primera de las misiones de san Vicente de Paul, de las cuales cogieron copiosos frutos aquel año los moradores de las tierras y dominios de la casa de Gondy; y la Congregacion en hacimiento de gracias por ella guarda el 25 de enero con gran solemnidad.

Por consejo del P. Berullo dejó san Vicente la casa de los condes de Gondy en el año de 1617 para emplear su celo entre el comun pueblo de los lugares y aldeas de Bressa, donde habia oido que habia mucha necesidad y falta de instruccion. Consiguió persuadir á otros cinco celosos sacerdotes que le acompañasen, y con ellos formó una pequeña comunidad en la parroquia de Chatillon en aquella provincia, parroquia abandonada hacia mas de cuarenta años por sus propios pastores por lo tenue de su renta, que apenas llegaba á cien libras. Aquí convirtió con sus sermones al famoso duelista conde de Rougemont y á otros muchos de sus vidas escandalosas á un

estado de eminente fervor y penitencia, y en muy corto tiempo mudó toda la faz de aquella parroquia, donde con licencia del arzobispo de Lyon instituyó la primera cofradía de mujeres llamada de la Caridad, para emplearse en el alivio de los pobres enfermos.

Interpuesta la autoridad de su director espiritual para obligarle á volver á la casa de Gondy, distribuyó su pobre ajuar á los pobres de la parroquia, y partió de Chatillon acompañado del llanto general del pueblo. La Condesa al recibirle en su casa le hizo prometer que nunca abandonaria el cuidado de dirigir su conciencia durante toda su vida, y que la asistiría en su última hora si él la sobrevivía. Entre tanto hizo conocimiento san Vicente con san Francisco de Sales, y este le recomendó en 1620 la direccion de la venerable madre de Chantal Juana Francisca Fremiot, y de las otras religiosas de la Orden de la Visitacion, poco antes establecida en Paris. Esto no obstante, no estaba satisfecho el celo de san Vicente: dedicábase á las misiones, objeto privilegiado de su acendrada piedad, con gran fruto de los pueblos y reduccion de muchos herejes; y estableció en la ciudad de Coigny una cofradía de hombres, para alivio de pobres enfermos. Visitaba hospitales y cárceles, donde continuaba aun las misiones. Pasó á ver los pobres condenados á galeras, á los cuales consoló, remedió y administró los Sacramentos. Sabido esto de Luis XIII, creó un nuevo oficio de capellan mayor de las galeras, que con título de limosnero del Rey se confirió á nuestro Santo, y en su virtud partió para Marsella, donde visitó aquella comunidad de condenados; tratólos con cariño, proveyó á las necesidades de sus cuerpos con limosnas, y á las de sus almas con el pasto de la divina palabra y de los Sacramentos. Tal mudanza hubo de pecadores arrepentidos que aquellas mismas galeras antes albergue de pecados, pasaron á ser casas de virtud por el celo de san Vicente, y después de sus hijos, á quienes dejó con su espíritu la administracion de su hospital con la fundacion de la casa de la Mision en Marsella. Habiendo visto cierto dia á un infeliz galeote inconsolable de haber dejado á su mujer é hijos reducidos á la mas extremada miseria, compadecido el Santo ofrecióse á ocupar el puesto de aquel desgraciado; y lo que quizá parecerá increible, fue aceptada la sustitucion propuesta: san Vicente fue, pues, encadenado entre la chusma de galeotes; y la hinchazon de los piés de que padeció por todo el resto de su vida atestiguaba de una manera indudable la dureza y peso de los hierros que glorificaron uno de los mas heroicos actos de la caridad cristiana.

Habia ya llegado por fin el tiempo destinado por la divina Provi-

dencia para hacer brillar en su Iglesia la nueva Congregacion de la Mision. Deseando la señora de Gondy á vista de los copiosos frutos de las misiones del siervo de Dios, de que otros, especialmente los que estaban particularmente encomendados á su cuidado, no quedasen privados de cuanto pudiese contribuir á su salvacion y santificacion, indujo á su marido á que concurriese con ella al establecimiento de una comunidad de hábiles y celosos misioneros, que se empleasen en asistir á sus vasallos y colonos. Propusieron este proyecto al hermano de ellos Juan Francisco de Gondy, primer arzobispo de Paris, y este dió el colegio de *Bons-Enfans*, vacante á la sazón, para habitacion de la nueva comunidad. Concertadas todas las cosas, tomó san Vicente posesion de esta casa en el mes de abril del año de 1625; y para principiar la fundacion el Conde y la Condesa dieron cuarenta y cinco mil libras francesas.

San Vicente acompañó á la piadosa Condesa, conforme se lo habia prometido, hasta la muerte, acaecida en 23 de junio del mismo año de 1625; después de la cual se retiró á su Congregacion. Estableció para ella ciertas reglas y constituciones que fueron aprobadas por el papa Urbano VIII en el año de 1632. El rey Luis XIII confirmó el establecimiento con letras patentes que les concedió en mayo del mismo año; y en el de 1633 los canónigos regulares de san Victor dieron á este nuevo Instituto el priorato de San Lázaro, que por ser un edificio muy espacioso fue constituido casa principal de la Congregacion, y de ella los Padres de la Mision han sido llamados comunmente *Lazaristas* ó *Lazarinos*. Estos no son religiosos sino congregacion de clérigos seculares, que después de dos años de probacion hacen los cuatro simples votos de pobreza, castidad, obediencia y constancia. Se dedican en primer lugar á trabajar por la santificacion de sus almas con los ejercicios particulares prescritos en su regla, y en segundo por la conversion de los pecadores á Dios; y últimamente en instruir á clérigos para el ministerio del altar, y el cuidado de las almas. Para conseguir lo primero prescribe la regla una hora de meditacion todas las mañanas, exámen de conciencia tres veces al dia, conferencias espirituales todas las semanas, un retiro anual de ocho dias, y perpetuo silencio, á excepcion de las horas permitidas para la conversacion. Para cumplir la segunda obligacion se emplean ocho meses cada año en misiones en los pueblos circunvecinos, permaneciendo en cada lugar tres ó cuatro semanas, dando todos los dias el Catecismo, haciendo sermones familiares, oyendo confesiones, reconciliando desavenencias, y haciendo toda especie

de obras de caridad. Para corresponder á la tercera, que fue el fin principal que se propuso san Vicente, algunos de esta Congregacion toman á su cargo la direccion de seminarios, y admiten á personas eclesiásticas, y seglares tambien, á retirarse con ellos por espacio de ocho ó diez dias, prescribiéndoles en ellos los correspondientes ejercicios; para cuyo intento quedaron establecidas por el mismo Fundador reglas excelentes. El papa Alejandro VII en el año de 1662 mandó por un breve, que todas las personas que hubieran de ser promovidas á los sagrados Órdenes en Roma, ó en los seis obispados sufragáneos, se retirasen antes por espacio de seis dias bajo la direccion de aquellos Padres, con pena de suspension á los contraventores. San Vicente estableció tambien su Instituto en el seminario de San Carlos en Paris, y vivió hasta haber visto veinte y cinco casas de su Congregacion fundadas en Francia, Piamonte, Polonia y otros lugares.

Esta fundacion, aunque tan extensiva y tan beneficosa, no satisfacía todavía el celo de este hombre apostólico. Por otros muchos medios procuraba el remedio del prójimo en todas las necesidades, tanto espirituales como corporales. Para esto estableció diferentes hermandades, como la de las *Hijas de la Caridad*, para asistir á todos los pobres enfermos en cada parroquia; cuyo Instituto principió en Bressa, y se propagó en cuantos lugares hizo el Santo sus misiones: la llamada de las *Damas de la Cruz*, para la educacion de niñas: otra con el nombre aun de la *Caridad*, para servir á las enfermas de los grandes hospitales, como en el *Hôtel de Dieu* en Paris. Procuró y dirigió las fundaciones de grandes hospitales, como en Paris el de los *Niños expósitos*, en 1640, que por la malicia ó miseria de padres desnaturalizados quedaban abandonados. Nadie antes que san Vicente de Paul habia dado eficaz remedio á esta necesidad, mayor de lo que se puede encarecer; porque unos comidos de perros, otros por falta de alimento, otros por violentos dormitorios, y otros vendidos por vil precio á personas infames, por la mayor parte morian en breve; y lo que era mas lastimoso, sin Bautismo. Memorable es el soberbio hospital para los galeotes de Marsella, donde cuando están enfermos se les provee abundante y caritativamente de todo socorro espiritual y corporal. A todos estos establecimientos los dotó san Vicente con excelentes reglas, y con sumas considerables de dinero.

Arregló tambien un plan espiritual de ejercicios para los que estaban preparándose á las Órdenes; y otro distinto para el que se disponia á hacer una confesion general, ó á meditar en la eleccion de

estado. Tambien puso conferencias regulares eclesiásticas sobre las obligaciones del estado clerical, etc. Increible parece que un hombre solo hubiese podido acabar tantas cosas y tan grandes; y por un hombre que ni tenia las ventajas del nacimiento, ni de la fortuna, ni calidad alguna brillante de aquellas que el mundo admira y estima. Pero seria nuestra admiracion mayor si entrásemos en una consideracion circunstanciada de sus actos maravillosos y de las infinitas ventajas que á otros procuró su conducta. Informado de las miserias que las provincias de Lorena padecian durante la crúel guerra que las asolaba, recogió inmensas limosnas de los piadosos de Paris, y las remitió á aquellos países, ascendiendo su cantidad hasta el exceso de quince y diez y seis mil libras, dice Abelly; y segun prueba Collet por testimonios auténticos, de dos millones, esto es, segun el valor de la moneda en aquellos tiempos: y lo mismo hizo en otras muchas ocasiones.

Asistió al rey Luis XIII en su último trance, y con sus consejos y exhortaciones espiró aquel Monarca con perfectos sentimientos de piedad y de resignacion. Nuestro Santo era muy favorecido de la reina gobernadora Ana de Austria, la cual le nombró miembro del real Consejo de conciencia, y le consultaba en todos los negocios eclesiásticos, y en la colacion de todos los beneficios; cuyo oficio desempeñó diez años.

Entre la confusion de tantos y tan grandes empleos como estaban á su cargo siempre conservó su alma estrechamente unida con Dios; en los negocios mas distractivos conservaba siempre un ojo abierto sobre sí, como destinado á velar únicamente en sí propio. Esta constante atencion á sí mismo la renovaba continuamente, y siempre que daba el reloj, haciéndose la señal de la cruz (y á lo menos secretamente formándola con el dedo pulgar en el pecho) con un acto de amor divino. En todas las adversidades, infortunios y persecuciones conservaba una serenidad inalterable de espíritu, que parecia incapaz de ser perturbada de todo el poder del mundo; porque todos los sucesos los consideraba dimanados de la voluntad de Dios, y los miraba con una perfecta resignacion á ella, sin otro objeto ni deseo que el que Dios fuese glorificado en todas las cosas. Ni una leve mocion hacian en él las afrentas, antes bien se regocijaba en ellas, porque no dudaba encontrar en las mismas un tesoro de gracias, y una oportunidad la mas feliz de vencerlas. Este es el fruto de la victoria que gana sobre el espíritu la virtud de la perfecta negacion. Y es el mas perfecto sacrificio que se hace á Dios, el mas seguro testigo de la vir-

tud verdadera, la victoria mas heróica, y el triunfo mas glorioso del alma llevar con paciencia una calumnia, una injuriosa sospecha, ó un insulto contra justicia; cuyo acto es mas precioso y brillante que el mas heróico exterior de todas las virtudes; lenguaje muy repetido, pero muy poco entendido, y menos practicado entre los Cristianos. La perfecta negacion de sí mismos, la humildad profunda, y un espíritu eminente de oracion son los medios por donde san Vicente llegó al grado elevado de su perfeccion, y los mas recomendados por él á sus discípulos. La humildad quiso que fuese la basa de su Congregacion, y esta fue la leccion que nunca acabó de repetirles, exhortándoles á ocultar sus talentos naturales. Habiéndose presentado á ser admitidas en su Congregacion dos personas de extraordinaria doctrina y habilidad, les negó su admision, diciéndoles: «Vuestra habilidad y suficiencia son superiores á nuestro estado humilde. Vuestros talentos pueden servir con utilidad en otra parte. Por lo que hace á nosotros, toda nuestra ambicion consiste en instruir al ignorante, en llevar pecadores al espíritu de penitencia, y plantar el evangelico de caridad, mansedumbre y sencillez en los corazones del cristiano.»

Ejercitó tambien su celo san Vicente contra las novedades que en su tiempo se suscitaron relativas á la gracia divina. Poco tiempo después de la muerte de Jansenio, acaecida en mayo de 1638, apareció su notable libro con el título de *Augustinus*, del nombre de san Agustin, libro del cual fueron entresacadas las cinco pestíferas proposiciones. Luego que san Vicente reparó en el veneno que ellas contenian, no dejó por probar medio alguno á fin de que fuesen condenadas en Roma, y detestadas en Paris y en todas partes. Y en efecto, confiesan los mismos jansenistas que la bula de Urbano VIII contra dicho libro, publicada en Paris después del año de 1643, fue eficazmente solicitada de san Vicente; siendo tambien obra suya la suscripcion de aquella célebre carta que enviaron á Inocencio X ochenta y cinco obispos de Francia, para conseguir sobre dichas proposiciones el oráculo decisivo de la Santa Sede. Por cuya razon Gerberon, historiador jansenista, le hace el blanco de su rencor y de sus dictorios, bien que las invectivas vagas y generales de los enemigos de la verdad son la recomendacion mayor del celo y de la piedad. Pero los constantes esfuerzos de nuestro Santo para extirpar aquella herejía, dice Abelly, no le hicieron adoptar una moral relajada por el contrario extremo; pues constantemente no aborreció menos esta que los mismos errores de Jansenio. Cuidaba muy particularmente en

insistir sobre las condiciones de la verdadera contricion para hacer el arrepentimiento sincero y perfecto; por falta del cual, solia decir con san Ambrosio, que algunos penitentes pretendidos se hacen mas criminales por su sacrilega hipocresía en el abuso de tan grande Sacramento, de lo que lo eran antes con sus primeros pecados.

En el año de 1658 juntó san Vicente los miembros de la Congregacion en San Lázaro, y le dió á cada uno un libro de las reglas que él habia compuesto. Al mismo tiempo hizo una exhortacion muy patética para esforzar su observancia religiosa y exacta. Esta Congregacion fue segunda vez aprobada y confirmada por Alejandro VII y Clemente X.

La constitucion robusta de este siervo de Dios ya iba decayendo á fuerza de fatigas y austeridades, y á los ochenta años de su edad fue acometido de una fiebre periódica con violentos sudores por las noches. Pasada esta casi sin dormir, y con las mayores agonías, nunca dejó de levantarse á las cuatro de la mañana, para invertir tres horas en oracion, para decir misa todos los dias (á excepcion de los tres primeros de su retiro anual segun la costumbre que tenia establecida), y á ejercitar como siempre su celo infatigable en los ejercicios de caridad y religion. Aun redobló su diligencia en dar instrucciones á sus hijos espirituales; y rezaba todos los dias después de la misa las oraciones de la Iglesia por los agonizantes, con la recomendacion del alma, y otros actos preparativos de la última hora. Alejandro VII en consideracion á la suma debilidad á que le tenia reducido su enfermedad, le envió un breve dispensándole de la obligacion del rezo del Breviario; pero antes que este llegase habia ya el siervo de Dios acabado la carrera de sus trabajos. Habiendo, pues, recibido los últimos Sacramentos, y dando sus últimos consejos, espiró pacíficamente en 27 de setiembre del año de 1660, siendo de ochenta y cinco de edad. Fue sepultado en la iglesia de San Lázaro en Paris con una pompa y concurso extraordinarios. Muchos son los milagros con que el Señor ha querido honrar á su fiel siervo y manifestar su santidad. Mr. Bonnet, superior del seminario de Chartres, general después de la Congregacion, implorando la intercesion de este Santo, quedó sano instantáneamente de una inveterada rotura, que habia sido declarada incurable por todos los cirujanos; cuyo milagro fue aprobado por el cardenal Noailles. Otras curas de fiebres, almorranas, perlesías, disenterias, y otras muchas enfermedades fueron tambien probadas jurídicamente. Una niña de ocho años muda y coja fue enteramente curada en virtud de una novena que hicieron se-

gunda vez ella y su devota madre en honor de san Vicente. Su cuerpo fue visitado por el cardenal Noailles en presencia de muchos testigos en el año de 1712, y hallado entero y fresco, y sus vestiduras en el mismo estado que si fuesen nuevas. Volvieron entonces á cerrar su tumba; cuya ceremonia es por lo comun usada antes de la beatificacion de cualquiera siervo de Dios, aunque la incorrupcion del cuerpo no se considera precisamente milagrosa ni como prueba auténtica en Roma, ni al contrario, como observa muy bien Collet. Después del riguroso exámen é indagacion de la conducta, virtud heroica, y milagros de este en Roma, el papa Benedicto XIII formó con gran solemnidad la ceremonia de su beatificacion en el año de 1729; y en consecuencia de su publicacion mandó el arzobispo de Paris que volviesen á abrir su tumba. La mariscala de Noailles, el mariscal su hijo, y otras muchas personas se hallaron presentes á este segundo registro; pero se halló ya corrompida la carne de las piernas y de la cabeza, cuya alteracion del estado en que habia sido hallado veinte y siete años antes fue atribuida á una inundacion de aguas que habia cubierto la bóveda doce años hacia. Continuáronse obrando milagros con mucha frecuencia con las reliquias, é invocacion de san Vicente. Una monja benedictina de Montmirel afligida de una violenta fiebre, detencion de orina, úlceras, y otras dolencias, lleno su cuerpo todo de tumores de un tamaño enorme, y habiendo estado mucho tiempo paralítica, fue perfectamente curada de repente con la reliquia de san Vicente, aplicada por monseñor José Languet, obispo entonces de Soissons. Francisco Richer en Paris fue curado tambien de un modo no menos milagroso. Luisa Isabel Sackville, dama jóven inglesa residente en Paris, quedó sana de una perlesía haciendo una novena ante el sepulcro de san Vicente; cuyo milagro fue testificado de un modo muy patético entre otros por Hayes, protestante inglesa, con quien vivia la primera. Sackville se hizo después monja en la abadía de Francia, llamada del santo Sacramento en Paris, vivió diez años sin ser retocada de la misma enfermedad, y murió en el de 1742. San Vicente fue canonizado en el de 1737 por el papa Clemente XII.

SANTA MACRINA, VÍRGEN.

Fue la mayor de los diez hijos de san Basilio el viejo y de santa Emmelia; y criada con sentimientos excelentes de piedad, después de la muerte de su padre consagró con voto su virginidad á Dios, y ayudó mucho á su madre en la educacion de sus hermanos y her-

manas. S. Basilio el Magno, san Pedro de Sebaste, san Gregorio de Nissa, y los demás aprendieron de ella aquel temprano desprecio que hicieron del mundo, aquel miedo á sus peligros, y aquella aplicacion á la oracion y á la palabra de Dios. Cuando para mayor aprovechamiento de ellos les enviaron fuera de su casa, Macrina persuadió á su madre á continuar con ella en la fundacion de dos monasterios uno para hombres y otro para mujeres á corta distancia uno de otro, en una hacienda propia cerca de Ibora en Ponto. El primero fue gobernado por san Basilio y después por san Pedro. Macrina escribió las reglas para las monjas con admirable prudencia y piedad, y estableció en aquel monasterio el amor y el espíritu de una pobreza universal, de un desprendimiento completo del mundo, de mortificacion, humildad, continua oracion, y canto de Salmos. Dios se dignó de afligirla con un cáncer muy penoso, que al fin le curó su madre, haciendo á ruegos de ella la señal de la cruz sobre la llaga; sola una cicatriz negra quedó en la misma parte en que le habia tenido.

Después de la muerte de santa Emmelia dispuso Macrina de todo cuanto habia quedado de sus haciendas en beneficio de los pobres, y vivió como todas las demás monjas de lo que adquiria con la labor de sus manos. Su hermano Basilio murió á principios del año de 379, y ella cayó enferma á los once meses de aquella muerte. Haciéndola san Gregorio de Nissa una visita después de ocho años de ausencia, la encontró acometida de una calentura maligna, recostada en dos tablas, de las que una la servia de cama, y otra de cabecera. Con sus piadosos discursos quedó sumamente confortada, y animada de un fervor y de un deseo ardentísimo de amor divino y penitencia, con que se preparó para su última hora. Espiró, pues, en paz después de haberse armado con la señal de la cruz. La pobreza de su casa era tal que cuando la llevaron á la sepultura no se halló con que cubrir su cadáver, sino su mismo manto antiguo y su velo; pero san Gregorio le echó su manto episcopal para cubrirla. Ella habia llevado al cuello una cinta ó cordon de que pendia una cruz de hierro y un anillo. San Gregorio dió la cruz á una monja llamada Vestiana, y el anillo le guardó para sí, por estar hueco y contener dentro una partícula de la cruz verdadera. Araxo, obispo de aquel lugar, y san Gregorio formaron su procesion fúnebre, que se compuso de clérigos, de monjes y de monjas en dos coros separados. Toda la comitiva iba cantando salmos con antorchas en las manos; y sus santas reliquias fueron conducidas á la iglesia de los Cuarenta

Mártires una milla distante del monasterio, y depositadas en la bóveda misma de su santa madre, donde se hicieron preces y sacrificios por ambas. Santa Macrina murió en diciembre del año de 379; pero se hace su conmemoracion tanto por griegos como por romanos en el 15 de julio.

SAN SIMMACO, PAPA Y CONFESOR.

Fue natural de Cerdeña, y arcediano de la Iglesia de Roma en tiempo del papa Anastasio, á quien sucedió en la Santa Sede en el año de 498. Festo, patricio romano, habia sido ganado por Anastasio, emperador de Constantinopla, y protector de los Eutiquianos, para procurar del papa Anastasio una confirmacion del Henoticon de Zenon, edicto imperial en favor de los herejes, como refiere Teofanes. Muerto aquel Papa, Festo con sus máquinas ganó varios votos para elevar al pontificado al arcipreste de Santa Praxedes. Ambos habian sido ordenados en un mismo dia; Simmaco en la basílica de Constantino, y Lorenzo en la de Nuestra Señora. Teodorico, rey de Italia, aunque arriano, mandó que fuese confirmada la eleccion que se hubiese hecho primero, y á pluralidad de votos por el mayor número, por cuya regla fue reconocido por legitimo papa Simmaco. Este convocó un Concilio en Roma de sesenta y tres obispos, y sesenta y siete presbíteros, el cual mandó, para precaver facciones y partidos en las elecciones de los Papas, que si alguno prometia su voto á otro ó trataba en alguna junta sobre el asunto, vivo todavía el Papa de quien se ventilase la sucesion, fuese descomulgado y depuesto; y que muerto aquel fuese tenido por legítimo el que quedase elegido por la mayor parte de votos del clero. Lorenzo suscribió á estos decretos el primero de los presbíteros, y después fue hecho obispo de Nocera. A poco tiempo algunos clérigos y senadores, á diligencias de Festo y Probino, volvieron á llamar secretamente á Lorenzo á Roma, y renovaron el cisma, que segun algunos historiadores fue el primero que se conoció en aquella Iglesia, aunque los Novacianos habian intentado antes formar uno. Los cismáticos acusaban á Simmaco de muchos crímenes; y el rey Teodorico mandó que se celebrase un sínodo en Roma para el intento. Los obispos de Liguria, Emilia y Venecia entraron en Ravena de camino de Roma, y representaron al Rey con mucho ahinco, que el Papa debia convocar el Concilio, pues que aquel derecho le tocaba por su primacía á la Santa Sede, derivada de san Pedro, y tenida por autoridad de los Concilios mismos, asimismo que no habia ejemplar de que el Pon-

tífice hubiese de sujetarse al juicio de sus inferiores. El Rey les mostró las cartas del Papa por las que convenia en la convocación, y aun la hacia de su autoridad; y á la verdad que el Pontifical dice, que Simmaco convocó este Concilio.

Túvose, pues, el sínodo en Roma en setiembre del año de 501, y declaró al papa Simmaco inocente de las acusaciones contra él alegadas, condenando á ser castigados como cismáticos todos los que osasen celebrar misa sin consentimiento suyo; pero perdonando á los que habian levantado el cisma, con tal que diesen alguna satisfaccion al Papa. Cuando se llevó este decreto á las Galias todos los Obispos se conmovieron, y encargaron á san Avito, obispo de Viena, que escribiese en nombre de todos ellos sobre el asunto. Este dirigió sus letras á Fausto y Simmaco, patricios que habian sido ambos cónsules, quejándose de que habiendo sido acusado el Papa ante el Príncipe, los Obispos en vez de oponerse á una injusticia como aquella, habian tomado á su cargo el juzgarle: «Porque no es fácil de concebir, dice él, cómo un superior puede ser juzgado de sus inferiores, especialmente la cabeza de la Iglesia.» No obstante de esto recomienda mucho este Concilio por haber dado testimonio de su inocencia, y suplica encarecidamente al Senado, que sostenga el honor de la Iglesia, y no permita que las ovejas se levanten contra sus pastores. El famoso diácono Pascasio, hombre eminente por sus limosnas y otras buenas obras, tuvo el infortunio de abanderizar este cisma al fin de sus dias; por lo que dice san Gregorio el Magno, por autoridad de cierta revelacion, que habia sido detenido en el purgatorio después de su muerte, aunque libertado por las oraciones de san German, obispo de Capua. Ceillier piensa que esta opinion la adoptase en los últimos momentos de su vida, y que la sencillez con que la habia admitido habia reducido este pecado á venial. Pascasio escribió un libro muy erudito *sobre la divinidad del Espíritu Santo*, aunque los dos que al presente llevan su nombre en esta materia fueron produccion de Fausto de Riez.

El papa Simmaco escribió al emperador Anastasio, declarándole, que no podria mantener comunion con él, mientras la tuviese con Acacio. Aquel Príncipe esperó siempre esta amenaza del cielo de este Papa, y por eso no le habia escrito la enhorabuena por su elevacion al pontificado, como era siempre costumbre. Tambien le acusó de maniqueismo, aunque Simmaco habia desterrado á los Maniqueos de Roma; y no cesó un punto de contradecir en todo al Papa, temiendo su conocido ceño contra su secta favorita de los Acéfalos. Sim-

maco compuso una apología contra este Emperador, en que demuestra la dignidad del sacerdocio cristiano. Escribió á los Obispos orientales exhortándoles á sufrir destierros y todas las persecuciones antes que hacer traicion á la verdad divina. Habiendo el rey Trasimundo desterrado á Cerdeña muchos obispos africanos católicos, el papa Simmaco les enviaba anualmente vestidos y dinero; y aun se encuentra entre las obras de Ennodio una carta que este Papa les escribió confortándoles. Esta la acompañó con algunas reliquias de Mártires, como de san Nazario y san Roman. Redimió muchos cautivos, y dió ciento setenta y nueve libras de plata en ornamentos á varias iglesias de Roma, y á la capilla de la Santa Cruz una de oro de diez libras de peso, en que incluyó un pedazo de la verdadera cruz de Cristo. En un copon, ó ciborio, en el lenguaje de aquel tiempo tabernáculo, que dió á la iglesia de San Pablo, mandó que se grabasen las figuras de nuestro Salvador y de los doce Apóstoles. Él estableció que se cantase todos los domingos, y en las festividades de los Mártires, como testifican los Pontificales, el himno de divina alabanza llamado el *Gloria in excelsis*. Ocupó la Silla pontificia quince años y ocho meses, y murió en 19 de julio de 514.

La Misa es en honra de las santas Justa y Rufina, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui virtutem tuam in vasis fictilibus, etiam fragilis sexus, recondens, sanctis virginibus, et martyribus tuis Justae et Ruffinae mirabilem fidei constantiam tribuisti; da nobis earum patrocinii in tui amore perseverare, et ad coelestem coronam pervenire: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que depositando tu virtud en vasos de barro, aun de frágil sexo, distes una admirable constancia en la fe á tus santas vírgenes y mártires Justa y Rufina; concédenos por su intercesion que perseveremos en tu amor, y que merezcamos llegar á la corona eterna que nos tienes prevenida: Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VII de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: De virginibus praeceptum Domini non habeo: consilium autem do, tanquam misericordiam consecutus à Domino, ut sim fidelis. Existimo ergo hunc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quaerere solutionem. Solutus es ab uxore? nobi quaerere uxorem. Si au-

Hermanos: En orden á las vírgenes, yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien, atendida la necesidad que urge, porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una mujer? no pretendas soltura. ¿Estás suelto de la mujer? no

tem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi. Ego autem vobis parco. Hoc itaque dico, fratres, tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint: et qui flent, tanquam non flentes: et qui gaudent, tanquam non gaudentes: et qui emunt, tanquam non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur: praeterit enim figura hujus mundi. Volo autem vos sine sollicitudine esse. Qui sine uxore est, sollicitus est quae Domini sunt, quomodo placeat Deo. Qui autem cum uxore est, sollicitus est quae sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est. Et mulier inupta, et virgo cogitat quae Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu in Christo Jesu Domino nostro.

busques esposa. Pero si tomares mujer, no pecaste. Y si una vírgen se casare, no pecó; con todo eso estos padecerán la tribulacion de la carne. Pero yo no hablo de vosotros. Lo que digo, hermanos, es esto: el tiempo es breve; resta, pues, que los que tienen mujeres sean como aquellos que no las tienen: y los que lloran como aquellos que no lloran: y los que se alegran como aquellos que no se alegran: y los que compran como aquellos que no poseen: y los que usan de este mundo como aquellos que no usan, porque se desvanece la figura de este mundo. Quiero, pues, que vosotros esteis sin inquietud. El que está sin mujer tiene solicitud por las cosas del Señor, de cómo agraderá á Dios. Pero el que está con mujer tiene solicitud por las cosas del mundo, de cómo agraderá á la mujer, y está dividido. Y la mujer soltera, y la vírgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu en Nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Dios y Señor mio, tú exaltaste mi habitacion sobre la tierra. Todos somos forasteros en el mundo; el cielo es propiamente nuestra patria, y es la vida una jornada que se hace por país extraño. No hay mayor necesidad, no hay mayor locura que emplearse en tomar únicamente gusto á los bienes de esta vida. Un caminante mira con indiferencia todo lo que le sale al encuentro en el camino. Diversiones, costumbres, campiñas deliciosas, bellas casas de campo, edificios suntuosos, objetos agradables, todo le hace poca fuerza, en nada se detiene. Aprovechase con la vista de los objetos divertidos que se le presentan; toma de ellos al paso lo que le parece necesario; pero la memoria y el deseo de su amada patria le ocupan enteramente. Alma muy baja, corazon muy corrompido ha de tener el que está gustoso, el que está muy divertido en el lugar de su destierro, aunque sea un país desdichado, aunque se ejercite en los oficios mas penosos y mas abatidos, llegando á perder el amor y aun la memoria de su patria, no obstante de ser un país delicioso, y de que viviria

en él con estimacion, con esplendor y con regalo. ¡Ó buen Dios, y cuántos hay en esta odiosa disposicion! Agrádanos la tierra, aunque sea region y valle de lágrimas: pero el cielo, aquella feliz estancia; el cielo, aquel dichoso centro de todos los bienes y de toda la felicidad, nos es indiferente. ¿Ocupa mucho á esas personas mundanas el pensamiento del paraíso, á esos hombres de negocios, á esos idólatras de los pasatiempos, á esas almas bajas y terrestres, que parece colocan su felicidad en las diversiones de la tierra, y que parece no tienen otro último fin que el de los bienes criados? A la verdad si no estarian en buen estado los que nunca suspirasen por el cielo; los que se contentasen con poseer perpetuamente los bienes de este mundo, ¿podrémos darnos por seguros en conciencia? ¡Oh, cuántos sinsabores nos ahorrariamos, ó á lo menos cuántos consuelos hallariamos en nuestros trabajos y en nuestros contratiempos, si, mirándonos como futuros ciudadanos de la corte celestial, como hijos adoptivos de Dios, como presuntivos herederos de su gloria, nos acordáramos que solo estamos de paso en esta triste vida, para ser algun dia eternos moradores de la celestial Jerusalem! Yo gimo, yo ha muchos años que vivo como enterrado en la pobreza y en la oscuridad; yo no hallo mas que espinas, abrojos, trabajos, cruces en todas partes; yo mojo el pan que como en las lágrimas que derramo. Ea, no mas que un poco de paciencia: dia vendrá en que seré santo. Aborrecido, menospreciado, perseguido; no pasarse dia sin algun trabajo; no encontrar camino que no esté sembrado de tropiezos; vivir siempre con las armas en la mano; no dar paso que no encuentre con un lazo en que caiga la inocencia; serme sospechoso mi propio espíritu; hacer liga contra mi propio corazon de inteligencia con mis sentidos; ¡qué vida, Señor, mas triste, mas enojosa, mas pesada! Pero ea; un poco de paciencia: el cielo ha de ser el término dichoso de todos estos trabajos; el mismo Dios ha de ser su recompensa; cada dia, cada hora y cada instante nos vamos avanzando hácia aquella estancia feliz. ¡Oh, y cuánto consuela este pensamiento á una alma que está llena de religion, y no está pegada á la tierra!

El Evangelio es del capítulo xxv de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum coelorum decem virginibus: quae accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsae. Quinque autem ex eis erant fatuae,

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco pru-

et quinque prudentes: sed quinque fatuae, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes, et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illae, et ornaverunt lampades suas. Fatuae autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostrae extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis, ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quae paratae erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt, et reliquae virgines, dicentes: Domine, domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

dentés; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite: pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle; entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo; vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

No hay tiempo en la vida en que no debamos trabajar en nuestra salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera[que todo el tiempo de la vida se nos dió para que trabajásemos en el negocio de nuestra salvacion, y que todo este tiempo es necesario para salir bien con él. Por aquí comprenderás el error de aquellas falsas máximas del mundo. *Es menester dar á la mocedad lo que la toca; los mozos es preciso que sean mozos, y que se diviertan; ya les vendrá el tiempo de tener juicio, y de darse á la virtud. La edad mas madura es mas á propósito para la perseverancia. Cada cosa á su tiempo.* Esto quiere decir en buenos términos, que las primicias de la vida del hombre no deben consagrarse á Dios; que aquellos primeros años, como los mas floridos de la edad, segun el espíritu del mundo, se han de destinar á los gustos, á las diversiones y á los pasatiempos. Todo lo que se reserva para el negocio de la salvacion, para el cual precisamente se nos concedieron

todos los momentos de la vida, es un miserable resto de dias inciertos, achacosos, sin vigor y medio apagados. Cuando ya no estés para servir al mundo, ni seas de provecho para nada, entonces serás bueno para servir á Dios. Es preciso dejar pasar la mocedad. Bien: ¿y en qué se funda esta perniciosa máxima? ¡Pues qué! la edad mas propia para la virtud, y la mas expuesta al vicio, ¿no debe estar sujeta á la ley? El torrente es impetuoso; pues rómpanse todos los diques. Son fogosas las pasiones en la juventud; pues quítensela todos los frenos, y perdónensela todos los estragos. Porque un ánimo joven y tierno se corrompe mas fácilmente, ¿será razon dejar que penetre la corrupcion hasta el corazon y hasta las entrañas? Tienen los jóvenes mayor propension á lo malo; ¿será caridad, será proceder con juicio alargarles el freno y darles mayor libertad para precipitarse? Un padre, una madre, un amo, un superior, ven á sangre fria la vida irregular de sus hijos, de sus súbditos, de sus criados; cierran los ojos, y se tranquilizan diciendo, que es preciso dar á la mocedad lo que le corresponde; que es menester perdonar alguna cosa á los pocos años. Esto significa, que es menester dejarlos que sean malos, porque están en una edad muy oportuna para ser cada dia peores; que es menester permitirles se dejen llevar del mal ejemplo, por lo mismo que están en paraje de que cada instante los arrastra mas y mas; que es menester disimular sus extravíos, en atencion á que se descaminan al principio de la carrera. ¡Buen Dios! ¡qué materia copiosa de dolor! ¡y qué sementera de arrepentimientos!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que como, hablando en rigor, no tenemos mas que un solo negocio en esta vida, todo el tiempo y todas las edades de la vida se deben emplear en este único importante negocio, que es el de la salvacion. La primera edad es inocente; pues nada nos importa mas que aplicar todos los medios para conservar esta inocencia, de cuya conservacion pende muchas veces nuestra salvacion eterna. La juventud está mas expuesta y es mas peligrosa; ¿pues qué no debemos hacer para preservarnos en ella de las ocasiones, y de tantos peligros tan resbaladizos? No hay edad mas crítica, y por consiguiente ninguna en que sea mas necesaria la circunspeccion, la fuga de las ocasiones, la devocion y la frecuencia de Sacramentos. Una vez corrompido el tiempo de la juventud, todo el resto de la vida olerá á la misma corrupcion. Ni la edad mas madura está mas á cubierto de las tentaciones. Esta es propiamente la edad de los negocios. ¿Tenemos alguno de mayor consecuencia que el de

nuestra salvacion? Y si no trabajamos en él en esta edad, ¿cuál es la que destinamos para adelantarle? La vejez está mas cerca de la muerte; ¡gran razon por cierto para trabajar únicamente en ella en este importantísimo negocio! Pero ¿no es verdad que la vejez es la edad de las costumbres inveteradas? ¿no es verdad que entonces somos regularmente lo que siempre fuimos? Pero al fin, si no empleamos en nuestra salvacion estos últimos dias de la vida, ¿cuál será nuestro destino? Sin embargo pocos viejos comienzan á ser devotos cuando viejos. Pues considera cuánto te importa comenzarle á ser en buen hora. En la vejez solo se obra por costumbre.

¡Mas qué, Señor! ¿será posible que no se hizo para Vos la edad florida! Llamaránse siervos vuestros los que no temen serviros demasiados años, si lo comienzan á hacer desde su juventud; y los que habiendo dedicado esta al servicio del mundo, ¿juzgan que os conceden demasiado, si os dan á Vos los últimos carcomidos dias de su estragada vida? ¡Oh Señor! ¡y cuánto dolor tengo de comenzar á serviros tan tarde! Pero al fin comienzo, y en vuestra divina gracia espero no trabajar ya en otra cosa que en el negocio de mi salvacion.

JACULATORIAS. — Señor, ni en el cielo, ni en la tierra deseo otra cosa que á Vos, único bien mio. (*Psaln. LXXII*).

Esto es hecho, Señor; no quiero se pase ni un solo dia de mi vida, en que no os sirva, guardando exactamente vuestra santa ley. (*Psaln. CXVIII*).

PROPÓSITOS.

1 Grande error es imaginar que haya en el discurso de nuestra vida cierto tiempo ó cierta edad en que impunemente se pueda omitir el aplicarse seriamente al negocio de la salvacion. Como si Dios hubiera exceptuado algunos dias en que nouviésemos obligacion á trabajar en este único negocio; como si el Señor no nos hubiera de tomar estrecha cuenta de todos los dias de la vida. Ni uno solo se nos concedió para otro fin; ni uno solo se nos dió de sobra. Pues ¿qué será de aquellas personas que malograron toda su juventud, y acaso las tres partes de su vida, sin hacer en ellas nada por su eterna salvacion? ¿Contado y determinado está el número de nuestros dias? ¿En qué parte del Evangelio se encuentra que no nos pedirá Dios cuenta de muchos ó de algunos? ¡Y después nos admiraremos de que sea tan corto el número de los escogidos! Examina bien cuántos dias has perdido, y llora amargamente esta pérdida.

2 Procura emplear tan cristianamente el poco tiempo de vida que te resta, que tengas alguna razon para esperar que Dios tendrá piedad de tí por su infinita misericordia. Trabaja sin cesar en el negocio de tu salvacion; no malogres un instante; no hay que perder tiempo, pues demasiado has perdido. Haz propósito por las mañanas de emplear todo aquel dia en este importante negocio, y renueva el mismo propósito al principio de todas las acciones.

DIA XX.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SANTA MARGARITA, vírgen, en Antioquía. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN ELÍAS, profeta, en el monte Carmelo. (*Véase su vida en las de hoy*).

LA GLORIOSA MUERTE DE SAN JOSÉ, llamado el Justo, en el mismo dia, á quien propusieron los Apóstoles con san Matías para llenar la vacante en el apostolado que habia dejado Judas el traidor: y aunque la suerte recayó en san Matías, no dejó él por eso de emplearse en la predicacion del Evangelio, y en el ejercicio de todas las virtudes, padeciendo por la fe de Jesucristo muchas persecuciones de los judíos, hasta que murió en Judea vencedor de su malicia. Dicese de este Santo que bebió veneno por la fe del Señor, sin que le hubiese causado daño alguno.

LOS SANTOS MÁRTIRES SABINO, JULIANO, MÁXIMO, MACROBIO, CÁSA y PAULA, con otros diez, en Damasco.

SAN PABLO, diácono y mártir, en Córdoba; al cual predicando constantemente á Jesucristo, y reprendiendo á los príncipes mahometanos porque seguian á Mahoma, y por las crueldades que usaban con los Cristianos, le dieron muerte, martirizándole por mandato de los mismos príncipes, y alcanzó así el premio del cielo. (*Véase su vida en las de hoy*).

SANTA WILGEFORTIS (Ó SANTA LIBRADA), vírgen y mártir, en Portugal; la cual, crucificada en defensa de la fe católica y de su virginidad, alcanzó un glorioso triunfo. (*Véase la vida de santa Librada en las de hoy*).

SAN VULMARO, abad, en una aldea de Boloña en Francia; fue varon de gran santidad.

SANTA SEVERA, vírgen, en Tréveris.

SANTA LIBRADA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

La contradiccion de noticias esparcidas acerca de santa Librada debia haber desaparecido desde que los eruditos PP. Centeno y Fernandez de Rojas se encargaron de adicionar el Año Cristiano, publicando sus trabajos en 1818; pues ya entonces habia anunciado los documentos existentes en el archivo de la catedral de Sigüenza su laborioso y recomendable dean el Dr. D. Diego Gonzalez Chantos en su

obra impresa en 1806, con el título de *Santa Librada, virgen y mártir, vindicada, etc.*

Con esta guía y el informe que han tomado los editores del ilustrísimo obispo de Ibiza, colegial y catedrático que fue en aquel seminario, y el de Canarias, que estuvo muchos años canónigo en aquella iglesia, han conseguido restituir la historia de la Santa á su primitivo origen segun la relacion siguiente ¹.

Santa Librada, una de las mas célebres vírgenes y mártires de la

¹ Como muchas personas están impregnadas en los errores estampados antes de ahora en la vida de la Santa, extraídos unos de las nuevas lecciones del rezo, y otros del supuesto dextro y arcipreste Juan Perez, consideramos oportuno prevenir, para no ofender los escrúpulos de las almas timoratas, en primer lugar, que las antiguas lecciones (nuestro auténtico é irrecusable fundamento) se rezaron en el obispado de Sigüenza desde el siglo XII hasta el XVII, en que se sustituyeron las nuevas, no á causa de haberse examinado y notado algun defecto, sino en virtud del breve de san Pio V, expedido en 1368, ordenándose en él cesar todos los breviarios de las iglesias particulares que no hubiesen sido aprobados por la Santa Sede.

De resultas de esta providencia, la iglesia seguntina, obedeciendo humildemente la disposicion general del Papa, desusó su breviario original, y adaptó durante cincuenta y tres años á santa Librada el comun de Vírgenes y Mártires, hasta que, impelido el Cabildo de las reclamaciones del público y de su propia devocion, instauró en Roma la solicitud de renovar el rezo propio de la Santa, solicitud tan mal desempeñada, que desde entonces principia la ofuscacion de la verdad y el origen de los errores.

Los comisionados para este importante negocio, aunque prebendados de Sigüenza, residian en Roma, y olvidados sin duda de los documentos archivados en su santa iglesia, entablaron las paces el año de 1309, bajo el error perjudicial de haber traído de Italia el obispo D. Simon el cuerpo de la Santa el año de 1300, trasladándola al altar que ocupa ahora, para lo que contribuyó no solo la ignorancia de las lecciones antiguas, sino la casualidad de que, habiéndose hecho efectivamente por el obispo D. Simon una traslacion memorable del cuerpo de la Santa desde el altar, donde estaba antes, al de San Ildelfonso en una arca de plata, costeada por el mismo señor, juzgó el Cabildo seguntino digno de su gratitud celebrar este suceso con una antifona al *Magnificat*, que á la letra dice así (pág. 69): *Gaudeat civitas Seguntina pro tanti honoris gloria, quia hodie coronatur in coelis B. Liberata, cujus sanctissimum Corpus inclytus Simon Episcopus in arca argentea, et optimo loco reposuit.*

El pormenor de estas noticias puede registrarse en el referido libro del dean Chantos, bastando á los editores observar ahora que todo el fundamento de las variantes accidentales (pues en lo sustancial no hay diferencia) entre las lecciones antiguas y nuevas consiste en no haber reconocido los comisionados en Roma el archivo de la catedral, y en haber equivocado el concepto de la antifona del *Magnificat*, bien claro á los que sepan algo de latin.

Con la primera diligencia hubieran averiguado inmediatamente que se conservan entre sus papeles mas notables dos bulas de Inocencio IV, expedidas una en 1243, y otra en 1254, concediendo Su Santidad en ambas cuarenta dias de indulgencia á los que visitasen la iglesia en que se veneraba el cuerpo de santa Librada. Este testimonio incontrovertible da por tierra con todos los argumentos sacados de los falsos cronicones, en que se confiaron los prebendados comisionados en Roma; y en cuanto á la inteligencia del sentido de la antifona antes inserta, les bastaba haber reflexionado que el preférito *reposuit* significa repuesto, del verbo *repono*, volver á poner, concepto que anuncia claramente haber estado antes en otra parte, segun va referido.

antigüedad , nació en el segundo siglo de Nuestro Señor Jesucristo en Balcagia , ciudad situada segun escritos fidedignos en la parte occidental de la Península , aunque después , por ciertas desgracias que la sobrevinieron , quedó reducida á un pequeño lugar conocido todavía en el siglo XII con el nombre de *Estuciana* , territorio al parecer perteneciente hoy á la diócesis de Coimbra ; y así es que el obispo de Sigüenza D. Fadrique , de la sangre real de Portugal , bien instruido en la materia , la reconoció siempre por su paisana , profesándola tanta devocion , que sin perdonar gasto ninguno la erigió el magnifico altar , que ahora mismo excita la admiracion de los viajeros y le esclarece con milagros.

Los padres de la Santa se llamaron Catelio y Calsia , únicos nombres con que se transmiten en la antigua historia , y eran no solo ricos y poderosos , sino tambien gozaban cierta autoridad al parecer soberana por aquella comarca sometida luego á los romanos.

La tradicion constante desde tan remotos tiempos , así como nos informa de estos hechos siempre respetados y creidos , nos asegura tambien que cuando dió á luz la mencionada Calsia á la niña Librada nacieron del mismo parto otras ocho infantas ; caso verdaderamente pasmoso aun para la misma madre , del que se avergonzó y asustó tanto , que mandó á la comadre arrojar al rio todas las niñas á fin de no quedar infame. Conviniendo esta en el primer momento en tan bárbara atrocidad , partió de la ciudad secretamente con ánimo de cumplir el mandato , tomando las disposiciones propias para verificarlo ; pero la Providencia , que vela especialmente sobre los inocentes niños , mudó su corazon , y la inspiró mejores sentimientos en favor de las nueve hermanas ; por lo que desviándose del camino que llevaba se dirigió á un pueblo próximo habitado de muchos cristianos , donde dejó las niñas al cuidado de ciertas mujeres religiosas que se encargaron de criarlas. El Señor , que proveyó tan admirablemente á salvar la vida temporal de aquellas tiernas criaturas , quiso tambien que á pocos dias fuesen regeneradas con el agua del Bautismo , para libertarlas de la muerte eterna , recibiendo en el acto los nombres de Genivera , Liberata , Victoria , Eumelia , Germana , Gemma , Marcia , Basilia y Quiteria.

No contentas aquellas piadosas mujeres con una solicitud tan misericordiosa y propiamente maternal , procuraron después instruirlas en los principios de la fe y en el santo temor de Dios , revelándolas , para aumentar su gratitud y amor á Jesucristo , la providencia ex-

traordinaria del modo con que habian venido al mundo , y se habian libertado de la crueldad de su madre.

Admiradas las inocentes niñas de los prodigios obrados para iluminarlas con los rayos de la fe y sacarlas del poder de sus padres idólatras , se consagraron exclusivamente al servicio del Señor viviendo en el retiro, la oracion y la mortificacion , y siendo la edificacion de los Cristianos.

Así pasaban los dias las virtuosas vírgenes vivificadas del espíritu de Dios , cuando se anunció en aquel país un edicto sanguinario del imperio romano , mandando inquirir y prender por todas partes á cuantos profesasen la religion de Jesucristo. Este edicto temible produjo , dice la historia , una alegría extraordinaria en los adoradores de las falsas divinidades , y un pavor melancólico y débil en el mayor número de los Cristianos; mas como las nueve admirables hermanas prevenidas con la Gracia habian correspondido fervorosamente al llamamiento de Dios sin contagiarse con el mundo , consultándose y animándose entonces mutuamente juzgaron que aquella era la ocasion verdadera de acreditar su amor á Jesucristo; y así léjos de esconderse á la persecucion siguiendo el ejemplo de las almas tímidas , se presentaron voluntariamente á Catelio en la referida ciudad de Balcagia. Todo iba ordenado por la Providencia para el completo triunfo de las inocentes hermanas , pues como estaban instruidas de cuanto habia ocurrido desde su nacimiento , cuando las preguntó Catelio , ¿qué religion profesaban y cuál era su origen? contestó Genivera á lo primero , que tenian la dicha de adorar á Jesucristo , y á lo segundo , que eran hijas suyas , refiriéndole el pormenor de lo ocurrido en el caso extraordinario de su nacimiento.

Sorprendido Catelio con la noticia , y admirado al mismo tiempo de verlas tan hermosas y recatadas , no solo no se manifestó indignado , sino que lleno de gozo y satisfaccion las habló benignamente , y las ofreció protegerlas y casarlas con personas ricas y distinguidas , con tal que renunciando de los devaneos , decia , en que las habian imbuido , apostatasen de Jesucristo , y sacrificaran á los dioses. Librada entonces tomando la palabra llena de piedad y mansedumbre , y alabando la grandeza de nuestra santa Religion , rogó al padre encarecidamente que mirase bien por su felicidad , y en vez de emplear su voz en disuadirlas de su amor á Jesucristo , Señor de cielo y tierra , detestase el culto de los falsos dioses , y entrase en el seno de la Iglesia para alcanzar la vida eterna.

Estando en estas contestaciones interrumpió la madre la conversacion, y poniéndose por medio se dirigió á las hijas amorosamente, y las exhortó con mas fervor que el padre á dejar la Religion, prometiéndolas, además de colmarlas de riquezas, matrimonios ventajosos, con tal que sacrificasen á Diana. Mas á pesar del cariñoso interés con que habia hablado á Librada, respondió esta resueltamente: Madre, nosotras os reconocemos por tal, y agradecemos que nos hayais tratado como á hijas; pero sabed que no queremos mas esposo ni adoramos mas Dios que á Jesucristo, por cuya divina majestad estamos dispuestas á derramar la sangre si fuese necesario.

Irritado Catelio al oir tal confesion, y mirando con torvos ojos á Librada: Por Júpiter te juro, la intimó, que si tú y tus hermanas no abandonais los delirios de los Cristianos y sacrificais á nuestros dioses inmortales, vais á ser entregadas á una muerte atroz. — Tal es nuestro deseo, respondieron todas, morir por Jesucristo.

Viendo Catelio tanta conformidad y fortaleza en unas tiernas vírgenes, mas no desistiendo por eso de su infernal propósito, mudó repentinamente de carácter, é instándolas con el mayor afecto volvió á ofrecerles su paternal proteccion, riquezas y distinguidas colocaciones; pero viendo infructuosos todos sus conatos y ardides, las despidió airadamente, amenazándolas con que ó habian de sacrificar á los dioses al otro dia, ó sufrir la pena capital.

Fuera ya de la vista de su padre las nueve hermanas deliberaron entre si acerca de su determinacion, y se convinieron en marcharse de la ciudad cada una por diferente vía, á fin de evitar á su padre el horroroso crimen de matar á sus propias hijas; aunque no lo consiguieron, porque descubiertas al fin por los idólatras furiosos, fueron martirizadas ocho de las hermanas en diferentes lugares.

En cuanto á santa Librada, se sabe que logró por de pronto sustraerse de las pesquisas de los gentiles, retirándose á un desierto donde vivió en compañía de otros cristianos, manteniéndose con raíces y entregada á la penitencia, hasta que habiéndola encontrado los gentiles, y no pudiendo vencer su heroica constancia, la hicieron padecer varios martirios, cortándola por último la cabeza; *capitis abscissione martyrium consummavit*.

Segun la tradicion constante transmitida á la catedral de Sigüenza con el cuerpo de la Santa, ocurrió su martirio el dia 18 de enero, aunque no consta tan puntualmente el año, y sí solo que se le ha contado siempre á últimos del siglo II.

El cuerpo de la Santa existe en la catedral de Sigüenza desde su

primitiva restauracion en 1082, ignorándose por la incuria de los tiempos, la falta de archivos y de letras en aquellos siglos tan apartados, el modo con que llegó á su templo tan preciosa joya. Consta sí que en la iglesia de Oviedo se lee en el sumario de las reliquias de aquella cámara santa, levantada por Alfonso el Casto, cuatro huesos de la cabeza de santa Librada, y se conjetura con razon que los Cristianos la fueron trasladando por libertarla del poder de los infieles á los parajes mas seguros, y que al fin la depositaron en la iglesia de Sigüenza. Desde que existe en esta ha ocupado tres lugares: el primero en un altar cuyo sitio no está bien determinado; el segundo en el de San Ildefonso, al cual le trasladó el obispo D. Simon; y el tercero al que ahora tiene desde el año de 1537, siendo de advertir que en la visita que se hizo al practicar esta última traslacion, acordaron dejar fuera las cabezas de la Santa y san Sacerdote, reservándolas en la capilla que llaman de las Reliquias. Conviene referir esta circunstancia para ilustrar su historia y la mejor inteligencia de la profanacion ocurrida en julio de 1809, en uno de cuyos primeros dias, habiendo penetrado las tropas francesas en el templo catedral, descubrieron ambas preciosas cabezas, y apoderándose de los adornos de plata en que se custodiaban, arrojaron las reliquias por el suelo, las que recogidas después por el Ilmo. Cabildo, previas todas las diligencias necesarias, continúan venerándose con la misma piedad que antes.

SANTA MARGARITA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Nació santa Margarita, ó santa Marina (como la llaman los griegos) en Antioquía de Pisidia, de padres distinguidos por su calidad, pero idólatras. Perdió á su madre estando aun en la cuna, y su padre Edesio, uno de los sacerdotes mas autorizados entre los gentiles, la dió á criar á una aldeana de aquellas cercanías, que era cristiana, y se aprovechó admirablemente de la ocasion que la presentaba la divina Providencia para salvar á aquella dichosa niña. Efectivamente, luego que los años la hicieron capaz de enseñanza, la piadosa ama se dedicó á imbuirla bien en los principios y en las verdades de la religion cristiana. Halló en la niña tan bellas disposiciones, un genio tan admirable, una capacidad tan viva y tan despejada, una inclinacion tan natural á la virtud, y una docilidad tan manejable, que parecia haberse anticipado la piedad á la razon. Era todo su gusto instruirse en las verdades de la fe, y todo su anhelo que la llevasen á donde se juntaban secretamente los fieles. Por las preguntas que

hacia de cuando en cuando á su querida ama se dejaban conocer las particulares bendiciones con que el Señor la habia prevenido, disponiéndola para que fuese con el tiempo una de las mas ilustres heroínas cristianas.

Luego que tuvo suficiente discernimiento para determinarse, no solo pidió y recibió el santo Bautismo, sino que desde entonces se obligó con solemne promesa á no admitir otro esposo que á Jesucristo, repitiendo cien veces al dia, que toda su ambicion, toda su ansia y todo su anhelo era dar la vida por su dulce Salvador en medio de los mayores tormentos.

Llegó presto á noticia de su padre lo que pasaba, y el partido que habia tomado su hija; llenóse de cólera, trájola á casa, y prometiéndose que fácilmente la convenceria, la recibió en tono zumbon y mo-fador, dándola la enhorabuena de que fuese cristiana. No lo negó la santa niña; antes bien respondió á su padre con modestia y respeto, que admitia el parabien que la daba, por la merced que la habia hecho el verdadero Dios de darla á conocer la Religion verdadera, escogiéndola no solo para su sierva, sino tambien para ser esposa suya. Irritado furiosamente el padre con una respuesta que no esperaba, la dijo: *Va veo, rapaza, que te han hechizado y turbado la razon; pero yo desharé presto esos hechizos: ó ven conmigo á sacrificar á los dioses, cuyo principal ministro soy, ó disparte á padecer los mas crueles tormentos.* La constancia y la resolucion de Margarita la hicieron experimentar toda la dureza y toda la barbaridad de un padre cruel y enfurecido. Tratóla con bárbaro rigor; pero nada fue bastante á doblar su constancia. Despojóla de la ropa que traia correspondiente á su calidad, y haciéndola vestir unos andrajos asquerosos, la envió al campo á guardar sus ganados, persuadido á que nada se la haria tan duro como el verse tratada como una vil esclava; pero le engañó su pensamiento: aquellos andrajosos trapos eran mas conformes al gusto de Margarita que las mas ricas y mas exquisitas galas. Por otra parte hallaba sus delicias en el campo, retirada de la casa de su padre, que cada dia manchaban mil inmundos y profanos sacrificios. Asi colmaba Dios á esta alma inocente y generosa de sus dulces bendiciones, disponiéndola para combates mas fuertes, y para una victoria mas segura.

Favorecida en la soledad de mayores gracias, solo anhelaba por aquel dichoso dia en que tuviese la gloria de dar su vida por Jesucristo, rindiéndole incesantes gracias por la merced que la hacia en darla alguna parte en sus abatimientos, y suplicándole con humildad

y con instancia se la diese tambien en sus tormentos y en su cruz. Presto fue oida su oracion. Estaba un dia con su ganado cerca del camino real á tiempo que pasó junto á ella Olibrio, general de los ejércitos del emperador Aureliano, y gobernador de la provincia de Pisidia.

Reparó en la rara hermosura de la pastorcilla, y en aquel aire noble y modesto que desmentia su condicion. Dióle golpe, y mandándola acercarse, la hizo varias preguntas sobre su nacimiento, sus padres y su calidad. La dulzura y la modestia con que respondió á todo la pastora, dejaron mas prendado al Gobernador; y como entre otras cosas le habia dicho que era cristiana, tomó de aquí pretexto para dar orden que la condujesen á Antioquía.

Acordándose el dia siguiente Olibrio de su prisionera, mandó que se la trajesen á su presencia. Apenas la vió delante de sí, cuando quedó mucho mas encantado de su peregrina belleza que el dia antecedente, y hablándola con una dulzura halagüeña y tentadora, la dijo: «Hija mia, ayer te oí decir que eras cristiana, y no sé si lo crea: sóbrate mucha discrecion y mucho entendimiento para no conocer las extravagancias de esa nueva Religion; pero al fin, si te educaron en sus ridiculas supersticiones, no es maravilla que estés encaprichada en ellas; mas gracias á los dioses inmortales en edad estás en que fácilmente podrás deponer esa preocupacion. Seguramente, hija mia, que naciste para ser algo mas que pastora y una cristiana vil; yo quiero hacer tu fortuna, quiero colmarte de honras y de bienes; en conclusion, desde hoy mismo vas á ser la primera señora de Antioquía.»

Oía todo esto nuestra Santa con una modestia y con una compostura que hechizaba á todos los asistentes; y tomando la palabra respondió: «Señor, mi fortuna está ya hecha desde el mismo punto que tuve la de ser cristiana; á ninguna otra aspira mi ambicion que á la de agradar al Dios á quien sirvo, el único que merece nuestros cultos. Conoce poco la religion cristiana el que trata de extravagancias y de supersticiones sus verdades y su doctrina. No hay que esperar verdadera sabiduría fuera del cristianismo. — Hija, replicó el Gobernador, no se trata ahora de apologías de religion; trátase de que yo quiero absolutamente tomarte por esposa; no te empeñes en llevar adelante obstinadamente tu error; porque si no te rindes á los ventajosos partidos que te hago, bien te puedes prevenir á los mas crueles tormentos. — Dispuesta estoy, señor, á todo, respondió Margarita, y espero que ninguna cosa alterará mi fe, ni vencerá

«mi constancia; tengo colocada toda mi confianza en mi Dios, á quien «consagré mi virginidad, y no ha de permitir que yo sea vencida.»

Encendido Olibrio en cólera y saña al oir estas palabras, mandó que la despedazasen á azotes con nudosas varas. Ejecutóse la orden con furor, y en un instante la sala de la audiencia se vió bañada de aquella inocente sangre. Mientras inhumanamente despedazaban á la purísima víctima, un hombre de armas gritaba: *Margarita, sacrifica á nuestros dioses, y no pierdas tu fortuna por tu locura y por tu obstinacion.* Enternecióse el pueblo que estaba presente á vista de este espectáculo, sobre todo cuando vió que la Santa se mantenía inmóvil, levantados los ojos al cielo, sin exhalar una queja, ni hablar una palabra, hasta que cansados los verdugos, y rendidas todas sus fuerzas, la dejaron. Entonces, volviéndose la Santa al Gobernador, le dijo: *Señor, inventad otros tormentos; Jesucristo está conmigo; la fortaleza y el valor que me comunica es muy superior á todo lo que podeis inventar.* Parecióle á Olibrio que esta fervorosa confesion era insulto con visos de desafío, y centelleando ira por los ojos, mandó que la apretasen fuertemente los piés y las manos entre planchas de hierro encendidas, y que después con garfios del mismo metal la volviesen á abrir todas las llagas. Horrorizóse el pueblo á vista de un suplicio jamás oido hasta entonces; y aun el mismo Gobernador no tuvo valor para ver tan bárbaro espectáculo, ordenando que la retirasen luego á la cárcel antes que espirase, admirado de que se pudiese mantener con vida.

Luego que Margarita entró en la prision, quiso el Señor que triunfase del furor de los demonios después de haber triunfado de la barbaridad de los hombres. Parece que todo el infierno junto se armó para perderla ó á lo menos para atemorizarla; pusiéronse delante espectros formidables, oía espantosos aullidos, y en fin, no perdonó Satanás á medio alguno para llenarla de terror. Dicese que se la apareció el demonio en figura de un monstruoso dragon, acercándose á ella con la boca abierta, en ademan de que la iba á tragar; pero la Santa manteniéndose inmóvil, hizo serenamente la señal de la cruz, y luego desapareció aquel fantasma. No por eso se acobardó el enemigo comun; volvió á ponérsela delante tomando la forma de un hombre rabioso y desesperado en aire de acometerla para hacerla pedazos; pero la santa doncella con dos gotas de agua bendita le echó por tierra, y poniéndole el pié sobre el pescuezo, le hizo confesarse por vencido. Asegúrase que teniéndole de esta manera, le preguntó por qué razon temaba á los cristianos con tanto furor y de tan diferentes

modos. A que respondió el demonio: que por la rabia de ver que estuviesen destinados para llenar en el cielo las sillas que él y sus compañeros habian perdido por su soberbia, y por pura malicia suya, no pudiendo sufrir que Dios hubiese escogido á los hombres para sustituirlos á ellos. Hizo Margarita la señal de la cruz, y quedó libre para siempre de semejantes visiones.

Siguieronse á estas pruebas los consuelos interiores y los favores celestiales. Llenóse la prision de un maravilloso resplandor, y la pareció á la Santa oir una voz del cielo, que la daba el parabien de su victoria, y la exhortaba á perseverar hasta el fin, que ya no estaba distante. Al mismo tiempo sanó perfectamente de todas sus heridas, cesaron los dolores, y se halló restituida á su primera hermosura, aumentada con nueva brillantez. Informado de esto el Gobernador, quiso ver por sus mismos ojos esta maravilla; y apenas pareció Margarita en su presencia, cuando renovado en su corazon el primer incendio, exclamó como asombrado: «¡Oh, y qué poderosos son nuestros dioses inmortales! ¡oh hija mia, y cuánta es tu bondad! ¡cuánto el amor que te tienen! pues perdonando tu terquedad y tu religion, te han deparado aun mas hermosa de lo que antes estabas; vamos, vamos los dos á rendirles las debidas gracias por tan crecido favor, ofreciéndoles humildes sacrificios; y ven tú como esposa del Gobernador á tomar posesion del preeminente lugar que te corresponde en el templo.»

Indignada la Santa al oir tales despropósitos, mas intrépida ya y mas animosa, le respondió con cierto aire de burla y de desprecio: «Sí por cierto; buenos son para hacer milagros vuestros dioses, mas despreciables y mas flacos que los mas viles animales. Un dios de piedra, de metal ó de madera será muy capaz de dar la salud, cuando no es mas que un bulto inanimado, un tronco sin vida; el que me puso en el estado en que me ves fue Jesucristo mi divino esposo, el único que es capaz de sanar las almas y los cuerpos; y si todavía te ha quedado alguna tintura de juicio y de religion, reconoce su poder, y abraza el cristianismo.»

Entró en furor el tirano al oir una respuesta tan no esperada. Mandóla atormentar de nuevo. Abrasáronla los costados con hachones encendidos; y para que fuese mas vivo el dolor, la metieron después en un estanque de agua frigidísima. Mientras duraban estos varios suplicios mostraba la Santa triunfar de alegría, sin dar indicio alguno de la menor flaqueza. Sucedió entonces un espantoso temblor de tierra, que llenó á todos de terror; y se oyó una milagrosa voz que

decia: *Ven, esposa de Jesucristo, ven y entra en la mansion feliz de los bienaventurados á recibir la corona eterna que está prevenida para tí.* Oyeron la voz todos los presentes, y se convirtió una multitud prodigiosa de gentiles, que por la mayor parte tuvieron la dicha de padecer el martirio. El mismo Gobernador quedó como aturdido á vista de tantos prodigios, y temiendo alguna sedicion, mandó que al punto la cortasen la cabeza. Mientras se disponian las cosas para la ejecucion, se volvió Margarita á todos los asistentes, y los exhortó á reconocer al verdadero Dios, obrador de tantas maravillas, como ellos mismos habian visto, y á que abrazasen sin temor la religion cristiana. Sintióse otro nuevo temblor de tierra, que renovó en todos el espanto, y reparando la Santa que el verdugo estaba temblando, le animo á que ejecutase la orden que tenia; y este, reparándose un poco, la descargó el golpe con que mereció la corona del martirio. Sucedió esta preciosa muerte el dia 20 de julio del año 175, dia en que la Iglesia celebra su fiesta.

Enterróse el santo cuerpo en Antioquía de Pisidia, lugar de su nacimiento y de su martirio; y extendiéndose luego su culto por todo el universo fueron repartidas sus reliquias en diferentes lugares, siendo pocos los pueblos de la cristiandad donde no se profese singular devocion á santa Margarita. En la célebre abadía de San German des-Prez, junto á Paris, se venera una de sus mandíbulas engastada en una rica estatua de plata, de peso de treinta y siete marcos, que mandó labrar en honra de la Santa la reina María de Médicis, mujer de Enrique el Grande. Algunas otras partes de su santa cabeza se adoran en la iglesia de las religiosas del *Ave María* de Paris, en la abadía de Fraymont en el Beauvais, en la de San Rieul en Senlis, y en la colegiata de Andrelec en el arrabal de Bruselas. Un hueso del pié se guarda en la catedral de Troyes, y otras porciones de huesos en Abbeville, Gisors y otras muchas ciudades. Fueron traídas de Antioquía estas reliquias por los cruzados cuando se hicieron dueños de aquella ciudad.

SAN PABLO, DIÁCONO Y MÁRTIR.

Uno de los gloriosos defensores de la religion cristiana que arrebató de este mundo la cruel persecucion que suscitaron los moros en Córdoba á la mitad del siglo IX, fue san Pablo, natural de la misma ciudad; jóven ilustre, de talle airoso, y de una hermosura corporal extraordinaria, vivo retrato de la que ilustraba su alma. Era deudo de san Eulogio, y hermano de san Luis tambien mártir, de

quien hicimos memoria á 30 de abril. No se dejó llevar en sus primeros años de aquellas vanas esperanzas con que le lisonjeaba la fortuna, inspiróle su virtud dictámenes muy contrarios; pues considerando el fin caduco de todos los bienes de la tierra, quiso conseguir los eternos; y para aprender el verdadero camino que conduce al hombre á la patria celestial, empleó su juventud en el estudio de las letras divinas, y de las laudables costumbres que se enseñaban en la iglesia de San Zoilo, donde en ambos ramos se instruian los hijos de los Cristianos por los mas hábiles preceptores, en la desgraciada época que se hallaba Córdoba bajo el tirano yugo de los africanos. Hizo Pablo grandes progresos en las ciencias; y dedicado al estado eclesiástico, recibió el sagrado orden de diácono, en el que se distinguió por la sencillez de su corazon, por la integridad de su fe, y por el testimonio de su buena conciencia; y como estaba armado con el escudo de la caridad, no pudo separarle de Jesucristo ni la tribulación, ni la espada, ni aun la misma muerte. En todo tiempo y en todas ocasiones daba Pablo pruebas auténticas de su ardiente caridad para con todos los pobres necesitados, y con especialidad para con los fieles que se hallaban en las cárceles, inmediatos á ser víctimas del furor de los árabes, no por otra causa, que la de declamar justamente contra los crasos errores y contra las ridículas patrañas de la ley de Mahoma. Servíales con indecible piedad, cuidaba de asistirles en todas sus necesidades, mostrábales compasion en los trabajos, y aliviaba sus males con sus saludables exhortaciones. San Eulogio, que escribió las actas de este ilustre jóven, engrandece su bondad, su candidez, su suavidad y su ardorosa caridad, por lo que se hizo amable de todos; pero como Dios le tenia escogido para sí, le trasladó del destierro de esta vida en lo mas florido de sus años.

Contribuyó mucho para excitar á Pablo á la heroica generosidad con que se ofreció al martirio, la amistad que profesaba con san Sisenando, que dió pruebas de la firmeza de su fe en el dia 16 de julio, teniendo en él no solo ejemplo, sino dispartador para su glorioso triunfo; habiéndolo convidado á que lograrse la misma dicha á que aspiraba, cuando estaba próximo á padecer. Presenció el ilustre Diácono el valor con que Sisenando hizo frente á los enemigos de la fe, la fortaleza con que confesó á Jesucristo por verdadero Dios ante el tribunal de los jueces árabes, la generosidad con que condenó por hombre falso y engañador al que los moros tenian por verdadero profeta, y la constancia con que perseveró en la defensa de la religion cristiana hasta derramar su sangre; y encendido en vivisimos deseos

de imitar á aquel héroe, se presentó al juez agareno, y no satisfecho con haber confesado la divinidad de Jesucristo, declamó con no menor brio que su amigo Sisenando contra los necios delirios del Alcoran. Irritó al juez una accion tan generosa, de suerte, que no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó que lo degollasen inmediatamente. Ejecutóse la inicua providencia en el dia 20 de julio del año 851; y habiendo dejado los moros el venerable cadáver delante del alcázar, recogido por los Cristianos, le dieron sepultura en la iglesia de San Zoilo, donde tuvo el oficio de diácono. Su fiesta se celebra en Córdoba el dia 14 de agosto.

Cuando entró Pablo en la cárcel, se hallaba en ella un sacerdote portugués llamado Tiberino, natural de Beja, á quien por un falso crimen tuvieron los moros en una oscura mazmorra el dilatado tiempo de veinte años, después de los cuales le pusieron en la prision comun de los malhechores. Entró el presbítero en el calabozo en lo mas florido de su edad, pero salió lleno de canas, á fuerza de los trabajos é infelicidades que le hicieron padecer los bárbaros. Vió á Pablo cercano á su glorioso triunfo, y le rogó, que cuando estuviese en la vision beatífica, intercediese con Dios para que le libertase de las pesadas prisiones que sufría inocente tantos años. Ofreciólo así el insigne Diácono compadecido de sus miserias; y no olvidándose de su palabra, á pocos dias después de su martirio consiguió el sacerdote la apetecida libertad; por lo que dió al Señor y al ilustre Mártir las gracias correspondientes.

SAN ELÍAS, PROFETA.

Elías, que se interpreta y quiere decir *Dios fuerte*, ó el *Señor Dios*, nació corriendo los años de la creacion del mundo 3073, y antes de Jesucristo 980, en una ciudad ó aldea situada á la otra parte del Jordan, llamada Thesbis, de la cual le vino el llamarse Thesbita. La sagrada Escritura le introduce como otro Melquisedech, sin decirnos su nacimiento ni los nombres de sus padres, dejando á los de la Iglesia el averiguarlo. San Epifanio dice que el padre se llamó Sabaca, noble ciudadano de Thesbis, y muy virtuoso. Otros autores afirman que ya fue santificado en el vientre de su madre, y confirmado en gracia como el Bautista. Fue Elías profeta grande y celador de la honra de Dios, tanto que por ver al rey Acab, que á instancias de su esposa la reina Jezabel habia hecho adorar al ídolo Baal públicamente á todo Israel, pidió á Dios que castigase á aquel pueblo, negándole el agua del cielo. Otorgado el sí de Dios, Elías se fué

al rey Acab y le dijo: «Vive Dios, en cuya presencia estoy, que no «caerá rocío ni lluvia del cielo en estos años hasta que yo lo dijere.» Atonito quedó el Rey, pasmados los circunstantes, y toda la corte temblando; y confirmando Dios las palabras de Elías, al momento se cerró el cielo tres años y medio, dejando de caer sobre la tierra de Israel el rocío que la fertiliza, y todo el reino sufrió los rigores del hambre.

Entre tanto fué Elías á esconderse en las márgenes del torrente Carith. Cuidó el Señor de él: tarde y mañana los cuervos le llevaban pan y carne, y el agua del torrente apagaba su sed; pero secóse el torrente porque no llovía, y Dios mandó á su Profeta que fuese á Sarepta, ciudad de los sidonios, pues habia ordenado á una viuda que allí le alimentara. Elías obedeció, y al instante emprendió su viaje para Sarepta. A poca distancia de la ciudad vió una mujer recogiendo unas serojas para hacer fuego: llamóla y pidióle agua. Ella iba á traerla, y añadió el Profeta: «Tambien te ruego me traigas «un poco de pan. — Vive el Señor Dios tuyo, respondió ella, que no «tengo pan, sino solo un poco de harina en una orza cuanto puede «caber en un puño, y un poco de aceite en una alcuza, y ando recogiendo leña para ir á cocerlo, para que yo y mi hijo comamos y «luego muramos.» Elías, que no iba á quitarle la vida sino á asegurársela con su bendicion, le dijo: «No temas, sino tráeme de eso «que dices primero á mí, que coma, que tú y tu hijo comeréis después, porque de parte del Dios de Israel te digo, que la orza de la «harina no faltará, ni menguará la alcuza del aceite, hasta el dia en «que el Señor ha de dar agua á la tierra.» Así sucedió: aposentóse Elías en la casa de la viuda, y comian todos de la harina y aceite, multiplicándolo Dios en los vasos donde estaba.

Enfermó y murió poco después el hijo de esta piadosa viuda, quien con la vehemencia de su dolor, estrechando á su pecho el hijo que acababa de espirar, fuése á Elías, y con grande afliccion le dijo: «¿Qué es esto, varon de Dios? ¿has entrado en mi casa para que «matases mi hijo?» Elías le pidió el cuerpo del difunto, y con él se encerró en su aposento: púsolo sobre su cama, y reclinóse por tres veces sobre el cuerpo helado: hizo oracion á Dios, suplicándole no afligiese á su huésped, sino que volviese el alma al cuerpo de aquel niño. Y oyendo el Señor la voz de Elías, volvió el alma del niño á entrar en él, y revivió. Entonces tomando el Profeta al niño de la mano, se lo dió á su madre, diciendo: «Aquí tienes vivo á tu hijo.» Ella muy gozosa respondió: «Ahora reconozco que eres un hombre

«de Dios, y que la palabra del Señor es verdadera en tu boca.»

Mientras premiaba el cielo á la viuda de Sarepta, Acab desesperado por el hambre que affligia á su pueblo, hacia pesquisas para prender y dar muerte á Elías, á quien al propio tiempo mandaba Dios que se presentara á Acab. Obedeció el Profeta, y encontrándose con Abdías, mayordomo del Rey, díjole: «Anda, y dí á tu señor «que estoy aquí.» Respondió Abdías: «Eso no haré yo, profeta santo, porque el Rey mi señor te desea mucho ver, y ha enviado á «buscarte por diversas partes; y si ahora yo le digo que estás aquí, «y viene á verte, puede ser que el espíritu de Dios te lleve á otra «parte, y no hallándote me mandará matar, y no es razon que por «tu causa yo muera, pues sirvo al Señor que tú sirves, y por servirle tengo en diversos lugares escondidos de Jezabel, porque no «los mande matar, cien profetas del Señor, y los sustento á mi costa.» Elías le aseguró que esperaria al rey Acab; Abdías fué, y llamó al Rey. El cual como vió á Elías, muy enojado dijo: «¿No eres «tú el que conturba á Israel?—No soy yo, respondió Elías, el que «commuevo á Israel, sino tú y la casa de tu padre, que habeis des«ejado los mandamientos del Señor, y habeis seguido á Baal. Congrega no obstante á todo Israel en el monte Carmelo, donde yo estaré, «y vengan allí los profetas de Baal á quienes da de comer Jezabel.» Acab mandó juntar á todo el pueblo y á los profetas de los ídolos en el monte Carmelo, y juntados habló Elías diciendo: «¿Hasta cuándo «dividiréis vuestro corazon entre el Señor y Baal? Ya el Señor no «tiene mas profeta que yo, mientras los de Baal son cuatrocientos «cincuenta: tráiganse aquí dos víctimas; escojan ellos una y pónganla sobre leña: haré yo lo mismo con la otra, é invocaré al Señor, «y vosotros á vuestros dioses; y se tendrá por verdadero Dios al que «dé oídos á la oracion, mandando de los cielos un fuego que consuma la víctima.»

Plugo á todo el pueblo esta propuesta; y los profetas de Baal fueron primeros en invocarle desde muy de mañana hasta el mediodia. teniendo preparado el sacrificio, y por mas de seis horas esperando inútilmente el prodigio, sin poder alegar pretexto alguno que encubriera la impotencia de su deidad. Elías se burlaba de ellos, diciéndoles: «Gritad con voz mas fuerte, porque ese dios debe estar «en plática con alguno, y no os oye; ó está en alguna posada, ó en «camino, ó á lo menos duerme.» Ellos levantaban mas las voces, y conforme á su rito se sajaban con cuchillos y lancetas hasta bañarse en sangre. Pasó su tiempo y vino el de Elías, el cual compuso un

altar fabricado de doce piedras, y puso sobre él la víctima desmembrada y hecha partes: la leña allí junto; y por tres veces mandó que derramasen sobre todo gran cantidad de agua. Y hecho esto Elías se puso en oracion, diciendo: «Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, muestra hoy que tú eres el Dios de Israel, y yo tu siervo, y que por mandamiento tuyo he hecho todas estas cosas. ¡Óyeme, Señor, óyeme! conozca este pueblo que tú eres el Señor Dios, y que tú de nuevo has convertido su corazon.» Al mismo tiempo bajó fuego del cielo y devoró la víctima, y la leña y las piedras, y aun el polvo y el agua que habia mandado echar en torno del altar. Lo cual visto por el pueblo se prosternó, y exclamó á una: «¡El Señor es Dios, el Señor es Dios verdadero!» Mandó entonces Elías al pueblo que prendiesen á todos los sacerdotes de Baal, y junto á un arroyo llamado Cison hizo que los matasen á todos como otras tantas víctimas ofrecidas al Señor, cuyos profetas habian hecho morir, y para cumplir con la ley que fulminaba la pena capital á todo profeta que indujera á los israelitas á la adoracion de falsas divinidades. Al rey Acab dijo Elías que se fuese á poblado porque lloveria mucho: el Rey lo hizo así, y el Profeta subió á la cumbre del Carmelo, y púsose á orar. Llamó á su criado, y dijole que mirase á una y otra parte del cielo: miró, y dijo que ninguna cosa veia: repitió decirle esto y hacerlo el criado siete veces. A la última vió una pequeña nubecilla que se levantaba del mar á lo alto, y oido del Profeta, dijole: «Vé, y dí á Acab que apresure el paso si no quiere bien mojarse.» El Rey lo hizo, y el Profeta iba delante de él. El cielo se cubrió de nubes, vino viento, y cayó una grande lluvia.

Llegó el Rey á Jezrael y contó á Jezabel todo lo sucedido á Elías con los sacerdotes de Baal, y de qué modo los habia degollado á todos. Ella muy indignada envióle á decir: «Muerte mala muera yo, si mañana á estas horas no hiciere de tu vida, como tú hiciste de la de cada uno de ellos.» Quiso Dios que Elías temiese, y así huyó, y entró por el desierto sin provision alguna. Echóse luego cansado debajo de un enebro, y dijo: «Señor, bástame lo que he vivido.» Y con la angustia que estaba durmióse. Despertóle un Ángel, y dijole: «Levántate y come.» Vió Elías junto á sí un pan cocido en rescoldo y un vaso de agua; comió, bebió, y tornóse á dormir. Despertóle el Ángel segunda vez, y dijole: «Levántate y come, que largo camino te queda por andar:» levantóse el Profeta, comió y bebió, y anduvo con la virtud de aquel manjar cuarenta dias y cuarenta noches, hasta que llegó al monte de Dios llamado Horeb. Este manjar

que comió Elías fue figura de la santa Eucaristía, cuya virtud es tanta, que nos lleva á Dios, y por ella se nos da la vida eterna. Llegando al monte, Elías entró en una cueva, y el Señor le habló y le dijo: «¿Qué haces aquí, Elías?» Y él respondió: «Celé la honra del «Señor Dios de los ejércitos, han destruido sus altares, mataron á «sus profetas, quedé yo solo, y andan por matarme.» Mandóle salir á la puerta diciéndole: «Sal fuera, y ponte sobre el monte delante del Señor;» y hé aquí que se levanta un viento grande y fuerte que trastornaba los montes y quebraba las peñas. Pregunta Elías: «¿Va ahí mi Señor?» Dijéronle: «No va aquí el Señor.» Siguióse al viento un terremoto: el Señor no estaba en el terremoto. Tras el terremoto vino un gran fuego: el Señor no estaba tampoco en el fuego. Y tras el fuego pasó un *silbo y vientececico suave*. Lo cual oyendo Elías, cubrióse el rostro con su manto por respeto al Señor, y salió mas á la puerta de la cueva. Díjole Dios: «¿Qué haces aquí, Elías?» Y él respondió: «He celado, Señor, tu honra, los hijos de Israel han «derribado tus altares, y muerto tus Profetas, quedé yo solo, y andan por matarme.» Mandóle que fuese á la ciudad de Damasco, y ungiese por rey de Siria á Hazeel, y por rey de Israel á Jehú, y á Eliseo por profeta en su lugar; los cuales todos habian de ser perseguidores de idólatras. Iba Elías á cumplir lo que Dios le mandó, y en el camino vió á Eliseo: hallólo arando las tierras de su padre con doce yuntas de bueyes en compañía de otros: conociólo con su espíritu profético, llegóse á él, y le echó su manto encima. Eliseo mató dos bueyes, y llamando á sus padres y á otra mucha gente de sus parientes y amigos, convidólos á comer, y habiendo comido, despidióse de ellos y fuese en compañía de Elías.

Habia el rey Acab alcanzado dos grandes victorias del rey Benadab de Siria, favoreciéndole Dios, aunque idólatra, para ablandarlo y traerlo á su servicio, y él mas endurecido añadió al pecado de idolatría otro de homicidio. Fue el caso, que viviendo en Jezrael, Naboth, hombre que tenia buen nombre en el pueblo, tenia junto á su palacio y casa una viña y heredad. Pidióle el Rey la viña para añadirla á sus jardines, ofreciéndole otra mejor por ella, ó pagársela en dinero. «Libreme Dios de vender la herencia de mis padres,» respondió Naboth. Prohibia la ley á los israelitas enajenar para siempre sus posesiones, no permitiéndoles venderlas sino por algun tiempo, cuando la necesidad los apremiaba, puesto que Moisés tenia mandado que volviesen en el jubileo, es decir, cada cincuenta años, á sus primeros dueños. Profunda melancolía produjo esta negativa en

el ánimo del Rey, cuyo deseo de ampliar sus jardines habíase convertido en una pasión violenta; y para satisfacerla la reina Jezabel concibió el horroroso proyecto de acabar con Naboth y su familia. Buscó testigos falsos que le acusasen de haber blasfemado de Dios, y hablado contra el Rey, lo cual bastó para que los jueces le condenaran á muerte. Y Naboth inocente fue apedreado confiscándole su hacienda. Ejecutada la sentencia, la Reina, que habia urdido toda la intriga, dió ella misma á su esposo la noticia de su sangriento atentado, y le dijo que fuese á tomar la posesion de la viña. Mientras el tirano rodeado de cortesanos iba muy satisfecho á verla, se le presentó de parte de Dios Elías y díjole: «Mataste á Naboth y te has al-
«zado con su viña; pues esto dice el Señor: En este mismo lugar en
«que lamieron los perros la sangre de Naboth, lamerán tambien la
«tuya.» El Rey dijo á Elías: «¿Qué he yo hecho contra tí, que así
«te muestras siempre enemigo?» Respondió el Profeta: «Muéstro-
«me tu enemigo porque lo eres de Dios, de quien yo soy siervo:» añadió otras amenazas al rey Acab acerca de los males que sobrevenirían sobre él y sobre su casa, concluyendo que la misma sentencia estaba pronunciada contra Jezabel, cuyo cuerpo comerian los perros en los campos de Jezrael.

Dichas estas amenazas, Elías se volvió á su Carmelo: las cuales cumplidas, la de Acab antes, y la de Jezabel después de su rapto, reinó Ochozías, hijo de Acab, el cual cayó de una ventana cerrada con celosía en Samaria, con grave riesgo de su vida. Envió á consultar á Beelzebub, ídolo de Accaron, acerca de su enfermedad, y Elías por mandado de Dios salió al encuentro á los mensajeros, y díjoles: «Pues qué, ¿no hay Dios en Israel, que vais á consultar á
«Beelzebub, dios de Accaron? Pues volved á vuestro Rey y decidle:
«Esto dice el Señor: No te levantarás de la cama donde estás, sino
«que morirás.» Llevaron al Rey las nuevas, y él preguntó á sus criados: «¿Qué figura y traje tiene aquel hombre que os salió al en-
«cuentro?» Y ellos le respondieron: «Un hombre veloso y que lle-
«va ceñido un cinto de cuero.—Elías Thesbita es,» dijo el Rey. Mandó á un capitán con cincuenta soldados que le fuese á prender. Fué el capitán, y puesto al pié del monte donde Elías estaba, le dijo: «Hombre de Dios, el Rey manda que desciendas.» Respondió Elías: «Si soy hombre de Dios, descienda fuego del cielo que abra-
«se á tí y á los que están contigo;» y así sucedió. Como aquel no volviese, envió el Rey otro capitán con otros cincuenta soldados, á los cuales sucedió lo mismo que al primero y á su gente. Envió otro

capitan con otros cincuenta hombres, que como dice Nicolao de Lyra fue Abdías, el cual habiendo llegado muy humilde, dobló sus rodillas delante del Profeta, y rogóle tuviese de él piedad, pues obedecía á su Rey. Entonces el Ángel que asistia á Elías le dijo: «Desciende con él, no temas.» Descendió Elías del monte, y puesto en la presencia del Rey, le dijo lo que antes habia dicho á sus mensajeros, de que no se levantaria del lecho donde estaba, sino que moriria; y así sucedió, dejando el reino á Joram su hermano, porque no tenia hijo; y á este se lo quitó Jehú.

Era ya Elías muy viejo, y sabiendo como Dios queria llevárselo de este mundo, partió con su amado discípulo Eliseo á Gálgala, y de allí á Bethel, donde acompañado de cincuenta de los suyos de los Profetas, llegó al Jordan. Tomó Elías su manto, plególo, y golpeó con él las aguas, las cuales se dividieron á un lado y á otro, y le pasaron ambos Profetas en seco. Cuando hubieron pasado el Jordan dijo Elías á Eliseo le pidiese cuanto quisiese, que se lo concederia con gusto. (*Véase la vida de SAN ELISEO, dia 14 de junio, pág. 255*). Y como siguiesen adelante caminando y hablando, vino un carro de fuego, cuyos caballos tambien eran de fuego, en el cual subió Elías, y con un recio torbellino fue llevado por el aire á lo alto, y desapareció el carro.

El rapto de Elías acaeció por los años de la creacion 3050. Acerca del lugar donde Dios llevó á Elías nada nos dice la Escritura; así forzoso es seguir lo que nos han dicho los Santos, los cuales afirman que Elías fue trasladado vivo al paraíso terrenal, donde lo reserva Dios, para que en compañía de Enoch venga á predicar penitencia en tiempo del Antecristo, como lo dice san Juan en el Apocalipsi, y durará su predicacion unos tres años y medio. Andarán vestidos de sacos, harán grandes milagros, y nadie les podrá resistir ni dañar, hasta que estando en Jerusalem el Antecristo los mandará degollar; y así los dos serán verdaderos mártires. Sus cuerpos dice que estarán por tres dias y medio en la plaza, sin que se atreva alguno á darles sepultura, y después de esto, continúa, que resucitarán y subirán al cielo en una nube, con grande confusion de sus contrarios y enemigos; porque vendrá un terrible torbellino y terremoto, que derribará la décima parte de la ciudad, muriendo siete mil personas, y los demás quedarán espantados, y darán gloria á Dios. Y aunque en este lugar no nombra el evangelista san Juan á Elías, mas dícelo el profeta Malaquías. Y la glosa sobre el mismo testimonio del Apocalipsi, dice, que serán Elías y Enoch. Dícelo san Gregorio, á quien

retiere santo Tomás sobre este lugar. Y aunque, segun el mismo san Gregorio, de presente están los dos Santos en quietud y contento, porque, como dice san Agustin sobre el Génesis, tienen un estado medio entre los bienaventurados y los que vivimos en el mundo, mas al tiempo de su predicacion padecerán grandes aflicciones y trabajos, y al cabo la muerte, y así Elías será verdadero mártir.

En el estado feliz que Elías goza, puede ser venerado é invocado de los fieles, lo cual consta de la práctica de la Iglesia, así en tiempo de la antigua ley, como en el mas dichoso de la nueva ley de gracia. De la antigua consta, pues luego que fue arrebatado en el carro triunfal, Eliseo, queriendo pasar el Jordan, le invocó. Los hebreos, cuando circuncidaban á sus hijos, ponian dos sillas, una para el sacerdote, y otra para san Elías; persuadidos á que el santo Profeta asistia á la gracia de aquel Sacramento, y como medianero é intercesor, á todas las que Dios les concedia. En las preces y letanias de los Santos de su ley le invocaban. En la ley de gracia fue aun mas expreso su culto é invocacion. La Iglesia griega ferió su dia, y le edificó muchos templos. Rezaban de él con oficio eclesiástico, y hoy se continúa en muchas partes, segun se lee en sus misales antiguos y modernos. La Iglesia latina no ha sido menos fervorosa en su veneracion. En Italia, Nápoles, Sicilia, Hungría y nuestra España, le han dedicado muchos templos, y celebran su memoria muchos martirologios, y este dia en el romano. A los Padres Carmelitas, que siempre le han venerado por su primer fundador y patriarca, concedieron los sumos pontífices Gregorio XIII y Sixto V, con otros muchos de sus sucesores, rezo de primera clase con octava, como á su padre, fundador y patron, el cual usa toda la Religion con la solemnidad que es notoria.

Bien ha mostrado Elías su agradecimiento á la misma Iglesia en varias ocasiones que refieren los Libros sagrados y otros autores. Dos apariciones refiere la gloriosa santa Teresa de Jesús en el libro de sus fundaciones; y de otras muchísimas hacen mencion varias historias, todas en utilidad de la Iglesia y sus hijos los fieles. Es abogado especial contra la peste y tiempo de seca y falta de agua; pudiendo comprobarse esto con muchos milagros que se dejan, por abreviar, y que pueden leerse en la obra titulada: *Flores del Carmelo*, escrita por el R. P. Fr. José de Santa Teresa.

Acerca del Orden de los Carmelitas, cuyo origen trae de Elías, resulta, que en tiempo de este santo Profeta habia religiosos á los cuales por su virtud y santidad, junto con que eran muchos de ellos ilu-

minados con espíritu profético, los llamaban profetas, y á los que de nuevo estaban en esta Religion, hijos de profetas. De estos congregó Elías muchos en el monte Carmelo, dándoles particulares documentos y reglas, por donde se regian y gobernaban. Después de su rapto y por todo el tiempo de Eliseo, y después de él, hubo asimismo muchos. Al advenimiento al mundo del Hijo de Dios, recibieron su doctrina y Evangelio luego que tuvieron de ello noticia los que en aquel monte estaban, ayudando á esto la predicacion del glorioso precursor san Juan Bautista. Sucedian los religiosos del monte Carmelo unos á otros hasta que un patriarca de Antioquía, llamado Americo, que fue en el pontificado de Alejandro III, por los años de 1160, visitando á estos religiosos, y visto que vivian en celdas apartados unos de otros, él los juntó, é hizo que viviesen como monjes en comunidad. Edificóles una iglesia junto á la fuente de Elías, á honra y reverencia de la santísima Virgen Maria, tomando ellos apellido de hermanos de la Madre de Dios de Monte Carmelo, y esto por favores que hizo siempre y hace la Virgen á esta Religion, desde que san Cirilo, patriarca alejandrino, que se dice haber sido monje carmelita, volvió por la honra de esta Señora en el concilio Efesino, donde presidió contra Nestorio, hereje, que negaba haberse de llamar Madre de Dios, y probó en el con testimonios de la Escritura, y fue aprobado de los Padres que en él se hallaron, después por la Sede apostólica, que la Virgen es y debe llamarse verdadera Madre de Dios. Por este servicio hecho por un individuo de este sagrado Orden de Carmelitas á la Madre de Dios, quedó aficionada á todo él, y ellos todos la tienen por particular patrona y abogada. Después san Alberto, patriarca de Jerusalem, dió á los religiosos del monte Carmelo, en el año 1205, una nueva regla escrita y confirmada por él mismo, como legado que era de la Sede apostólica. Al principio usaban de una capa vareada de blanco y rubio, como afirman que traía Elías, y fue la que dejó á Eliseo. Aunque tambien dicen que los moros, señores de aquella tierra, les forzaron de traerlas así para diferenciarlos de sus alfaquies, que vestian de blanco. Después Honorio III, por los años de 1210, les dió la capa blanca sobre el hábito de burriel, que de presente usan. Han confirmado muchos otros Pontífices esta sagrada Religion, mandando que los religiosos de ella se llamen frailes de Nuestra Señora del monte Carmelo, como tambien se llaman de presente. Acerca del escapulario que la Virgen trajo del cielo, refiérese su historia en la de la festividad de Nuestra Señora del Cármén, dia 16 de julio.

La Iglesia católica usa de la historia de Elías, como está en el libro cuarto de los Reyes, en las lecciones de los maitines de la Dominica nona después de Pentecostes.

SAN GERÓNIMO EMILIANI Ó EMILIANO, CONFESOR.

San Gerónimo Emiliani, fundador de la Congregacion de clérigos regulares de Somascha, nació en Venecia de familia patricia, y en los tiempos mas turbulentos de la República sirvió desde su niñez en el ejército de aquellas tropas. Siendo gobernador del nuevo castillo de la montaña de Tarviso, fue hecho prisionero, puesto en un calabozo, y cargado de cadenas. Santificó sus tormentos con penitencia y oracion; y libertado por una milagrosa proteccion de la Madre de Dios, llegó á Tarviso, y colgó sus cadenas en un altar consagrado al Señor bajo la invocacion de la beatísima Virgen María, y volviéndose á Venecia se dedicó enteramente á los ejercicios de devocion y contemplacion. Habiendo reducido por aquel tiempo á una miseria extrema á innumerables familias una cruel hambre, y una enfermedad contagiosa, se entregó todo al alivio de los necesitados, especialmente al de los huérfanos miserables. Juntó á estos en una casa que compró él mismo, les vestia y les alimentaba á sus expensas, y les instruía personalmente con un celo infatigable en doctrina cristiana, y en las virtudes todas. Por consejo de san Cayetano y de otros pasó al continente, y erigió iguales hospitales para huérfanos en Brescia, Bérgamo, y otros lugares; y otros tambien para receptáculo de mujeres penitentes. En Somascha, situada á las fronteras de los dominios venecianos entre Bérgamo y Milan, fundó una casa que destinó para los ejercicios de aquellos á quienes recibia en su propia Congregacion, en que residió por mucho tiempo. De esta casa tomó el Santo su sobrenombre; aunque algunas veces le llamaban de San Mayeul, titular del colegio de Pavia que san Carlos Borromeo puso á su direccion.

La instruccion de la juvenud, y de los clérigos mozos fue tambien objeto de su celo en sus fundaciones, y continuó siéndolo en su Instituto. Los hermanos fueron todos legos durante la vida del Fundador, y fue solamente aprobada su Congregacion como fundacion piadosa. El Santo murió en Somascha en 8 de febrero del año de 1537 de una enfermedad contagiosa que habia contraído por asistir á los enfermos apestados. Fue beatificado por el papa Benedicto XIV, y canonizado por Clemente XIII. Para el 20 de julio fue señalado un oficio en honor suyo por un decreto de la Santa Sede publicado en el año

de 1769. Seis años después de su muerte, que se verificó en el de 1537, su Congregacion fue declarada Orden religioso por Paulo III; y confirmada bajo la regla de san Agustin por san Pio V en el de 1585. y otra vez por Sixto V en el de 1586. No tiene esta Congregacion casa alguna fuera de Italia, y de los cantones suizos católicos; y está dividida en tres provincias; es á saber, Lombardia, Venecia y Roma. Su general se elige por trienios, uno de cada provincia por turno y alternativa.

La Misa es en honor de santa Margarita, y la Oracion la que sigue:

Indulgentiam nobis, quaesumus, Domine, beata Margarita, virgo et martyr imploret, quae tibi gratia semper extitit, et merito castitatis, et tuae professione virtutis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, nos alcance el perdon de nuestros pecados la intercesion de la bienaventurada virgen y mártir Margarita, que tanto te agradó, así por el mérito de su castidad, como por la ostentacion que hizo su constancia de tu infinito poder. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo LI del Eclesiástico.

Domine Deus meus, exaltasti super terram habitationem meam, et pro morte defluente deprecata sum. Invocavi Dominum, Patrem Domini mei, ut non derelinquat me in die tribulationis meae, et in tempore superborum sine adjutorio. Laudabo nomen tuum assidue, et collaudabo illud in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione, et eripuisti me de tempore iniquo. Propterea confitebor, et laudem dicam tibi, Domine Deus noster.

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra, y yo te rogué por la muerte, que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el dia de mi tribulacion, y en tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias, porque mi oracion fue oida. Y me libraste de la perdicion, y me salvaste del tiempo inicu. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas, y bendeciré el nombre del Señor.

REFLEXIONES.

Alabaré continuamente tu santo nombre, y le glorificaré con accion de gracias, porque me libraste de la perdicion, y me sacaste de tantos peligros en el tiempo de la iniquidad. Este debe ser el lenguaje de aquellas almas afortunadas á quienes el Señor por un privilegio particular reservó como para sí, librándolas de todos los peligros que corren en el mundo, y poniéndolas á cubierto contra las tempestades y contra los escollos en el puerto de la religion. Es preciso confesar que son muy pocos los que forman una idea cabal y justa del estado religioso: unos le consideran como una tierra que se traga á sus ha-

bitadores; otros como un país que solo produce espinas; y casi todos como una esclavitud. Es tan comun el error, que ni aun se piensa en salir de él. Son sin razon todas estas aprehensiones. El estado religioso es semejante á la tierra de promision, cuyos imaginarios monstruos no tienen mas subsistencia que en la descompuesta aprehension de los que no conocen la excelencia del terreno, ni la benignidad del clima. A la verdad, cuesta trabajo llegar á este delicioso país: se han de atravesar mares, combatir enemigos, y vencer montañas escarpadas; pero es muy dulce el fruto después de tantas victorias. Aquel Dios á quien sirve este fiel y dichoso pueblo, tiene el secreto de allanar en su favor las mayores dificultades, y de endulzar lo que se presenta lleno de amargura. Si es menester suspender las olas para franquearle el paso libre, si es menester llover un maná celestial para sustentarle en el desierto, al punto hace el Señor todos estos prodigios. Pero en fin, llegóse ya á aquella dichosa tierra; ¡qué abundancia de bienes y de gracias espirituales! ¡qué calma, qué paz, y qué bienaventuranza aun en esta vida! Mas los privilegios del estado de los mundanos, ¿cuáles son? ¡Ah! que todo concurre á abrumarlos, á obligarlos á padecer, sin libertad para quejarse. Vanamente se esfuerzan á figurarse felices, disimulando sus amarguras; muy á su pesar les nacen las espinas en medio del corazon; á todas partes los siguen y los persiguen los disgustos; cercada está de cruces la misma opulencia y abundancia. Todo conspira á hacer desdichados á los hombres del mundo: cuidados continuos; fatigas inseparables de su condicion; la ambicion, la emulacion, el interés, mamantiales inagotables de muchas pesadumbres; las inquietudes de una vida como atolondrada entre el tumulto y la confusion; y los sustos de una fortuna mudable, inconstante y resbaladiza; el humor extravagante de tantos con quien es preciso contemporizar, y á la mayor parte de ellos necesario complacer; cien desgraciados accidentes que siempre amenazan y nunca se pueden prevenir; las desgracias de los tiempos que no es posible evitar; un porte que es preciso mantener á cualquier precio; gastos inevitables, que exceden mucho á las rentas y á los sueldos; la multitud de los concurrentes; la malignidad de los envidiosos; un corazon eternamente agitado, un espíritu inquieto y una conciencia poco tranquila. ¡Ah, Señor! no era menester tanto para hacer infeliz á un hombre; y no obstante, todo esto se halla unido en la triste condicion de los hombres del siglo. Mas demos caso que encontraran el secreto de acallar una gran parte de sus sinsabores; ¿qué amargura no derramaria en sus diversio-

nes, y aun en aquellas alegrías menos superficiales, el pensamiento de la muerte y de la eternidad? Pues de todo esto están libres los verdaderos religiosos: exentos por su estado de ese monton de miserias; superiores á todos los acasos de la vida; independientes del capricho y del humor extravagante de los hombres; libres por su generosa renuncia de los punzantes cuidados de las riquezas, que Jesucristo compara á las espinas; desembarazados por su perfecta sumision aun de aquellas molestas fatigas que causa el gobierno de la propia conducta; únicamente ocupados en el importante negocio de su salvacion; dedicados únicamente al servicio de Dios, y enteramente aplicados á darle gusto, ¿cómo pueden menos de gustar las dulzuras de su dichosísimo estado? ¿dónde hay tranquilidad mas deliciosa? Figúrese uno, si es posible, otra vida mas santa, ni mas feliz. ¡Oh, y cuánta razon tienen para alabar incesantemente el nombre del Señor, para rendirle continuas acciones de gracias por haberlos sacado misericordiosamente del camino de la perdicion, retirándolos de los peligros tan frecuentes del mundo! Pero si entre esas personas tan favorecidas y tan afortunadas se encuentran algunas pocas parecidas á aquellos ingratos israelitas que echaban menos los puerros y las cebollas de Egipto, no gustando de los manjares deliciosos de su estado, fácil es acertar de dónde les nace ese disgusto.

El Evangelio es del capítulo XIII de san Mateo, pág. 176.

MEDITACION.

Del cuidado que todos deben tener de su salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el hombre fue únicamente criado para ser feliz. No lo puede ser sin estar unido á Dios y poseerle, porque solo Dios es su vida, su soberano bien y su todo. No puede estar unido á Dios, ni poseerle, sino en cuanto le ama, le sirve y le agrada. Separado de Dios, no se halla en el hombre sino pecado, corrupcion y miserias. El pecado es lo único que le separa de este supremo bien, de este soberano manantial de todos los bienes: es el único que le corrompe, que le hace infeliz y le pierde. Apartándole de Dios, y horradas en su corazon las dulces impresiones del divino amor, convierte todos sus afectos y todas sus inclinaciones á las criaturas y hácia sí mismo, buscando alguna desdichada satisfaccion, que en alguna manera llene el hueco y supla el gusto que experimentaba con el Criador. El falso, el mentiroso gusto que encuentra en sí

mismo y en los objetos criados, le engaña, le encanta, y le hace creer que es dichoso, que es rico, que nada le falta; al mismo tiempo que es miserable, que es pobre, que está ciego, y que verdaderamente es objeto digno de compasion. ¡Terrible ilusion, que insensiblemente conduce la mayor parte de los hombres á la muerte, á la sepultura, á la condenacion eterna, sin advertir el precipicio hasta el mismo punto que caen en él! Es menester, pues, para salvarse que se destruya el pecado por la penitencia; es menester vivir en gracia, si no se quiere morir en pecado. ¿Se conviene en esta doctrina? ella es una verdad infalible; pues si se conviene en ella, ¿en qué consistirá que deseando todos salvarse, sean tan pocos los que cuidan de vivir y de morir distantes de la culpa, ó á lo menos entregados á un sincero arrepentimiento? Comprende, si es posible, este misterio de iniquidad. ¿En qué estado, en qué edad se ha de considerar en sazón la penitencia? ¿Es muy del gusto de los grandes del mundo? ¿es muy conocida de los mundanos? ¿Produce siempre en los claustros aquellos dignos frutos que la corresponden? ¿Hace gran fortuna la penitencia (por explicarme de esta manera) en aquella edad de la vida en que suelen ser mas frecuentes los pecados? ¿Reina mucho en la ancianidad? Con todo, es oráculo infalible, que si no haces penitencia, perecerás. ¿Te quieres salvar? pues necesariamente has de hacer penitencia. Y ¿qué se infiere de este principio? que son pocos los que se salvan.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que hacer el negocio de la salvacion es aborrecer el pecado, renunciarle, abandonarle, trabajar en destruirle por aquellos medios que nos prescribe Dios, y se encierran en la penitencia. Hacer el negocio de la salvacion es alejarse eficazmente de las ocasiones de pecar; trabajar sin intermision en domar las pasiones; reprimir incesantemente los asaltos de la concupiscencia. Hacer el negocio de la salvacion es seguir constantemente las máximas del Evangelio, y arreglar la vida á la doctrina de Jesucristo. El mundo es su enemigo, con que es preciso hacerle una eterna guerra. En fin, hacer el negocio de la salvacion es evacuar nuestro corazon del amor á las criaturas y del amor á nosotros mismos, para que todo nuestro amor de preferencia real y efectivo se dirija únicamente á Dios, que es infinitamente amable y que nos ama infinitamente. Es no estimar otra cosa que la salvacion, mirarla como el grande, como el único negocio que merece toda nuestra aplicacion. Pues consulta en este particular tu corazon y tu conducta, y mira si el cuidado

que aplicas á este negocio puede darte motivo para vivir con grande confianza. ¡Ah, que quizá te verás precisado á confesar, que por el contrario, tu negligencia y tu descuido te hacen temer con sobrado fundamento tu condenacion! ¿Qué tiempo, qué desvelos has dedicado hasta ahora á este importante negocio? ¡que digo! ¿has tenido siquiera por negocio el de tu eterna salvacion? ¿Esperarias buen suceso del menor de todos los demás negocios, si no hicieras mas diligencias para su logro que las que haces para conseguir este? Coteja el celo que tienes de tu salvacion con el que tuvieron los Santos de la suya. ¿Qué no padecieron los Mártires para merecer esta corona? ¿qué no hicieron los Santos, y qué no hacen cada dia para serlo los que quieren descubrir este tesoro, y comprar esta preciosa margarita? ¿Vale hoy el cielo menos de lo que antes valia? ¿Se compra á menor precio? ¿De cuándo acá á unos se les da por nada y á otros les cuesta tan caro? Es prodigiosa la desproporcion que hay entre la vida de los Santos y la nuestra; pues ¿por qué hemos de aspirar al mismo premio? ¿por qué hemos de esperar la propia suerte?

¡Ah, Señor, y cuánto me confunde esta reflexion! Seria menos penetrante mi dolor, si fuera menos fundado. ¿Qué he hecho yo hasta aquí para salvarme? ó hablando con mas propiedad, ¿qué no he hecho para perderme? Pues Vos, divino Salvador mio, me haceis la gracia de darme luz para conocer las tristes consecuencias de mi fatal descuido, ayudadme por vuestra misericordia, para que desde este mismo punto comience á trabajar eficazmente en el negocio de mi salvacion.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que tenga perpetuamente delante de los ojos el fin para que fuí criado. (*Psalm.* xxxviii).

Bienaventurados los que se dedican á conocer la voluntad de Dios para servirle con todo el corazon. (*Psalm.* cxviii).

PROPÓSITOS.

1 Apenas es posible dejar de concebir un alto desprecio de la prudencia de los hijos del siglo, cuando se llega á conocer la inutilidad de sus fatigas y la vanidad de sus empresas. Siempre que me paro á considerar, decia san Juan Crisóstomo, esos grandes genios, esos hombres extraordinarios que llevan allá dentro de su cabeza una de las cuatro partes del mundo, ocupados siempre en algun gran proyecto, y casi rendidos al peso de los negocios, se me representan á aquellos niños que están á la orilla del mar juntando conchas y ma-

riscos para levantar sobre la arena unas casitas que un soplo de viento las derriba, y la primera ola que viene infaliblemente se las lleva. En rigor, ninguna cosa de este mundo es digna de nuestro cuidado, ni merece toda nuestra aplicacion, sino el negocio de la salvacion: esta sola merece el nombre de negocio; todo lo demás es entretenimiento, puerilidad y bagatela. Convéncete de esta importante verdad; comprende bien que es la mayor locura sudar, afanarse, consumir la salud, las fuerzas, los talentos y la misma vida en correr tras un poco de aire, que en llegándose á conseguir, se desvanece en humo. En la hora de la muerte y por toda la eternidad ¿dará mucho consuelo á un condenado el haber dejado poderosos á sus hijos? Esto te debes repetir á tí mismo todos los instantes.

2 El negocio de la salvacion es tu único negocio; aunque hayas acertado todos los demás, nada hiciste, todo lo echaste á perder si erraste este. Este es el único negocio tuyo; los demás no son tuyos, sino ajenos; son negocios de tus hijos, de tus herederos, de tus amigos y de tus parientes. Pues en este negocio tuyo y personal, ¿qué tiempo has empleado? ¿de qué medios te has valido? Él es un negocio arduo, enredoso y delicado; ¿te ha ocupado muchas horas? ¿piensas en él por la mañana, por la tarde, por el día y por la noche? El menor de los demás negocios le llevas siempre contigo á la Iglesia, al paseo, á la visita, á las diversiones, á la mesa y á la cama, sin acertar á echarle de tí; ¿qué lugar ocupa en tu corazon y en tu memoria el importante negocio de la salvacion? ¿Has pasado la mayor parte de la vida en cuidados, en afanes, en trabajos; y quizá no te ha merecido un cuarto de hora de tiempo el negocio de tu salvacion, que debiera ocuparte toda la vida? Comienza por lo menos á trabajar en él desde hoy, de manera que nada hagas sin que te puedas decir á tí mismo con verdad: en esto pretendo hacer el negocio de mi salvacion.

DIA XXI.

MARTIROLOGIO.

SANTA PRAXEDIS (ó PRAXEDES), vírgen, en Roma; la cual estando bien instruida en la perfecta castidad y en la ley de Dios, y ejercitada en continuas vigiliass, oraciones y ayunos, murió en Jesucristo, y fue sepultada en la via Salaria junto á su hermana Pudenciana. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN DANIEL, profeta, en Babilonia. (*Véase su historia en las del día 10 de abril*).

EL MARTIRIO DE SAN VÍCTOR, soldado, en Marsella; no queriendo seguir la

guerra, ni sacrificar á los ídolos, primero fue puesto en una cárcel, donde le visitó un Angel; después le atormentaron de diversas maneras, y últimamente le desmenuzaron con una piedra de molino. Padecieron con él otros tres soldados, ALEJANDRO, FELICIANO Y LONGINOS. (*Véase su historia en las de hoy*).

SANTA JULIA, virgen y mártir, en Troyes de Francia. (*Habiéndola solicitado por esposa uno de los generales de Aureliano, negóse á sus deseos de manera que consiguió convertirle á la fe de Jesucristo, y con él muchos otros de sus tropas. Sabido el suceso por Aureliano, mandó prenderla, y luego degollarla en el año 275*).

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS CLAUDIO, JUSTO, JUJENDINO Y CINCO COMPAÑEROS, en tiempo del emperador Aureliano, en la misma ciudad.

SAN ZÓTICO, obispo y mártir, en Comana en la Armenia, que alcanzó la corona del martirio en tiempo de Severo. (*Él fue el primero que descubrió, confutó y condenó los errores é imposturas de los Cathaphrygos ó Montanistas con sus falsas profecías, como lo dice Eusebio*).

SAN ARBOGASTO, obispo, ilustre en milagros, en Estrasburgo. (*Los irlandeses suponen á este Santo natural de su país: los escoceses pretenden tambien apropiársele; pero sus actas dicen que fue de una noble familia de Aquitania, y cuentan que por los años de 630 pasaba vida eremitica en Bosque Sacro, cuando el rey Dagoberto II lo llamó á la corte, y le hizo elegir para el obispado de Estrasburgo. Poco después de su exaltacion resucitó al hijo de Dagoberto, que habia muerto de la caída de un caballo. Otros muchos milagros se atribuyen á este santo Obispo, el cual en su testamento mandó que su cuerpo fuese sepultado con los de los malhechores, y se cumplió así; aunque en el mismo lugar fue edificada luego una iglesia, al rededor de la que se fundó el pueblo llamado Strateburgo*).

SAN JUAN, monje y compañero de san Simeon Stilita, en Siria.

SAN VÍCTOR, MÁRTIR.

San Víctor, mártir ilustrísimo de la santa Iglesia, nació en Marsella, de familia muy distinguida entre las mas nobles de aquella ciudad, tanto por los considerables empleos con que los Emperadores romanos habian honrado á sus antepasados, como por los muchos bienes de fortuna que poseia. Es muy probable que sus padres fueron cristianos, y que se dedicaron con el mayor desvelo á darle una educacion digna de su religion y de su ilustre nacimiento. Siguiendo la costumbre de las personas de su calidad, abrazó la profesion de las armas, y sirvió á los Emperadores con honor y con distincion, dando en muchas ocasiones tan señaladas pruebas de singular valor, que se cree haberle merecido el nombre de Víctor sus mismas hazañas valerosas.

Tres ó cuatro años después que el emperador Maximiano Hercúleo, colega de Diocleciano, habia mandado hacer pedazos la legion Tebana, compuesta toda de cristianos, y mandada por su jefe san

Mauricio, vino á la ciudad de Marsella hácia el año de 290. Era á la sazón aquella ciudad mucho mas ilustre por el celo de la Religion y por el crecido número de fieles que la ocupaban, que por su antigüedad, por la multitud de sus habitantes, por lo que florecian en ella las ciencias y las artes, por sus riquezas y por su esplendor, en que disputaba á la misma Roma la majestad y la opulencia. Acaso no se encontraria en aquel tiempo en todo el imperio romano otra ciudad en que la fe de Jesucristo hubiese hecho tantos progresos, y donde la religion cristiana triunfase con mayor gloria, motivo que obligó al Emperador, enemigo mortal del nombre cristiano, á trasladarse á ella para hacer alguna mansion; y por lo mismo con su venida se sobresaltaron todos los Cristianos. Dió orden Maximiano de que todos fuesen arrestados, y en un instante se llenaron las prisiones. Era Víctor entonces oficial en las tropas del Emperador; y viendo á sus hermanos en aquel peligro, se sintió inflamado en celo, no menos que encendido en una ardiente caridad; y como por otra parte era hombre hábil, elocuente, de gran persuasiva, y tan animoso, que en vez de acobardarle los riesgos le daban mayor espíritu, no reconocia al miedo, y con el mayor desembarazo iba todos los dias á las cárceles á visitar los confesores de Jesucristo; y por las noches andaba toda la ciudad de casa en casa fortificando á todos en la fe, y animándoles al martirio.

Al mismo tiempo que los esforzaba con sus palabras, los socorria con sus crecidas limosnas, no pudiendo ser su celo ni mas ardiente, ni mas compasivo, ni mas eficaz. Acompañaba á los Mártires hasta el cadalso, alentábalos hasta que rendian el último suspiro, y despreciando generosamente los peligros, cada dia hacia nuevas conquistas á Jesucristo.

No era posible se dilatase mucho el premio correspondiente á una profesion del cristianismo tan intrépida y tan animosa á los ojos mismos del mayor enemigo del nombre cristiano. Fue acusado Víctor, no solo como cristiano, sino como el enemigo mas capital de los dioses del imperio, y le sorprendieron cuando estaba ejercitando las santas y gloriosas funciones de verdadero soldado de Jesucristo. Arrestósele de orden del Emperador, y se le condujo al tribunal de los dos prefectos Asterio y Eutiques, oficiales generales del mismo Principe que administraban la justicia en la ciudad. Ambos eran amigos particulares de Víctor; y recibéndole con mucho honor, no solo no le trataron como á prisionero, sino que le hablaron como á amigo, calificando de calumnia la acusacion.

«No creas, le dijeron con semblante risueño y apacible, no creas que nos han hecho mucha impresion las voces que corren por ahí; «tenémoste muy conocido, y no nos podemos persuadir que un hombre tan discreto sea cristiano. Sóbrate mucho entendimiento y mucho juicio para dar en unas extravagancias y en unas supersticiones tan indignas de un hombre de tu calidad, por las cuales perderias la gracia del Emperador, serias privado de tus empleos, te precipitarian en las mayores desdichas, y al fin te costarian la vida. — Mucha merced me haceis, respondió el Santo, en suponerme hombre de tanto entendimiento; pero si tengo alguno, no puedo dar mejor prueba que la de seguir la religion cristiana. Esas que vosotros llamais supersticiones, son unas verdades tales, que todo hombre de razon se debe rendir á ellas; y el nombre de cristiano tan léjos está de desdorar mi calidad, que hablando en rigor, la verdadera nobleza y la verdadera gloria consiste precisamente en el culto que se tributa al único Dios verdadero. Estimo y respeto la gracia del Emperador; buena prueba es mi pronto rendimiento á su voluntad imperial en todo lo que no se oponga á mi religion; pero en tratándose de abandonar esta, antes abandonaré los empleos, los bienes y la misma vida.»

Quedaron suspensos los dos oficiales al oir una respuesta tan discreta como generosa; pero recobrándose Asterio, le replicó: «No es posible hayas hecho reflexion á las funestas consecuencias á que te expone ese capricho. — Ni yo puedo creer, añadió Eutiques, que tú mismo sientas seriamente lo que dices. ¡Qué, adorar como á Dios, y creer que él solo es Dios verdadero, á un hombre que sabemos murió ajusticiado en un afrentoso madero! Y creerlo tan firmemente, que esté un hombre pronto á sacrificar la vida por sostener este delirio! Muy insensato ha de ser el que abraza semejante religion. — Si la conociérais bien, replicó Víctor, hablaríais de otra manera. Ese hombre muerto en una cruz por la salvacion de los hombres, es verdadero Hijo de Dios, y el mismo resucitó al tercer dia por su propia virtud. Vuestros dioses sí que son unos dioses muertos; ni en vuestros ídolos adorais otra cosa que á los demonios. Su misma multitud es la mejor prueba de su ningun poder. Adorar á los demonios es extravagancia, y rendirles culto es impiedad.» Al oir esto los que estaban presentes, levantaron descompuestamente el grito, cargándole de injurias, sin que Víctor diese señal de la mas mínima alteracion. Dijole entonces Asterio: «Ya ves la indignacion del público; nosotros no podemos menos de dar cuenta al

«Emperador de tu desobediencia. — Tambien yo soy oficial de sus «ejércitos, respondió Víctor, y ninguno habrá notado en mí la menor cobardía ni infidelidad en su servicio; pero al mismo tiempo soy «soldado de Jesucristo, y quiero serle fiel; vosotros cumplid con vuestra obligacion.»

Informado Maximiano de todo lo sucedido, fue grande su indignacion, por lo mismo que estimaba á Víctor como uno de los mas valerosos soldados de su ejército. Trajéronle á su presencia, y le recibió de manera que mostró bien lo mucho que sentia verse precisado á valerse de amenazas para intimidarle; pero el Santo estuvo aun mas intrépido y mas resuelto delante del Emperador que delante de los Prefectos. El genio cruel de Maximiano no pudo sufrir su constancia; arrebatado de cólera mandó que le atasen por los piés á la cola de un fogoso caballo, y que fuese arrastrado de esta manera por toda la ciudad, no dudando que los Cristianos se atemorizarian á vista de un suplicio tan desacostumbrado. Ejecutóse la orden, y concurriendo todo el pueblo al espectáculo, como se habia esparcido cuidadosamente la voz de que Víctor era el mayor enemigo que tenian los dioses, cada uno juzgaba hacer un acto de religion en cargarle bien de injurias. Arrojábanle piedras, sembraban las calles de cascotes de hierro, irritaban el caballo á latigazos, y todos procuraban hacerle mas cruel aquel tormento. Creyóse desde el principio que luego espiraria, viéndole tan ensangrentado, tan molido y tan despedazado, cubiertas de su sangre todas las calles, sin haberle quedado ya mas que la figura de hombre; pero le conservaba Dios para mayores tormentos, y para que triunfase en él la Religion en medio de suplicios mucho mas terribles. Desataron aquel cuerpo desfigurado, despedazado y bañado todo de sangre, y le volvieron á presentar delante de los Prefectos, los cuales, viéndole en estado tan lastimoso, creyeron habria poco que hacer en vencerle.

«Esto es, le dijeron, lo que has ganado con tu terquedad; suplícamoste como amigos que te rindas á la voluntad del Emperador, «y que no quieras apurar toda su paciencia. — No me tengais mucha lástima, les respondió el Santo, por el estado en que me veis; el «amor que los Cristianos tenemos á Dios, y la segura esperanza de «conseguir los bienes que no tienen fin, hacen muy preciosos para «nosotros los trabajos de esta vida. — Créeme á mí, replicó Asterio, «y no arriesgues los bienes presentes y efectivos por los imaginarios «y futuros.» Animado entonces el Santo del espíritu de Dios, le hizo un dilatado discurso así á él como á la multitud que le escuchaba.

sobre la verdad de la religion cristiana y sobre la locura del paganismo. Pero como algunos se burlasen de que los Cristianos colocaban su esperanza en unos bienes futuros, de los cuales no tenian ni pruebas ni experiencia: «La prueba mas concluyente, dijo Víctor, de la «seguridad con que esperamos estos bienes, son los suplicios que padecemos con tanta alegría solo por lograrlos; y aquí estoy yo pronto á servir de nuevo ejemplo.»

Viendo los jueces que comenzaba á excitarse en el pueblo un sordo murmullo, y temiendo algun motin, deliberaron entre sí lo que debian hacer. Convinieron luego en que era menester castigar aquella osadía y el desprecio de los dioses; pero no se conformaron en el género del suplicio, y se acalararon tanto en esta disputa, que Eutiques se retiró. Quedó solo Asterio, y queriendo hacer la corte al Emperador, le condenó á los mas crueles tormentos. Dió principio mandando aplicarle á la cuestion con tanta impiedad, que á no conservar le Dios milagrosamente, hubiera perdido la vida. Durante este suplicio levantaba el Santo los ojos al cielo, y pedia al Padre de las misericordias paciencia para tolerarle. Apareciósele Jesucristo con una cruz en la mano, dióle su bendicion, y le dijo que él mismo era el que padecia en sus Mártires, que los alentaba, los sostenia en sus combates, y al fin los coronaba después de la victoria. En el mismo instante se sintió Víctor sin el mas mínimo dolor; y llenándose su corazon de un dulcísimo consuelo, se halló tan fortalecido con estas palabras, que sin atender siquiera á lo que padecia, estaba enteramente ocupado en rendir mil gracias al Salvador por aquella gran merced. De esta manera cansó el Santo al Prefecto y á los verdugos: tanto, que viéndole Asterio como insensible, mandó que le desatasen del potro, y que le encerrasen en un oscuro calabozo; pero apenas entró en él cuando todo se bañó de una celestial luz mas resplandeciente que la del mismo sol. A vista de este prodigio, tres soldados que le hacian guardia, llamados Alejandro, Longino y Feliciano, se arrojaron á los piés de Víctor protestando que no habia otro verdadero Dios que el Dios de los Cristianos, y pidiendo con instancias el Bautismo. Instruyólos el Santo lo mejor que pudo y las circunstancias del tiempo lo permitian; mandó llamar á algunos presbíteros, llevólos á la orilla del mar, donde fueron bautizados, siendo el mismo Santo su padrino, como lo dicen las actas del martirio, y se volvió con ellos á la cárcel, donde pasaron todos el resto de la noche dando á Dios muchas gracias por sus grandes misericordias.

Noticioso Maximiano la mañana siguiente de la conversion de los

tres soldados, entró en una furiosa cólera, y mandó luego fijar un edicto, en que sentenciaba á los tres á ser prontamente degollados, y á Víctor que los habia encantado con sus hechicerías, á que fuese aplicado segunda vez á otra tortura mucho mas rigurosa que la primera. Nada se turbó nuestro Santo, y solo atendió á esforzar á los tres soldados, animándolos á despreciar generosamente la muerte. Refirióles como el día antecedente le habia consolado el Señor, y los exhortó á que se mostrasen dignos del honor que les hacia Jesucristo, exponiéndolos al combate luego que habian dado el nombre á su familia. Fueron conducidos todos cuatro á la plaza que estaba delante de la cárcel, y se llama hoy la plaza de Linche, donde habia concurrido todo el pueblo; los gentiles para saciar su inhumanidad y su rabia contra los Cristianos, y los Cristianos para ver combatir los santos Mártires en defensa de la Religion, y para ser testigos de su triunfo en medio de los suplicios. Era Víctor el objeto principal contra quien se desenfrenaba el furor de los gentiles; cargábanle de injurias y de imprecaciones, pretendiendo obligarle con descompasados gritos á que hiciese retractar á los tres soldados los embustes y supersticiones en que los habia imbuido con sus hechicerías y sortilegios; pero el Santo, despreciando generosamente la gritería y los insultos del fanático populacho; redobló su celo para animarlos al martirio, y tuvo el consuelo de verlos morir con tan valerosa constancia, que admiró hasta á los mismos paganos. Cortáronles la cabeza á vista de Víctor, que derramaba dulces lágrimas de gozo, rindiendo mil gracias al cielo, y pidiendo con instancias al Señor le hiciese participante de la misma gloria.

Pero aun no le fue entonces concedida esta dicha; hiciéronle todavía padecer otra tortura mas rigurosa para satisfacer al pueblo idólatra, cada día mas sediento de la sangre de los Cristianos. Volviéronle á suspender en el ecúleo, y por largo espacio de tiempo golpearon cruelmente su cuerpo con nervios de bueyes. Su paciencia, siempre victoriosa de los mas desapiadados suplicios, convirtió gran número de paganos, reconociendo y confesando que sin asistencia sobrenatural y divina no era posible resistir á tantos tormentos, ni mucho menos padecerlos con tan visible alegría. Volviéronle á la cárcel, donde estuvo tres días clamando continuamente al Señor por la palma del martirio.

Muy presto logró su efecto esta fervorosa oracion. Pareciéndole á Maximiano que no era tratado Víctor con todo el rigor que merecia, avocó á sí la causa, y él mismo quiso ser su juez. Mandóle traer á

su presencia, volviéndole á examinar judicialmente sobre su fe: valiése de promesas, de amenazas, y de la cuestion del tormento á que le aplicó tercera vez. Como nada de esto alterase su constancia, hizo traer un altar, púsosele delante, mandóle ofrecer incienso á Júpiter en su presencia, y se lo mandó en un tono tan terrible, tan espantoso, que se atemorizaron hasta los mismos gentiles. Abrasado entonces el Santo de un extraordinario celo, y lleno de una santa indignacion al nombre solo del horrible sacrilegio á que se le queria precisar, dió un puntapié al ídolo y al altar, y lo echó todo por tierra. Espumando de cólera el tirano, mandó que al punto le cortasen aquel sacrilego pié; alargósele intrépidamente Víctor al verdugo, y sufrió aquel tormento con la misma alegría que todos los demás. Rabioso Máximiano por no poder doblar la heroica constancia del generoso soldado de Jesucristo, mandó que le pusiesen debajo de una rueda de molino hasta que se hiciesen harina todos sus huesos. Ejecutóse la órden, pero apenas fue el Santo aplicado á este suplicio, cuando se hizo pedazos la máquina que daba movimiento á la rueda. Retiráronle de ella, aunque ya con todos los huesos molidos; y viendo el Emperador que todavía respiraba, no pudiendo sufrir el verse vencido, mandó que le cortasen la cabeza, y al mismo tiempo se oyó una voz del cielo que decia: *Venciste, dichoso Víctor, venciste.*

Pareciéndole al tirano que podria triunfar de los Mártires, á lo menos después de muertos, dió órden de que los cuerpos de nuestro Santo y de los tres soldados degollados tres dias antes fuesen arrojados al mar; pero dispuso Dios que la misma agua los echase á tierra en la orilla opuesta del puerto, de donde los retiraron los Cristianos, y les dieron sepultura á pocos pasos de distancia, la que hizo gloriosa el Señor con mucho número de milagros. Recibió san Víctor la corona del martirio el día 21 de julio del año de 303.

El año de 410 vino del Oriente á establecerse en Marsella el célebre Juan Casiano, tan conocido por su libro *de las Colecciones de los Padres*; y ordenado de sacerdote por el obispo Venerio, fundó en el mismo lugar de la sepultura del santo Mártir un famoso monasterio. que es hoy la ilustre abadía de San Víctor de la religion de san Benito, donde se guardan sus preciosas reliquias, menos el pié, que en el año de 1362 se le regaló á la abadía de San Víctor de Paris Juan, duque de Berry, hijo del rey Juan, y al Duque se le habia presentado el papa Urbano V cuando era abad de San Víctor de Marsella; cuyo priorato habia sido en otro tiempo la abadía de San Víctor de

Paris, hasta que en el año de 1173, Luis el Craso, rey de Francia, la convirtió en monasterio de canónigos reglares.

Cada año se renueva en esta abadía de Paris la memoria del recibimiento del santo pié en el día 23 de julio, cuya conmemoracion se hace con grande solemnidad, en testimonio de lo mucho que se estima aquella preciosa reliquia.

En el ilustre monasterio de las religiosas benedictinas de Marsella se ve hasta el día de hoy la cárcel, ó el calabozo subterráneo donde estuvo preso el santo Mártir, y enfrente está la plaza donde probablemente consumó su glorioso martirio, y en la cual doscientos cincuenta años antes san Lázaro había consumado el suyo.

SANTA PRAXEDES, VÍRGEN.

Entre las ilustres familias que abrazaron la fe de Jesucristo en el tiempo de los Apóstoles, fue una la del nobilísimo senador Prudencio, quien ilustrado con la luz del Evangelio, y bautizado por san Pedro, tuvo la dicha de que su casa fuese la primera en la capital del orbe cristiano, donde el Príncipe de los Apóstoles celebró los misterios de nuestra santa Religion; consagrada después en iglesia bajo el título del Pastor. De este padre feliz fue hija santa Praxedes, natural de Roma. Se dejan discurrir los progresos que haria Praxedes en la virtud bajo la enseñanza de los varones apostólicos, especialmente de san Pio, pontífice primero de este nombre, á quien sus actas principalmente atribuyen la educacion de esta ilustre vírgen; cuyas instrucciones solo sirvieron de fomentar las impresiones de la gracia del Espíritu Santo, que en su tierno corazon habia producido unos sentimientos tan nobles y tan cristianos, que en su juventud ya parecia haber llegado á una suma y eminente perfeccion, reputada por uno de los prodigios del cristianismo, y por el modelo mas perfecto de las piadosas matronas de Roma.

Aunque por su rara hermosura, calificada nobleza, vivo y perspicaz ingenio podia aspirar Praxedes á ser una de las primeras y de las mas principales señoras del mundo, todos los atractivos brillantes del siglo no fueron capaces á deslumbrar su entendimiento, bien persuadida que el mayor elogio de una doncella cristiana consiste en una justificada, modesta y virtuosa conducta. Las altas ideas que concibió desde luego de la pureza, la hicieron consagrar su virginidad á su esposo Jesucristo, y seguirle en los trabajos y amargura de su cruz; para lo cual, retirada de los peligros del siglo, pasaba su vida

empleada en los santos ejercicios de oracion, vigiliass, ayunos y penitencias.

Los caritativos oficios que con los pobres cristianos practicaba la Santa en aquellos calamitosos siglos, en que todo era tumulto y persecucion contra la Iglesia, dieron á conocer en Roma el gran fondo de su piedad. Todos los Cristianos miraban su casa como hospicio general, donde hallaban consuelo en sus aflicciones, y asilo en sus conflictos, invirtiendo con manos liberalísimas su cuantioso patrimonio en el socorro de los necesitados. No fue menos admirable su celo por el aumento del culto divino: á sus ruegos consagró en iglesia titular de Roma san Pio I la casa de su padre Prudencio, bajo el título del Pastor: lo mismo hizo con la de un presbítero llamado Nobato con las termas de su nombre, y no omitió igual donacion graciosa de su propio domicilio, á fin de que en todos se celebrasen los divinos misterios, y se administrasen los Sacramentos.

El emperador Antonino Pio suscitó una de las persecuciones que padeció la Iglesia, no bien hallado con la tregua pacífica que le concedió por algun tiempo de su reinado, portándose al fin como pagano é idólatra; y penetrado el piadoso corazon de la Santa del mas vivo dolor al ver las miserias de los muchos cristianos que gemian entre duras prisiones; animada de una caridad sin límites, pasaba á las cárceles á consolar á los afligidos, y á alentarles con sus sabias y eficaces persuasiones, á que se mantuviesen firmes en la confesion de Jesucristo, ocupándose con el mismo valor en dar sepultura á los ilustres Mártires que murieron en aquella borrasca, sin temor de los peligros á que cada dia exponia su vida; pues sus deseos no eran otros que ser participante de sus gloriosos triunfos.

Supo Antonino que en casa de Praxedes se congregaban los Cristianos á celebrar las funciones de su religion, dió providencia para que sus ministros los arrestasen, y habiendo de estos preso con Sime-trio, presbítero, á otros veinte y dos confesores, los mandó degollar sin proceso alguno. La Santa sintió el suceso en el alma, y no pudiendo sufrir su compasivo corazon la inhumanidad que ejecutaban los paganos con los inocentes fieles, no por otra causa que la de resistirse á prestar adoracion sacrílega á las falsas deidades, rogó al Señor se dignase sacarla de esta penosa vida. Oyó el Señor agradable sus fervorosas súplicas y le concedió esta dicha en el 21 de julio por los años 159, á cuyo venerable cuerpo dieron sepultura los fieles en el cementerio de Priscila, contiguo al de su padre y hermana Pudenciana.

Erigida la casa de Praxedes en título, como queda dicho, se tuvo en grande veneracion en Roma desde los primeros siglos; pero habiendo padecido algunas ruinas en los tiempos sucesivos, se interesaron después en su reedificacion y adorno la Santidad de Pascual II, san Carlos Borromeo y Alejandro, cardenal de Médicis, que ascendió á la dignidad pontificia con el nombre de Leon XI, devotos cordialísimos de la Santa; cuyas reliquias se conservan en la iglesia de su título, de las cuales se han trasladado algunas á diferentes partes del cristianismo, entre ellas á Mallorca, donde se les tributa la veneracion correspondiente.

La Misa es en honor de san Víctor, y la Oracion la siguiente:

*Deus, qui nos concedis sanctorum
martyrum tuorum Victoris, et socio-
rum ejus natalitia colere; da nobis in
aeterna beatitudine de eorum societa-
te gaudere: Per Dominum nostrum
Jesum Christum...*

Ó Dios, que nos concedes la gracia de que celebremos el nacimiento al cielo de los gloriosos mártires san Víctor y sus compañeros; concédenos tambien la de que gocemos de tu eterna bienaventuranza en su santa compañía. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo xi del apóstol san Pablo á los Hebreos, pág. 337.

REFLEXIONES.

Si se considera lo mucho que padecieron por Jesucristo aquellos héroes cristianos, y si se hace reflexion á lo que nosotros hacemos por el mismo Señor, ¿no se podrá dudar si ellos reconocieron otro Evangelio distinto del nuestro, ó si nosotros profesamos otra religion diferente de la suya? La delicada vida de los Cristianos de nuestros tiempos, sus costumbres, sus máximas y su licencia, todo induce tan enorme desproporcion entre nuestra moral y la de los primeros fieles, que con razon se puede preguntar si tenemos la misma fe. ¿Es igual á la suya nuestra caridad? Con todo eso (¡cosa admirable!) todavía nos atrevemos á tener tanta, ó mayor esperanza. Los mismos que van marchando por aquellos mismos caminos que Jesucristo declaró guiaban derechos á la perdicion, esos mismos se lisonjean de que sin mudar de rumbo han de llegar dichosamente al término de la salvacion. Es cierto que ya se acabó el tiempo de las persecuciones; pero el tiempo de las tentaciones dura por toda la vida. Es el mundo el grande y declarado enemigo de Jesucristo, pudiéndose decir que es como el sucesor de los Maximianos y de los Dioclecianos,

por la eterna persecucion que declara á todos los buenos, y á cuantos conforman sus costumbres á las máximas del Evangelio. A ninguno perdona; no hay virtud cristiana que se escape á su censura; todas son condenadas en su injusto tribunal. Modestia, circunspeccion, pudor en las mujeres, piedad, moderacion, retiro en personas distinguidas, virtud sobresaliente, ejemplos de edificacion, caridad universal, intencion derecha, inocencia, fervor, todo lo que honra á la Religion irrita á los mundanos y alborota su mal humor. El mundo proscribire á los devotos, y se amotina con furor contra los Santos. Basta ser discípulo de Jesucristo para incurrir en su desgracia. ¡Cuánto da que padecer á aquellas almas virtuosas, á aquellos hombres justos de quienes él no era digno! Arrójalos de su lado, exclúyelos con desprecio y con indignacion de sus concurrencias, y padecen de él una persecucion muy poco diferente de la de los tiranos. Pero ¡infeliz de aquel que se rinde á su tiranía! Por la flaqueza y por la cobardía de muchos cristianos se forma, por decirlo así, dentro del mismo seno de la Religion cierta clase de apóstatas. Témesese mucho á este tirano imaginario; pero ¿cuándo hubo temor mas vano? Se hace grande aprehension de sus juicios, se pone el mayor cuidado en no disgustarle; y fuera mejor ponerle en no darle gusto. Ni aun se espera á sus amenazas; antes que estas lleguen no hay valor para obrar bien, solo porque se sabe que la virtud no es del gusto del mundo. ¿Qué se dirá si reformo el tren, si me retiro de las funciones, si mudo de vida? ¡Y será posible que hombres, por otra parte capaces, entendidos, se intimiden, se espanten, se detengan por este ridículo respeto humano, que en rigor no es mas que un fantasma!

Con todo eso, este fantasma hace en la mayor parte de los cristianos de estos tiempos casi el mismo efecto que hacian las amenazas de los Emperadores gentiles en los corazones de muchos fieles cobardes de los primeros siglos. Intimidados estos de los tiranos, apostataban de la fe de Cristo; y acobardados aquellos por los respetos humanos, no se atreven á declararse por el Evangelio. Nunca nos olvidemos de este oráculo: *El que se avergonzare de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga lleno de gloria y de majestad.*

El Evangelio es del capitulo XI de san Mateo, pág. 25.

MEDITACION.

Del vencimiento de las pasiones.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no tenemos mayores enemigos que nuestras propias pasiones. Ellas alteran nuestra quietud desde que nacemos: ¡qué lazos no nos arman! ¡qué heridas no nos abren! Ninguna que no tire á condenarnos; ninguna que no se empeñe en perdernos. Buen Dios, ¡cuántos disgustos se escusarian, de cuántos malos pasos nos libraríamos, qué vejez tan dulce lograríamos, si desde luego nos aplicáramos á domar estos irreconciliables enemigos de nuestro reposo y de nuestra salvacion! No hay edad exenta de pasiones. ¿Eres niño? Las pasiones son de ordinario los únicos resortes que, por decirlo así, ponen en movimiento toda la máquina. ¿Eres jóven? Esa es la edad en que tienen mas fuerza, mayor vigor, y en que hacen mas lastimosos estragos. La edad mas madura por lo comun las hace mas fieras; á la verdad modera un poco sus ímpetus y su fogosidad, pero no las purga del veneno. La vejez debilita las fuerzas del cuerpo y del espíritu, mas no las de las pasiones. Engañanse los que juzgan que el tiempo las sujeta; por el contrario, el tiempo las hace mas imperiosas y mas absolutas. Quanto es mas larga la posesion, alegan mayor derecho; y para ellas la costumbre antigua tiene fuerza de prescripcion.

Pero no solo son las pasiones cosecha de todas las edades; sonlo tambien de todas las condiciones y de todos los estados. Para ellas no hay país extraño ni forastero. Ni son inaccesibles á su poder los desiertos mas defendidos. No hay género de vida que las acobarde; como las admitan, á todo se acomodan. Ellas se burlan del genio, del humor, y hasta de la misma devocion; y no estando siempre muy alerta, aunque se tenga la mejor intencion y la mejor voluntad del mundo, hay gran riesgo de ser él juguete, y aun la víctima de sus propias pasiones. Cada pasion, digámoslo así, tiene su distinto idioma; y en medio de eso, todas ellas dicen una misma cosa. Todas conspiran contra nuestra salvacion, no hay siquiera una que no se oponga á la doctrina del Evangelio, y que sujetándonos á los sentidos, no nos desvie de nuestro último fin. Estos son aquellos fieros y temibles enemigos domésticos que nos hacen una guerra mortal, sin que nos atrevamos á hacerles resistencia; pues ¿qué maravilla es que al cabo seamos esclavos suyos, ni que gimamos oprimidos bajo el yugo de esta esclavitud?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que con este género de enemigos no hay medio; ó vencer, ó ser vencidos. Lo mismo es darles treguas, que ser derrotado. No hay cosa que tanto aumente la fuerza de las pasiones, como ¡el tratarlas bien; en perdonándolas, se hacen mas violentas. Sucede á las pasiones lo que á la calentura; por un momento parece que la apaga un vaso de agua fria; pero esto es puntualmente lo que la enciende mas. En no domándose enteramente la pasion, en no exterminándola y aniquilándola con victorias completas y reiteradas, se hace mas furiosa, y sabe muy bien desquitarse del tiempo que la tuvieron oprimida. Librenos Dios de vencer no mas que á medias á este enemigo; siempre será funesto el fin de la funcion y del combate. De aquí nace, que después de aquellos intervalos de devocion y de fervor; después de aquella frecuencia algo mayor de Sacramentos; después de aquellos ejercicios en que se dió un golpe á este enemigo, vuelve á reforzarse la pasion, y nos ataca con mayor fuerza que nunca. Si desde el mismo punto que nacen las pasiones se las hiciera una guerra viva y continuada, fácilmente se conseguiria el intento de domarlas; pero nos contentamos con quejarnos de su importunidad; háceselas no mas que una débil resistencia; decláraselas la guerra con flojedad; de manera, que mas parece temerlas y fomentarlas, que perseguirlas; pues no nos admiremos de que nos causen tantos daños, ni de que consigan cien pequeñas ventajas sobre nosotros. Hácense fieras con estos sucesos tan frecuentes, y al cabo nos tiranizan. ¡Oh buen Dios, cuánto nos dan que padecer durante la vida, y cuál será el fruto de sus victorias á la hora de la muerte! Obra suya es nuestra eterna condenacion. Los Saúles, los Salomones, los Judas, los Orígenes, los Tertulianos, y tantos otros, son triste y funesta prueba de lo que pueden las pasiones cuando se las perdona. Apáguense en los Cristianos las pasiones, y se puede decir que se apagó para ellos el infierno.

¡Oh mi Dios, y qué bien he aprendido yo en la escuela de mi cobardía! ¡cuánta verdad es lo que medito! ¿Y no temere ya si todavía prosigo en dejarme vencer de un enemigo tan terrible? Flaco soy, Señor, bien lo veis Vos, y por lo mismo conoceis cuán grandes, cuán poderosos auxilios he menester para combatir y para vencer á un enemigo que tira derechamente á estorbarme la salvacion. Únicamente confío en vuestra gracia, y en fe de ella me atrevo á prometeros que no haré treguas con mis pasiones, y que no las dejaré respirar hasta haberlas del todo vencido.

JACULATORIAS.—Líbrame, Señor, de las manos de mis enemigos, que me persiguen para perderme. (*Psalm. xxx.*)

Lleno de confianza en Vos, Dios mio, perseguiré á mis enemigos, los atacaré, y no me retiraré hasta haberlos enteramente derrotado. (*Psalm. xvii.*)

PROPÓSITOS.

1 Ten presente que perdonar á una pasion es suministrarla armas. Créese que se la irá debilitando poco á poco, y se engaña el que lo cree; la tolerancia la da alientos y la fortifica. Aun es error mas grosero pensar librarse de ella contentándola y satisfaciéndola. ¿Es posible que no se adviertan los funestos estragos que hace cada dia este enemigo doméstico? Se conocen, se experimentan, se lloran; porque ¿quién deja de gritar contra las pasiones? Pero á esto se reduce todo; no pasa adelante la cólera. Ármate desde este punto contra ese enemigo; no sufras que te tiranice; atácale por el frente; considera cuál es su fin, sus armas y sus artificios; si es la pasion del deleite, acude á la mortificacion de los sentidos, y echa mano de las armas de la penitencia; si es la ambicion y el orgullo, en la humildad cristiana, y mucho mas en las humillaciones y en los desprecios hallarás con que domar estos fieros y temibles enemigos; si es la cólera, haz estudio particular de conservar siempre una dulzura inalterable á prueba de todo accidente. Para reprimir sus ímpetus, es medio muy eficaz el callar luego que se exalta, y retirarse por algunos instantes.

2 Examina cuáles son tus pasiones, y por la mañana cuando ofrezcas las obras del dia haz á Dios una oracion particular, pidiéndole te asista con su gracia para vencerlas. Todos los dias, ó á lo menos de cuando en cuando, haz algunas penitencias, ofrece algunas comuniones y algunas limosnas para que el Señor te conceda esta importante victoria. Escoge por especial patron algun Santo que haya sobresalido en aquella virtud que necesitas. Estos son auxilios necesarios para lograr el vencimiento. Desconfia de tu flaqueza; pero confiando al mismo tiempo en la divina gracia, no omitas medio alguno que pueda conducir para domar á este enemigo. Sobre todo guárdate bien de dejarte mandar de tus pasiones; ya que no las puedas aniquilar y destruir, por lo menos tenlas sujetas, abatidas, y por decirlo así, encadenadas.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

LA GLORIOSA MUERTE DE SANTA MARÍA MAGDALENA, en Marsella, de la cual lanzó el Señor siete demonios, y fue la primera que mereció verle resucitado. (*Véase su historia en las de hoy*).

SANTA SINTICA, en Filipos, de quien hace mencion el apóstol san Pablo.

EL MARTIRIO DE SAN PLATON, mártir, en Alcira en Galacia; el cual por mandato del vicario Agripino fue azotado, despedazado con uñas de hierro, y de otras maneras atormentado cruelmente, hasta que degollándolo entregó al Señor su alma invencible. Las actas del concilio Niceno segundo hacen mencion de los milagros de este Santo en dar libertad á los cautivos.

SAN TEÓFILO, pretor, en Chipre, á quien prendieron los árabes, y como no le pudiesen vencer con promesas ni con amenazas para que negase á Jesucristo, le degollaron.

SAN CIRILO, obispo, en Antioquía; esclarecido en doctrina y santidad.

SAN MENELEO, abad, en territorio de Auvergne en Francia.

SAN WANDREGISILLO, abad, en el monasterio Blandino, esclarecido en milagros.

SAN JOSÉ, conde, en Scitópolis en Palestina.

SANTA MARÍA MAGDALENA.

Santa María Magdalena, tan célebre en el Evangelio por su inseparable adhesion á la persona de Cristo, y por su dolorosa penitencia, fue originaria de Betania, pueblo reducido, á tres cuartos de legua de Jerusalem, y mansion ordinaria de su familia. Segun san Antonino, su padre se llamó Syr, y su madre Eucaria, muy conocidos entre los judíos, tanto por sus muchos bienes de fortuna, como por el distinguido papel que hacian en la provincia. Tuvieron un hijo y dos hijas: Lázaro, que fue el primógénito, Marta y María. Muertos el padre y la madre, los hermanos repartieron entre sí la hacienda; á Lázaro y á Marta les tocó la que habia en Betania y en las cercanías de Jerusalem, y á María la cupo el castillo de Magdelon, ó de Mágdalo, situado en la provincia de Galilea. Quedóse por algun tiempo en Betania, en la compañía de su hermano y de su hermana, los cuales reconociendo la excesiva vivacidad de su genio, y la violenta inclinacion que mostraba á la profanidad, á la diversion y al desahogo, hicieron cuanto pudieron para inspirarla el santo temor de Dios, la modestia y la compostura propia de su sexo.

Pero aprovechó poco su celo; cansóse presto María de una vida tan arreglada, y resolvió sacudir de sí aquel pesado yugo. A su natural

vivo y orgulloso, á su espíritu brillante, á un corazon enteramente mundano, acompañado todo de una rara hermosura, se le hacia insoportable la vigilancia de una hermana que hacia pública profesion de la mas ajustada virtud. Tomado, pues, su partido, se retiró á su castillo de Mágdalo en Galilea, como á propia posesion que le habia tocado en su legítima. Allí olvidó bien presto, así las lecciones, como los ejemplos de sus padres y de sus hermanos. Las frecuentes visitas de mucha gente moza y divertida, su despejo y su desembarazo, algo mayor de lo que fuera justo; ciertos modales un poco mas libres de lo que permitia la modestia, hicieron poca merced á su reputacion, siendo su pasion dominante la de parecer bien, y tener muchos cortejos. Ya no pensaba Magdalena en otra cosa que en divertirse: las galas, los perfumes, las joyas mas exquisitas daban mayor lustre á su hermosura natural; y abusando de su libertad, en breve tiempo fue el escándalo público de toda la provincia. Por aquel tiempo, poco mas ó menos, comenzaba el Salvador á llenar toda la Judea del ruido de sus milagros y de su santidad: Lázaro y Marta fueron de los primeros discípulos que se le agregaron, y clamaban incesantemente á su piedad por la conversion de una hermana que traia una vida tan licenciosa y tan perdida. Oyó benignamente el Hijo de Dios sus piadosos ruegos, y como habia venido al mundo singularmente por los pecadores, movió el corazon de aquella insigne pecadora. Predicaba en Betsaida y en Cafarnaum, no léjos del castillo de Mágdalo, cuando movida Magdalena de las maravillas que oia decir de aquel gran Profeta, le fué á oir por curiosidad. Apenas le oyó, cuando quedó convertida. Alumbró la gracia su entendimiento, penetró su corazon, y en el mismo punto concibió tanto horror de sus culpas, que no dilató ni un solo instante la penitencia. Informóse dónde podia encontrar al Salvador, y supo que estaba convidado aquel dia á comer en casa de Simon el fariseo, con todo lo mas noble y distinguido de la ciudad. Eran delicadas las circunstancias, pero no se detuvo Magdalena. Luego que tuvo noticia de que Jesucristo estaba ya en casa de Simon, tomó un vaso de alabastro lleno de un bálsamo exquisito, y sin dar oidos al espíritu del mundo, ni á su delicadeza, ni á otras mil frívolas razones, entra en la sala del convite, y viendo al Salvador recostado en uno de aquellos lechos ó canapés que los judíos usaban en sus mesas, no atreviéndose á mirarle cara á cara, se arrojó á sus sagrados piés por las espaldas, y despedazado el corazon con la fuerza del dolor y del amor, los riega con sus lágrimas, los enjuga con sus cabellos, los unge con el precioso bálsa-

mo, y los besa con respeto, mostrando su contrición y su tierna confianza ¹.

Viendo esto el Fariseo, inclinado siempre á echarlo todo á la peor parte, y notando la bondad con que el Salvador sufria á sus piés aquella pecadora, decia para consigo: Si este hombre fuera profeta, sabria quién era la mujer que le está besando los piés, y bañándose los con sus lágrimas. Leia el Salvador todo lo que pasaba por el corazón y por el pensamiento del Fariseo; y queriendo que él mismo fuese el defensor de aquella mujer de quien hacia tan mal concepto, le dijo esta parábola: «Simon, quiero saber tu dictámen en lo que «te voy á proponer. Á cierto acreedor le debian dos sugetos, uno quinientos reales de plata, y otro cincuenta. Ni uno ni otro tenian con qué pagar, y á uno y otro les perdonó todo lo que le debian: dime, ¿cuál de estos debe amar mas, y estar mas agradecido al generoso acreedor?—Es claro, respondió Simon, que aquel á quien perdonó mayor cantidad.—Muy bien has respondido, replicó el Salvador, y señalando á la Magdalena, añadió: ¿Ves á esta mujer? pues haz reflexion á lo que ha hecho, y sentencia después sin pasion. «Cuando entré en tu casa, ni se te ofreció siquiera presentarme un poco de agua para lavarme los piés, y ella me los lava con sus lágrimas. A tí no te pasó por la imaginacion derramar sobre mi cabeza aquellos odoríferos perfumes que se usan, y no se escasean en los convites; y ella derramó sobre mis piés un precioso bálsamo, de cuyo suave olor está llena toda la casa. Por tanto, no te admires de que se la hayan perdonado muchos pecados, porque verdaderamente amó mucho. Hasta ahora ninguno me ha buscado, sino para que le sanase de las enfermedades del cuerpo; pero esta mujer se

¹ Los antiguos judíos para comer no se sentaban en tapetes tendidos en el suelo, como los árabes, turcos y otros habitantes de los países de Palestina en nuestros días, sino que sus mesas eran como las nuestras elevadas del suelo. *Erod.* xv, 24; *Jud.* i, 7; *Matth.* xv, 27; *Luc.* xvi, 21. Ni los hebreos, griegos, ni romanos usaban de manteles: y era costumbre muy antigua de ellos sentarse á la mesa como nosotros hacemos. *Prov.* xxiii, 1. Pero después de los tiempos de Salomon aprendieron los judíos á recostarse en camas al rededor de la mesa. *Amos.* iv, 7; *Tob.* ii, 3; y *Ezech.* xxiii, 41, hablan de este comer en camas, ó recostados: bien que esta costumbre no era general. En tiempo de nuestro Salvador se habia hecho muy frecuente este uso, mas Jesús no solo comió así cuando la Magdalena ungió sus piés, *Matth.* xxvi, 7, sino tambien en su última cena. *Joan.* xiii, 23; de manera que parece haber sido entonces costumbre muy ordinaria y recibida en aquel país. Al parecer los judíos la aprendieron de los persas. *Esth.* i, 6; vii, 8. Dos comidas hacian al dia desde el tiempo de los primitivos patriarcas; pero nunca hasta la tarde. *Eccles.* x, 16; *Isai.* v, 11; *Act.* ii, 15. Y su comida del mediodia mas era una especie de refrigerio que comida: y en los días de ayuno nunca comian ni bebían hasta el anocheecer.

«postró á mis piés solamente para que la curase de las heridas del alma; y volviéndose después á aquella ilustre penitente, la dijo: «Anda, hija mia, tu fe y tu confianza te han salvado; y tus culpas quedan perdonadas.»

Ni hubo jamás perdon mas señalado, ni tampoco mas perfecta conversion. Apoderóse el amor divino del lugar que ocupaba el amor profano, y abrasó desde luego aquel noble y generoso corazon. No tuvo el Salvador discipula mas fervorosa, que mas gustase de su celestial enseñanza ni que se aprovechase mas de sus divinas instrucciones.

Fácilmente se deja discurrir el gozo de Lázaro y de Marta cuando tuvieron noticia de la milagrosa mudanza de su hermana, ni nuestra Santa se descuidó en darles luego las mejores pruebas de ella en sus fervorosos ejemplos. Inmediatamente se puso en camino para Betania, donde les refirió las piedades y las maravillas que el Salvador habia obrado con ella. Desde entonces no perdió ocasion la fiel discipula de oir las lecciones de su divino Maestro, á quien siempre tenia presente en su espíritu, cuando no podia estar á sus piés. Este amor á la contemplacion la ocasionó cierta quejilla por parte de su hermana. Como el Hijo de Dios amaba tanto aquella virtuosa familia, se fue á hospedar á su casa, y Marta hacia todo lo posible para tratar á tal huésped como era razon. Mientras ella andaba dentro de la casa aquí para allí dando providencias, María Magdalena se estaba muy tranquilamente sentada á los piés de Cristo, sin pensar mas que en oírle y en aprovecharse de lo que le oía. Como vió Marta que la hermana no se movia, encarándose con el Salvador, le dijo con ingenuidad: *Señor, ¿pues no veis que mi hermana me deja sola, queriendo que yo lo haga todo? decidla, os ruego, que se levante, y que me venga á ayudar.* Tomó de aquí ocasion Jesucristo para enseñarla aquella gran verdad, que es como el compendio de la moral cristiana, y la respondió: *Marta, Marta, tú andas muy solícita, inquieta y embarazada en muchas cosas: créeme que una sola es necesaria, y que María escogió la mejor.* Como si dijera, explica san Agustin, no condeño tu caridad ni tu celo, pero no puedo aprobar tu inquietud. Siempre es reprehensible el trabajar con afan y con disipacion; tu hermana está mejor ocupada que tú, pues se aplica á lo mas perfecto, que es al espiritual alimento de su alma.

Retirado el Hijo de Dios á Galilea por evitar el furor de los judíos, enfermó Lázaro de muerte. Agravósele la enfermedad; y las dos hermanas acudieron al Médico celestial; despacháronle un propio con

este breve y significativo recado ; *Señor, el que amas está enfermo.* Cuando el expreso llegó, ya Lázaro habia muerto; y el Salvador no llegó á Betania hasta cuatro dias después de su entierro y funerales. Hizo adelantar á nuestra Santa la noticia de su venida, y saliéndole á recibir, le dijo bañada en lágrimas : *Señor, si estuviérais aquí, no hubiera muerto mi hermano.* Mostróse enternecido el Salvador, y resucitó á Lázaro á ruegos de las dos hermanas.

No parecia posible amor de Dios mas encendido, mas generoso, ni mas tierno que el de esta fina amante de Jesús. Seguiale cási á todas partes para aprovecharse de sus instrucciones, y para cuidar de su sustento con sus limosnas. Por lo comun los Evangelistas la nombran la primera entre las mujeres que seguian al Salvador. San Lucas y san Marcos, hablando en particular de María Magdalena, dicen que esta fue aquella fiel discípula de la cual lanzó Jesús siete demonios ; lo que explican muchos Padres antiguos diciendo, que la perdonó muchos pecados, extinguiendo en ella con su gracia el espíritu mundano, el espíritu impuro, el espíritu de orgullo, el espíritu de indepenencia, el de profanidad, el de ociosidad, y el de regalo y delicadeza. Lo cierto es, que no malograba medio, ocasion ni oportunidad de manifestarle su respeto, su amor y su reconocimiento.

Estando el Salvador en Betania, seis dias antes de la última Pascua, le convidó á comer uno de los mas ricos vecinos del lugar, llamado Simon, á quien el mismo Señor habia curado de la lepra. Era Lázaro uno de los convidados ; Marta servia á la mesa, y María atenta siempre, y siempre desvelada en dar á su divino Maestro cuantas pruebas le eran posibles de su reconocimiento y de su respeto, tomó de su cargo los perfumes, que entre los judíos eran todo el lucimiento de la fiesta. Tomó una libra del espíritu del nardo, escogiendo el mas precioso, por ser destilado, no de la hoja, sino de la espiga de aquella planta. Cerróle muy bien en un vaso de alabastro, y entrando en la sala donde comian los convidados, le derramó todo sobre los piés del Salvador, enjugándolos después con sus cabellos, y poniéndose por muy dichosa de haber empleado tan bien aquella preciosa confeccion.

Llenóse toda la casa de fragancia ; pero los que tenian menos fe, ó no eran tan devotos, censuraron su prodigalidad, diciendo que un perfume tan costoso, como que valia trescientos dineros de plata, estaria mejor empleado si se hubiese vendido, y repartido su precio entre los pobres. Como el Hijo de Dios penetraba íntimamente lo mas

reservado de aquellos malignos corazones, tomó de su cuenta la defensa de nuestra Santa. «Lo que acaba de hacer (dijo) será perpetuamente alabado; y eso que vosotros calificais de excesiva profusion, es prueba de su mucha piedad. Lo mismo que vosotros acostumbrais hacer con los cadáveres de los difuntos, ha hecho anticipadamente conmigo esta piadosa mujer, adelantando este oficio algunos pocos días á mi próxima sepultura.»

Pero el teatro donde mas se acreditó, y donde mas resplandeció el fuego del divino amor que abrasaba á Magdalena, fue en la passion de Jesucristo, y en el monte Calvario. Aunque los demás discipulos le desampararon, y se esparcieron luego que vieron preso á su divino Pastor, ningun respeto ni temor fue bastante para que la intrépida y amante Magdalena perdiese de vista á su amado Maestro. Siguióle á todos los tribunales, y acompañando inseparablemente á su santísima Madre, se halló con esta Señora al pié de la cruz, donde tuvo la dicha y el dolor de ver espirar á su adorado Dueño. Es tradicion tan antigua como respetable, que recogió con la mayor veneracion una porcion de tierra empapada en la sangre del Salvador, y que guardó este precioso tesoro en una ampolla, que hoy se conserva y se adora en San Maximiano de Provenza.

Si el amor de Magdalena á su celestial Maestro fuera menos encendido y menos generoso después que le vió espirar, se hubiera contentado con llorarle en la soledad de su retiro. Pero nuestra Santa no limitó precisamente las finezas de su amor á las demostraciones del llanto. No se alejó de la cruz, ni se retiró á Jerusalem hasta que se dió sepultura al Salvador, y acompañó el cuerpo al mismo sepulcro, con intento de volver á rendirle los últimos honores luego que se pasase la festividad del sábado. Es bien sabida la priesa que se dió á madrugar aquel dia al mismo romper de la aurora. Representábanla las compañeras, que era imprudencia pretender forzar, por decirlo así, una compañía de soldados que guardaban el cuerpo; y que parecia insigne temeridad presumir ella sola remover una gran losa, que apenas podrian menear muchos hombres juntos, y además de esto estaba sellada con el sello del soberano. No conoce estorbos el fuego del divino amor, y así nada acobardó á Magdalena, ni fue bastante para detenerla un momento; verdad es que ya habia allanado el Salvador todas las dificultades con su resurreccion; corrió, voló Magdalena al sepulcro, y ya le encontró abierto. Como no vió el sagrado cuerpo de su divino Maestro, abandonóse á los suspiros y al mas amargo llanto. Vió dos Ángeles vestidos de blanco junto al sepulcro,

que le preguntaron el motivo de su dolor y de sus lágrimas : *Lloro, les respondió Magdalena, porque han llevado de aquí el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde le han puesto.* Las otras santas mujeres compañeras suyas , y aun los mismos santos Apóstoles se volvieron muy desconsolados ; pero Magdalena perseveró constante sin desistir de la empresa, haciendo diligencias por todo el huerto donde estaba el sepulcro, y buscando el sagrado cuerpo por todas partes con dolor y con inquietud : entraba y salía á cada paso en el lugar del mismo sepulcro, sin poder sosegar, y cada vez que no le encontraba se la renovaba el llanto ; pero no tardó el Salvador en premiar tan fina y tan generosa constancia ; volvió á un lado la cabeza Magdalena, y vió en pie á Jesús, aunque no le conoció, el cual la dijo : *Mujer, ¿por qué lloras tanto?* Ella creyendo que fuese el hortelano, respondió : *Señor, si tú le llevaste, dime donde le pusiste, que yo le buscaré y le retiraré.* Movido entonces el Salvador de aquel amor fino y tierno, no hizo mas que llamarla por su nombre, diciéndola esta sola palabra : *María*, y reconociendo por ella la generosa amante que era el mismo Jesús, exclamó fuera de sí : *¡ Ah, Maestro mio!* y queriendo arrojarle á sus piés para abrazarlos, el Señor se lo estorbó ; para darla á entender, como dice san Leon, que ya era tiempo de que elevándose sobre los sentidos corporales, le mirase con los ojos de la fe, considerándole como si ya estuviese sentado en el cielo á la diestra de Dios Padre. Solamente la añadió : *Anda, y vé apriesa á contar lo que has visto á mis hermanos.*

Agradeció María esta órden como una prueba especial del amor que la tenia su divino Maestro ; y en efecto se debe contar esta aparición por uno de los mas señalados favores que recibió de Jesucristo. Tuvo después el consuelo y la dicha de verle y de oírle muchas veces ; y como era inseparable compañera de la santísima Virgen, se halló á su lado en el monte Tabor cuando su divino Hijo subió triunfante á los cielos. Era su ánimo pasar lo restante de su vida acompañando en su retiro á la Madre del Salvador, á quien amaba y respetaba como á madre suya ; pero suscitándose la persecucion de los judíos contra los discípulos de Jesús, y habiendo quitado la vida al protomártir san Esteban, se vieron obligados los fieles á salir de Jerusalem. Lázaró y sus hermanas eran el objeto principal de su furor, no pudiendo sufrir aquel obstinado pueblo tener á la vista un testimonio tan palpable del poder de Jesucristo, que continuamente les estaba dando en cara con su impiedad y con su deicidio. Temerosos de que si le quitaban la vida le verían segunda vez resucitado, se

contentaron con desterrarle de la Judea. Dícese que á él y á sus dos hermanas Marta y María, con Marcela su criada, y con Maximino, uno de los setenta y dos discípulos, los metieron en una nave sin timon, sin mástiles, sin velas y sin aparejos, y que de esta manera los dejaron á merced de las olas del Mediterráneo, exponiéndolos á un evidente naufragio; pero la providencia del Señor destinaba aquella bienaventurada tropa, y la conducia milagrosamente á un país que era de su particular agrado.

Es antigua y constante tradicion, autorizada por la misma Iglesia, que la nave entró de aquella manera en el puerto de Marsella, y que atónitos los gentiles á vista de la maravilla, ella misma sirvió para disponer los ánimos á oir con asombro y con docilidad á una gente á quien el cielo protegía con tan visible prodigio. Luego que echaron pié á tierra anunciaron la fe de Jesucristo en toda la ciudad, señalándose sobre todos el celo y el fervor de Magdalena. Desde luego captó esta la admiracion universal por su aire, por su elocuencia y por sus milagros, escogiendo para predicar la plaza mas vecina al gran templo de Diana, á donde todos los dias concurría el pueblo en tropel, y cada dia conquistaba nuevas almas para Jesucristo. En el mismo sitio donde la Santa predicaba se ve hoy una capilla muy antigua dedicada en honor suyo, como á doscientos pasos del famoso templo de Diana, que es hoy la iglesia catedral, consagrada á Dios y dedicada á la Santísima Virgen con el título de Santa María la Mayor. En la célebre abadía de San Víctor se ve tambien una profunda gruta abierta en una peña, donde se asegura se retiraba la Santa por las noches, pasándolas en oracion durante el tiempo que trabajó en la salvacion de las almas. Lo cierto es que los fieles de los primeros tiempos se juntaban en aquel lugar subterráneo para asistir al divino sacrificio.

Pero viendo Magdalena que habia abrazado la fe una parte de la ciudad, y que san Lázaro, á quien los Apóstoles habian consagrado obispo antes de partir de Jerusalem, estaba encargado de aquella iglesia por la divina Providencia, tirándola siempre su inclinacion á la vida contemplativa, determinó acabar la suya en alguna soledad. Hallóla luego, y muy á medida de su deseo. Hay á ocho leguas de Marsella un espantoso desierto que termina en una elevada montaña, en cuyo centro se abre una dilatada gruta bastante profunda, y este fue el sitio que nuestra Santa escogió para su mansion. En él hizo una vida celestial por espacio de treinta años, empleada en continuas comunicaciones con Dios, y sin otra conversacion

que con los Ángeles. Fue extrema su penitencia, siendo su cama la dura roca, y su comida las yerbas ó las raíces que se criaban al rededor de la gruta.

Al cabo de treinta años de una vida tan santa, tan prodigiosa y tan penitente tuvo revelacion del dia y de la hora en que debia partir á volverse á juntar en el cielo con aquel divino Salvador á quien habia amado tan finamente en la tierra. Por ministerio de los santos Ángeles fue milagrosamente trasladada á un oratorio distante dos leguas de su gruta, donde se retiraba san Maximino, de cuyas manos recibió la sagrada Eucaristía, y en ellas espiró tranquilamente, yendo al cielo á recibir el premio correspondiente á su abrasado amor de Jesucristo y á su admirable penitencia. Fue enterrada en aquel mismo sitio, y en él fundó la devocion de Carlos II, rey de Sicilia, la magnífica iglesia dedicada á la misma Santa, con un convento de religiosos Dominicos, á quienes el mismo piadoso Monarca quiso hacer dignos depositarios de tan precioso tesoro. Venéranse las reliquias de la Santa sobre el altar mayor, dentro de una urna de pórfido, regalo del papa Urbano VIII, á donde fueron trasladadas con gran solemnidad el año de 1660, en presencia del rey de Francia Luis el Grande, y de toda su corte, por el arzobispo de Aviñon Juan Bautista Mariny.

La cabeza de la Santa, engastada en un precioso relicario de oro, se guarda en la capilla subterránea que está en medio de la nave; y tambien se ve un hueso de sus brazos, con sus cabellos dentro de una ampolla de cristal, que se muestran muchas veces al dia, para satisfacer la devocion de los peregrinos y forasteros que concurren en tropas. Ni la gruta, que en Francia se llama *el santo Bálsamo*, es menos frecuentada que la iglesia donde descansan sus huesos, creciendo cada dia el concurso de los fieles en vista de los beneficios que reciben de Dios por su intercesion.

Las reliquias de santa Magdalena, que se guardan en el convento de Vecelay en Borgoña, pueden ser alguna porcion de las que hay en San Maximino. Envidiosos los griegos de que la Iglesia latina poseyese este inestimable tesoro, luego que se separaron de ella salieron con la invencion de que san Lázaro, santa Marta y santa Magdalena habian muerto en Éfeso, especie de que hasta entonces no se habian acordado. Así, pues, tiene mucha razon la Provenza para gloriarse de que ella le posee, fundada en una tradicion venerable por su antigüedad, autorizada con manuscritos antiguos del sexto siglo, que se guardan en las iglesias de Tolon y de Senés; con el

testimonio de Sigiberto, monje de Gemblours, de Honorio de Autun, de Gervasio de Tilisberi, y de otros muchos autores antiguos, pero singularmente con la autoridad de muchos grandes Papas, como Benedicto X, Juan XXII, Gregorio XI, Clemente VII, Eugenio IV, Sixto IV, Adriano VI y Urbano VIII, que con sus bulas hicieron como cierta una tradicion tan constante.

La Misa es en honor de santa María Magdalena, y la Oracion la siguiente:

Beatae Mariae Magdalenae, quaesumus, Domine, suffragiis adjuvemur; cujus precibus exoratus, quatruiduanum fratrem Lazarum vivum ab inferis resuscitasti: Qui vivis et regnas...

Suplicámoste, Señor, que seamos ayudados por la intercesion de la bienaventurada María Magdalena, á cuyos ruegos resucitaste á su hermano Lázaro, después de cuatro dias muerto. Tú que vives y reinas, etc.

La Epistola es del capitulo III y VIII del libro de los Cánticos.

Surgam, et circuibo civitatem. Per vicos et plateas quaeram quem diligit anima mea: quaesivi illum, et non inveni. Invenierunt me vigiles qui custodiunt civitatem. Num quem diligit anima mea vidistis? Paululum cum pertransissem eos, inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam donec introducam illum in domum matris meae, et in cubiculum genitricis meae. Adjuro vos, filiae Jerusalem, per capreas, cervosque camporum, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam donec ipsa velit. Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum: quia fortis est ut mors dilectio. Dura sicut infernus aemulatio, lampades ejus lampades ignis atque flammarum. Aquae multae non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam: si dederit homo omnem substantiam domus suae pro dilectione, quasi nihil despiciet eam.

Me levantaré, y rodearé la ciudad. Por los barrios y plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué, y no le hallé. Encontráronme los centinelas que guardan la ciudad. ¿Visteis por ventura al amado de mi alma? De allí á poco que los dejé, encontré al que ama mi alma, le cogí, y no le dejaré hasta tanto que le introduzca en la casa de mi madre, y en el retrete de la que me engendró. Yo os conjuro, ó hijas de Jerusalem, por las cabras y los ciervos de los campos, que no despertéis, ni hagais desvelarse á mi amada hasta tanto que ella quiera. Ponme como un sello sobre tu corazon, como sello sobre tu brazo: porque el amor es fuerte como la muerte, y los celos duros como el infierno: sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas. Las muchas aguas no pudieron apagar la caridad, ni la cubrirán los rios: cuando un hombre diese por el amor todas las riquezas de su casa, las despreciaria como si fuesen nada.

REFLEXIONES.

Me levantaré, y daré vuelta á la ciudad. Es cierto que no se encuentra á Dios en la ociosidad, en la poltroneria, en la pereza y en

la desidiosa inaccion. Las almas perezosas y dejadas, los corazones inmortificados y regalones, los espíritus tibios y haraganes en vano buscan al Esposo celestial en una vida inútil y repantigada; estén ciertos de que jamás le encontrarán. No, no se toma el gusto á Dios entre las delicias de una vida enteramente mundana; solo en medio de las cruces, entre las humillaciones y los abatimientos, en los ejercicios duros y penosos de la penitencia se encuentra aquel consuelo espiritual, aquella interior dulzura que produce en una alma inocente la presencia del divino Esposo; cualquiera otro camino es extravío. No gusta Dios de siervos holgazanes. En vano se le busca en las calles y en las plazas públicas; el bullicio y el tumulto no son de su inclinacion; ama la soledad y el retiro. Una vida bulliciosa nunca fue ni puede ser muy interior: no es posible gustar de Dios en medio de la disipacion. Pide la esposa noticias de su amado á los guardas de la ciudad; esto es, como expone san Bernardo, á los sentidos exteriores. Diríjese mal para adquirirlas, porque estos ni conocen al que busca, ni tienen noticia de sus caminos. Las almas sepultadas en los sentidos continuamente viven en ignorancia y en tinieblas. No se comunica Dios á esas almas terrenas. *El hombre animal*, dice el Apóstol, *no conoce el espíritu de Dios*. De aquí nace el tedio con que los mundanos miran la virtud, y de aquí el desprecio con que tratan las máximas santas del Evangelio. Si se quiere tomar el gusto á las verdades de mayor consuelo que tiene la Religion; si se quiere experimentar dulce y suave el yugo del Señor; si se quieren gustar anticipadamente aquellos como destellos de la gloria; si se quieren percibir aquellas dulzuras espirituales que el divino Esposo derrama tan liberalmente en las almas puras, es menester elevarse sobre los sentidos; es menester mirar únicamente con los ojos de la fe las brillantes y las especiosidades del mundo; es menester vivir una vida totalmente espiritual. No hay luz pura, no hay sabiduría verdadera, no hay sólida virtud sin una constante mortificacion de los sentidos. En levantándose el espíritu sobre esas nubes densas y tenebrosas se respira un aire puro, se goza un cielo sereno, se vive en una dulce calma; entonces se halla al amado que se busca, y que es toda nuestra felicidad; una vez encontrado, se procura con el mayor cuidado no volverle á perder. Llórase entonces la triste suerte de aquellos, que embriagados en los falsos gustos, que tarde ó temprano se les vuelven tan amargos, en aquellos bienes aparentes que dejan tan vacío el corazon, y que léjos de satisfacerle le irritan mas la sed, viven cada dia mas y mas hambrientos; entonces apenas se puede com-

prender cómo hay almas ilustradas con las luces de la fe que giman toda la vida sujetas á la triste tiranía de las pasiones. La mansion del Esposo es la celestial Jerusalem; en ella ha de entrar algun dia para gozar á vista suya la gloria preparada á los que le aman, y para embriagarse en aquel torrente de delicias que el Señor nos tiene prometidas. El alma pura y desprendida de los sentidos por el ejercicio de un vida tan espiritual, goza ya desde esta aquellas dulzuras inefables. Esta es la dichosa suerte de los que aman ardientemente á Jesucristo en este mundo. ¡Oh, y qué suavísimos consuelos hace gustar aun en esta vida este amor tierno, constante y generoso!

El Evangelio es del capítulo VII de san Lucas.

In illo tempore: Rogabat Jesum quidam de pharisaeis ut manducaret cum illo. Et ingressus domum pharisaei, discubuit. Et ecce mulier, quae erat in civitate peccatrix, ut cognovit quod accubisset in domum pharisaei, attulit alabastrum unguenti: et stans retro secus pedes ejus, lacrymis coepit rigare pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebat. Videns autem phariseus, qui vocaverat eum, ait intra se dicens: Hic si esset propheta, sciret utique, quae, et qualis est mulier quae tangit eum: quia peccatrix est. Et respondens Jesus, dixit ad illum: Simon, habeo tibi aliquid dicere. At ille ait: Magister, dic. Duo debitores erant cuidam foeneratori: unus debebat denarios quingentos, et alius quinquaginta. Non habentibus illis unde redderent, donavit utrisque. Quis ergo eum plus diligit? Respondens Simon, dixit: Aestimo quia is, cui plus donavit. At ille dixit ei: Recte judicasti. Et conversus ad mulierem, dixit Simoni: Vides hanc mulierem? Intravi in domum tuam, aquam pedibus meis non dedisti: haec autem lacrymis rigavit pedes meos, et capillis suis tersit. Osculum mihi non dedisti: haec autem ex quo intravit, non cessavit osculari pedes meos. Oleo caput meum non

En aquel tiempo: Rogaba á Jesús uno de los fariseos que fuese á comer con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se puso á la mesa. Cuando hé aquí que una mujer, que era pecadora en aquella ciudad, luego que oyó como estaba á la mesa en casa del fariseo, tomó un alabastro de ungüento, y estando junto á sus piés por la parte de atrás comenzó á regar sus piés con lágrimas, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y los ungía con ungüento. Viéndolo, pues, el fariseo que le habia llamado, dijo para sí: Si fuera este profeta, sabria ciertamente quién y cuál es la mujer que le toca, y como es pecadora. Y respondiendo Jesús, le dijo: Simon, tengo que decirte cierta cosa. Y él respondió: Maestro, díla. Un acreedor tenia dos deudores, el uno le debía quinientos dineros, y el otro cincuenta. No teniendo estos modo de pagarle, les perdonó á ambos la deuda. ¿Quién de ellos pues le ama mas? Respondió Simon: Juzgo que aquel á quien mas le perdonó. Y él dijo: Has juzgado rectamente. Y volviéndose á la mujer, dijo á Simon: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no diste agua á mis piés; y esta los ha regado con sus lágrimas, y los enjugó con sus cabellos. No me has dado el beso, y esta desde que entró no cesó de besarme los piés. No has ungido

unxisti: haec autem unguento unxit pedes meos. Propter quod dico tibi: Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum. Cui autem minus dimittitur, minus diligit. Dixit autem ad illam: Remittuntur tibi peccata. Et coeperunt qui simul accumbebant dicere intra se: Quis est hic, qui etiam peccata dimittit? Dixit autem ad mulierem: Fides tua te salvam fecit: vade in pace.

con aceite mi cabeza, y esta ungió mis piés con ungüento. Por lo cual te digo le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho. A aquel que ama menos, se le perdona menos. Y la dijo: Te son perdonados los pecados. Y los convidados comenzaron á decir para sí: ¿Quién es este que perdona tambien los pecados? Dijo, pues, á la mujer: Tu fe te hizo salva; vete en paz.

MEDITACION.

Modelo de la verdadera penitencia y del perfecto amor de Jesucristo en santa María Magdalena.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no hubo en el mundo modelo mas perfecto de la verdadera penitencia que el de la Magdalena; toda penitencia que no se parezca á él es falsa. Fue penitencia pronta, generosa, y fue eficaz. Puesta para vencer todas las dilaciones que son tan comunes en los pecadores; generosa para triunfar de todos los estorbos, y para atropellar por todos los respetos humanos que tanto los suelen acobardar; eficaz para sacrificar valerosamente á Dios todo lo que fue materia y ocasion del pecado. Tan presto como conoció, dice el Evangelista, esto es, en el mismo punto en que Dios la abrió los ojos, y la gracia movió el corazon, renunció la culpa. No se para, no se detiene, no delibera, no da oídos al espíritu del mundo, ni á la repugnancia natural, ni á otras muchas consideraciones que la desvian de su intento. No espera tiempo mas oportuno, ni ocasion mas favorable; no busca otro lugar donde haga menos ruido su conversion. Prudencia del siglo, cavilosos discursos, pretextos especiosos, ¡cuántas conversiones haceis abortar! En materia de conversion no hay dilacion que no sea especie de impenitencia. La menor duda en materia de fe es no creer; y la menor dilacion en punto de penitencia es verdaderamente no convertirse. Luego que la Magdalena conoció el lastimoso estado de su alma, *ut cognovit*, luego que entendió donde encontraria al Salvador, parte, corre, entra intrépidamente en la sala, arrojase á los piés de Jesucristo, riégalos con sus lágrimas sin dársele nada por los concurrentes. No es ya una penitencia tímida que se recata, que se disimula, que quiere atemperarse á todo, porque de todo se recela; es una penitencia intrépida, resuelta, generosa, que solo se aconseja con su deber y con su salvacion. No se logró jamás victoria

mas completa, triunfo mas cabal de los respetos humanos, del amor propio y del orgullo; con una sola accion sacrificó todo lo que podia lisonjear su ambicion, su reputacion y su delicadeza. No se avergonzó de parecer arrepentida, solamente se corrió de haber sido pecadora; hizo que sirviese á la justicia, á la penitencia y á la virtud todo lo que habia sido instrumento ó fomento del pecado. Magdalena á los piés del Salvador, dice san Agustin, es un ídolo del mundo, convertido en víctima, y sacrificado al verdadero Dios. Consagró á su servicio todo lo que habia contribuido á su perdicion. ¿Habíanla perdido sus ojos? pues de ellos saca lágrimas que han de concurrir á salvarla; ¿habian estos encendido en su corazon el amor del mundo? pues broten de ellos torrentes que apaguen este impuro fuego. Los perfumes, las joyas, los preciosos licores que fueron incentivos de la profanidad y de la sensualidad, ya son sacrificios de la penitencia. Este es el modelo de una verdadera conversion; pero ¿es este el modelo de la nuestra? Esos proyectos de conversion siempre dilatados; esos vanos temores, esas reservas, esa cobardía á vista del menor estorbo, esa adhesion á todo lo que es asunto y motivo de arrepentimiento, ¿todo esto es buena prueba de que estamos verdaderamente convertidos?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que el amor de Dios es inseparable de una verdadera conversion, y por los efectos de este amor se ha de hacer juicio seguro de la sinceridad y del mérito de la penitencia. Observa bien lo uno y lo otro en la conversion de la Magdalena. Buena prueba es su amor á Jesucristo. Pero ¡qué abrasado, qué generoso! Seguir al Salvador cuando obraba maravillas, era fácil; entonces era inmenso el número de sus discípulos; pero le prenden, cae, por decirlo así, en desgracia de los hombres; casi todos le abandonan; mas la fina Magdalena no sigue este cobarde ejemplo; amaba á Cristo, y no á sus milagros; por tanto le acompaña hasta el pié de la cruz en el monte Calvario. Adórale, y le ama en medio de sus oprobios: ámale aun después de muerto. ¡Con qué impaciencia espera que se pase el día del sábado para ir á rendirle los últimos honores! pero ¿acaso esta generosa amante no preveía las dificultades, ni tenia presentes los estorbos? De ningun modo; pónese en camino, y luego se la ofrece si podria mover la lápida que cubria el sepulcro. Bastaba este invencible impedimento para que una mujer moza y delicada se volviese atrás; un cuerpo de guardia, una piedra de enorme peso, el sello del príncipe, todas eran razones pode-

rosas para que no pasase adelante: mucho menos seria menester el dia de hoy para acobardar y para desalentar á muchas personas devotas. Todas eran dificultades insuperables, sí, para quien tiene una fe lánguida y poco segura, un amor de Dios tibio y desmayado; pero á quien le ama sin reserva, la confianza le infunde un maravilloso valor, y ella le sirve de todo. Tambien es cierto que ninguna cosa empeña mas al Salvador en hacer grandes prodigios que un amor generoso y una viva fe. Luego que Magdalena se resuelve á pasar adelante, huyen los soldados, y se abre el sepulcro. Así se allanan, Dios mio, las mayores dificultades quando se quiere con resolucion abrazar vuestro servicio; así desaparecen todos los estorbos quando el alma se resuelve de veras á vencerlos, y Vos veis un corazon determinado y ardiente; pero ¿quién obligaba á la Magdalena á una vida tan penitente después de la Ascension del Señor? ¿no estaba muy segura de que se la habian perdonado todos sus pecados? pues ¿á qué fin macerar su cuerpo con tan rigurosa penitencia? Es que amaba á su Dios con abrasado amor; es que tenia continuamente delante de los ojos á Jesús crucificado, y queria cumplir en su carne, como se explica el Apóstol, el resto de la pasion de su divino Maestro; es que sabia que la cruz era en esta vida la herencia de los verdaderos cristianos.

Pero ¿reconocemos nosotros en este retrato nuestro amor á Jesucristo? ¿hallamos en este modelo el de nuestra conversion y nuestra penitencia? No sabiendo si nos ha perdonado Dios ni una sola de nuestras culpas, ¿qué hacemos para satisfacer por ellas? ¿cuáles son nuestras mortificaciones? ¿cuál nuestra penitencia? Estériles deseos, frívolos proyectos de conversion, que solo sirven para amodorrar el alma en su infeliz estado. Vivese en una eterna irresolucion é indeterminacion, como si se pudiese tomar otro partido. Pero nuestro poco amor de Dios en esta vida ¿no será triste presagio de la eterna infelicidad que nos espera en la otra?

No permitais, Señor, que me suceda esta desdicha; motivo me da para temerla mi pasada cobardía; pero me anima á esperarlo todo de vuestra inmensa bondad la confianza que tengo de vuestra misericordia infinita, y el ejemplo de santa Maria Magdalena.

JACULATORIAS. — ¡Ó amado mio de mi alma, quién me diera hablarte para no apartarme de tí en todos los dias de mi vida! (*Cant.* viii).

Hallé al amado de mi corazon; estrechéle entre mis brazos, y jamás haré por donde se aparte de mí. (*Cant.* iii).

PROPÓSITOS.

1 El primer carácter de la verdadera penitencia es la prontitud en corresponder al movimiento de la gracia cuando se trata de conversion ; la dilacion y la deliberacion en esta materia da motivo para temer que jamás llegue el caso de convertirse. Confesar que es preciso hacerlo , y dilatarlo para otro tiempo es , una de dos , ó no dársele á uno nada por morir sin convertirse , y esta es impiedad , ó prometerse que tendrá tiempo para hacerlo , y esta es presuncion. Huye de la una y de la otra. Pocos hay que no tengan necesidad de vencer alguna pasion , de reformar sus costumbres , de romper algun mal hábito , de corregir algun vicio , de hacer alguna restitucion , y de calmar los justos remordimientos de la conciencia con una buena confesion ; en una palabra , pocos que no tengan necesidad de convertirse. No dilates un momento tu penitencia. ¡Qué dolor seria el tuyo si estos saludables consejos que estás leyendo fueran los últimos avisos que te daba Dios! Él es el que te da este pensamiento , y te hace esta advertencia ; no los desprecies ; cargado estás de maldades y de deudas á su divina justicia ; bien sabes dónde has de encontrar al Salvador ; no dilates para mañana el ir á buscarle , y arrojarte á sus piés.

2 Preciso es, dice san Pablo , que lo que fue materia del pecado lo sea de penitencia ; aquello mismo que diste al mundo cuando eras esclavo suyo , se lo has de dar ahora á Dios ; las mismas cosas que sirvieron á la vanidad y al deleite han de servir en adelante á la virtud y á la religion ; sin esto la conversion es dudosa , es caduca , es aparente. ¡Cuántas galas costosas ! ¡cuántos muebles superfluos ! ¡cuántos gastos inútiles ! Haz pedazos esos vasos de alabastro , derrama esos bálsamos preciosos á los piés de Jesucristo ; es decir , redime con limosna tus pecados. ¡Qué consuelo será el tuyo á la hora de la muerte si hubieses vendido esas joyas , ese aparato de la vanidad y de la profanidad para adorno de los altares , y para sustento de los pobres ! ¿Consolará mucho á un moribundo dejar á sus hijos con que eternizar la profanidad en la familia ? Sacrifica al Señor antes de la muerte todo lo que ha servido de fomento al orgullo.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SAN APOLINAR, obispo; el cual fue consagrado en Roma por el apóstol san Pedro, y enviado á Ravena padeció por la fe de Jesucristo muchos y grandes trabajos: después pasó á predicar el Evangelio á la Emilia (*ó Romañola*), y convirtió allí muchos idólatras, y finalmente vuelto á Ravena, acabó con glorioso martirio en tiempo del emperador Vespasiano. (*Véase su historia en las de hoy*).

SAN LIBORIO, obispo y confesor, en Maus en Francia. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN RASIFO, mártir, en Roma.

SANTA PRIMITIVA, virgen y mártir, tambien en Roma.

LOS SANTOS MÁRTIRES APOLONIO Y EUGENIO, igualmente en Roma.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES TRÓFIMO Y TEÓFILO, en el mismo día; los cuales en tiempo del emperador Diocleciano fueron apedreados, echados al fuego, y por último degollados alcanzaron la corona del martirio.

MUCHOS SANTOS MÁRTIRES, en la Bulgaria, que por mandato del malvado emperador Nicéforo, destruidor de las iglesias de Dios, murieron de diversas maneras, degollados, ahorcados, asateados, con cárcel perpetua y de hambre.

LAS SANTAS VIRGENES RÓMULA, REDEMPTA Y ERUNDINA, en Roma, de las cuales escribe el papa san Gregorio (*en el libro IV de los Diálogos diciendo, que santa Rómula fundó en el siglo VI en la misma ciudad de Roma una especie de monasterio, en el cual la acompañaron las otras dos santas Redempta y Erundina, siendo las tres modelo de castidad, de paciencia y mortificación*).

SANTA BRÍGIDA, viuda, tambien en Roma, cuyo sagrado cuerpo fue trasladado á Suecia el día 7 de octubre, y su festividad se celebra el día 8 del mismo mes. (*Véase su vida en dicho día*).

SAN APOLINAR, Ó APOLINARIO, OBISPO Y MÁRTIR.

Es reconocido san Apolinar por apóstol, y por el primer obispo de Ravena; por lo menos no se conoce otro mas antiguo que él. Fue discípulo del Salvador, y después de su gloriosa Ascension acompañó á san Pedro á Antioquía, donde trabajó debajo de su direccion con tanto celo y con tanta felicidad en la propagacion de la fe, que cuando el Apóstol dejó la cátedra de Antioquía para establecerla en Roma, le llevó consigo á Italia, conociendo su virtud y su celo por la Religion. Luego que llegaron á ella, bien informado Pedro de lo que disponia la divina Providencia de su amado compañero, le consagró obispo, y le envió á Ravena.

Recibió su mision con extraordinario gozo por el ardiente deseo que tenia de derramar su sangre por amor de Jesucristo; y con la esperanza de encontrar presto la corona del martirio en un pueblo

furiolosamente adherido al culto de los dioses y á todas las supersticiones del paganismo, partió inmediatamente á su destino. Estaba ya á las puertas de la ciudad, cuando un muchacho, ciego desde su nacimiento, asiéndole á tientas de la ropa, le pidió una limosna. Compadecido el Santo del trabajo de aquel niño, se la dió muy ventajosa, porque haciéndole sobre los ojos la señal de la cruz, le dió al punto la vista. Al ver esta maravilla le rodeó al punto una multitud de gente; y aprovechándose el Santo de la buena disposicion en que estaban los ánimos á presencia del milagro, les habló poco mas ó menos en los mismos términos en que san Pedro habia hablado á los judíos, después de haber curado milagrosamente al cojo que pedia limosna á la puerta del templo.

Amigos, les dijo, ¿por qué os admirais de lo que acabo de hacer con este niño, ni á qué fin me considerais á mi como si lo hubiera hecho por mi autoridad ni por mi virtud? Si di la vista á este ciego, fue en el nombre del verdadero Dios que os vengo á anunciar; y no hay que esperar salvacion ni vida eterna sino abrazando su Religion. Tardó poco en recoger los primeros frutos de su apostolado; el niño, su padre, que era soldado, y se llamaba Ireneo, con toda su familia se convirtieron luego á Jesucristo, y extendida por toda la ciudad la fama del milagro, todos se daban prisa por ver y conocer al hombre prodigioso que le habia obrado.

Llegando la noticia á un oficial que mandaba un cuerpo de tropas con el grado y título de tribuno militar, suplicó al Santo que pasase á su casa á visitar á su mujer, que se estaba muriendo después de muchos años de una penosa enfermedad. Entró Apolinar en el cuarto de la enferma, y hallándola á punto de espirar, hizo oracion á Dios, y después la señal de la cruz sobre la enferma en presencia de su marido y de toda la familia, mandándola que se levantase en nombre de Jesucristo. Al punto recobró todas sus fuerzas la postrada moribunda, y gritando ella misma la primera, *milagro, milagro*, se incorpora, se levanta, se arroja á los piés del Santo con su marido y con toda su familia, confiesan todos que no hay otro verdadero Dios sino el Dios de los Cristianos, y todos piden el Bautismo.

A tan dichosos principios se siguió una abundante y copiosa mies. El tribuno recién convertido dió al Santo una de las casas que tenia en Ravena, la cual fue como la cuna de aquella tierna y recién nacida iglesia. Creció tanto en poco tiempo el número de los fieles, que Apolinar se vió precisado á formar una como especie de clero, escogiendo algunos discípulos para que le ayudasen en las sagradas fun-

ciones de su ministerio. Celebrábanse los divinos misterios con respeto y con veneracion; cantábanse las alabanzas del Señor con devocion y con piedad, y el celoso Pastor distribuia al pueblo el pan de la palabra de Dios. Aunque estos ejercicios de religion se hacian de noche y en secreto, como se acostumbraba en aquellos tiempos de persecuciones, no pudieron hacerse tanto, que los paganos no lo llegasen á entender. Sobre todo, los sacerdotes de los ídolos, viendo disminuidos sus emolumentos y el culto de los dioses desde que Apolinar estaba en la ciudad, enconaron los ánimos contra él, y le acusaron ante Saturnino, gobernador de Ravena, como á cabeza muy principal de los Cristianos. Llamóle el Gobernador, y al principio le trató con mucha urbanidad, teniendo presente que era respetado por hombre milagroso; pero le dió quejas de la grave injuria que hacia al gran Júpiter, habiendo ya doce años que no cesaba de dogmatizar en la ciudad. Respondió el Santo con mucho respeto, que no conocia á tal Júpiter, ni mucho menos podia discurrir se hiciese agravio al público en intentar sacarle de la impiedad y de las tinieblas de la idolatría. *Pues si no le conoces*, replicó el Gobernador, *yo te le daré á conocer; vamos juntos al templo*. Quedó atónito el Santo cuando vió la multitud de vasos de oro y de preciosos ornamentos, que no tanto adornaban, quanto oprimian el sacrilego altar del ídolo; y enternecido hasta derramar muchas lágrimas á vista de las inmensas riquezas que se sacrificaban al demonio: *¿Es posible*, exclamó, *que hombres de razon se despojen, se consuman y se empobrezcan por enriquecer un ídolo vano, que no vale lo que tiene áuestas? ¿Qué poder tiene vuestro Júpiter? ¿quién ha hecho dios á un hombre, que segun vuestras mismas fábulas fue el mas facineroso de todos los mortales?* No fue menester mas para que todo el pueblo se alborotase y se armase contra él. El Gobernador abandonóle á su discrecion; moliéronle á palos y á pedradas, y considerándole ya muerto, le sacaron arrastrando fuera de la ciudad. Acudieron los Cristianos, y habiéndole hallado junto á la orilla del mar todavía con vida, le ocultaron en una casa, que luego se convirtió en una iglesia.

Recobrado de los golpes, y enteramente curado de las heridas, habia seis meses que trabajaba sin cesar en la viña del Señor con mas fruto que nunca, quando cierto caballero, llamado Bonifacio, que muchos años antes habia quedado mudo de un accidente, sin haber podido recobrar el uso de la lengua por mas remedios que le aplicaron, noticioso de que vivia aun el Santo, le envió á su mujer para que le suplicase viniese á verle á su casa. Pasó á ella el Santo, y lue-

go que entró, invocando el nombre de Jesucristo, libró á una criada que estaba poseida del demonio. A este primer milagro se siguió el segundo. Apenas se echó Bonifacio á los piés de Apolinar, cuando recobró el uso de la lengua; y á vista de los dos prodigios, toda la familia se convirtió á la fe de Jesucristo, siguiéndose á esta pronta conversion la de mas de quinientas personas.

Tantos hechos milagrosos de necesidad habian de sobresaltar de nuevo á los gentiles. Revivió su odio contra el santo Obispo, y echando mano de él después de muchos malos tratamientos, segunda vez le arrojaron de la ciudad. Retiróse á una caverna, donde no cesaba de fortalecer y de instruir á los Cristianos que le iban á buscar. Hizo allí muchas conversiones, y cuando ya tenia á los neófitos bien catequizados, los llevaba á la orilla del mar, y les administraba el santo Bautismo. Como no veia apariencia de que pudiese volver á entrar en su iglesia tan apriesa, y por otra parte su fervoroso celo se hallaba como encarcelado, pasó á la provincia de Emilia, y corrió otros muchos países anunciando el Evangelio con increíble fruto.

Pero el rebaño no podia llevar en paciencia tan larga ausencia de su amado Pastor; obligáronle los Cristianos de Ravena á que se volviese á su iglesia, donde fue recibido con tantas demostraciones de gozo, que muy en breve le hicieron olvidar todas las fatigas pasadas. Tuvo noticia de su llegada un patricio antiguo, llamado Rufo, y al punto le envió un recado, suplicándole viniese á ver una hija suya que estaba gravemente enferma. Apenas entró el Santo en la casa cuando la enferma espiró. Era idólatra Rufo; y juzgando ser efecto aquella desgracia de la cólera de sus dioses, se enfureció contra Apolinar; pero el Santo, sin alterarse, le respondió: *¿Me dais palabra, señor, que si Jesucristo os restituye á vuestra hija, no la estorbaréis que reconozca y siga á su Salvador?* — *Yo te juro*, respondió el afligido padre, *que si tu Dios resucita á mi hija, ella, yo y toda mi casa no reconoceremos otro Dios que él.* Hizo oracion Apolinar, acercóse á la difunta, y levantando la voz, dijo: *Hija mia, levántate en nombre de Jesucristo, y da gracias á tu bienhechor.* En el mismo instante se levantó la doncella diciendo á gritos: *El Dios de Apolinar es el único Dios verdadero.* Resonaban por toda la casa las voces de alegría, y recibieron el Bautismo mas de trescientas personas. Rufo fue después un cristiano muy fervoroso, y su hija ejemplo de las doncellas cristianas.

Necesariamente habian de meter mucho ruido tantas y tan portentosas maravillas. Llegaron á noticia del Emperador. Pintáronle á

Apolinar como á un formidable hechicero , que por virtud de sus encantamientos resucitaba muertos, y era el mas temible enemigo de los dioses del imperio. Dió comision á uno de sus oficiales, llamado Mesalino, para que recibiese informacion de los hechos de Apolinar, y si rehusase sacrificar á los dioses, sin dilacion le echase de Ravena, enviándole á algun destierro. Ejecutóse la órden con mayor rigor de lo que ella expresaba. Irritóse el brutal juez á vista de la constancia y de la elocuencia con que el santo Obispo defendió la causa de Jesucristo. Mandóle primero aplicar á una cruel tortura, hizo después que despedazasen á azotes su santo cuerpo, y ordenó que escaldasen las heridas con agua hirviendo. Reparando el tirano que en medio de aquellos suplicios no cesaba Apolinar de cantar alabanzas á Dios, mandó que con piedras le moliesen las mandíbulas; y habiéndole tenido encerrado por algun tiempo en un lóbrego y hediondo calabozo, con el fin de que se muriese de hambre, viendo que no lo podia conseguir, le envió desterrado á Grecia.

Luego que el navío se hizo á la vela, y salió del puerto, padeció naufragio, pereciendo todo el equipaje, sin salvarse mas que el Santo, tres eclesiásticos que le seguian, y otros tres soldados que se habian hecho cristianos. No estuvo ocioso el santo Obispo en su destierro; corrió muchas provincias, haciendo en todas partes nuevas conquistas á Jesucristo, y padeciendo en todas una especie de martirio. Hallándose en una ciudad donde era adorado el ídolo de Sérapis, enmudecieron los demonios. Admiróse el pueblo, y entendió que la presencia de Apolinar, discípulo de Jesucristo, tenia mudos á todos los oráculos. Buscaron al hombre milagroso, y después de muy maltratado, le metieron en una embarcacion que se hacia á la vela para Italia. Tercera vez le condujo á su iglesia la divina Providencia, y en ella celebró los divinos misterios con indecible gozo de los Cristianos; pero no duró mucho la calma: sorprendióle en cierta ocasion una tropa de paganos, al mismo tiempo que estaba en el altar celebrando el santo sacrificio; y después de haberle molido á golpes, le llevaron arrastrando por las calles hasta la casa de un oficial principal llamado Tauro. Celebró mucho este ver en su casa al hombre de quien se contaban tantas maravillas: llamó á ella á sus principales amigos, queriendo probar en presencia de todos la virtud de hacer milagros que le atribuian.

Tenia Tauro un hijo muy pequeño que habia nacido ciego, y dijo á Apolinar: *Si das vista á este niño, creeré en el Dios de los Cristianos, y te prometo que hará lo mismo toda mi familia.* No deliberó

un punto el Santo; mandó que le acercasen el niño, hizo sobre él la señal de la cruz, y le dijo: *Hijo mio, en nombre de Jesucristo abre los ojos y ve.* Inmediatamente los abrió el niño, quedando como atónito y suspenso por algun tiempo con la admiracion de los objetos que nunca habia visto, y después exclamó lleno de gozo: *¡Oh, y cuántas cosas veo!* Este pronto y estupendo prodigio ganó muchas almas para Jesucristo; pero no fue bastante para convertir á los sacerdotes de los ídolos. Queriendo Tauro librar á Apolinar de sus manos, le envió á una de sus casas de campo, distante algunas millas de la ciudad. Cuatro años estuvo el Santo en ella haciendo muchas conversiones, con grandes servicios á los Cristianos, y ejercitando con toda libertad las funciones de su ministerio; pero habiendo sido tambien entonces descubierto, los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver desiertos sus templos, hicieron tantas instancias al Emperador, que al fin obtuvieron un decreto para que así el santo Obispo como todos los Cristianos fuesen desterrados del territorio de Ravena. Sin duda que el Emperador le trataba con tanta blandura en atencion á los prodigios que obraba continuamente. Fue en fin arrestado Apolinar; y cuando ya le llevaban al puerto, los Cristianos que podian mas, se le arrancaron por fuerza á los gentiles; pero cogido otra vez por estos al mismo tiempo que iba á entrar en la ciudad, le dieron tantos golpes, que le dejaron por muerto. Halláronle aun los Cristianos con vida, y le retiraron á una casa inmediata, donde exhortando continuamente á los fieles á ser constantes en la fe á pesar de las persecuciones, espiró siete dias después entre las manos de sus queridos hijos, que quedaron inconsolables con la pérdida de tan amoroso padre. Sucedió su preciosa muerte el dia 23 de julio del año de 81 en el imperio de Vespasiano. Sacrificóse este gran Santo, dice san Pedro Damiano, como una hostia viva al Señor, en el prolongado martirio de veinte y nueve años que duró su pontificado, siendo célebre en la Iglesia por su celo, por su santidad, por sus trabajos y por sus milagros. Por una inscripcion muy antigua, que aun se lee hoy en la iglesia de Clase, á cinco cuartos de legua de Ravena, se sabe que el santo cuerpo estuvo en aquel sitio dentro de un sepulcro de mármol blanco, el cual se conserva todavía; y en la misma se dice que se conservó allí hasta el octavo año del consulado de Basilio, que fue el de 544; en que Maximiano, obispo de Ravena, le hizo trasladar en el dia 9 de junio á otro lugar mas retirado de la misma iglesia, que es una gruta debajo del altar mayor, donde hoy dia se ve el sepulcro de mármol de nuestro Santo. Siempre le han profesado los pue-

blos grande devocion, la que cada dia va en aumento por los grandes beneficios que consigue su intercesion á todos los que le invocan.

LOS SANTOS HERMANOS BERNARDO, MARÍA Y GRACIA, MÁRTIRES
EN EL REINO DE VALENCIA.

Los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, fueron naturales del reino de Valencia, de un lugar llamado Pintarrafes, antiguamente puesto entre Benimodol y Carlet, y ahora derribado y des poblado. Su padre Almanzor era señor de dichos pueblos, y moro de profesion. Tuvo dos hijos y dos hijas; las hijas se llamaban Zaida y Zoraida, y los hijos Almanzor el mayor, y el menor Amete. Enviólos á la corte del rey moro de Valencia á aprender cortesanía y el arte de la guerra. Este Rey, dice el maestro Gilbau, que era Zaen, deudo del otro Zaen que rindió la ciudad al rey D. Jaime. Mas esto no se compadece con la verdad, porque en Valencia nunca reinó otro Zaen que el del tiempo de la conquista. Tampoco puede ser lo que escriben Beuter y Viciano, que sucedió el caso en el año 1130; porque, como luego diremos, fue muy cerca del monasterio de Poblet, y sabemos por la historia de Carbonell, que se comenzó á edificar mucho después en el de 1153 por el conde Ramon Berenguer, que casó con la reina doña Petronila de Aragon; y lo acabó su hijo el rey D. Alonso, que entró á reinar en el año 1162, y murió el año 1196. De forma que no podemos poner la historia de san Bernardo si no es desde el año 1153 hasta el de 1196, y cuadra con esto, que el mismo maestro Gilbau pone su martirio en el año 1180.

Sea de esto lo que fuere, los dos hermanos se criaron en la corte del Rey de Valencia; y aunque ambos eran muy favorecidos, parece haberlo sido mas Amete, por la confianza que de su fidelidad y talento hacia el Rey; pues pasaban por sus manos todas las rentas reales, y acudia á todos los gastos de paz y guerra. Vivía Amete con la ceguedad de la secta mahometana que tenia de sus padres. Envióle el Rey por embajador á Cataluña, á tratar de rescate con los señores cristianos de ella, de algunos moros que en los reencuentros pasados se cautivaron, ó tal vez con algun tributo que pagase al conde de Barcelona. Llegado á Lérida, celoso de su perversa secta, reprendió ásperamente á algunos moros que se habian quedado avendados entre los Cristianos. De allí pasó á Tarragona; ordenó Dios, que en medio del camino él y un criado que le seguia se perdiesen por unos bosques, y les faltase la luz del dia, para que les amane-

ciese el sol de justicia Cristo. Detúvose allí; rindióle el sueño; á poco rato despertó pareciéndole haber oído una suavé música.

No fue esto sueño, sino realidad. Salia este canto de un monasterio de la Orden del Cister, que allí cerca acababa de labrar el rey D. Alonso de Aragon, abuelo del rey D. Jaime el Conquistador, llamado Nuestra Señora de Poblet, cuyos monjes cantaban á la media noche solemnes maitines. Como Amete no entendia aquel lenguaje, estúvose un rato embelesado escuchando; y despertando á su criado, cuando vino el dia se fueron hácia donde habian oído cantar, y por el rastro de un camino hollado que luego encontraron, llegaron á las puertas del monasterio. Espantáronse los monjes de ver tan á deshora aquellos dos moros; mas aseguráronse con la buena gracia de Amete, que con curiosidad les preguntó, ¿qué casa era aquella, que gente, y qué manera de vivir? Respondiéronle que era uno de los templos del Dios verdadero; que el ejercicio en que allí se ocupaban era hacerle gracias á todas horas por el beneficio de la creacion y redencion, y de haberles dado conocimiento de su santa ley; y en ella el estado de mayor perfeccion, cual lo es el de religiosos. Iba ya Dios moviendo el corazon de Amete; comenzó á saborear la relacion, y á pedir le informasen de propósito: los religiosos echando de ver el gusto con que él les oia, le hospedaron algunos dias; pero despedido primero el criado, porque recelaban siempre de algun trato doble. Fuése el criado á Lérida, con órden que aguardase á su señor en casa de una mora su tia; y entre tanto alumbrado de veras su entendimiento pidió al abad con instancia el santo Bautismo. Desde entonces se llamó Bernardo.

Comenzó á echar hermosos renuevos de virtudes; pidió luego al abad le admitiese en la religion, aunque fuese para servicio. Pagados los monjes de tan buenas muestras como daba de sí este mozo, le vistieron el hábito. Era admirable su compostura, engordaba con la abstinencia, ayunaba toda la semana, y á pan y agua la mitad de ella. Era infatigable en la oracion, y una fuente perenne en las lágrimas; hablando con los religiosos decia: Confianza tengo en Nuestro Señor Jesucristo que moriré mártir.

Suplicó al abad que le encargase el cuidado de los pobres y peregrinos; y visto su cristiano pecho, le nombraron portero y limosnero. Después de cantados los maitines, cuando los otros se iban á recoger á sus celdas, se quedaba en el coro en profunda oracion, acompañándola muchas veces con rigurosa disciplina, que se daba por la conversion de los infieles, por la cual hacia grandes y tiernas

declamaciones á Cristo; y con ellas pasaba la noche hasta hora de prima. Después de haber asistido con los demás, bajaba á la portería á remediar á sus pobres. Llegó á los oídos de toda la provincia la santidad y caridad de Bernardo, y acudian en procesion los pobres al doble de lo que antes solian. En sus manos multiplicaba Dios el pan: á no ser de esta manera, quedara corta la renta de cuatro monasterios como el de Poblet, para las extraordinarias limosnas á que se alargaba Bernardo.

Hiciéronle procurador de la casa: holgóse de esto por poder serlo mejor de los pobres; salia á los pueblos de la contribucion, acudia á remediar las mayores necesidades, visitaba los enfermos, sanábalos con la señal de la cruz. A la fama de sus maravillosas obras salian á recibirle en los pueblos á donde llegaba, y le ofrecian sus enfermos para que los tocase, mayormente los niños, por haberle Dios comunicado particular virtud sobre los quebrados y desvenecijados; y como Dios oia las oraciones de su siervo, al momento se arrodillaba, y derramando humildes lágrimas, decia: Señor, no por mis merecimientos haceis Vos tantas misericordias con vuestro pueblo, sino por quien Vos sois acudís á mis necesidades, y á las de aquellos por quien os ruego.

Después de haber vencido con la ayuda de Dios algunas envidias de sus hermanos, llamado por Dios á la corona del martirio, pidió licencia al abad para llegarse á visitar los moros sus deudos, y ocuparse en su conversion. Rehusólo el abad cuanto pudo; mas vencido de sus ruegos y lágrimas, condescendió con él. En la ciudad de Lérida buscó una tia suya, mora principal y hacendada. Halló en ella gran resistencia para convertirse, y aun mil cavilaciones para pervertirle á él; pero pertrechado de la Gracia, la rindió á nuestra fe, y recibió de su mano el sagrado Bautismo. La cual llegó en breve á tanta perfeccion, que reservando para sí y dos criadas su preciso sustento, repartió sus bienes á los pobres. Con esta victoria gozoso se fué á la casa de sus padres: halló muerto el padre, y heredado el primogénito Almanzor, y en su compañía las dos hermanas Zaida y Zoraida.

Recibiéronlo con mucha alegría, porque se persuadieron que venia á renegar de la fe, y volverse á su secta; y luego comenzaron á tratar de la Religion. Pero venidos á apretarse con argumentos los unos á los otros, no pudo jamás Bernardo ser derribado de su buen propósito: las dos hermanas alumbradas del cielo recibieron el Bautismo, llamándose Gracia y María. Bramaba de coraje Almanzor de

ver á su hermano escarnecer su secta: díjole Bernardo como su venida habia sido para alumbrar á sus deudos; y pues no querian admitir la luz de la verdadera Religion, que él estaba resuelto de dar la vuelta á su monasterio. Almanzor embravecido le respondió que se fuese, y que no le quitaba la vida por ser hermano.

Persuadió Bernardo á las hermanas que se fuesen con él por huir el peligro de apostatar si quedaban entre moros. Llegaron á un pueblo comarcano llamado Guadazuar, y no teniéndose por seguros de la ira de Almanzor cuando los hallase menos, caminaron hasta Alcira, y entre unos jarales estuvieron ocultos dos dias, hasta que al tercero, pareciéndole á Fr. Bernardo que ya tenia bien desmentidos los adalides y espías que habrian salido en su busca, dejó allí á sus hermanas, y se determinó de llegarse á unas caserías cercanas á buscar de comer. Apenas atravesó el camino real, cuando fue descubierto. Venia con soldados el mismo Almanzor, y arremetieron contra él para alancearlo, á no detenerlo el cuidado de las hermanas. Templó el rigor, y le dijo que si se las entregaba y volvía á su secta, hallaría perdon.

Respondió Bernardo: Yo quisiera que hubieras cogido tú tambien como ellas el fruto de mi venida; mas pues no quieres que seamos hermanos en la fe, ten entendido que los tres estamos prontos á morir por ella. Almanzor oido esto, le hizo maniatar, y que guiase á donde quedaban las hermanas. Saliéronle ellas al camino con lágrimas y sollozos viéndole tan malparado. Consolólas el Santo con graves y piadosas razones; y confortadas con el breve razonamiento que les pudo hacer, ofrecieron como él las gargantas al cuchillo por la ley de Jesucristo.

Los criados de Almanzor arrebataron á Bernardo, y lo amarraron á un árbol de aquel bosque para quitarle la vida; y llegando á él un barquero, que por su oficio traía consigo un mazo y un clavo, mandado por el tirano se lo metió por la victoriosa cabeza; que con la lengua lo poco que le concedió de vida aquel tormento, invocaba el dulcísimo nombre de Jesús, y convidaba á los circunstantes con la poca sangre que le quedaba. Rindió el espíritu á su Dios el invencible Mártir; y libre ya de la vida, volvióse el tirano á las santas doncellas, con halagos y largos ofrecimientos unas veces, y otras con amenazas; y al cabo de haber dado muestras esclarecidas de su constancia en la fe, concluyó el tirano con mandar á sus criados las despedazasen á cuchilladas. Embistieron los lobos carniceros á las mansas ovejas, que con notable brio se animaban la una á la otra para

morir en la demanda, y juntando con la azucena de la virginidad las rosas del martirio, fenecieron juntas vírgenes y mártires en un mismo día y lugar con su hermano Bernardo. Dejaron allí los tres cuerpos para pasto de cuervos; mas Dios, que tiene el cuidado de los suyos, proveyó de quien les diese allí mismo sepultura. Con el largo cautiverio de los moros se llegó á perder la memoria de su paradero, hasta que andando el rey D. Jaime en la conquista de aquel reino, fueron descubiertos milagrosamente; y el Rey los mandó colocar en una ermita que luego se incorporó con el monasterio de la Orden de la santísima Trinidad donde hoy se veneran. Con las alteraciones que luego ocurrieron en aquella tierra, temiendo que las santas reliquias fuesen hurtadas, las escondieron otra vez, siendo muy pocos los que sabian el lugar de este depósito. Fué pasando de unos en otros este secreto hasta que habiendo entrado los religiosos á hacer monasterio de la ermita, lo reveló el ermitaño al provincial de la Orden, y de este fué propagándose esta noticia á sus sucesores. El año 1599 por el mes de mayo fueron desenterradas las santas reliquias, y en enero de 1610 trasladadas solemnemente á la iglesia del monasterio, donde ahora permanecen. Hallóse á esta traslacion el venerable siervo de Dios D. Juan de Ribera, arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía.

SAN LIBORIO, OBISBO.

Nació san Liborio, segun se deduce de lo que del Santo escribieron los obispos que le sucedieron en el obispado, en la ciudad Cenomanense de Francia, no léjos de la de Turon en donde san Martin fue obispo y contemporáneo suyo. Su linaje fue ilustre, y su nacimiento por los años de 300, esto es, por los principios de aquel siglo, aunque no se sabe fijamente el año ni día; y segun el cómputo del tiempo, fue en el del emperador Teodosio, y alcanzando el de sus dos hijos Arcadio y Honorio, los cuales reinaban á la sazón que murió gobernando su obispado, como diremos después.

De su infancia y juventud hablan los autores de su vida con tan encarecidas palabras, que no parece pudieran decir mas de cualquiera de los mayores Santos de la Iglesia; porque, lo primero, afirman que no se vió en sus costumbres accion pueril ni cosa que no fuese digna de hombre de razon: fue humilde como la tierra, y obediente y rendido á la voluntad de sus padres y maestro, sin tener otro querer ó no querer mas que el suyo: nunca resistió á cosa que le mandaron, ni tuvo riñas ó discordias con sus iguales: mostrábase afa-

ble á todos, y en aquella edad sufrido y piadoso con los pobres y necesitados, quitándose el pan de la boca para dárselos. Fue siempre pacífico y manso, y tan quieto y temeroso de Dios, que se puede afirmar sin riesgo de encarecimiento que se verificó en él lo que afirma Isaías del varon justo y escogido de Dios, que se derramó en su alma la gracia del Espíritu Santo con la abundancia de sus dones, previniéndole con ellos desde luego para prelado y pastor de sus ovejas, y para maestro de su Iglesia.

Uno de los dones divinos que resplandecieron en este grande Santo desde su infancia, fue el de entendimiento y sabiduría mas que humana; porque ostentó desde luego un vivo y despierto ingenio para las letras, escogida habilidad para el estudio, la cual junta con su mucha virtud y aplicacion, en poco tiempo le hizo campear entre todos sus condiscípulos. Tuvo grande presteza en aprender, mucha energía en argüir, igual destreza en responder, claridad y prontitud en declararse y enseñar lo que sabia; y el Espíritu divino parece que le asistia en cuanto obraba y hablaba, porque de todos era aplaudido y alabado sin envidia, que no es pequeño don en los estudios, en donde al paso que alguno se adelanta y sobresale entre los otros, es mas envidiado que alabado de los condiscípulos; pero la virtud y modestia de nuestro Santo fue tan grande, que refrenó á los discolos, y prendó las voluntades de todos los buenos; de manera que le amaron y estimaron, reconociendo en sus acciones el don divino comunicado del Espíritu Santo, que le habia escogido para vaso de eleccion y sabiduria en su Iglesia, y como tal le miraban y veneraban todos con igual estima, respeto y amor; y viéndole tan aprovechado en las letras, mereció pasar de discípulo á maestro, y enseñar lo que habia aprendido, con la eminencia y acierto que Dios le dió, á sus discípulos, á los cuales leyó cátedra no menos de virtudes que de letras, enseñándoles con la filosofía humana la divina del temor santo de Dios, la piedad para con los prójimos, el estudio de aprovechar en la perfeccion, el celo de la gloria divina y de la salvacion de las almas; en primer lugar de las propias, que son los prójimos mas próximos, por quienes debemos mirar con mayor cuidado, porque seria grande yerro olvidarse de sí mismo por cuidar de la salud ajena. Estas y otras muchas virtudes enseñaba el siervo del Altísimo mas con el ejemplo de su vida que con el estruendo de las palabras, que es el mas eficaz, el mejor y mas útil modo de enseñar, ostentándose en su juventud anciano, y en la flor de sus años árbol fructífero no solo de flores sino de sazonzados frutos de virtudes.

Llegando el siervo de Dios á la edad competente de tomar estado, lo primero que hizo fue cerrar los ojos á la carne y sangre; y después de mucha oracion y consulta con Dios, y con las personas espirituales y doctas que le podian dar consejo, y atendiendo á la mayor gloria divina, se resolvió dar de mano á todas las pompas del mundo y á cuanto estima y adora, y dedicarse todo á Dios, y á su culto y servicio, cerrando los oídos á los halagos del mundo y á las delicias y gustos que le ofrecia así por su riqueza como por su nobleza, y por la alta estimacion en que se hallaba, no solo de sus parientes sino de toda su ciudad; y pisándolo todo con varonil resolucion, se sacrificó á Dios con voto de perpetua castidad para servirle en su Iglesia todos los dias de su vida; y después de larga y fervorosa preparacion en oracion retirada, penitencias, mortificaciones y ayunos, recibió los sagrados Órdenes de subdiácono, diácono y sacerdocio, con igual gozo de su alma y júbilo de toda la ciudad, mirándole como á Ángel del cielo que se ponía en el altar; porque su modestia y humildad y el ejemplo de su vida mas era de Ángel de la gloria que de hombre mortal.

Aquí faltan palabras, y sobran obras para decir las que el Santo hizo en el nuevo estado de sacerdote, y las veras y el fervor con que se entregó todo al culto divino, al servicio del altar, al bien de los prójimos y á todas las acciones de perfeccion. Si hasta aquí había sido ángel, después se ostentó querubin y serafin; querubin en la ciencia, y serafin en el amor, así para con Dios como para con sus prójimos.

Después que se consagró á Dios, y mudó de hábito y vida, alistándose en el del estado clerical, que es la parte escogida del Señor, todo él sin reservarse cosa para sí, su alma y su cuerpo, su entendimiento, memoria y voluntad, sus estudios y fuerzas, y todas sus acciones, dedicó y entregó de todo su corazon al servicio de su Dios y al culto de su altar, á los oficios divinos y á todo lo que tocaba á su mayor gloria y honra, y provecho de sus prójimos; todo su estudio dedicó á ordenar sus acciones y enderezar sus pensamientos, voluntad y deseos á la mayor gloria de Dios; y en cuanto la fragilidad humana le pudo permitir, á no desviarse un punto de la voluntad divina ni de lo que dicta la razon, obrando siempre lo que juzgaba era de mayor perfeccion.

Púsose rigurosísimas leyes á sí mismo para no mirar con sus ojos, ni hablar con su lengua, ni gustar con su paladar, ni oír con sus oídos, ni percibir con sus sentidos sino lo que fuese la voluntad de Dios,

sin faltar en un ápice en lo que ordena su Ley, que es la primera y mas útil devocion; y repetia muchas veces, que no era justo hacer ni apetecer cosa alguna que le pesase después. Traia siempre á mano la regla de la ley y la razon, para ajustar todas sus acciones y deseos con ella al edificio de la perfeccion, como el diestro artífice la regla de su arte para anivelar las piedras que pone en su edificio; con que siempre sus obras iban niveladas con la voluntad de Dios, para lo cual usaba de continua mortificacion, refrenando sus pasiones para que no pasasen ni pisasen los lindes de la razon, y menos los de la ley de Dios.

De este continuo estudio y vigilancia que tuvo entre sí mismo, le nació el ser tan modesto y tan casto en lo interior y exterior, que fue un espejo cristalino de honestidad y santidad á cuantos conversaban con él; notablemente templado, mortificado y medido en todas sus obras, palabras y acciones; su comida tan moderada que era un continuo y riguroso ayuno; el sueño corto, la oracion larga, en el rezo devoto, en su oficio clerical continuo, el primero en el coro y el mas perseverante: nunca excusó el trabajo; siempre era el primero que ponía el hombro á llevarle, imitando a Cristo, que puso el suyo á la cruz para salvarnos.

No puede ocultar el sol la grandeza de su luz por mas que se emboce de nubes, ni pudo nuestro san Liborio encubrir al mundo los relevantes rayos de sus esclarecidas virtudes por mas diligencias que puso su profunda humildad, retirando cuanto le fue posible de los ojos de todos las obras de sus virtudes: su fama voló por toda Francia, y penetrando los extendidos términos de Flandes, Alemania é Italia, llegó á Roma y á los oidos del sumo Pontífice y de toda su corte, con igual estima de su santidad y gozo de tener en su Iglesia un sacerdote de tan esclarecidas prendas, así de santidad como de letras y nobleza, que sube muy de punto con el esmalte de las virtudes.

Llegó el año de 350, en que fue Nuestro Señor servido de llevar para sí á descansar á su reino á Pavacio, obispo de la ciudad Cenomanense (nombrada *Mans*, en la Francia Céltica): vino la luz del Espíritu Santo sobre esta noble ciudad, y á una voz fue elegido y apellidado obispo su santo ciudadano Liborio, tan conocido por el resplandor de sus virtudes como por el de sus letras y linaje, confesando que en su persona restauraban la pérdida de su antecesor Pavacio, con tanta razon estimado por Santo. Todos se alegraban, y solo el Santo lloraba, teniéndose por indigno de aquella suprema dignidad, la cual rehusó cuanto pudo; pero no le valieron sus diligencias,

porque la voz del pueblo prevaleció contra él; y el sumo Pontífice, que á la sazón era Julio I, confirmó la eleccion con mucho gusto, por la grande opinion que tenia de su santidad y letras. Fue su eleccion el año de 350, imperando Constancio, si bien el dia fijamente no se sabe.

Consagrado fue, pues, nuestro Santo obispo en su ciudad Cenomanense, segun los ritos de la Iglesia, con grandisima solemnidad y alborozo de todo el pueblo. Colocada, pues, esta antorcha refulgente en el candelero de la Iglesia, comenzó á brillar con nuevas y mayores luces de resplandecientes virtudes, y ejemplos admirables, con que edificaba á todos, enseñándoles y persuadiéndoles en primer lugar con obras el camino del cielo; porque si en el estado clerical hizo vida tan penitente y ejemplar, en el de obispo la hizo mas excelente, doblando los ayunos y las vigiliass, macerando su cuerpo con disciplinas, cilicios y asperezas. Púsose rigurosas leyes de retiro y silencio quanto le permitian los negocios ocurrentes; gastaba muchas horas en oracion retirada con Dios y sus Ángeles, y con los Santos que moraban en el cielo; en la misa y en los oficios divinos estaba con tan grande postura y devocion, que la ponía á cuantos le asistían; era manso, afable, piadoso y sufrido; ninguno le vió airado; con todos fue benigno, fino solo consigo: nunca miró las rentas de su obispado como suyas, sino como de los pobres, de quienes se tenía por siervo y administrador solamente; y como tal las repartía, sin tomar para sí mas que lo precisamente necesario para sustentar la vida. Puso suma diligencia en reformar su familia, no sufriendo persona en ella que no fuese ejemplarísima; cosa importantísima á los prelados, cuya opinion manchan muchas veces los desórdenes de sus familiares, y siendo ellos buenos, los que los sirven los desacreditan con sus malas costumbres é insaciable codicia.

Comenzando, pues, por su persona y familia, trató de reformar las costumbres de sus ovejas, enseñándolas y guiándolas por el camino del cielo, lo primero con su ejemplo, y después con sus palabras; entabló la distribucion del tiempo, dando parte á la oracion así mental como vocal, parte al estudio de las sagradas letras, y parte á los negocios ocurrentes, en que entraban las causas de los pobres, las visitas de los hospitales, y el consuelo de los huérfanos; ninguno le vió ocioso, siempre ocupado en santos ejercicios y en los ministerios de su obispado, persuadido que debía dar cuenta á Dios no solamente de su alma, sino de todas las que tenía á su cargo, y que debía hacer su vida tanto mejor que la de sus ovejas, quanto excede la dignidad de pastor á ellas; por lo cual raro ó ningun dia de-

jó de predicarles la palabra de Dios y declararles el santo Evangelio, juzgando que como el buen pastor todos los días da el pasto á sus ovejas, así le corría obligacion de dar como pastor el pasto espiritual á las suyas. Así obrando y predicando llegó este pastor incomparable á ser maestro grande y doctor esclarecido, rigiendo con la luz de su doctrina y alimentando con la leche de su ejemplo su rebaño, que en poco tiempo mejoró su obispado en tanto grado, que parecía otro diferente, quitando muchos abusos, arrancando de cuajo las malezas y espinas de muchos vicios, convirtiendo grande suma de pecadores reduciéndolos á mejor vida, y sacando de las tinieblas de sus errores á muchos infieles.

Después de haber el glorioso Santo reformado las costumbres en su obispado, y promovido el estado eclesiástico con el ardiente celo que tenia de la gloria de Dios y provecho de las almas, todo se dedicó al culto divino, y en adornarle y disponerle con tal ornato, que engendrarse devocion en los corazones de todos y á celebrarle; á este fin y con el de cumplir enteramente á sus obligaciones, dividió sus rentas en tres partes: la primera para los templos vivos de Dios, sus amados pobres, con quienes fue siempre liberalísimo; la segunda para el culto divino, edificacion de los templos, ornato de los altares, y celebridad de las fiestas de Dios y de sus Santos; y la tercera para el sustento de su casa y familia, siendo aquella tan corta que con dificultad alcanzaba á lo mas preciso, juzgando que era mas justo que faltase para él que para los pobres y celebridad de las fiestas; siendo tal su devocion, que no pocas veces se ocupaba en adornar los altares con sus manos, trocando en el oficio de sacristan el suyo de prelado, diciendo que no era solo de hombres sino de Ángeles, como camareros de Dios que asisten á sus altares á adornarlos.

Para atraer mas la gente á la celebridad de las fiestas, á la oracion y culto divino, exhortaba al pueblo á la frecuencia de los templos y oratorios, afeando con su vivo celo el que fuesen tan visitados los teatros, las farsas y casas de juego, y las de Dios tan olvidadas de los fieles. Para esto puso particular cuidado en la música y canto de las horas canónicas, y en facilitarles su frecuencia, quitándoles todas las dificultades que podian retardarlos; por lo cual considerando que habia pocos templos en la ciudad, edificó de nuevo diez y siete iglesias en los barrios mas poblados y mas retirados del comercio, para que teniéndolas á mano las frecuentasen con facilidad; y para que perseverasen en ellas orando y rezando, las adornó y acomodó de manera que estuviesen abrigadas del invierno, y templadas en ve-

rano. Otras muchas cosas utilísimas estableció en su obispado, cuya memoria ha sepultado el tiempo.

Cuarenta y nueve años habia gobernado Liborio su iglesia como santo y solícito pastor, amado de Dios y de los hombres, y resplandeciendo en el mundo como un sol de grande santidad y raro ejemplo de devocion, quando llegó el año de 400, año de jubileo universal para todos, en que segun la ley antigua todas las cosas volvian á sus dueños, y los siervos á su libertad; y Dios le concedió á su fidelísimo siervo Liborio, que saliese de la esclavitud de este mundo, y volviese á la libertad de la patria celestial; y su alma que habia salido de las manos de Dios, volviese á él llena de altas riquezas, de muchos y grandes merecimientos, para gozar la gloria que tiene prometida á los mansos y humildes de corazon. Entrando, pues, en el año cincuenta de su obispado, y cerca de ciento de su edad, le dió una flaqueza grande con penosos accidentes que le derribaron en la cama. faltándole las fuerzas para trabajar, y luego conoció el siervo de Dios que era aviso del Altísimo que tocaba á su puerta con aquella enfermedad, y le llamaba á la partida para la patria celestial; y dando muchas gracias al Señor por la merced que le hacia, alegre por salir de la cárcel del cuerpo, y conforme con su santa voluntad, cantó como cisne aquel verso de David: *Laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* (Psalm. cxxi). Mi alma se goza con la nueva que me dan, de que se llega la partida á la casa del Señor; y dando de mano á todas las cosas de este mundo, fijó los de su alma en las celestiales y divinas, disponiéndose para la partida á las eternas moradas, donde estuvo siempre con el corazon.

El glorioso san Liborio tuvo conocimiento con el bienaventurado san Martin, obispo de Turon, y reconociendo que se llegaba el tiempo de su partida, deseó verle en aquella hora, y recibir de su mano los santos Sacramentos de la Iglesia; y Dios Nuestro Señor, que está tan atento al consuelo de sus siervos, envió un Ángel á san Martin, el cual le dijo en oracion que fuese luego á la ciudad de Cenomaina, porque su amigo el Obispo estaba enfermo de partida para el cielo. y la voluntad de Dios era que le asistiese en aquel trance postrero. Oida esta embajada por el santo Obispo, se puso luego en camino, y fué con gran diligencia á ver á su buen amigo, deliberando por el camino qué persona habia digna de quedar en su silla por obispo de aquella ciudad; y entrando por unas viñas vió á un diácono que se llamaba Victorio, discípulo querido de san Liborio, el cual estaba á la sazón rezando las horas canónicas de la Iglesia con mucha de-

vocion, y en compañía de los Ángeles, cantando las alabanzas de Dios. Detúvose san Martín contemplando atentísimamente su modestia y devocion, y Dios le reveló que aquel era el escogido por sucesor de san Liborio; y llegándose cerca le saludó con mucha caridad y muestras de benevolencia, diciendo: *Dios os guarde, y prospere nuestro obispo futuro*. Humillóse el buen diácono oyendo estas palabras, y turbóse enmudeciendo su lengua; y san Martín prosiguió, y diciendo y haciendo, le dió su báculo, exhortándole á recibir aquella dignidad que Dios le enviaba.

Llegó el Santo á la ciudad, en donde halló á san Liborio en el extremo de su vida y principio de la eterna. Aquí faltan palabras para declarar el júbilo espiritual que tuvieron los dos santísimos Obispos en esta visita; abrazáronse ternísimamente, y bañados en un mar de gozo y consolacion celestial, tuvieron largos coloquios y dulcísima conversacion de las cosas divinas y de la gloria que esperaban; y acercándose á san Liborio la hora de la partida, le administró san Martín los santos sacramentos de la Eucaristía y Extremauncion, con inefable devocion de ambos Santos, y con la misma le asistió san Martín hasta que espiró, acompañándole los Ángeles, que llevaron su alma á la corte celestial, y la presentaron á la majestad de Dios.

El glorioso san Martín dispuso su entierro en un templo suntuoso que Juliano, primer obispo de aquella ciudad, habia edificado en nombre de los doce Apóstoles, en un sepulcro honorífico. Concurrió á sus honras innumerable pueblo de toda la comarca, llorándole como á padre y venerándole como á santo, y procurando á porfía alcanzar cada uno algo de sus reliquias; por las cuales obró Dios muchos milagros, lanzando demonios de los cuerpos, y sanando de varias enfermedades así á paralíticos y calenturientos como á cojos y mancos, y en especial á quebrados, y afligidos de mal de ijada, piedra y orina; declarando el cielo que le daba la abogacía de estas enfermedades, como se ve hasta hoy en los muchos que por su intercesion sanan.

Acabadas las exequias segun los ritos de la Iglesia hizo san Martín un sermon al pueblo de sus loores y alabanzas, como de verdadero santo; y acabado el sermon, juntó san Martín el clero, y por voto de todos declaró y consagró al diácono Victorio, que dijimos, por obispo de aquella ciudad y sucesor de san Liborio.

La muerte de san Liborio fue á 23 de julio del año de 400, siendo pontífice Anastasio, y emperadores los dos hermanos, hijos del gran Teodosio, Honorio y Arcadio.

La ciudad de Cenomaina , ó Mans , guardó las reliquias de san Liborio hasta el año 836 , en el cual Baduardo , obispo de Paderborn , ciudad del reino de Sajonia , para defender á sus feligreses recién convertidos á la fe de Jesucristo de las sugestiones y engaños del demonio , inspirado del cielo las pidió á Aldrico , obispo entonces de Cenomaina . Considerando este la importancia de la pretension y sus circunstancias , movido de Dios , vino en conceder las maravillosas reliquias de su antecesor , reservando para su iglesia el brazo derecho ; cuyo sagrado cuerpo con el olor suavísimo que al levantarlo despidió , y otras señales que hizo , aseguró á los sajones conseguido el intento . Trasladáronle á Paderborn , y en su largo viaje , por intercesion del Santo , cobraron vista dos ciegos , libertad tres energúmenos , el habla cuatro mudos , piés dos cojos , y salud un sin número de dolientes que le salieron al encuentro , de suerte que en sola una noche que los sagrados huesos descansaron en la iglesia de San Sinforiano , sanaron milagrosamente setenta enfermos y un jiboso paralítico , sin otros asombrosos prodigios que refiere extensamente la historia de este feliz camino ; y tal vez entonces seria cuando restituyó la vida á tres muertos , que consta haber resucitado .

En las sangrientas guerras de Alemania del año 1622 , dichas reliquias fueron sacrilegamente robadas de Paderborn por el impío hereje hermano del duque de Brunswick ; pero después á fuerza de asombros fueron restituidas al mismo lugar . De aquí se han esparcido muchas en varias partes de Europa , de las cuales llegaron á la iglesia parroquial dicha del Pino en Barcelona dos partículas , que se veneran en el altar del Santo , como consta por sus auténticas .

A mas de los continuos beneficios con que favorece san Liborio á los que adoran sus reliquias é imágen , resplandece principalmente su poderosa virtud en la curacion de los dolores de piedra , arenas é ijada , segun se ha dicho antes . Y aunque de su vida no se puede colegir que hiciese el Santo algunas de semejantes curaciones . bien que es muy verosímil que entre tantas las haria ; sin embargo consta que en Paderborn en el año de 1277 sanó por intercesion del Santo de esta penosa enfermedad , que tenia inveterada , el ilustrísimo Wernero , arzobispo de Maguncia , que fué á visitar sus reliquias ; y desde entonces empezó á descubrir esta gracia , y á ser aclamado por singular patron de los afligidos de dolencias de piedra , como se ha experimentado con los continuos favores , que ha obrado siempre , y obra cada dia con los devotos que invocan su poderoso patrocinio , y rezan cada dia la siguiente oracion :

ORATIO CONTRA CALCULUM.

Christi Praesul egregius
 Pro nobis hic Liborius
 Oret Deum altissimum,
 Ne pro culpa peccaminum
 Morbo vexemur calculi;
 Succurrant nobis Angeli,
 Et post vitae certamina
 Ducant ad vera gaudia.

ψ. Ora pro nobis, Beate Libori.

℣. Ut à calculi doloribus mereamur erui.

OREMUS.

Deus, qui Beatum Liborium Pontificem aliis innumeris clarum miraculis, speciali tamen in medendis arenarum, el calculi doloribus, privilegio decorasti: tribue quaesumus, ut ejus meritis, et intercessione ab iis, et aliis malis eruamur, et gaudiis perfrui mereamur aeternis. Per Christum Dominum nostrum. ℣. Amen.

La Misa es en honor de san Apolinar, y la Oracion la siguiente:

Deus, fidelium remunerator animarum, qui hunc diem beati Apollinaris, sacerdotis tui, martyrio consecrasti; tribue nobis, quaesumus, famulis tuis, ut, cujus venerandam celebremus festivitatem, precibus ejus indulgentiam consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, remunerador de las almas fieles, que consagraste este día con el martirio de tu sacerdote el bienaventurado Apolinar: suplicámoste nos concedas á nosotros tus humildes siervos el perdon de nuestros pecados por los ruegos de aquel cuya venerable solemnidad festejamos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capitulo v del apóstol san Pedró.

Charissimi: Seniores, qui in vobis sunt, obsecro, consenior, et testis Christi passionum: qui et ejus, quae in futuro revelanda est, gloriae communicator: pascite qui in vobis est gregem Dei, providentes non coacte, sed spontaneae secundum Deum: neque turpis lucri gratia, sed voluntarie: neque ut dominantes in cleris, sed forma facti gregis ex animo. Et cum apparuerit Princeps pastorum, percipietis immarcessibilem gloriae coronam. Similiter adolescentes subditi

Carísimos: Esta es la súplica que hago á los presbíteros que hay entre vosotros, yo que soy presbítero como ellos, y testigo de las penas que padeció Jesucristo, y que he de tener parte en aquella gloria suya, que á su tiempo se manifestará. Apacentad el rebaño de Dios que os ha confiado, gobernándole no por fuerza, sino por voluntad, que sea segun Dios: ni por deseos de un torpe interés, sino por puro amor: ni como dominando sobre la heredad del Señor, sino sirviendo de

estote senioribus. Omnes autem invicem humilitatem insinuati, quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam. Humiliamini igitur sub potenti manu Dei, ut vos exaltet in tempore visitationis: omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis. Sobrii estote, et vigilate: quia adversarius vester diabolus tanquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret, cui resistite fortes in fide: scientes eandem passionem ei, quae in mundo est, vestrae fraternitati fieri. Deus autem omnis gratiae, qui vocavit nos in aeternam suam gloriam in Christo Jesu, modicum passos ipse perficiet, confirmabit solidabitque. Ipsi gloria, et imperium in saecula saeculorum. Amen.

modelo al rebaño por una virtud que nazca del corazón. Y cuando apareciere el Príncipe de los pastores, recibiréis una corona de gloria que jamás se marchitará. Igualmente vosotros, ó jóvenes, estad sujetos á los ancianos. Procurad todos inspiraros mutuamente la humildad; porque Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia. Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios, para que os exalte en el tiempo de su visita, poniendo en él toda vuestra solicitud, porque tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad, porque el diablo, vuestro enemigo, os anda al rededor, como león que ruge, buscando á quien devorar: resistidle, poniendo toda vuestra fuerza en la fe, sabiendo que vuestros hermanos, dispersos por el mundo, padecen las mismas aflicciones que vosotros. Mas Dios, autor de toda gracia, que nos ha llamado en Jesucristo á su gloria eterna, os hará perfectos, firmes é inmoables, después de haber sufrido por un poco de tiempo. Para él mismo sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amen.

REFLEXIONES.

Humillaos debajo de la poderosa mano de Dios, porque resiste á los soberbios, y da la gracia á los humildes. Lección muy importante, pero que debiera ser poco necesaria; porque á no haber perdido el hombre enteramente la razón, ¿quién no ve que no hay virtud mas natural, ni mas propia de nuestra miseria, que la humildad? Todas las cosas nos la están predicando: ignorancia, flaqueza, enfermedades, indigencia, pasiones, brevedad de la vida, edad, caducidad y sepultura. Pero; ¿qué poco nos aprovechamos de estas lecciones! Bien podemos ser humillados; mas no hay forma de ser humildes. No hay que pensar que el orgullo habita solamente en los palacios de los grandes; muy de ordinario reina con mayor insolencia en las casas de los plebeyos. Es verdad que la profanidad le fomenta; pero no se sabe acomodar menos con exterioridades modestas. Habíase refugiado á los claustros la humildad, creyendo encontrar en ellos seguro asilo: siguióla el orgullo muy de cerca, y se puede decir que no hay con-

dicion, edad, ni estado donde la humildad esté á cubierto. A la verdad, los hombres de extraordinario mérito están menos expuestos al orgullo, ó á lo menos son mas capaces de conocer la bajeza de esta pasion. Un buen entendimiento no se deja fácilmente deslumbrar de fuegos fatuos, descubriéndole su misma penetracion lo mucho que le falta; pero un entendimiento corto, como casi no sale de sí mismo, ni sus luces alcanzan nunca mas que á su limitada esfera, todo cuanto descubre en los demás le parece comun, y todo lo que ve en sí lo juzga extraordinario. De aquí nace que se hallen tantos orgullosos, porque son muy raras las grandes capacidades. *Tristes de vosotros*, dice el Profeta, *los que sois sabios á vuestros ojos*. Sin embargo, son muy pocos los que se eximen de este vicio. Ni aun los que mas gritan y mejor escriben contra esta pasion, suelen ser los que están mas enemistados con ella. ¡Cosa extraña! No pocas veces se declama por orgullo contra el orgullo mismo. Extiéndese este veneno hasta aquello mismo que debiera servirle de antídoto; aun en la misma humillacion se suele tal vez esconder el orgullo. Pero ¡qué funestos efectos no se suelen seguir de él! ¡cuántas pasiones dormirian profundamente si el orgullo no las despertara! ¡cuántas familias vivirian hoy en una perfecta union conservando su esplendor antiguo si el orgullo no hubiera soplado el fuego de la discordia! Son pocas las pasiones que no deban á esta lo mas vivo y lo mas amargo que tienen. El orgullo comunica á la cólera su hinchazon y su ferocidad; á la envidia su malignidad y su desconfianza; al odio aquella llama voraz que causa incendios tan funestos; al orgullo debe la lascivia sus inquietudes y sus desasosiegos; y ¿de qué otro principio nacen casi todas nuestras desazones, amarguras y pesadumbres? *El orgullo*, dice el Espíritu Santo, *mina las casas mas floridas*; es un viento que todo lo marchita, todo lo abrasa y todo lo consume. No hay árbol tan pomposo que no se seque, una vez que este gusano llegue á roer su raíz. Es el orgullo como el alma de todas las pasiones, y el manantial de todos los trabajos. A un buen entendimiento ninguna cosa le debe humillar mas que el mismo orgullo.

El Evangelio es del capitulo xxii de san Lucas.

In illo tempore: Facta est contentio inter discipulos, quis eorum videretur esse major. Dixit autem eis Jesus: Reges gentium dominantur eorum, et qui potestatem habent super eos, benefici vocantur. Vos autem non

En aquel tiempo: Se suscitó contienda entre los discípulos sobre quién de ellos parecia ser mayor. Pero Jesús les dijo: Los reyes de las gentes las gobiernan con imperio: y los que las tienen bajo de su potestad, se llaman be-

sic: sed qui major est in vobis, fiat sicut minor: et qui praecessor est, sicut ministrator. Nam quis major est, qui recumbit, an qui ministrat? nonne qui recumbit? Ego autem in medio vestrum sum, sicut qui ministrat: vos autem estis, qui permansistis mecum in tentationibus: et ego dispono vobis sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis, et bibatis super mensum meam in regno meo, et sedeat super thronos judicantes duodecim tribus Israël.

néficos. Vosotros no habeis de ser así: sino que aquel que sea entre vosotros mayor, hágase como si fuese el menor: y aquel que precede, como el que sirve. Porque, ¿quién es mas, el que está sentado, ó el que está sirviendo? ¿No es mas el que está sentado? Pues yo estoy entre vosotros como quien sirve. Vosotros sois los que habeis permanecido conmigo en mis tentaciones: y yo os dispongo un reino, así como mi Padre me le tiene dispuesto á mí, para que comais y bebais á mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos para juzgar las doce tribus de Israel.

MEDITACION.

La humildad de Jesucristo debe ser el modelo y la medida de la nuestra.

PUNTO PRIMERO. — Considera lo que dice san Pablo (*Rom. vi*), que *los que Dios antevió con su presciencia, los predestinó para que fuesen conformes á la imagen de su Hijo*. Este es el modelo cabal de los escogidos. Parecerse á cualquiera otro retrato, y ser desemejante á este, es carácter de reprobacion. Todos admiramos la profunda humildad del Salvador; pero ¿somos todos humildes? Sirve Jesucristo la mesa á sus discípulos; ¿puede caber mas humildad? Sí; aun pasa mas adelante la de este divino Maestro: se postra á los piés de todos, y hasta los del mismo Judas; corrige la necia vanidad de los que le siguen, menos con sus palabras que con su ejemplo: parece que no les debe dar otra leccion. Por este divino modelo se aplicaron todos los Santos á arreglar sus máximas y su conducta. Este ejemplo fue el que inspiró tan bajo concepto de sí á los mayores hombres luego que seriamente pensaron en salvarse. Mientras no perdieron de vista este grande ejemplo los príncipes mas poderosos, se pusieron á nivel con sus mas humildes vasallos. Aquellos grandes monarcas, cuyo poder y cuyo valor hacia temblar á sus vecinos, se juzgaron muy honrados postrándose á los piés de los pobres; y nosotros sufrimos con impaciencia el anivelarnos con nuestros iguales. Cotejemos nuestras orgullosas máximas con estos grandes ejemplos; comparemos esos modales fieros y orgullosos, esas altanerías, esa desmedida ansia de sobreponernos, esos inquietos y turbulentos deseos de sobresalir, esa risible vanidad, que casi es nuestro distintivo y nuestro carácter; comparemos todo esto con nuestro divino modelo;

no es menester mas leccion, mas discursos, ni mas razones para confundirnos; pero ¿qué destino podemos esperar, si al mismo tiempo que nos confundimos y nos avergonzamos de nuestra vanidad, no por eso dejamos de ser orgullosos?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que si es señal visible y segura de reprobacion el no ser conformes á la imágen de Jesucristo, ¿en qué se puede fundar nuestra confianza? Porque al fin todos esperamos ser del número de los escogidos de Dios, y todos queremos serlo. Pues ¿con qué ojos miramos á nuestro divino modelo en el estado de sus continuos abatimientos? ¿con qué descaro tenemos valor para mirar á Cristo á los piés de Judas, ó clavado en una cruz, estando nuestro corazon lleno de orgullo y perpetuamente carcomido de una ambicion desmesurada? No hay fortuna que nos contente, no hay empleo que no nos parezca bajo en habiendo otro mas alto. Por humilde que sea el nacimiento, por abatido que sea el estado, por limitados que sean los talentos, por imaginario que sea nuestro figurado mérito, no hay forma de curar esta hinchazon. Postrámonos muchas veces á los piés del Crucifijo; considéranse con tranquilidad las ruinas de esos suntuosos edificios; contémpnanse las reliquias tristes de esos abultados colosos; míranse con reflexion las cenizas de tantos reyes, mezcladas y confundidas en la sepultura con las de los hombres mas viles; y ni por eso dejamos de ser orgullosos. Es verdad que si el ejemplo de un Dios humillado hace tan poca impresion en los que se dicen discípulos suyos, ¿qué cosa será capaz de hacernos humildes? Pero si no lo somos con todos estos ejemplos, ni con todos estos modelos, ¿serémos retratos muy parecidos al divino original? Estás atestado de vanidad, amasado en orgullo, lleno de propia estimacion, ¿y te glorías de ser discípulo de este celestial Maestro? ¡y aun acaso te lisonjearás tambien de ser devoto! (*Matth. xxii*). *Cujus est imago haec, et superscriptio?* nos dirán algun dia; ¿de quién es este retrato y este rótulo? ¿á qué original se parece?

Confúndeme, Señor, mi orgullo, y todo lo temo á vista de mi vanidad. Pero, ¡ó gran Dios de la humildad! pues veniste al mundo á darnos tan bellas lecciones y tan grandes ejemplos de esta virtud, dignate asistirme con tu gracia, para que me aproveche de los unos y de los otros. Vos me dijisteis que érais por excelencia manso y humilde de corazon; haced, Señor, que sea yo copia viva de tan perfecto modelo, y que de tal manera traslade en mí todos sus rasgos, que solo con verme se pueda conocer que soy vuestro discípulo verdadero.

JACULATORIAS.—Dije al polvo, á los gusanos, y á la podredumbre: vosotros sois mi padre, mi madre, y mis hermanos. (*Job*, xvii).
¿Qué es el hombre, Señor, para que te acuerdes de él, ni aun te dignes de mirarle? (*Psalm.* viii).

PROPÓSITOS.

1 Es cosa bien extraña, que tratando todos con tanto desprecio al orgullo y á los orgullosos, sin embargo haya tan pocos humildes. No puedes tolerar en los otros aquellos modales arrogantes y altaneros, aquel tono imperioso y dominante, aquellos hombres que continuamente se están incensando á sí mismos; y no conoces los defectos que todo el mundo está notando en tí en esta misma materia. Aplícate á corregirlos; no ya con una displicencia interior, ó con una resolución ineficaz como hasta aquí, sino con una enmienda real y efectiva. Nunca pongas los ojos en algun Crucifijo, sin considerar las reprensiones que te está dando con su ejemplo. Pregúntate muchas veces á tí mismo si te pareces á aquella imágen, pues al fin es tu modelo; y acuérdate que en la hora de la muerte la han de poner delante de tus ojos para que consideres si eres semejante á ella.

2 Desde hoy mismo has de dar principio á corregir esos modales altivos y coléricos, que te hacen insufrible y odioso á todos los demás, y que á tí mismo te parecen tan mal en los otros. Sea tu modo pacible, cortesano, afable, grato; la dureza, la inflexibilidad y la aspereza siempre es hija del orgullo. No seas delicado en puntillos de honor, ni mucho menos en afectar precedencias; si fueres virtuoso y respetable, cualquiera lugar que ocupes será el mas digno, porque tú mismo le autorizarás. Sé cortés con todo el mundo. Cuanto mas te eleve sobre los otros tu nacimiento, tu clase y tu ancianidad, mas digno te acreditarás de ser respetado, si á todos los honras y las atenciones. La grosería y la rusticidad son propias de gente ordinaria y de entendimientos vulgares. Honra mucho á los pobres, y háblales siempre con respeto, acordándote de que en su persona honras al mismo Jesucristo. A tus criados trátalos con agrado y con dulzura; el modo áspero y desabrido es señal de corazon duro y soberbio. Si hoy te consideras superior á ellos, en la hora de la muerte se mudará la escena. ¡Cuántos criados se salvarán, y sus amos serán eternamente condenados!

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DEL APÓSTOL SANTIAGO.

SANTA CRISTINA, vírgen y mártir, en Tiro de Toscana junto al lago de Volterra; la cual creyendo en Jesucristo hizo pedazos, y distribuyó á los pobres los ídolos de oro y plata que tenia su padre, quien ciego de ira la mandó azotar; atormentar con diferentes, atroces é inauditos tormentos, hasta echarla en un río atada á una gran piedra, de donde un Angel la sacó sin lesion. Sucedió á su padre otro juez, el cual la atormentó con mayor fiereza, y finalmente el presidente Juliano la hizo meter en un horno ardiendo, donde estuvo cinco dias sin recibir daño alguno; luego la mandó arrojar una serpiente, de que tambien le libró Dios; finalmente le cortaron la lengua, y la asaetaron, y de esta suerte alcanzó la palma del martirio. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN VICENTE, mártir, en Roma, en la via Tiburtina.

EL MARTIRIO DE OCHENTA Y TRES SANTOS SOLDADOS MÁRTIRES, en San Victorino en el Abruzzo.

SAN VÍCTOR, oficial militar, en Mérida en España; el cual con sus dos hermanos ESTERCACIO y ANTINOGENES, en la persecucion de Diocleciano, padeciendo diversos tormentos alcanzó la palma del martirio. (*El motivo de su martirio fue el siguiente: Estaba encargado Victor, que era oficial militar, de custodiar unos cristianos que debian ser martirizados; les proporciona la fuga, y luego se presenta al prefecto, le confiesa su accion, y le declara que él mismo es discipulo de Jesucristo. Al dia siguiente fue condenado á ser degollado juntamente con sus dos hermanos, que se presentaron pidiendo ser asociados al martirio, muriendo los tres en Mérida el 24 de agosto del año 303*).

LAS SANTAS MÁRTIRES NICETA Y AQUILINA, en Lysia, que se convirtieron á Jesucristo por la predicacion de san Cristóbal, mártir, y fueron degolladas por la fe.

LOS SANTOS MÁRTIRES MENEIO Y CAPITON, igualmente.

SAN URSICINO, obispo y confesor, en Sens.

SAN FRANCISCO SOLANO, confesor, del Orden de los Menores, en Lima en el Perú, esclarecido en las Indias occidentales por su predicacion, virtudes y milagros: murió en el Señor el dia 14 de julio, y fue canonizado por el papa Benedicto XIII. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN FRANCISCO SOLANO, CONFESOR.

Nació este siervo de Dios en Montilla, ciudad de Andalucía, del marquesado de Priego en el obispado de Córdoba, á 10 de marzo del año de 1549, diez y seis de Paulo III, y treinta y tres del imperio de Carlos V. Fueron sus padres Mateo Sanchez Solano, y Ana Jimenez, distinguidos en el país por su piedad. Destinado de Dios para ilustrar con el esplendor de sus virtudes, y con la luz de la predicacion evangélica una gran parte de la América meridional, y para ser otro de los muchísimos héroes que ilustran la sagrada Orden de san Fran-

Francisco de Asis, desde su mas tierna edad fue tan modesto que su presencia bastaba para estorbar á los otros jóvenes cualquiera accion menos decente. Esmeráronse ciertamente sus padres en darle una educacion cristiana; pero como se hallaba asistido con los mas especiales auxilios de la divina gracia, que en él parecia obrar mas que la naturaleza, costóles poco trabajo conseguir el fruto de sus deseos; su natural dulce, afable y benéfico, su corazon noble, dócil y generoso, la sublime idea que concibió de Dios, el sumo horror al pecado, su inclinacion natural á la virtud, con un afecto muy particular al retiro, la distraccion total de las diversiones propias de la niñez, el gusto y complacencia que manifestó desde luego á los ejercicios de piedad, y sobre todo la cordialisima devocion que profesaba á la santísima Virgen, con cuyo escudo, con la modestia, mortificacion y fuga de las ocasiones, conservó siempre inviolable la pureza, hicieron conocer á sus padres que en él disponia la divina Providencia uno de aquellos héroes con que en algunos siglos favorece el Señor á su Iglesia.

Instruido en los primeros rudimentos, le aplicaron á los estudios en el colegio de la Compañía de Jesús de su patria; y como se hallaba dotado de un vivo y perspicaz ingenio, acompañado de una madurez de juicio muy excesivo á sus años, en breve tiempo hizo admirables progresos en las ciencias; y se concilió el amor de sus maestros con el de sus condiscípulos, mirando todos en él un modelo de todas las virtudes cristianas; distinguiéndose ya en aquella corta edad en la particular gracia de componer las discordias, á virtud del amor que manifestó desde luego á la paz, tan recomendada por Jesucristo. Persuadido Francisco que el tiempo de los estudios es ocasionado á esfriar el fervor, tuvo gran cuidado de prevenir este escollo con precauciones piadosas, frecuencia de Sacramentos, continua oracion, rígidas penitencias, valiéndose de la industria para macerar su cuerpo en las horas que dejaba el estudio, de cavar en un huerto de su padre, recreando el ánimo con cánticos devotos, por cuyo medio elebaba á Dios sus cordiales afectos.

Aunque nuestro Santo tenia grandes talentos, y nobles disposiciones para seguir la carrera de las letras, con todo era mayor su inclinacion al retiro; pues el deseo de atender únicamente, libre de todos los impedimentos del mundo, al importante negocio de su salvacion eterna, tuvo para él mas atractivo que todo. Animado de estos deseos, le inspiró Dios anhelase á la cumbre de la perfeccion en la soledad del claustro, y siguiendo vocacion tan acertada, vistió el hábito

de la Regular Observancia Franciscana en el convento de Recoleccion de Montilla, su patria, en el año 1569, cuando contaba veinte de su edad.

Apenas Francisco vistió el sayal de los Menores, comenzó á manifestar á todo el claustro las virtudes de que ya en el siglo dió tan evidentes pruebas. Su profunda humildad, su ciega obediencia, su pureza angélica, su modestia singular, su continuo silencio y extraordinarias mortificaciones, además de las que por constitucion se practican en la Observancia recoleta, hicieron conocer á todos los religiosos el fervoroso celo y el veloz curso con que no corria, sino volaba el novicio en el camino de la perfeccion. Él crucificaba su carne con sangrientas disciplinas y rigurosos ayunos, mostrándose tan admirable en la abstinencia, que excepto de las fiestas solemnes, y esto por precepto de su maestro, no comia carne, pesca, ni lactici-nios; en los viernes no probaba manjar alguno cocido; en la cuaresma y en las ferias segunda, cuarta y sexta de la semana solo usaba de pan y agua. Además de esto traia bajo el hábito un áspero cilicio asido á su delicado cuerpo, al que daba un brevísimo descanso en un durísimo lecho, con un leño por cabecera. Persuadido que á todas estas mortificaciones y otras virtudes monásticas daria el lleno que apetecia el ejercicio que facilita el comercio con Dios, se entregó de tal modo á la oracion, que no satisfecho con las horas que la comunidad invertia en ella, cuando descansaba esta, después de disciplinarse cruelmente, pasaba muchas noches hasta romper el dia anegado en dulces contemplaciones.

Hizo su solemne profesion con las supuestas preparaciones; y formando empeño en imitar la vida del seráfico Patriarca, salió una copia viva en todo parecida al original. Ya profeso, no dejó las virtudes que comenzó en el noviciado, antes bien las perfeccionó en el discurso de su religiosa carrera, sin que jamás se disminuyese en él el fervor con que la emprendió. Envióle la obediencia á estudiar filosofia al convento de Santa María de Loreto de la misma Recoleccion, distante de Sevilla tres leguas: y aunque en él habia sobrantes celdas, hizo para sí una pobre y humilde habitacion de cañas en un ángulo cerca de las campanas, donde pasaba los dias y las noches alternando en el estudio y en la oracion, por cuyo conducto, mas que por su aplicacion, adelantó maravillosamente en las ciencias; la misma práctica observó en el estudio de la sagrada teología, logrando por estos medios dejarse ver á un mismo tiempo docto, santo, sabio y perfecto.

Recibió el Orden sacerdotal á virtud de un precepto expreso de su superior, bajo el supuesto de su resistencia humilde á tan alta dignidad, confesándose indigno para ella; y celebró el primer sacrificio en el dia del seráfico Patriarca con tanta ternura, con tanta devocion y con tantas lágrimas, que dió á conocer á los asistentes el respeto y amor en que se hallaba abrasado su corazon para con aquel Señor que ofrecia al eterno Padre. Descubrió una dulce, clara y sonora voz, y creyéndole á propósito para vicario de coro, desempeñó el empleo con la puntualidad, celo y vigilancia que exige la celebracion de los oficios divinos. No le detuvo la Religion mucho tiempo en aquel ministerio, pues persuadida que el espíritu de Francisco alentaria á otros con su fervor, á que con él emprendiesen la carrera de la perfeccion, le destinó la obediencia para maestro de novicios en el convento de Arrizafa, media legua distante de la ciudad de Córdoba. Convencido que el ejemplo es leccion mas eficaz que las palabras para excitar á los jóvenes, siguiendo esta idea, renovó con nuevo aliento los santos ejercicios de oracion y mortificaciones, en términos, que á la vista de un tan expresivo espejo, los novicios trabajaban sin pereza en adquirir la perfeccion á que eran llamados. Pasó con el mismo oficio al convento de san Francisco del Monte, santuario muy devoto fundado á cinco leguas de Córdoba entre unos montes muy espesos que van á parar á la Sierra Morena, sitio muy proporcionado por el retiro del comercio del siglo para la quietud que el Santo apetecia; y se entregó de tal modo á la contemplacion de las verdades eternas, que llegó al alto grado de la mas íntima union con Dios. Con no menos fervor redobló sus penitencias, haciéndole el deseo de imitar á su seráfico Patriarca el que se arrojase en una ocasion desnudo á un monton de espinas, revolcándose en ellas hasta herir enteramente su cuerpo.

Hiciéronle guardian del mismo convento á pesar de su humilde resistencia; y viéndose en el empleo de superior, aplicó todo su esfuerzo en conservar en su rigor primitivo la regla de san Francisco; siendo el primero que salia con la alforja á pedir de puerta en puerta como verdadero mendicante. Sus ayunos, vigiliass, perpetua asistencia al coro, y asombrosas penitencias, eran las lecciones con que instruia á sus súbditos, portándose para con todos con tanta afabilidad y admirable discrecion, que les reducia gustosísimos al yugo de la obediencia; de suerte, que esmerándose cada cual en imitar á su santo padre, vino á ser el convento un seminario de santidad, y una voluntaria cárcel de reclusion, llegando á ser el asunto de la admi-

racion y la materia de los mas altos elogios. El vasto y apostólico celo de Francisco no podia estrecharse dentro de los muros del monasterio, y habiéndole dotado el cielo de un talento extraordinario y singular elocuencia, salia á predicar la palabra de Dios, haciendo portentosas conversiones en Villafranca, en el el Carpio, Montoro y otros pueblos vecinos, en los cuales era oido como un apóstol en quien no predicaba menos la vida que la doctrina, volviendo de no pocas de ellas, concluida la mision, en ayunas al convento, en observancia de la ley de abstinencia que se impuso cuando novicio.

Al cabo de poco tiempo fue enviado al convento de la Recoleccion de San Luis el Real, en la Zubia de Granada, una legua de la ciudad. Recibiéronlo allí como Ángel del cielo por las nuevas que tenian de su gran virtud, de la cual fue dando muy esclarecidos ejemplos; especialmente en los hospitales y en las cárceles de Granada hizo tales obras de misericordia con los presos y enfermos, que muy en breve se granjeó la veneracion pública. Pero ofendia tanto á la profunda humildad de Francisco la estimacion que hacian todos de su persona, á pesar de las industrias de que se valia para disminuir este general concepto, que agregados á este sentimiento los vivísimos deseos de padecer martirio, pidió repetidas veces licencia á sus superiores para pasar al África á anunciar á los infieles la fe de Jesucristo; pero aunque se la negaron siempre, no desistió de su propósito. Mandó el rey Felipe II á los prelados de la religion de san Francisco, que enviasen operarios á las Indias, á fin de ilustrarlas con la luz del Evangelio; y conociendo nuestro Santo ser esta la ocasion favorable para cumplir sus deseos, partió con los misioneros apostólicos á las regiones de América, habiéndose despedido de su buena madre, y de sus hermanos y deudos, y de todos los lugares donde habia predicado, exhortándolos de nuevo al temor de Dios con ardiente espíritu. Embarcóse el año 1589 en la armada en que iba por virey del Perú el marqués de Cañete, D. García Hurtado de Mendoza.

En el viaje, ni la diversidad ni los ejercicios varios de los navegantes entibiaron la constancia y fervor de su vida: era su oracion profunda, el ejemplo de mucha edificacion; á unos confesaba, á otros exhortaba á que por ningun caso se propasasen á decir ni hacer cosa con que fuese Dios ofendido. Llegado á Cartagena y Panamá, tomó por ejercicio, después de las obligaciones de la comunidad, ir á los hospitales á visitar los enfermos, á los cuales con muy amorosas palabras consolaba y con todo esmero servia. En Panamá especialmente no tuvo otro refrigerio sino un rinconcito del coro, donde puso un

seron de esparto muy pobre que traia y un palo por cabecera, sin querer otra celda, pasando en oracion gran parte del dia y de la noche. En una tormenta que tuvo desde Panamá para coger la costa del Perú, encalló la nave entre unos bajíos, y con ser gravísimo el riesgo de perecer en que todos estaban, considerando el santo varon que en ella quedaban mas de ochenta negros bozales de Guinea, muchos de ellos sin ser bautizados, y otra mucha gente puesta en angustia, no quiso como otros saltar en el esquife por salvar la vida; mas menospreciándola por el bien de sus prójimos, contestó al capitán de la nave, que no queria desampararlos en tan manifesto peligro. Levantó una cruz en las manos, y juntando los negros gentiles, en aquel poco tiempo los catequizó en los misterios de nuestra santa fe, y asegurado de que deseaban recibir el Bautismo, los bautizó; y luego abriéndose la nave se ahogaron muchos de ellos, quedando el siervo de Dios sobre un pedazo del barco por espacio de tres dias confesando y consolando á la gente que en él quedaba: al cabo de los cuales como por milagro los pudieron sacar de allí sin daño ninguno. Después de varios trabajos que pasaron en un despoblado á donde fueron á parar, siguieron su viaje hasta desembarcar en Payta, de donde pasó nuestro Santo á Lima. Desde luego comenzó á predicar en aquella ciudad con gran fruto. De Lima dirigió su rumbo á las vastas provincias de Tucuman, á satisfacer el celo apostólico que ardia en su corazon por la salvacion de las almas. Setecientas leguas caminó á pié por lugares incultos, ásperos y escabrosos, por rápidos y profundos rios, y por millones de peligros hasta llegar á aquellas regiones bárbaras, en que habia poco tiempo que comenzó á brillar la luz de la fe, á virtud de la predicacion de Fr. Alonso de San Buenaventura, observante de la provincia de Andalucía, y fray Luis de Bolaños. De estos países dilatados recibió nuestro Santo la mision como los Apóstoles; con los mismos sentimientos, con el mismo ánimo, con la misma sed á padecer, con el mismo fervor, con el mismo ardor y con el mismo celo entró en aquellas islas desiertas, y aquellos pueblos idiotas, que no le ofrecian en toda su extension sino hambre, sed, con infinitos trabajos, persecuciones, y evidentes riesgos de perder la vida; pero no acobardaron la valentía de su espíritu, antes bien excitaron de nuevo al celoso operario del Padre de familias, á que sacrificase su actividad en el cultivo de aquella montuosa viña, que por su infatigable ardor vino á ser una de las posesiones mas floridas de la Iglesia. Seria necesario un volumen entero para referir una parte de sus trabajos, de las conversiones, y de

los prodigios que obró este santo Apóstol en aquel vasto mundo.

Comenzó su mision, y para hacer que el cielo derramase sus bendiciones sobre una tan difícil empresa, pasaba en oracion la mayor parte de la noche, dejándose ver no pocas veces postrado con la boca en tierra, en forma de cruz, pidiendo al Señor auxilio para hacer guerra á los vicios radicados entre los bárbaros. Consideró preciso instruirse en los difícilísimos idiomas de aquellas gentes, y lo consiguió perfectamente por medios mas divinos que humanos; á la verdad que fue cosa digna de admiracion, el que en el corto tiempo de quince dias supiese aquellas confusas y varias lenguas, lo que los bárbaros, antes de conocer la eficacia de la divina gracia, atribuyeron á arte mágica.

Poseido de este indispensable requisito, animado de aquel santo celo que constituye el carácter de los varones apostólicos, corria por todas aquellas regiones sin temor á la muerte, llevando hasta las mas remotas la verdad evangélica. No perdonaba trabajo ni fatiga para sacar de las garras del lobo infernal las errantes ovejas; á todos trataba benignamente, consolaba con dulcísimas palabras en sus aflicciones, aliviaba en sus miserias, asistia en las enfermedades, administrándoles por sí los alimentos y medicamentos; su mansedumbre, su caridad, sus modales agradables, y su modestia ganaban los corazones de todos; la fuerza y uncion de sus palabras convertian á los mas rebeldes, y su santidad manifiesta convertia á los pueblos mas indómitos; en fin, sus predicaciones acabaron de hacer la reforma de las costumbres, el uso de los Sacramentos se hizo frecuente, y la piedad se estableció en todas aquellas regiones bárbaras.

Además de tan recomendables prendas, daba á su mision la mayor eficacia el ejemplo de su vida admirable, el desinterés apostólico, la vileza de su hábito, la parsimonia de su comida, el rigor de sus ayunos, la austeridad de sus penitencias, y la liberalidad con que invertia en socorro de los pobres cuanto adquiria en el ministerio. Es cierto que para mas crédito de la santidad de Francisco, recomendó Dios con muchos milagros en favor de aquellos naturales la verdad de la doctrina que predicaba.

En cierta ocasion estando celebrando los oficios divinos en el Jueves Santo, acometió á los fieles una numerosa tropa de bárbaros, amenazándoles con la muerte. Atemorizó el inopinado suceso á los Católicos, y saliendo Francisco de la iglesia, sin otras armas que la de la divina palabra, les habló con tal valor y con tal fuerza, que aterrados al oir su voz los enemigos, habiendo oido su predicacion, se

convirtieron á la fe mas de nueve mil de ellos; pero con tan repentina mutacion, que muchos de los mismos asistieron á los oficios divinos en la misma noche. Creció desde entonces tanto la fama del siervo de Dios entre aquellas gentes que concurrían innumerables á oír sus sermones, entendiéndolos todos en su propio idioma, hablando Francisco en su lengua; y convencidos de sus discursos, depuesta la ferocidad, se sometían gustosos á la ley del Evangelio. En fin, creció tanto la estimacion del santo Apóstol entre aquellos bárbaros, que lo que no pudo conseguir el rigor de la justicia, ni el temor de las penas, lograba Solano solo con el imperio de su voz, á la que obedecían ciegamente.

Celebróse capítulo provincial en Játiva por aquel tiempo, en el que el Santo fue electo custodio de la provincia de Tucuman, á pesar de sus ruegos, confesándose indigno para el empleo. En la visita que hizo de aquellos conventos, en cuya expedicion padeció muchos trabajos, acreditó con pruebas prácticas el alto concepto que la Religion tenia formado de su virtud, á la que se debió una reforma general del claustro; y relevado del cargo á fuerza de sus instancias, se le mandó por obediencia presidiese á la Releccion que poco antes se habia fundado en Lima. Hízolo Francisco, y fue tal el sentimiento de los indios de Tucuman, que no omitieron súplicas, ni diligencias para que los superiores no separasen de ellos al que veneraban como á su apóstol, y amaban como padre; lloraban á lágrima viva, temíanse por desventurados con esta pérdida, y nunca mas se les borró la memoria de su bienhechor.

Hiciéronle vicario y prefecto del convento de Santa María de los Angeles de Lima, y no cesaron sus ruegos hasta que la Religion le exoneró de un empleo tan repugnante á su espíritu, deseoso de santificarse en las humillaciones, y de vivir en la clase de súbdito, ocupado en las funciones de su apostólico ministerio. Aplicóse á desempeñarle en la misma ciudad, y en los contornos con su acostumbrado celo, ya predicando, ya confesando, y ya ejerciendo obras de caridad. Frecuentemente se presentaba en las calles y plazas de Lima con un Crucifijo en la mano á declamar contra los vicios: no pocas veces animado del divino espíritu entraba en los teatros públicos, y manifestando la misma insignia, movía á todos á un verdadero arrepentimiento. Tambien se empleaba en coloquios privados con las religiosas, en los que encendía el fervor de las esposas de Jesucristo á que aspirasen á la perfeccion de su estado. Aunque en estas funciones lograba Francisco portentosas conversiones, las que perfeccio-

naba la divina gracia, que siempre acompañaba á su nerviosa elocuencia; con todo penetrado su corazon del mas vivo dolor al ver los pecados y escándalos del pueblo, que provocaba á la justicia divina á los mismos castigos con que en otro tiempo amenazó á Nínive, impelido de un superior impulso en una ocasion salió del convento, y presentándose en la plaza mayor con un semblante grave y modesto, predicó con tanto espíritu y tan ardoroso fuego contra los vicios predominantes en la ciudad, que alegando en confirmacion de su doctrina con propiedad y discrecion varias sentencias de la santa Escritura alusivas á la destruccion de los pueblos por sus vicios; entendidas estas equivocadamente como profecía de la destruccion de Lima, bajo el concepto que se tenia formado de la santidad de Francisco, fue tal la conmocion y terror que causó el sermón en los ciudadanos, que imitando el ejemplo de los ninivitas á la voz de Jónas, convertidos á Dios, hicieron tan asombrosas penitencias para templar su enojo, que la multitud de sacerdotes y religiosos de aquel numeroso pueblo apenas bastaba para oir las confesiones de los pecadores arrepentidos. Fueron tales las penitencias públicas que se hicieron aquella noche y los dias siguientes, tal y tan universal la enmienda de las costumbres que obró Dios por este medio en aquella ciudad, que el obispo de Orense, Fr. Juan Venido, que entonces se hallaba en ella, asegura no haber memoria de otra conversion semejante á esta desde la de Nínive. Era entonces arzobispo de Lima santo Toribio de Mogrovejo.

Predicando en Trujillo á 12 de noviembre del año 1603, quince antes del terremoto que destruyó aquella ciudad, con luz sobrenatural de profecía lloró desde el púlpito su ruina, diciendo claro á sus moradores que se aparejasen, que por sus pecados habia Dios de asolar aquel pueblo. Lo cual se cumplió en febrero de 1618, no quedando en pié edificio ni casa alguna, siendo sepultados en sus ruinas gran multitud de hombres y mujeres.

La materia y estilo de sus fructuosas predicaciones sacaba Francisco de la oracion, y de las fuentes de las santas Escrituras deducia las saludables aguas con que regaba la tierra estéril; por lo mismo producía siempre frutos abundantísimos de admirables conversiones, compuncion, suspiros, lágrimas y sollozos hasta de los mas endurecidos pecadores, irresistibles á la fuerza de sus discursos y á su apostólico celo. Muchas veces cuando explicaba los divinos misterios se arrebatava en dulces éxtasis, y derritiéndose otras en la consideracion de ellos, le faltaba la voz, y supliendo á las palabras sus agradables

suspensiones, su silencio conmovia mas en semejantes casos á los oyentes.

Parecia regular que las incesantes fatigas de sus apostólicas expediciones le dispensasen de las mortificaciones; pero ni estas ni las muchas enfermedades que contrajo en ellas, le indultaron jamás para que aflojase en la práctica de sus rígidos ayunos, ni asombrosas penitencias, que se hacian increíbles atendiendo á la debilidad de su cuerpo. A la verdad que causaba admiracion verle correr por tantas provincias á pié descalzo en las estaciones mas rigurosas de invierno y estío, sin comer ni beber en muchas leguas, mantenido únicamente con el celo de la salvacion de las almas, llegando su abstinencia al extremo que se creyó con razon vivia milagrosamente; añadiendo á esto todas las noches duras y sangrientas disciplinas con que crucificaba su carne, cuyas llagas hacia mas penosas el áspero cilicio que jamás separó de ella.

Todo este fervor y toda esta sed insaciable por la salvacion de las almas provenia del encendido amor de Dios en que se hallaba abrasado su corazon, el cual le hacia prorumpir en suspiros y tiernos ecos, bastándole oir hablar del sumo Bien, ó poner los ojos en el cielo para quedar transportado en admirables éxtasis. Aunque todos y cada uno de los misterios de Nuestro Redentor eran objetos de su cordial dileccion, se distinguió especialmente en la particular devocion para con el Señor sacramentado, siendo muchas las pruebas que dió de este afecto á presencia de la Eucaristía. En los rayos de la luz que despedia su rostro, y en las abundantes lágrimas que derramaba cuando celebraba el santo sacrificio, daba bien á entender el volcan que ardia en su pecho. En una ocasion, hallándose custodio de la provincia de Tucuman, yendo en la procesion del Corpus, no pudiendo contener interiormente el amor del Señor, además de los dulces cánticos con que elogiaba al Sacramento, comenzó á saltar entre los indios fuera de sí, como otro David delante del arca del Testamento, cuyo espectáculo conmovió á los asistentes á una profunda veneracion. No menor era la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen: solo con oir su dulce nombre se llenaba su espiritu de gozo y complacencia, explicando su afecto con suaves cánticos, misteriosos versos, y oraciones fervorosas. A esta soberana Reina eligió por patrona de todas sus expediciones apostólicas, aplicando en ellas toda su actividad en promover su culto y su gloria, confesando ingenuamente que las alabanzas de esta Señora eran la quietud de sus trabajos, el consuelo de sus aflicciones, el refrigerio de sus

tribulaciones, y la causa de su felicidad en todas sus empresas.

En fin quiso Dios premiar los trabajos de Francisco, y aunque toda su vida fue una cruz y un martirio continuo; con todo para que adquiriese mas merecimientos, permitió que dos meses antes de su feliz tránsito sintiese unos dolores agudos, acompañados de una calentura ardiente; bien que en toda la serie de su enfermedad dispuso la divina Providencia con maravilloso prodigio, que se mantuviesen en la ventana de su celda unas avecillas, inseparables de ella por mas ruido que hiciesen, las cuales con sus sonoros cánticos recreaban el ánimo de su fiel siervo, que tenia á la vista un Crucifijo, á quien daba repetidas gracias porque le afligia en tiempo que no podia con sus propias manos castigarse segun su costumbre. Por la vehemencia de los dolores no desistió del ejercicio de la oracion, que fue siempre el objeto principal de sus esmeros, la cual pudo llamarse habitual, pero no interrumpida en algun momento; dejándose ver en los últimos dias de su vida tan anegado en dulces contemplaciones, que olvidado enteramente de las necesidades del cuerpo, parecia que ya conversaba entre los Ángeles, sin permitir en ellas que á su presencia se suscitase otra conversacion que de Dios, ó se leyese alguna lectura espiritual. Creciendo la enfermedad, dispusieron los médicos que se le administrase el Viático diez dias antes de morir, y respondió que era intempestivo y pronto, aunque muy bueno el que recibiese á semejante huésped. Dijo á los religiosos, temerosos que falleciese de momento en momento por la debilidad de sus fuerzas, que fuesen á descansar, pues no moriria hasta el dia de san Buenaventura, á quien profesó siempre una devocion particularísima; y con efecto en el mismo dia, al tiempo de hacer señal la campana á la elevacion de la hostia y cáliz, mirando al Crucifijo, puestas las manos en cruz, entre amorosos coloquios, transportado en un gozo celestial dió apaciblemente su espíritu al Criador en el dia 24 de julio del año 1610, á los sesenta y uno de su edad, en el pontificado de Paulo V, reinando en España Felipe III.

Luego que espiró, quiso Dios acreditar la santidad de su siervo con una multitud de prodigios, y hasta en los síntomas de su cuerpo: este, que por las largas y difíciles peregrinaciones estaba seco y negro, de repente apareció lleno, blanco, hermoso y tratable, con el rostro tan sereno, como si estuviese en un dulce sueño, despidiendo un olor fragrantísimo: sus ojos, que cerró siempre con una perpetua mortificacion, se dejaron ver brillantes con un resplandor extraordinario; y su carne comprimida á fuerza de las intemperies, se notó

con un color y calor natural como si estuviese en lo mas florido de sus años. Los religiosos tuvieron algunos dias el venerable cadáver en el féretro, para satisfacer la devocion de los innumerables concurren-
tos que concurrieron á tributarle obsequios; y con una pompa jamás vista en Indias, digna de compararse con las demostraciones de los mayores triunfos, depositado en un arca, le dieron sepultura en su convento. A su entierro se hallaron el marqués de Montesclaros, virey de aquellos reinos, y D. Bartolomé Lobo Guerrero, arzobispo de Lima.

La fama pública de su santidad, y la continuacion de prodigios que cada dia se dignaba obrar el Señor por la intercesion de su siervo, hicieron venerarle desde luego por santo; pero como faltaba la aprobacion de la Santa Sede para autorizar este concepto, á nombre de la ciudad y senado de Lima, á cuyas súplicas se unieron todas las de las ciudades del Perú y religion franciscana, se instó á la Santidad de Urbano VIII, para la beatificacion y canonizacion de Solano. Este Papa despachó las correspondientes letras apostólicas para los procesos informativos; y resultando de ellos justificado plenamente el heroismo de sus virtudes, con multitud de milagros auténticos, que recopiló del mismo proceso en un libro Fr. Toribio Navarro, minorista, no teniendo en qué detenerse la sagrada Congregacion, le declaró beato el papa Clemente X en el dia 25 de enero del año de 1675; y canonizó después Benedicto XIII en el 27 de diciembre de 1726.

SANTA CRISTINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

El triunfo de santa Cristina, que refiere cási á la larga el Martirologio romano, es tanto mas digno de admiracion, quanto los mas inhumanos tormentos que padeci6 esta gran Santa á los diez años de su edad fueron por el ministerio de su mismo padre.

Nació en Tiro de Toscana, á las márgenes del lago de Volsena, poblacion de que no quedó el menor vestigio, por haber sido enteramente sumergida y como hundida en el mismo lago. Fue hija del gobernador de aquella ciudad, llamado Urbano, hombre furiosamente entregado á las supersticiones del paganismo, y por tanto enemigo capital del nombre cristiano. Aquel Dios que se complace de presentar de tiempo en tiempo en su Iglesia algunos prodigios de su infinito poder, escogió á una tierna doncellita de solos diez años para que por ella triunfase la fe en medio de una familia, acaso la mas celosa y la mas obstinada en los desvarios de la gentilidad.

Enfurecido el gobernador de Tiro contra los cristianos, los bus-

caba con exquisita diligencia, y los atormentaba con bárbara crueldad. Eran pocas las horas en que no se veían á sus piés algunos de estos generosos defensores de la fe, y pocos los días que en su tribunal no se hiciese algun interrogatorio. La misma sala donde tenia el tribunal fue la escuela en que la niña Cristina aprendió las primeras lecciones de nuestra Religión. Al principio se movió por sola curiosidad á informarse qué género de gentes eran aquellos reos que todos los días comparecían ante el tribunal de su padre, y en quienes observaba por una parte tanta modestia, y por otra un ansioso deseo de morir con una invicta constancia en medio de los mayores suplicios. Dijéronla que aquellos eran cristianos, los cuales no adoraban mas que á un solo Dios, haciendo el mayor desprecio de los ídolos; y porque después de la muerte esperaban otra vida mucho mas dichosa que esta, hacían tan poco caso de ella. Esta noticia superficial que la dieron del cristianismo aumentó en la niña la curiosidad. Asistía frecuentemente á los interrogatorios de los Mártires; y como la Gracia quería triunfar en ella, la ilustraba de manera que en breve tuvo una idea justa de nuestra Religión, acompañada de un ardiente deseo del martirio.

Proporcionóla tambien ocasion la divina Providencia para instruirse mas á fondo. Ayudáronla á esto mismo algunas señoras cristianas, facilitándola al mismo tiempo la dicha de recibir el santo Bautismo. Todo esto se hizo con el mayor secreto; pero el celo de Cristina le descubrió muy presto. Encontró un día ciertos ídolos de plata y oro que guardaba su padre con mucha veneracion; hizolos pedazos, y los distribuyó entre los pobres cristianos que perecían de miseria. Encendió la cólera del Gobernador una accion tan animosa; y olvidándose de que era padre, resolvió hacerla expiar con su misma sangre el que reputaba execrable sacrilegio.

Habia tiempo que Urbano tenia algunas sospechas de la mudanza de su hija; pero con este lance depuso todo género de duda. Llamóla á su presencia, y templando la cólera con alguna dulzura, la dijo: *No puedo creer, hija mia, que hayas cometido el delito de que te acusan: ¿será posible que tú hayas hecho pedazos nuestros dioses?— Por cierto,* respondió intrépidamente Cristina, *que serán unos dioses muy graciosos los que una niña como yo pudo hacer pedazos. ¿Y será posible, padre y señor, que vos habéis seriamente cuando tratáis de dioses unas figuras fabricadas á golpe de martillo, y de la misma materia que es el servicio de nuestra mesa?* No la permitió Urbano pasar mas adelante; antes ciego ya de cólera, y olvidando todos los movimien-

los de la naturaleza, la interrumpió diciéndola: *Bien veo, loquilla, que esos hechiceros de cristianos te han trastornado el juicio; pero por Júpiter te juro, que yo te le restituiré, ó te quitaré la vida.* — *Haced, señor, lo que quisiéreis*, respondió Cristina sin espantarse; *la vida me la podréis quitar, pero no me podréis quitar la fe de Jesucristo, mi divino Salvador, en quien espero me dará fuerzas para sufrir los mas crueles tormentos.* Fuera ya de sí el desapiadado padre, mandó llamar prontamente á los verdugos, y receloso de que la tratasen con blandura, hizo que á su presencia la despedezasen á azotes. Viéndola tan tranquila como si nada padeciese, ordenó que la rasgasen las llagas con garfios ó uñas de acero, sacándola á pedazos la carne del delicado cuerpo hasta que espirase.

Era espectáculo verdaderamente horroroso ver aquella inocente víctima nadando en su misma sangre, descarnado el tierno cuerpecillo hasta descubrirse los huesos, y en medio de todo levantar dulcemente los ojos al cielo sin dar la mas leve señal de dolor, rendir mil gracias al Señor de verse tan maltratada por su amor, y después recoger ella misma tranquilamente los pedazos de su carne, que estaban sembrados por la sala, y mostrárselos á su padre para moverle á compasion. Con efecto, no tuvo Urbano valor para ver por mas largo tiempo aquel horrible espectáculo en medio de su furor; y pretextando la queria reservar para mas crueles suplicios, se retiró, dando orden la cargasen de cadenas y la encerrasen en una espantosa cárcel. Favoreciola el cielo con tantos consuelos interiores, que olvidando presto cuanto habia padecido, se sintió abrasada en nuevos deseos del martirio.

No acertaba á comprender el desnaturalizado padre cómo podria sufrir mayores tormentos aquella tierna niña. Persuadiase que las incomodidades y el horror de la prision la abririan los ojos para conocer el lastimoso estado en que se hallaba, y que separada de los prestigios de todos los cristianos encantadores, á lo que él decia, la oscuridad y el silencio del calabozo, junto con el miedo natural de los tormentos, la ablandarian y la rendirian á la voluntad de su padre. Enviábala á la cárcel todos aquellos parientes suyos que le parecian mas á propósito para persuadirla á que le diese gusto; pero desengañado de que la niña cada dia estaba mas firme en su religion, y cada instante mas resuelta, y aun mas ansiosa de padecer el martirio, entró en una especie de furor, y volviendo á jurar por los dioses inmortales, exclamó: *No se ha de decir en el mundo que una rapaza de diez años me dió la ley, ni que estos hechiceros de cristianos*

triunfan de nuestros dioses en medio de mi propia familia : yo veré si sus hechizos pueden mas que mis tormentos, y si la paciencia de una hija ha de hacer burla de la cólera de un padre. Mandó, pues, aquel tirano, mas cruel que las mismas fieras, que atasen á Cristina á una rueda untada de aceite, y que continuamente la moviesen al rededor sobre un gran brasero de fuego, para que se fuese tostando poco á poco : suplicio á la verdad extraordinario ; pero tambien fue extraordinario el prodigio, porque dispuso el Señor que la santa niña no sintiese el mas leve dolor, y que encendiéndose el brasero en hoguera, se extendiese repentinamente la llama, y que consumiese á muchos de los gentiles, que movidos de curiosidad habian concurrido á la novedad del tormento.

Pero el bárbaro padre, léjos de rendirse á tantos prodigios, se hizo mas inhumano, y se obstinó mas y mas. Avergonzado de ceder á una niña, mandó que la volviesen á encerrar en el calabozo, mientras él discurría algun otro tormento de nueva invencion. Luego que Cristina entró en el calabozo, se la apareció un Ángel mas resplandeciente que el sol, y asegurándola de la proteccion del cielo, la curó instantáneamente de todas sus heridas.

Informado Urbano del nuevo prodigio, y llamando sin dilacion á los verdugos, les mandó que atándola al pescuezo una pesada piedra, la arrojasen inmediatamente en el lago para que no quedase memoria de ella. Ejecutóse con prontitud la orden del Gobernador ; pero tambien se cumplió la promesa hecha á Cristina. Al arrojarla en el lago, aquel mismo Ángel que se la apareció en la prision se halló junto á ella, y la condujo sin lesion á la orilla opuesta. Este milagro apuró toda la resistencia de Urbano ; apoderóse la rabia de su soberbio corazon ; y de tal manera se le alteraron todos los humores, que la mañana siguiente le hallaron sofocado en la cama á violencia de la cólera. Mas sintió la Santa la desdicha de su padre, que cuantos tormentos habia padecido ; mas no por eso titubeó su fe, ni se inmutó su constancia.

El Gobernador que sucedió á Urbano, llamado Dion, excedió aun á la crueldad de su predecesor. Persuadióse con seguridad que rendiria el inaudito teson de la santa niña ; y no queriendo creer ninguna de las maravillas que contaban no dudó que muy en breve la venceria. Mandó, pues, disponer cierta especie de cuna de hierro llena de aceite hirviendo mezclado con pez, y dió orden de que tendiesen en ella á Cristina ; pero la misma niña por sí propia se acostó en aquella cama ó estanque de fuego con la mayor serenidad, constancia

y resolucion, que dejó atónitos á los gentiles. No la engañó su confianza en Jesucristo, porque haciendo la señal de la cruz, se halló como si estuviera en un baño regalado y delicioso; de manera, que lanzando un dulce suspiro, dijo á los verdugos: *Bien haceis en meterme en una cuna como á niña recién nacida, pues aun no ha un año que nací á la gracia por el Bautismo, el cual es una milagrosa regeneracion.* Parecióle al Gobernador que este era insulto hecho á su misma persona; mandó que la llevasen al templo de Apolo y que á fuerza la hiciesen ofrecer incienso al simulacro. Concurrió todo el pueblo á ver en qué paraba aquel forzado sacrificio; pero no bien entró en el templo la tierna doncellita cuando el ídolo cayó precipitado al pié del altar, y se redujo á polvo, y en el mismo instante el Gobernador tambien cayó redondo de su silla y quedó muerto. Espantados los verdugos, dejaron á la Santa, y postrados á sus piés confesaron á gritos, que no habia otro verdadero Dios sino el de los Cristianos. Mezcláronse con sus voces las de mas de tres mil gentiles que se convirtieron y pidieron el Bautismo.

Hizo gran ruido este asombroso suceso. Pusieron á Cristina en libertad, y hasta que vino nuevo Gobernador, no se veia otra cosa en la ciudad que nuevas conquistas para Jesucristo. Llegó, en fin, Juliano, sucesor de Dion, y luego le informaron de todo lo que habia pasado, siendo el asunto mas comun á las conversaciones y á la admiracion de toda la provincia. Creyó sin la menor duda, segun la opinion popular, que todos aquellos portentosos sucesos que se atribuian al poder del Dios de Cristina, no eran otra cosa que artificios y encantamientos de los Cristianos, ó efecto de la magia que todos profesaban. Espantóle sobre todo la muerte repentina de sus dos predecesores; pero le irritó mas el desprecio en que se hallaban los dioses de Tiro, especialmente desde que el ídolo de Apolo habia caido al suelo y se habia hecho polvo. Mandó prender á Cristina, hízola traer delante de sí, y sin otra formalidad la dijo de repente: *Niña, una de dos, ó sacrificar inmediatamente á nuestros dioses, ó ser luego arrojada en un horno encendido.* Respondióle la Santa en tono firme y preciso, que ella solo sacrificaba al verdadero Dios; y ordenó el Gobernador que sin dilacion la arrojasen en el horno que ya estaba preparado. El Señor, que parecia haber escogido aquella santa doncellita para hacer en ella ostentacion de su poder renovó en Tiro el milagro de los tres niños de Babilonia. Cinco dias estuvo Cristina en el horno, que continuamente estaban cebando, sin que las llamas tocasen ni á uno solo de sus cabellos, pasando todo este tiempo en ben-

decir al Señor, y en cantar sus alabanzas. Añaden las actas de su martirio que rabioso el tirano por verse vencido por una niña tan tierna, acudió á un mago de profesion, el cual le aconsejó que la mandase encerrar en un lóbrego calabozo lleno de víboras, de serpientes y de escorpiones, asegurándole que luego la morderian, y acabarian con ella; pero ninguno de aquellos ponzoñosos animales se atrevió á tocar á la que habian respetado las llamas; y como no cesase de cantar alabanzas al Señor, mandó el tirano que la cortasen la lengua. Perdióla por Jesucristo, mas no perdió el uso de ella; sin lengua cantaba mas alto, y con mayor claridad aquellas bellas palabras de David (*Psalm. xciii*): *Nuestro Dios está en el cielo, y desde allí gobierna todo el universo con absoluto poder. Por el contrario los idolos de los gentiles son unos pedazos de oro y plata, obra de las manos de los hombres.* Aun hizo mas impresion que todos los antecedentes este nuevo prodigio, y acudió toda la ciudad á ser testigo de esta maravilla. Corrido el Gobernador de no haber salido con su intento, y apurados todos sus artificios, mandó que atasen á la Santa á un grueso tronco, y que allí fuese asaeteada hasta que espirase.

Estando en este suplicio sintió Cristina avivársela el deseo de poseer cuanto antes en el cielo á aquel Dios por cuyo amor combatia tan gloriosa y tan constantemente en la tierra, y suplicó al Señor la concediese la corona del martirio, por la cual suspiraba con tanta ansia. Fue oida su peticion, y á las primeras flechas que la dispararon rindió su dichoso espíritu al Criador, y fué á recibir el premio debido á tantos combates y á tantos triunfos. Sucedió esta preciosa muerte el dia 24 de julio, y desde entonces fue venerada santa Cristina como una de las mas ilustres Mártires de la Iglesia. Los Cristianos enterraron su cuerpo, que después fue trasladado de Toscana á Palermo de Sicilia, donde nuestra Santa es singularmente reverenciada como una de las mas principales patronas de la ciudad.

La Misa es en honra de santa Cristina, y la Oracion la que sigue:

Indulgentiam nobis, quaesumus, Domine, beata Christina, virgo et martyr imploret, quae tibi gratia semper extitit, et merito castitatis, et tuae professione virtutis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste Señor, nos alcance el perdon de nuestros pecados la intercesion de la bienaventurada vírgen y mártir Cristina, que tanto te agradó, así por el mérito de su castidad, como por la ostentacion que hizo su constancia de tu infinito poder. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo LI del Eclesiástico, pág. 401.

REFLEXIONES.

Todos fuimos criados para el cielo, donde el Señor nos preparó á todos un lugar. ¿Qué priesa nos damos, ni qué ansia tenemos por aquella felicísima mansion? No hay medio; ó cielo, ó infierno. Si no fuera Dios nuestra soberana dicha, será nuestra mayor infelicidad. Espantosa disyuntiva que nos da bien á conocer la necesidad de la salvacion. Todos somos ciudadanos del cielo; pues ¿qué atractivos podemos hallar en la tierra? El mayor de los males es la muerte eterna del alma; podémosle evitar con la gracia del Señor. ¡Qué materia mas justa de nuestras oraciones! Reina el orgullo imperiosamente en el mundo; de aquí nace el fausto, la profanidad, el aparato, la ostentacion, la altanería y la fiereza; pero este reino se acaba con la vida; y ¿qué produce ese espíritu de mundo á la hora de la muerte? Los buenos sufren con paciencia en este destierro el reino de los soberbios; esto es, de los mundanos, que siendo enemigos de Cristo y del Evangelio, hacen continua guerra á la virtud. ¡Con qué indignidad se trata hoy en el mundo á la virtud cristiana! ella es el asunto de las insulsas zumbas de los disolutos; pero el Señor la protege, y nada tiene que temer. Ejercitan los impíos la virtud de los buenos, es verdad; pero no les pueden dañar: toda su malicia se reduce á purificarlos mas, y á aumentarles el mérito. Cuando solo se pide á Dios aquello que es de mayor gloria suya y provechoso para la salvacion, siempre se logra buen despacho. ¿Podemos hacer mejor ni mas preciosa peticion? Vivimos en país enemigo; el mundo es nuestro destierro, region de llantos, y estamos sentados á las orillas del rio de Babilonia. Con la memoria de la Jerusalem celestial lloraban incesantemente los Santos; la multitud de los peligros los tenia en continua vigilancia para librarse de tantos lazos. Toda su confianza la colocaban en Dios, y en este tiempo de iniquidad todo su valor consistia en su confianza. Librólos Dios de la perdicion sacándolos de tantos peligros. ¿Quién tendrá la culpa de que nosotros no experimentemos la misma proteccion, y de que no tengamos el mismo motivo para rendirle por toda la eternidad incesantes gracias? No nos arrojemos aturdidamente á los peligros; tengamos una sincera voluntad de agradar á Dios; sirvámosle con fidelidad; considerémonos en la tierra como en un destierro; suspiremos continuamente por nuestra patria celestial; pongamos toda nuestra confianza en

Jesucristo , y tendrémolos la dicha de bendecirle eternamente , y de cantar sin cesar sus alabanzas.

El Evangelio es del capítulo XIII de san Mateo, pág. 176.

MEDITACION.

De la salvacion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la salvacion eterna es aquel tesoro escondido, cuyo valor ignoran muchos haciendo poca reflexion de su importancia, al mismo tiempo que los prudentes lo sacrifican todo por lograrle. No tenemos negocio que nos importe mas, ni podemos aspirar á mayor fortuna.

Del buen ó mal suceso de este negocio depende ser eternamente felices, ó eternamente desdichados. Todos los demás solo se nos permiten en cuanto nos ayudan á salir bien con este. Perdido este negocio, todo se perdió; pues se perdió para nosotros sin recurso el mismo Dios, que encierra todos los bienes.

Es, pues, mi salvacion un gran negocio; y tan grande, que no es posible otro de mayor consecuencia, ni que me interese mas. Un gran negocio de tal manera se sorbe todos los demás, que apenas deja tiempo para pensar en ellos. Cuando se sale bien en aquel, es fácil consolarse en la pérdida de los otros. Para hacer un gran negocio á nada se perdona; destreza, amigos, empeños, diligencias, razones, todo se pone en movimiento; sacrificanse á su logro las diversiones, la quietud, y hasta los mismos bienes. ¿Hacemos otro tanto por el negocio de la salvacion?

Este es mi principal negocio; todo se debe dirigir á él, y á él debe ceder todo. Pero ¡ah, que él cede á todo lo demás! ¿nos ocupa mucho este gran negocio? ¿es la salvacion el objeto de nuestros deseos, de nuestras acciones, de nuestros pensamientos? ¡Espantoso desórden! apenas se considera la salvacion como negocio; no hay cosa mas olvidada. Y ¿no seria un portento que procediendo de esta manera lográramos la salvacion?

No tenemos cosa mas indispensable que esta. Que se haya perdido una batalla, que se haya perdido todo un reino; paciencia: que se haya perdido una rica herencia, un pleito, un grande empleo; paciencia: que se hayan perdido todos los bienes, la salud, la misma vida; paciencia: nos resta el consuelo de salvarnos; este es nuestro recurso; pero ¿qué consuelo restará al que se condenó?

No es absolutamente necesario que yo sea rico, ni poderoso, ni hábil; pero es absolutamente necesario que me salve. Mira si hay alguna otra cosa que te sea mas necesaria, ni aun tanto. Pero ¿lo hemos creído así? Cuando apenas hago nada por mi salvacion, y no haciendo por ella mas de lo que hago, ¿creo seriamente que no hay para mí otra cosa mas necesaria? ¿creo que el que se condena se condena para siempre?

Y bien, Señor, ¿cuál será mi suerte á vista de mi conducta? ¿me salvaré? ¿qué responderia yo á otro, que viviendo como yo vivo, me preguntara si se salvaria?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la salvacion no solo es nuestro grande y nuestro principal negocio, sino nuestro negocio personal, el único que es rigurosamente nuestro. Haciendo tal negocio, consiguiendo tal cargo, cultivando tal posesion, ganando tal pleito, en rigor se hace el negocio de los hijos ó de los herederos; se hace el negocio de otros; solo en salvarme hago el negocio propio; es tan mio, que ninguno otro le puede hacer por mí. Pero ¿he trabajado mucho en él? ¿está muy adelantado?

Si al salir de este mundo todo lo has hecho bien menos tu salvacion, nada hiciste para tí: tus amigos, tus herederos, tus parientes, por quienes tanto afanaste, y acaso á costa de tu salvacion, ¿te resarcirán esta pérdida? ¿te podrán servir de mucho? al contrario, si hiciste tu salvacion, aunque hubieses desacertado todo lo demás, hiciste para siempre tu fortuna, nada te afligirá, ni te restará mas que hacer. Mi Dios, ¿dudamos por ventura de esta verdad? Pero si la creemos, ¿cómo se puede componer con nuestra fe nuestra inaccion, nuestra indiferencia y nuestra insensibilidad?

El negocio de la salvacion es delicado; no le hay mas espinoso, ni que pida mas atencion. ¡Cuántos enemigos hay que combatir, cuántos estorbos que vencer, cuántos lazos que evitar! En esta vida todo es peligro, todo es tentacion. Es preciso orar y velar sin intermision, y hacerse continua violencia. El camino que conduce al cielo es angosto: en él, por decirlo así, nacen las espinas debajo de los piés. No es vida cristiana la que no es humilde, inocente y mortificada. Esta es la filosofía de Jesucristo; pero ¿es tambien la nuestra?

Díonos Dios toda la vida única y precisamente para trabajar en el negocio de nuestra salvacion: juzgó que toda ella era necesaria para hacer bien este grande negocio; pero ¿nosotros hacemos el mismo juicio? ¿cuánto tiempo empleamos en él? ¡Ó Dios! tenemos por

lo menos certeza moral de que no trabajamos en nuestra salvacion; la fe, la palabra de Jesucristo, nuestra misma razon nos está dictando que sin remedio nos condenaremos si continuamos en vivir como hasta aquí; ¡y sin embargo perseveramos tranquilos en nuestra delicada ociosidad! Esta seguridad ¿en qué se fundará?

Dios mio, si estas reflexiones que hago, ó por mejor decir, si la gracia que me concedéis de que las haga no me mueve á trabajar sin dilacion y seriamente en el negocio de mi salvacion, ¿qué podré esperar? Pero todo lo espero de vuestra misericordia. Vos quereis mi salvacion; yo quiero sinceramente salvarme; pues ¿quién tendrá la culpa si no me salvo?

JACULATORIAS. — Tuyo soy, Señor, sálvame. (*Psal. cxviii*).

Trabaja, corre hasta conseguir el premio. (*I Cor. ix*).

PROPÓSITOS.

1 No hay en nuestra Religion verdad mas reconocida de todos; pero acaso tampoco hay otra que nos haga menos fuerza. Confiésase ingenuamente que nada se ha hecho; pero ¿de qué sirve esta confesion? ¿se hace no mas que por hacernos mas culpados? Se conoce, se palpa que no se ha dado principio á trabajar en el importante negocio de la salvacion; mientras tanto el dia va bajando, y se inclina ya hácia el ocaso; pero ¿qué diligencias se practican? ¿qué medidas se toman? De buena fe: ¿esta es impiedad ó locura? Ciertamente es uno y otro. Sé mas racional y mas cristiano. Tu conciencia te reprende tu inaccion; no se pase este dia sin dar pruebas de tu celo. ¿Tienes que hacer alguna restitucion, ó que perdonar alguna injuria? ¿subsisten aun los lazos que formó la pasion? ¿hay alguna ocasion que cortar, alguna víctima que degollar? Haz luego y antes que se pase el dia este necesario sacrificio. Visita á aquella persona con quien estás de esquina; restituye sin dilacion lo que no es tuyo, ó á lo menos comienza á restituirlo, tomando para eso todos los medios conducentes: acaso tendrás necesidad de hacer una confesion extraordinaria; no la dilates para la Pascua, hazla luego, ó por lo menos comienza desde hoy á disponerte para ella. Ese juego, esas compañías, esas frecuentes entradas, esos espectáculos sirven de estorbo á tu salvacion; pues ten el consuelo de haberlo cortado y reformado todo antes que se pase el dia, de modo que puedas decir á la noche: esto es lo que yo hice hoy por salvarme.

2 Siendo preciso que todas nuestras acciones se dirijan á nues-

tra salvacion, has de disponer hoy mismo el plan de vida que has de seguir, ó por lo menos le has de volver á leer si ya le tuvieres dispuesto. Son inútiles las reglas de gobierno si no se observan. Ten siempre á la vista este oráculo de Jesucristo: *Porro unum est necessarium*: una sola cosa es necesaria. Despierta luego, y sal de ese letargo en que has vivido hasta aquí acerca de tu salvacion. Ten alguna conferencia sobre este asunto con tu director, ó con alguna persona de virtud y de confianza. Se consultan los negocios temporales con las personas mas hábiles; ¿y no merecerá el negocio de la eternidad y de la salvacion aquel cuidado, aquella aplicacion que se dedica á un negocio de ninguna importancia? Los hijos del siglo son siempre mas prudentes y mas hábiles en sus negocios que los hijos de la luz.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

SANTIAGO, apóstol, hermano de san Juan Evangelista, el cual fue degollado por Herodes Agripa cerca de la Pascua. Sus sagradas reliquias fueron trasladadas de Jesusalen á España tal dia como hoy, y se guardan á un extremo de ella en Galicia con muy singular veneracion de aquellos naturales, y gran concurrencia de fieles cristianos que por devocion y por voto van á visitar el sepulcro del santo Apóstol con gran concurso. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN CRISTÓBAL, mártir, en Licia; el cual en tiempo de Decio fue magullado con varas de hierro, metido en un horno de fuego, del cual salió milagrosamente sin lesion, asateado, y últimamente degollado. (*Véase su vida en las del dia 10 de julio*).

SAN CUCUFATE, mártir, en Barcelona en España; el cual en la persecucion de Diocleciano padeció crueles tormentos por mandato (*de los vicarios*) del presidente Daciano, hasta que degollado voló victorioso al cielo. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN PABLO, mártir, en Palestina; el cual en la persecucion de Maximiano Galerio fue condenado á muerte por el presidente Firmiliano, y habiendo conseguido que le diesen un breve espacio para hacer oracion, rogó con todo su corazon á Dios, primero por sus compatriotas, después por los judíos y gentiles para que reconociesen la verdad de la fe, por la muchedumbre que le miraba, por el juez que le habia condenado, y por el mismo verdugo que habia de degollarlo, y dando su cabeza recibió la corona del martirio.

SANTA VALENTINA, vírgen, en el mismo país; la cual, siendo llevada delante del ara para que sacrificase á los ídolos, la derribó por el suelo, por lo cual fue cruelmente atormentada; y arrojada después á una hoguera, juntamente con otra vírgen compañera suya, voló á su Esposo.

LOS SANTOS MÁRTIRES FLORENCIO Y FÉLIX, en Furcone en el Abruzzo, naturales de Siponto.

SAN TEODOMIRO, monje y mártir, en Córdoba. (*Véase su vida hoy*).

SAN MAGNERICO, obispo y confesor, en Tréveris.

SANTIAGO APÓSTOL, LLAMADO EL MAYOR.

Santiago, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia, se llama el Mayor porque fue llamado al apostolado antes que el otro Santiago, hijo de Alfeo, y obispo de Jerusalem, que por esta misma razon se llama el Menor, y su fiesta se celebra el dia primero de mayo.

Nuestro Santiago el Mayor fue hijo del Zebedeo y de María Salomé, y hermano mayor de san Juan Evangelista. Nació en Betsaida, ciudad de Galilea á dos leguas cortas de Cafarnaum, situada sobre la orilla septentrional del lago de Genesareth, llamado tambien el mar de Tiberíades. Créese que tenia diez ó doce años mas que el Salvador del mundo, y su hermano Juan seis años menos. Vivian con su padre en Betsaida, patria de entrambos, como tambien de san Pedro, de san Felipe y de san Andrés. Eran de oficio pescadores, aunque Orígenes llama barqueros á Santiago y á san Juan, porque tenian un barco ó una barca propia en que pescaban á las órdenes de su padre; pero san Pedro y san Andrés son llamados simplemente pescadores, porque no teniendo barca ni barco propio, pescaban á jornal para otro patron ó maestro de pescar.

Su madre Salomé, una de las primeras mujeres que siguieron á Cristo, era muy piadosa, y por lo mismo era tambien virtuosa toda su familia, la cual no dejaba de distinguirse por su virtud, á pesar de su humilde condicion. San Epifanio es de sentir que Santiago era discípulo de san Juan Bautista, y que fue aquel á quien su maestro envió con la embajada al Salvador. Sea de esto lo que fuere, es cierto que luego que el Hijo de Dios comenzó á predicar, Santiago y san Juan fueron los que se dieron mas prisa por oirle, aunque no le siguieron hasta algunos meses después.

Estaban un dia los dos hermanos en el barco con su padre, y todos estaban muy tristes, porque habiendo trabajado toda la noche nada habian pescado, cuando llegó el Señor á la orilla del lago acompañado de una inmensa multitud de gente que le seguia. Por librarse de la opresion se metió en el harco donde estaba Pedro, y mandándole hacerse á mar alta, le dijo echase las redes con toda confianza. Cayó tanta pesca, que se rompian las redes, y llamaron en su socorro á los que estaban en el barco mas inmediato. Eran estos Santiago y Juan, con los que pescaban á sus órdenes. Acudieron prontos, y se llenaron tanto los dos barcos, que faltó poco para que ambos fuesen á fondo. Atónitos de este prodigio, llevaron los barcos

á tierra, y resolvieron dejarlo todo por seguir á Jesucristo, como con efecto lo ejecutaron muy presto.

Caminaba un dia el Salvador por la orilla del lago de Genesareth, y llamando á Pedro y á Andrés, les mandó que le siguiesen. Un poco mas adelante vió á Santiago y á Juan dentro del barco con su padre el Zebedeo, los cuales todos estaban componiendo las redes; díjoles lo mismo que á Pedro y á Andrés, y los dos hermanos le siguieron con tanta prontitud, que ganaron el corazon del Señor. Sin detenerse un momento dejaron las redes, el barco, los compañeros que ganaban la vida con ellos, y á su mismo padre; obediencia pronta y generosa, que junta á tan perfecto desasimiento, contribuyó no poco al particular amor que en todas ocasiones mostró Cristo después á los dos hermanos.

Desde luego conocieron todos que Santiago era uno de los discípulos mas favorecidos. Pocos milagros hizo el Salvador de que él no hubiese sido testigo. Hallóse presente cuando sanó á la suegra de san Pedro. En la resurreccion de la hija de Jairo, príncipe de la sinagoga, tambien quiso el Hijo de Dios que le acompañasen san Pedro, Santiago y san Juan, tres discípulos particularmente amados suyos. á quienes por todo el discurso de su vida distinguió con singulares demostraciones de amor y de ternura.

Fue muy especial la que les manifestó en el Tabor, llamándolos para testigos de su gloriosa transfiguracion. Esta eleccion para mostrarles una parte de su gloria, fue la mayor distincion que habia hecho de ellos desde que estaban en su divina escuela. A vista de tan repetidos testimonios de la preferencia que lograban en los cariños del Señor, se alentaron ellos y su madre á una pretension que no los acreditaba de muy perfectos, manifestando bien que hasta la venida del Espíritu Santo no formaron concepto adecuado y justo de las verdades y de las máximas espirituales de la Religion. Acababa de decirles el Salvador que los doce Apóstoles se habian de sentar en doce tronos para juzgar las doce tribus de Israel; pero no les habia expresado quiénes habian de estar mas cerca de su persona. No ignorando la madre de Santiago y de san Juan el particular cariño que mostraba siempre á sus dos hijos, la pareció que le podia pedir con toda confianza los dos primeros tronos para ellos. Presentóse, pues, ante el Señor la buena mujer en medio de los dos hijos, y adorándole con toda reverencia, le dijo que tenia que pedirle una gracia. Habida licencia, añadió: *Señor, todos tres os hacemos una misma peticion; esta es, que cuando esteis en vuestro reino dispongais que uno de mis hi-*

jos se siente á vuestra mano derecha, y el otro á la siniestra. No contestó el Salvador derechamente á la madre, sabiendo muy bien que hablaba en nombre de sus hijos; y así, dirigiendo á estos la palabra sin reprenderles su ambicion, se contentó con instruirlos, dándoles en esta ocasion aquella admirable leccion de la humildad, que es el fundamento del verdadero mérito, y asegurándoles que si querian ser los mayores en el reino de los cielos, era menester que bebiesen primero su cáliz, y que se hiciesen pequeños y humildes en este mundo.

Aunque el celo de los dos hermanos no era todavía el mas puro ni el mas arreglado, no por eso era menos ardiente ni menos tierno el amor que profesaban á Jesucristo. Cerca de seis meses antes de la pasion, caminando por Galilea á Judea, quiso entrar en un pueblo de Samaria, cuyos habitantes le cerraron las puertas por saber que iba á Jerusalem, lo que no podian tolerar los samaritanos después del cisma. Irritados Santiago y san Juan á vista del desaire que se hacia á su Maestro, le dijeron que si les daba licencia harian bajar fuego del cielo para exterminar aquellos insolentes. Reprimió el Salvador su demasiado ardimiento, enseñándoles que el espíritu del Evangelio que les anunciaba no era de rigor como el de la ley de Moisés, sino espíritu de dulzura y de caridad; y aun se cree que cuando dió á los dos hermanos el nombre de *Boanerges*, que quiere decir *hijos del trueno*, aludia al ardor y á la fogosidad de su impetuoso celo.

Grande fue sin duda el favor que hizo el Señor á Santiago en escogerle para testigo de las glorias del Tabor; pero no fue menor el que le dispensó llevándole tambien para que lo fuese en las agonías del huerto. Fue este bienaventurado Apóstol uno de los tres que acompañaron al Salvador en el monte de las Olivas para servirle, digámoslo así, de consuelo en aquella mortal tristeza; queriendo el Señor hacer con él esta nueva demostracion de su ternura hasta el dia antes de su muerte; pero de mayor consuelo fueron las que hizo después de su gloriosa resurreccion. Hallóse presente Santiago á todas sus frecuentes apariciones, teniendo parte en las instrucciones y en las pruebas de bondad que dió el Salvador á sus discípulos.

Después que los Apóstoles recibieron al Espíritu Santo, ninguna cosa fue capaz de contener el celo de Santiago. Corria las ciudades, villas y aldeas de la Judea para anunciar á sus hermanos la fe de Jesucristo. Es constante y muy autorizada tradicion de todas las iglesias de España, que Santiago fue su primer apóstol; y que antes que los Apóstoles se separasen para anunciar el Evangelio en todo el uni-

verso, viendo que después de la muerte de san Esteban no se podia predicar á Jesucristo en la Judea, Santiago se embarcó, pasó los mares, y llevó á España las primeras luces de la fe. Venérase aun en Zaragoza el sagrado pilar sobre el cual la devota piedad cree con grandes fundamentos que se le apareció la santísima Virgen, estando aun en vida mortal esta Señora, y le mandó fabricar en aquel mismo sitio una capilla dedicada á su santo nombre; asegurándole tomaba desde luego debajo de su especial patrocinio una nacion que hasta el fin de los siglos habia de ser muy devota suya. Después volvió Santiago á Judea, donde trabajó con extraordinario celo en anunciar la fe de Jesucristo. Por su elocuencia, por su valor, por la fuerza de sus razones, y por la milagrosa mocion que acompañaba á sus discursos, confirmado, sostenido y autorizado todo con mucho número de milagros, hizo grandes conversiones.

Alborotóse toda la nacion á vista de tantas maravillas, y se amotinó furiosamente contra Santiago. Hicieron los judíos todo lo que pudieron para perderle. Valiéronse de dos famosos magos, Filetes y Hermógenes, que prometieron convencerle y desacreditarle delante de todo el pueblo con sus artificios; pero sucedió todo lo contrario: luego que el Santo habló se convirtió Filetes, y Hermógenes quedó convencido del ningun poder de sus encantos, y de la maravillosa virtud del Apóstol.

Pero los judíos principales no por eso depusieron su encono ni su animosidad. Un dia que hablaba al pueblo con grande fuerza acerca de la divinidad de Jesucristo, probándola con el cumplimiento de las profecías, echaron mano de él, y después de haberle maltratado le llevaron á Herodes Agripa, rey de Judea, nieto del que hizo morir á los Inocentes, y sobrino del otro Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, que quitó la vida á san Juan Bautista.

Era Agripa poco grato á los judíos, y habia tiempo que solicitaba ocasion de hacerles algun gusto para congraciarse con ellos. Parecióle no la podia lograr mas oportuna que la de sacrificar á su odio al que consideraban como cabeza de la religion cristiana, y por uno de los mas celosos discipulos de Jesucristo. Sin otras pruebas le sustentó su causa, y le sentenció á que le cortasen la cabeza. San Clemente Alejandrino, que floreció al fin del segundo siglo, asegura que el judío que le prendió, viendo la generosidad con que confesaba á Jesucristo se sintió tan movido, que confesó era tambien cristiano, y que por esta confesion fue condenado al mismo suplicio. Cuando los conducian al lugar destinado para la ejecucion, el nuevo confesor de

Jesucristo se arrojó á los piés del santo Apóstol, y le pidió perdon. Abrazóle Santiago tiernamente, y le dijo: *La paz sea contigo*; de donde quieren decir tuvo principio la ceremonia que usa la Iglesia en el santo sacrificio de la misa, valiéndose de las mismas palabras para dar la paz al pueblo antes de la Comunión. Llegados al lugar del suplicio, Santiago hizo oracion, dando gracias al Señor por la honra que le hacia de que derramase su sangre por la gloria de su nombre, y que fuese el primer Apóstol que padeciese el martirio por su santo amor. Sucedió el año 44 de Jesucristo; hácia el tiempo de la Pascua, y fue degollado en compañía del otro que entró á la parte en la misma corona. Afirma san Epifanio que Santiago fue perpetuamente vírgen como su hermano san Juan, y que por esta razon merecieron los dos el singular amor que el Salvador les profesó.

Después de la muerte del Apóstol, que sucedió en Jerusalem, los Cristianos enterraron su cuerpo en la misma ciudad, donde se asegura estuvo poco tiempo; y se cree que los discípulos que le vinieron siguiendo desde España retiraron el santo cuerpo, y embarcándose con él aportaron á Iria Flavia, pueblo de Galicia, donde estuvo oculto aquel precioso tesoro todo el tiempo que duró la inundacion de los bárbaros hasta el principio del siglo IX. Entonces se descubrieron milagrosamente las santas reliquias en tiempo de D. Alfonso el Casto, rey de Leon, aliado de Carlo Magno. Aquel piadoso Monarca las hizo trasladar á Compostela; y para autorizar mas un lugar que ya era célebre en el universo por la devocion y concurso de los fieles, el papa Leon III trasladó la silla episcopal de Iria á Compostela, á donde continúa la concurrencia de peregrinos y extranjeros de todo el mundo cristiano después de ochocientos años, publicando lo mucho que puede con Dios el santo Apóstol; de manera, que después de la peregrinacion á Jerusalem y á Roma, no hay otra mas solemne en toda la cristiandad.

Gloríanse algunas iglesias de Francia de poseer alguna parte de las reliquias de nuestro grande Apóstol, y aun alguna pretende ser depositaria de su sagrado cuerpo; pero los mismos franceses desprecian esta pretension acreditándolo con los innumerables peregrinos que de toda aquella nacion, mas que de alguna otra, concurren cada año en tropas á Compostela. No caben en el guarismo las singulares gracias que España ha recibido siempre de este gran Santo. Sobre todo reconoce deberle las victorias mas señaladas que ha conseguido de los enemigos de la Religion; y después de Dios recurre continuamente á su proteccion en todas las públicas calamidades.

En Jerusalem, á trescientos pasos de la puerta de Sion, hay una iglesia dedicada á Santiago, siendo una de las mas hermosas y mas capaces de aquella santa ciudad. La cúpula que está en medio se eleva y se sostiene sobre cuatro grandes pilares, rasgada en la parte superior con dilatadas claraboyas, á manera de la del Santo Sepulcro, que la llenan de extraordinaria claridad. Vense de frente hácia la parte oriental tres magníficos altares, seguidos unos de otros; y á mano izquierda como se entra por la nave hay una capillita en el mismo sitio donde se cree fue degollado el Apóstol por mandado de Herodes, porque antiguamente era la plaza del mercado. Pertenece esta iglesia á los armenios, que tienen allí un monasterio con un obispo, y con doce ó quince monjes para celebrar los divinos oficios. Dicese que así la iglesia como el monasterio son fundacion de los reyes de España para hospedar á los peregrinos españoles. Hay en España la Orden militar de Santiago, fundada por el rey D. Fernando II el año de 1175. Llámase por su excelencia *la Noble*, y disputa la antigüedad con la de Calatrava; tiene tres grandes prioratos, el de Castilla, el de Leon y el de Montalban, con otras ochenta y cinco encomiendas, y el Rey es el gran maestro de la Orden.

HIMNO.

*Defensor alme Hispaniae,
Jacobe, vindex hostium,
Tonitruum quem filium
Dei vocavit Filius.*

*Huc coeli ab altis sedibus
Converte dexter lumina,
Audique laeti debitas
Grates tibi quas solvimus.*

*Grates refert Hispania,
Felix tuo quae nomine,
Te gloriatur jugiter
Dignata sacris ossibus.*

*Tu, caeca nox atque impia
Nos cum teneret vanitas,
Lucem salutis primitus
Oris Iberis impetras.*

*Tu, bella cum nos cingerent,
Et visus ipso in praelio,
Equoque et ense acerrimus
Mauros furentes sternere.*

Defensor de la España esclarecido,
Santiago, vengador del Mahometano,
A quien Dios, el Hijo soberano,
Hijo del trueno dió por apellido:

Desde las altas sillas de la gloria
Convierte acá tus ojos favorable,
Y las debidas gracias oye afable,
Que cantamos con gozo en tu memoria.

Gracias te rinde España reverente
Con tu nombre feliz y afortunada;
Y con tus salvos huesos ilustrada
Alabanzas te da perennemente.

Cuando la oscura noche y la perversa
Vanidad poseia nuestra España,
Por tí con su candor la ilustra y baña
La luz mas saludable, pura y tersa.

Hallándonos con guerras oprimidos,
Te viste, formidable en la batalla
Con caballo y alfanje, la canalla
De moros destrozár enfurecidos.

*Freti tui nos pignore,
Largum tuo te munere
Rogamus omnes, ut tuæ
Spe protegas praesentiae.*

*Deo Patri sit gloria,
Ejusque soli Filio,
Cum Spiritu Paraclito
Et nunc, et omne in saeculum.
Amen.*

Confiados en tus prendas y clemencia,
Pedimos con afecto fervoroso,
Que como liberal y dadivoso
La esperanza nos des de tu presencia.

Sea gloria á Dios Padre omnipotente,
Al Hijo singular de él engendrado,
Y al mas divino Amor, nuestro Abogado,
Por los siglos sin fin eternamente.
Amen.

SAN CUCUFATE, MÁRTIR.

Fue san Cucufate, ó san Culgat, como le llaman en Cataluña, otro de los muchos Santos que habiendo nacido en regiones extrañas, con su ejemplo y predicacion ennoblecieron nuestra Península, y últimamente con haber salido de ella para el cielo. Nacieron él y Félix, no hermano, como algunos han dicho, sino compañero suyo, de padres nobles y ricos en África en la ciudad Scilitana, de donde tomaron nombre los doce Mártires Scilitanos cuya fiesta celebra la Iglesia el dia 17 de julio. Donde hoy está Argel habia en lo antiguo otra ciudad llamada Cesarea, de la cual se llamó Cesariense aquella parte de la Mauritania. A ella fueron enviados á estudiar estos dos santos mozos, por la fama que tenia de florecer en letras. Mas oyendo el furor con que los emperadores Diocleciano y Maximiano perseguian en Occidente la Iglesia, con ánimo esforzado determinaron venir á España en busca de la persecucion que en ella ardía, y en una nave cargada de ricas mercaderías llegaron á Barcelona, donde se juntaron con los demás cristianos, y después de haber distribuido todos sus bienes á los pobres, concertaron entre sí, que Félix se fuese á Gerona, y Cucufate quedase en Barcelona, que eran como las fronteras y las partes donde habian de ser los encuentros de la persecucion. Aquí en Barcelona se dedicó san Cucufate á todos los oficios de piedad que exigian de un pecho cristiano las grandes calamidades de la persecucion. A unos enseñaba, á otros fortalecia en la fe, á otros convertia, cuyas obras acompañaba el cielo con milagros. Descubierta por los gentiles esta gran luz con que de entre ellos desterraba Dios la tenebrosa idolatría, como frenéticos vueltos contra su médico, lo llevan á Galerio, procónsul, que por Daciano entonces ausente era juez de estas causas; y luego que lo tuvieron en su presencia, le preguntó este: «Díme, loco, ¿de qué Dios es el patrocinio en que confias, para despreciar las leyes de los Emperadores, y «retraerte del culto de nuestros dioses?» A lo que respondió el San-

to lleno de valor y de fortaleza: «Y tú, insipientísimo, ¿á quién mandas que preste veneracion? cuando los que llamas dioses son unas estatuas vanas labradas por manos de hombres, incapaces de dar divinidad á sus hechuras, las que solo pueden adorar los necios semejantes á tí, seducidos y engañados del demonio.»

Enfurecido Galerio al oir la respuesta de Cucufate, y queriendo castigar su osadía, mandó á los verdugos que lo atormentasen hasta darle muerte. Remudándose doce de ellos para descansar, fue tal la fiereza con que ejecutaron aquella orden, que rasgadas las carnes del bendito Mártir por los lados y por el vientre, le salian los intestinos y las entrañas por las heridas. Hizo oracion el Santo en medio de aquella inhumanidad, diciendo: «Señor mio Jesucristo, demuestra tu infinito poder á estos incrédulos, para que crean en tí, ó que perezcan de lo contrario;» y oida su reverente súplica, cegaron de repente los ejecutores, y Galerio con sus ídolos pereció abriéndose la tierra y tragándole vivo; y el Mártir sanó de improviso, dando gracias á Dios. En vista de este prodigio los gentiles clamaron: *Que era solo grande y verdadero el Dios de los Cristianos*, de lo que tomó motivo Cucufate para predicarles con nuevo ardor sobre los crasos errores de la idolatría, y sobre la necesidad de las ridículas supersticiones del paganismo.

Muerto así Galerio, Maximiano, otro de los vicarios de Daciano, que le sucedió en el oficio, no escarmentado con el desastre de su antecesor, hizo traer á Cucufate cargado de prisiones á su tribunal, y le preguntó: «¿A qué Dios tributas culto? — ¿Cómo preguntas con duda, contestó el Santo, como si hubiera muchos dioses, y no fuese uno el verdadero al que deben adorar todas las criaturas, que es el Criador del cielo y de la tierra, en quien creo de corazon, y predico con mis palabras? — Pues si este es solo el verdadero, replicó el tirano, haz que te libre de mis manos, y de los tormentos que te preparo. — Yo desprecio, exclamó Cucufate, confiando en el poder de mi Señor Jesucristo, á tí, á tu padre el demonio, y á cuantas crueldades pueda inventar la malicia; pero me extraña el ver á qué extremo llega tu demencia y tu obstinada ceguedad, dejando al Dios verdadero por adorar á unos simulacros vanos representativos de quiméricas deidades.»

Apurado todo el sufrimiento de Maximiano, no pudiendo contener la indignacion dentro del pecho, mandó que al instante asasen al Mártir en unas parrillas, lardeándolo con mostaza y vinagre. Mantúvose inmóvil el Santo fijos los ojos en el cielo, adorando y bendi-

ciendo al Señor en aquella postura de inmolacion; pero descubriéndose visiblemente la mano del Todopoderoso en la constancia y en la alegría del ilustre Mártir, admirados los gentiles, clamaron, diciendo que no podia ser aquella prodigiosa fuerza del paciente sin algun milagro. Oró Cucufate con las expresiones del salmo xvi de David, que comienza: *Escucha, Señor, mi justicia, atiende á mi deprecacion*; y al fin de él quedó sano, y los verdugos consumidos del fuego con que le atormentaban.

El juez ciego ya y duro como piedra, atribuyendo el prodigio á las malas artes de que eran notados los Cristianos por los gentiles, mandó que encendida mayor hoguera fuera de la ciudad fuese en ella quemado; pero orando el Santo, la hoguera se apagó, y él quedó sin lesion. Conoció muy bien el tirano, que en la invencible fortaleza del ilustre Mártir se ocultaba alguna virtud sobrenatural que lo defendia; mas no queriendo manifestarse vencido, dió orden de que pusiesen á Cucufate en un oscuro calabozo cargado de pesadas prisiones, prohibiendo que se le suministrase el menor alivio; pero el Señor tuvo especial cuidado de su siervo, haciendo que bajase una luz celestial que disipó las tinieblas de la mazmorra, derramando á un mismo tiempo una dulzura divina, que le inundó de alegría. Llenó á los guardas de admiracion el extraordinario resplandor; y no siendo fácil resistirse á tanto tropel de prodigios de que fueron testigos, creyeron en Jesucristo. Supo el juez tan inesperada novedad; y encendido en una furiosa cólera, al otro dia mandó que arasen las carnes del santo Mártir con cardas de hierro, durante cuyo martirio se oyó una voz del cielo que le dijo: *Cucufate, todo cuanto pidas te será concedido*. Pidió al Señor que le concediese fortaleza para triunfar de todos los tormentos de sus enemigos, y puesto que el tirano rehusaba conocer la verdad, pereciese con todos los ídolos. Oyó el Señor las súplicas de su siervo; y entonces sucedió el desastrado fin de Maximiano, el cual cayendo de la carroza en que iba á adorar los ídolos, quedaron hechos polvo estos en el templo, y aquel en medio de la plaza de Barcelona.

Resumió con nuevo ardor la causa otro vicario de Daciano llamado Rufino, no menos obstinado que sus predecesores en sostener el culto de los ídolos. Supo todo lo ocurrido con el ilustre Mártir, en cuyo favor se declaró el pueblo en vista de las prodigiosas maravillas de que fue testigo; y temiendo este tirano verse vencido con confusion, como lo habian sido Galerio y Maximiano, pronunció la siguiente sentencia: *Mandamos degollar á Cucufate por rebelde á nues-*

tros Emperadores, y renitente á ofrecer sacrificio á nuestros dioses. Ejecutóse la inicua sentencia á dos leguas de Barcelona hácia Tarrasa, en el sitio llamado *Castro Octaviano* en el dia 25 de julio á principios del siglo IV; y habiendo recogido los Cristianos el venerable cadáver del ilustre Mártir, le dieron sepultura en el mismo sitio, el cual se conservó entero hasta mas de la mitad del siglo VIII, en que san Fulrado, abad de San Dionisio de Paris, trasladó á Francia una parte principal de sus reliquias, que sin duda fue la cabeza; conservándose lo demás en el célebre monasterio de monjes Benedictinos que se fundó allí en honor del Santo, el cual destruido por los moros, fue reedificado después, y subsiste hoy con el título de san Cucufate Vallense (ó san Culgat del Vallés, como lo llaman los naturales.)

El culto de san Cucufate viene propagado desde los primeros Martirologios geronimianos hasta hoy. Al fin del siglo IV ya lo llama Prudencio *esclarecido*, por donde se colige que recibió culto público luego que por medio de Constantino vino la paz á la Iglesia. No es inverosímil que luego tuviese el oficio introducido después en el Breviario gótico. El principio de este culto fue en Barcelona, donde se ha celebrado su festividad con lecciones y responsorios propios sacados de las actas de su martirio.

Se conserva en Barcelona la tradicion del sitio donde nuestro Santo fue arrojado al fuego, y se llamaba aquel lugar *Horno de san Cucufate*, en el cual se erigió una iglesia que data desde fines del siglo IX ó principios del X, que hoy es parroquia, y la fundó Guislaberto, que mas adelante fue obispo de la misma ciudad.

Las reliquias que quedaron en el monasterio del Vallés, habiendo estado ocultas por algun tiempo, fueron descubiertas milagrosamente en el año 1079, desde cuyo tiempo han sido veneradas hasta ahora sin interrupcion.

En Oviedo se conserva una reliquia de nuestro santo Mártir; otras fueron trasladadas á Braga, y después á Compostela por el obispo Gelmirez en el año 1102, segun lo refiere la historia Compostelana (*Lib. I, cap. xv*).

SAN TEODOMIRO, MONJE Y MÁRTIR.

El ejemplo de fortaleza que dieron en Córdoba los ilustres mártires Sisenando y Pablo, encendió de tal modo el ánimo de otro esforzado militar de Jesucristo llamado Teodomiro, que ni la severidad de los jueces árabes, ni los enormes castigos que estos ejecutaban contra los fieles, ni el amor á la vida, pudieron intimidarlo para

que dejase de combatir contra los enemigos de la fe, ansioso de lograr la corona del martirio. Fue este héroe natural de un pueblo dicho antiguamente Carmo y hoy Carmona, pueblo antiguo y fuerte entre Córdoba y Sevilla, de donde le sacó el amor de las letras, y mas el de la virtud, en que tanto florecian por aquel tiempo los monasterios de Córdoba.

No dice san Eulogio en cuál de ellos se retiró Teodomiro. Los Padres Antuerpienses se inclinan á que fue monje de Carmona. Uno y otro sentido pueden recibir las palabras de san Eulogio, *Theodomiri Carmonensis Monachi*. Tambien hay oscuridad en los sucesos particulares de su vida. Bien que el fin de ella muestra cuáles serian los pasos por donde llegó á tan esclarecida corona. Es lo cierto que lastimado Teodomiro del sumo abatimiento y desprecio con que en tiempo de Abderramen trataban los moros á nuestra santa Religion, inspirado del cielo se presentó al juez, y le reprendió por la cruel tiranía con que derramaba tanta sangre cristiana. Disponian las leyes de los moros, que fuese decapitado el fiel que se atreviese á confesar públicamente su ley, y á declamar contra su profeta Mahoma. En su consecuencia al punto mandó el juez que degollasen á Teodomiro como á los demás en la plaza del palacio. Fue esto tal dia como hoy en el año 831, que fue sábado, como dice san Eulogio. Tambien añade que era mozo de pocos años. Dejaron el venerable cadáver en el lugar del suplicio, y recogido por los Cristianos, le dieron sepultura en la iglesia de San Zoilo con el de san Pablo y Sisenando, los que se trasladaron después al templo de san Fausto, Enero y Marcial, para ocultarlos en él por temor de la furia de los mahometanos; bien que el cielo los descubrió por los años 1565 en la misma iglesia, que hoy es de San Pedro, con otros de muchos Mártires que padecieron en Córdoba.

La memoria de Teodomiro, que dejó san Eulogio en sus escritos y la noticia que de la invencion de sus reliquias se tuvo en Carmona, despertó la devocion de aquellos naturales para con el ilustre Mártir, que estimándole como honor y gloria inmortal de su patria, le eligieron por su patrono; y habiendo obtenido breve apostólico para que como á tal se celebrase su fiesta, se continúa con toda solemnidad, especialmente después que consiguieron una de sus reliquias, la que pidió al obispo de Cordoba en el año 1609 D. Lázaro Briones y Quintanilla, alférez mayor y regidor de Carmona, á nombre del estado eclesiástico y secular, obligándose á conducirla con toda veneracion, y colocarla en altar consagrado á su advocacion. De-

firió el ilustrísimo de Córdoba á una pretension tan justa en 15 de mayo del mismo año, y dió una canilla de un brazo del Santo á fray Rodrigo de Quintanilla, del Orden de santo Domingo, para que lo condujese en compañía de otros muchos religiosos que á la sazón se hallaban en el capítulo provincial que se celebró en Córdoba. Fue recibida en Carmona con las demostraciones del mayor júbilo, y mientras disponia la ciudad lo necesario para su colocacion, se depositó en el monasterio de las monjas de la Madre de Dios, del mismo Orden de Santo Domingo, desde donde se hizo la traslacion de la venerable reliquia al altar propio del Santo dentro de la capilla del sagrario de la iglesia mayor, donde se le tributa el culto debido; y se celebra su fiesta en el dia último de julio, por estar impedido el veinte y cinco (que fue el de su glorioso martirio) con la festividad del apóstol Santiago.

La Misa es en honor del apóstol Santiago, y la Oracion la que sigue:

Esto, Domine, plebi tuae sanctificator et custos: ut beati Jacobi apostoli tui munita praesidiis, et conversatione tibi placeat, et secura mente deserviat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Sanctifica, Señor, y guarda á tu pueblo, para que amparado de la proteccion del beato apóstol Santiago, te agrade con el arreglo de su vida, y te sirva con tranquilidad de espíritu. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo IV de la primera á los Corintios.

Fratres: Puto quod Deus nos apostolos novissimos ostendit, tanquam mortí destinatos: quia spectaculum facti sumus mundo, et Angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes; vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis caedimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos, haec scribo; sed ut filios meos charissimos moneo. Nam si decem millia pedagogorum habeatis in Christo: sed non

Hermanos: Pienso que Dios nos manifiesta á nosotros como los últimos apóstoles destinados á la muerte: porque hemos sido hechos espectáculo para el mundo, para los Angeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed; y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos dónde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como á

multos patres. Nam in Christo Jesu per Evangelium ego vos genui.

hijos míos muy amados. Porque aunque tengais diez mil preceptores en Cristo, mas no muchos padres. Porque yo os engendré en Cristo Jesús, por medio del Evangelio.

REFLEXIONES.

¿Á dónde se fué aquel primitivo espíritu que animaba á los Apóstoles y á los primeros fieles? ¿aquel espíritu de humildad que les inspiraba tan bajo concepto de sí mismos; aquel espíritu de mansedumbre con que se compadecían de las ajenas miserias; aquel espíritu de mortificación que les inclinaba á vivir y morir en una continua cruz, á triunfar con alegría entre el fuego de la persecucion; aquel espíritu de caridad con que correspondían á los ultrajes con oraciones y con beneficios; aquel espíritu de recogimiento y de retiro que los movía á suspirar por el desierto y por la soledad? Este es el espíritu de Jesucristo, que él mismo vino en persona á derramar en todos sus hijos; este el que animó á todos los Santos, y este el que caracteriza y distingue á sus verdaderos discípulos. Pero ¿es este nuestro espíritu? ¿reina el día de hoy en todas las condiciones, en todas las comunidades, en todas las familias? No declamo ahora en tono plañidor y lastimero; no me valgo de exclamaciones, de ayes ni de gemidos estudiados; propongo única y precisamente unas reflexiones sencillas y naturales, que por sí mismas se representan á la razón, y la conducta general de los hombres nos ponen cada día delante de los ojos. Dígase la verdad; ¿se consideran estas máximas del Apóstol como principios sobre los cuales se ha de fundar toda la cristiana filosofía? Pero si no se sigue esta doctrina, ¿no nos dirán las gentes del mundo en qué escuela aprendieron unas máximas tan contrarias á las de Jesucristo, tan opuestas al Evangelio, tan repugnantes al espíritu de nuestra Religión? En punto de filosofía evangélica, ¿se piensa hoy en el mundo como pensaban los primitivos Cristianos? Y aun aquellas personas que por profesion están consagradas á Dios, ¿no han degenerado del primitivo espíritu de su instituto? ¿Se quedan precisamente entre las gentes del mundo la indevoción, los abusos y la relajación? Pero al fin, ello es cierto que el Evangelio no ha envejecido; los mandamientos de la ley se conservan en su primer vigor; los ejemplos de los Santos son nuestros modelos, y tanto lo son hoy como siempre. Todo el mundo ve la desproporción y la poca semejanza que hay entre los Cristianos de nuestros días, y los de los primeros siglos: con todo eso la regla no se ha mudado; Jesu-

cristo no ha dispensado, ni ha mitigado el rigor de su ley, ni la santidad de su doctrina; pues ¿cuál será nuestra suerte?

El Evangelio es del capítulo xx de san Mateo.

In illo tempore: Accessit ad Jesum mater filiorum Zebedaei cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram, in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.

En aquel tiempo: Se acercó á Jesús la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole y pidiéndole alguna cosa. El cual la dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos míos se sienten uno á tu diestra, y otro á tu siniestra en tu reino. Respondiendo, pues, Jesús, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podeis beber el cáliz que he de beber yo? Le respondieron: Podemos. Díjoles: Beberéis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACION.

De los deseos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que toda la felicidad de la otra vida consiste en cumplir todos nuestros deseos, y toda la felicidad de esta en mortificarlos y en aniquilarlos. Es decir, que para ser dichoso en este mundo, es preciso no desear cosa de él. Nuestros deseos son nuestros mayores tiranos.

Crecen los deseos al paso que se cumplen. Lo mismo es entrar en posesion de lo que se desea, que comenzar á desearse otra cosa; de suerte, que la posesion los fomenta, y no los satisface. Desea el corazon aquel cargo, aquel empleo, aquel feliz suceso; porque alucinado de los sentidos, y engañado por la falsa opinion de los hombres, juzga que logrado el suceso y conseguido el cargo, quedará satisfecho. Consiguióle; pero hallando por experiencia que aquello solo fue echar una gota de agua en un horno encendido, pone la mira en otros objetos que se le representan como bienes capaces de apagarle la sed. Logrólos, y se queda mas sediento que estaba antes. No hay bien criado que no deje en el alma un gran vacío. Los deseos son enemigos irreconciliables de nuestra quietud. Con razon se dice que el deseo es un martirio. Son nuestros deseos como accesiones y crecimientos de calentura causados por alguna pasion; ¿qué

mucho nos atormenten? La ambicion, la colera, la codicia, la lujuria y la avaricia son como difentes especies de hidropesía; quanto mas se bebe, mas sed se padece. Nuestros deseos son los que consumen y gastan la salud con los cuidados que engendran, con las fatigas que causan, con los enfados que traen, y con los gastos que ocasionan, haciendo expender mucho para conseguir nada. ¡Buen Dios, qué dichosos seríamos todos si en nuestra condicion, en nuestro estado, en nuestra oscuridad ó en nuestra mediocridad de fortuna se apagaran nuestros deseos! Si examinamos la causa de nuestras inquietudes, y si buscamos el origen de nuestras desazones, no hallarémos otro. El hombre verdaderamente dichoso en este mundo es aquel que nada desea; ciéguese este manantial envenenado, y al punto gozaremos un gran sosiego y una dulce tranquilidad; porque elevándose el alma sobre los bienes criados, hallará en Dios todo lo que puede desear. Tanta verdad es que solo Dios puede llenar nuestro corazon, solo él puede contentarle, solo él puede satisfacerle; sea solo Dios el objeto de todos nuestros deseos, y desde el mismo punto serémos dichosos y felices.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que siendo los deseos enemigos de nuestra quietud, hacemos muy mal en no cortar la raíz, convenciéndonos de la vanidad de sus objetos, y ocupando el corazon en otros bienes mas sólidos. Discurramos por todos los estados de la vida; fijemos la atencion en todos los bienes criados; nada hallarémos que baste á llenar y satisfacer nuestra alma. Salomon hizo triste experiencia de esta verdad. Nada negó á sus sentidos; derramado su corazon á todo género de deseos, á todos los satisfizo; pero ¿los contentó por eso? *Vanidad de vanidades, y todo vanidad*, exclamó desengañado. Vasta capacidad, grandes alcances, abundancia de bienes, honores, dignidades, distinciones, gran fama, sabiduría humana, todo es vanidad: solo Dios puede llenar este corazon; solo Dios le puede satisfacer; solo Dios puede hacer que esté contento y tranquilo. ¿Para qué desear otra cosa que á solo Dios? Solo el desear este infinito Bien es un bien inestimable; él tranquiliza el alma, y él la da á gustar aquello mismo que desea. Ámase á Dios desde el mismo instante en que se tiene verdadero deseo de amarle. Respecto de los bienes criados, el primer trabajo del hombre que los desea, es el deseo mismo. Respecto del soberano bien, que es Dios solo, el verdadero deseo de poseerle es en cierta manera como acto y principio de posesion. ¿Hay por ventura algun trabajo en desear amar, servir y poseer á Dios?

Para ser feliz en esta vida, es indispensable que Dios nos sea todo en todas las cosas, como nos lo será en la otra. Los bienes de esta vida se desean con ardor, y se poseen sin gusto. La posesion de Dios es inseparable de una alegría y de un gusto, que es nuevo cada dia y cada instante. El motivo por qué nunca vivimos contentos en la tierra, es porque no se hace reflexion á lo que se tiene, sino á lo que no se tiene. Solo Dios, que él solo es todos los bienes, el único bien y el soberano bien del hombre, no deja lugar á otros deseos. Un solo deseo hasta para excitar, irritar y encender todas las pasiones; por el contrario, el deseo del sumo Bien sufoca á todas estas fieras. Por eso siempre fue, y siempre será verdad, que no puede haber en el mundo hombre verdaderamente feliz, sino aquel que desea á solo Dios.

Divino Salvador mio, ¿cuándo ha de llegar el caso de que yo haga esta dichosa experiencia? Mis deseos son mis tiranos, y lejos de librarme de su malignidad, solo he procurado sujetarme mas y mas al yugo de su tiranía. Dignaos, Señor, retirarme de esta esclavitud: no, Dios mio, de hoy mas nada quiero desear sino á solo Vos.

JACULATORIAS. — ¿Qué tengo yo que desear, Dios mio, fuera de Vos en el cielo y en la tierra? (*Psalm. LXXII*).

Apartad, Señor, de mi corazon todo deseo de cosas criadas. (*Eccli. XXIII*).

PROPÓSITOS.

1 Conviene desear pocas cosas en la tierra, decia san Francisco de Sales, y conviene desearlas poco. Cuanto mas hay que desear, mas hay que temer en esta vida, y por eso ninguno puede ser en ella feliz; á la medida de los deseos son los temores; cuanto mas se desea, mas se teme. Si quieres ser dichoso en este mundo, nada desees que tú puedas perder, ó que te pueda perder á tí. Diríjanse á Dios todos tus deseos; este es el único objeto que los puede satisfacer: está siempre de centinela contra estos enemigos de tu quietud, ahógalos luego que nacen; y si burlasen tu vigilancia, déjalos apagar por falta de cebo. El alma entregada á sus deseos es muy digna de compasion; si los quieres contentar, te desecarán á fuerza de cuidados y de disgustos.

2 Caso que no puedas cegar el manantial de tus deseos, evita por lo menos que se derramen y se extiendan; modera su viveza, y desconfia de la falsa brillantez con que se representan sus objetos. Es gran medio para ahogar los deseos luego que nacen, el no querer

sino aquello que quiere Dios. Sea la voluntad de Dios la regla y la medida de tus deseos, y presto los verás todos sufocados. Persuádete á que los deseos siempre son efectos naturales de las pasiones; y desdichado de aquel que se hace esclavo de ellos. No es medio menos eficaz para refrenarlos el pensamiento de la muerte; lo que esta hace con ellos, hace tambien su memoria poco mas ó menos. Los mas vivos deseos se debilitan con las fuerzas, y se acaban cuando se acaba la vida. ¿Con qué ojos se miran en la hora de la muerte esos fantasmones de grandeza, de felicidad y de fortuna? Entonces solo Dios enciende todos los deseos del alma. La misma virtud tiene en vida la memoria de la muerte; todos los deseos se estrellan contra la sepultura; ninguno subsiste hasta mas allá de la vida, y ni aun duran tanto como ella; basta la menor enfermedad para embotar toda su punta. Pero valga la verdad; aunque nuestros deseos no nos ocasionaran tantos disgustos, aunque no encontraran tantos tropiezos, ¿merecerian el trabajo que cuesta el satisfacerlos? ¡Ah, y qué bueno es vivir y morir con solo el deseo de amar y de poseer á Dios!

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

LA GLORIOSA MUERTE DE SANTA ANA, madre de la Virgen María, Madre de Dios. (*Véase su vida hoy*).

EL NACIMIENTO DE SAN ERASTO, en Filipos en Macedonia, al cual dejó por obispo de aquella ciudad el apóstol san Pablo, y en ella consumó el martirio. (*Se habla de él en los Actos de los Apóstoles, XIX, 22; en su carta á los Romanos, XVI, 23; y en la segunda á Timoteo, IV, 20.*

LOS SANTOS MÁRTIRES SIMFRONIO, OLIMPIO, TEODULO Y EXUPERIA, en Roma en la via Latina; los cuales (*segun se lee en la vida del papa san Esteban*), siendo quemados alcanzaron la palma del martirio.

SAN JACINTO, mártir, en Porto; el cual primero fue arrojado á una hoguera, y después al rio; pero de todo salió ileso: finalmente en tiempo del emperador Trajano por mandado del cónsul Leoncio, acabó su vida degollado: dióle sepultura una matrona llamada Julia en una heredad suya que tenia junto á Roma.

SAN PASTOR, presbítero, tambien en Roma, de cuyo nombre hay un título en la iglesia de Santa Pudenciana.

SAN VALENTE, obispo y confesor, en Verona.

SAN SIMEON, monje y ermitaño, en el monasterio de San Benito, en el campo de Mantua, que esclarecido con muchos milagros murió en santa vejez.

SANTA ANA, MADRE DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

No se puede formar concepto mas noble, mas elevado ni mas cabal del extraordinario mérito, de las heroicas virtudes y de la sublime santidad de santa Ana, que diciendo fue madre de la Madre de Dios. Esta augusta cualidad comprende todos los honores, excede todos los elogios; y así como el mismo Espiritu Santo no pudo decir cosa mayor de María, que decir que de ella nació Jesús, *de qua natus est Jesus*, así tambien no es posible elogio mas glorioso de santa Ana, que afirmar que de ella nació María.

Santa Ana, pues, á quien los santos Padres apellidan el consuelo de los hijos de Dios, que suspiraban por la venida del Mesías, nació en Belen, de la tribu de Judá, á dos leguas de Jerusalem, llamada comunmente en el Evangelio *Ciudad de David*, por haber nacido en ella este Monarca. Tuvo por padre á Matan, sacerdote de Belen, de la tribu de Leví y de la familia de Aaron, que entre los judios era la familia sacerdotal. Su madre se llamó María, de la tribu de Judá, ambos muy recomendables por su nacimiento, por su notoria bondad y por su ejemplar virtud. Tuvieron tres hijas. La primera, que se llamó María como su madre, casó con Cleofás, y fue madre de Santiago el menor, de san Judas, de san Simeon, sucesor de Santiago, obispo de Jerusalem, y de san José, por sobrenombre Barsabas ó el Justo. Estos son aquellos discípulos del Salvador, á quienes el Evangelio llama *hermanos* suyos, segun el estilo comun de los judios; pero no eran mas que primos, como hijos de una tia de la santísima Vírgen. La segunda hermana de santa Ana fue Sobé, madre de santa Isabel, la cual por consiguiente era prima hermana de la misma Señora. En fin, la tercera hija de María y de Matan fue santa Ana, destinada por el Señor para dar al mundo aquella de quien habia de nacer el Salvador.

Luego que Ana nació se reconocieron en ella aquellas especiales y distinguidas gracias que anuncian y forman los grandes Santos, siendo todas las delicias de sus padres, cuyo especial amor á esta hija sobre todas las demás pareció tan justo, que nunca causó celos ni emulacion en las otras dos hermanas. Descubrióse en ella un fondo de juicio, de prudencia, de modestia y de virtud, con cierto carácter de capacidad y de madurez, que igualmente la hizo amable que admirable. Hechizado el mundo de sus prendas, se dió prisa á ganarla para sí; pero ella miró siempre con desvío todas las cosas del

mundo. Su mayor gusto era el retiro; y nunca le halló aun en aquellas inocentes diversiones que son mas naturales y mas comunes en las niñas de su edad y de su condicion. Entregada á la oracion, comenzó á gustar de Dios desde sus primeros años, no pensando en otra cosa que en servirle y en agradarle. Por el grande amor que profesaba á la virginidad, virtud tan poco conocida en el mundo antes del nacimiento del Redentor, hubiera pasado su vida en el celibato, á no tenerla escogida la divina Providencia para ser la mas dichosa de todas las madres. Pretendiéronla por mujer los mas nobles de toda la nacion, y sus padres escogieron entre todos á Joaquin, que vivia en la ciudad de Nazaret, y era de la real casa de David, con cuyo enlace se unió la familia sacerdotal con la real, circunstancia indispensable para que la Madre del Mesías pudiese nacer de este matrimonio.

Aquellas mismas virtudes que tanto habian resplandecido en santa Ana siendo soltera, brillaron con nuevo esplendor en ella cuando se vió esposa del hombre mas santo que á la sazón se conocia en el mundo. No hubo matrimonio mas feliz: en ambos esposos reinaban las mismas inclinaciones, el mismo amor á la virtud, la misma inocencia y la misma pureza de costumbres; porque la misma mano que habia formado aquellos dos corazones, los unió con el dulce vínculo del mas casto y del mas perfecto amor; y aquel mismo espíritu, dice san Juan Damasceno, que con el tiempo debia animar á los Cristianos, anticipaba en la persona de los dos santos esposos el mas ajustado modelo de la vida perfecta é interior. Joaquin en el monte, dice san Epifanio, ofrecia incesantes oraciones y sacrificios al cielo para acelerar la redencion de Israel; y Ana en el retiro de su casa se sacrificaba continuamente al Señor en el fervor de su oracion. Cuando se dejaba ver en público edificaba á todos; su compostura, su modestia, sus palabras inspiraban admiracion de su virtud y respeto á su persona. Por su gran caridad consideraba á los pobres como á hijos suyos; y cuando se acordaba de que era estéril, se consolaba con que tenia tantos hijos como pobres. No correspondian los bienes temporales á la nobleza de su calidad ni de su sangre; pero suplía la caridad á la medianía de su fortuna. Bastábale á cualquiera ser pobre ó estar afligido, para acudir á ella como á madre, y para considerarse con derecho á lo que tenia.

Parece que el Espíritu Santo hizo el retrato de santa Ana en el que formó de la mujer fuerte y perfecta que no tiene precio. Lo que no admite duda es, que esta gran Santa nos dejó el modelo mas per-

fecto que tenemos de la vida interior y escondida, con un compendio de las mas raras virtudes.

Habia mas de cuarenta años que estaba casada santa Ana sin haber tenido sucesion, esterilidad que entre los judíos se reputaba por cierta especie de oprobio, con alguna nota de infamia; porque asegurados de que el Mesías habia de nacer de una mujer de la nacion, consideraban en las infecundas uno como linaje de reprobacion ó de maldicion de la familia. Vivía santa Ana en esta triste humillacion, sin esperanza de salir de ella á causa de su avanzada edad. Llevaba, á la verdad, con paciencia las amarguras de su estado por su rendimiento á la voluntad de Dios; mas no por eso dejaba de mirar con una santa envidia á aquellas dichosas mujeres que algun dia habian de tener afinidad con el deseado Mesías.

Estando en esta disposicion, y haciendo un dia oracion en el templo con extraordinario fervor, se la ofreció con tanta viveza el pensamiento de su ignominia, que no pudo contener las lágrimas; y acordándose de que Ana, mujer de Elcana y madre de Samuel, hallándose en las mismas circunstancias habia clamado al Señor con tanta confianza que al fin fue bien despachada su petition; animada Ana con el mismo espíritu, pidió fervorosamente á Dios se dignase mirar con ojos favorables á su humilde sierva, y se compadeciese de su extrema afliccion; ofreciéndole, que si la hacia la merced de concederla algun fruto, se le consagraria inmediatamente, destinándole al templo para su santo servicio.

Oyó benignamente el Señor una petition que él mismo habia inspirado. Asegúrase que en el mismo punto tuvo Ana revelacion del feliz despacho, y que tambien le fue revelado á Joaquin por el ministerio de un Ángel. Lo cierto es, que pocos dias después se vió libre de la ignominia de su esterilidad, sintiéndose en cinta de la santísima Virgen. Llenóse el cielo de admiracion y de alegría viéndose en la tierra aquella dichosísima criatura concebida sin pecado, y mas agradable á los ojos de Dios en el primer instante de su concepcion, que todos los Santos juntos en el último momento de su vida. Y si en el mismo punto que san Juan fue santificado en el vientre de su madre resaltó tanto en santa Isabel la santidad del hijo, fácilmente se dejan discurrir los tesoros de bendiciones y la abundancia de gracias que la santísima Virgen mereció para su santa Madre en el instante de su concepcion. Siendo depositaria de este precioso tesoro por espacio de nueve meses, ¡de cuántos favores celestiales seria enriquecida santa Ana! ¡qué luces sobrenaturales no la ilumi-

narian! ¡qué fervorosos afectos no inflamarian su corazon mientras llevaba en su vientre á la que habia de llevar en el suyo al Salvador del mundo! Desde entonces fue la vida de santa Ana una contemplacion continua, y su conversacion únicamente en el cielo: desde entonces inundaron su alma aquellos torrentes de consuelos espirituales, que son como la prueba de los gozos de la gloria.

Fue el colmo de este gozo el nacimiento de la bienaventurada Hija; comunicóse á la familia la alegría del cielo, y fue como presagio de lo que aquella Niña habia de ser. Si el árbol se conoce por sus frutos, exclama san Juan Damasceno, ¡qué concepto no debemos formar de vuestra inocencia y de vuestra sublime virtud, ó gloriosos esposos Joaquin y Ana! (*Orat. 1 de Beat. Virg. Nat.*) *O beatum par Joachim et Anna! ex vestri ventris fructu immaculati agnoscimini.* Era preciso que la santidad de vuestra vida correspondiese á la santidad de la Hija que dísteis á luz, y que habia de ser Madre del Santo de los Santos. *Ut Deo gratum erat, ac dignum ea quae à vobis orta est vitae vestrae rationes instituitis;* porque siendo vuestra vida pura, inocente y ejemplar, tuvisteis la dicha de engendrar al tesoro de la virginidad: *Caste etenim ac sancte munere vestro functi, virginitatis thesaurum produxistis.*

Luego que santa Ana convaleció de su parto, se aplicó únicamente á conservar y á cuidar del precioso tesoro cuyo depósito la habia el Señor confiado. ¡Ó madre la mas dichosa de todas las madres vuelve á exclamar el mismo Santo, qué mayor gloria para tí, que dar el pecho á la que con la leche del suyo habia de alimentar al que sustenta todo el universo! *O beata ubera, quae ejus, qui mundum nutrit, nutricem lactarunt.* Fáciles son de comprender los desvelos, la solicitud y la ternura con que criaria santa Ana á su querida Hija; bien presto conoció que la Gracia nada habia dejado que hacer á la educacion. Aquel entendimiento iluminado con las mas puras y mas penetrantes luces; aquel corazon dulce, humilde, dócil, formado para la mas elevada santidad; aquella alma que por singularísimo privilegio no habia contraído ni aun el pecado original, comun á todos los hombres, con todo el conjunto de prendas y de gracias que se unian en aquella purísima criatura, ¿cómo podian menos de ser las delicias de su dichosa Madre? Mas al fin, era menester separarse de ella en cierto modo, para cumplir el voto que habia hecho; y así, luego que cumplió la Virgen los tres años, aunque eran tan estrechos los vínculos que unian aquellos dos corazones, fue forzoso hacer el sacrificio. Santa Ana habia ofrecido á Dios consagrarle en

el templo el fruto que la diese, y llegado el tiempo de cumplir su promesa, la cumplió. Condujo ella misma á su querida Hija al templo de Jerusalem, como lo habia ofrecido antes que naciese, y entregándosela al sacerdote, consagró á Dios aquella criatura que tan singularmente habia nacido para solo Él. Hasta entonces no habia visto el templo ofrenda tan preciosa ni víctima tan pura. Fue desde luego recibida la santísima Niña para el ministerio del templo, y colocada entre las vírgenes y las viudas que vivian dentro ó inmediatas á él en un cuarto separado, para servir en sus correspondientes oficios bajo las órdenes de los sacerdotes.

No pudiendo santa Ana y san Joaquin alejarse de una Hija tan querida, que era todo su consuelo, se vinieron tambien á vivir á Jerusalem en una casa cercana al mismo templo. San Joaquin sobrevivió poco al sacrificio que habian hecho de su Hija, y se dice que pocos dias después murió dulcemente entre los brazos de santa Ana, lleno de dias y de merecimientos, á los ochenta años de su edad. Los que restaron de vida á nuestra Santa los pasó en el mayor retiro y con mucho aumento de fervor, siendo su vida una continua oracion. Abrasado su corazon con las puras llamas del amor divino, solo suspiraba por el único objeto de sus ansias, que era su Dios, su soberano bien y su último fin. Llegóse el de su santa vida, y habiendo tenido el consuelo de ver crecer á su amada Hija en sabiduría, en virtud y en todo género de perfecciones, al paso que iba creciendo en edad, entregó suavemente el alma á su Criador á los setenta y nueve años de su edad, y fue enterrada junto á su esposo san Joaquin. Llama la Iglesia *dulce sueño* á la muerte de santa Ana, para dar á entender la tranquilidad con que espiró.

Muchos años después trasladaron los fieles sus reliquias á la iglesia del sepulcro de la Virgen en el valle de Josafat, donde hoy se registra el de santa Ana en una capilla.

La ciudad de Apt en Provenza, tan célebre por su antigüedad, y hecha colonia romana por Julio César, se gloria de poseer muchos años há el cuerpo de santa Ana, que san Auspicio, su primer obispo, trajo de Oriente, y en el año de 772 trasladó á la catedral el obispo Magnerico. El gran concurso de peregrinos á venerar su sepulcro, que trae de todas partes la devocion á esta gran Santa, y las singulares gracias que se reciben en él por su poderosa intercesion, acreditan visiblemente lo mucho que puede con Dios, y cuán grata es la piedad de los que acuden á honrar reverentemente sus reliquias.

La Misa es en honor de la Santa, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui beatae Annae gratiam conferre dignatus es, ut genitricis Unigeniti Filii tui Mater effici mereatur; concede propitius, ut cujus solemniam celebramus, ejus apud te patrocinii adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que te dignaste hacer á santa Ana la gracia de que fuese madre de la Madre de tu Unigénito Hijo; concédenos por tu bondad, que los que celebramos su fiesta merezcamos lograr para con Vos su poderoso patrocinio. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo xxxi de los Proverbios, pág. 174.

REFLEXIONES.

¿Es posible que eternamente hemos de formar una idea falsa de la virtud? ¿eternamente la hemos de pintar con unos colores sombríos, con un aire triste, enfadoso y retraente? ¿siempre la hemos de concebir ó en la cumbre de una montaña inaccesible, ó en la soledad de un horroroso desierto? ¿Será posible que por lo menos ha de hacer siempre su habitacion en los claustros, como si estuviese desterrada de la vida civil, y condenada á pasar la suya en el retiro, en el silencio y en el luto? ¿En qué consistirá que interesando todos tanto en que la virtud sea afable, accesible, sociable y humana; en que sea de todos los países, de todas las edades, de todos los estados y de todas las condiciones, nos complazcamos en persuadirnos que es fruto de pocos climas? ¿que su verdadera sazón es la vejez; que en pocas condiciones puede subsistir, y que sus aires naturales son los del claustro ó del desierto? Este error es obra del amor propio, es artificio de que se vale para infundirnos disgusto de la virtud, representándonos como imposible la santidad. Pero el Espíritu Santo descubre en esta Epístola la falsedad de esta opinion. Aquella mujer fuerte, cuyo mérito excede á la mas elevada perfeccion que se reconoció en la Ley antigua, cuya vida es un epilogo de las virtudes que nos enseña el Evangelio, pasó su vida en medio de su familia, ocupada en las mas ordinarias tareas de su estado; dedicada al gobierno de su casa y á mantener la paz en ella; á dar gusto al esposo que el cielo la deparó; á pagar exactamente la soldada á sus criados, y el jornal á los obreros; á emplear en la labor el tiempo que tenia desocupado, y otros ratos en oracion. No por cierto, no fue olvido en el Espíritu Santo el no haber hablado ni de visitas, ni de juego, ni de paseo, ni de galas, ni de saraos: no intentaba hacer el retrato de las mujeres del mundo que se usan en nuestro tiempo, sino de-

jarnos la imágen de una mujer cristiana. Y á vista de este retrato, ¿habrá ya quien diga que la santidad es una fruta extranjera y peregrina; que la virtud solo habita entre breñas, entre peñascos, en lugares escarpados y en cumbres tan elevadas que trastornan la cabeza? Es cierto que el tumulto del mundo no la acomoda; que lo que la lleva el gusto y la inclinacion es el retiro y la modestia; y que toda su seria ocupacion son las obligaciones de su estado. Pero ¿estos son estorbos ni dificultades insuperables? Y el disgusto con que miran á la virtud las gentes del mundo ¿no es buena prueba de un visible desconcierto de entendimiento y de corazon, consecuencia funesta, pero necesaria, del notorio desórden en las costumbres del siglo?

El Evangelio es del capitulo XIII de san Mateo, pág. 176.

MEDITACION.

De la devocion á santa Ana.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la devocion á los Santos se funda en el amor que Dios les tiene, y en el que ellos tienen á Dios: en la dicha que gozan de ser agradables á Dios y amigos suyos; de poseerle sin temor de perderle ni de caer jamás en su desgracia; en la honra que tienen de estar continuamente cerca de Dios, y en el valimiento que logran con él; y en fin, en la caridad con que nos miran desde aquella feliz estancia de la gloria. Todos los Santos merecen nuestra veneracion, nuestro profundo respeto, nuestro amor y nuestra confianza. Pero entre todos los Santos después de la Reina de todos ellos, ¿quién merecerá mas que santa Ana nuestra veneracion y nuestros cultos? Fue abuela de Jesucristo segun la carne, madre de la santísima Virgen; pues ¡qué trono tan elevado ocupará en la Jerusalem celestial! ¡qué clase tan distinguida en aquella augusta corte! ¡cuánto será su valimiento con su nieto el Salvador del mundo, con el Dios de todo consuelo y Padre de misericordia! Si se hubieran hallado diez solos hombres justos en las cinco ciudades mas abominables de la tierra, en atencion á ellos se hubiera aplacado la cólera de Dios. ¡Cuántas veces perdonó á un pueblo ingrato, impío y duro á ruegos de su siervo Moisés! ¡cuántas se movió á compasion el mismo Dios! por explicarme de esta manera; ¡cuántas dejó de castigar á príncipes y vasallos irreligiosos en consideracion de David! Pues ¿quién ha de imaginar que un Dios de infinita bondad deje de hacer el mayor aprecio de la abuela de su querido Hijo, y madre de

una Hija tan privilegiada y tan querida? En cierto modo se puede decir que la sangre de santa Ana corrió por las venas de Jesucristo; por tanto parece que esta gran Santa tiene particular derecho á sus méritos, á sus favores y á sus gracias; baste que se interese por alguno para que sea dichosa su suerte. ¿Negará Cristo cosa alguna á su Madre? ¿y la Madre de Dios podrá negarla á la suya? De alguna manera se pudiera decir que su valimiento con Dios todo lo puede, y que su poder es sin límites. ¿Qué confianza mejor fundada que la que estriba en el valimiento de la que fue madre de la Madre de Dios? pues ¿qué devocion mas justa? Dichosos aquellos que se la profesan particular á la mayor Santa que parece hay en el cielo después de María, y que llenos de confianza en su poderosa proteccion, la honran constantemente toda la vida.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que para profesar una singular y tierna devocion á santa Ana, es tambien motivo muy poderoso su vida interior y escondida, una vida comun, que puede alentar á los mas cobardes para que seriamente se esfuerzen á ser santos; los corazones pusilánimes y las almas tímidas como que no se atreven á tener la mayor confianza en aquellos santos cuya vida fue llena de hechos asombrosos, y cuya santidad se hizo principalmente recomendable por continuos prodigios de penitencia. Espanta á estas almas la memoria sola de las admirables austeridades de sus patronos; temen que si invocan á estos modelos de penitencia, les den en rostro con su tibieza y cobardía, y este temor por lo menos disminuye en ellos la confianza. Pero ¿quién no podrá imitar la vida interior, escondida y comun de nuestra gran Santa? ¿á quién podrá parecer muy elevado un modelo de perfeccion, que solo la pone delante las obligaciones mas comunes de su estado? ¿quién podrá imaginar que es muy dificultoso vivir retirado, y callar? Ninguno hay que no pueda imitar la vida interior de santa Ana, su silencio, su dulzura, su humildad; ninguno que no tenga espíritu y ánimo para vivir contento en el humilde estado en que nació, para pasar la vida en recogimiento y oracion. Esta facilidad de imitar la vida de santa Ana inspira no sé qué confianza en su proteccion, y hasta los mas tímidos se alientan á recurrir á ella en sus necesidades y trabajos. Por lo demás tampoco se puede dudar de su singular caridad para con los pecadores; como tiene tan estrecho parentesco con el Salvador, participa mas de sus máximas y de sus inclinaciones; animada del mismo espíritu, no puede menos de compadecerse tiernamente

del deplorable estado en que se hallan. Y ¿la faltará el celo de su conversion? y ¿dejará de emplear su valimiento con Jesucristo por aquellos que la invocan? Por eso se ha notado que la devocion á santa Ana ha crecido al paso que se han aumentado las necesidades de la Iglesia, y que nunca se ha profesado mas devocion á esta poderosa protectora, que después que la herejía ha hecho tanto estrago en la viña del Señor.

Mi Dios, que teneis tan en el corazon la gloria de esta gran Santa, y que tanto deseais que se extienda su culto cada dia; haced que profesándola de hoy mas una tierna devocion, tenga parte en su proteccion poderosa y en los favores que dispensais con abundancia á todos los que la honran.

JACULATORIAS. — Después de tu Hija eres bendita del Altísimo sobre todas las mujeres de la tierra. (*Judith*, xiii).

Gloriosa santa Ana, aquí teneis á uno de vuestros hijos, miradme como á tal, ya que como á tal Jesús lo recomendó á vuestra Hija. (*Joann.* xix).

PROPÓSITOS.

1 Estamos inconsolables si por inadvertencia no aprovechamos los oficios, ó malogramos los medios que se nos vinieron á las manos para hacer fortuna; mas fácilmente nos consolamos cuando por falta de medios perdimos un negocio de consecuencia. Mira si tienes algo que reprenderte en este punto, sobre todo en el negocio de tu salvacion y acerca de esta devocion. Tenemos gran necesidad de protectores con Dios, y no se puede dudar que santa Ana es una protectora muy poderosa. ¿Qué devocion has profesado hasta ahora á esta gran Santa? ¡Ah, que quizá la has mirado hasta aquí con tanta indiferencia y con tanto olvido, que acaso por esto no te has librado de muchos trabajos! Remedia desde luego una negligencia tan perniciosa; pon desde hoy mismo tu persona y tu familia debajo de su poderosa proteccion, pidiéndola perdon de tu negligencia. Todas las cristianas familias debieran estar como dedicadas á santa Ana; y así, escóge-la por tu protectora desde este mismo punto. Nada se pide á Dios con la debida disposicion, que no se consiga á ruego suyo. ¿Qué podrá negar Jesucristo á la intercesion de santa Ana? ni ¿cómo puede menos de interesarse eficazmente la santísima Virgen en todo lo que pide su querida Madre?

2 Comienza desde hoy á hacer oracion todos los dias en alguna

iglesia ó delante de algun altar dedicado á santa Ana. Después de ponerte á tí y á tu familia debajo de su proteccion, comulga en reverencia de la Santa, y renueva esta especie de dedicacion. Ten su imágen en tu oratorio ó en tu cuarto; rézala cada dia la oracion que usa la Iglesia en honra suya, y celebra el dia de su fiesta todos los años con nuevo fervor y devocion. En este dia nunca dejes de confesar y comulgar, para que la sean mas gratas tus oraciones. Es piadosa devocion ayunar el dia antes de su fiesta, y no es menos provechosa la de vestir cada año alguna pobre doncella, ó hacer alguna limosna en honor suyo.

DIA XXVII.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SAN PANTALEON, médico, en Nicomedia; al cual por seguir á Jesucristo mandó prender el emperador Maximiano, y ponerlo en el potro, y después abrasarle con hachas encendidas; pero apareciéndosele el Señor, y fortaleciéndole en medio de los tormentos por último consumó el martirio siendo degollado. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN HERMOLAO, presbítero, en la misma ciudad, el que convirtió á la fe á san Pantaleon: tambien los santos HERMIPO Y HERMÓCRATES, hermanos, á los cuales después de muchos tormentos, el mismo emperador Maximiano mandó degollar por la fe de Jesucristo.

LOS SANTOS MÁRTIRES FÉLIX, JULIA, Y JUCUNDA, en Nola.

LOS SANTOS MÁRTIRES MAURO, obispo, PANTALEEMON Y SERGIO, en Biselli en la Pulla, que padecieron en tiempo del emperador Trajano.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS MÁRTIRES, que en tiempo del tirano Dunaan fueron quemados por la fe de Jesucristo, en los Homeritas en la Arabia.

LOS SANTOS MÁRTIRES JORGE, diácono, FÉLIX, AURELIO, NATALIA (*después SABIGOTO*), Y LILIOSA, en Córdoba en España, en la persecucion arábiga. (*Véase su historia en las de hoy*).

EL MARTIRIO DE LOS SIETE SANTOS DURMIENTES MAXIMIANO, MALCOS, MARTINIANO, DIONISIO, JUAN, SERAPION Y COSTANTINO, en Éfeso.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN ETERIO, obispo y confesor, en Auxerre.

SANTA ANTUSA, vírgen, en Constantinopla; la cual en tiempo del emperador Constantino Copronimo, porque defendia el culto de las sagradas imágenes, fue azotada, desterrada, y murió en el Señor.

SAN PANTALEON, MÁRTIR.

Fue san Pantaleon uno de los mas ilustres Mártires de la fe de Jesucristo, y nació en Nicomedia de Bitinia, ciudad que el emperador Diocleciano habia escogido para su residencia. Su padre Eustorgio era gentil, y su madre Eubula era cristiana. Aprovechóse la madre

con destreza de las bellas disposiciones de corazon y de entendimiento que reconoció en su hijo para darle desde su niñez la primera tinctura de la religion cristiana; pero habiendo muerto antes que Pantaleon tuviese edad para aprovecharse de sus instrucciones, tomó Eustorgio á su cargo la educacion del niño; y como era uno de los mas obstinados paganos de Nicomedia, tuvo gran cuidado de inspirar á su hijo una grande aversion al nombre cristiano, y de imbuir bien su entendimiento en las supersticiones gentílicas. Viendo el padre la inclinacion que mostraba Pantaleon al estudio de las ciencias, no perdonó á medio alguno para que se instruyese en las mas amenas, y tuvo el consuelo de verle sobresalir en breve tiempo tanto en letras humanas como en filosofía; pero sintiéndose muy inclinado á la medicina, se aplicó particularmente á ella. Hizo tantos progresos en esta facultad, que muy en breve fue Pantaleon uno de los médicos mas hábiles que habia en Nicomedia; tanto, que movido el emperador Galerío Maximiano, así de su reputacion, como de su ingenio, de la suavidad de sus costumbres, y de sus cultos y cortesanos modales, le nombró por su médico ordinario.

La precision de asistir á la corte de aquel Príncipe era muy á propósito para borrar de su corazon hasta los mas leves vestigios del cristianismo que pudiesen haber estampado en él las piadosas instrucciones de su madre; pero por dicha suya le dispuso la bondad del Señor un auxilio que no esperaba, y fue bastante para que volviesen á rayar en su alma aquellas primeras luces.

Tuvo ocasion de hablarle en cierto dia un santo presbítero llamado Hermolao, y enamorado de su bello genio y de su espíritu, de su afabilidad y de sus gratisimos modales, así por esto, como por su conversacion y por su fisonomía, sospechó que Pantaleon habia tenido mejor escuela que la comun de los paganos. Retiróle aparte, y le dijo que deseaba hablarle mas despacio. Consintió Pantaleon, y apalabrado el dia y el lugar, concurrieron ambos al sitio señalado. Rompió Hermolao la conversacion diciéndole: *Ó yo me engaño mucho, ó á lo que me parece descubrir en tu modo y en tu semblante, tú solo eres gentil por costumbre, por bien parecer, ó por razon de estado; pero ni tu entendimiento ni tu corazon han sido siempre paganos. — Confieso*, respondió Pantaleon, *que soy hijo de madre cristiana, y que esta me comenzó á instruir en las máximas de su Religion; pero murió muy presto, y no tuvo tiempo para ser cristiano. — Segun eso, replicó Hermolao, no eres idólatra por eleccion; pero un hombre de tu capacidad en materia de religion ¿se ha de dejar llevar de la corriente?—Has-*

ta ahora, respondió Pantaleon, *solo he pensado en estudiar mi medicina.*—Y en ella has adelantado mucho, prosiguió Hermolao, *haciéndote médico famoso; pero ¿de qué te sirve la ciencia de la salud, si ignoras la de la salvacion? Créeme, que Jesucristo es distinto maestro que Galeno y Esculapio; estos dan unos preceptos muy limitados, y muchas dudosos para conservar una salud que al cabo se ha de perder; pero la doctrina de nuestro divino Maestro da la vida, y una vida que en el cielo dura eternamente.* Reconociendo Hermolao que sus palabras hacian impresion en Pantaleon, le explicó los misterios de nuestra santa Religion con tanta claridad y con tanta energia, que el médico se mostró cási convencido; prometiendo al celoso catequista, que para la segunda conferencia traeria pensado lo que debia hacer, pues realmente conocia que para ser feliz era menester ser cristiano.

Cuéntase que paseándose un dia á tiempo que iba revolviendo en su pensamiento la mudanza que trataba de hacer, encontró en el camino á un niño muerto por la mordedura de una víbora, y junto al cadáver la víbora que le habia mordido. Animada su confianza con aquellos como crepúsculos de la fe de Jesucristo, le ocurrió de repente hacer la experiencia de si era tan grande su poder como le habia ponderado el presbítero cristiano. Acercóse al niño, y en tono determinado y resuelto, le dijo: *Levántate tú, muerto; así te lo mando en nombre de Jesucristo: y tú, animal ponzoñoso y maligno, muere al instante.* En el mismo punto murió la víbora, y resucitó el niño; y asombrado Pantaleon del milagro, corrió al santo catequista, refirióle lo que le acababa de suceder, y le pidió el Bautismo.

Recibióle, y no le cabia el gozo en el pecho al verse ya cristiano. Estaba impaciente por hacer participante á su padre de la misma dicha, y verle convertido; pero conociendo su obstinacion y encaprichamiento en el paganismo, le pareció preciso contemporizar, y valerse de alguna industria para convencerle. Dejóse ver delante de su padre con un aire triste, taciturno y pensativo; preguntóle el viejo cuál era el motivo de su melancolía. *Señor,* le respondió Pantaleon, *arrancando un profundo suspiro, las extravagancias de nuestra religion me traen turbado, y me tienen revuelta la cabeza. Si nuestros dioses fueron hombres, ¿por qué arte se hicieron dioses? Por otra parte, no se puede negar que ofrecemos sacrificios á unos ídolos, que ni tienen ojos para ver lo que les ofrecemos, ni orejas para oir lo que les pedimos. A esto se añade lo que estamos viendo: del mismo metal de que se fabrican las ollas se fabrican los dioses; y no pocas veces habeis visto vos mismo que los que hoy eran dioses, á quienes ofreciamos incienso,*

mañana son ollas en que se cuece el potaje. No sabiendo el viejo qué responder, se mostró dudoso y titubeante; mas para convertirle era menester un milagro. Vino un ciego en busca de Pantaleon, y quejóse de que los otros médicos por curarle un mal que padecía en los ojos, á fuerza de remedios le habian dejado sin vista. Ofrecióle Pantaleon que al instante la recobraria, y le pondria bueno, como le diese palabra de abrazar la religion cristiana. Sorprendió tanto al ciego como al padre la proposicion; pero el milagro los convirtió á entrambos. Apenas hizo oracion el Santo, invocando el nombre de Jesucristo sobre el enfermo, cuando quedó sano, y los dos recibieron el Bautismo.

Con la conversion del padre aun se enfervorizó mas el hijo; porque habiendo llamado Dios á sí al buen viejo, luego que Pantaleon se vió heredero de todos sus bienes, los vendió, y repartió el precio entre los pobres. Es verdad que continuó con la profesion de médico; pero de médico divino, que curaba las enfermedades del alma, curando milagrosamente las del cuerpo, y por medio de su industrioso celo creció prodigiosamente el número de los fieles.

Pero la gran reputacion que se habia adquirido nuestro Santo con sus milagrosas curas excitó la emulacion y la envidia de los médicos. A breve tiempo descubrieron que era cristiano, y al punto le delataron al emperador Maximiano, que se hallaba á la sazón en Nicomedia. Sorprendido extrañamente el Príncipe al ver que mantenía en su misma corte á un enemigo de sus dioses, quiso informarse de la verdad por sí mismo; y para que Pantaleon no la negase, ó para tener con qué convencerle si la pretendia oscurecer, examinó por su persona al ciego que habia curado el Santo, y metia mucho ruido en la ciudad. El nuevo cristiano refirió sencillamente cuanto habia pasado, y que el médico Pantaleon le habia restituido la vista sin otro medicamento que invocar el nombre de Jesucristo. Intentó persuadirle el Emperador que aquel beneficio le debia á los dioses del imperio. *¡Ah señor!* le replicó el ciego, *¿cómo quiere V. M. que me restituyesen la vista unos dioses que no ven?* Irritó tanto á Maximiano esta animosa respuesta, que mandó le cortasen al punto la cabeza.

No dudando ya de que era cristiano Pantaleon, le mandó llamar; y en tono airado, pero en que se dejaba traslucir la estimacion, y aun el amor que profesaba á su médico ordinario, le dijo: «Nunca creyera que el hombre á quien mas he colmado de honras y de bienes en mi corte fuese el mayor enemigo de los dioses del imperio. — Confieso, señor, respondió Pantaleon, que desde que Dios

«me hizo la gracia de darme á conocer las supersticiones del paganismo, concebí un soberano desprecio de esos demonios que vosotros llamais dioses: ¿cuál es su poder, su soberanía, ni su duración? No hay entre ellos ni uno siquiera de cuyo nacimiento y origen no tengamos noticia; no se ignoran sus flaquezas, ni sus pasiones; sábense hasta sus maldades y sus vicios; la impiedad y la locura de los hombres convirtió en dioses los hombres mas malos.» Viendo nuestro Santo que el Emperador estaba como cortado, aunque salia á los ojos la cólera que ardía en el corazón, se adelantó á hacerle una proposición que fue recibida con general aplauso de todos los circunstantes.

«Y para que V. M. se desengañe, añadió Pantaleon, de que todas esas deidades son unas estatuas muertas, y no mas, y que solo es verdadero Dios el Dios de los Cristianos, tráigase aquí á vuestra presencia un enfermo desahuciado de todos los médicos, invóquense vuestros dioses para que le sanen, ofrézcaseles sacrificios, y verémos si tienen poder y habilidad para curarle; yo invocaré á Jesucristo mi Salvador, con una segura confianza de que luego que haya pronunciado su santo nombre, quedará enteramente sano.»

Como todos interesaban tanto en el desafío, no fue posible rehusarle; y así por mas que el Emperador se irritó contra Pantaleon, procurando aterrarle con amenazas, fue preciso hacer á su vista la experiencia del quimérico poder de sus dioses. Trájose á presencia de todo el concurso un paralítico impedido de todos sus miembros mucho tiempo habia: apuraron los gentiles todas sus devociones, sus sacrificios y sus deprecaciones; pero el paralítico se quedó como se estaba: hace oración Pantaleon á vista de toda la muchedumbre que habia concurrido á palacio; levántase, acércase al enfermo, hace sobre el la señal de la cruz, mándale en nombre de Jesucristo que se ponga bueno, y en el mismo instante se levanta el paralítico, diciendo á voces, que no hay otro verdadero Dios sino el Dios de los Cristianos. Hizo este milagro tan maravilloso efecto en el ánimo de los que le vieron, que se convirtió la mayor parte de ellos; y por mas que el Emperador se esforzaba á querer persuadir que todo era artificio mágico y encantamiento, no resonaba otra cosa en las calles de Nicomedia que elogios y aplausos del poder de Jesucristo.

Pero enconado Maximiano con las sugerencias de los sacerdotes de los ídolos, le pareció ser preciso desacreditar con el rigor de los suplicios al que respetaba todo el pueblo como á hombre favorecido del verdadero Dios. Mandó, pues, que fuese llevado Pantaleon á la pla-

za mayor, y que allí á vista de toda la ciudad despedazasen su cuerpo con garfios de hierro, y aplicasen á las heridas hachas encendidas, y que después le metiesen en una caldera de plomo derretido. Apareciósele el Salvador al principio de estos tormentos, y le hizo como insensible á tan horrorosos suplicios; mas furioso el Emperador á vista de tantos prodigios, mandó que atándole al cuello una piedra de enorme corpulencia, fuese precipitado en el mar; pero este elemento tambien le respetó, y le volvió á arrojar sano y salvo á la orilla. Una máquina armada de navajas y puntas de acero, que al primer movimiento naturalmente le habia de hacer trozos, no le hizo el mas leve daño, antes desbaratándose de repente, quitó la vida á muchos gentiles que asistian á aquel nuevo género de suplicio.

A este tiempo dieron noticia al Emperador de que el presbítero Hermolao habia convertido á Pantaleon. Con eso se persuadió que si lograba hacer apostatar á aquel buen viejo, presto se pervertiria el mismo Pantaleon con el ejemplo de su maestro y catequista. Mandó, pues, buscar al santo presbítero, y le amenazó con los mas horrorosos tormentos si no renunciaba á Jesucristo en aquel mismo punto. No dio otra respuesta Hermolao que reirse de las amenazas del Emperador. Comenzóse el interrogatorio, y á las primeras palabras se sintió un temblor de tierra tan violento, que todos consintieron quedar sepultados en las ruinas de los edificios. Dijo el tirano al pueblo, que aquella era señal de la cólera de los dioses; á que prontamente replicó Hermolao: *¿Y qué diriais, señor, si esos vuestros mismos dioses se hubiesen hecho pedazos con el terremoto?* Fue asi; pues apenas acabó el Santo de pronunciarlo, cuando un horrible alarido de los paganos informó al Emperador de que todos los ídolos de la ciudad se habian hecho añicos y polvo en la ruina de los templos. Aturdido Maximiano con este suceso, mandó cortar la cabeza á Hermolao, y condenó á Pantaleon al mismo suplicio. Atóle el verdugo al tronco de un olivo; descargó sobre su cuello muchos golpes con el afilado sable; pero ninguno le hirió ni aun ligeramente, hasta que el Santo, con una piadosa impaciencia de ir á recibir en el cielo la recompensa debida á sus trabajos, suplicó á Jesucristo no le dilatase mas la corona del martirio, la que recibió en fin el dia 27 de julio del año de 305; y con él tuvieron parte en la misma gloria los santos Hermipo y Hermócrates, compañeros del santo presbítero Hermolao.

Las reliquias de san Pantaleon fueron trasladadas de Nicomedia á Constantinopla, y colocadas en el sitio donde se celebró después el segundo concilio general el año de 381, en tiempo de Teodosio el

Grande, por cuyo motivo se llamó el oratorio ó la capilla de la Concordia. Regalóselas con el tiempo el Emperador del Oriente á Carlo Magno, y este las trasladó á Francia, venerándose la cabeza en la iglesia de Leon, y el resto en el monasterio de San Dionisio.

«En la iglesia de las señoras Agustinas recoletas del real convento de la Encarnacion de Madrid se conserva dentro de una ampollita de cristal una pequeña porcion de la preciosa sangre de este «glorioso Mártir, la que se asegura que todos los años milagrosamente se liquida en la víspera y dia de su fiesta, concurriendo apresuradamente todo el pueblo á venerar la reliquia, y á ensalzar el «poder de Dios á vista de aquel prodigio.»

LOS SANTOS AURELIO, FÉLIX, JORGE, SABIGOTO Y LILIOSA,
MÁRTIRES.

Entre los ilustres Mártires de Jesucristo que ennoblecieron á Córdoba con su preciosa sangre, refiere san Eulogio á Aurelio, Félix, Jorge, Sabigoto y Liliosa, todos dignos de memoria eterna por los gloriosos triunfos que consiguieron de los infieles. Nació Aurelio en aquella ciudad, de padres ricos, iguales en circunstancias y en riquezas, aunque desiguales en la religion, pues el padre era mahometano, y la madre cristiana; cuyos contratos eran harto frecuentes en aquellos calamitosos tiempos en que los agarenos se hallaban dueños de España. Ordenó el Señor para sus altos fines las cosas de este ilustre mancebo, dejándole huérfano de ambos en su niñez, y en poder de una tia suya hermana de su madre, y cristiana como ella, la cual le enseñó la ley de Jesucristo, y le educó en la virtud. Y tan profundamente se arraigaron en su pecho los documentos de aquella sierva de Dios, que jamás pudieron arrancárselos ni el ejemplo de los moros, ni la ocasion en que le pusieron los deudos de su padre, entregándole á un maestro que junto con las ciencias de los árabes le enseñase las supersticiones del Alcoran; pero saliéronles frustradas sus esperanzas, porque cuanto mas trabajaba el maestro en encaminarle á la estima de su profeta, tanto mas adelantaba el discípulo en su odio y desprecio. Disimulábalo empero para no incurrir en la indignacion de sus deudos. Pensaron estos cuando Aurelio llegó á la edad competente darle estado, á cuyo efecto le propusieron que escogiese entre varias doncellas iguales á él en riqueza y en calidad. Resuelto Aurelio á no casarse con mujer que no fuese cristiana, suplicaba al Señor se la diese tal, que con su ejemplo le ayudase á ser

cada dia mas exacto en el cumplimiento de su santa ley. Habia á esta sazón en Córdoba una doncella hija de padres moros y ricos. Siendo ella niña murió el padre, y la madre casó segunda vez con un caballero cristiano y tan celoso, que la persuadió á abrazar la religion de Jesucristo, é hizo luego bautizar á su hija, y la llamó Sabigoto¹, nombre bastante usado entre los godos. Esta doncella tenia destinada el Señor para esposa de Aurelio, en la cual halló cuantos estímulos deseaba para su verdadero aprovechamiento.

Tenia Aurelio un amigo y pariente muy cercano llamado Félix, el cual con Liliosa su mujer servia á Dios con fervor de espíritu después que por miedo con gran flaqueza dijo ante el juez que no era cristiano. De esta debilidad suya, muy llorada ya, solia tratar Félix con Aurelio, y ambos se encendian uno á otro en deseo de triunfar de la muerte y de los enemigos de Cristo. Acrecentaban este fervor las dos santas esposas Sabigoto y Liliosa, ofreciéndose á seguirlos en una empresa tan gloriosa.

Reinaba por este tiempo en Córdoba Abderramen II, de cuya ferocidad hemos hablado otras veces. Bajo el yugo de este tirano gemia aquella iglesia, cuando un dia hallándose Aurelio en la plaza del palacio real, oyó grande alboroto y tropel de gente, y reparándose un poco, vió un ejemplo de no menos duelo que provecho para su alma. Venia montado en un jumento el santo confesor Juan, abiertas sus carnes, tan cargado de prisiones que el gran peso del hierro trastornaba el aparejo del asnillo: azotábanle los moros con extraña fiereza, mofaban de él y le hacian mil ultrajes, y á voz de pregon iban diciendo que aquel castigo se le daba por no haber querido renegar de Jesucristo.

Lastimado y admirado quedó Aurelio con este espectáculo, herido de amor para con aquel Señor que así triunfa en sus siervos, avergonzado de su gran flaqueza, codicioso de la palma que aquel santo Confesor tenia tan merecida. Y como si para ejemplo suyo solamente se hubiera ordenado aquel martirio, iba encendiéndose en el corazon de Aurelio el deseo de dar la vida por Cristo. Vuelto á su casa refirió á Sabigoto su mujer lo que habia visto en la plaza, y los deseos que le infundia el Señor: hízola las mas santas reflexiones sobre el mérito de la confesion pública de nuestra santa fe, y animados de un mismo espíritu, convinieron en comenzar desde aquel instante una vida enteramente santa, para disponerse al martirio. Con esta mira

¹ Antes de ser bautizada Sabigoto tuvo por nombre Natalia, el cual se le da en las actas de san Eulogio publicadas por Surlo.

gastaban muchas horas del día y de la noche en oracion: velaban, ayunaban, tratábanse con suma aspereza, dormian poco y sobre el duro suelo, sin otro reparo que un áspero cilicio, que mas servia de tormento que de descanso. Llenos de caridad distribuian entre los pobres grandes limosnas, y visitaban á los encarcelados para socorrerlos en sus aflicciones, cuyos oficios piadosos ejecutaban particularmente con aquellos fieles que estaban cercanos á ofrecer su vida en sacrificio por amor del Señor, entre los cuales refiere san Eulogio por aquel tiempo á las dos ilustres vírgenes Flora y María, presas por la fe.

Concurrian Aurelio y Sabigoto con mucha frecuencia á visitar á las dos insignes heroínas de nuestra Religion, no tanto para consolarlas en los trabajos de la prision, cuanto para animarse con el ejemplo de su fortaleza á seguir sus acertados pasos. Sabigoto se quedaba muchas noches acompañando á Flora y á María, ensayándose á padecer con sus santas conversaciones; y acercándose el tiempo de sus combates, las suplicó encarecidamente que estando como estaban próximas á disfrutar la eterna felicidad, rogasen á Dios que la llevase con su esposo á su vision beatifica por el mismo medio que ellas se conducian. Resuelto en fin Aurelio á dar la vida por Cristo, consultó con san Eulogio sobre lo que debia hacer así de su cuantioso caudal, como de las dos hijas que tenia, una de cinco, y otra de ocho años. Dióle el santo Doctor el consejo que le dictó su grande sabiduría, tanto en orden á la distribucion de sus bienes, como para la seguridad de las dos niñas, las que le ordenó colocase en el monasterio Tabanense, encargándolas al cuidado de la insigne abadesa Isabel, mujer del ilustre mártir Jeremias, ambos fundadores de aquella célebre casa. Ejecutólo Aurelio puntualmente; y desembarazado de todos los impedimentos que podian estorbar su generosa resolucion, solo pensaba disponerse con su esposa al fin deseado.

Consumaron su feliz carrera Flora y María con la corona del martirio; y queriendo el Señor alentar el fervor de Sabigoto por medio de aquellas heroínas, se la aparecieron rodeadas de espíritus celestiales, y le aseguraron que ella y su esposo, acompañados de un monje del Oriente, darian en breve la vida por Jesucristo. Otra revelacion del triunfo que la aguardaba tuvo tambien por medio de una sierva de Dios á quien habia ella visitado en su última enfermedad. De todos estos favores de Nuestro Señor daban cuenta estos esposos á sus deudos Félix y Liliosa, los cuales no menos ansiosos que ellos de disfrutar la eterna felicidad, distribuyeron igualmente sus

bienes entre los pobres , para quedar desembarazados de semejantes impedimentos.

El monje que Dios tenia guardado para compañero de nuestros Santos en la corona del martirio , se llamaba Jorge , era natural de Belen , desde jóven gustó de la virtud , y abrazó el estado religioso en el monasterio de San Sabas , poco distante de Jerusalem. Vivió en aquel seminario de santos por espacio de veinte y siete años ; pero habiendo quedado reducido aquel monasterio á una suma pobreza por la irrupcion que hicieron los moros en la Tierra Santa , le envió el abad David al África á buscar entre los Cristianos algunas limosnas para el sustento de los monjes , que eran quinientos. Pasó Jorge al África , donde dominaban tambien los moros ; y era tan corto el caudal de los fieles de aquella tierra , que Jorge se vió obligado á pasar á España con acuerdo de su Abad , y mas por disposicion de Dios que por estos pasos , le guiaba á mas alto fin. Era Jorge menospreciador de sí mismo , y estimador de los otros , alegre , fácil , agradable á todos en su trato , humilde y sencillo sin afectacion ni mezcla alguna de vanidad ; de estas y otras virtudes suyas da testimonio san Eulogio , que le conoció y trató muy despacio. Con ser hombre docto en las lenguas griega , latina y arábica , jamás hizo ostentacion de saberlas ; y aunque era diácono , siempre se trató como lego , sin declararlo á nadie hasta el tiempo de su martirio. Quiso el Señor dar colmo á los grandes merecimientos de este siervo suyo con la corona de Mártir , la cual recibió en compañía de los cuatro ya referidos , y fue de esta manera :

Ocho dias antes de declararse cristianos estos cuatro siervos de Dios , estando Sabigoto en el monasterio Tabanense , llegó á él nuestro monje á despedirse de los hermanos y hermanas que allí vivian , para volver á su monasterio. Dijéronle aquellos monjes que no se fuese sin visitar á una sierva de Dios llamada Sabigoto , que allí se estaba preparando para el martirio. Lleváronle donde estaba , y en viéndole dijo al punto : Este es el monje que me prometió el Señor por compañero de la pelea. Jorge luego que supo la revelacion que habia tenido del cielo , se hincó de rodillas , y le rogó le alcanzase de Dios esfuerzo para llegar á lo prometido. Quedóse allí el monje aquella noche , y en una vision que tuvo , le pareció que veia á Sabigoto dándole un perfume de suavísimo olor. Al dia siguiente volvieron juntos á Córdoba , y entrando en su casa conoció á Aurelio , y de rodillas le pidió que rogara á Dios le hiciese digno de acompañarles en su batalla. Tambien encontró allí á Félix y Liliosa.

Entonces todos unánimes en el noble pensamiento, comenzaron á deliberar sobre el medio de presentarse al combate, y acordaron que Sabigoto y Liliosa fuesen públicamente á la iglesia, sin taparse el rostro como acostumbraban las mujeres cristianas, de suerte que pudiesen ser conocidas, para dar así motivo á los agarenos á que las delatasen al juez. Ejecutáronlo así, y delatadas en efecto, el juez hizo llamar á Aurelio y á Félix, y les preguntó, qué significaba la frecuencia de sus esposas al templo de los Cristianos; á lo que respondieron: Es costumbre de los Cristianos visitar en las iglesias los sepulcros de los Mártires, y como nosotros lo somos, seguimos esta piadosa costumbre. El juez oído esto, los denunció por renegados al Consejo del Rey. Mientras se proveia el auto de prision, Aurelio pasó al monasterio Tabanense á despedirse de sus hijas. Luego en el mismo dia que los encarcelaron, antes de amanecer visitó á san Eulogio en su misma casa, pidiéndole el favor de sus oraciones en aquella primera suerte de su pelea.

Determinada la prision, corrieron los ministros del Rey á la casa de Aurelio y de sus ilustres compañeros: llegaron con tropel y con algazara, y comenzaron á decirles con grandes voces: «Salid acá, miserables, salid á recibir la muerte que os espera, pues parece que «la teneis por gloria, y os molesta la vida.» Salieron los cuatro siervos de Dios, Aurelio, Félix, Sabigoto y Liliosa llenos de regocijo á presentarse á los emisarios; pero dejando estos á Jorge, por no ser de los citados, poniéndose delante de ellos el célebre monje, les dijo con generosa resolucion: «¿Por qué tratais de esta suerte á los Cristianos, queriéndoles obligar á que profesen una secta llena de errores y de falsedades? ¿Acaso no podeis vosotros solos perecer en el «infierno sin llevar á los siervos de Dios? id á padecer tormentos «eternos en compañía de vuestro maldito profeta.» Enfurecidos los moros al oir semejante reconvencion, descargaron furiosos golpes sobre el inocente monje, dejándolo por muerto en el suelo; y llegándose á él la ilustre matrona Sabigoto compadecida de él, le dijo: «Levanta, padre, y vamos á padecer por amor de Jesucristo.»

Luego que estuvieron todos ante el tribunal, el juez con blandura les preguntó, ¿por qué causa habian dejado su ley, y querian morir afrentosamente con pérdida de su honra y hacienda, siendo ella tan grande, cuando podian lograr todas las comodidades de esta vida, y después los deleites prometidos en su Alcoran? Ellos á una voz respondieron: No hay honras ni riquezas, ni deleites en el mundo, que puedan compararse con las que tiene preparadas Jesucristo

á los que le confiesen ante sus enemigos, pues todo lo que contradice á su santa ley es error y falsedad. Sintió el juez la respuesta de los Santos; y como eran personas tan distinguidas, emparentadas con los principales de Córdoba, se abstuvo en sentenciarlos hasta dar parte al Consejo del Rey, ínterin lo cual mandó ponerlos en la cárcel cargados de prisiones, en la que se mantuvieron cinco dias ocupándose en fervorosas oraciones y en alabanzas divinas. Revelóles el Señor el dia de su glorioso combate, y asegurados de la victoria, deseaban con vivas ansias dar al mundo pruebas públicas de la constancia de su fe. Sacáronles por último al Consejo del Rey, donde fue de nuevo solicitada su constancia con ruegos, con ofrecimientos de grandes riquezas y honras: añadían amenazas, todo sin fruto; mas deseo tenían ellos de verlas cumplidas, que ánimo los jueces para cumplirlas. Mandaron degollar á los cuatro, dando por libre á Jorge; mas luego que él oyó la sentencia, reclamó de ella diciendo: «¿Por qué «me exceptuáis de la pena, siendo una misma la causa de todos? «¿acaso es por no haberme oído hablar mal de vuestro profeta? Pues «sabed que yo no puedo decir, ni juzgar de él otra cosa, sino que «fue un maestro de perdicion; y el ángel que creéis que le dictó su «ley fue el demonio, que como padre de la mentira hizo que os la en- «señase en su ridículo Alcoran. Él fue el infame precursor del An- «tecristo, la vileza del mundo, y el promotor de los mas torpes vi- «cios.» Los magistrados no le dejaron proseguir su discurso, y mandaron que lo degollasen juntamente con Aurelio, con Félix, con Sabigoto y con Liliosa.

Primero dió la vida san Félix, luego san Jorge y santa Liliosa, y últimamente los santos Aurelio y Sabigoto. Fue esta señalada victoria de la gracia de Dios el año 852 á 27 de julio. Tres dias estuvieron los santos cuerpos en el patíbulo; luego los recogieron los Cristianos, y los depositaron en varias iglesias, á fin de enriquecerlas con tan preciosas alhajas. A los de Aurelio y Jorge llevaron al monasterio de la Peña de la Miel, llamado San Salvador, fundado por los padres de santa Pomposa á cuatro millas de la ciudad. El de Félix fue enterado en el de San Cristóbal; santa Sabigoto en la iglesia de los tres santos Justo, Januario y Marcial, que estaba dentro de Córdoba, y santa Liliosa en la de San Ginés, donde permanecieron en grande veneracion. Después por los años 1070 poco mas ó menos llevó el conde Fernan-Gomez de Carrion el cuerpo de san Félix con el de san Zoilo al monasterio de religiosos benedictinos de Carrion, en el que está en dos arcas de plata sobre el altar mayor; y los de Aure-

lio y Jorge fueron trasladados al de San German de Paris por los años 858, de cuya traslacion hacen memoria en el dia 20 de octubre varios Martirologios, y el cardenal Baronio en las Anotaciones al romano.

SANTAS JULIANA Y SEMPRONIANA, VÍRGENES Y MÁRTIRES.

Entre las muchas heroínas que testificaron con su sangre nuestra santa fe en España, brillan en el principado de Cataluña las dos santas y esclarecidas doncellas Juliana y Semproniana, naturales de Mataró, que antes de la entrada de los moros se llamó *Iluro*, y luego *Civitas Fracta* ó *Tracta*, ciudad marítima poco distante de Barcelona. De estas santas hermanas consta por tradicion que fueron discípulas de san Cucufate, que le siguieron y acompañaron hasta el martirio, y que le dieron sepultura: que por esta causa las prendieron, y como las hallasen constantes en la fe de Jesucristo, por sentencia del juez Rufino les cortaron la cabeza tal dia como hoy del año 304, esto es, dos dias después del triunfo de su maestro san Cucufate, en el mismo *Castro Octaviano*, que está á dos leguas de Barcelona en el Vallés hácia Tarrasa.

Los sagrados cuerpos de las dos santas vírgenes, como los de otros muchos mártires, fueron sepultados en el precitado territorio de *Castro Octaviano*, en cuyo sitio se fundó en el año 782 el célebre monasterio de monjes benedictinos claustrales de San Cucufate, donde se les hacia fiesta como vírgenes y mártires tal dia como hoy, con rezo que antiguamente era propio y rito doble de primera clase con octava. Sus nombres fueron introducidos en las letanías de aquel monasterio, pues se hallaban, como dice Florez, en una de un ritual antiguo, y en otra de un misal, ambos manuscritos en vitela, que se conservaban en el archivo. Consta tambien de algunas escrituras que en altares consagrados por obispos de Barcelona en el siglo XIII pusieron reliquias de estas santas vírgenes.

La ilustrísima ciudad de Mataró, afortunada patria de nuestras Santas, de tiempo inmemorial celebra anualmente con pompa y solemnidad su fiesta tal dia como hoy, venerándolas como paisanas, é invocándolas por antonomasia *las Santas*. El abad de San Cucufate D. Buenaventura Gayolá, y su cabildo monasterial, concedieron á los mataroneses reliquias de sus dos ínclitas compatricias, cuya solemne entrega y traslacion se verificó el dia 25 de julio del año 1772.

Ahora posteriormente en el año 1835, la piedad de los fieles cuidó de poner en salvo los cuerpos de los Santos que de tiempo remo-

tísimo recibían culto en el expresado monasterio de San Cucufate del Vallés, el cual fue incendiado durante los deplorables sucesos políticos de aquella época; y puestas luego dichas reliquias á disposicion de la autoridad eclesiástica, bien asegurada esta de su autenticidad, concedió las de las santas Juliana y Semproniana á la ciudad de Martaró, donde colocadas las preciosas urnas en el magnífico altar mayor de su parroquial iglesia, son allí reverenciadas hoy con esmerado culto y devocion, siendo prendas de muchos celestiales beneficios.

La Misa es en honor de san Pantaleon, y la Oracion la que sigue:

Deus, qui Pantaleonem martyrem tuum varia tormenta superare fecisti, et pro persecutoribus exorare; concede propitius, ut qui ejus imploramus auxilium, misericordiae tuae sentiamus effectum. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que hiciste que vuestro mártir Pantaleon superase varios tormentos; y orase por sus perseguidores, concedednos propicio, que los que imploramos su auxilio, experimentemos el efecto de vuestra misericordia. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo II de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo.

Charissime: Memor esto Dominum Jesum Christum resurrexisse à mortuis ex semine David, secundum Evangelium meum, in quo laboro usque ad vincula, quasi male operans: sed verbum Dei non est alligatum. Ideo omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consequantur, quae est in Christo Jesu, cum gloria coelesti. Tu autem assecutus es meam doctrinam, institutionem, propositum, fidem, longanimitatem, dilectionem, patientiam, persecutiones, passiones: qualia mihi facta sunt Antiochia, Iconii, et Listris: quales persecutiones sustinui, et ex omnibus eripuit me Dominus. Et omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.

Carísimo: Acuérdate que el Señor Jesucristo del linaje de David resucitó de la muerte segun mi Evangelio. Por el cual yo padezco hasta las prisiones como malhechor; pero la palabra de Dios no está aprisionada. Por esto sufro todas las cosas por amor de los elegidos, para que ellos consigan tambien la salud que está en Cristo Jesús con la gloria celestial. Pero tú has seguido de cerca mi doctrina, mi modo de vivir, las intenciones, la fe, la longanimitad, la caridad, la paciencia, las persecuciones, los trabajos, como los que me sucedieron en Antioquía, en Iconio y en Listris: las cuales persecuciones yo sufrí, y de todas me libró el Señor. Y todos aquellos que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecucion.

REFLEXIONES.

Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo padecerán persecucion. Si hubiera dicho, todos los que quisieren vivir desordenadamente, licenciosamente, y segun el espíritu del mundo, serán per-

seguidos, y tendrán necesariamente mucho que padecer en una religion tan pura, tan santa y tan perfecta, seria una proposicion justa, y en creerla no habria dificultad; pero que hayan de padecer persecucion los que quieren vivir segun el espíritu, las máximas y las leyes de esta Religion, y que la persecucion haya de ser suscitada por aquellos mismos que la profesan, esto es lo que verdaderamente trastorna la razon. Mas al fin cuando se considera que el mismo Jesucristo fue perseguido por aquellos mismos que tanto tiempo habia le estaban pidiendo, y le estaban deseando; cuando se hace reflexion á que este divino Salvador, que era la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, fue tan maltratado; cuando se piensa seriamente que estuvo en este mundo, el cual habia sido hecho por él, y que el mundo no le conoció; que el que vino á salvar los pecadores, Jesucristo, el Mesías tan deseado, se dejó ver en su misma herencia, y los suyos no le recibieron; ¿quién se admirará de que padezcan persecucion en este mundo los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo? ¿Qué profeta dejó de ser perseguido por aquellos á quienes anunció la voluntad del Señor? Hay en el hombre cierto fondo de malignidad, que todo lo corrompe si no se tiene cuidado de purificarla con la penitencia; nacen con él las pasiones; y ellas son las que levantan aquellas nieblas que ofuscan las luces de la fe, y debilitan la misma razon natural: si no se procura domar con tiempo estos enemigos domésticos, pervierten el genio mejor, y caminando siempre de acuerdo con los sentidos, dan la ley, se apoderan del corazon, se hacen dueños del entendimiento, y tiranizan á todo el hombre. Como son tan pocos los que no se dejan llevar de la corriente, como las pasiones toman todas las entradas, reinando siempre en la infancia, y mucho mas despóticas en la juventud, es siempre mayor el número de los partidarios del mundo, porque siempre cuentan las pasiones mayor número de esclavos. Esto es lo que engruesa el partido de aquel, aumentando el de los enemigos de Jesucristo. El rebaño de Jesucristo siempre será el menor, y por consiguiente el mas expuesto á los insultos; pero al fin triunfe el mundo cuanto quisiere de que tiene de su parte la muchedumbre, durará poco su alegría, sobre ser muy superficial; el reino de los cielos es la herencia de los pocos, resérvase para la pequeña grey.

El Evangelio es del capítulo x de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum quod non En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Nada hay escondido, que no

revelabitur; et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, praedicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere, sed potius timete eum, qui potest et animam, et corpus perdere in gehennam. Nonne duo passeresset vae-neunt: et unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in coelis est.

venga á descubrirse, ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á oscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oído, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar al alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno al alma y al cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos pájaros por la menor moneda, y ninguno de ellos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temais, pues: mucho mas valeis vosotros que muchos pájaros. Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

Del infierno.

PUNTO PRIMERO. — Considera que hay infierno; es decir, un lugar en que todo el poder de Dios junta todos los tormentos para castigar, para atormentar á los que mueren en su desgracia, y para hacerlos padecer eternamente.

La cólera de todo un Dios irritado enciende en él un fuego de un ardor, de una vivacidad incomprensibles, que no solo abrasa los cuerpos, sino tambien las almas. Un condenado está sumergido, sepultado, anegado en aquel fuego, inmóvil en medio de aquel fuego, penetrado de aquel fuego, sin poder respirar mas que el fuego que le abrasa. Cada momento padece nuevo dolor y nuevo suplicio; y por un prodigio espantoso de rigor, efecto todo del poder divino, el condenado padece todos los suplicios juntos en cada momento.

Pero por espantosas, por incomprensibles que sean aquellas penas, se puede decir que son poca cosa en comparacion de aquel penetrante dolor, de aquella eterna desesperacion que le causa la memoria del tiempo pasado, lo mal que se aprovechó de él, y de tantos auxilios como tuvo.

La falsa brillantez de las honras que le deslumbró; los bienes fantásticos que le ocuparon; la engañosa apariencia de los deleites que le tuvieron como encantado; la vanidad de los objetos que le apartaron de Dios; la ridiculez de los que se llaman respetos humanos;

y la nada de las grandezas del mundo, todas estas son otras tantas furias que despedazan, que taladran el corazon de un infeliz condenado.

¡Que por gozar de unos sucios y momentáneos deleites, por satisfacer mi orgullo y mi vanidad, por contentar mi pasión me he precipitado en estos hornos eternos! Fantasmás de grandeza, fortuna quimérica, vanas ideas de felicidad, cien veces os condené, y no dejé de irme tras de vosotras; y por haberme apacentado de vuestra engañosa esperanza me veo condenado. Pude salvarme; ¡cuántas saludables inspiraciones desprecié! Nunca me faltaron auxilios suficientes; pero no me dió gana de corresponderlos. Pensé en el infierno; creí todo lo que estoy viendo, todo lo que estoy experimentando; bramaba de indignación y de horror contra los que se condenaban, y yo soy uno de ellos.

A estos mortales remordimientos, á estas penas incomprensibles añade la vista de un Dios soberanamente irritado, de un Salvador convertido en enemigo irreconciliable, de un Dios perdido sin recurso, y perdido por el pecado. Era menester poder concebir lo que es Dios, para poder comprender qué tormento es el perderle, y perderle sin esperanzas de volverle á recobrar. Esta sola pena equivale á todos los suplicios: sin esta pérdida el mismo infierno con todos sus tormentos se convertiría en un lugar de delicias. Concibe, si es posible, qué tormento es haber perdido á Dios para siempre.

¡Ah Señor! piérdalo yo todo desde este mismo punto, bienes, dignidades, salud, y hasta la misma vida, antes que perderos á Vos. He merecido el infierno; pero confío y apelo á vuestra infinita misericordia: no permitais, dulce Jesús mío, que me condene.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que las penas del infierno no solo son universales, excesivas, incomprensibles, sino tambien eternas; es decir, que aunque son tan espantosas, tan intolerables, no hay esperanza de que jamás se acaben, ni de que por un solo instante se alivien.

¡Qué dolor, qué desesperación, qué rabia la de una alma condenada, cuando desde aquel abismo de la eternidad, después de haber ardidado cien mil millones de millones de años, vuelve los ojos hácia esta pequeña porción, hácia este puñado de tiempo que vivió, el que apenas podrá descubrir entre aquel prodigioso número de siglos que habrán pasado después de su muerte! Pensará que por no haberse querido hacer un poco de violencia durante un cortísimo espacio de tiem-

po, arde y padece todos los suplicios juntos después de tantos millones de siglos, sin que se pueda decir que la resta ni un solo momento menos que padecer.

Arder en el infierno tantos años, tantos siglos como instantes se vivieron, causa espanto esta duracion; ¡qué será arder tantos millones de siglos como gotas de agua hay en los rios y en la mar! Habrá sufrido un condenado en aquellos calabozos de fuego toda esa incomprendible duracion de tiempo, y no se habrá pasado un medio cuarto de hora, ni un instante de la eternidad; los hijos de tus hijos estarán enterrados; habrá consumido el tiempo las casas en que habitaste, la ciudad en que naciste, y los estados en que pasaste tu vida; en fin, habrán sepultado los siglos á todo el universo en sus propias cenizas; después del mundo se habrán pasado tantos millones de siglos como duró momentos el mismo mundo, y ni un solo instante habrá corrido de la espantosa eternidad; si te condenaste te queda tanto por padecer como desde el mismo punto que fuiste sumergido en aquellas llamas.

¡Oh eternidad espantosa! ¡oh incomprendible eternidad, quién te puede creer, y vivir en pecado un solo momento, y dilatar un solo momento la penitencia!

Supongamos que un pecador fuese condenado á arder en el infierno hasta que una hormiga trasladase al mar toda la arena de sus orillas, llevando de mil á mil años un solo grano. ¡Ah, desde que Cain está en el infierno, solo seis granos hubiera transportado este animalillo! Pues ¿qué sería si aquel desdichado tuviese que padecer hasta que la hormiga trasladase no solo toda la arena del mar, sino toda la tierra del mundo? ¿si hubiese de arder hasta que pasando de mil á mil años, acabase de roer todas las peñas, todos los montes de la tierra? La razon se pierde, y la imaginacion se confunde en esta incomprendible extension de tiempo. Con todo eso si te condenas, ha de llegar tiempo en que puedas decir con verdad: desde que morí, desde que estoy rabiando en medio de estos incendios, aquella hormiga hubiera ya trasladado al mar toda la arena y toda la tierra del universo, ya hubiera roído los montes y los peñascos, ya hubiera penetrado hasta el mismo centro del mundo; toda esa espantosa duracion de tiempo se ha pasado en estos horribles tormentos, y me resta que padecer una eternidad toda entera. ¡Hay infierno, hay eternidad de infierno: hav cristianos que lo creen, y que todavía pecan! Esta es una cosa que parece tan incomprendible como el mismo infierno y como la misma eternidad.

¿Y qué, Señor, me habréis concedido Vos tiempo y gracia para pensar en las penas del infierno, solo para que esta consideracion, por pura malicia mia, me aumente algun dia el dolor de haberme condenado después de haber considerado aquellas terribles penas? ¡Qué rabia, qué desesperacion será la mia, si después de esta meditacion no mudo de vida, si no me dedico á trabajar con vuestra poderosa ayuda en el negocio de mi salvacion! Volved, Padre eterno, vuestros benignos ojos hácia este miserable pecador; todavía estoy teñido con la sangre de mi Señor Jesucristo; en virtud de esta sangre os pido misericordia y gracia para amaros en vida y por toda la eternidad.

JACULATORIAS.—¡Ah Señor! ¿quién podrá habitar en medio de aquel fuego devorador? ¿quién sufrirá aquellos ardores sempiternos? (*Isai. xxxiii*).

Señor, abrázame aquí, córtame aquí, no me perdones aquí, para que me perdones en la eternidad. (*Aug.*)

PROPÓSITOS.

1 Baja con la consideracion al infierno en vida, dice san Bernardo, si no quieres bajar á él después de muerto. El que teme un gran mal, piensa muchas veces en él, y con este pensamiento discurre arbitrios, solicita medios, y toma sus medidas para precaverle. *No pierdas de vista el infierno, dice el Sabio, si no quieres meterte en el camino que lleva derecho á él.* Es saludable y provechoso ejercicio valerse de los trabajos de esta vida, y de todo lo que en ella nos aflige, para excitar la memoria del infierno; y esta misma memoria suaviza en cierto modo los trabajos de la vida. Si padeces dolores vivos y agudos, acuérdate de los que padecen los condenados en el infierno; habitamos en casas, vivimos en pueblos, ejercemos empleos que ejercieron, vivieron; y habitaron muchos que están ardiendo en aquellas llamas. Nunca nos hallaremos en concursos, en convites, ni en diversiones, donde no se hallen algunos que probablemente se han de condenar. No hay contratiempo, ni aun gusto en esta vida, que no sea muy á propósito para traernos á la memoria los tormentos de la otra; ni hay remedio mas eficaz no solo para templar, sino para apagar el apetito del deleite, que esta saludabe memoria. ¿Despierta la concupiscencia? ¿te punzan los estímulos de la carne? ¿amotinanse las pasiones? imagina que oyes la voz de aquel desdichado rico, que grita desde el centro del abismo: *Crucior in hac flamma*: me abraso

entre estos torbellinos de fuego : lleva contigo esta imágen y esta voz á todos tus deleites y apetitos; presto les perderás el gusto, y ellos perderán toda su sal y todo su sabor. Hallándose extraordinariamente tentado en cierta ocasion un santo ermitaño , aplicó la punta del dedo á la luz del candil ; no pudo sufrir el vivo dolor que le causó , y la retiró al instante. Vuelto entonces al tentador, le dijo: pues qué, ¿ tú me solicitas y me estimulas á un deleite prohibido, por el cual he de ser condenado á las eternas llamas del infierno, cuando apenas me he atrevido á tocar con la punta del dedo este fuego usual y comun que nos alumbra? Si muchos se valieran en mil ocasiones de semejantes industrias, no se verian tan frecuentes y tan lastimosos triunfos de la tentacion.

2 No hay pérdida irreparable sino la del alma: ruina entera de negocios, reveses de fortuna, pérdida de pleitos, naufragios, desgracias; todos los que se llaman en este mundo contratiempos y calamidades, hablando en rigor, todo tiene remedio, y hay consuelo para todo; pero si me condeno ¿quién me podrá consolar? ¿qué esperanza puedo tener? ¿qué alivio puedo prometerme? Todo se perdió para mí si pierdo á Dios. Sirva este pensamiento para fomentar tu devocion, y con ella el horror que debes tener á todo pecado. En tus pérdidas, en tus desgracias, en aquellos importunos cuidados que son inseparables de la vida, díte, díte continuamente á tí mismo: no hay otro mal que el pecado; ninguna pérdida debo temer sino la de Dios; los amigos, el tiempo y la misma muerte me pueden consolar en la pérdida de los bienes, de la salud, de los empleos, etc.; pero perder á Dios, y perderle para siempre, ¡oh qué pérdida! Así en los gustos como en los disgustos de esta vida hazte familiares aquellas bellas palabras: *Quid prodest homini si mundum universum lucretur?* ¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, ser el mas poderoso monarca del universo, si al cabo se pierde y se condena? Á aquel grande del mundo que se condenó, á aquel rico avariento, ¿de qué les sirve al presente haber vivido con tanta magnificencia, con tanta abundancia entre las diversiones y los regalos? ¿de qué la sirve ahora á aquella mujer profana, condenada ya á los fuegos eternos, haber brillado tanto en los saraos y en las concurrencias? ¿De qué sirven los grandes títulos, los soberbios palacios, la ostentacion de modas, de gala y de profanidad? ¿de qué sirve todo esto al que se condenó miserablemente? ¿Será gran consuelo para aquel padre y para aquella madre que se condenaron, haber dejado á sus hijos muchas conveniencias, mientras ellos arden en las llamas sempiternas? Familia-

rízate con estas reflexiones; no hay ejercicio mas saludable; ten siempre á la vista en tu gabinete ó en tu cuarto algun objeto que perpetuamente te traiga á la memoria la muerte ó el infierno.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

EL MARTIRIO DE SAN VÍCTOR, papa y mártir, en Roma. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN INOCENCIO, papa y confesor, tambien en Roma. (*Véase su vida en las de hoy*).

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES NAZARIO Y CELSO, mocitos, en Milan, los cuales en la furiosa persecucion de Neron, por mandato de Anolino, después de consumidos en una larga y penosa cárcel, fueron degollados. (*Véase su vida en las de hoy*).

LA CONMEMORACION DE MUCHOS SANTOS MÁRTIRES, en la Tebaida en Egipto, que padecieron en la persecucion de Decio y Valeriano; los cuales deseaban acabar pronto al golpe del cuchillo por el nombre de Jesucristo; mas el enemigo astuto buscando prolijos tormentos para matarlos despacio, deseaba que antes perdiesen las almas que los cuerpos. Uno de estos Santos, habiendo vencido el tormento del potro y de las planchas y calderas hirviendo, untado de miel fue puesto desnudo á los ardores del sol, atadas las manos á las espaldas, para que le punzasen los tábanos y moscas. Otro, atado blandamente entre hermosas flores, y habiéndole llevado una mujer impúdica para incitarle á la sensualidad, se cortó la lengua con los dientes, y se la escupió á la cara á la mala mujer que le acariciaba.

SAN EUSTATIO, mártir, en Ancira en Galacia; el cual padeció diversos tormentos, y fue arrojado en un rio, del cual le sacó milagrosamente un Ángel; y por último, bajando una paloma del cielo, fue llamado al premio eterno.

SAN ACACIO, mártir, en Mileto; el cual en tiempo del emperador Licinio, después de diversos tormentos fue echado en un horno ardiendo, de donde salió milagrosamente sin lesion, y por último consumó el martirio siendo degollado.

SAN SANSON, obispo y confesor, en la Bretaña menor.

SAN PEREGRINO, presbítero, en Leon de Francia, cuya gloria la atestigua sus milagros.

LOS SANTOS NAZARIO Y CELSO, MÁRTIRES.

San Nazario fue romano, de padre gentil, originario de África; su madre era de Roma, habia abrazado la fe de Jesucristo antes de dar á luz á Nazario, y la Iglesia la celebra con el nombre de santa Perpetua. Encargóse la misma virtuosa madre de criar á su hijo, y en tan buena escuela aprendió Nazario tan santa educacion. Fueron eficaces las lecciones que le dió, porque encontraron con una índole dócil y suave, con una inclinacion natural á la virtud, con un corazon

recto, y con un entendimiento vivo, perspicaz y penetrante. No solo recibió el Bautismo siendo todavía joven, sino que toda su juventud la pasó en los ejercicios mas piadosos de la Religion; y santa Perpetua antes de morir tuvo el consuelo de ver en su hijo uno de los mas celosos y mas ejemplares cristianos de la Italia.

Habiéndole instruido radicalmente el papa san Lino en las verdades de la Religion, á cuyo estudio se habia dedicado con el mayor desvelo, y abrasado en un fervoroso celo, poco ordinario en los jóvenes de su edad, apenas recibió el Bautismo, cuando quiso convertir á la fe de Jesucristo á todo el mundo. Dejó la casa paterna por irse á predicar á los gentiles; y pareciéndole la Italia estrecho campo para sus vastas ideas, resolvió pasar los Alpes, y transferirse á las Galias. Era la empresa verdaderamente ardua y arriesgada en un tiempo en que el nombre cristiano se oia con execracion de la otra parte de los montes; pero ningun estorbo era capaz de detener ni acobardar el espíritu del nuevo Apóstol. Tuvo mucho que padecer, mas crecia su amor á Jesucristo al paso que se aumentaban los trabajos. Valiase de toda suerte de industrias, medios, invenciones y artificios para ganar almas á Dios; pronto no solo á servir de criado, sino á hacerse tambien esclavo para convertir á un solo infiel.

El fruto correspondió á sus apostólicas fatigas; hubo pocas ciudades, pocas villas y aun pocas aldeas donde no quedasen estampadas las huellas de su celo con alguna conversion, ó donde á lo menos no dejase impresa una alta idea de la santidad del cristianismo.

La primera ciudad del otro lado de los montes donde comenzó á predicar el nuevo Apóstol la fe de Jesucristo, fue Génova. Aquel pueblo idólatra no habia oido ni aun el nombre de cristiano, cuando san Nazario entró en él á anunciar el Evangelio; siguiéronse muchas conversiones á su celosa predicacion; y aquella ciudad, que por espacio de mil y cuatrocientos años conservó siempre pura la fe católica de Jesucristo, reconoció todo aquel tiempo á san Nazario por su primer apóstol.

Entre las muchas conversiones que hizo en Génova nuestro Santo, la mas ventajosa á la propagacion de la fe, y la mas gloriosa á la Religion, fue la de una noble viuda muy distinguida en la ciudad por su nacimiento y por sus grandes bienes de fortuna. Tenia esta señora un hijo todavía niño, por nombre Celso, que era todo su consuelo, y ella le amaba con la mayor ternura. Instruyóle Nazario en los principios de la fe, y como el niño era de excelente capacidad y de una suavisima índole, en breve tiempo hizo tantos progresos en la cien-

cia de la salvacion, que habiéndole bautizado nuestro Santo, se le pidió á su madre para compañero en sus apostólicos viajes. Era sin duda grande el sacrificio, pero no era menor la religion de la virtuosa viuda, y así consintió en él, dando su bendicion á su querido hijo para que se separase de ella, y en adelante fuese todo y únicamente de Jesucristo, quedando Celso desde entonces por compañero inseparable de san Nazario. Corrieron juntos muchas ciudades de las Galias, sembrando en todas el grano de la palabra de Dios, que con el tiempo fructificó una miés tan abundante.

La célebre ciudad de Tréveris fue el principal teatro donde mas resplandeció el celo de nuestros Santos, y donde tambien padecieron por Jesucristo aquellas crueles persecuciones que en todo tiempo acompañan á los hombres apostólicos. Contribuyó mucho á aumentar el número de los Cristianos la multitud de milagros que obraron; y en el panegirico que hizo en su honor san Ambrosio, confiesa que aquella ciudad debe sus primeros fieles á las maravillas que hicieron en nombre de Jesucristo, y á los tormentos que padecieron en ella. Siguióse inmediatamente la corona á sus gloriosos combates. Arrestados los dos y puestos en la cárcel, fueron condenados á ser arrojados en el confluente de los dos rios Sarra y Mosela; pero apenas tocaron las aguas con sus piés, cuando se endurecieron y tomaron consistencia, de cuyo prodigio quedaron los gentiles tan atónitos, que no se atrevieron á quitarles la vida, contentándose con desterrarlos de su país, por lo cual se vieron obligados á volverse á Italia. Condújolos á Milan la divina Providencia, y en aquella ciudad fueron segunda vez arrestados por el juez Anolino, que se hallaba con órdenes del Emperador para exterminar á todos los Cristianos, sin darles tiempo á predicar el Evangelio. Después de algunos dias de prision fueron examinados, y por su constancia en confesar la fe de Jesucristo en medio de los mas crueles tormentos, se pronónció sentencia de que se les cortase la cabeza. No es fácil explicar la alegría de los santos Mártires cuando esta se les intimó. Abrazando estrechamente Nazario á su querido compañero, exclamó: *Gran dicha es la nuestra de que el Salvador se digne hacernos la gracia de recibir hoy la corona del martirio.* Y el niño Celso, no cabiéndole el gozo en el pecho, prorumpió en estas voces: *Yo os doy gracias, Salvador mio, porque siendo aun de tan poca edad, os dignais recibirme en vuestra gloria;* y volviéndose á san Nazario, á quien siempre llamaba su amado padre en Jesucristo, añadió: *Vamos á derramar nuestra sangre por aquel á quien debemos nuestra salvacion y nuestra vida.* Fueron con-

ducidos á la plaza mayor, y allí fueron ambos degollados, siendo su sangre como la semilla de aquel gran número de Mártires que dió al cielo aquella tierra, como tambien de tantos santos Confesores que han ilustrado aquella santa iglesia.

Los Cristianos se aprovecharon de la noche para retirar los cuerpos de los dos santos Mártires, y los enterraron secretamente en una huerta fuera de la puerta Romana. Allí estuvieron ocultos mucho tiempo, perdiéndose la memoria de ellos, á causa de las persecuciones de que fue agitada la iglesia de Milan; solo se sabia que los propietarios de aquella posesion tenian gran cuidado de prohibir á sus herederos que en ningun tiempo, ni por ningun motivo se enajenasen de ella, declarando en general, que en ella estaba escondido un gran tesoro; hasta casi trescientos años después, en que le fue revelado á san Ambrosio el lugar donde estaban aquellas santas reliquias, y pasando á él acompañado de su clero, halló el cuerpo de san Nazario tan entero como si le hubieran enterrado el mismo dia, y en el sepulcro la sangre tan fresca y tan roja como si pocas horas antes se hubiera derramado, de suerte que se embebieron en ella muchos lienzos: la cabeza del Santo estaba separada del cuerpo, pero tan entera y tan fresca como si estuviera viva. Añade el diácono Paulino, testigo presencial, que el sepulcro exhalaba un olor grato, y mas suave que el de todos los aromas. Mandó san Ambrosio cavar en otra parte de la huerta, donde se encontró el cuerpo de san Celso, que juntamente con el de san Nazario fue trasladado á la iglesia de los Apóstoles, que el mismo san Ambrosio habia edificado. Repartió el santo Obispo estas preciosas reliquias á muchas iglesias, y entre otras envió parte de ellas á san Paulino, obispo de Nola, y á san Gaudencio, obispo de Brescia; tambien tocó á la iglesia de Ambrun una pequeña porcion de ellas, las que conserva con grande veneracion.

SAN VÍCTOR, PAPA Y MÁRTIR.

Con la memoria de los santos mártires Nazario y Celso, junta la Iglesia la de san Víctor, papa. Fue africano, hijo de un tal Félix, y por su eminente virtud y grandes talentos fue elevado á la Silla de san Pedro por muerte de san Eleuterio, que sucedió hácia el año de 192. Pedian un Papa de esta santidad y de estos talentos las herejías que por aquel tiempo despedazaban á la santa Iglesia, contra las cuales Víctor fulminó anatemas con tanto vigor, que se conoció haberle formado el cielo para exterminar aquellos monstruos.

Teodoro de Bizancio, curtidor de profesion, no pudiendo sufrir

las reprensiones que le daban los Cristianos de su país, por haber apostatado en la última persecucion, discurrió el arbitrio de enseñar que Jesucristo no habia sido mas que un puro hombre, pareciéndole que de esta manera justificaba su apostasía. La impiedad no podia ser mas abominable, ni mas despreciable el maestro que la enseñaba; con todo eso corrompió á muchos, y tuvo no pocos sectarios; teniendo atrevimiento el impío heresiarca para venir á Roma, y para dogmatizar en el centro mismo de la verdadera Religion. Anatematizóle san Víctor, y le persiguió tan vivamente, que después no se oyó hablar mas de él.

No contempló mas á los Montanistas, aunque ya por aquel tiempo Tertuliano se habia declarado por su partido. Bien persuadido el santo Papa de que los herejes nunca se hacen mas insolentes, ni mas fieros, que cuando se contemporiza con ellos con el fin de reducirlos, les declaró valerosa y constantemente la guerra, condenando sus errores. Por entonces inventó tambien Práxeas la herejía de los Patripasianos, precursores del sabelianismo, que arruinaban en Dios la distincion de personas. Apenas se descubrió esta zizaña en el campo del Señor, cuando la arrancó la vigilancia y el infatigable celo del santo Pontífice. Reconocido Práxeas detestó su error, que consistia en atribuir al Padre lo que solo pertenecia al Hijo, y entregó su retractacion, con cuya ocasion convocó Víctor un concilio en Roma.

La mayor parte de los obispos de Asia, por no sé qué costumbre tolerada hasta entonces, celebraban la Pascua el dia catorce de la luna de marzo, conformándose en esto con el rito de los judíos; lo restante de la cristiandad lo celebraba el domingo después del dia catorce de aquella luna, por haber resucitado el Salvador en semejante dia. Temiendo san Víctor que aquella diferencia de ritos podia ocasionar division entre los fieles, y parar con el tiempo en algun cisma, para ocurrir á este mal ordenó que todas las iglesias del mundo se conformasen en este particular con la costumbre de la Iglesia romana, y que en ninguna parte se celebrase la Pascua el dia catorce del equinoccio vernal, sino el domingo siguiente; y aunque se opusieron á esto Polycrates, obispo de Éfeso, y algunos otros obispos de Oriente, la constitucion del Papa fue recibida de toda la Iglesia, y ciento veinte y nueve años después la renovó el célebre concilio de Nicea.

Otras muchas constituciones publicó san Víctor para bien de la Iglesia universal, y entre otras declaró, que en caso de necesidad se podia bautizar con cualquiera agua natural; esto es, que no era me-

nester estuviese bendita con las ceremonias que usa la Iglesia cuando bendice las pilas del Bautismo. En fin, después de haber gobernado este santo Pontífice el rebaño de Jesucristo por espacio de diez años, recibió en premio de sus trabajos la corona del martirio el día 28 de julio de 202.

SAN INOCENCIO I, PAPA.

En el mismo día hace también conmemoración la santa Iglesia de san Inocencio papa, primero de este nombre. Fue de la ciudad de Albano, cerca de Roma, y así por su virtud como por su sabiduría sucedió al papa san Anastasio, que murió el año de 402. Luego se reconoció que le había destinado Dios para consolar y fortalecer la Iglesia en las aflicciones que padeció en aquel tiempo. Inundaron los godos á Italia, conducidos de Alarico, y todo lo llenaron de consternación. Consoló el santo Papa á su pueblo, aseguróle, y con sus oraciones consiguió del Señor que se disipase toda aquella multitud de bárbaros por la derrota de su jefe, al mismo tiempo que se avanzaba hacia Roma para entrarla á sangre y fuego.

Noticioso del furor con que la emperatriz Eudoxia perseguía á san Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, se declaró su protector; y anulando todo lo que se había decretado contra el Santo en un conciliábulo que se juntó en un arrabal de Calcedonia, mandó que fuese restituido á su silla aquel ilustre Prelado, y fulminó excomunión contra todos los que habían tenido parte en su persecución. Tuvo el consuelo de ver extinguido el cisma que después de tanto tiempo despedazaba á Antioquía; pero llegando á Ravena, se le turbó este gozo con la noticia de que Alarico había sorprendido á Roma, saqueándola, y llenándola de muertes y de sangre. Afligióse, y lloró el santo Pastor la desolación de sus ovejas; pero con su vuelta las consoló, y no perdonó á diligencia alguna para que en el modo posible se resarciesen de sus pérdidas. Fue el primero que expelió de Roma á los Novacianos, y su solicitud pastoral se extendía á todas las necesidades de la Iglesia.

Pero sobre todo explicó su ardiente celo contra Pelagio y Celestio, cabezas de la perniciosa herejía pelagiana. Informado de sus principales errores por las cartas que le escribieron los concilios de Milava y de Cartago, escribió dos admirables epístolas contra ellos, en las cuales explica excelentemente la necesidad de la gracia para merecer, y confirma los decretos que habían hecho los dos Concilios contra aquellos heresiarcas. Con esta ocasión dijo san Agustín, que ha-

biendo confirmado el Papa todo lo que se habia decretado contra los enemigos de la gracia de Jesucristo, ya era causa acabada y definida. Este gran Santo, principal defensor de la verdad que combatian aquellos herejes, escribió dos epístolas al papa Inocencio, en que muestra la veneracion y el respeto que le profesaba, y el santo Pontífice acredita bien en sus respuestas la particular estimacion que hacia de aquel ilustre defensor de la gracia; y en las que dió á los preladados que componian los concilios de Cartago y de Mileva alaba singularmente el perfecto rendimiento que mostraban al supremo juicio de la Santa Sede, declarando al fin de ellas por excomulgados á Pelagio y á Celestio. Tambien escribió otras epístolas importantes á muchos obispos de las Galias, una á san Dictricio, arzobispo de Ruan, y otra á san Exuperio, arzobispo de Tolosa, sobre varios puntos y reglas de disciplina eclesiástica. A san Decencio, obispo de Gubio, le escribió sobre el ayuno del sábado, que dice se debe guardar en reverencia de la sepultura del Señor, condenando á los que le desaprobaban. En fin, después de haber gobernado la Iglesia por espacio de catorce años con una prudencia y con una virtud digna de un vicario de Jesucristo, consumido de trabajos y colmado de merecimientos, murió con la muerte de los Santos el dia 28 de julio del año 417, y fue enterrado en el cementerio de Priscila, de donde el año de 845 el papa Sergio II trasladó su cuerpo á la iglesia del título de Equicio. San Gerónimo en la célebre epístola que escribió á Demetriades para confirmarla en el santo propósito que habia hecho de guardar virginidad, la habla del papa san Inocencio en estos términos: *Manten constantemente la fe de san Inocencio, hijo espiritual y sucesor de Anastasio, de feliz recordacion, en la cátedra apostólica; y por mas sabia é iluminada que seas, guárdate bien de seguir otra doctrina.*

La Misa es en honor de los santos Nazario, Celso, Victor é Inocencio, y la Oracion la siguiente:

Sanctorum tuorum nos, Domine, Nazarii, Celsi, Victoris, et Innocentii confessio beata communiat: et fragilitati nostrae subsidium dignanter exoret: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Fortifiquenos, Señor, la bienaventurada confesion de tus santos Nazario, Celso, Víctor é Inocencio, á fin de que consigamos de tu bondad el auxilio de tu gracia para sostener nuestra flaqueza. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo x del libro de la Sabiduria.

Reddidit Deus justis mercedem laborum suorum, et deduxit illos in via

Dió Dios á los justos el premio de sus trabajos, y los condujo por un ca-

mirabili, et fuit illis in velamento diet, et in luce stellarum per noctem: transtulit illos per mare Rubrum, et transvexit illos per aquam nimiam. Inimicos autem illorum demersit in mare, et ab altitudine infernorum eduxit illos. Ideo justi tulerunt spolia impiorum, et decantaverunt, Domine, nomen sanctum tuum, et victicem manum tuam laudaverunt pariter, Domine Deus noster.

mino maravilloso: y en el día les hizo sombra, y en la noche suplió el resplandor de las estrellas: los pasó por el mar Rojo, y los transportó por medio de la profundidad de las aguas. Pero á sus enemigos los sumergió en el mar, y los volvió á sacar de la profundidad del abismo. Por eso los justos llevaron los despojos de los impíos, y celebraron, Señor, tu santo nombre, y juntos cantaron himnos á tu mano vencedora.

REFLEXIONES.

Es Dios el mejor de todos los amos, y con todo eso es el peor servido de todos. Ninguna cosa manda á sus siervos que él mismo no hubiese antes practicado; y aun falta mucho para que nos mande todo aquello que él se dignó hacer y padecer por nosotros. Aunque el temor filial es loable, y él le aprueba tambien, sin embargo, gusta mas de ser servido por amor. No hay amo en el mundo que se contente con la buena voluntad de los que le sirven; no basta tener buena voluntad, es menester servir bien; solo se atiende á esto; y aun cuando se hace mejor el servicio no falta que decir. No siempre se da gusto al que manda, aunque sea muy penosa la ejecucion. Lo que habia de mandar la razon, no pocas veces lo mandan la extravagancia y el capricho de los amos duros é inhumanos. Trabájase mucho en el mundo, pero muchas veces es trabajo perdido cuando mas se sudó; y aunque se hubiese hecho con la mejor intencion, si no se logra el intento, ni se agradecen, ni se hace caso de tus fatigas; estarás años enteros remando y sufriendo, y ni aun se hará atencion á ello; pero descúdate en alguna falta, se levanta el grito, se excita la cólera, se te echa enhoramala, y ya no se quiere mas de tí. Mas no basta servir bien, es menester agradar, y el agradar no siempre está en nuestra mano. Hay en los amos unas secretas aversiones, en fuerza de las cuales los da en rostro, ó reciben con frialdad cuanto hacen ciertas personas; al mismo tiempo que el menor servicio, una bagatela de sus favorecidos y lisonjeros es celebrada, es aplaudida, es recompensada con profusa liberalidad. ¡Oh, y qué de otra manera trata Dios á los que le sirven! no solo no es aceptador de personas, sino que, hablando en rigor, solo estima el servicio por el amor con que se hace; mas atiende á la voluntad de servirle, que al servicio mismo, y el premio siempre es cien veces doblado. *Da*, dice el Sabio, *á los justos la recompensa de sus trabajos*. No parece sala-

rio que da, sino deuda que paga: *Reddidit*. Es excesiva su liberalidad, aunque en rigor solo premia en nosotros sus mismos dones. Es Dios un amo benigno, pródigo, que se compadece de nuestros males; es padre, pero padre lleno de ternura, que á todos sus siervos los mira como amigos: *Vos amici mei estis*; como si fueran hijos suyos. ¿Quién le vió nunca de mal humor? ¿quién le encontró menos indulgente, menos liberal, menos padre cuando le sirvió con fidelidad y con presteza? ¿Se despide en el mundo algun criado? pues ya no se le vuelve á recibir. A nadie despide Dios jamás de su servicio; pero el que voluntariamente se despide de él por malicia, por ligereza, por cobardía ó por disolucion, siempre es bien recibido cuando vuelve á su casa de buena fe. Acuérdate de la parábola del hijo pródigo. Cosa extraña: un amo tan bueno, tan liberal, tan fácil de servir y de contentar, es el peor servido de todos, y hay tan pocos que le quieran servir.

El Evangelio es del capítulo XXI de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis praelia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum haec fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terraemotus magni erunt per loca, et pestilentiae, et fames, terroresque de coelo, et signa magna erunt. Sed ante haec omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas, et custodias, trahentes ad reges et praesides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non praemeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficiet ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones, no os asustéis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces, les decia, se levantará una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

De la prosperidad de los malos.

PUNTO PRIMERO. — Considera la sinrazon con que se tiene por objeto digno de envidia la prosperidad de los malos. Son unos reos condenados á muerte, á quienes se les da todo lo que piden; son unos enfermos desahuciados, á quienes no se niega cosa alguna que apetezcan. ¿Á quién se pasó jamás por el pensamiento envidiar la suerte de unos, ni de otros? ¿quién los consideró felices, porque en todo se les daba gusto? Aflige Dios á los buenos, y permite las prosperidades á los malos, para que nos acordemos de la otra vida. ¿Cuándo pensó David en la patria celestial, mansion de los bienaventurados, sino en medio de las aflicciones? En lo mas fuerte de mis persecuciones espero firmemente que el Señor me dará á gustar los consueles de una dulce paz en la tierra de los vivos: *Credo videre bona Domini in terra viventium*. En este mundo, ni me lisonjeo, ni quiero ser feliz; sé muy bien que no se dan flores en este valle de lágrimas; no se hizo la alegría para este lugar de destierro, ni el mundo se puede llamar patria sino de aquellos que renuncian voluntariamente la Jerusalem celestial. Lo que engaña á la mayor parte de los hombres, lo que les escandaliza es el errado concepto en que están de que los malos son dichosos porque son malos. Todo lo contrario sucede; son malos porque son dichosos. Hay quejas y hay murmuraciones de que Dios llena á los malos de prosperidades; murmuraciones injustas, quejas sin razon. Dios todo lo hace con justicia, y con infinita sabiduría. Mas acertado fuera el discurso, si se concluyera que debe ser un gran mal la prosperidad, puesto que se la concede Dios á los malos. A los Patriarcas de la ley antigua los recompensaba con bienes temporales, porque hasta la venida del Redentor tenian cerradas las puertas del cielo; pero los que en la ley de gracia gozan esos mismos bienes, no pueden creer que Dios se los dé por el mismo motivo. Cuando los príncipes están resueltos á desviar de su persona á los cortesanos, les suelen dar empleos para alejarlos. No pocas veces una gratificacion es una desgracia. David siempre fue bueno y segun el corazon de Dios, mientras estuvo en la adversidad, y conservó la inocencia entre el fuego de la tribulacion; pero la perdió cuando se vió en el dulce reposo de la prosperidad. La prosperidad de los malos los ciega, los adormece, los encanta de suerte, que no conocen ni la desdicha ni el peligro que les amenaza. La abundancia atolondra. Cási todas

las flores de subido olor que lisonjean el olfato, hacen daño á la cabeza: esta se anda al rededor en los lugares mas elevados. ¡Mi Dios, qué castigo tan digno de temerse es la prosperidad de los malos!

PUNTO SEGUNDO. — Considera lo que significan aquellas palabras (*Luc. xvi*): *Recepisti bona in vita tua*: colméte de bienes mientras viviste. Esto es cuanto puedes esperar; ya estás premiado. ¿Quién tendrá envidia á aquel desdichado rico? Todo brillaba en su casa, todo respiraba alegría. La abundancia sustentaba la profanidad y las delicias; una continuada serie de prosperidades mantenía en sus desórdenes á aquel hombre afortunado á lo del mundo; pero muere en fin el rico; ríndese todo aquel gran mundo á la cortadora guadaña de la muerte; desvanécese aquel puñado de dias, que casi se olvidan en el mismo punto que desaparecen: comienza la eternidad; y aquel rico, aquel grande, aquel hombre afortunado nada encuentra en sus manos para esta eternidad. En vano clama: *Padre Abraham, ten misericordia de mí*. La respuesta es: *Ya te colmaron de bienes durante tu vida*. Dirás que con la vida se acabó esa superficial, esa falsa, esa corta prosperidad. Bien está; pero *recepisti*, ya recibiste lo que te tocaba. Estimemos ahora esas fortunas repentinas y precipitadas, esos honores acumulados, esas prosperidades engañosas y deslumbradoras de esta vida; no hay cosa mas despreciable, ni mas falsa, ni mas opuesta á la verdadera felicidad. Son pocos los hombres que por algun tiempo no hayan sido buenos; ninguno que no haya hecho algun bien durante su vida. Si Dios reservara premiar á los malos para la otra, seria preciso que los colocase en el cielo, porque solo en él hay premios eternos en el otro mundo. Por eso se dice que una continua prosperidad es señal de reprobacion; y por lo mismo compara san Gregorio los dichosos del siglo á los bueyes que se dejan engordar, sin trabajarlos, y en los mejores pastos, porque están destinados para el matadero. Si los que tiran del carro, prosigue este santo Padre, pudieran hablar y discurrir, ¿tendrian envidia á los que pastan en el prado? Se quiere conservar á los que trabajan, y se ha resuelto degollar á los que engordan. ¡Ó prosperidades de los malos, y qué dignas de compasion os representais á los que os miran con los ojos de la fe, y consideran las cosas segun sus principios! Prosperidades engañosas que alucináis á los mortales, imaginándose dichosos, cuando solo sabeis hacer desdichados é infelices.

Divino Salvador mio, no me trateis como á estas desgraciadas víctimas de vuestra divina justicia; no me concedais en esta vida pros-

peridad alguna que haya de privarme de los bienes celestiales; antes bien afligidme de todos modos en esta miserable vida, como me hagais dichoso por toda la eternidad.

JACULATORIAS.—Sí, mi Dios; tengo una firme confianza de que me daréis á gustar en el cielo, en aquella feliz patria de los que viven, los inexplicables bienes de que inundais á vuestros escogidos. (*Psalm. xxvi*).

No os pido, Señor, para esta vida prosperidad alguna que pueda perjudicar á mi salvacion. No me deis pobreza, ni riquezas, concededme no mas que lo preciso para vivir. (*Prov. xxx*).

PROPÓSITOS.

1 Desde hoy en adelante no califiques de prosperidades las grandes fortunas, las ganancias excesivas, ni esos diluvios de felicidades y de bienes; es un error comun, que debeis corregir. Si no hubiera mas vida que la presente, serian deseables esas dichas; mas para los pocos dias que podemos vivir, hay una eternidad, y de ordinario una eternidad de penetrantes arrepentimientos, de suplicios sin fin, por unos deleites insulsos y trabajosos, que se pasaron como sueños; por el contrario, todas las prosperidades temporales las debes considerar como señales de tu poca virtud. Siempre que te suceda algun próspero suceso, teme no sea que quiera Dios recompensarte en este mundo lo poco bueno que puedes haber hecho, para decirte cuando te castigue en el otro: *Acuérdate de que ya te colmé de bienes*. Este pensamiento moderará tu alegría, que siempre perjudica á una alma cristiana, y al mismo tiempo será el medio mas eficaz para vivir de modo que no te trate Dios como á aquel rico.

2 Guárdate bien de tener jamás envidia á la fortuna de otro. Este brilla, campa y sobresale en este mundo, que por toda la eternidad estará envidiando al que vivió en él arrinconado, desconocido y lleno de miseria. Acuérdate que la prosperidad es una continua tentación, que dura tanto como la buena fortuna: mientras esta persevera, no hay pasión que no despierte, ninguna que deje de hacer alguna tentativa y de ganar algun terreno. Si el corazon y el entendimiento fueran cristianos, á todas las prosperidades las tendrian por pruebas, y por pruebas muy peligrosas; tú á lo menos considéralas como tales. ¿Te suceden prósperos sucesos? ¿reina en tu casa la abundancia? ¿tienes fortuna en todo? Rinde mil gracias al Señor, recibe estos dones como bienes de su mano; pero guárdate bien de derra-

martes en una altanera alegría, tan material como mundana. Míralo todo á las luces que te acaban de proponer, y considera que esos bienes, mas generalmente son recompensa de los malos, que de los buenos. Cuando te sale bien alguna cosa teme no sea que quiera Dios premiarte con ella; y al contrario, ríndele mil gracias en todos los contratiempos.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

SANTA MARTA, vírgen, en Tarascon en la Galia Narbonense, la que hospedó en su casa á Nuestro Salvador, y hermana de santa María Magdalena y de san Lázaro. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN FÉLIX II, papa y mártir, en Roma en la via Aurelia; el cual porque defendia la fe católica fue echado de su silla por el emperador arriano Constancio; y siendo degollado secretamente en Cera en Toscana, acabó gloriosamente su vida. Los clérigos llevaron de allí su cuerpo, y lo enterraron en el mismo camino; después fue trasladado á la iglesia de los santos Cosme y Damian, donde en tiempo del papa Gregorio XIII fue hallado debajo del altar, juntamente con las reliquias de los santos mártires Marco, Marceliano y Tranquilino, y colocado en el mismo lugar el día 31 de agosto. Tambien fueron hallados en el mismo altar los cuerpos de los santos mártires **ABUNDIO**, presbítero, y **ABUNDANCIO**, diácono, que poco después trasladaron solemnemente á la iglesia de la Compañía de Jesús la víspera de su fiesta.

LOS SANTOS MÁRTIRES SIMPLICIO, FAUSTINO Y BEATRIZ, tambien en Roma, en la via Portuense, en tiempo del emperador Diocleciano; los dos primeros, después de muchos y crueles tormentos, fueron degollados; y Beatriz, hermana de ellos, fue ahogada en la cárcel por confesar á Jesucristo. (*Véase su historia en las de hoy*).

LAS SANTAS MÁRTIRES LUCILA Y FLORA, vírgenes, y **LOS SANTOS MÁRTIRES EUGENIO, ANTONINO, TEODORO, Y DIEZ Y OCHO COMPAÑEROS SUYOS**, igualmente en Roma, que padecieron en tiempo del emperador Galieno.

SAN CALINICO, mártir, en Cangria en Paflagonia; el cual fue azotado con varillas de hierro, atormentado con otros tormentos, y finalmente echado en un horno encendido entregó su alma al Criador.

SAN OLAVO, rey y mártir, en Noruega. (*Libertó á su patria de la tiranía de los suecos y dinamarqueses, y llevó de Inglaterra, donde prestó grandes servicios á su rey Etelvedo en 1013, varios monjes y sabios, uno de los cuales, llamado Grimkele, fue electo obispo de Drontheim su capital. Rebeláronsele los paganos, y le mataron en una batalla en tal día como hoy de 1030*).

SAN LUPO, obispo y confesor, en Troyes de Francia; el cual partió á Inglaterra con san German á combatir la herejía de los Pelagianos, y con su continua oracion defendió la ciudad de Troyes del furor del rey Átila, que andaba asolando la Francia; finalmente, habiendo ejercido dignamente el ministerio de un buen pastor por espacio de cincuenta y dos años, murió en paz.

SAN GUILLERMO, obispo y confesor, en Santobrien en Francia.

SAN PRÓSPERO, obispo de Orleans.

SAN FAUSTINO, confesor, en Todí.

SANTA SERAFINA, en la ciudad de Mamia.

SANTA MARTA, VÍRGEN.

Entre las santas mujeres que seguian á Jesucristo, y hacian descubierta profesion de ser discípulas suyas mientras estuvo en esta vida mortal, fue una de las mas privilegiadas santa Marta, siendo igualmente de las mas distinguidas, no solo por su calidad, y por la clase que tenia entre los judíos, sino particularmente por haber abrazado el estado de virginidad en que perseveró constante toda la vida.

En la de su hermana santa María Magdalena se dijo ya que era de distinguido nacimiento, tanto por su nobleza, como por los grandes bienes que habia heredado de sus padres, tocándola en las particiones las posesiones vecinas á Jerusalem, y entre ellas la casa ó castillo de Betania. El Evangelio constantemente la nombra siempre la primera, y por eso se cree que era la hermana mayor de la familia; por lo menos era la que llevaba el principal peso de la administracion y del gobierno. Era su carácter un genio dulce y amigo de hacer bien; un juicio maduro y ejemplar, con una circunspeccion y con una modestia, que la hacian amar y respetar. Universalmente estaba reputada por una doncella de gran mérito, y así en Jerusalem como en Betania se tenia general veneracion á su virtud. Estando su alma tan bien dispuesta, sin dificultad reconoció á Jesucristo por el Mesías verdadero, y gustó de su doctrina. Apenas le oyó, cuando hizo profesion de ser una de sus mas fieles discípulas. Con efecto lo fue; y la fervorosa ansia con que oia sus sermones, la docilidad con que seguia sus consejos, la fidelidad con que ponía en práctica sus divinas lecciones, y la piedad con que enteramente se dedicó al servicio del Salvador, todo contribuyó á elevarla en poco tiempo á una eminente santidad.

Oyendo los elogios que de cuando en cuando hacia el Señor de la virginidad, y viendo lo mucho que le agradaba esta admirable virtud, muy presto se determinó á no admitir jamás otro esposo que al Esposo de las Vírgenes; y como era tan constante en oir sus divinas instrucciones, practicó muy en breve lo mas elevado y lo mas perfecto del Evangelio. Dedicóse, pues, á la soledad y al retiro, renunciadas las vanidades del mundo; y como su hermano Lázaro era ya uno de los discípulos del Salvador, y la conversion de su hermana

Magdalena, en la que nuestra Santa no tuvo poca parte, habia sido de tanta edificacion á todos, el castillo de Betania se convirtió, por decirlo así, como en un pequeño monasterio. En él se observaba en todo cierto orden, y todo respiraba devocion. Ocupábase el tiempo en oracion, en leccion, en la labor y en obras de caridad, por lo cual la casa de Betania era el hospedaje ó el hospicio del Salvador en sus viajes.

Llegó en una ocasion á Betania el Hijo de Dios, volviendo de sus tareas evangélicas: tuvo Marta noticia de su venida; y saliéndole al camino, le suplicó con instancias que se dignase no admitir otro hospedaje que el de su casa. Aceptó el convite el Salvador, como quien tenia tan conocida la virtud de aquellas dos fervorosas discípulas. No es fácil explicar el gozo de toda aquella afortunada familia. Marta, que gobernaba la casa, tomó á su cargo la disposicion de todo, y por sus mismas manos quiso preparar y guisar la comida á su amado Maestro; el soberano Huésped no dejó de reconocer la grande caridad y el fervoroso amor de las dos hermanas, recompensándolas liberalmente con su dulce conversacion, y con las abundantes gracias que derramó en el corazon de aquellas dos santas almas.

María Magdalena, arrebatada toda de gozo por ver en su casa á su divino Salvador, y hambrienta de sus instrucciones, cuya dulzura habia gustado mas de una vez, y cuyo provecho habia experimentado, hallaba tanto gusto en oirle, que fué á sentarse á sus piés por no perderle ni una sola palabra. Marta solo le podia percibir algunas, y esas con poca tranquilidad. Estaba tan afanada en regalar á su divino Maestro y á los de su comitiva, que andaba de un lado para otro dando sus órdenes, ya en esto, ya en aquello, y mostraba un poco de inquietud y sentimiento de que su hermana la dejase sola, y no la ayudase en nada. Con la ansia de que nada faltase en la mesa, y pareciéndola que ella sola no podia atender á todo, dió sus quejillas al Salvador: dijole, pues, con respeto y con modestia, pero con un género de apuro, que no dejaba de mostrar alguna inquietud: *Señor, ¿no reparais que mi hermana me deja trabajar sola, sin echar mano á nada? suplicoos la mandeis que venga á ayudarme.*

La respuesta que el Señor la dió fue un misterio, y al mismo tiempo una leccion de mucha enseñanza para la vida espiritual: *Marta, Marta, muy cuidadosa andas y muy solícita. A la verdad alabo tu solícitud en servirme, pero condeno tu inquietud: todo lo que turba al alma, la disipa; y toda disipacion del corazon y del espíritu me desagrada: es menester servirme con fervor; pero en mi servicio nun-*

ca se ha de perder la paz del corazon. Tú te atormentas inútilmente, y quieres hacer demasiado; no es menester tanto para mi comida, basta un solo plato. Tú hermana María está mejor ocupada que tú: aunque no trabaja con las manos, no está ocioso su espíritu en medio de mostrarse tan tranquilo; está haciendo ahora lo mismo que ha de hacer por toda la eternidad; sírvela de regalo mi conversacion, y en ella goza lo mas delicioso que pueden gustar los hombres y los Angeles; de esta se ha de alimentar eternamente, y ninguno se la podrá quitar.

Aprovechóse maravillosamente santa Marta de una doctrina tan espiritual y tan perfecta; la cual sin disminuir su apresurado ardor en servir al Salvador del mundo, la animó con un espíritu interior, que hizo mas pura y mas meritoria su virtud de la hospitalidad. No se contentó con disponerle la comida; quiso tambien tener la honra de servírsela á la mesa, y acabada esta la tocó su vez, y tuvo el consuelo de gozar despacio de su divina conversacion.

No fue esta la única vez que Jesucristo honró con su presencia aquella dichosa casa. Siempre que transitaba por Betania se hospedaba en ella, y por eso dijo el Evangelista, que esta santa familia era la querida del Salvador; por eso luego que enfermó Lázaro las dos hermanas le dieron parte de esta novedad. Hallábase el Señor en Galilea cuando llegó el expreso con la noticia de que se moria aquel su amado discípulo; dilató dos dias su partida muy de cuidado, para tener ocasion de hacer con él el mayor de sus milagros. Cuando Cristo llegó, ya habia cuatro dias que Lázaro estaba enterrado. Habian concurrido muchas personas del contorno á consolar á Marta y á María, y á darlas el pésame de la muerte de su hermano; pero su mayor consuelo le esperaban de otra parte, y solo Jesús podia enjugar sus lágrimas.

Con efecto, luego que Marta tuvo noticia de que se acercaba, dejó prontamente á su hermana, y le salió al encuentro. Apenas le vió, cuando bañada en llanto, le dijo: *Señor, si estuviérais aquí, no se hubiera muerto mi hermano; pero no desconfío de verle resucitado; porque sé que Dios no te puede negar cosa que le pidas.*—¿Estás cierta, respondió Jesús, que tu hermano resucitará?—Sí, Señor, replicó Marta, *segura estoy de que resucitará en el dia de la resurreccion general con todos los demás que murieron desde el principio del mundo.* Queriendo entonces el Señor fortificar mas y mas la fe y la confianza de Marta, la dijo, que estando tan segura de su amor, como lo estaba, debia esperar que antes de aquel dia restituiria la vida á su hermano; que

no ignoraba tenia poder para hacerlo; que obraba los milagros por su propia virtud, sin tener necesidad de pedir nada á nadie; y en fin, que los muertos conocian muy bien su voz, la respetaban, y la obedecian como á voz de su soberano Dueño, autor supremo de la vida. *¿Ignoras por ventura, añadió el Salvador, que yo soy la resurreccion y la vida, y que los que creen en mí vivirán eternamente? ¿Marta, crees esto?—*Si, Señor, sí, respondió la Santa, *creo firmemente todo cuanto tú dices, porque estoy bien persuadida muchos días há, que tú eres el Mesías, único Hijo de Dios vivo que esperamos, y que en fin veniste al mundo, como estaba profetizado que habia de venir el Mesías para salvar á los hombres.* No parece menos sublime ni menos generosa esta confesion, que la que el Padre eterno inspiró á san Pedro, y le merecio aquellos eminentes privilegios y singulares favores con que le honró el Señor; y si las lágrimas de la Magdalena, que ya estaba presente, advertida de su hermana, le movieron á la resurreccion de Lázaro, no tendria en ella menos parte la generosa y viva fe de Marta. Mandó efectivamente Jesús remover la piedra que cerraba la entrada ó la boca del sepulcro; y como Marta le dijese que habiendo ya cuatro dias que estaba encerrado, no podria menos de exhalar mal olor; no temas, la respondió el Salvador, y acuérdate de lo que te dije, que si tenias fe, presto verias el motivo de tu dolor convertido en asunto de mucha gloria para Dios, y de admiracion á los hombres.

Tuvo Marta fe, y obróse el milagro. Fácil es imaginar cuánto seria el gozo de las dos santas hermanas cuando vieron resucitado á su hermano, y cuánto creceria su ternura y su inseparable adherencia á la persona del Salvador. Desde entonces no le perdieron de vista, sobre todo durante el tiempo de su pasion. Fue Marta una de aquellas santas mujeres que siguieron á Cristo hasta el Calvario, y despues de muerto no se apartaron de su afligida Madre. Cada dia se mostraba Marta mas obsequiosa y mas amante de esta Señora; asistíala con sus bienes, servíala con respeto, y la rendia muchos obsequios. No menos ferviente y generosa que Magdalena, concurrió con ella al sepulcro para rendir al cuerpo del Salvador los últimos honores; y tambien tuvo la dicha de ser de las primeras personas que le vieron despues de su resurreccion, asistiendo á sus instrucciones, y recibiendo cada dia nuevas gracias.

Despues que el Señor subió á los cielos no se apartó santa Marta del lado de la santísima Virgen hasta la venida del Espíritu Santo, cuyos dones recibió en el cenáculo; y tambien tuvo parte en la perse-

cucion que se suscitó contra los discípulos de Cristo, siendo desterrada de la Judea. No pudiendo los judios sufrir la presencia de Lázaro, porque era un milagro visible, y un testimonio animado de la divinidad de aquel á quien ellos habian dado muerte ignominiosa, y no atreviéndose á quitarle la vida por temor de que segunda vez fuese resucitado con mayor afrenta suya, tomaron el medio término de meter toda aquella santa familia en un navío sin mástiles, sin timon, sin velas y sin aparejos, pareciéndoles el mejor arbitrio para deshacerse de ella el exponerlos en esta conformidad á merced de los vientos y las olas; pero la divina Providencia los habia destinado para la conversion de una nacion á quien amaba mucho. Ya se dijo en la vida de santa Magdalena como el navío arribó milagrosamente al puerto de Marsella, y las insignes conversiones que hizo aquella bienaventurada tropa en un pueblo que el mismo milagroso arribo del navío dispuso admirablemente para oirlos con respeto y con asombro.

Es antigua y respetable tradicion, autorizada al parecer por la misma Iglesia, que santa Marta anunció la fe de Jesucristo en Marsella, en Aix, en Aviñon y en toda la baja Provenza, convirtiendo á muchos en todas partes. Dicese que explicando á los pueblos de Aviñon las verdades de nuestra santa Religion, un mozo que estaba en la otra parte del Ródano, deseoso ansiosamente de oirla, quiso pasar el rio á nado, pero arrebatado por la rapidez de la corriente quedó sumergido y ahogado: dieron noticia á la Santa de esta desgracia; y mandando á unos pescadores que sacasen el cadáver, después de una breve oracion le restituyó la vida.

Hizo gran ruido este milagro; y movidos de él, así los vecinos de Tarascon como los pueblos comarcanos, acudieron á nuestra Santa implorando su favor para que los librase de un monstruoso dragon que todo lo devoraba, y asolaba toda la campaña. Como la Santa no tenia otro fin que el de la gloria de Jesucristo y la salvacion de las almas, conoció que un milagro haria impresion en el ánimo de aquellos gentiles. Pasó el rio Duranza, metióse en un cercano bosque, y halló al dragon que estaba devorando á un hombre. Hizo la señal de la cruz, rocióle con algunas gotas de agua bendita, atóle con su mismo ceñidor, y le llevó á la ciudad como si fuera un cordero. Atónito el pueblo acudió á ver la maravilla; y después de haber muerto al dragon á palos y á pedradas, se arrojaron todos á los piés de la Santa, pidiéndola que no los abandonase. Como santa Marta sabia que su hermana Magdalena se habia retirado al desierto del santo

Bálsamo, ella escogió para su morada el que estaba contiguo á la ciudad de Tarascon, y se llamaba el Bosque negro; luego acudieron á la Santa muchas doncellas que habia convertido, resueltas á ser sus compañeras; y se dice que edificaron un monasterio, donde aquellas castas esposas de Jesucristo vivian como Ángeles, bajo la direccion de la que habia sido huésped y discípula del Salvador.

Pero queriendo, en fin, el Señor premiar á su huésped y á su sierva, la reveló el dia de su muerte, como tambien que su hermana Magdalena gozaba ya en el cielo de la gloria. Por espacio de un año ejercitó su paciencia, y aumentó sus merecimientos una calentura lenta; y sabiendo que era ya llegada la hora de volver á juntarse con su divino Salvador, mandó la echasen sobre las cenizas en presencia de sus hijas, y exhortándolas á la fiel perseverancia, pasó tranquilamente al descanso del Señor hácia el año 68 ó 70 de Jesucristo, teniendo, á lo que se cree, sesenta y cinco de edad.

Su cuerpo fue trasladado á la ciudad, en la opinion de los que sienten que el monasterio estaba fuera de ella, aunque otros juzgan que el lugar subterráneo donde se venera el dia de hoy era la capilla ó el oratorio del mismo monasterio. Sea lo que fuere de esto, es cierto que es muy magnífica la tal capilla subterránea en que, segun la tradicion, se venera el santo cuerpo. Sobre ella está fundada la iglesia colegial dedicada á la misma Santa, la que dotó ricamente el rey Clodoveo, habiendo sanado de un fuerte mal de riñones por intercesion de santa Marta; y Luis XI la regaló con un busto de oro en que está engastada su santa cabeza. Todavía se conserva en la capilla subterránea, magníficamente adornada por la piadosa liberalidad de Mons. Marinis, arzobispo de Aviñon, el antiguo sepulcro de la Santa, cerca de un pozo, cuyas aguas se dice sanan de calenturas. Lo cierto es que las milagrosas curaciones que cada dia se experimentan en el sepulcro de santa Marta por intercesion de esta gran sierva de Dios, acreditan visiblemente lo mucho que puede con el Señor, y atraen á aquel santuario un gran concurso de gente. Es santa Marta protectora de los que se emplean en ministerios exteriores.

LOS SANTOS SIMPLICIO, FAUSTINO Y BEATRIZ, VÍRGEN, HERMANOS MÁRTIRES.

Santa Beatriz, una de las ilustres matronas que han florecido en la iglesia de Roma, fue hermana de los insignes mártires Simplicio y Faustino, todos los cuales profesaban la fe de Jesucristo, en tiempo

que los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron contra la Iglesia, en principios del siglo IV, una de las mas sangrientas persecuciones que han padecido los fieles bajo el dominio de los principes gentiles. Vivía Beatriz retirada en su casa con pacífica quietud, toda ocupada en ejercicios piadosos, santos y caritativos, cuando sus dos hermanos fueron delatados por cristianos; y habiendo confesado públicamente su religion, fueron cruelmente atormentados y decapitados al fin en Roma por los años de 303. Beatriz sacó del Tíber los cuerpos de sus dos hermanos, y les dió sepultura con ayuda de dos presbíteros llamados Juan y Crispo: luego se refugió á la casa de una viuda virtuosa llamada Lucina, donde se mantuvo por espacio de siete meses continuando en santos ejercicios.

Lucrecio, vecino poderoso de Roma, quiso comprar á Beatriz cierto predio que poseia, y resistiéndose á venderlo, quiso obligarla á que sacrificase á los ídolos; pero el horror que causó á la ilustre virgen la impiedad á que queria precisarla, y la heroica constancia con que se negó á cometerla, redobló en el pecho de aquel pagano la furia y la crueldad, de suerte, que mandó á sus siervos que la ahogaran en una noche; como lo ejecutaron con impiedad en el dia 29 de julio á principios del siglo IV. Lucina enterró su cuerpo cerca de los dos hermanos á un lado del camino real que guia á Porto en un cementerio llamado *Ad Ursum Pileatum*. Usurpó Lucrecio con la violenta muerte de Beatriz el predio que deseaba, y celebrando en él un magnífico convite con sus amigos, insultaron en él á los santos Mártires; pero cuando se hallaba en lo mas delicioso de su comida, prorrumpió un infante de cierta mujer que estaba presente en estas voces: *Oye, Lucrecio, diste muerte, y usurpaste; pues por esto serás entregado en manos del enemigo*. Pasmóse Lucrecio al oir semejantes expresiones, y en seguida entró un demonio en su cuerpo en el mismo convite, que atormentándole furiosamente por espacio de tres horas, pasó su infeliz espíritu á los abismos, vengando de este modo el cielo la muerte que dió á su sierva fidelísima. Mantuviéronse en Roma las santas reliquias de Beatriz hasta el año 1647, en el que incluyéndolas en una preciosa urna de plata el papa Inocencio X la envió con su bendicion apostólica y una rosa dorada á la serenísima reina de España doña Mariana, mujer de Felipe IV, en tiempo que se hallaba en Milan aquella Soberana, quien á su regreso á España dió al real monasterio de San Lorenzo del Escorial esta exquisita alhaja, donde se custodia entre las muchas reliquias de aquel santuario, y se venera con el debido culto.

La Misa es en honor de santa Marta, y la Oracion la siguiente :

*Exaudi nos, Deus salutaris nos-
ter; ut sicut de beatæ Marthæ vir-
ginis tuæ festivitate gaudemus, ita
piæ devotionis erudiamur affectu:
Per Dominum nostrum Jesum Chris-
tum...*

Óyenos, ó Dios, salud y vida nues-
tra, para que así como la festividad de
tu bienaventurada virgen santa Marta
nos llena de una santa alegría, así tam-
bien nos consiga una piadosa devocion.
Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epístola es del capítulo x y xi de la segunda de san Pablo á los Co-
rintios.*

*Fratres: Qui gloriatur, in Domi-
no gloriatur. Non enim qui seipsum
commendat, ille probatus est, sed
quem Deus commendat. Utinam sus-
tineretis modicum quid insipientiæ
meæ, sed et supportate me. Aemulor
enim vos Dei æmulatione. Despondi
enim vos uni viro, virginem castam
exhibere Christo.*

Hermanos: El que se gloria, glorié-
se en el Señor. Porque el que se alaba
á sí mismo, no es el que está acrisola-
do, sino el que alaba á Dios. Ojalá su-
friéseis algun poco de mi ignorancia;
pero con todo eso sufridme; porque yo
os celo, por celo que tengo de Dios.
Puesto que os he desposado, para pre-
sentaros como una casta virgen á un
solo hombre, á Cristo.

REFLEXIONES.

El que se gloria, gloriése en el Señor. Cuando se considera atenta-
mente cuál es el objeto de nuestra ambicion, en qué consiste, y qué
sustancia tiene la gloria por que se anhela, se conoce bien la pobreza
del hombre, la bajeza de su espíritu y el apocamiento de su cora-
zon; porque al fin. ¿de qué se hace gloria en el mundo? De un na-
cimiento noble, de un nombre ilustre, de contar muchos hombres
grandes entre sus antepasados; se hace vanidad de poseer grandes
bienes, de gozar gruesas rentas, de vivir en un suntuoso palacio, de
tener un magnífico equipaje, de ser discreto y pronto, de brillar en
una conversacion. Una mujer hace vanidad de sus galas, de su bi-
zarria, de su hermosura, y muchas veces de ser conquistadora y
cortejada. Hácese vanidad de la destreza en el juego, del primor en
el baile, de los talentos, de la sabiduría, de la erudicion, y en fin,
de todo lo que á cada uno le puede distinguir de los demás. Ea, pues,
miremos de cerca estos objetos, y por su pequeñez, por su insustan-
cialidad y por su poca consistencia haremos juicio de nuestros erro-
res y de nuestra extravagancia. Para gloriarse y alabarse es preciso
suponer algun mérito; porque seria notoria locura hacer vanidad de
lo que no tenemos, ó de los que son defectos verdaderos. Pues ¿qué

mérito comunica á un hombre que ninguno tiene personal la virtud de un abuelo, que si viniera al mundo le desconoceria por descendiente suyo? ¿qué mérito comunica á un necio una larga serie de ilustres antepasados? Esos retratos antiguos que te están poniendo á la vista el valor y la virtud de tus padres, ¿te pegan algo de aquellas grandes almas? ¿Puede haber necedad mas lastimosa que gloriarse de que se lee en las historias el nombre de su casa, de que sus ascendientes fueron valerosos, esforzados, rectos y virtuosos? ¿dónde hay gloria mas extraña, ni que nos caiga mas por defuera? Y ¿qué mérito dan las ricas posesiones, fruto de la industria, y acaso de la injusticia de los que te las dejaron? ¿Esas grandes ganancias y esas fortunas arrebatadas serán motivo digno para gloriarse y para envanecerse? Es verdad que te sacaron del polvo, que te elevaron á la cumbre, y acaso á tanta altura, que se te anda la cabeza; pero ¿dan algun mérito á quien solo se sirve de sus bienes para ser peor? Una dama moza, muy pagada de su hermosura y de sus diamantes, ¿tendrá mucha razon para envanecerse? La hermosura mas consiste en la imaginacion que la realidad; está dependiente de los gustos; y por otra parte, ¿qué cosa mas frágil? es una flor que cualquiera accidente la marchita, y la edad necesariamente la acaba. Una calentura de veinte y cuatro horas basta para desfigurar enteramente la mas cabal hermosura; ¿y de cosa tan caduca se podrá gloriarse ninguna mujer de entendimiento? Por lo menos será gloria bien superficial, gloria bien vana, pues toda ella consiste en algunos rasgos mas ó menos delicados, puestos en mejor orden, que cualquiera ligero accidente los descompone y desconcierta. No es mas sólido el mérito de un vestido magnífico, de una ostentosa gala; en separando á un lado el artificio y la habilidad del sastre, y en echando á otro el valor de la tela, ¿qué sustancia de gloria quedará para una mujer ó para un hombre, cuyo mérito todo consiste en el vestido? En fin, algun mérito dan los talentos y el espíritu; pero si ese espíritu y esos talentos no están acompañados de la virtud y de la inocencia, ¿en qué se fundará la gloria? No hay demonio que no tenga cien veces mas entendimiento que el hombre mas sabio y mas capaz. *Por otra parte, ¿qué tienes que no hayas recibido? dice el Apóstol; y si lo has recibido, ¿de qué te glorías?* De todo lo dicho es forzoso concluir, que en sola la virtud consiste la verdadera gloria; y que el que se quiera gloriarse, solo se ha de gloriarse en el Señor.

El Evangelio es del capítulo x de san Lucas.

In illo tempore: Intravit Jesus in quoddam castellum, et mulier quaedam Martha nomine, excepit illum in domum suam; et huic erat soror nomine Maria, quae etiam sedens secus pedes Domini, audiebat verbum illius, Martha autem satagebat circa frequens ministerium: quae stetit, et ait: Domine, non est tibi curae; quod soror mea reliquit me solam ministrare? Dic ergo illi, ut me adjuvet. Et respondens, dixit illi Dominus: Martha, Martha, sollicita es, et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium. Maria optimam partem elegit, quae non auferetur ab ea.

En aquel tiempo: Entró Jesús en cierto castillo, y una mujer llamada Marta le recibió en su casa: y esta tenía una hermana llamada María, la cual tambien estando sentada á los piés del Señor oía sus palabras. Pero Marta estaba afanada de continuo en las haciendas de casa, la cual se presentó al Señor, y dijo: Señor, ¿no echas de ver que mi hermana me deja sola en el trabajo? Dila, pues, que me ayude. Y respondiéndola el Señor, la dijo: Marta, Marta, tú estás solícita y distraida en muchas cosas, y á la verdad sola una es necesaria. María eligió la mejor parte, la cual no le será quitada.

MEDITACION.

Que hablando en propiedad sola una cosa es necesaria.

PUNTO PRIMERO. — Considera que entre tantas cosas como nos ocupan, nos inquietan y nos fatigan en esta vida, sola una, hablando en propiedad, una sola es absolutamente necesaria; esta es, conseguir la salvacion. Háyase hecho bien todo lo demás; obligaciones del estado, negocios de la mayor importancia, comercio lucrativo, comisiones de mucha honra, grandes empleos, cargos considerables; aunque todo esto se haya desempeñado con la mayor felicidad, si no se logra la salvacion, nada se hizo, empleóse inútilmente el tiempo, estragóse la salud, y se consumieron los dias vanamente. No es ya este un piadoso pensamiento de las almas devotas y timoratas, es una verdad eterna, es lo que todos pensarán y todos sentirán por la eternidad. No nos engañemos voluntariamente; aun antes que llegue la eternidad, todos convenimos en este punto. Esos grandes del mundo, esas gentes de negocios, esos mismos hombres que solo atienden á sus intereses y á sus gustos, esas mujeres profanas, dedicadas y empleadas totalmente en bagatelas; todos y todas antes de morir conocen que su grande y su único negocio es el negocio de la salvacion. ¡Mi Dios, qué arrepentimientos y qué lágrimas costará algun dia este conocimiento! ¡con qué dolor, con qué desesperacion se verá por toda la eternidad que lo que en vida fue objeto de nuestros deseos, materia de nuestros cuidados y de nuestros afanes, no mere-

ceria siquiera nuestra atencion! ¿Cuándo se verá que lo que llamábamos obligaciones de buena crianza, ocupaciones indispensables, negocios de importancia, por la mayor parte eran vanos entretenimientos, y que del negocio de la salvacion no se hizo caso, dejándole para el fin de la vida, como si fuera el menor de todos los negocios, y ni aun tratándole como negocio; cuándo se verá, digo, que este era el único negocio que merecia toda nuestra atencion, y pedia toda nuestra aplicacion y vigilancia? Sin embargo, este gran negocio se postergó á todos los gustos, á todas las diversiones y á todas las inutilidades de la vida; para todo hubo tiempo menos para trabajar en la salvacion; se quiso mas perderle, malograrle en una tediosa ociosidad, y en no hacer nada, que emplearle en pensar y en trabajar por aquella: todo se nos figuró indispensable; partidas de diversion, entretenimientos frívolos, visitas excusadas, todo pareció necesario menos aplicarse al negocio de la salvacion; y mientras tanto todo fue inútil, todo se perdió si no se salió bien con este negocio. ¡Ah mi Dios, qué amargos son estos arrepentimientos cuando ya llegan tan tarde!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma. ¿Qué cosa podrá dar en equivalente á esta gran pérdida? ¿de qué les sirve ahora á aquellos hombres que metieron en el mundo tanto ruido, que brillaron en él con tanto esplendor, si al cabo se condenaron? ¿de qué les sirve á aquellos héroes de sus siglos, á aquellos emperadores, á aquellos reyes y á aquellos príncipes, ante quienes todo se inclinaba, á cuya satisfaccion y á cuyos gustos todo contribuia; de qué les sirve al presente aquella magnificencia, aquellos tesoros, aquella gloria, si arden, si rabian, si se desesperan en el infierno en medio de las voraces llamas? Nada les faltó de cuanto podia contribuir á su gloria, á su poder, á su grandeza; dieron batallas, consiguieron victorias, tomaron plazas, conquistaron reinos enteros; en todo establecieron el buen orden y la policía; nada omitieron de lo que convenia á su gloria; pero no trabajaron en el negocio de su salvacion; llegó la muerte antes que llegase su conversion: ganaron todo el universo, y perdieron su alma; pues todo lo perdieron. Esos hombres entregados á su fortuna y á sus intereses, esos hombres siempre ansiosos y siempre hambrientos no vivieron ociosos; fue su vida una continua agitacion, un perpetuo bullicio, trabajo y movimiento; sacrificaron su descanso, su salud y su misma vida á su fortuna; lograronla, mu-

rieron ricos, dejaron grandes bienes, pero los dejaron; y si no murieron en gracia de Dios, murieron pobres; todos sus afanes se consideran como sueños. No estuvieron en el mundo para ser ricos, sino para hacerse santos; esto era lo único necesario; ahandonaron este negocio, y nada hicieron. Esas personas consagradas á Dios, que por entregarse única y seguramente al cuidado de su salvacion hicieron tan grandes sacrificios, dejando el mundo; esas personas religiosas que desmintieron su primer fervor; que después de sus primeros pasos se pararon en el camino, que se durmieron y se divirtieron, que por haber venido el esposo cuando iban á buscar aceite para cebar las lámparas, por no haber hecho á tiempo la provision de lo único que era necesario, fueron condenadas y todo lo perdieron; ¿qué dirán, qué pensarán ahora?

¡Ah Señor, y qué seria de mí si fuera este el último dia de mi vida! Hasta ahora no he pensado en lo único que me era necesario, con que he perdido el tiempo y el trabajo; pero, Dios de las misericordias, pues te has dignado sufrirme hasta aquí, dignate tambien asistirme con tu gracia para que sean eficaces los propósitos que hago de no trabajar de hoy en adelante en otra cosa que en el negocio de mi eterna salvacion.

JACULATORIAS. — ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (*Matth.* xvi).

¿Qué provecho sacará el hombre de todos sus trabajos, si se condena? (*Eccles.* ii).

PROPÓSITOS.

1 Hay pocos ociosos; todos quieren trabajar, todos están ocupados; pero por desgracia la vida de la mayor parte de los hombres se gasta y se consume en fruslerías y en inutilidades. ¿Qué se diria de un embajador encargado de los negocios de su soberano, que emplease todo el tiempo de su embajada fuera de la corte del príncipe con quien iba á tratar, entregado enteramente al estudio de la música, ó al de los puntos infinitamente divisibles? A la verdad no estaria ocioso; pero ¿se haria juicio de que no habia perdido el tiempo, que le habia ocupado bien, y se le admitiria por legítima la excusa de que á la verdad no habia pensado en lo que se habia puesto á su cuidado, pero que para eso habia aprendido la música? ¿A este hombre no se le tendria con razon por loco y por extravagante? Pero ¿somos nosotros mas cuerdos que él? Estamos en este mundo únicamente

para trabajar en el negocio importante, delicado y espinoso de nuestra salvacion; cualquiera otro negocio que este es pura pérdida de tiempo, entretenimiento pueril. Examina desde luego si te hallas en este caso; mira en qué te has ocupado hasta ahora, qué tiempo has empleado en el negocio de tu salvacion; él te pedia no menos que todo el tiempo; cuenta, calcula cuántos dias, cuántos meses y cuántos años has empleado en él.

2 No te contentes con decir y confesar que hasta ahora nada has hecho en este negocio. Si desde hoy no comienzas á trabajar en él, mañana nada tendrás adelantado. Despréndete de todos esos vanos embelesamientos que te consumen un tiempo tan precioso; visitas inútiles, concurrencias de ociosidad, continua asistencia al juego, diversiones vanas y frívolas, libros de mera curiosidad sin otro fruto, conversaciones sin sustancia, que solo sirven de perder tiempo. Así el ánimo como el cuerpo necesitan de algun desahogo y de alguna diversion; pero esta misma diversion y este mismo desahogo pueden ser de mucha utilidad. *A los que aman á Dios todas las cosas se les convierten en bien*, dice el Apóstol. Nada hagas, nada emprendas que no haya de servir para tu salvacion. Muchos Santos acostumbraban preguntarse de cuando en cuando á sí mismos en medio de sus ocupaciones: ¿Y esto de qué servirá para la otra vida? *Quid heac ad aeternitatem?* Ten tú la misma costumbre, y díte á tí mismo muchas veces al dia: *Porro unum est necessarium*: sobre todo no hay mas que una cosa necesaria.

DIA XXX.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES AEDON Y SENEN, persas, en Roma; los cuales en tiempo de Decio fueron conducidos en cadenas á Roma por confesar la fe de Jesucristo: primero fueron azotados con cordeles emplomados, y después degollados. (*Véase su historia hoy*).

LAS SANTAS VÍRGENES Y MÁRTIRES MÁXIMA, DONATILA Y SEGUNDA, en Tuburbo, en África, en la persecucion de Valeriano y Galieno: á las dos primeras hicieron beber hiel y vinagre, las azotaron, llagaron cruelísimamente, las descoyuntaron en el potro, abrasaron en unas parrillas, y después frotaron sus llagas con cal viva; luego juntamente con Segunda, que solo contaba doce años, fueron arrojadas á las fieras, de las cuales no recibieron lesion, y por último fueron las tres degolladas.

SAN RUFINO, mártir, en Asís en Umbria. (*Murió durante la persecucion de Diocleciano por los años de 300. San Pedro Damian habla de este santo Mártir con particular elogio*).

SANTA JULITA, mártir, en Cesarea en Capadocia; la cual habiendo pedido ante un juez su hacienda que la tenia usurpada cierto poderoso, como este le pusiese por excepcion que era cristiana, y que como tal no debia ser oida: mandándola el juez sacrificar á los dioses, lo rehusó constantemente, y fue echada en una hoguera, donde entregó su alma á Dios, quedando su cuerpo sin lesion alguna del fuego. San Basilio el Magno hizo un excelente panegirico de las virtudes de esta Santa.

SAN URSO, obispo y confesor, en Auxerre.

SAN ABDON Y SENEN, MÁRTIRES.

Decio, general del ejército que el emperador Filipo habia enviado contra Macrino á Jotapien, fue declarado emperador por las legiones de Panonia y de la Mesia el año de Cristo 249; y luego publicó crueles edictos contra los Cristianos, llenando todas las provincias de horrible carnicería. Asegura Dionisio, obispo de Antioquía, citado por Eusebio Cesariense, que esta séptima persecucion, segun el cómputo de Orosio, fue tan terrible, que los fieles se persuadieron habia llegado aquel tiempo pronosticado por el Señor en que seria tan grande la tentacion, que hasta los mismos escogidos, si fuese posible, serian inducidos en error. Duró esta cruel é injusta guerra contra los Cristianos hasta el año de 251, y en ella fue cuando nuestros dos santos Abdon y Senen alentaron á los fieles con su magnanimidad, y llenaron de esplendor á toda la Iglesia con la gloria de su martirio.

Fueron persas, y de familia tan distinguida por sus grandes bienes como por su antigua nobleza; pero mucho mas recomendables por la dicha de ser cristianos, y de edificar con su virtud, con su caridad y con su celo á todos los fieles. Toda su ocupacion era concurrir á las cárceles para consolar y para asistir á los Confesores de Jesucristo, y entrarse por las casas de los pobres Cristianos para socorrerlos, y aun para prevenir sus miserias y necesidades. Dejábanse ver al pié de los potros y de los cadalsos para esforzar á los Mártires, y después de muertos procurar que se les diese sepultura. Igualmente respetables por su nacimiento que por su notoria bondad, nunca les faltaba proporcion para hacer á sus hermanos estos caritativos oficios. Animada su industria de un celo verdaderamente cristiano, y sostenida con sus excesivas limosnas, hacia cada dia mas floreciente aquella afligida cristiandad. Tardó poco aquella heroica caridad en recibir la justa recompensa debida á tan gloriosos trabajos; los dos caballeros cristianos fueron delatados al Emperador, como los mayores enemigos de los dioses del imperio.

Acababa Decio de triunfar dichosamente de los persas. Atribuyendo su victoria á la proteccion de los dioses, á título de agradecido y de devoto se hizo mas cruel contra los Cristianos; y encaprichado mas que nunca en sus impías supersticiones, resolvió exterminarlos de todos sus dominios. Informado de que nuestros dos Santos se valian de la autoridad que les daba su nacimiento y sus riquezas, únicamente para infundir mas aliento y mayor generosidad en el corazon de los Cristianos, juzgó no podia dar mayor gusto á los gentiles que echar mano de aquellos dos ilustres enemigos del paganismo. Fueron, pues, arrestados Abdon y Senen; quiso verlos el Emperador, y los recibió con la distincion que merecian por su nacimiento y por otras muchas bellas prendas personales: hablóles al principio como quien deseaba ganarles el corazon y el concepto; respondiéronle los Santos con respeto y con discrecion cortesana; pero cuando llegó el caso de tocar el punto de la Religion, y les declaró que era menester una de dos, ó dejar de ser cristianos, ó incurrir en su desgracia, no deliberaron un momento. *Somos cristianos*, respondieron, *y hacemos gloria de serlo. Señor, si para merecer la benevolencia de V. M. fuere menester sacrificar nuestra quietud y nuestros bienes, pronto estamos á hacer este sacrificio; pero vos mismo podeis juzgar si será razon preferir la gracia de los hombres á la de Dios, y perder la del Criador por merecer la del Principe.*

Irritado el Emperador con esta respuesta, les dijo que no conocia otro Dios que los dioses del imperio, y que absolutamente queria, pena de la vida, que ellos adorasen los mismos dioses que él. *Gran Principe*, le replicaron los Santos, *la misma razon natural está demostrando que no puede haber muchos dioses; en el imperio no se podrian sufrir dos dueños igualmente soberanos. Esos que llamais dioses son demonios, monas ridiculas de la divinidad, que se burlan de los hombres. No hay mas que un solo Dios, soberano dueño del universo, y criador de todas las cosas; á este adoramos como á nuestro soberano Dueño, y tambien vuestro.*

Fuera ya de si el Emperador (tan arrebatado estaba) les respondió encendido en cólera: *Yo sabré bien vengar á nuestros dioses de vuestras blasfemias, y haceros arrepentir de vuestra impiedad.* Quiso atormentarlos desde luego; pero temiendo alguna sublevacion en un país donde eran tan respetados los dos Santos, y en que su imperio todavía no estaba muy afianzado, se contentó con mandarlos asegurar entre los prisioneros que habian de ser conducidos á Roma, destinados para el triunfo.

No se puede explicar los muchos trabajos que nuestros Mártires padecieron en aquel penoso y dilatado viaje; la dureza de los guardias, la crueldad de los oficiales, los insultos de los soldados, y verse confundidos entre una multitud de prisioneros paganos de las heces del pueblo; pero el consuelo de que padecian por amor de Jesucristo, y la esperanza de derramar la sangre por su gloria, les compensaban con excesô las fatigas, ultrajes y tormentos. Fue muy largo el viaje, pero aun fue mucho mas penoso, y sin milagro no parecia posible que los santos sobreviviesen á tantos trabajos.

Hizo el Emperador su entrada en Roma con toda la pompa de conquistador; y habiendo servido nuestros dos Santos de ornamento al aparato del triunfo, fueron entregados al prefecto Valeriano como los dos mayores enemigos que habian tenido hasta entonces los dioses del imperio. Comparecieron ante su tribunal, y todo el concurso quedó admirado aun mas de la modestia de los dos Mártires, que de la magnificencia de sus vestidos y del brillante resplandor de sus joyas y pedreria. Era grande y general el deseo de que saliesen libres; y habiéndolos exhortado inútilmente á que renunciassen la fe, se dispuso un altar en la misma sala de la audiencia, sobre el cual se colocó un ídolo de Júpiter, y se hicieron cuantas diligencias fueron posibles para persuadir á los dos Santos á que á lo menos afectasen las ceremonias de que le ofrecian sacrificio; pero jamás se les pudo reducir al mas leve disimulo. *Somos cristianos, decian á voz en grito, hacemos gloria de serlo; no entendemos de disimulo en materia de religion; no adoramos mas que á un solo Dios, y solo á él se deben ofrecer sacrificios; vuestras soñadas deidades son invencion de vuestras fábulas, y conociendo nosotros su ridiculez, jamás podremos incurrir en vuestras impiedades.* — *¿Llamais impiedad,* replicó el Prefecto, *el reconocer por dios al sol, dios de vuestra nacion, y adorado como tal por vuestros padres?* — *No tiene duda,* repusieron los Santos, *¿dónde hay cosa mas impia que reconocer por Dios á una pura criatura? Tan des-caminados vivieron en este punto nuestros padres como vosotros, y en eso estamos nosotros muy lejos de imitarlos; nunca diremos, y nunca sentiremos otra cosa.*

Habiendo Valeriano dado cuenta al Emperador de la inmutable constancia en la fe de los dos Mártires, se determinó que los dos personas fuesen llevados por fuerza delante de la estatua del sol, y que para no quedar desairada esta resolucion, con la misma fuerza se les obligase á ofrecer incienso al ídolo. Hizose así, y conducidos Abdon y Senen violentamente al templo del sol, en lugar de ofrecer incien-

se á la estatua, la escupieron con horror y con desprecio. Levantó furiosamente el grito todo el concurso, clamando contra el sacrilegio. Al punto se ordenó que fuesen azotados con plomadas como vieles esclavos, y que después de haberlos despedazado hasta que se les descubriesen los huesos, fuesen expuestos á las fieras en el anfiteatro.

Ejecutóse la sentencia con mas barbaridad que se habia pronunciado. Despedazaron á azotes á las dos inocentes víctimas con tanta crueldad, que á no conservarse de milagro, hubieran espirado en el suplicio; pero en medio de aquel granizo de azotes se les oía cantar alabanzas al Señor, rindiéndole muchas gracias por la merced que les hacia de contarlos en el número de las víctimas destinadas á ser sacrificadas por su amor. Después de aquella cruel carnicería, descubriéndoseles los huesos por entre las llagas, que desfiguraban todo el cuerpo, fueron expuestos á las fieras en medio del anfiteatro. Había concurrido á él inmenso gentío, aun mas por ver despedazar á dos insignes enemigos de los dioses que á dos caballeros persas. Echaron contra ellos dos feroces leones y cuatro osos hambrientos, que saliendo con furor de las jaulas, corrieron arrebatadamente hácia las dos inocentes víctimas. Estremecióse el concurso; pero presto se convirtió en admiracion el horror, cuando vieron que llegando las fieras á la presa, perdiendo en el mismo punto su ferocidad, se postraron á los piés de los Santos como para respetarlos y rendirles homenaje. Hallábase presente el Prefecto, y exclamó: *No se puede negar que estos dos cristianos son dos grandes magos; mirad cómo aman-saron las fieras de repente.* Pero la muchedumbre discurría muy de otra manera: oíase gritar de todas partes que solamente el poder del Dios de los Cristianos era capaz de obrar aquella maravilla; y temiendo Valeriano que aquel prodigio hiciese demasiada impresion en los ánimos, llamó á los gladiadores que estaban presentes, y les mandó que degollasen á los dos Mártires en la puerta del anfiteatro; lo que se ejecutó al instante. No se aplacó con su sangre la rabia del Prefecto; mandó que atándolos por los piés los llevasen arrastrando hasta el pedestal de la estatua del sol, y allí estuvieron tres dias sin sepultura, no atreviéndose ninguno á dársela, hasta que un subdiácono, llamado Quirino, los retiró de noche, y metiéndolos en una caja de plomo los tuvo en su casa todo el tiempo que duró en Roma la persecucion. Fueron descubiertos en el imperio del grande Constantino, y elevados de la tierra los trasladaron al camino de Porto, colocándolos en el cementerio de Ponciano, donde hoy día se ve su imagen de escultura muy antigua, juntamente con sus nombres. Se

dice por muy cierto que los cuerpos de los santos Abdon y Senen fueron parte de las reliquias que el papa Gregorio IV envió á Francia el año de 828, por mano de Eginardo, y que fueron trasladadas á la abadía ó monasterio de San Medardo de Soissons, donde se conservaron hasta las guerras de los hugonotes, que las quemaron en el siglo XVI.

La Misa es en honor de los Santos, y la Oracion es la siguiente:

Deus, qui sanctis tuis Abdon et Sennen ad hanc gloriam veniendi copiosum munus gratiae contulisti; da famulis tuis suorum veniam peccatorum; ut sanctorum tuorum intercedentibus meritis, ab omnibus mereamur adversitatibus liberari: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que concediste á tus santos Abdon y Senen un copioso don de gracia para llegar á tanta gloria; concédenos á nosotros, siervos tuyos, el perdón de nuestros pecados, para que por amor de los méritos de tus Santos seamos libres de todas las adversidades. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo VI de la segunda que escribió el apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros in multa patientia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in seditionibus, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitate, in scientia, in longanimitate, in suavitate, in Spiritu Sancto, in charitate non ficta, in verbo veritatis, in virtute Dei, per arma justitiae, à dextris et à sinistris, per gloriam et ignobilitatem: per infamiam et bonam famam: ut seductores, et veraces: sicut qui ignoti, et cogniti: quasi morientes, et ecce vivimus: ut castigati, et non mortificati: quasi tristes, semper autem gaudentes: sicut egenes, multos autem locupletantes: tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.

Hermanos: Portémonos en todas las cosas como ministros de Dios, con mucha paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en los golpes, en las cárceles, en las sediciones, en los trabajos, en las vigiliias, en los ayunos, con la castidad, con la conciencia, con la longanimidad, con la suavidad, con el Espíritu Santo, con la caridad no fingida, con la palabra de verdad, con la virtud de Dios, con las armas de la justicia, á la diestra y á la siniestra; por medio de la gloria y de la ignominia: por medio de la infamia y de la buena fama: como seductores siendo veraces: como desconocidos siendo conocidos: como moribundos, y eso que vivimos: como castigados, mas no muertos: como tristes, pero siempre alegres: como necesitados, pero enriqueciendo á muchos: como que nada tenemos, y todo lo poseemos.

REFLEXIONES.

Muéstrense los ministros de Dios en todas las cosas tales cuales deben ser, y presto se llenará el mundo de los prodigios que obra-

rán; pues se verá todo convertido. Ninguna cosa da mas eficacia á nuestras palabras, que nuestros ejemplos. ¡Cuál debe ser la viveza de la fe! ¡cuál la pureza de costumbres y la eminente santidad de los ministros del Altísimo! ¡de aquellos visibles mediadores entre Dios y los hombres! ¡de aquellos sacerdotes de Dios vivo, cuya dignidad es reverenciada de las potestades de la tierra, y cuyo carácter sagrado se hace respetable á los Ángeles del cielo! ¡Pueden acercarse al altar sin sentirse preocupados de un santo terror! ¡pueden tener en sus manos la divina hostia sin experimentar los maravillosos efectos de su presencia! Salió Moisés de la conversacion que tuvo con Dios en el monte arrojando llamas de fuego su semblante; ¿cómo es posible que salga del altar un sacerdote sin nuevo fervor? ¿sin mas tierna devocion? ¿sin mas perfecta virtud? Y un sacerdote animado de esta viva fe, un sacerdote encendido en este divino amor, un sacerdote todo fervor y todo celo, ¿será un ministro poco eficaz? ¿Habrá en el mundo pecador tan empedernido, que no se rinda á su voz? Los ejemplos, el porte, las costumbres predicán mas elocuentemente que las palabras; estas excitan, pero aquellas convencen y mueven el corazon. Uno de los mayores castigos con que Dios amenaza á su pueblo es, que le dará sacerdotes tan imperfectos, tan indevotos, tan poco religiosos, tan desedificativos como los seglares, como el mismo pueblo: *Sicut populus sic sacerdos*. Esas personas sagradas por su carácter, dedicadas al ministerio de los altares por profesion, adquiridas al Señor por título particular; esos oráculos de Dios vivo, intérpretes de su voluntad, depositarios de los méritos y de la sangre del mismo Jesucristo, sus favorecidos y sus ministros, encargados de las oraciones del pueblo por su empleo, obligados á servir de luz por su estado, destinados á alabar día y noche al Señor por su oficio, cuya vida ha de ser escondida en Jesucristo, ¿no debieran representar á nuestros ojos la vida de este mismo Señor en la suya. segun la expresion del Apóstol? Sus dias no son suyos; el que los llamó á su servicio los reservó todos para sí. Toda ocupacion profana, les está prohibida; motivos, acciones, deseos, y hasta su misma inaccion ó reposo, todo debe ser santo, todo sagrado; siendo respetables á los Ángeles mismos por su carácter, no lo deben ser menos á los hombres por su santidad y por su arreglado porte. ¡Qué desolacion, exclamaba en otro tiempo el Profeta, qué desolacion, qué escándalo es el que se ve en Jerusalem! Las piedras del santuario, tan dignas de nuestra veneracion mientras están en su lugar, se ven hoy desencajadas y dispersas por todos los rincones de las calles; to-

dos las pisan, todos las desprecian desde que ya no sirven para su destino: *Dispersi sunt lapides sanctuarii in capite omnium platearum.* ¡Oh, y cuánto significa esta alegórica expresion!

El Evangelio es del capítulo v de san Mateo.

In illo tempore: Videns Jesus turbas, ascendit in montem, et cum sedisset, accesserunt ad eum discipuli ejus, et aperiens os suum docebat eos, dicens: Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum coelorum. Beati mites: quoniam ipsi possidebunt terram. Beati qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur. Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam: quoniam ipsi saturabuntur. Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur. Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt. Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur. Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam: quoniam ipsorum est regnum coelorum. Beati estis cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversum vos, mentientes, propter me: gaudete, et exultate: quoniam merces vestra copiosa est in coelis.

En aquel tiempo: Viendo Jesús las turbas, subió á un monte, y habiéndose sentado, se llegaron á él sus discípulos, y abriendo su boca, los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos conseguirán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por amor de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren contra vosotros falsamente todo género de mal por causa mia: alegraos y regocijaos, porque vuestro premio es grande en los cielos.

MEDITACION.

De las adversidades á que están expuestos los buenos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es gran sinrazon quejarse de la Providencia, porque á los mas buenos, á los mayores siervos de Dios, á las almas mas inocentes, las expone al fuego de las mayores persecuciones y de las mas sensibles adversidades, á las tentaciones mas violentas y mas enfadosas. Si se conociera lo que valen y lo que aprovechan esas borrascas, nada se temeria tanto en esta vida como la calma y la serenidad. Esas piedras que de todas partes nos arroján, son, digámoslo así, piedras preciosas, cuyos menores fragmentos se debieran recoger con el mayor cuidado. El fuego purifica el oro; y

si el oro tuviera razon y conocimiento, no se quejaria de que le metiesen en medio de las llamas. La Escritura dice, que aquellos tres niños tan fieles á Dios, no solo no los tocó de alguna manera el fuego, pero ni aun los contristó: *Non tetigit eos omnino ignis, nec contristavit eos*. Gran milagro; pero no es menor el que los justos nos ponen á la vista en la adversidad. Desengañémonos: no hay otro camino mas seguro para salvar al pecador, ni para santificar al justo; es menester curar aquel mal cristiano del amor que tiene al mundo; al otro imperfecto y tibio es menester curarle del amor que se tiene á sí mismo. Para poner al primero en el camino del cielo, y al segundo en el de la perfeccion, es necesaria la adversidad; ella sola puede obrar estas dos maravillas; todos los demás medios los hace inútiles el amor á los placeres, ó la aplicacion á los negocios. No habla Dios por lo comun ni en las diversiones ni en medio de una risueña prosperidad; no habla en los concursos mundanos; y si habla, no se le oye. Los negocios no dan lugar para reflexionar sobre la salvacion; la vanidad y los sucesos prósperos embriagan y quitan el conocimiento. Es menester que una fuerte tempestad nos obligue á tomar puerto, y recurrir al retiro. Aquella mujer está como embriagada de su felicidad y de su hermosura; conviéndela una desgracia que la haga abrir los ojos; para salvarla es muy importante que un accidente ó una enfermedad la desfiguren. Una salud robusta, un puesto elevado, el favor del príncipe; todo lisonjea, todo encanta, todo aturde. Por mas que grite la conciencia no es oida. Bien es que una enfermedad te acerque á la sepultura; que la pérdida de un pleito excite aquellos piadosos movimientos que estaban casi apagados; que una desgracia derrame en aquella alma hiel y disgusto á las cosas del mundo. ¡Ah, y qué poco se conoce lo que valen las adversidades.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que todos tenemos alguna cosilla que nos impida dedicarnos á Dios enteramente. Ese algo que se acerca del sacrificio, es nada dice santa Teresa: pero esa nada sirve de obstáculo á grandes cosas. Pudieras tú mismo curarte con el auxilio de la Gracia; pero no tienes valor, y acaso no sabes tampoco en qué consiste tu mal: es menester que cuando menos lo pienses venga el cirujano, y te meta la lanceta muy adentro de la carne viva, porque la apostema está hinchada, y sin eso siempre vivirías enfermo y te irías consumiendo. ¿No es así, que aun después que te dedicas te a Dios, no te has podido resolver á dejar el juego, á cortar aquella amistad, que á la verdad no es ilícita, pero te tiene repartido el

corazon; á vencer el amor de la vanagloria y de los aplausos; á superar esa oculta emulacion que te mantiene en cierta indiferencia, si ya no pasa á frialdad; á reprimir esos modales altaneros, y aun acaso duros, con que tratas á tus dependientes y aun á tus iguales? Bien conoces el daño que esto te hace; pero te espanta solo el pensamiento de ponerte en cura, porque el mal está tan cerca del corazon, que para desarraigarle es necesaria una operacion violenta y dolorosa. El confesor tambien conoce el achaque; pero disimula, y te lisonjea, ó no tiene habilidad para curarte de él. Si Dios te ama con alguna particularidad, es menester que por sí mismo emprenda esta cura; es menester que permita un sonrojo, un desconcierto en tus negocios, la muerte de algun pariente, de algun amigo, de algun protector, un revés de la fortuna, un pleito, un naufragio. Mientras viva aquella persona ocupará tu corazon, fomentará tu ambicion, servirá de estorbo á tu perfeccion y á la salvacion de tu alma. Es amarga la adversidad, pero al fin ella te cura. Aquel poderoso rodeado de tentaciones, de lisonjeros, de honores, de diversiones y de cargos ha menester un contratiempo para volver sobre sí. Confesemos que es grande misericordia de Dios, cuando pudiera castigar al alma que pecó, contentarse con herir al cuerpo, cuyas llagas pueden ser tan provechosas. Esto es lo mismo que conmutar la pena de muerte en una ligera multa. Pudiera muy bien Dios abrimos otro camino para el paraíso, es verdad; pero si no lo hizo, ¿pensarás que fue sin razon, y solo por el gusto de verte padecer, y de hacerte miserable? ¿Qué concepto haríamos de un Dios tan bueno, si pensáramos esto de él? Ese Dios tan bueno y tan misericordioso juzgó que esto te convenia, y que algun dia le darias muchas gracias por haberse portado de esa manera contigo. Siendo esto así, ¿por qué te entristeces de una cosa de que te has de alegrar eternamente? ¿Por qué te quejas de lo que eternamente has de estar dando gracias al Señor?

Conozco mi error, ¡ó Dios de toda bondad! y me confunde la ceguera que he padecido hasta aquí: Vos sois el mejor de todos los padres; y pues juzgais que las adversidades me son tan necesarias, de hoy en adelante las recibiré como señales de vuestro amor.

JACULATORIAS. — Señor, los golpes que descargáreis sobre mí, léjos de afligirme, serán de hoy en adelante todo mi consuelo. (*Psalmus XXII*).

Tengo por dicha, Señor, que me hayas afligido para enseñarme á guardar tu santa ley. (*Psalm. CXVIII*).

PROPÓSITOS.

1 En la adversidad se aviva y se fortalece la virtud, cuando en la prosperidad se disipa y se relaja. Es de admirar que sea tan difícil persuadirse á que puede uno ser feliz en los contratiempos, cuando se han visto tantos desgraciados en medio de las mayores prosperidades. Si hay males invisibles, no es imposible que haya tambien consuelos que no se ven. Rara vez se ve un hombre feliz, y que esté plenamente contento en medio de la prosperidad; por el contrario, no se ha visto Santo que no padeciese mil trabajos en esta vida, y ninguno que no se tuviese por muy dichoso en medio de los mayores. Dejemos obrar á la divina Providencia; mas cuidado tiene de nuestros intereses, que nosotros mismos. Bien sabe Dios lo que nos conviene. Nunca se consideró José mas desgraciado, que cuando se vió vendido por sus mismos hermanos; y sin embargo de esta imaginada desgracia pendia toda su dicha y la de toda su nacion. Deja, pues, ya de mirar con malos ojos las adversidades de esta vida: convéncete de que te son provechosas, y aun necesarias; recíbelas con accion de gracias, pues con efecto son otros tantos beneficios.

2 Ya se dijo en otra parte que era una costumbre muy agradable á los ojos de Dios, y muy provechosa para el hombre hacer al Señor alguna breve oracion en accion de gracias siempre que nos sucede alguna contradiccion ó algun contratiempo: ahora propondré otra que no es menos meritoria delante de Dios; esto es, durante el tiempo de la adversidad hacer todos los dias alguna oracion particular, dándole gracias por la merced que te hace en tratarte como á los mas queridos suyos, llevándote por el camino mas derecho y mas seguro para hacerte santo. Guárdate bien de que se te escape ni una sola palabra que huela á queja ó sentimiento; y si alguno, con cierta falsa amistad, muestra compadecerse de tu suerte, rectifícale aquella falsa compasion, dándole á entender que tu suerte no es desgraciada, y que antes lo seria mucho mas, si en todo fuese feliz; dile que Salomon con toda su sabiduria no se pudo conservar inocente en medio de una larga prosperidad; el mismo David, aquel hombre segun el corazon de Dios, que fue tan fiel mientras duró la persecucion, cayó en pecado luego que se vió en paz y sobrado de todo; dile aquellas bellas palabras: *Beatus homo qui corripitur à Deo*: bienaventurado aquel á quien Dios castiga como padre; dí muchas veces con Job: *Hæc mihi consolatio, ut affligens me dolore, non parcat*: mi

mayor consuelo será que Dios no me perdone en este mundo cuando me aflige con adversidades: acuérdate que estas son necesarias aun á los mismos buenos para preservarlos de la corrupcion, como la sal que consume y conserva; esta es señal de que te ama, y que quiere ser amado de tí.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

LA GLORIOSA MUERTE DE SAN IGNACIO, confesor, fundador de la Compañía de Jesús, en Roma; esclarecido por su santidad y milagros, y por el ardentísimo celo de extender la fe católica por todo el mundo. (*Véase su vida hoy*).

EL MARTIRIO DE SAN FABIO, mártir, en Cesarea; el cual porque rehusó llevar la insignia ó estandarte del ejército, primero estuvo preso algunos días, y después preguntado una y otra vez sobre su religion, como perseverase constantemente en confesar á Jesucristo, lo condenó el juez á ser degollado.

SAN CALIMERIO, obispo y mártir, en Milan; al cual siendo preso en la persecucion de Antonino, herido á estocadas, y atravesada la garganta, le echaron en un pozo, y así acabó su martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES DEMÓCRITO, SEGUNDO Y DIONISIO, en Sinada, en la Frigia Pacaciana.

EL MARTIRIO DE TRESCIENTOS Y CINCUENTA SANTOS MONJES, en Siria, asesinados por los herejes porque defendian el concilio de Calcedonia.

LA GLORIOSA MUERTE DE SAN GERMAN, obispo de Auxerre, en Ravena. muy ilustre por su cuna, por su fe, por su doctrina y por el don de milagros: el cual libró á Inglaterra de la herejía de los Pelagianos.

SAN FIRMO, obispo, esclarecido por la gloria de su confesion, en Tagaste en África (*cuya silla ocupó é ilustró con su ejemplo y doctrina. San Agustin lo propone á los obispos como modelo*).

SAN JUAN COLUMBINO (ó COLUMBINI, fundador del Órden de Jesuatos, esclarecido en santidad y milagros, en Sena de la Toscana. (*Véase su vida en las de hoy*).

SAN IGNACIO, CONFESOR, FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Al mismo tiempo que el apóstata Lutero desolaba la Iglesia en Alemania; que Enrique VIII, declarándose cismático, la destruía en Inglaterra; que Calvino, aquel imaginario reformador, la hacia sangrienta guerra en Francia, la divina Providencia, siempre atenta á sus necesidades, formaba en España un héroe cristiano, escogido. como se explica Urbano VIII (*Bull. Canon.*), para contener las funestas conquistas de los enemigos de Dios, nacido para la reformation de las costumbres en todos los estados, y destinado para llevar

la fe de Jesucristo hasta aquellos países donde jamás habian penetrado los Apóstoles.

Este gran Santo, gloria de su nacion, y ornamento de su siglo, nació el año de 1491, en aquella parte de la Cantabria española que hoy tiene el nombre de Guipúzcoa. Su padre D. Beltran, señor de Oñez y de Loyola, ocupaba uno de los primeros lugares entre la nobleza del país, como primogénito y cabeza de una de las casas mas antiguas, y su madre María Saez de Balda no era de menos ilustre nacimiento.

Aunque Ignacio era el menor entre ocho hijos y tres hijas, nació adornado de tan bellas prendas, que muy presto fue las delicias de toda la familia. Era bien dispuesto; el aire noble y naturalmente agraciado; el genio elevado, y sobre todo una ardiente pasion por la gloria, prevenian los ánimos en su favor. Aunque un poco altivo, era atento y cortesano, notándose en él desde sus primeros años un linaje de discrecion, que nada olia á las inocentes inconsideraciones de la niñez. Juzgando su padre que era nacido para la corte, se dio prisa á enviarle á ella; y le hizo paje del Rey Católico. Luego ganó Ignacio la gracia de Fernando; pero su inclinacion á las armas le hizo disgustarse presto de la ociosidad de palacio. Señalábanse ya sus hermanos en el ejército de Nápoles, y él se quiso distinguir en el de Cantabria. Logrólo en la toma de Nájera, y en todas las funciones dió pruebas de gran valor.

No dió tantas de virtud y de cristiandad. Estaba su cabeza llena de vanidad, y preocupada de especies de galantería, siguiendo en todas sus acciones el espíritu y las máximas del mundo, cuando el Señor se dignó en fin abrir los ojos á aquel vaso de eleccion, despues de haberle, digámoslo así, echado por tierra. Sitiaba el ejército francés el castillo de Pamplona, y el virey D. Antonio Manrique dejó por comandante á D. Ignacio mientras él salió á solicitar el socorro. Sostuvo él solo muchos asaltos; y asombrados los sitiadores de la intrepidez del jóven español, convirtieron todas sus fuerzas contra el puesto que defendia, y fueron tambien repelidos luego que Ignacio se dejó ver en la brecha con espada en mano; pero en el calor del combate una bala de artillería rompió una pierna al valeroso comandante, con cuyo accidente perdieron el ánimo los sitiados, y se rindieron. Trataron los franceses á Ignacio con toda la estimacion que merecia su valor y su nacimiento; y despues de haberle cuidado, y aplicados los primeros medicamentos á las heridas, le llevaron á su casa de Loyola, distante algunas leguas de Pamplona. Sobre-

vinole calentura, y estuvo tan de peligro, que recibió los Sacramentos, y le daban pocas horas de vida; pero habiéndose quedado dormido, se le apareció en sueños san Pedro, que le tocó con la mano y le curó. El suceso acreditó la verdad del sueño; pero ni aun con este milagro se convirtió Ignacio. Viéndose obligado á guardar todavía el cuarto y la cama por algunos dias, pidió un libro de novelas, ó alguna historia de caballerías para divertirse. Por dicha suya no se halló otro en toda la casa que la vida de Cristo y las vidas de los Santos. Leyólas Ignacio; sintióse movido, y haciendo las naturales reflexiones que le ofrecia el cotejo de aquellas vidas con la suya, quedó convertido.

Los primeros pasos que dió en el camino de la penitencia asombraron á los mas fervorosos. Vieron á aquel hombre cortesano, que solo por conservar el aire y la bizarría de cuerpo habia tolerado las mas dolorosas incisiones, ceñirse la cintura con una cadena de hierro, no usar otro vestido que un saco y un cilicio, afectar rusticidad y grosería para encubrir el aire noble y grande que mostraba su semblante; viéronle mendigar un bocado de pan de puerta en puerta; servir á los enfermos en los hospitales; sufrir sin quejarse las burlas y los ultrajes de los disolutos; ayunar todos los dias á pan y agua; pasar en oracion la mayor parte de la noche; castigar rigurosamente su cuerpo tres veces al dia, y como agotar en sí toda la severidad de la misma austera penitencia. Pero no careció de consuelo su penitente fervor; apareciósele la santísima Virgen una noche con el niño Jesús en los brazos, cercada de resplandor; la celestial dulzura que acompañó á esta vision purificó su corazon, y le abrasó tanto en el fuego del divino amor, que se le oia exclamar continuamente: *Señor, no os pido otra gracia que amaros, ni otro premio que amaros mas.*

Por su tierna devocion á la soberana Reina emprendió luego la peregrinacion á Monserrate, monasterio famoso por el concurso de peregrinos que de todas las partes del mundo acuden á implorar la proteccion y á venerar la milagrosa imágen de la Virgen. Habia en aquel monasterio un monje de eminente santidad; confesóse Ignacio con él generalmente, y lo hizo con tanto dolor de sus pecados, que el confesor temió que el penitente espirase á sus piés, y le costó mucho trabajo enjugarle las lágrimas. Pasó toda la noche en la iglesia postrado ante la imágen de la Madre de Dios; colgó la espada de un pilar inmediato al altar; dió sus ricos vestidos á un mendigo; echóse áuestas un saco, y se puso en camino con el bordon en la mano, la ca-

labaza al lado, la cabeza descubierta, los piés descalzos, cargado solo con los instrumentos de penitencia.

En este pobre equipaje llegó á Manresa el nuevo peregrino. Fue recibido en el hospital; pero su asqueroso semblante, su barba larga, las uñas que de propósito habia dejado crecer para causar horror, le hicieron tedioso y ridículo á cuantos le veian. Sirvióse el demonio de tan extraña mudanza de vida para tentar al Santo. Los desprecios que padecia, el mal olor del hospital, y el verse confundido entre una caterva de mendigos, le comenzó á dar en rostro, y se le excitaron varios pensamientos de que igualmente se podria salvar en la corte y en el ejército, que en aquella asquerosa vida; pero duró poco la ilusion: conoció Ignacio toda su malignidad; y para vencerla con resolucion, se hizo criado de los mismos enfermos; asistiendo con mayor frecuencia á los enfermos que le daban mas asco, y dedicándose á los mas bajos oficios. Rompieron en fin los rayos de su virtud por entre las nubes de aquellos abatimientos; comenzáronle á respetar y á descubrir no sé qué especie de grandeza en aquellas exterioridades viles y despreciables. Sobresaltóse Ignacio luego que llegó á entenderlo, y sin dilatarlo un punto se salió del hospital, y se fué á encerrar en una horrorosa cueva á quinientos ó seiscientos pasos de Manresa.

Parecióle que en aquella profunda caverna se podria abandonar enteramente á su fervor, y no poner límites á su penitencia. Cuatro ó cinco veces al dia despedazaba su cuerpo con una cadena de hierro armada de agudas puntas: pasaba semanas enteras casi sin alimento; debiendo solo á unas antiguas raíces el no morir de hambre: excesos que muchas veces le pusieron á peligro de la vida. En una ocasion le hallaron desmayado á la entrada de la gruta; lleváronle al hospital, donde otra vez le asaltaron los antiguos pensamientos de mudar el género de vida. A estas tentaciones se siguieron otras; fatigábanle los escrúpulos; mostrábase el cielo de bronce; y apoderada de su alma una profunda melancolía, se le hacia la vida insostenible. Durante aquella terrible desolacion, resolvió Ignacio pasar sin alimento todo el tiempo de la prueba. Con efecto, estuvo siete dias sin comer ni beber; y hubiera llevado adelante estos excesos, si su confesor no le hubiera ido á la mano, y Dios premió en el mismo instante su rendimiento. Serenóse el cielo, y sucedió la calma á tan deshecha tormenta. Colmó Dios aquella generosa alma de los mas dulces consuelos; de manera, que después todo fue visiones, éxtasis y raptos. En aquellas íntimas comunicaciones con Dios recibió sobe-

ranas luces acerca del misterio de la Trinidad. Lo que escribió de este misterio, y se perdió, era en estilo de los Profetas. Tambien fue en este tiempo cuando iluminado con las mismas luces sobrenaturales, y penetrado de las grandes verdades de la Religion, compuso el admirable libro de los Ejercicios espirituales, aprobado por tantos sumos Pontífices, y tan apreciado de todos los buenos; en el cual este hombre inspirado de Dios redujo como á arte la conversion del pecador, y la práctica de la perfeccion cristiana.

Vínole deseo de visitar los Lugares Santos de Jerusalem, y se embarcó en Barcelona para la Tierra Santa. Llegó á ella después de muchos trabajos. Era su intencion detenerse en Palestina para trabajar en la conversion de los mahometanos; pero después que cumplió con su devocion en Jerusalem, se vió precisado á restuirse á Europa. Conociendo que para dedicarse á la conversion de las almas era menester adquirir la doctrina que le faltaba, y convencido de que no podia contentar su celo sin el auxilio de las letras humanas, determinó volverse á España, y aplicarse al estudio. Diéronle en Venecia una buena limosna; llegó á Ferrara, y toda la repartió entre los pobres, mendigando después de puerta en puerta. Luego que entró en la Lombardia le prendieron los españoles sospechando que era espía, y despojándole del vestido le llevaron en camisa delante del capitan. Una sola palabra que hubiera dicho bastaria para librarle del peligro; pero calló por el deseo de padecer. Tuviéronle por tonto; cargáronle de injurias y de palos, y le dejaron proseguir su camino bien satisfecho de oprobios. No le trataron tan mal los franceses; pero no se puede explicar lo mucho que tuvo que padecer hasta que llegó á Barcelona. En aquella ciudad comenzó á estudiar la gramática, siendo de edad de treinta y tres años, y fue su maestro Jerónimo de Arbedal, público preceptor de latinidad en ella. El ejercicio era de mucha humillacion; pero venció su repugnancia por el deseo de aprovechar al prójimo. Iba muchas veces á la clase incorporado con los niños; y para que el estudio no entibiase la devocion, dobló las penitencias.

Creciendo cada dia en su corazon el celo de la salvacion de las almas, advirtió que aquel su exterior austero y nada grato retraia á todos. Dejó el saco y la cadena de hierro, con parecer de su director, contentándose con traer un cilicio debajo de una pobre sotana. Ya sus ejemplos habian movido á muchos; pero sus conversaciones convirtieron á muchos mas. Hizo mucho ruido la reforma del convento de los Ángeles, cuyas monjas no vivian con la mayor edifica-

cion. Esto le granjeó el odio de los seglares que contribuian al mal ejemplo; molieronle á palos á él y al capellan del convento; este murió de los golpes, y el Santo estuvo tan á los últimos, que escapó la vida por milagro.

Dejó á Barcelona por ir á estudiar filosofía á Alcalá, donde su celo no fue menos eficaz, ni menos ejercitado. Merecióle grande reputacion la conversion de cierta persona de la primera distincion, que era lazo de la juventud; pero siguiéndose á esta la de muchos jóvenes de aquella universidad, esto mismo le ocasionó una nueva persecucion en España. Acusáronle de hechicería y de herejía; fue delatado á la Inquisicion, triunfó su inocencia en aquel tribunal, y no solo fue aprobado, sino aplaudido su celo; pero conociendo así los inquisidores, como el vicario de Alcalá, cuánto importaba á la Iglesia la vida de aquel siervo de Dios, moderaron sus rigores, prohibiéronle que anduviese con los piés descalzos, y le mandaron vestir una sotana negra. Por la indiscreta devocion de dos señoras de calidad, que contra el parecer del Santo emprendieron cierta peregrinacion, se vió en precision de ir á continuar sus estudios á la universidad de Salamanca. Siendo su celo tan eficaz y tan puro, no podia dejar de ser perseguido en todas partes. Prendiéronle en su convento los religiosos de cierta esclarecida familia, pareciéndoles que no se debia permitir hablar en público á un hombre sin carácter, y que no era graduado; dieron parte al provisor; y este, abusando de su autoridad, le puso en la cárcel pública, le cargó de cadenas, y le trató como á hereje. Tomáronle jurídica confesion, y no dió otra respuesta que presentar á los jueces su libro de Ejercicios. Fue examinado el libro escrupulosamente; y hallándole lleno del espíritu de Dios, fue aplaudida la inocencia y la virtud de nuestro Santo. Diéronle libertad en virtud de sentencia judicial, la cual á un mismo tiempo era su mejor apología, y le exhortaba á continuar sus obras de caridad y los ejercicios de su celo. Quisieron detenerle en Salamanca; pero la Providencia, que tenia sus intentos, le destinaba á mayor teatro. Dejó Ignacio aquella universidad para ir á pasar sus estudios en la de París, que á la sazón era la mas célebre de la Europa. Habia precedido tiempo antes un suceso harto funesto, que confirmó el concepto general de su eminente virtud. Un caballero de distincion vió un dia pasar al Santo, y mostrándole con el dedo, dijo: *Quemado muera yo, si este no merece ser quemado*. Subió el mismo dia al terrado de su casa para sacar unas pequeñas piezas de artillería que se habian de disparar con motivo de cierto regocijo; cayó una chispa en un mon-

ton de pólvora de cañon, y envuelto en las llamas quedó abrasado vivo.

Llegó Ignacio á Paris á los principios de febrero del año de 1528; y luego acudió al colegio de Monteagudo para volver á repasar la gramática entre los niños. Entregó en confianza á un compañero suyo de posada el dinero que de limosna habia recogido en España para mantenerse; escapósele con él, y se vió precisado á pedirla en Paris. No teniendo otro recurso, se recogió en el hospital, donde no le daban mas que el simple cubierto, y mendigaba de puerta en puerta la comida. Tuvo noticia de que el infiel compañero que le habia robado estaba enfermo en Ruan; voló al punto á socorrerle; abrazóle, consolóle, sirvióle, y le buscó limosnas para que pudiese continuar su camino. Acabada la gramática en el colegio de Monteagudo, pasó á estudiar filosofia en el de Santa Bárbara. Excitóle otra nueva tempestad la devocion que inspiraba á los jóvenes estudiantes. Habiéndose entrado religiosos algunos compañeros suyos, le acusaron de que pretendia dejar desierto el colegio. Irritáronse tanto el rector y los regentes, que pensaron darle *una sala* (así se llama en la Soborna el castigo de azotes públicos, y en rueda, que se dan con unos mimbres en las espaldas á los profesores que han cometido graves delitos). Era muy del gusto de Ignacio una humillacion de tanto desdoro; pero su confesor le obligó á justificarse. Hizolo así, y quedaron todos tan convencidos de su recta intencion, que el rector del colegio dió público testimonio de su virtud en el mismo lugar donde se habia de hacer la ejecucion.

A vista de tan solemne satisfaccion abrieron todos los ojos, y con ella les ganó los corazones. Hizose famoso en la universidad el nombre de Ignacio. El rector que habia levantado la tormenta quiso reparar la injuria; y encargándose muy particularmente de los estudios de Ignacio, le señaló por pasante para repartir con él las lecciones á un mozo saboyano, pobre á la verdad, pero muy hábil, que vivia en un cuarto del mismo colegio con Francisco Javier, caballero del reino de Navarra. Adelantó tanto Ignacio con este medio, que recibió el título de maestro en artes, y acabó después con mucha honra su curso de teología.

Este fue el tiempo en que Dios le dió á entender distintamente que le tenia escogido para fundar una Compañía de hombres apostólicos, que atendiendo únicamente á la mayor gloria de Dios, se empleasen en la salvacion del prójimo, y en hacer eterna guerra á los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia. El primero en quien el Santo pu-

so los ojos para tan elevado intento fue su pasante Fabro. Un poco mas le costó la conquista de Javier. Era de grande ingenio, de ilustre nacimiento; enseñaba la filosofía con mucho aplauso; y ambicioso de gloria, á nada menos aspiraba que á las primeras dignidades de la Iglesia. Ganóle Ignacio para Dios, y en poco tiempo fue Javier ornamento de la nueva Compañía, y uno de los mayores Santos de la Iglesia.

Presto se le agregaron á estos dos compañeros otros cuatro, todos de singular mérito: Diego Laynez, natural de Almazan; Alfonso Salmeron, de cerca de Toledo; Nicolás Alfonso Bobadilla, nombre que tiene tambien el lugar de su nacimiento; y Simon Rodriguez, caballero portugués. Juntólos un dia Ignacio, y les propuso su ánimo de dedicarse á trabajar en la salvacion de las almas; respondieronle prontamente que todos tenian la misma intencion, y escogieron el dia de la Asuncion de la Virgen para obligarse con expreso voto á tan piadosa empresa. Este dia en el año de 1534 los condujo á todos Ignacio á la iglesia de *Montmartre*, ó del Monte de los Mártires, donde celebró la misa Pedro Fabro, ordenado poco antes de sacerdote, y á todos les dió de su mano la comunión en la capilla subterránea. Concluida la misa, todos siete juntos, á una voz alta, clara y distinta, hicieron voto de renunciar todos los bienes, y al tiempo señalado emprender el viaje de Jerusalem para trabajar en la conversión de los infieles; pero en caso de que no tuviese efecto este viaje, irse todos á echar á los piés del Papa, y ofrecerle sus personas, para ir bajo sus órdenes á cualquiera parte donde los enviase. Sin duda fue alto designio de la divina Providencia, que el nuevo Patriarca, entre tantos santuarios como hay en las cercanías de Paris, hubiese escogido el Monte de los Mártires para echar los primeros cimientos de su religion. Inspiróle el cielo este pensamiento para darle á entender, que una Compañía que con el tiempo habia de derramar tanta sangre por amor de Jesucristo, siendo tambien perseguida de todos los modos que lo fue su santa Iglesia, debia nacer sobre el sepulcro de los Mártires, y bajo los auspicios de la Madre de Dios, á cuyo culto está singularmente dedicada.

No estuvo ocioso el celo de Ignacio mientras sus compañeros se disponian á partir. Supo que vivia mal un conocido suyo, y no adelantando nada con sus exhortaciones, se informó del sitio por donde habia de pasar á casa de la que causaba su perdicion. Esperóle cerca de un estanque casi helado por el rigor del frio, y cuando advirtió que pasaba, se arrojó intrépidamente en él con el agua hasta el

cuello, gritándole que allí permanecería sufriendo aquel frio riguroso, hasta que se apagase en su pecho el fuego de la pasión, y aplacase la cólera del cielo. Atónito aquel hombre perdido, á vista de tan portentosa caridad, volvió atrás, y solo pensó en hacer penitencia de sus culpas. No hubo industria de que no se valiese para convertir los pecadores. Noticioso de la vida que traía cierto sacerdote escandaloso, se echó á sus piés, y se confesó con él de sus culpas pasadas; comunicóse al corazón del confesor la sensible contrición del penitente, y movido de aquel ejemplo detestó sus pecados, y mudó de vida.

Obligado á dar una vuelta á España, entró en Guipúzcoa sin otro equipaje que el de un verdadero discípulo de Cristo, hospedándose en el hospital, y viviendo de limosna. No pudo conseguir de él su hermano D. García, que pasase algunos días á Loyola. Con la vista de aquellos lugares en que habia tenido una vida mundana, se le excitó el pensamiento de renovar sus antiguas penitencias. Volvió á tomar un áspero cilicio, ciñóse una gruesa cadena de hierro, y trató su cuerpo con tanto mayor rigor, cuanto eran mayores las fuerzas con que se sentia recobrada ya su salud.

Mientras Ignacio estaba edificando á sus paisanos con su santa vida, y reformaba las costumbres en todos los estados, aumentaba el cielo con nuevos sugetos su recién nacida Compañía. Claudio Jayo, saboyano, Juan Coduri, del Delfinado, y Pascual Brouet, de Picardía, hicieron en el Monte de los Mártires el mismo voto que los otros siete. Con esta gustosa noticia aceleró su partida; encaminóse á Venecia, venciendo felizmente mil peligros, y luego que llegó á aquella ciudad, se conoció que habia entrado en ella un nuevo apóstol. Como á todas partes le seguia la reformation de las costumbres, en todas le suscitaba el infierno nuevas tempestades. Acusáronle de que era un hereje disfrazado; pero esta tormenta se disipó presto sin otra diligencia que presentar su libro de Ejercicios.

Habiendo sus nueve compañeros llegado á Venecia, se tomaron las medidas para el viaje de la Tierra Santa. Ante todas cosas quiso san Ignacio que fuesen á pedir la bendición de Su Santidad, y á declararle sus intentos. Paulo III, que ya estaba informado así de su modo de vivir como de su capacidad, los recibió con amor paternal; y sabiendo que los mas no eran sacerdotes, les dió licencia para que los pudiese ordenar cualquiera obispo que ellos escogiesen, y tambien para el viaje de la Tierra Santa, aunque les insinuó la dificultad de poder hacerle. Vueltos á Venecia, todos hicieron voto de po-

breza y de perpetua castidad en manos del nuncio monseñor Veralli. Ordenado san Ignacio de sacerdote con sus compañeros, se dispusieron todos con sus ejercicios de cuarenta dias para celebrar la primera misa.

Es fácil discurrir cuál seria la devocion de nuestro Santo durante el divino sacrificio; su semblante arrojaba fuego, saliéndole al rostro el incendio que abrasaba su corazon; las dulces lágrimas que derramaba se las hacia derramar á todos los asistentes; todos creian ver en el altar un serafin viendo al nuevo sacerdote.

Impedido el viaje de la Tierra Santa por la guerra que los venecianos acababan de declarar al Turco, para cumplir la segunda parte del voto, partieron todos á Roma para ofrecerse á la disposicion del sumo Pontífice; determinaron que se anticipase san Ignacio, acompañado de Fabro y de Laynez; pero antes de separarse quedaron de acuerdo en observar cierto uniforme género de vida. Las reglas que se obligaron á seguir fueron las siguientes:

Primera: Que siempre se hospedarian en los hospitales, y solo vivirian de limosna. Segunda: Que enseñarian la doctrina á los niños, y no recibirian dinero por las funciones de sus ministerios. Tercera: Y por quanto muchas veces les preguntaban quiénes eran, les dijo san Ignacio, que habiéndose juntado para declarar la guerra á los herejes y á la disolucion de las costumbres bajo la bandera de Jesucristo, no convenia á su compañía otro nombre que *el de la Compañía de Jesús*. Desde que nuestro Santo se retiró á la cueva de Manresa tuvo siempre este nombre en su corazon, y se confirmó mucho mas en retenerle con la vision que tuvo en el camino de Sena á Roma, porque retirándose á hacer oracion en un edificio antiguo y arruinado, se le apareció Jesucristo con una cruz á cuestas, y le dijo: *Yo os seré propicio en Roma*. Llegó á aquella ciudad con Fabro y Laynez hácia el fin del año de 1537. Aceptó con gusto el papa Paulo III su voluntaria oferta; quiso que Laynez y Fabro enseñasen en el colegio de la Sapiencia, el primero teología escolástica, y el segundo la sagrada Escritura, mientras Ignacio, bajo su pontificia autoridad, trabajaba en la reformation de las costumbres por medio de los Ejercicios. No dudando ya el Santo ser la voluntad de Dios que su Compañía se erigiese en religion, llamó á Roma á todos sus compañeros; dispuso el plan del Instituto, en el cual á los tres votos comunes á todos los religiosos, añadió el cuarto, de ir á cualquiera parte donde les enviase el Sumo Pontífice para trabajar en la salvacion de las almas, sin otro viático que la caridad de los fieles. Pau-

lo III reconoció visiblemente el dedo de Dios en el nuevo Instituto: alabóle, aprobóle, y confirmóle bajo el nombre de *Compañía de Jesús* por su bula *Regimine militantis Ecclesiae*, dada á 27 de setiembre de 1540.

Apenas habia nacido esta Compañía cuando pretendió ahogarla cierto hereje en hábito religioso, acusando á Ignacio ante el gobernador de Roma de hereje y de hechicero, y que como tal habia sido quemado en estatua en Alcalá, Paris y Venecia. No asustó á nuestro Santo esta calumnia, y mas habiendo ya pronosticado que la Compañía tendria la dicha de ser perseguida mientras hubiese en el mundo enemigos de Jesucristo. Fue castigado el calumniador, quedando Ignacio plenamente justificado, y mas admirada que nunca su virtud. Mas tuvo que padecer su humildad en la violencia que le hicieron, cuando á pesar de sus razones, de sus ruegos y de sus lágrimas, por unánime consentimiento de todos fue electo general de la Compañía, cuyo fundador y padre era. Después de tan digna eleccion, todos los Padres juntos visitaron las siete iglesias de Roma: pararon en la de san Pablo, donde el nuevo General celebró el santo sacrificio de la misa, dió la comunión á todos sus hijos, y recibió su profesion después de haber hecho el Santo la suya en manos del Papa.

Conocióse luego que la nueva Compañía de Jesús era obra del Señor, no solo por los grandes servicios que aquellos nuevos apóstoles hicieron á toda la Italia en muchas calamidades públicas, y por la reformation general de las costumbres, sino tambien por los maravillosos efectos de su celo, que en menos de dos años se hizo admirar en todas las partes del mundo. Apenas fue aprobada y confirmada por la Silla apostólica la Compañía de Jesús, cuando Ignacio tuvo el consuelo de que casi todas las ciudades de Italia, de España, de Portugal, de Sicilia, de Alemania y de los Países Bajos le pidieron obreros formados de su mano, sabiendo al mismo tiempo que el celo apostólico de sus hijos triunfaba en todas partes de los enemigos de la salvacion y de la Iglesia. Pareciendo estrecho campo la Europa á aquellos héroes cristianos, en breve tiempo el Asia, el África y la América fueron glorioso teatro de sus trabajos y de sus victorias.

Javier, apóstol del Nuevo-Mundo, cada dia conquistaba nuevos reinos á Jesucristo. Simon Rodriguez habia introducido ya la devocion y el fervor en la corte de Portugal, y el Rey habia fundado el primer colegio de la Compañía en la universidad de Coimbra para seminario de apóstoles del Nuevo-Mundo. Alfonso Salmeron y Pas-

cual Brouet estaban en Irlanda como nuncios del Papa para mantener la fe católica entre aquellos pueblos á quienes el rey Enrique VIII solicitaba pervertir con todo género de artificios. Claudio Jayo hacia que la Iglesia romana triunfase en Alemania á pesar de todos los esfuerzos y de todas las maniobras de los Luteranos. Laynez y Salmeron (llamados de Irlanda) fueron enviados al concilio de Trento como teólogos del Pontífice; Jayo vino tambien á él desde Alemania por teólogo del obispo de Augsbourg; Fabro fue igualmente enviado al mismo Concilio como uno de los hombres mas sábios de su siglo. Cismáticos, herejes y gentiles, todos se rendian á aquellos nuevos soldados de Jesucristo, animados del espíritu y del celo de su padre Ignacio; y como si no fuese bastante que sus hijos trabajasen con tanto fruto en la Europa y en el Asia, á instancias del rey de Portugal envió á los reinos de Fez y de Marruecos á los PP. Nuñez y Gonzalez. En fin, bajo los auspicios del mismo Monarca llevaron los Jesuitas la fe hasta la Etiopia occidental en el reino de Congo, y hasta la misma América meridional.

Pero al mismo tiempo que Ignacio aprontaba tan excelentes obremos al Padre de familias, nada negaba él mismo al ardor abrasado de su celo. Fundó en Roma una casa para los judíos convertidos; y halló forma para fundar otra de refugio donde se recogiesen las mujeres de mala vida. Pero la caridad que ejercitaba con los extraños no le olvidó de la que debia á sus propios hijos y á la Compañía. Compuso las constituciones y las reglas de su religion, en las cuales tantos sumos Pontífices reconocieron visiblemente el espíritu de Dios y una consumada prudencia. Prohibió á Claudio Jayo cuando estaba en Trento, que aceptase el obispado de Trieste, que el Papa y Ferdinando, rey de romanos, le querian dar, obligando después á sus hijos á que hiciesen voto de renunciar las dignidades eclesiásticas.

Endulzaba el cielo los excesivos trabajos de nuestro Santo, dándole el consuelo de ver que todas las naciones y los Soberanos solicitaban ansiosos tener hijos suyos en todas partes; y supo que el rey de Portugal habia fundado en Goa un colegio un año antes que hubiese colegio alguno en Europa; pero fue mayor su gozo cuando tuvo noticia de los felices sucesos con que la Compañía hacia la guerra á todos los herejes en Alemania, en Francia y en los Países Bajos, y sobre todo cuando vió al duque de Gandía, D. Francisco de Borja, renunciar todos sus Estados, y venir á echarse á sus piés para ser recibido en la Compañía.

En medio de tantos motivos de gozo y de consuelo no se le tem-

pló el ansia que tenia de renunciar el generalato para entregarse á una vida oscura y particular; pero todas las tentativas que hizo, y todos los medios de que se valió, solo sirvieron de dar mayor realce á su eminente virtud, y de obligar á que los sumos pontífices Paulo III, Marcelo II y Paulo IV le mandasen que no volviese á hablar en la materia.

Serian menester muchos crecidos volúmenes para referir todas las maravillas de este hombre extraordinario. Habia mucho tiempo que su salud, consumida con tantos trabajos y con sus continuas penitencias, se iba debilitando mas de dia en dia, cuando reconoció que se acercaba su última hora. No se advirtieron otras señales de enfermedad, que la extraordinaria alegría y devocion que se le notó. Ni las ocupaciones exteriores, ni los negocios de mayor disipacion fueron nunca capaces de distraerle un momento de su íntima union con Dios. No hubo hombre mas interior, mas lleno de Dios, ni mas muerto á las criaturas y á sí mismo. Dotado de un sublime don de contemplacion, todas sus oraciones eran éxtasis; y se puede decir que toda su vida fue una continua oracion. Un volver los ojos al cielo, un ponerlos en una flor, en una estrella, era bastante para arrebatarle en éxtasis y en raptos, durante los cuales, inmoble é insensible, se le oia exclamar transportado de amor: *¡Qué asquerosa me parece la tierra cuando miro al cielo!* Levantaba hácia él frecuentemente los ojos; y tanto que los que no sabian cómo se llamaba, no daban otras señas para distinguirle sino decir: *Aquel hombre que siempre está mirando al cielo, y siempre habla de Dios.* Cuando rezaba el oficio divino eran tantas las lágrimas que derramaba, que se veia precisado á hacer pausas en cada versículo, y en el altar todo era suspiros y llanto á cada palabra. Su divisa era: **AD MAJOREM DEI GLORIAM:** á mayor gloria de Dios; pero no se contentaba con glorificar á Dios como quiera, aspiraba á hacerlo con el modo mas excelente y mas perfecto. Su ternura y su devocion con la santísima Virgen correspondian á su grande amor del Señor; después de Dios en ella ponía toda su confianza, y quiso que esta tierna devocion caracterizase en parte su Compañía.

No era posible mayor mortificacion ni mas profunda humildad. Arrebatado un dia en espíritu, elevado de la tierra y rodeado de un celestial resplandor, se le oyó exclamar: *¡O Dios infinitamente bueno, pues sufrís un miserable pecador como yo!* Esta profunda y no menos ingeniosa humildad negó á nuestra noticia gran número de prodigios y de acciones heroicas, que por confesion de los sumos Pontífi-

ces y de todos los grandes hombres que le conocieron, constituyeron á Ignacio uno de los mayores Santos de la Iglesia.

Como su enfermedad no era mas que una suma debilidad sin mucha calentura, así los médicos como sus hijos se engañaron; solo el Santo no se engañó; hizo que le administrasen los santos Sacramentos, los que recibió con extraordinario fervor. *Mi hora ya se llegó*, dijo al P. Polanco, *id, y pedid al Papa la bendicion para mí, y una indulgencia por mis pecados.* — *Pues qué*, replicó Polanco, *¿es posible que os hemos de perder tan presto? Vuestra enfermedad ninguno cree que es de peligro; ¿no podré dilatar esa diligencia para mañana?* — *Haced lo que os pareciere*, respondió el Santo, temiendo que si insistia en la órden se atribuyese á revelacion. Pasó toda la noche solo, ocupado en Dios y en un continuo éxtasis. Los que entraron á verle por la mañana le hallaron ya agonizando. Acudieron todos los Padres, deshaciéndose en lágrimas, y pidiéndole su bendicion. Polanco fué con diligencia al palacio pontificio, y el Papa le concedió con gran dolor y con no menor benignidad todo lo que le pedia; mientras tanto, levantando Ignacio los ojos al cielo, y volviéndolos después hácia sus hijos, los exhortó con voz desmayada y moribunda al constante amor de Dios, y á buscar en todo únicamente su mayor gloria; juntando después las manos, volviendo á levantar los ojos al cielo, y pronunciando el nombre de Jesús y de María, espiró dulcemente una hora después de salido el sol, en el día último de julio del año 1556, á los sesenta y cinco de su edad, treinta y cinco después de su conversion, y diez y seis de fundada la Compañía. Antes de su muerte tuvo el consuelo de verla extendida por todo el universo, y dividida en doce provincias, en las cuales se contaban por lo menos cien colegios. Tambien la vió coronada del martirio en la persona del Padre Antonio Criminal y de los hermanos Pedro Correa y Juan de Sosa, que todos tres perdieron la vida por la fe á manos de los bárbaros.

La preciosa muerte del siervo de Dios hizo en los ánimos aquella impresion que hace siempre en los corazones la muerte de los Santos. En toda la ciudad de Roma solo se oian estas palabras: *Murió el Santo*. Enjugó presto las lágrimas de sus hijos la confianza de que tenian en el cielo un poderoso protector. Hallábase en Roma san Felipe Neri cuando murió Ignacio, y habló de él después de muerto como siempre habia hablado durante su vida: decia que era un hombre todo lleno del espíritu de Dios; que muchas veces le habia visto con el rostro cubierto de resplandor; que él le habia enseñado a tener oracion, y que le debia mucho toda la cristiandad. Mientras se

le hacia el oficio de difuntos, una señora, cuya hija habia cinco años que adolecia de lamparones, creyó que la enferma sanaria si pudiese tocar el cadáver del Santo; pero como no fuese posible romper por el concurso, suplicó á un padre que aplicase á la parte lesa de su hija alguna cosa que hubiese usado el siervo de Dios. Hízolo el P. Vischaven, y en el mismo punto desaparecieron los lamparones sin dejar señal alguna. Asegúrase que en vida resucitó un muerto, y que hizo otros muchos milagros. Los que cada día obraba Dios por su intercesion en todo el mundo y en su sepulcro, movieron al papa Paulo V, precediendo el proceso y demás jurídicas informaciones, á beatificarle el dia 3 de diciembre del año de 1609; y el papa Gregorio XV, á instancia del Emperador, de los reyes de España, Francia, Polonia, Portugal y de casi todos los príncipes católicos de Europa, le canonizó solemnemente, juntamente con san Francisco Javier, san Felipe Neri, san Isidro labrador y santa Teresa, el dia 12 de marzo del año de 1622. Trasladóse su cuerpo, y se colocó en el lado derecho del altar mayor el dia 19 de noviembre del año de 1597 en la célebre iglesia de Jesús, que habia edificado el cardenal Alejandro Farnesio. La capilla que el P. Tirso Gonzalez, décimotercio general de la Compañía de Jesús, dedicó al santo Fundador, está reputada por la mas rica y mas magnífica que hay en el mundo.

SAN JUAN COLUMBINI, CONFESOR Y FUNDADOR DEL ÓRDEN DE JESUATOS.

Este Santo era descendiente de una de las familias mas antiguas y nobles de Sena; y electo primer magistrado de aquella República, desempeñó las obligaciones todas de aquel cargo con integridad y honor, y con gran satisfaccion de sus compatriotas. Pero estaba muy lleno de pasiones, y su corazon muy embebido en las cosas del mundo, y entregado á la confusion y multitud de sus negocios, vanidades y ambicion, de modo que apenas parecia tener lugar para respirar, y menos para pensar en la eternidad. Un dia después de haber estado toda la mañana decidiendo causas en su tribunal, se fué á casa muy fatigado, y no hallando la comida dispuesta prorumpió en una violenta pasion de ira. Su mujer puso en sus manos un libro de las vidas de los Santos; pero le arrojó en el suelo. En el mismo momento sintiéndose avergonzado de su misma pasion le volvió á levantar, y sentándose á leer le ocurrió la vida de santa María Egipcíaca. Leyóla con tanto gusto que no volvió á acordarse de la comida; y fué

insensiblemente adquiriendo cierta cordial compuncion, y remordimiento por sus pasados crímenes y conducta abandonada; de modo que enteramente le vino á apartar del mundo.

Desde aquel mismo momento resolvió emprender una nueva vida, y para expiar sus ofensas abrazó las prácticas mas austeras de penitencia. Renunciando sus empleos públicos invirtió la mayor parte de sus haciendas en limosnas; y conociendo que el primer sacrificio que Dios quiere de un pecador es un corazon contrito y humillado, sin el que nada le puede ser aceptable, gastaba su tiempo en lágrimas y oraciones. Vendió sus vestidos ricos, dando el dinero de ellos á los pobres para tener intercesores que mediasen ante el trono de las misericordias: se acostaba en dos tablas, velando gran parte de la noche en oracion, y su casa parecia haberse convertido en hospital, pues tan grande era el número de pobres y enfermos que mandaba llevar, y asistir en ella. Todo el pais se admiró de tan gran mudanza, y de tan ejemplar penitencia; en cuyo modo de vida le acompañó Francisco Vicente, igualando en todo su conducta y sus acciones. Viendo un dia á un leproso á las puertas de la iglesia mayor, cubierto de úlceras y postillas, le cogió sobre sus hombros y le condujo por las plazas públicas, acompañado de sus criados, y besándole en las mismas llagas, una después de otra hasta vencer enteramente la repugnancia que la naturaleza misma inspira para tales acciones, y asistiéndole después hasta que estuvo perfectamente sano.

San Juan tenia un hijo y una hija. Al primero llamó Dios para sí con la muerte, y la última se consagró á Dios en un monasterio. Ya habia hecho el Santo, con permiso de su mujer, voto de perpetua castidad; y después de haber dispuesto el Señor del modo dicho de sus hijos, vendió su hacienda, y dió una tercera parte á un hospital, y las otras dos á diferentes iglesias y á los pobres. Reducido de esta suerte á un estado de indigencia igual á la de los Apóstoles, se dedicó al servicio del pobre en los hospitales, y á los ejercicios de devocion y penitencia, habiendo sido su ejemplo causa de que otros le imitasen en ellos. Era muy solícito en exhortar á los enfermos y á los pobres al verdadero arrepentimiento de sus pecados, y al fervor en el servicio de Dios; y la caridad y devocion con que les procuraba el remedio del cuerpo, daban una fuerza extraordinaria á sus exhortaciones. Llevado de un ardiente amor á su Redentor, á quien consideraba y servia en sus afligidos miembros, tenian estos tan frecuente en sus bocas el sagrado nombre de Jesús, que el pueblo les principió á distinguir con el nombre de Jesuatos. Mil y quinientas veces

se halla repetido este adorable epíteto en sus pocas cartas. Aumentado el número de sus discípulos hasta cerca de setenta, les formó en orden religioso, bajo la regla de san Agustín, y tomaron por patrono á san Gerónimo. Dirigióse al papa Urbano V, en Viterbo, quien aprobó y confirmó su Instituto en el año de 1367, y le concedió amplios privilegios. El fervor de sus discípulos fue tal, que casi todos fueron colocados en el catálogo de los bienaventurados. El santo Fundador cayó enfermo poco después de la confirmacion de su Orden, y habiendo recibido los últimos Sacramentos, encomendando su alma á su Criador por la muerte y pasion de Jesucristo, y por aquella sublime recomendacion de su divina alma al Padre eterno en la amargura de su cruz, espiró dichosamente en 31 de julio de 1367, doce después de su conversion, y solos treinta y siete dias después de haber sido confirmado el Orden por el papa Urbano V.

La Misa es en honor de san Ignacio, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui ad majorem nominis tui gloriam propagandam, novo per beatum Ignatium subsidio militantem Ecclesiam roborasti; concede, ut ejus auxilio, et imitatione certantes in terris, coronari cum ipso mereamur in coelis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Ó Dios, que enviaste á la Iglesia militante un nuevo socorro por medio del bienaventurado Ignacio, para propagar la mayor gloria de tu nombre; concédenos, que peleando nosotros á ejemplo suyo, y mediante su intercesion en la tierra, merezcamos ser coronados juntamente con él en el cielo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo II de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, pág. 525.

REFLEXIONES.

Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecucion. ¿A cuál Profeta no persiguieron vuestros padres? decia san Esteban. Luego la virtud y la Religion en todos tiempos fueron perseguidas. Esta persecucion es tan antigua como el mundo. La malignidad del corazon humano no puede sufrir la inocencia. Su primera víctima fue Abel. Todo el delito de José fue haber sido mas amable y mas amado que sus hermanos. ¿Qué Santo podrá estar á cubierto de la envidia, cuando no perdonó ni al mismo Jesucristo? Se puede decir que la persecucion es la herencia de los buenos; y es bien cierto que no siempre es la mas cruel la que viene por parte de los impíos. La mas sensible es la que excitan aquellos mismos que hacen

profesion de virtud, y debieran ser sus mayores defensores. Si una persona religiosa, vencida de la indispensable obligacion que tiene de aspirar á la perfeccion de su estado, se determina á observar con puntualidad sus menores reglas; mas resolucion y mas paciencia necesita para no ceder á la multitud de aquellos á quienes no agrada esta reforma. Los menos fervorosos, cuyo número suele ser el mayor en una comunidad, consideran aquella exacta reforma como una especie de tácita censura, y aquel fervor como una secreta reprehension de su tibieza; y no basta callar, vivir retirado, atender no mas que á su obligacion, y no ceder á nadie en humildad y en dulzura; la emulacion no se vence á fuerza de virtudes; dicen, que en aquella persona observante y fervorosa no se descubre más que un espíritu de orgullo y de distincion; por su mayor observancia le llaman el nuevo reformador, que viene á turbar la comunidad y á inquietarla en la pacífica posesion de la tibieza. Hasta la estimacion que se hace de los buenos no pocas veces les da ocasion de nuevas pruebas. Hay en una comunidad un sugeto de singular virtud, mas humilde, mas mortificado que los otros, pronto á cualquiera cosa que le manden; bien puede esperar todas las ocupaciones de mayor trabajo; todo lo penoso y desagradable que se ofreciere se le encargará á él, y él cargará con los empleos á que se negaren ó se resistieren los imperfectos; se contempla poco su virtud por el concepto que se tiene de su mortificacion; en fin, nunca se verá sin perseguidores la fe de Jesucristo. Nació la Iglesia á la sombra de la cruz; con la Iglesia nació la persecucion; siempre el error hará guerra á la verdad; y mientras haya herejes, los hombres apostólicos siempre tendrán que padecer. Es menester, dice el Apóstol, que haya herejías entre vosotros, para que entre vosotros se reconozcan los que están bien probados. Húholas, y las habrá en todos los siglos, y en todos serán perseguidos los verdaderos fieles por defender la verdad.

El Evangelio es del capítulo x de san Lucas.

In illo tempore: Designavit Dominus et alios septuaginta duos. Et misit illos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum, quo erat ipse venturus, et dicebat illis: Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo dominum messis ut mittat operarios in messem suam. Ite: ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. Nolite portare sacculum, neque peram,

En aquel tiempo: Eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí á todas las ciudades y lugares á donde él habia de ir, y les decia: La miés es grande, y pocos los operarios. Rogad, pues, al Señor de la miés que envíe operarios á su hacienda. Id: hé aquí que os envío como corderos entre lobos. No lleveis bolsa, ni zurrón, ni sandalias, y no saludéis

neque calceamenta, et neminem per viam salutaveritis. In quamcumque domum intraveritis, primum dicite: Pax huic domui; et si ibi fuerit filius pacis, requiescet super illum pax vestra; sin autem, ad vos revertetur. In eadem autem domo manete edentes et bibentes quae apud illos sunt; dignus est enim operarius mercede sua. Nolite transire de domo in domum. Et in quamcumque civitatem intraveritis, et susceperint vos, manducate quae apponuntur vobis, et curate infirmos, qui in illa sunt, et dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.

á nadie en el camino. En cualquiera casa que entráreis, decid primero: Paz sea á esta casa; y si allí hubiese hijo de paz, descansará sobre él la paz vuestra; pero si no, se tornará á vosotros. Permaneced, pues, en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tienen: porque el operario es digno de su premio. No paseis de una casa á otra. Y en cualquiera ciudad que entráreis, y os recibieren, comed lo que os pongan delante. Y curad los enfermos que hay en ella, y decidles: Se acercó á vosotros el reino de Dios.

MEDITACION.

Que en todo se debe buscar la mayor gloria de Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que Dios crió á todo este vasto universo y á todas las criaturas que se comprenden en él únicamente para su gloria. Cuando las sacó de la nada no se podia proponer otro fin. Luego que determinó Dios criar una criatura racional, esto es, capaz de conocerle y amarle, no pudo menos de querer que esta criatura lo refiriese todo á la gloria del Criador; es decir, que su entendimiento conociese aquel Ser infinitamente perfecto; aquel Ser soberano, independiente y todopoderoso; aquel Ser principio y fin de todos los demás seres, y que su corazon le amase como su único y supremo bien; que ese entendimiento y ese corazon, caminando siempre de acuerdo por este motivo de Religion, no se moviesen sino para hacer aquello que agrada á Dios; que nada desearan tanto como ver santificado y glorificado su nombre en todo y por todo, y de ver extendido por todas partes el número de sus verdaderos fieles y de sus verdaderos adoradores. De este conocimiento y de este amor de Dios resulta necesariamente el respeto y la adoracion que se deben á este soberano Ser, objeto único y necesario de su admiracion, de su veneracion, de su consagracion y de su culto; único objeto capaz de contentar y de saciar su corazon, y único principio de la felicidad aun desde esta vida. No hay criatura en el cielo, no la hay en la tierra, que no nos esté gritando y advirtiéndole este fin. Tienen los cielos su lengua, y con ella publican incesantemente la gloria del Criador. Ni es menos elocuente la tierra. No hay flor,

no hay fruto, no hay planta, no hay yerbecilla que no nos anuncie la incomprensible habilidad, la infinita sabiduría y la omnipotencia del que la crió. ¿Qué hombre ni qué ingenio pudo, ni podrá jamás hacer el mas imperceptible mosquito, el mas vil insecto? La planta mas despreciable, la mas mínima hoja confunde y desespera toda la industria, toda la habilidad del mas diestro artífice. ¡Oh Dios mio, cuántos objetos publican nuestra nada, y nos predicán nuestra obligacion cuando nos ponen á la vista vuestro infinito poder! Todas las cosas nos están gritando que solo fuimos criados para glorificaros; es decir, todas las criaturas nos deben mover á conoceros, á amaros y á bendeciros sin cesar. Todas nos claman que solo nos diésteis el uso de estas criaturas con la precisa condicion de que nos habian de servir de medio para reconocer vuestra bondad en tantos beneficios, y para obedecer vuestros preceptos. Usar en otra conformidad de estos beneficios es impiedad, y por decirlo así es injusticia; todo nos debe llevar á Dios, y á Dios debemos referirle todo, so pena de trastornar con culpable abuso el órden que él mismo estableció cuando nos crió. Bienes, talentos, salud, la misma vida, cuanto tenemos, cuanto somos, todo debe ser únicamente para gloria de nuestro Dios. Quanto hacemos, quanto emprendemos, quanto deseamos, no debe tener otro motivo que esta divina gloria. Esta fue la principal devocion de todos los Santos, y singularmente de san Ignacio. Pero ¿es esta la nuestra? ¿somos todos siervos de Dios? ¿trabajamos únicamente por este soberano Dueño? ¡Ah Señor, y qué pocos siervos fieles cuentas! ¿Merecemos nosotros este augusto título?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que esta es una ley de que ninguno está dispensado. Pero ¡cuántas veces la violamos abusando enormemente de las criaturas! Tenemos el uso de ellas, pero usurpamos la propiedad. ¿Es siempre aquel uso para glorificar al Criador? ¿es la gloria de Dios el fin de todos nuestros deseos, de todas nuestras acciones, como lo era de todas las empresas de san Ignacio? Lloramos con razon la impía ceguedad de aquellas naciones insensatas que rendian á las criaturas el culto debido á solo Dios. ¿Somos nosotros menos insensatos cuando referimos á nosotros mismos lo que únicamente se debia consagrar á este Señor? Y cuando se examinan de cerca nuestros fines y nuestros proyectos; cuando se consideran los verdaderos motivos de todas nuestras acciones, ¿no se podrá decir con sobrada razon que colocamos nuestro último fin en nuestros intereses

y en nuestra propia gloria? ¿Nos proponemos por ventura otro en todo cuanto hacemos? ¿acaso nos servimos de las criaturas precisamente para amar mas al Criador? ¿cuántas veces hemos sacrificado la gloria de Dios á la nuestra? Culto divino, intereses de Religion, el mismo Dios, todo se pospone á nuestras pasiones y á nuestros intereses. ¿Se buscará únicamente la gloria de Dios en aquel ardor, en aquella vivacidad con que se defiende la propia reputacion, y se corre ansiosamente tras de todo lo que lisonjea el amor propio? Esos esclavos de la fortuna, esas víctimas de la ambicion y del interés, esas gentes del placer y de la diversion, esas almas terrestres, embriagadas con el amor de las criaturas, ¿buscan la gloria de Dios únicamente? ¡Oh, y cuánta verdad es que son pocos sobre la faz de la tierra los que no trastornan el órden de la Providencia por lo que abusan de los bienes criados! Hasta las mismas personas que hacen profesion de virtud, ¿será en todas ellas muy pura la intencion? ¿Es siempre puro y limpio el celo de los devotos? ¿no se insinúan hasta en el santuario el amor propio, el orgullo, el genio y la propia estimacion? Si solo se busca la mayor gloria de Dios, ¿en qué consiste esa mayor inclinacion á tales lugares y á tales ocupaciones? ¿esa inquietud sobre el destino que nos darán? ¿esa visible aceptacion de personas? Cuando solo se busca á Dios, se encuentra gusto en los abatimientos, no se sienten los malos sucesos, y solo se atiende á la gloria de aquel á quien se desea agradar. Desconfiemos de todos esos trabajos apostólicos tan preconizados, de todas esas devociones un poco demasiado aplaudidas; una virtud oscura y despreciada tiene mucho valor, y es mas segura. ¡Oh, qué bello modelo de la pureza de intencion es toda la vida de san Ignacio!

Purifica, Señor, mi corazon, abrásale con el sagrado fuego de tu puro amor, y solo buscaré tu mayor gloria. ¡Oh, y cuántos imperfectos motivos, cuántos fines terrenos se mezclan en toda mi conducta! Reconozco mis ilusiones, y las detesto; lleno de confianza en vuestra misericordia, estoy resuelto á no mirar otra cosa que á Vos en los dias que me restaren de vida.

JACULATORIAS. — ¿Qué tengo yo que desear, Dios mio, fuera de Vos en el cielo y en la tierra? (*Psalm. LXXII*).

No, Señor, en nada buscaré mi gloria, sino la vuestra. (*Joan. VIII*).

PROPÓSITOS.

1 Suele ser la gloria de Dios un especioso pretexto de que se valen muchos para autorizar sus pasiones y para canonizar su amor propio. Emulacion, antipatía, venganza, orgullo, todo esto se cubre con tan religioso nombre para satisfacerse sin temor y sin remordimiento. El excesivo cuidado de la salud, el regalo, y hasta la mas refinada delicadeza, todo se reboza con tan respetable motivo. Sobre todo, la vanidad y la ambicion en los devotos de perspectiva no dejan de clámorrear la mayor gloria del Señor, siendo así que ellas son el móvil de todas sus acciones; pero descubre Dios los verdaderos motivos: sucede á estos especiosos pretextos lo que al cielo falso, que engaña con apariencia de bien. Mira que las pasiones son ingeniosas, no quieras tú ser el juguete de ellas. Busca á Dios en todo lo que haces, y antes de emprender cosa alguna, examina bien á los piés del Crucifijo por qué motivo las emprendes, cuál es el verdadero fin. Para esto trae á la memoria el pensamiento de la muerte y de la cuenta que te han de pedir. Confieso que es fácil engañarse; por eso, para proceder con acierto, no determines cosa alguna de repente: comunica con sinceridad á tu director los movimientos de tu alma, y sigue su consejo, acordándote de lo que dijo Cristo á sus discípulos, que vendria tiempo en que cualquiera que los persiguiese juzgaria que en eso hacia un gran servicio á Dios.

2 Haz propósito todas las mañanas, al tiempo de ofrecer las obras del dia, de no emprender cosa alguna que no sea con la intencion de agradar á Dios únicamente, y de buscar su gloria en todas tus acciones. *Todo cuanto hiciéreis*, dice el Apóstol (*ad Colos.*), *ya sea de palabra ó ya de obra, hacedlo todo en nombre de Jesucristo Nuestro Señor, rindiendo gracias á Dios Padre por medio de él.* Glorificase á Dios siempre que cada uno cumple con las obligaciones de su estado por agradarle. Por aquí has de comenzar á buscar su gloria. Todo lo que se hace por Dios se hace con cuidado y con fervor. Procura que el mismo celo y la misma aplicacion con que desempeñas tus obligaciones estén mudamente publicando que lo haces por Dios. Es muy provechosa costumbre decir al principio de cada obra: *Señor, esto lo emprendo á mayor gloria vuestra; dignaos echarle vuestra bendicion.* No te niegues á ninguna buena obra, especialmente de aquellas que Dios te pone delante. Las mas oscuras son por lo comun donde se busca su gloria con mayor seguridad. Glorificamos á Dios con nuestros abatimientos y con el desprecio de nosotros mismos. En ninguna cosa

resplandece mas la pureza de intencion , que da valor y mérito á las acciones , que en los servicios que se hacen á los menos agradecidos. ¿No corresponden á tus finezas? ¿no se hace caso de tu trabajo? ¿no se dignan ni aun de volver los ojos á tus sudores y á tus fatigas? pues trabaja entonces con mayor fervor y con mayor celo ; esta será la mejor prueba de que solo trabajas por Dios.

FIN DEL MES DE JULIO.

NOTA. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo.*

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL MES DE JULIO.

	Pág.
DIA I.—San Casto y Secundino, mártires.	6
San Simeon, el Simple.	10
San Aaron, profeta.	17
San Simon, labrador.	20
San Galo, obispo.	20
El Evangelio y Meditacion: De la oracion vocal.	24
DIA II.—La Visitacion de la santísima Virgen.	28
San Longinos.	33
El Evangelio y Meditacion: Sobre el misterio del dia.	36
DIA III.—San Heliodoro, obispo.	41
San Ireneo y santa Mustiola, mártires.	43
El Evangelio y Meditacion: De las ilusiones en punto de moral.	49
DIA IV.—San Laureano, arzobispo de Sevilla.	53
San Ulrico, obispo de Augsburgo.	61
El beato Gaspar de Bono, del Orden de Padres Mínimos.	66
Los santos profetas Oseas y Ageo.	78
El Evangelio y Meditacion: Del aprecio y veneracion que debemos hacer de los santos estilos de la Iglesia.	82
DIA V.—El beato Miguel de los Santos.	87
El beato Pedro de Luxemburgo, confesor.	103
Santa Zoa ó Zoe, mártir.	110
El Evangelio y Meditacion: De la santidad.	114
DIA VI.—Santa Lucía, vírgen y mártir.	118
San Goar, presbítero y solitario.	120
San Isaías, profeta.	125
El Evangelio y Meditacion: De la indispensable necesidad de hacer penitencia.	130
DIA VII.—San Fermin, obispo y mártir.	134
San Odon, obispo de Urgel.	139
San Guillebaldo ó Willebaldo, obispo.	142
El beato Lorenzo de Brindis.	146
San Panteno, padre de la Iglesia.	155

El Evangelio y Meditacion: De las concurrencias mundanas.	159
DIA VIII. — Santa Isabel, viuda, y reina de Portugal.	163
San Procopio, mártir.	170
El Evangelio y Meditacion: Del vano y falso resplandor de las grandezas humanas.	177
DIA IX. — San Cirilo, obispo y mártir.	181
San Efren, diácono y confesor.	183
La Conmemoracion de los fieles difuntos.	189
El Evangelio y Meditacion: Del deseo de la muerte.	196
DIA X. — Santa Felícitas, y sus siete hijos, mártires.	200
Las santas Rufina y Segunda, vírgenes y mártires.	205
San Cristóbal, mártir.	206
El Evangelio y Meditacion: La virtud consiste principalmente en hacer en todo la voluntad de Dios.	209
DIA XI. — San Pio I, papa y mártir.	213
San Abundio, mártir.	217
San Dictinio, obispo de Astorga.	218
El Evangelio y Meditacion: Del amor desordenado á los parientes.	221
DIA XII. — San Juan Gualberto, fundador del Órden de Valle-Umbrosa.	223
Santa Marciana, vírgen y mártir.	231
Los santos Nabor y Félix, mártires.	233
El Evangelio y Meditacion: Del perdon de las injurias.	236
DIA XIII. — San Anacleto, papa y mártir.	241
Los santos Joel y Esdras, profetas.	244
El Evangelio y Meditacion: Del servicio de Dios.	247
DIA XIV. — San Buenaventura, cardenal, obispo y confesor.	251
El Evangelio y Meditacion: De los consuelos de la vida perfecta.	260
DIA XV. — San Enrique I, emperador.	264
San Camilo de Lelis, fundador.	271
El Evangelio y Meditacion: De la paz interior.	287
DIA XVI. — La fiesta de Nuestra Señora del Cármen, ó del santo Escapulario.	291
El triunfo de la santa Cruz.	297
San Sisenando, mártir.	306
El Evangelio y Meditacion: De la devocion á la santísima Virgen.	310
DIA XVII. — San Alejo, confesor.	315
San Leon IV, papa y confesor.	321
El Evangelio y Meditacion: De la vida oscura.	325
DIA XVIII. — Santa Sinforosa y sus siete hijos, mártires.	329
Santa Marina, vírgen y mártir.	333
San Federico, obispo de Utrecht, mártir.	335
El Evangelio y Meditacion: Del temor de los juicios de Dios.	340

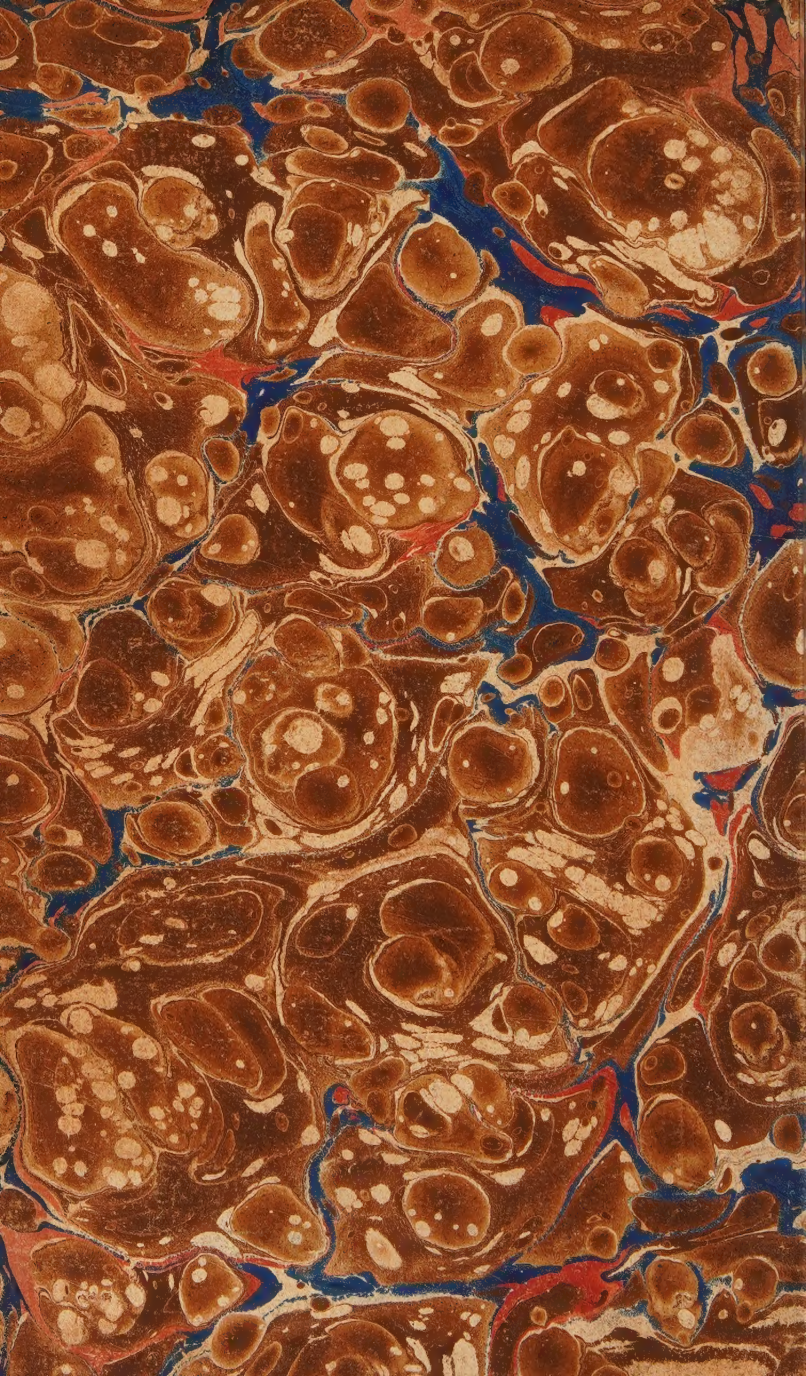
ÍNDICE.

	591
DIA XIX. -- Santa Justa y Rufina, vírgenes y mártires.	344
San Arsenio, solitario.	350
Santa Aurea, vírgen y mártir.	355
San Vicente de Paul, confesor y fundador.	358
Santa Macrina, vírgen.	369
San Simmaco, papa y confesor.	371
El Evangelio y Meditacion: No hay tiempo en la vida en que no debamos trabajar en nuestra salvacion.	376
DIA XX. -- Santa Librada, vírgen y mártir.	379
Santa Margarita, vírgen y mártir.	384
San Pablo, diácono y mártir.	389
San Elías, profeta.	391
San Gerónimo Emiliani ó Emiliano, confesor.	400
El Evangelio y Meditacion: Del cuidado que todos deben tener de su salvacion.	403
DIA XXI. -- San Víctor, mártir.	407
Santa Praxedes, vírgen.	414
El Evangelio y Meditacion: Del vencimiento de las pasiones.	418
DIA XXII. -- Santa María Magdalena.	421
El Evangelio y Meditacion: Modelo de la verdadera penitencia y del perfecto amor de Jesucristo en santa María Magdalena.	433
DIA XXIII. -- San Apolinar, ó Apolinario, obispo y mártir.	437
Los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mártires en el reino de Valencia.	443
San Liborio, obispo.	447
El Evangelio y Meditacion: La humildad de Jesucristo debe ser el modelo y la medida de la nuestra.	459
DIA XXIV. -- San Francisco Solano, confesor.	462
Santa Cristina, vírgen y mártir.	473
El Evangelio y Meditacion: De la salvacion.	480
DIA XXV. -- Santiago apóstol, llamado el Mayor.	484
Himno.	489
San Cucufate, mártir.	490
San Teodomiro, monje y mártir.	493
El Evangelio y Meditacion: De los deseos.	497
DIA XXVI. -- Santa Ana, madre de la santísima Virgen.	501
El Evangelio y Meditacion: De la devocion á santa Ana.	507
DIA XXVII. -- San Pantaleon, mártir.	510
Los santos Aurelio, Félix, Jorge, Sabigoto y Liliosa, mártires.	516
Santas Juliana y Semproniana, vírgenes y mártires.	522
El Evangelio y Meditacion: Del infierno.	525
DIA XXVIII. -- Los santos Nazario y Celso, mártires.	530

San Víctor, papa y mártir.	533
San Inocencio I, papa.	535
El Evangelio y Meditacion: De la prosperidad de los malos.	539
DIA XXIX. — Santa Marta, vírgen.	543
Los santos Simplicio, Faustino y Beatriz, vírgen, hermanos mártires.	548
El Evangelio y Meditacion: Que hablando en propiedad sola una cosa es necesaria.	552
DIA XXX. — San Abdon y Senen, mártires.	556
El Evangelio y Meditacion: De las adversidades á que están expuestos los buenos.	562
DIA XXXI. — San Ignacio, confesor, fundador de la Compañía de Jesús.	566
San Juan Columbini, confesor y fundador del Orden de Jesuatos.	580
El Evangelio y Meditacion: Que en todo se debe buscar la mayor gloria de Dios.	584

FIN DEL ÍNDICE.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY



Acc. 5412

248.3

C65

Croisset, P. S. J.
AUTHOR

Ano Cristiano (Vol. VII)
TITLE

